



Los
Enemigos_{del}
Comercio

Versión
Definitiva

LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO
HISTORIA DE LAS IDEAS SOBRE LA PROPIEDAD

[INTRODUCCION](#)
[DEMOCRACIA Y DEMAGOGIA](#)
[LA REPÚBLICA APARENTE](#)
[LOS PILARES DEL IMPERIO](#)
[EL PUEBLO ELEGIDO](#)
[INTEGRISMO Y POBRISMO](#)
[UNA RELIGION PARA EL OCASO DE ROMA](#)
[UN IMPERIO CRISTIANO](#)
[MARGINALES, ADAPTADOS Y HEREJES](#)
[LA PAZ DE DIOS COMO SISTEMA SOCIAL](#)
[TRES MARCOS EXTERNOS](#)
[EN EL REINO DE LA AUTARQUIA](#)
[ANTIDOTOS PARA EL AISLAMIENTO](#)
[LA SEMILLA DE UNA CLASE MEDIA](#)
[EL ESTREMECIMIENTO INTIMO](#)
[EL ESTREMECIMIENTO INTIMO II](#)
[LA SECUENCIA REVOLUCIONARIA](#)
[CATOLICOS, PROTESTANTES Y PURITANOS](#)
[UTOPIAS Y FINANZAS](#)
[EL COLOSO MINUSCULO](#)
[DE LA PRACTICA A LA TEORIA](#)
[UNA ILUSTRACION AMBIGUA](#)
[LIBERALISMO Y REVOLUCION](#)
[FRANCIA COMO SINGULARIDAD](#)
[JACOBINOS Y COLECTIVISTAS](#)

[LA PURGA APOCALIPTICA](#)
[LA REVOLUCION TRAICIONADA](#)
[INDICE GENERAL](#)
[BIBLIOGRAFIA](#)

VERSIÓN ALCANZADA EN NOVIEMBRE DE 2007

[DEMOCRACIA Y DEMAGOGIA](#)
[EL EJEMPLO ROMANO](#)
[DEL ELITISMO AL POBRISMO](#)
[EL PUEBLO ELEGIDO I](#)
[EL PUEBLO ELEGIDO II](#)
[UNA RELIGION PARA EL OCASO ROMANO](#)
[CAMBIANDO DE ERA](#)
[LOS SIGLOS OSCUROS](#)
[LOS SIGLOS OSCUROS II](#)
[REMEDIOS PARA EL AISLAMIENTO](#)
[CONVULSIONES INTERNAS](#)
[DEL INCENSARIO A LA HOGUERA](#)
[ALZAMIENTOS RURALES Y URBANOS](#)
[CATÓLICOS Y PROTESTANTES](#)
[BELICIOSOS PACIFISTAS Y UTÓPICOS](#)
[FINANZAS Y FINANCIEROS](#)
[EL COLOSO MINÚSCULO](#)
[DE LA PRÁCTICA A LA TEORÍA](#)
[UNA ILUSTRACIÓN AMBIGUA](#)
[LIBERALISMO Y REVOLUCIÓN](#)
[FRANCIA COMO SINGULARIDAD](#)
[JACOBINISMO Y COMUNISMO](#)
[LA PURGA APOCALÍPTICA](#)
[LA REVOLUCIÓN TRAICIONADA](#)
[BIBLIOGRAFÍA CITADA](#)



Los
Enemigos del
Comercio

LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO

HISTORIA DE LAS IDEAS SOBRE LA PROPIEDAD

I Antes de Marx

A Enrique Galán,
que me dio el consejo justo sobre este libro.
Y a Guillermo Herranz,
editor y amigo incomparable.

Introducción

«La humanidad no posee regla mejor de
conducta que el conocimiento del pasado.»

Polibio, *Historia del ascenso de Roma*, I, 1.

Hace algo menos de una década, cuando empecé este libro, me había propuesto en principio algo sencillo y dictado por la necesidad de reconstruir para entender. El objetivo era precisar tanto como fuese posible quiénes, y en qué contextos, han sostenido *que la propiedad privada constituye un robo, y el comercio es su instrumento*. Varios años más tarde —tras averiguar quiénes fueron esas personas y grupos desde el siglo XIX— comprendí que su tesis era muy anterior, que había reinado largos siglos sin oposición y que esa zona del árbol genealógico comunista era pertinente para no confundir allí el tronco y las hojas, lo perenne y lo caduco. Como cabía esperar, el trabajo de documentación se hizo a partir de entonces mucho más arduo e incierto, acechado a cada paso por una evidencia tan incómoda como lo mencionado por un sabio a propósito de otro anterior: «Entonces un hombre era capaz de recorrer toda la ciencia y todo el arte, y trabajar en campos muy distantes sin

condenarse al desastre»¹.

En mi caso el desastre no venía de campos sino de tiempos vertiginosamente distantes, y la anticipación del fracaso se habría sobrepuesto si el trabajo no hubiese sido compensado con descubrimientos en gran medida imprevistos, que ofrecían una prolongación del sentido. Al leer la cuarta historia del socialismo, por ejemplo, pude ver que no sólo todas manejaban un paquete de información casi idéntico, sino que hacían gala de un pionero gusto por lo políticamente correcto². Cuando mucho, mencionan de pasada a una secta israelita que identificó la compraventa con un pecado de hurto, sin añadir que buena parte de sus miembros se transformaron en nazarenos o ebionitas —el grupo original de Juan Bautista y Jesús—, y que su enseñanza vertebró el Evangelio. El especialista en historia moderna de las ideas entiende que esto es religión, que lo propuesto por Fourier, Blanqui o Marx es política, y que el comunismo constituye una rama del pensamiento socialista.

Preguntándome por qué la genealogía de este movimiento se encuentra en un estado tan rudimentario, a despecho de su inexagérable impacto universal, no encuentro mejor respuesta que la de respetar el divorcio entre sus militantes teológicos y sus militantes ateos. Las crónicas suelen estar guiadas por el *sine ira et cum studio* de Tácito, que en definitiva quiere saber más sobre nosotros mismos, pero en este terreno los protagonistas principales insisten en no querer saber nada el uno del otro. La Academia de Ciencias de la URSS patrocinó cientos de obras sobre el materialismo dialéctico, aunque nunca asumió una historia circunstanciada y veraz del comunismo, donde habría sido imposible no aludir a san Juan Crisóstomo y al Código de derecho canónico al documentar la idea llamada más tarde fetichismo de la mercancía. La Santa Sede, custodio de un archivo incomparable sobre herejías y alzamientos comunistas con raíz evangélica, tampoco ha instado alguna historia del fenómeno, porque exhumar el conflicto entre la civilizada Iglesia actual y sus milenaristas de otrora abriría heridas profundas. Véase, sin ir más lejos, cómo ha preferido perder feligreses en Iberoamérica a admitir en su seno la corriente llamada Teología de la Liberación.

Por otra parte, despreciar el principio de continuidad se paga con dogmatismo, «y grandes perjuicios se han seguido de ceder a esa tentación, que traza anchas líneas divisorias allí donde la naturaleza no ha dibujado ninguna»³. En el caso del movimiento comunista, la tentación simplificadora lleva a

pasar por alto la tenacidad de algo que desde la cristianización del Imperio romano alterna fases explosivas con otras de eclipse, sin desaparecer jamás. En realidad, atender a esa combinación de escrúpulos e ignorancia nos vela la evolución del más formidable disidente conocido, cuyo parto coincide con el momento en que nuestra cultura se lanzó a apostar por la libertad política y la innovación, como hicieron algunas ciudades griegas en el siglo VI a. C.

Hasta entonces el autogobierno era una rareza propia de las sociedades sin Estado —grupos de ágrafos que nunca alcanzan un mínimo de densidad demográfica—, y las sociedades demográficamente densas estaban sujetas a un autócrata divino, que al legislar fundía por fuerza el derecho natural o permanente y sus privadas ocurrencias. Con la democracia que pusieron en circulación Atenas y otras polis comerciales llegó un Estado sencillamente inaudito, donde la autoridad dejaba de ser sagrada. Innumerables automatismos y suposiciones sucumbirían a consecuencia de ello, y la expresión más brillante de escándalo es una *República* platónica concentrada en oponer seguridad y libertad. Allí, junto a la propuesta de regresar a la severidad del ayer, encontramos también por primera vez la de reconvertir lo privado en común ⁴.

Desatendido políticamente por sus compatriotas, Platón se convirtió más tarde en el principal inspirador de la teología, la pedagogía y la ética cristiana. Su crítica de la democracia como demagogia triunfó y, sin embargo, la aspiración al autogobierno no pudo erradicarse. Por caminos casi siempre sinuosos acabó imponiéndose una libertad inseparable de innovación, y Europa se convertiría en foco de una cultura occidental llamada a ser política y económicamente hegemónica. La tradición china, la hindú y tantas otras se aplicaron a anular la erosión del tiempo, concentrando las energías presentes sobre un retorno perenne de lo igual. La nuestra acabó descubriendo cómo servirse de la caducidad para convertir el círculo en una figura abierta, y se sostiene —de modo tan próspero como acrobático— sobre un cultivo del hallazgo. Como el motor de propulsión a chorro, que jubiló al de hélice, vive de excitar controladamente la turbulencia y es —atendiendo a la conocida expresión de Schumpeter— un sistema de desequilibrio creativo.

En otros términos, la sociedad competitiva o abierta se construyó polemizando con un alter ego soliviantado por el prosaísmo calculador. Al exigir una identidad mucho más estrecha como garantía de sosiego estable, este anverso del yo comercial se demostró capaz de «crear, educar y subvencionar

un disfrazado (*vested*) interés por el desasosiego social»⁵, y como podremos seguirlo en sus pormenores baste recordar ahora dos momentos estelares. Al principio, antes de que el Imperio romano se convirtiese en un Saturno devorador de su prole, el régimen de amplísima autonomía municipal diseñado por Julio César creó clases medias locales, y un número creciente de personas pasaron a ser hombres de negocios. Pero es precisamente entonces cuando llega una denuncia del propietario y el comerciante como enemigos del pueblo, unida al anuncio de un Juicio Final donde los pobres se regocijarán viendo cómo Dios fulmina a los ricos. Dos milenios más tarde, en un mundo secularizado, cincuenta años bastan para que ateos enérgicos impongan dicho trance a la mitad de la población mundial. Han cambiado muchas cosas salvo el contenido, que antes y después es un ajuste de cuentas precisamente «implacable».

El sello occidental del fenómeno brilla en el hecho de que acabase siendo asumido por veintidós estados⁶ de cuatro Continentes, sin que ninguno de esos gobiernos le encontrara algún paralelo o precedente autóctono al marxismo-leninismo. Tanto en África como en Iberoamérica y Asia un alemán y un ruso iban a ser, y son, su única brújula. Entre los europeos de mediana edad, quienes no resultaron guiados materialmente por ella se criaron tomando partido a favor o en contra, y ahora —a juzgar por el espacio que ocupa en los medios— la actitud se encuentra en una de sus fases poco expansivas, más proclive por ello a ser pensada sin tanto apasionamiento. Al ritmo en que hemos ido acostumbrándonos a no padecer guerras, el marxista ha ido decantándose por una lectura alegórica de proposiciones como que «la última palabra de la ciencia social será siempre el combate o la muerte, la lucha sangrienta o la nada»⁷.

Por lo demás, las democracias sólo están a cubierto de tentaciones demagógicas mientras se mantengan relativamente prósperas, y reflexionar sobre las «otras» democracias parece más realista que dar por difunto al alter ego. Ser occidental significa de alguna manera tener sitio en el corazón para un altar donde lo venerado es la igualdad humana, principal motivo de orgullo para nuestra cultura. Sin embargo, algunos limitamos ese principio inviolable a un trato no discriminatorio por parte de las leyes, y reclamamos una igualdad jurídica compatible con las más amplias libertades. Otros —a cuyos motivos e iniciativas se dedica este libro— llevan veinte siglos abogando por abolir compraventas y préstamos para defender a quienes obtuvieron peores cartas, son incapaces de

autogobernarse o sencillamente no están dispuestos a tratar la vida como un juego, aunque sus reglas sean claras.

1. Aplicando el principio de continuidad

Las consecuencias de escindir episodios religiosos y ateos pueden calibrarse con una muestra extraída de su propia historia. Los primeros alzamientos comunistas reconocidos como tales ⁸ ocurren en la baja Edad Media, anunciados por brotes de reyes-mesías en Flandes y Bretaña que acaban cristalizando en las grandes guerras campesinas de checos y alemanes durante el Renacimiento. Los asaltos de fincas, abadías, castillos e incluso ciudades, reprimidos inicialmente con el acero, pasaron a merecer hoguera cuando la Iglesia comprendió que el acicate de sus saqueos no era la codicia, sino una interpretación literal y por eso mismo herética de los Evangelios. Seguirán tres siglos de revolución intermitente, y supondríamos que su crescendo fue paralelo a un agravamiento de la miseria si la situación real no demoliese tal hipótesis. De hecho, una Europa devastada crónicamente por las hambrunas y la lepra, cuya única fuente de ingresos es cazar en masa a sus propios adolescentes de ambos sexos —para vendérselos a bizantinos y árabes—, tiene entonces ante sí el primer destello de una luz al final de ese túnel.

Hasta el momento ha reinado la llamada Paz de Dios, un sistema sin circulación monetaria donde el pueblo devuelve al señorío su protección —material y espiritual— regalándole prestaciones laborales. Ahora empieza a ser posible cobrar el trabajo en dinero, gracias a un restablecimiento de las comunicaciones y a la consolidación de los burgos. Los alzamientos comunistas crecen al ritmo en que formas cada vez menos tímidas de sociedad comercial se instalan dentro del monolito clerical-militar, una paradoja sólo aparente si tenemos en cuenta que —para el conforme con la Paz de Dios— una vida sujeta a oferta y demanda está cargada de exigencia e incertidumbre, además de ser impía. Sólo una pequeña fracción de audaces que va desertando de su gleba está dispuesta a correr con tales riesgos, y cuando algunos de estos aventureros empiecen a prosperar, poco después, los cronicones de Froissart, Commines o Mateo París describen a labriegos tan resentidos como abiertos a la predicación de profetas airados, cuya promesa es reinindicar una pobreza antes santa y ahora escarnecida. Uno de cada treinta campesinos, aproximadamente, se unirá a razzias contra nuevos ricos de la nobleza y el alto clero, a quienes se acusa de practicar el *luxus* y la *luxuria*. Para la Inquisición, tanto católica como eventualmente luterana, son masas enloquecidas por «un

milenarismo fanático».

Al matadero de los siglos XV y XVI sigue una pausa, y las masas revolucionarias no recobran una clara conciencia de sí hasta 1848, año de la segunda Comuna parisina y el *Manifiesto* de Marx-Engels. Dichas muchedumbres y sus líderes siguen abogando por la sociedad sin Tuyo ni Mío, precedida por una guerra civil sin cuartel, aunque antes enarbolaban visiones apocalípticas y ahora aspiran a un desarrollo más racional de las fuerzas productivas. Se consideran hijos de la Revolución francesa, un episodio a su entender «liberal», dentro de una Europa «ancestralmente capitalista», ofreciéndonos con ello un modelo de la distorsión retrospectiva que se sigue de postular la discontinuidad. En efecto, el primer Estado liberal no llega hasta los Países Bajos del siglo XVII, y desde el Bajo Imperio romano hasta entonces Europa ha conocido algo muy distinto del capitalismo privado. La actitud llamada hoy «pensamiento único» apenas tiene protagonistas durante unos mil años, pues estar expuesto al señorío compartido de «quienes siempre rezan» y «quienes siempre batallan» impuso al comerciante trabas tan nucleares como que el crédito y la compraventa inmobiliaria fuesen operaciones ilegales.

Que llegase a concentrar no sólo la bajeza sino el pecado podemos atribuirlo a los dos estamentos hegemónicos, pero desde siempre el militarismo prefiere saquear los almacenes y cofres del mercader a título excepcional, colaborando el resto del tiempo con lo oportuno para permitir que vayan llenándose. Que el oficio de negociar pase de ser algo vil a algo pecaminoso es doctrina eclesiástica, y los alzamientos comunistas empiezan cuando una Santa Sede inclinada a civilizarse convoca el IV Concilio de Letrán (1215), porque admitir allí la mera existencia de un derecho mercantil pone en entredicho su militancia previa. La fase apoteósica del igualitarismo coincide con Papas que admiran de modo más o menos solapado a individuos como Leonardo, Maquiavelo o Galileo, haciendo gala de un contubernio con lo mundanal que surge a Thomas Müntzer, Jan de Leyden, Jan de Batenburg y otros teólogos armados. El denominador común de estos últimos es dirigir a los ejércitos de la Iglesia Pobre, alzados contra la Iglesia Propietaria.

Los manuales escolares que estudiaron mis padres, estudié yo y estudian mis hijos afirman o dan por supuesto que Müntzer, por ejemplo, puede considerarse un remoto precedente de Lenin con arreglo al orden laico de las cosas; y también que con arreglo al orden clerical puede considerarse un adepto de Pedro el Lector y quienes le ayudaron a quemar la Biblioteca de

Alejaría un milenio antes. Lo que no encontramos en estos textos es una compenetración de ambos órdenes, pues junto a su noble y esforzada función —desbravar al adolescente— la enseñanza secundaria ha asumido tradicionalmente el compromiso de interponer un abismo entre religión y política.

1. El lecho de Procusto como sobredeterminación. Se

objetará que negar la cesura entre comunismo milenarista y comunismo científico construye unidades saltando sobre sus diferencias, y que la vitalidad del entendimiento no depende de aglomerar sino de separar, distinguir y matizar. No hay duda de que la estupidez extrema identifica los sujetos a partir de sus predicados, deduciendo de su común blancura una identidad entre la nieve, la cal y la pasta de dientes. Pero no merece omitirse que este tipo de operación mental cunde cuando las cosas han sido reducidas previamente, y cierta audiencia aplaude oyendo decir que «quien no está conmigo está contra mí»⁹. Así como nada puede considerarse más profiláctico que discernir lo heterogéneo de lo análogo, lo parejo y lo accidentalmente afín, nada justifica ignorar un espíritu unitario allí donde se ponga de manifiesto. Una secuencia puede descomponerse en planos que cronológicamente desordenados, pero el nervio de asunto reaparecerá aquí y allá, imponiendo al montador de la película transformar sus coincidencias en casualidades.

Supongamos que la tesis permanente sobre la propiedad privada y el comercio no es suficiente para postular una copertenencia. Será mero azar, pues, que la lógica del celote integrista reaparezca intacta en los comisarios ateos. No menos casual no puede ser que escribir *Liberté* en vez de *liberté* —otorgando al término una diosa patrona— justifique derogar el cuadro de libertades reconocido por la Declaración de Derechos del Hombre y el Ciudadano, un documento que dos años después de aprobarse democráticamente le parece a la facción gobernante un recurso del antipatriota. Como los ateos previos nunca propugnaron uniformidad ideológica, un azar adicional explicará que el ateo antimerchantil imponga o consienta una censura tan amplia y meticulosa como la ortodoxia monoteísta.

Para el laico en general, que juzga al prójimo por sus obras, la «pureza de principios» es tan indiferente como el número de zapato o las estrías del codo. Pero necesitamos un nuevo golpe de azar para entender cómo el ateo de la sociedad sin clases exige no sólo identidad de opinión sino de sentimiento. La cama del legendario Procusto, que cortaba o estiraba al huésped para adaptarlo a sus medidas perfectas, no sería en general una

condición de su «nueva» mentalidad. Desde mediados del siglo I a mediados del III millones de cristianos pusieron todos sus bienes a los pies de sus apóstoles, por ejemplo, esperando con ello acelerar un Juicio Final donde «los dedicados al comercio aguardarán la tortura llorando y gimiendo»¹⁰. Esto tampoco guarda otra relación que la casual con prácticas de tribunales revolucionarios modernos y contemporáneos.

El principio de continuidad no cambia una coma de la historia, pero en casos de fenómenos con eslabón perdido incrementa la densidad del significado, aportando detalles antes unidos solamente a algún otro sector del registro escrito. La versión irreflexiva de los hechos cree que el comunismo es el fruto maduro de dificultades económicas, por ejemplo, equiparándolo así a insituciones tan intemporales como el chivo expiatorio o el imaginario del parricidio. Pero al mirar el asunto con algo más de detenimiento topamos con un proceso esencialmente histórico, dentro de una cultura donde no deja de influir desde entonces. Como acaba de recordarnos el auge del movimiento antimercantil desde el otoño de la Edad Media, no hay base para suponer que sea una función de decrementos en la renta general, sino más bien de que reaparezca el cultivo del riesgo aparejado a la existencia de libertades cívicas. Escindir la forma espiritualista y la materialista de su apostolado sólo contribuye a cerrarnos los ojos ante algo más manifiesto aún: raptos aislados de furia y un llamamiento perenne a expropiar.

2. El cambiante estatuto del trabajo. La emergencia del comunismo moderno se considera explicada aludiendo a las penurias del proletariado industrial. Sin embargo, quienes solventan así nuestras cuentas con la causalidad omiten que el triunfo del cristianismo coincide con otra proletarización masiva. En el siglo XVIII los no-propietarios o desarraigados son personas que dejaron el campo atraídas por un jornal notablemente superior en fábricas, y ante todo porque la ciudad sugiere posibilidades de formación y promoción. En el siglo ii los no-propietarios son granjeros, artesanos y profesionales venidos a menos, que en vez de padecer el desarrollo industrial sufren a causa de su ausencia, dentro de un engranaje donde lo radicalmente funesto para ellos ha sido el crecimiento de dos tipos de esclavos: las grandes cuadrillas de peones que trabajan los latifundios y los siervos provistos de alguna formación, que desempeñan todo tipo de oficios especializados.

Reinando Tiberio —cuando nace Jesús, según el Nuevo Testamento— el granjero y el artesano libre han dejado de ser una clase media, capaz de comprar y vender. Viven directa o indirectamente de alguna cartilla de racionamiento, y su

promoción social topa con la rivalidad del esclavo en todas las profesiones salvo la militar, un oficio obviamente indeseable para algunos temperamentos. Los males del Imperio se atribuyen a haber olvidado la austera virilidad de otros tiempos, al desgaste de hacer frente a naciones invasoras o sublevadas, a mala administración y en realidad a cualquier cosa distinta del factor crucial. Puesto que las prestaciones laborales no se remuneran, la oferta parte de rendimientos mínimos en todas sus ramas productivas, y la falta de dinero circulante estrangula en cualquier caso la demanda.

Quien trabaja lo hace sólo por terror, y el hombre libre carga con la competencia desleal de esa «herramienta humana» (Aristóteles). Debe ajustarse a los jornales que el esclavo de cada profesión cobra para dárselos de inmediato a sus amos, y aceptar no sólo algo ínfimo sino el contagio con una actividad que las gentes de respeto consideran abyecta en y por sí misma. Entretanto, la bancarrota del Fisco va aumentando el número y entidad de las prestaciones gratuitas que el Estado exige a su ciudadanía, y para cuando llegue el Bajo Imperio la frontera entre ese proletariado y el esclavo es cada vez más tenue. Precisamente entonces, contemplando las tierras que el fracaso del latifundismo ha dejado baldías, la semilla del entusiasmo es sembrada por una religión de la periferia más marginal, que reinterpreta la quiebra como victoria del providencialismo sobre el cálculo y —cosa más cargada aún de repercusiones políticas— recomienda aplazar *sine die* el retorno a un trabajo remunerado, como el que sirvió de trampolín a Atenas y Roma para lanzarse a la gloria.

El mundo concreto pasa a ser un banco de pruebas para aspirar al premio o castigo de ultratumba, y un cristiano repugnado por el *luxus* paga con lealtad incondicional el monopolio del culto que le entrega el poder político. Esto consolida un plan de estabilización en la miseria, que aunando el ideal más sublime con la necesidad más perentoria cronifica economías de estricta supervivencia. Poco después, cuando el hundimiento del Imperio deje a la Iglesia como único consejero ecuménico, la emergencia de los reinos bárbaros precipita la puesta en práctica de una economía autárquica, emancipada de elementos superfluos como el dinero y los mercaderes. Medio milenio más tarde, obrando como albacea de ese plan contra los primeros desertores del vasallaje —que resultan ser buhoneros y caravaneros, armados hasta los dientes para defender sus carros— el hijo y sucesor de Carlomagno, Luis el Piadoso, decreta en 806 que «sólo aceptamos a quienes compran para quedarse con lo adquirido, o para regalarlo a otras personas» ¹¹.

3. La sempiternidad del mensaje. A mediados del siglo XIX, la inquietud de Carlomagno y Luis el Piadoso ante un crecimiento del intercambio voluntario es una curiosidad exótica. Heeren acaba de explicar que el «cambio de mercancías es un cambio de ideas»¹², nadie pone en duda que el cazador y el pescador intercambiaron presas, y a su venerable antigüedad el comercio añade ahora el hecho de parecer una bendición pública. Es entonces cuando Marx recuerda que el trabajo constituye «alienación» mientras sea por cuenta ajena o propia, porque sólo estará recompensado con justicia y prudencia cuando lo pague la «sociedad», y deje de computarse en dinero.

La monetización —añade— sólo ha producido una competencia «salvaje», ruinoso para casi todos, y el único consuelo es saber que resulta inminente una crisis total e irreversible del sistema capitalista. Sobre las cenizas de su iniquidad se levantará otra organización, donde las horas de labor se reducirán al tiempo que aumenta su eficacia, porque lo esmerado e inventivo de trabajo crecerá en proporción a la seguridad de cada empleo. Tampoco se despilfarrarán energías, gracias a una reglamentación de cada rama productiva que amoniza las aptitudes y necesidades de cada uno. Convirtiendo el dinero en vales, el trabajador tendrá acceso a todas las cosas y servicios oportunos, y a la vez se evitarán la inflación, los ciclos económicos, los impuestos y los intermediarios.

Así se ha trabajado siempre en cuarteles y conventos, por no decir que exclusivamente en estos recintos, cuando el nivel de vida parecía ajeno a condiciones como inversión o rendimiento. Antes de que cundiese el capitalismo privado los extremos de la miseria y la opulencia se interpretaban subjetivamente, como deseables e indeseables, necesarios y accidentales, fruto del mérito y obra de la ignominia, desvinculando el conjunto de la articulación impersonal unida al dinamismo de sus elementos. Sólo siglos de intercambio pacífico y regularmente, dentro y fuera de cada país, permitieron discernir entre economía doméstica y política; y serán necesarios algunos cientos de años más para que Cantillon —en su *Ensayo sobre el comercio* (1755)— defina la economía de cada país y la internacional como un equilibrio de magnitudes interdependientes. Todo este campo se había considerado hasta entonces un acólito dócil del mando, inspirando a una serie interminable de autócratas el propósito en buena medida imposible de estafar a su país sin estafarse a sí mismos¹³. *El Capital* (1867)¹⁴, que se escribe cuando la interdependencia de magnitudes empieza a analizarse de cerca, propone en su lugar una «organización consciente» de

todos los procesos.

Una vez más, y en condiciones casi diametralmente distintas, resuena la tesis de que la propiedad privada y comercio sobran, si aspiramos a una existencia propiamente «social». Para entonces la sociedad esclavista ha desaparecido, devorada por la industrialización, pero Marx propone que tras la proeza de poner en marcha el progreso técnico un mantenimiento de las libertades burguesas sólo puede redundar en anarquía caótica, y su propuesta es lo más fascinante del mundo con mucho desde 1868 a 1968. Muchos marxistas se sentirán traicionados por la veintena de países practicantes del «socialismo real», y Marx ingresa en círculos académicos como padre de la «teoría social», otro nombre para la sociología. Bastante más tarde, la caída del Muro berlinés demostrará que sus ideas no colapsan, suscitando desde los años 90 un retorno a la teorización como no se había conocido desde los años 20. Tendremos ocasión de examinar incluso el movimiento que lucha por impedirle a la Organización Mundial del Comercio sus reuniones, o la interesante convergencia insinuada por el abrazo de Chávez y Ahmadineyah.

II. El fin y los medios

Despejados ya algunos equívocos, faltaría a la veracidad si no empezase añadiendo que todos los capítulos de este volumen y el siguiente me parecen apresurados, o cuando menos susceptibles de una expresión mucho más fluida. Penélope, según el mitógrafo, tejía durante el día lo que ella misma destejía por la noche, para no tener terminada una tela que la obligaba a desposarse acto seguido con alguno de sus pretendientes. Sin estímulo remotamente parejo, he luchado con mis limitaciones y la hondura del asunto tachando por norma gran parte de lo escrito en cada jornada, y el hecho de que el texto acabe confiado a la incorregible letra de imprenta es al menos en parte tributario de un consejo sobremanera cómodo: «Si alguien ha conseguido avanzar un paso en el análisis [...] sus esfuerzos ulteriores están llamados probablemente a rápidas disminuciones de rendimiento, y otros estarán mejor cualificados para colocar la próxima hilera de ladrillos» ¹⁵.

Desearía, pues, que las deficiencias de esta exploración puedan equilibrarse hasta cierto punto por ofrecer una historia no compilada hasta ahora, que replantea en lugares y momentos inesperados el diálogo fundamental entre libertad y sometimiento, realismo y añoranza. La primera sorpresa que ofrece su conjunto es una genealogía paralela del liberalismo,

pues se trata de movimientos que se desarrollan coaxialmente, como las espirales del ADN. La segunda es una posibilidad de acercarse sin ingenuidad a la cuestión última, que es el componente de «razón» incorporado al movimiento comunista. Pero los elementos de juicio se forman a posteriori, y aplazo el tema hasta el epílogo del segundo volumen —único capítulo pendiente de redacción—, porque la secuencia entera de sus propugnadores es una galería de temperamentos, colmada de enseñanzas sobre aquello que propugnan. De hecho, empiezo publicando la parte del trabajo compuesta en último lugar, para aprender del posible debate suscitado por ella antes de elevar a definitivas sus conclusiones.

1. Paraíso y pobreza como cuencas de atracción. *Paradeisos* en griego, *pairidaeza* en arameo y *edén* en hebreo son términos descriptivos de un «jardín cercado», que deja fuera la intemperie, el trabajo y la muerte. El anónimo autor de *Génesis* cuenta que disponía de un manantial bifurcado en cuatro brazos y estaba provisto de la más seductora vegetación, para solaz de la pareja humana recién creada por Dios. Disfrutar de sus delicias sólo imponía a Adán y Eva no comer el fruto del manzano —que llevaba consigo el «conocimiento del bien y el mal»—, pero la serpiente les sugirió que desobedeciesen, alegando: «vuestros ojos se abrirán, y seréis como dioses»¹⁶. Tentado por Eva, Adán acabó catando lo prohibido, y su desobediencia les condenó a una expulsión descrita como «la caída». Desde entonces ellos mismos y su descendencia cargarían con una vida de penalidades y reversión al polvo.

El *Paraíso perdido* (1667)¹⁷ de Milton es quizá el primer gran libro donde leemos que la serpiente tenía razón, ya que sugirió en definitiva pasar de un mundo básicamente onírico a perspectivas más empíricas. Cargar con la finitud y el esfuerzo precipitó la emergencia del *homo sapiens*, una especie cuyos individuos son animales en todos sentidos aunque pueden «abrir los ojos», e inventar así grandes cosas. Pero la interpretación miltoniana es el negativo de la vigente, y ha reinado en realidad tal duelo por la pérdida del Paraíso que ese recinto acabó resucitando en forma de Cielo, un artículo de fe innegociable para cristianos y musulmanes. No es ocioso recordar que en 1848, durante su breve residencia parisina, Marx redefinió la Caída como efecto de acatar la propiedad, insistiendo desde ese momento en que abolirla nos llevará a un medio bastante más satisfactorio que el rústico jardín de las delicias. Para obtener datos recientes sobre esa aspiración basta teclear en cualquier buscador la frase «Otro Mundo es Posible».

Todo este orden de cosas abunda en *wishful thinking* («pensamiento colmado de deseo»), pero sería trivial pasar por alto un sentimiento lo bastante poderoso como para justificar el Otro Mundo, e incluso religiones sin Cielo como el budismo. La idea del Paraíso no es separable de que la vida práctica pueda parecer un infierno, y creer en ella demuestra ser una demanda lo bastante elástica como para que la Caída pueda atribuirse unas veces a ley divina y otras a ley humana. En ambos casos una angustia difusa y concretada sostiene el anhelo de otra realidad, cuya aparición sólo exige una sincera renuncia a la efectiva. Por otro lado, reconquistar el Edén representa una empresa civilizadora, pues por más que sea indirectamente lleva a admitir la muerte como cosa inevitable. Los pueblos propiamente bárbaros siguen pensando que no ya toda defunción sino toda enfermedad provienen de algún hechizo¹⁸. Hace falta desplegar en alguna medida las alas del conocimiento para que la intemperie aparezca en cuanto tal.

No hay por ello exageración o sarcasmo al afirmar que —tanto en sus formas clericales como ateas— la causa comunista percibe en el presente la maldición derivada de cierto error original específico, que una vez subsanado erradicará en todo o en buena parte la inhospitalidad del medio físico. Para alcanzar esa meta hay un procedimiento común también, que consiste en fundir descontentos heterogéneos: «Bienaventurados los pobres de espíritu, los humildes y afligidos»¹⁹. Mucho más esencial que unos estatutos —nunca admitidos por Jesús o Bakunin, entre otros grandes jefes de fila— es el hallazgo de convocar a crédulos, explotados y perseguidos, que crea un conjunto de gran extensión e intensidad mínima. Faltando esta convocatoria, el infortunio se mantiene disperso y arbitrario, agrupado por iniciativas del que no se siente inmerso en sus penurias.

«La pobreza es una constelación sociológica única: cierto número de individuos, que por un destino puramente individual ocupan un puesto orgánico específico dentro del todo. Pero este puesto no está determinado por aquél destino y manera de ser propios, sino por el hecho de que otros (individuos, asociaciones, comunidades)

intentan corregir esta manera de ser»²⁰.

Como las asociaciones surgen normalmente de costumbres, preferencias e intereses comunes, hemos de atribuir al comunismo el descubrimiento de un principio asociativo que puede saltar sobre esa afinidad inmediata. Fuentes aflictivas

dispersas se reconducen a un antídoto único, los vacíos del conjunto le mueven a llenarse nivelando los deseos, y aquello que desde fuera constituye capacidad de resurrección es, desde dentro, el carisma de fundir filantropía y guerra civil, esperanza pura y puro resentimiento. Antes de estudiar su evolución, daba por supuesto que el factor revolucionario se centraba en ir hacia lo desconocido. Pero mi pesquisa sugiere que —al menos hasta ahora— los ciclos de latencia y alta actividad en el movimiento comunista corren paralelos a hitos en el desarrollo de la libertad prosaica, dibujando una reacción análoga al echarnos hacia atrás que impone cada ataque de vértigo ²¹.

Dada la profundidad hasta la cual cala en el ánimo de cada uno, tan distinta de compromisos transitorios en materia de ética y política, no me parece discutible tampoco que el igualitarismo patrimonial merezca el nombre de alma, espíritu y conciencia. Hace gala de un especial horror a la incertidumbre —que tan esencial resulta para hacer llevadero el acto de vivir ²²—, aunque tiene en común con su oponente mercantil una capacidad para sobreponerse a cualquier inercia. La inquietud de su movimiento corresponde a un fenómeno de autoorganización, realimentado por el tipo de proceso que la física contemporánea ha ido identificando en objetos fractales, estructuras disipativas, órdenes por fluctuaciones, efecto mariposa o atractores extraños. Tales dinámicas —en su mayoría invisibles hasta que la potencia computacional de los ordenadores permitió investigarlas— se acumulaban en el desván de un caos que llamaba desorden a los órdenes de grano fino y, ante todo, a cualquier fenómeno que se negase a ser anticipado con exactitud.

Todavía hoy seguimos oyendo decir que el clima es previsible, pongamos por caso, cuando todo cuanto hemos logrado es una red de satélites que informan puntualmente, y en modo alguno evitar que el clima se haga a sí mismo. Las aspiraciones de infalibilidad, antes concentradas en el Santo Padre, han sido asumidas por algunas ramas del saber que olvidan describir para jactarse de profetizar, y como todo fenómeno complejo es siempre una modalidad de autoproducción, impredecible por naturaleza, no será en realidad un objeto «científico» y estudiarlo tampoco será propiamente «ciencia». Sin embargo, tanto el movimiento comunista como el liberal exhiben una proporción de regularidades o autosemejanzas análoga a la de cualquier otro fenómeno complejo de la naturaleza, y librarlos al mero opinar —como implícita o explícitamente propone la banalidad— equivale a una rendición intelectual tan más innecesaria cuanto que uno y otro se entrelazan de modo

espontáneo.

III. Los resortes de la riqueza

Antes de concluir no sobraría una mención a Carl Menger (1840-1921), fundador de la escuela austriaca, a quien debo el concepto de «actitud antieconómica» y comprender que el comercio es tan productivo como la actividad industrial o la agrícola²³. En 2000, mientras pasaba un año sabático en el Sudeste asiático, sus *Principios de economía política* me hicieron ver también que una teoría de los precios no puede partir —como pensaban Locke, Smith, Ricardo y Marx— de un valor monetario medido por las horas de trabajo empleadas en producir cada tipo de bien. Lejos de ello, todos y cada uno pagamos por la insatisfacción que nos causaría no tener tal o cual bien determinado, aquí y ahora. Este hallazgo, llamado más tarde utilidad marginal, me ayudó también a entender por qué Marx sólo publicó un tercio de su tratado antieconómico. Redactar el resto suponía el trabajo añadido de refutar la nueva teoría del valor, que cuatro años después de aparecer el primer tomo de *El Capital* era ya la gran noticia del pensamiento económico²⁴. En cualquier caso, durante las primeras semanas de la nueva residencia asiática demasiadas cosas inclinaban al ánimo depresivo, y el contenido entusiasmo de Menger —que compuso su tratado teniendo treinta años— aportó la parte de alegría inherente a cualquier descubrimiento. Cierta tarde, cuando vegetaba en una playa tailandesa prototípica con el paladar incendiado por unos anacardos al estilo local, pasé de la modorra a la vigilia con tres párrafos que no me resisto a transcribir:

«Lo antiguo y primigenio es el monopolio. El primer efecto de una competencia es que ninguno de los agentes económicos pueda extraer ventajas de destruir o retirar de la circulación parte de sus mercancías o de los medios productivos [...] Estimulado por esa competencia, el número las mercancías crece y se abarata, quedando asegurado con mayor plenitud el abastecimiento de la sociedad entera [...] Muchas ganancias pequeñas y un alto nivel de actividad económica conducen a una producción masiva, pues cuanto más pequeño sea el margen de ganancia en cada uno de los bienes más antieconómica resulta la rutina comercial, y menos posible es sacar adelante un negocio con métodos anticuados y poco

imaginativos»²⁵ .

Por entonces el país de los thai no era un modelo de negocios imaginativos sino más bien del monopolio primigenio, donde los prósperos identificaban márgenes muy altos de ganancia con «decencia»²⁶ . Imitando el sistema social con el que volvería a encontrarme al investigar nuestra Edad Media, allí estaba prohibido de un modo u otro que la casta superior viniese a menos, y si un plebeyo venía a más quedaba expuesto a letales suspicacias. Una manera de detectar instantáneamente al hombre o mujer de rango superior era el tono muy bajo de su voz, inaudible sin mediar un total silencio de los circunstantes, mientras el resto hablaba muy alto con harta frecuencia. Para no quedar tan al margen de aquellas reservadas gentes quise estudiar la lengua, aunque su política lingüística me disuadió de inmediato²⁷ .

El pretexto académico del año sabático había sido investigar causas nacionales de pobreza y riqueza —subtítulo del *Wealth of Nations* (1776) de Smith—, que acababan de ser actualizadas por un historiador contemporáneo²⁸ , y viajar por la antigua Indochina acabó de ilustrarme. Daba antes por supuesto que la presencia duradera de prosperidad es algo prefigurado por materias primas y posición geográfica, cuando la variable crucial es el carácter educado —o si se prefiere abierto— de cada grupo humano. Los pueblos educados son ricos, vivan donde vivan, mientras no resulten invadidos o vampirizados a distancia por sociedades cerradas. Singapur, un territorio ínfimo, especialmente insalubre y sin materias primas, decuplicaba en renta a Tailandia, un país relativamente próspero para lo habitual en aquellas latitudes. Birmania —quizá el lugar más rico del orbe por recursos naturales— compite con Haití y Sierra Leona en miseria extrema. No podemos atribuirlo a falta de ferrocarriles, carreteras o puertos, sino a que nueve décimas partes de las infraestructuras dejadas por los colonizadores ingleses, incluyendo el obsequio de una lengua universal, se echaron a perder con planes patético-enfáticos de exaltación nacional.

1. La distancia estética como condición. Regresé de aquellos trópicos más alerta de lo que había llegado a la diferencia entre simple y complejo. A fin de cuentas, esto último es un tipo de cosa que no se identifica con objetos externos ni con voliciones subjetivas, sino con un género de realidad no hipotecado a lo subjetivo ni a lo objetivo. Una nube de actos humanos, no algún designio, provoca algo anónimo como las sintaxis, el

dinero, el derecho, la ciencia o la sociedad misma. Ser nuestras no somete estas instituciones al antojo particular, y de pretenderlo derivan gran parte de las crueldades sistemáticas y más inhumanas. Como el resto de nuestros actos se explica en función de algún propósito, «sólo se presenta un problema requerido de explicación teórica allí donde surge alguna modalidad de orden no planeada como resultado de las acciones individuales»²⁹.

Por otra parte, la diseminación de órdenes endógenos o espontáneos se hace necesariamente a costa de órdenes exógenos, sostenidos a toque de clarín y campana. Sintetizando este cambio, Saint-Simon aclaraba a principios del siglo XIX que lo único propiamente «social» es la reciprocidad llamada «industria», un sistema de servicios mutuos donde nadie subsiste sin el apoyo constante de ilimitados otros, unos visibles y otros invisibles. La gran novedad es que ni el mando ni la obediencia en abstracto se consideren servicio mutuo, y sea preciso hacer algo prosaicamente útil para terceros —o haberlo hecho en medida bastante— para disfrutar de algún desahogo. Eso pensaba en el avión que me devolvía a casa, comparando lo aprendido con suposiciones como que la riqueza de unos empobrece a otros, o que la indigencia remite ilegalizando el afán de lucro. Tales hipótesis eran el fruto de una juventud cristiana, seguida por una primera madurez resueltamente roja, y llegaba el momento de reconstruir aquella constelación para sopesar su sentido.

En todo caso, mi crónica debía partir de un eje donde la novela personal de cada protagonista se explicase en función de complejidades, no a la inversa. Si se prefiere, era necesario observar la distancia llamada punto de vista crítico, que fundamentalmente significa autocrítico. En el panegírico, el sermón y la sátira los objetos se ventilan en función del humor de quien los compone. El sentido crítico quiere atender a lo condicionante, como cuando investigamos no a qué nos huele cierta cosa sino a cómo podría el olfato ordenar tantas sensaciones, ya que cada entorno tiene innumerables cosas en trance de emitir partículas. La *Crítica de la razón pura* (1781) fue un hito porque describió un «entendimiento» repartido entre todos y monopolizado por nadie, responsable de convertir las impresiones en noticias.

Al hacerlo se interpone entre lo real y nosotros, desde luego, y quien lo olvide promueve el «sueño dogmático» de una relación directa con la cosa³⁰. Sólo captamos apariencias («fenómenos») de lo real, y para formarnos un criterio

mínimamente ecuánime sólo nos cabe poner en relación los datos relativos a cada asunto, hasta que él mismo reaparezca a partir de ellos. Criticar en el sentido de rechazar, subrayando algo que le falta o le sobra a algo, es un residuo de tiempos en los cuales a la arbitrariedad de quien hablaba se añadía la de confundir lo humano con la voluntad de alguien en particular, inmortal o mortal. Al hacernos conscientes de órdenes autoproducidos —y de que la voluntad acaba domada por la inteligencia, o bien convertida en perseguidor y verdugo suyo—, se consolidó también la opción de un pensamiento que ni echa en falta ni descarta factores cuando reflexiona sobre algo. Desde entonces su deber, y su goce, es que el objeto en cuestión descubra su propia trama:

«Esos esfuerzos [los del simplismo] representan una tarea fácil a despecho de su aspecto. En vez de ocuparse de la cosa misma, van siempre más allá; en vez de permanecer en ella y olvidarse allí este tipo de saber pasa siempre a otra, sin salir de sí [...]

Lo más sencillo es enjuiciar aquello que tiene contenido y consistencia; es más arduo captarlo, y lo más arduo de todo la combinación de lo uno y lo otro: lograr su exposición»³¹.

A efectos de exponer sin más pretensiones, debo añadir, Internet ofrece ya un banco de datos que es buena parte de lo pensado, trasladable en paquetes discretos a velocidades lumínicas. Aunque el efecto inmediato pueda parecerse al aturdimiento, este logro nos desafía a justificar el adjetivo «racional» añadido al indiscutible género animal, y ofrece anticipaciones como el fantástico número de gentes que regalan información al prójimo. Hacia 2005, cuando descubrí que unos toques del ratón convocaban vidas de santos, decretos del señor feudal, viejas crónicas y todas las obras de primera fila, la regla de usar fuentes primarias pudo ser más que un desiderátum para el periodo que a grandes rasgos va del siglo VI a mediados del XVIII. Eso sucedió cuando tenía dos historias en vez de una, dudando de que el esfuerzo hubiese valido la pena. Pero la inyección de noticias galvanizó el proyecto, pues ayudaba a descartar algunas intuiciones al tiempo que confirmaba otras.

NOTAS

1 - Schumpeter alude así a los ensayos de Adam Smith sobre lingüística e historia de la astronomía (Schumpeter 1995, p. 224).

2 - El modelo de esta línea es la *History of Socialist Thought* de Cole, una investigación avalada por el hecho de I. Berlin revisase su primer tomo. La obra empieza declarando que «ninguna idea o sistema importante puede ser definido exactamente» (Cole 1975, vol. I, p. 9), una obviedad gigantesca que no deja de ser inexacta para el comunismo en particular, sin duda un «sistema importante» aunque definido desde sus orígenes por algo tan inequívoco como su tesis sobre la propiedad y el comercio.

3 - Marshall 1920, p. XV. El texto sigue diciendo que «no hay una clara línea divisoria entre cosas que son o no capital, o necesidades, ni entre trabajo productivo e improductivo [...] La acción de la naturaleza es compleja, y nada se gana a la larga pretendiendo de que es simple, e intentando describirla por medio de proposiciones elementales».

4 - Véase el detalle más adelante, p. 16-19.

5 - Schumpeter 1975 (1942), p. 92.

6 - La voz «Karl Marx» de la Wikipedia, bien documentada en general, especifica veintiún países gobernados por dictaduras proletarias, a los cuales añade Kerala y otros dos Estados de la Federación India. Pero omite el régimen de Guinea Bissau, una variante del angoleño-castrista que persiste allí.

7 - Marx 1965, p. 360.

8 - Me inclino a pensar —por las razones expuestas en el capítulo V— que pudieron empezar bastante antes, con herejías reprimidas entre los siglos IV y el VI, aunque sólo podríamos salir de dudas con ayuda de la Biblioteca Vaticana.

9 - Jesús se ha adelantado a todos en este sentido; cf. *Mateo* 12:30, y *Lucas* 9:50, 11:23.

10 - *Apocalipsis* 18:15.

11 - *Monumenta Germaniae Historica, Legum*, vol. 1, I, p. 152. Sobre este decreto de Ludovico Pio, y algún otro de su progenitor, véase más adelante, p. 189-190.

[12](#) - Heeren en Scherer, 1874, p. 2. A.H. Heeren (1760-1842), que empezó publicando —en seis volúmenes— unas *Ideas sobre la política y el comercio de los principales pueblos antiguos*, tuvo tiempo también para describir con erudición y ecuanimidad el mundo comercial hasta sus propios días.

[13](#) - Como cuando envilecían la moneda, y poco después eran forzados a nuevas y más costosas importaciones del mismo metal; o cuando sus leyes sobre precios máximos creaban no sólo desabastecimiento sino más carestía.

[14](#) - La transcripción española escribiría «capital» con minúscula, pero Marx (tanto en la edición alemana como en la inglesa) le llama «*Monsieur le Capital*», y analiza su desarrollo como el de un principio que actúa subjetivamente. Esto justifica transcribirlo con mayúscula.

[15](#) - Hayek 1998, p. 9.

[16](#) - *Génesis*, 3:5.

[17](#) - Véase más adelante, p. x.

[18](#) - Los jíbaros o shuar del Oriente ecuatoriano, por ejemplo, atribuían sistemáticamente las muertes y dolencias al «dardo» lanzado por algún brujo. Tras identificar a ese agresor —cosa que exige siempre el concurso de otro brujo— cortaban y reducían su cabeza por el procedimiento llamado *tantza*, no sin antes coserle los ojos y la boca en evitación de nuevos dardos. Al ser descritos por primera vez —en 1922, gracias a la expedición del marqués de Wauvrin, un roussoniano enamorado del salvaje «no corrompido por el lucro»—, su colección mítica no incluía nada análogo a una Caída.

[19](#) - *Mateo* 5:3-5. También *Lucas* 6:20-23.

[20](#) - Simmel 1977, vol. II, p. 520.

[21](#) - Naturalmente, retroceder ante los precipicios de la inseguridad no ha dejado de impulsar también lo opuesto, catalizando toda suerte de cambios.

[22](#) - En efecto ¿cómo conciliaríamos el hoy si conociésemos el minuto y causa de nuestra muerte, incluso gozando entretanto de los más colosales cumplimientos?

[23](#) - «El intercambio de bienes produce en los contratantes el mismo efecto que si la posesión de cada uno se viera enriquecida con un nuevo objeto»; Menger 1997, p. 244.

[24](#) - Es poco verosímil que un bibliómano inveterado como Marx no estuviese informado sobre el marginalismo, bien en la versión de Menger o en alguna otra, pues —cumpliendo aquello que los biólogos llaman resonancia mórfica— fue descubierto a la vez, y de modo independiente, por el suizo Walras y el inglés Jevons.

[25](#) - *Ibíd*, p. 284-286.

[26](#) - Los dueños de *resorts*, por ejemplo, preferían alquilar una pequeña fracción de sus bungalows a tenerlos ocupados todos o casi todos bajando precios, algo tanto más curioso cuanto que sus empleados —principal coste añadido a una alta ocupación— trabajaban por sueldos ridículos, y a veces sólo a cambio de techo y comida.

[27](#) - La antigua Indochina no ha dejado de ser en abrumadora medida una amalgama de la cultura hindú y la china, que si hubiese conservado ambos idiomas —o al menos uno— habría dispuesto de una comunicación fluida de puertas adentro y afuera. Pero cuando lenguas minoritarias conviven con alguna otra más hablada y escrita compensan a veces su complejo de inferioridad extremando lo diferencial, y en aquél territorio acabaron imponiéndose no sólo media docena de idiomas oficiales sino alfabetos dispares para cada uno. Hasta allí donde la fonética resultaba idéntica —como en miles de palabras— el residuo de la discordia se perpetúa en grafías heterogéneas. Sólo Vietnam decidió (ya en el siglo xviii) adoptar el alfabeto consonante europeo.

[28](#) - Landes 2000.

[29](#) - Hayek 2003, p. 71.

[30](#) - Entre ella y nosotros están, según Kant: 1) las «formas a priori» del espacio y el tiempo, dos continentes huecos que localizan cualquier contenido, y 2) las «categorías» o maneras de ser, pensamientos no menos huecos en sí como la cantidad y la cualidad, el modo de existencia (posible, efectivo, necesario) y la relación en general.

[31](#) - Hegel 1966, p. 8-9.



© Antonio Escotado 2008
LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO
<http://www.escotado.org>

Development Sciences Network Presence
www.catalanhost.com

Los Enemigos_{del} Comercio

LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO

De cómo la propiedad privada no fue discutida en Grecia y en Roma

1

Democracia y demagogia

«Ser humilde en una democracia es tan preferible a ser opulento en una tiranía como ser libre a ser esclavo.»

Demócrito, frag. 251.

Si buscamos ejemplos precoces de masas revolucionarias, lucha de clases, guerras civiles, tribunos populistas y expropiación del rico no será de provecho explorar la historia de China, India o Egipto, donde situaciones de miseria aguda se prolongaron durante siglos y milenios sin alterar la forma de gobierno. El ejemplo más antiguo y rico en pormenores es Grecia a principios del VII a. C., cuando la comarca de Atenas es devastada por tales violencias que los adversarios deciden cortar el bucle de venganzas sometiéndose a un arbitraje. El laudo de ese árbitro, Solón¹, será un conjunto de leyes que no suprime del todo la desigualdad de derechos, aunque prepara dicho cambio al desligar la cuna del mérito, alentando directa e indirectamente al laborioso. Su principio es «reunir la fuerza y la justicia»².

Las primeras democracias aparecen un siglo más tarde, cuando ciertas comarcas han llegado a tener una clase media rural y urbana comparable o superior en número a la suma de nobles y

parias, y entregan el gobierno a un pueblo (*demos*) cuyos criterios se forman por mayoría simple. La consecuencia es una «esfera sin gobernantes ni gobernados»³, protegida del despotismo por instituciones como el sufragio, el sorteo, la separación de poderes y la libertad de expresión. Persia, la superpotencia del momento, comprobará que esos pioneros del autogobierno pueden pagarse de sus bolsillos el equipo del infante acorazado («hoplita») y derrotar de modo inapelable a las masas enviadas contra ellos. Nada resiste a su nuevo espíritu:

«Yocasta: *¿Qué es estar privado de patria? ¿Una desgracia grande?*

Polinices: *La mayor, que supera las palabras.*

Yocasta: *¿Qué se hace insostenible para los desterrados?*

Polinices: *Algo de importancia suma, no tener libertad de palabra.*

Yocasta: *Propio de esclavos es no decir lo que se piensa»*⁴.

I. Religión y orden social

El tamaño de las polis o ciudades-estado permitía asumir sin delegación el gobierno de cada una, imponiendo de paso a cada ciudadano comparecencias asiduas en asambleas, comités y tribunales. Carga honorable por excelencia, esta participación educaba en el bien común al tiempo que promovía un individualismo ético y cognitivo. En un primer momento semejante independencia de criterio parece arrogancia y desprecio por la costumbre, e insta juicios por «impiedad» a varios filósofos. Sin embargo, el más indomable —Sócrates— cambia las cosas al acatar una condena que pudo rehuir en todo momento, dejando como lección que el espíritu individual no es un enemigo de la democracia sino más bien su garantía.

Reconocida la libertad de pensamiento y expresión, el nuevo régimen planteaba cuestiones de largo alcance sobre el derecho de propiedad. Quienes fundaron la polis ateniense difícilmente se habrían sometido a la igualdad de voto si eso hubiese llevado consigo otorgar poderes de requisa a la mitad más uno. En caso de que la situación empeorase, en vez de mejorar o mantenerse estable ¿no podría verse llevada esa mitad más uno a intentar vivir de una requisa efectuada a costa de otros conciudadanos? Precisamente esto acabaría sucediendo, y unas repúblicas que nacieron al desterrar el privilegio hereditario iban a desaparecer «desgarradas por luchas interminables e irreconciliables, presididas por facciones que se vengaban unas de otras con masacres, destierros, confiscación de bienes y

redistribución de tierras»⁵. Crónica y ya estéril —incapaz de conquistar una vida mejor— la guerra civil precipita la absorción de Grecia por Macedonia, y algo después por Roma.

Pero el detalle del proceso es mucho más instructivo que su simple resultado.

1. Los estamentos antiguos. La antigua religión griega⁶ veneraba simultáneamente el fuego —una potencia cósmica e impersonal— y lo privado de un linaje, encargándose sus ritos a un ministro civil (*eupátrida* en griego, *pater* en latín) que administraba cierto patrimonio de cosas y personas como señor, juez y sacerdote. Debía tener generaciones de antepasados y custodiar sus restos bajo un altar (*domus*), cuidándose de que siempre contuviera las debidas ofrendas a los muertos y una llama o al menos brasas vivas, pues en otro caso su dominium no estaría protegido por los espíritus o deidades privadas⁷. Su patrono material inmediato era el dios Término (*Terminus*), manifiesto en forma de mojones que no podían rozarse siquiera sin arriesgar pena de muerte, y su patrona *Tijé* —Fortuna en latín—, deidad de lo azaroso.

Sin misterios ni promesas metafísicas, lo esencial de esta religión es que consagra la dignidad e inviolabilidad de cada hogar. Con todo, en la Grecia arcaica el culto a los antepasados estaba unido de modo no menos esencial con el orden político, pues las magistraturas públicas se reservaban a quienes tuviesen altar doméstico, y eso excluía a dos grupos. La clientela, el primero, llevaba tiempo inmemorial combatiendo junto a sus patricios, trabajaba en algunas fases del año las tierras de éstos y se hacía con ello acreedora a su protección ante terceros. La plebe, el segundo, agrupaba a personas sin arraigo (*ignobilia* o «desconocidas») surgidas en torno a la vida urbana, aunque inicialmente no sólo careciesen de tierra propia sino de derecho a penetrar en los perímetros urbanos propiamente dichos, como la Acrópolis ateniense o el Palatino romano.

El cuarto grupo de población lo formaban esclavos, obtenidos merced a guerras e incursiones de saqueo y también como consecuencia de deudas, pues el derecho castigaba así el impago, e incluso permitía al deudor eximirse vendiendo como tales a hijas e hijos. A veces la deuda era de otra naturaleza, como el crédito solicitado para pagar la contribución territorial, un supuesto importante en la Roma antigua porque creó una especie de esclavo a plazo, cuya deuda le vinculaba (a él y a

sus descendientes) mientras no se saldara ⁸. Algo análogo ocurre en el Ática, comarca de Atenas, debido al endeudamiento de clientes menos laboriosos, con peores tierras o castigados por alguna otra circunstancia.

2. El salto al civismo. Entre los antecedentes indirectos de la revolución democrática está una diversificación en el seno del poder político, que reduce la potestad del rey al pontificado religioso y confía a otros individuos la jurisdiccional y militar. Coetáneos a ese cambio son recortes en el privilegio de primogenitura, que dividen la propiedad en fundos progresivamente pequeños e incapaces de sustentar al granjero y su familia sin mejoras en el rendimiento. Por su parte, dichas mejoras pendían de que viticultores, olivareros y alfareros se emancipasen de la cuota pagada al eupátrida, y empezaran a exportar. Antes de inaugurarse el siglo vii una combinación de pudor y amnesia omite las atrocidades ligadas al conflicto interno, pero los ecos resuenan en el primer poeta trágico:

«Zeus ha abierto el camino al conocimiento de los mortales mediante esta ley: por el dolor a la sabiduría. En lugar del sueño brota del corazón la pena que recuerda la culpa [...] Los dioses gobiernan con violencia desde su santo trono» ⁹.

El tránsito de la oligarquía al sistema democrático se articula sobre «lisonjeadores del pueblo» ¹⁰, que son *tyrannoi* por acceder al gobierno con golpes de Estado. Esto les hace formalmente odiosos, aunque asumen una movilización popular —la «demagogia» ¹¹— que en el orden político equivale a la empresa del poeta y el filósofo en los suyos ¹². Enemigos de la nobleza establecida a la vez que mecenas de las artes y las letras, su égida coincide en la práctica con el paso de una agricultura centrada en la autosuficiencia a un tejido económico apoyado sobre comercio exterior e industria. En el siglo VI a. C. son una especie de gobierno multinacional sostenido por matrimonios y otras alianzas, que al conectar las ciudades más activas —Agrigento, Siracusa, Mitilene, Samos, Éfeso, Mileto, Corinto, Atenas— consolida el marco físico de la civilización helénica. Para entonces se ha difundido ya la obra de Homero y Hesíodo, y con ella una religión cuyos mitos presentan la Naturaleza (*physis*) como obra de arte.

Aunque los tiranos intentan perpetuarse a través de hijos y parientes, ninguno logra prolongar su égida durante más de dos generaciones, y su caída precipita nuevas luchas civiles entre la

nobleza y el resto que ahora resultan amortiguadas por el brote de prosperidad. Los primeros *demagogoi* no son aliados del populacho sino eupátridas como el ateniense Clístenes, que aliando un sector de su propio estamento con clase media rural y urbana consuma en 508 a. C. la *isonomía* o principio de la misma norma, hoy llamado igualdad ante la ley. Su contemporáneo Esquilo saluda la decisión, haciendo votos para que «jamás rija en Atenas la discordia civil, siempre insaciable de desgracias»¹³.

Poco después de transformar sus castas en clases¹⁴ las polis desbaratan dos oleadas de invasión persa, tras de lo cual se lanzan a sanear y embellecer sus perímetros. Cuatro décadas de febril actividad, por ejemplo, toma reconstruir la Acrópolis ateniense con templos y dependencias que superan al menos en un tercio a los mayores construidos por egipcios, babilonios y persas. Algunos de los emporios más recientes encargan sus constituciones a sabios, como ocurre en Elea con Parménides, y hacia 400 a. C. prácticamente todos los hombres atenienses saben leer y escribir¹⁵, aunque la educación nunca recibió fondos públicos. Hay centenares de escribas profesionales dedicados a transcribir distintos textos, y constituye un estímulo indirecto que las decisiones de la Asamblea, el Consejo y los tribunales se publiquen siempre, fijándose en plazas y calles. De alguna manera, el derecho de todos a estar informados instó un grado de alfabetización que Europa sólo conseguiría en el siglo XX.

También sucede que haber abolido la desigualdad jurídica subraya más aún lo imprescindible de competir:

«El día en que el hombre se liberó de los lazos de la clientela vio brotar ante sí las necesidades y dificultades de la existencia. La vida se hizo más independiente pero también más laboriosa y sujeta a mayores accidentes; cada cual tuvo en adelante el cuidado de su bienestar, cada cual su goce propio y su misión específica. Uno se enriquecía con su actividad y su buena suerte, otro quedó pobre»¹⁶.

II. El estatuto del trabajo y el comercio

«En los primeros tiempos de Grecia, como repite Hesíodo, «trabajar no era infamante», el comercio no delataba inferioridad social y la vocación de mercader resultaba

honorable»¹⁷. Básicamente mesocráticas, muchas polis refutaban el tópico ancestral de que *otium* y *negotium* son cosas opuestas, sinónimo de dignidad y vileza respectivamente. El banquero-cambista (*trapézitas*) era allí un empresario dinámico, y ya antes de la primera guerra con Persia hay en Corinto y Atenas financieros famosos, capaces de montar fábricas de armamento tanto como de equilibrar provisionalmente déficits en el presupuesto de su polis. La prosperidad inicial de las democracias se manifiesta en una variedad insólita de actividades económicas¹⁸ y en la propia falta de normas sobre interés del dinero, que es en la práctica inferior al vigente en otros territorios¹⁹. Su campo de negocios cubre un área muy vasta, que por el este llega a la orilla más lejana del Mar Negro, por el oeste a Marsella y Ampurias y por el sur a Egipto y Libia. Como no alimentan ambiciones de expansión territorial, han ido fundando colonias costeras para comerciar con pueblos tan variopintos.

Antes de acabar el siglo V la mesocracia fundante dibuja una figura menos compacta y más desarrollada hacia sus extremos. Las clases medias rurales y urbanas han invertido masivamente en esclavos, y las buenas familias tienen talleres para tejedores, albañiles, ebanistas o armeros, a quienes en otro caso forman para explotar su trabajo como médicos, arquitectos, constructores navales, pedagogos, agentes comerciales, artistas, ramerías y hasta funcionarios públicos subalternos. Los esclavos copan de tal manera la vida profesional que va dejando de ser decoroso cultivarla, y se entiende que la inversión óptima es comprar trabajo gratuito para siempre, con «herramientas vivas» cuya integridad se encomienda al interés de cada dueño, como dice Aristóteles. También es cierto que formaban parte de la familia en sentido amplio; abundan casos de esclavos que conseguían comprar su libertad, e incluso tan bien avenidos con los amos que vivieron prósperamente sin necesidad de emanciparse.

Un país democrático no llega a creerse del todo que otro ser humano sea un bártulo, y el genio artístico y científico de los griegos tuvo su equivalencia en una actitud menos inhumana de lo tradicional. Pero la desvinculación entre esfuerzo y premio convierte al esclavo en el trabajador menos estimulado, y permanecer en una esfera extramonetaria impide que esa masa de productores gaste dinero y opere como multiplicador de la renta, acosando de paso a todos cuantos han de ganarse profesionalmente la vida. Cuanta más proporción del trabajo se encargue al siervo menos cantidad y calidad habrá de empleo remunerado, cosa percibida por Solón con nitidez: «Para

socorrer a la polis lo único útil es estimular y dignificar el trabajo del hombre libre»²⁰.

Por otra parte, gracias al esclavo los ciudadanos pueden desempeñar sin delegación todas las funciones legislativas, ejecutivas y judiciales de cada Ciudad-Estado. Dos siglos después, cuando Grecia ha sido anexionada por Macedonia, ni siquiera un demócrata como Aristóteles recuerda que

«esclavitud e igualdad [jurídica] son incompatibles»²¹. Su *Política* compara una economía sin esclavos con un telar sin tejedor, abundando en un desdén por el comerciante y otros empresarios que contradice de modo expreso a Hesíodo y Solón, por no decir que a toda la tradición ateniense.

La clase media alta a la que él pertenece bien puede haber olvidado sus orígenes, aunque tampoco los tiene presentes la clase media humilde y el jornalero. Lo crucial es que la parte del *demos* más perjudicada por esa delegación del trabajo en subhumanos baraja cualquier reforma salvo la abolicionista. El nivel de salarios lo fijan, pues, quienes sólo perciben una retribución para dársela a su dueño, cosa catastrófica para el hombre libre que no se percibe como tal debido al acuerdo unánime de opulentos y humildes: no hay vida socialmente decorosa y personalmente cómoda sin disponer de «herramientas vivas», cuantas más mejor.

El juego de oferta y demanda fijaba el precio de dicho útil (*doulos* en griego, *mancipium* en latín), que nunca fue barato y venía a costar —en función de sus cualidades personales— el equivalente actual de automóviles más o menos lujosos. En Atenas o Corinto, como luego en Roma y Bizancio, edad y salud sólo eran las variables decisivas si carecía de formación. Desde la Guerra del Peloponeso (431-404 a. C.) hasta el marasmo económico de la alta Edad Media europea, cuando la falta de liquidez imponga pasar del subhumano mantenido al siervo automantenido, puede considerarse estable la escala proporcional de valor que fija Justiniano en el siglo vi. Esto es: veinte monedas de oro el no especializado, treinta el que conozca algún oficio, cincuenta el que sepa leer y escribir, sesenta el que pueda emplearse como médico y setenta o más quien conozca los usos mercantiles²².

1. Realimentando la discordia. Que el hombre libre humilde pierda capacidad para abrirse camino profesionalmente excita una divergencia entre forma y contenido de su participación política. La forma es el servicio público desinteresado, y el contenido la tentación de «poner en venta el parecer a causa de

su pobreza»²³ (dando el voto a quien mejor lo pague entre facciones políticas y otras partes litigantes). Como la Administración implica cargos —en Atenas la Asamblea reunía periódicamente a más de cinco mil legisladores, el Consejo a quinientos, los tribunales populares a varios cientos—, el humilde se presenta a cualquier elección o sorteo no sólo para poder patrimonializar su voto, sino porque las polis prósperas compensan con dietas el desempeño de deberes cívicos²⁴. Jueces ahora, diputados luego y concejales más tarde, su aspiración más o menos consciente es una clase política, que indigna a los patricios como entrega del Estado al menos apto e independiente.

Platón, por ejemplo, piensa que «queriendo evitar la servidumbre el pueblo acaba por tener como amos a los siervos»²⁵. Su coetáneo Jenofonte lamenta la existencia de un demos mayoritariamente ocioso y seducido por tribunos insensatos, que «pide recibir dinero por cantar, correr y danzar»²⁶, mientras una literatura más amplia se dedica a mostrar que las «gentes de calidad» nada tienen que ver con las «gentes ligeras de juicio»²⁷. Se ha perdido, aunque probablemente existió, una defensa del mismo criterio cambiando a los mejores por los peores, y viceversa. En cualquier caso, la comarca de Atenas tiene en su periodo de esplendor algo más de quince esclavos por cada varón adulto con estatus de ciudadano. Los registros hablan de unas 150.000 personas libres —que incluyen ancianos, niños, adolescentes, sexo femenino, libertos y extranjeros (*metecos*)— para unas 365.000 no-libres²⁸.

Quebrantada por sus discordias, la Liga pro-ateniense de ciudades sucumbe ante la pro-espartana en 404 a. C., una derrota que entre otros efectos tiene el de suspender —por pura y simple quiebra— la remuneración del cargo público. Aunque Atenas alcanzó su esplendor practicando el comercio a gran escala, el magnate Cleón —sucesor de Pericles en el partido demócrata— sugiere empezar a vivir de la guerra, como los espartanos, saqueando a vecinos débiles. La política de incautación y subvención puede ser pan para hoy y hambre para mañana, pero ese planteamiento es absurdo para quien se acuesta con hambre. La concordia presupone cierto grado de prosperidad, finalmente concretado en ingresos individuales, y las instituciones democráticas pierden sentido o se desvirtúan cuando la renta retrocede.

Sirva como barómetro el llamado ostracismo, que a principios del siglo VI a. C. castigaba con destierro y confiscación de bienes al reo de conspirar contra la paz pública, y a principios del IV a. C. es un protocolo rutinario para cazar patrimonios. Evitarlo impone sobornar a facciones de la Asamblea, y casi todos los amenazados por perspectivas de requisa han ingresado ya en clubs donde sólo se entra jurando «ser siempre enemigo del pueblo, y hacerle todo el mal posible»²⁹. Demagogos como Teatégenes se limitaron a matar el ganado de los nobles, y émulos actuales como Malpágoras dividen a los ricos en dos grupos, uno de los cuales será sometido a ostracismo y el otro ejecutado *in situ*.

La facción aristocrática no es en modo alguno menos feroz, y cuando Esparta logre imponer en Atenas a los Treinta Tiranos «su privado lucro les lleva a matar en ocho meses casi tantos ciudadanos como diez años de hostilidades militares»³⁰. Unos y otros «arrastran a la guerra más vergonzosa, dura e impía: la guerra entre nosotros mismos»³¹.

III. Expropiadores, colectivistas y moderados

Vale la pena recordar que para entonces la nobleza de sangre es un estamento prácticamente arruinado. Los nuevos ricos descienden de familias clientelares y plebeyas, cuando no de libertos, y saquear a ese grupo con requisas promueve una fuga indiscriminada de capital instalado y humano. El *demos* ya no está combatiendo el privilegio sino intentando que los «notables» o «principales» de cada lugar y momento sufraguen al hombre libre empobrecido, y desde Tucídides (ca. 460-390 a. C.) algunos demócratas se desmarcan del populismo. Será imposible conservar el Estado como institución encaminada al progreso moral y material de los individuos si sus líderes no van encontrando caminos alternativos a la imprevisión, que disfrazados de filantropía abren camino a regímenes dictatoriales. Pero lo cierto es que ese proceso ocurre con sangrienta monotonía³².

Aristóteles (384-322 a. C.), macedonio por nacimiento y heleno por vocación, piensa que la democracia es a fin de cuentas el régimen político menos lamentable para los gobernados —si se compara con la monarquía y la oligarquía—, pero pide algo tan infrecuente como que esté regida por aristócratas del conocimiento y la virtud. Insiste en las fronteras que deben separar cada Constitución del arbitrio momentáneo de alguna mayoría, y denuncia que con su simplismo «la demagogia ha

llegado al extremo de decir que el pueblo es señor incluso de las leyes»³³. Siglo y medio después ese criterio sigue alimentando guerras civiles, como atestigua en detalle Polibio (200-122 a. C.). Lo insuperablemente atroz ha ocurrido bastante antes de Aristóteles en Mileto, tierra natal de la filosofía:

«Al principio vencieron los pobres y obligaron a los ricos a huir de la ciudad, pero en seguida sintieron no haberlos degollado, y cogiendo a sus hijos los trasladaron a granjas para que los bueyes los triturasen bajo sus patas. Los ricos penetraron muy poco después en la ciudad, haciéndose dueños de ella, y a su vez cogieron a los hijos de los pobres, les untaron de pez y les prendieron fuego»³⁴.

1. Comunismo aristocrático. El fratricidio cobra renovadas fuerzas desde el triunfo de la Liga pro-espartana, y a ese momento de humillación para Atenas corresponde la República perfecta de Platón (427-347 a. C.), que es también el primer sistema totalitario o de «unidad absoluta». La polis sería «un hombre sencillamente más grande», que puede cambiar de costumbres como un individuo de conducta, y la reforma debe dirigirse a extirpar lo «innecesario» para volver a la convivencia sencilla, sana y feliz de la sociedad predemocrática. Es preciso que «el territorio antes capaz de alimentar a sus habitantes no se torne exiguo»³⁵, cosa imposible sin antes reprimir artificios ligados a la «inflación» de empresarios, artistas y artesanos.

Tan lamentable como lo superfluo es cualquier deseo gobernado por pasiones excluyentes, cuyas ansias de posesividad han cristalizado en instituciones como la propiedad privada, el matrimonio y la custodia incompañada de una prole. El Estado ideal sólo consentirá esas debilidades al estamento encargado de producir, cuya alma está unida al vientre y al bajo vientre, aunque a cambio de ser tolerado no tendrá voto y ni siquiera voz en la polis. Gobierno y administración se entregan a los más valientes y capaces como guerreros, que tras educarse en un bien y una belleza «limpios de toda mezcla» pasan del egoísmo a la abnegación³⁶. A ese estrato corresponde que «sus mujeres sean comunes a todos los hombres y ninguna pueda cohabitar privadamente con alguno, siendo sus hijos también comunes»³⁷, dentro de un programa orientado a purificar la

raza³⁸. El compromiso de los «guardianes» y su elite filosófica con la justicia supone ponerles a cubierto también de opulencia e indigencia, pues

«la riqueza provoca sensualismo, holganza y
avidez de novedades, mientras la pobreza
provoca sentimientos serviles y bajo rendimiento
en el trabajo»³⁹.

Entendemos que la patrística cristiana llamara «san Platón» a quien empieza y termina su obra política insistiendo en premios y castigos de ultratumba para el puro y el concupiscente⁴⁰. Nadie ha contribuido en medida pareja a escindir los intereses del alma y el cuerpo, con un desgarramiento entre allá y acá que vertebrará el misticismo cristiano⁴¹, y dos directrices que la Iglesia convierte desde el siglo IV en doctrina y práctica respectivamente: 1) Las falsas necesidades parten del comercio como fuente última; 2) Es imprescindible una censura de la imaginación y el pensamiento⁴².

Contrapuesta a la igualdad absoluta, piensa Platón, la igualdad meramente jurídica de las democracias siembra indulgencia y desprecio por la autoridad, con un predominio de «apetitos licenciosos» que termina de corromper la avaricia consustancial a los regímenes oligárquicos. Es especialmente grave que el demócrata haya olvidado los valores de la vieja nobleza, dejándose llevar por «amor a la innovación»⁴³ y confianza en «la suerte»⁴⁴. Las *Leyes*, el último y más extenso de sus diálogos, presenta la disposición militar como cura permanente para el individualismo:

«Lo fundamental es que jamás nadie, hombre o mujer, tanto en la paz como en guerra, de un solo paso que no esté mandado y viva siempre mirando y siguiendo al jefe [...] En una palabra, debemos entrenar al alma para que ni siquiera considere la posibilidad de actuar como un individuo o saber cómo se hace eso»⁴⁵.

Platón intentó implantar su *politeia* en Siracusa, apoyado por un tirano que le retiró algo después su favor e incluso lo vendió como esclavo⁴⁶. Medio siglo más joven, Aristóteles le venera personalmente⁴⁷ pero no osa proponer nada semejante a una

sociedad perfecta. A su juicio, los ciudadanos ni deberían aceptar cargos públicos vitalicios ni admitir que la mayoría quede excluida del voto, simplemente porque ser falibles corresponde poco más o menos a todos nosotros. La libertad individual le parece, pues, deseable e inevitable al tiempo. Que su maestro lo pasase por alto le parece el resultado de concebir la polis como una voluntad singular, cuando es más bien una «multitud» de «diversos»⁴⁸. De ahí una incoherencia básica en el programa ascético-comunista:

«Pues allí la hacienda sería de todos y en particular de ninguno. Pero al decir todos hay engaño y razón sofística, porque el vocablo dice lo uno y lo otro, lo igual y lo desigual [...] Resulta como afirmar que de una manera es bueno, aunque imposible, y que de otra manera es cosa ajena a todo buen entendimiento y a toda concordia»⁴⁹.

Aristóteles considera sensato tener algunas cosas comunes, no todas. La exclusividad erótica, familiar y patrimonial preserva el sentimiento magnánimo, por ejemplo⁵⁰, y nada tan urgente y fundamental en política como evitar cegueras populistas, aunque vengan del partido oligárquico. El resto del párrafo completa su idea sobre el asunto:

«La legislación que criticamos podrá parecer atractiva y filantrópica, porque quien la escucha cree que de esta manera existirá entre todos una maravillosa convivencia, especialmente si se corrigen los males que aún existen en la ciudad, como los litigios y la adulación al rico.

Con todo, ninguna cosa sucede por no existir comunismo, sino por las malas y perversas costumbres de los hombres. Los que poseen las cosas comúnmente y las comparten entre sí tienen más contiendas que los que tienen repartidas sus haciendas. [...] Y no solamente digamos de cuántos males carecerán los que posean en común, sino también de cuántos bienes gozan los propietarios ahora.

Parece, por tanto, que es del todo imposible el pasar la vida de esta suerte [...] La polis conviene que sea una en cierta manera, pero no absolutamente una»⁵¹.

IV. Dos conceptos para la democracia

Acusada de preferir la belleza al bien y afecta a un brillo que no soporta envejecer ⁵², Atenas entregó su reforma política a Solón (630-560 a. C.), un eupátrida que alternaba la poesía y los negocios antes de ser magistrado supremo en 594. Sugirió nuevas ocupaciones, fomentó la exportación de los productos óptimos (aceite de oliva y cerámica) y aprovechó unas pequeñas minas de oro y plata del Ática para lanzarse a acuñar moneda. Ya lo había hecho a pequeña escala un reino vecino —Lidia—, y el producto fue bienvenido en un área acostumbrada a medios de trueque que eran incómodos o inexactos por peso y medida, abriendo de paso la puerta a relaciones comerciales con Persia, Egipto y otros reinos.

La guerra civil partía de que el patricio monopolizase las mejores tierras y el gobierno, manteniendo al resto de la población en la alternativa de trabajar para él o granjearse esclavitud por impago de créditos. Solón hace frente a esto llamándolo «mal público», prohibiendo todo préstamo garantizado por la persona del prestatario y sentando un hito en la historia del derecho como es abolir la esclavitud derivada de empréstitos. Por lo demás, mantiene el resto de las deudas y sus intereses, cancelando sólo el sexto del producto que el cliente debía tradicionalmente al noble. No quiso atender a la insistente petición de redistribuir la tierra, pues bastaría suprimir privilegios para que fuese «plantada toda».

«Otorgué al pueblo llano el poder suficiente,
Sin privarle de dignidad ni cederle en demasía,
Y me esforcé en que hasta los muy ricos no
sufriesen daño.
Me mantuve con un escudo poderoso frente a
ambas clases,
Y no toleré que ninguna prevaleciese
injustamente» ⁵³.

Que el peso de la cuna fuese equilibrado por la prudencia y otros méritos le llevó a repartir la ciudadanía en cuatro niveles de ingreso ⁵⁴, para lo cual creó un Consejo de Cuatrocientos (con cien diputados por cada nivel) a quien incumbiría preparar las decisiones propuestas a la Asamblea. Atenas seguía siendo una oligarquía —ya que las magistraturas superiores estaban reservadas a los dos niveles más altos de renta—, aunque se había consumado un recorte de privilegios que estimuló al emprendedor y redujo los peores focos de miseria. Para preparar la democracia futura fue crucial que a partir de su reforma los niveles inferiores de renta obtuviesen acceso a los tribunales como jurados. La nobleza se enfureció con Solón,

entendiendo que había sido traicionada por uno de los suyos, y los humildes se sintieron muy decepcionados por el moderantismo, pero todos acordaron que las nuevas leyes debían seguir vigentes al menos un siglo.

Este sabio (*sophós*) será sucedido por el tirano Pisístrato (600-528), un ferviente admirador suyo, que accede al poder con intimidación aunque mantiene buena parte de sus instituciones, promoviendo enérgicamente la prosperidad⁵⁵. Odiado por usurpador y respetado como persona, cuando desapareció los ciudadanos recordarían aquellos años como la era de Cronos, una edad de oro⁵⁶. Sólo entonces empezaron a preponderar en el Ática las clases medias, mientras el Pireo pasaba a ser el puerto más activo del Mediterráneo. A la exportación de vino, aceite y equipo militar de calidad se sumó desde el principio una industria de vasos pintados, cuya maestría en el diseño impuso reconocer el genio helénico. Poco después, en 507, el hijo de Pisístrato es expulsado y llega con Clístenes el Consejo de los Quinientos, una institución impecablemente democrática que concede el derecho de voto a todos los niveles de renta.

1. La singularidad ateniense. A Pisístrato se debe importar papiro egipcio para poner por escrito los poemas homéricos y venderlos, una iniciativa que redondeó instituyendo certámenes de poesía y teatro, de los cuales surgirían el drama y la comedia como géneros. Esta industria editorial no dejó de crecer y dar frutos, sosteniendo una acumulación de formas expresivas, técnicas y conocimientos que en pocas generaciones regala al mundo la enormidad de un arte científico y una ciencia artística. Comparado con su estatuaría todo lo previo parece un balbuceo infantil, pero lo mismo se observa en otros campos. Con las pequeñas polis democrático-comerciales llega sencillamente lo real como concepto, dentro de una constelación que no sólo inventa la filosofía, la lógica y la matemática, sino la primera medicina desprovista de ensalmos y chivos expiatorios.

Ya en tiempos de Clístenes, la democracia ateniense tropieza con un contingente espartano que acude para apoyar a los partidarios del régimen oligárquico; y, si prescindimos del desgaste interno derivado de la discordia, tanto Atenas como las demás polis democráticas deberían su ocaso tan solo a este tenaz adversario, que al frente de otras oligarquías griegas acaba ganando la Guerra del Peloponeso (431-404 a. C.).

Tribus de un mismo tronco⁵⁷, la sociedad militar espartana exige pleitesía de una sociedad comercial como la ateniense, alegando que no ha conocido tirano. Por lo demás, Atenas vive

de su ingenio y Esparta de esclavizar a un país siete veces más poblado que ella, Mesenia.

Un revés para el militarismo es que sean los atenienses —y un pequeño contingente de Platea— quienes aborten la primera invasión persa con la victoria de Maratón (490). Esos comerciantes y profesionales verán saqueada sus polis con ocasión de la Segunda Guerra Médica, pero pocos días después va a ser la flota ateniense quien derrote decisivamente al invasor en Salamina (480). Como consecuencia de ello buena parte de las polis continentales y las de Asia Menor deciden que sea ella, no Esparta, quien reciba un estipendio anual para protegerlas del Imperio iranio. Dicha renta, sumada al desarrollo de sus recursos propios, hace que con Pericles (495-429), almirante y campeón del partido *democratikós*, Atenas esté a la cabeza de un imperio mercantil sólo comparable al que establecerá Cartago algunas generaciones después, con almacenes y talleres distribuidos desde Odessa a Cádiz. La nación castrense deberá esperar algo más de cien años para vengarse de su rival comercial.

La victoria sobre Jerjes coincide en Atenas con un programa de reconstrucción y obras públicas de dimensiones colosales, que nunca pierde de vista su utilidad para evitar el paro. De ahí que todas esas actividades se reserven a hombres libres, cosa sin precedente en la Antigüedad. La ciudad atraía por entonces no sólo a hombres de negocios, vecinos y curiosos sino a un millar largo de peregrinos —entre los cuales no faltaban reyes y otros notables— llegados de todo el mundo para iniciarse cada otoño en Eleusis. Esos Misterios demostraban, según Pericles, que la llanura ateniense era el origen del cereal granado y por eso mismo de la civilización. Cuando estallen las hostilidades con Esparta, en 431, el discurso del demócrata combina descripción y análisis:

«Hemos convertido nuestra ciudad en la más autogobernada [...] pues nuestra constitución no depende de unos pocos sino de los más. A todo el mundo asiste, de acuerdo con nuestras leyes, la igualdad de derechos [...] Gobernamos liberalmente lo relativo a la comunidad, y ni sentimos envidia del vecino si hace algo por gusto ni añadimos molestias nuevas [...] Nos hemos procurado frecuentes descansos para el espíritu, sirviéndonos de certámenes y festividades, y de decorosas casas particulares cuyo disfrute diario aleja las penas [...] En efecto, amamos la belleza con economía, y usamos la

prosperidad más como ocasión de obrar que como jactancia. [...] Arraigada está entre nosotros la preocupación por los asuntos privados y también por los públicos. Somos los únicos en considerar que quien no participa de estas cosas es no sólo un confiado (*idiotés*) sino un inútil».⁵⁸

Atenas asume el compromiso de enseñar a otros pueblos lo que ella misma ha descubierto y practica: una libertad responsable, sinónimo de autocontrol. Negocia en vez de intimidar, porque ha aprendido a producir cosas demandadas por casi todos, y tiene con ello una alternativa permanente al avasallamiento. En la cúspide del esplendor sus aliados pudieron acercarse a la condición de súbditos, pero ni siquiera entonces fantasea con otro destino que ir viviendo de intercambiar bienes y servicios⁵⁹. Sus logros dependieron «del arte de poseer [...] con vistas a la abundancia de aquellas cosas de las cuales se puedan sacar dineros, necesarios para pasar la vida y tan útiles para conservar la compañía así civil como militar»⁶⁰.

Perder la Guerra del Peloponeso cambia todo menos la Constitución ateniense. Sus leyes siguen prefiriendo la democracia a la oligarquía, pero frenan el populismo con una ley de 401 que prohíbe someter a la Asamblea propuestas demagógicas, norma imitada a continuación por la Confederación Corintia y Creta. Décadas después de la derrota, cuando la comarca está sumida en una aguda recesión, su censo de varones libres —unos quince mil— revela que sólo un tercio carece de parcela agrícola y casa propia⁶¹.

2. La singularidad espartana. Cuenta Plutarco en su *Vida de Licurgo* que este legislador dividió Esparta en lotes idénticos, prohibiendo su enajenación para asegurar la igualdad⁶², aunque en tiempos no legendarios la mayoría de la tierra estuviese en manos de veinte o treinta individuos, incomparablemente menos distribuida que en el Ática⁶³. Una disparidad análoga entre lo ideal y lo real se observa en su estructura política, pues alardear de no haber conocido nunca la tiranía tiene algo de sorprendente considerando que nunca conoció la libertad. Su único poeta, Tirteo, que presenta al Estado como educador del ciudadano en la virtud, identifica *demos* con ejército y llama formación cívica a la vida cuartelera.

Que la igualdad fuese en la práctica una extrema desigualdad

podría deberse —como sugirió Aristóteles— al hecho de que heredasen también las mujeres, aunque tanto eso como el estado de cosas en general aparece allí sumido en tinieblas impenetrables, derivadas de un gobierno que se asegura la arbitrariedad no poniendo por escrito ni siquiera las leyes. Muy pocas culturas —quizá sólo la céltica— han venerado tanto el secreto y el misterio⁶⁴, y quizá ninguna despreció tan olímpicamente cualquier ocupación pacífica. Acuñada en hierro, su moneda era un dinero absurdo por inaceptable para cualquier foráneo, pero Licurgo lo impuso tratando precisamente de entorpecer un desarrollo de relaciones discrecionales, como las de tipo comercial.

Ciertos días del mes los guerreros jóvenes cazaban por deporte a los mesenios, sus teóricos anfitriones, y el programa eugenésico que llamaron *oliganthropía* mandaba exterminar a cualquier recién nacido débil o anormal. Separados de sus madres desde los siete años, los niños eran sujetos a una pedagogía de intemperie y hambre que les sugería hacerse «viriles» robando y engañando, cosas admirables mientras lograsen evitar la captura in fraganti. Alguno de sus dos reyes debía autorizar cualquier matrimonio, y el esposo no pasaba la noche junto a su esposa sino en el cuartel respectivo. Para yacer con ella organizaba un simulacro de asalto nocturno a su propia casa, seguido de «violación». Los varones comían siempre en común, e idéntico alimento.

Reprochaban a los atenienses ser libertinos y afeminados, si bien su vida cuartelera promovía homosexualidad encubierta y ayuda a entender que las espartanas tuviesen fama de ser las griegas más «disolutas»⁶⁵. También reprochaban a los atenienses ser avaros, aunque en el Ática los clientes pagasen un sexto de su producto agrícola y en Esparta la mitad⁶⁶. Despreciaban a las demás polis porque no sometían lo individual a lo colectivo, aunque el secretismo reinante en la suya ofreciese al gobierno márgenes ilimitados de fraude e hipocresía. Sin embargo, su regla de unanimidad inapelable se hizo cada vez más atractiva con la crisis económica y social de las polis democráticas, determinando que ya Platón y Jenofonte viesen en ella «una especie de revelación primigenia»⁶⁷.

De entonces viene su prestigio como nación inmune al veneno individualista, que practica la unidad «total» frente a formas políticas inauténticas como la *isonomía*⁶⁸, contraponiendo a los intereses particulares una lealtad incondicional a «lo común». Iba a ser una fidelidad algo extraña para con Grecia, pues

humeaban aún las ciudades devastadas por la primera invasión persa cuando los espartanos iniciaron con gran sigilo un acercamiento al Rey de Reyes, que les proporcionaría el oro y los barcos capaces de quebrantar a la Liga ateniense, principal obstáculo opuesto a las ambiciones expansivas de ambos. Cien años más tarde pagaron ese apoyo entregando a Persia todas las polis de Asia Menor y Chipre.

La capacidad de Esparta para fascinar a todo tipo de populistas autoritarios posteriores suele omitir el abismo entre su vida legendaria y su existencia histórica, pasando por alto evidencias como que desde el siglo vi al iv todas las masacres de demócratas en la Hélade fueron instigadas o ejecutadas por ella. Pero tampoco cambia el sentimiento admirativo disponer de informaciones sobre su actuación efectiva, pues la añoranza se centra en el totalitarismo como cura para el recién descubierto Estado de derecho. Los espartanos defendieron precozmente la posibilidad de «otro» gobierno popular, substancial en vez de formal, donde las diferencias de opinión aparejadas en potencia a libertades públicas cesan al confiarse todos a cierta voluntad nacional supremamente una. Los gustos prosaicos y cambiantes del orden civil iban a tener desde entonces una alternativa tan radical como lo sublime y estable de una mentalidad bélica, cuyo laconismo evita frivolidades abocadas de un modo u otro a la sedición.

Por lo demás, la hegemonía de Esparta sobre la Hélade iba a durar algo menos de treinta años. Una imprevista victoria militar de los tebanos decretó su irreparable decadencia, y cuando la esclavitud de Mesenia tocó a su fin los acontecimientos fueron precipitándose hasta transformarla en una especie de circo barato para el invasor romano. Ansiosos por obtener alguna moneda distinta de doblones férreos, algunos jóvenes escenificaban sus sagrados ritos ancestrales luchando unos con otros hasta mutilarse e incluso morir, mientras otros se disputaban con los perros las sobras de cada campamento legionario⁶⁹. Como había observado Aristóteles un siglo antes, «teniendo guerra libraban bien y al ser señores se perdieron, porque no sabían vivir en paz»⁷⁰.

La visita actual al Museo de Esparta completa la perspectiva de sus logros culturales, al depararnos una total ausencia de arte clásico. De la rudeza arcaica salta a «obras uniformes y sin inspiración de los periodos helenístico y romano»⁷¹. El genio deslumbrante de los griegos, sus consanguíneos, es un extraño que pasa de largo por todas las salas del recinto.

V. Grecia como precedente revolucionario

Hoy sabemos que sin información libre la misma catástrofe se cobra más víctimas ⁷², y que ninguna materia prima es un activo comparable a la inventiva. Agraciados por ella en generosa medida, los hijos de Helena y Homero aunaron el hallazgo del autogobierno con un desarrollo económico sólo conseguido por los fenicios, pero dejaron rezagada a esa civilización y a todas las demás del mundo antiguo convirtiendo el sistema de castas en un orden exogámico, donde el mestizaje físico y cultural se hace tan inevitable como rutinario. Los polinizadores multiplican la fertilidad del campo permitiendo que las plantas se crucen salvando distancias, y las polis democráticas pusieron de manifiesto las ventajas de una sociedad abierta con márgenes cualitativamente superiores de creatividad.

El género humano está en deuda con quienes se lanzaron a construir una sociedad compleja cuando la riqueza se calculaba aún por medidas de grano o aceite. No menos instructivo es que su decadencia partiese de la lenta erosión unida al propio éxito, que permitió ir entregando la esfera productiva al desmotivado. Esparta y Persia agravaron ese fermento interno de crisis, pero no dejaba de ser incoherente que las primeras sociedades libres se hipotecasen al rendimiento del trabajo forzado.

1. Miseria y redención. En el siglo IV el *demos* ateniense ya no es una clase media mayoritaria —como en gran parte del siglo previo—, sino un pueblo castigado por el paro y la competencia servil en cada menester. Esto abona una lucha de facciones y clases articulada sobre distintas requisas, y es oportuno recordar que ningún demagogo democrático sugirió convertir esas confiscaciones selectivas en una expropiación general. Repartir el territorio en lotes iguales y no enajenables, a la manera de Licurgo, acabó produciendo el territorio más latifundista de toda Grecia, y el modelo ofrecido por Platón —que sólo desposee a los gobernantes o custodios— fue una simple excentricidad para el rico tanto como para el pobre del momento.

Tendremos ocasión de comprobar que un comunismo carismático exige al menos dos rasgos ausentes aquí: santificar la pobreza y aborrecer al comerciante, símbolo de la relación voluntaria e irreversible constituida por actos de compraventa. La civilización griega es todo menos enemiga del comercio, y el hecho de embarcarse en aventuras fratricidas no modifica que el superior en *areté* («virtud») merezca a su juicio más riqueza, más posición social y más autoridad política ⁷³.

Contando con situaciones favorables, demagogos lúcidos y enérgicos como Pisítrato pudieron fortalecer al estamento intermedio o pueblo propiamente dicho, y en coyunturas adversas sucesores con menos margen de maniobra se verán llevados a profundizar en la desunión. Sin embargo, ni ellos ni quienes les apoyan contemplan como cosa deseable un mundo extracomercial.

Polibio insiste, por ejemplo, en que todas las guerras civiles griegas partieron de confiscarse los unos a los otros, y Plutarco aclara que incluso en los momentos de mayor discordia «todos esperaban una revolución pero no por aspirar a la igualdad, sino buscando mejoras para su facción y dominio total sobre sus adversarios»⁷⁴. Aunque Plutarco venera a Platón —cuya *politeia* une la desposesión económica con un rechazo más genérico de la «carne»—, no pone en duda que el *demos* helénico está lejos de comulgar con ese norte del alma pura. Fuera del círculo órfico-pitagórico, que probablemente ha importado de Oriente su espiritualismo ascético, no sólo el vulgo sino poetas y filósofos celebran una vida dedicada a refinar el ocio con placer sensual e intelectual. Será difícil encontrar una cultura más ajena a ideales de renuncia y auto-mortificación.

En una arqueología del comunismo como sentimiento y proyecto político Grecia sólo aporta la lucha de clases, un subproducto de cancelar el sistema de castas. Prefigurando el camino que seguirán Atenas y otras polis, Solón insistía en no dissociar ocio y negocio. En su tiempo no era contradictorio honrar el trabajo del hombre libre, y es precisamente eso lo que irá haciéndose inviable por caminos tan indirectos como seguros. Por una parte, Grecia descubre una movilidad que dinamita los destinos prefijados, oponiendo a la sociedad cerrada una importación en masa de relaciones voluntarias y valores idiosincrásicos. Por otra, el auge paralelo de la esclavitud generaliza lo involuntario precisamente en la zona de contacto entre el deseo y la cosa deseada, donde se ventila su transformación de piedra terrosa en diamante, de despojo en manjar, de cobertizo en mansión.

Si se prefiere, el gobierno pacífico de la mayoría pide una renta incompatible con desmoralizar al profesional. Cuando la erosión del estímulo se haya realimentado en medida bastante las polis sucumben ante potencias externas, aunque no sin inspirar en ellas una imitación de sus logros políticos, morales e intelectuales. El macedonio Alejandro Magno funda el primer imperio occidental partiendo del cosmopolitismo, un criterio sencillamente desconocido antes de Sócrates, y su Estado de

estados rompe con la larga tradición de los imperios asiáticos al exigir como condición de sentido que la fuerza se ponga al servicio de la justicia. El rey será un estadista guiado por la razón (un *Basileus*), no un autócrata librado a la arbitrariedad.

En definitiva, la amalgama griega de comercio y democracia pone en circulación un sistema político donde sobran tanto la xenofobia como el autoritarismo en general, y esto último no sólo porque lo imponga la dignidad humana sino porque el libre examen es un requisito permanente para sacar adelante los negocios. Al mismo tiempo, esa forma va acumulando como contenido un empobrecimiento paulatino que ocurre cuando la población ha crecido ya con las expectativas del nuevo orden, y —a despecho de las mil causas particulares alegadas por cada persona y momento— nadie acierta a explicarse la sostenida decadencia. Se hace más frecuente que hombres y mujeres acudan a los mercados de esclavos para venderse y regalar el precio a seres queridos, o sólo por asegurarse ellos algún techo y las sobras del dueño, subrayando la tragedia sin heroísmo de que muchos vayan a menos.

Tanto en Grecia como en el resto del mundo mediterráneo, afectado de un modo u otro por la irrupción de su genio, el futuro pertenece a quien sepa apacentar la infelicidad. Cultivan precozmente este sentimiento el misticismo órfico-pitagórico —apoyado sobre la maravillosa elocuencia de Platón— y la corriente profética israelita, escandalizados ambos ante ensayos de civismo que han producido masas desarraigadas y menesterosas, mientras sumían en vicios consumistas a la aristocracia. Tan distintas en otros aspectos, ambas corrientes buscan un modo seguro de evitar castigos en el más allá, y ambas lo encuentran en un rechazo de la riqueza. Esto no es sólo un enérgico consuelo para los desfavorecidos, por nacimiento o causas sobrevenidas, sino el comienzo de una guerra librada por el ideal contra una realidad inadecuada. La opulencia mancha, la indigencia purifica.

Los esclavos, dirá Nietzsche, han convertido en vicios las virtudes del amo; competencia, orgullo y autonomía son pecados capitales para la moral «auténtica». Pero Nietzsche aborda la victoria moral del infeliz como una derrota del fuerte (él mismo, por ejemplo) a manos de débiles congénitos, y las páginas siguientes prefieren seguir la evolución de tales y cuales instituciones, explorando los puntos de contacto entre la gran revolución del descontento y grupos que despreciaron formalmente el trabajo, vulnerando por sistema distintos derechos de propiedad. Mientras la mayoría de los hombres libres acabará abrazando el consejo de odiar «esta» existencia,

el esfuerzo por perpetuar la sociedad esclavista lo asume el pueblo occidental más abnegado, cuyo nombre —*Rhome*— significa «fuerza bruta» en la lengua de Homero.

NOTAS

[1](#) - Véase más adelante, p. 19-20.

[2](#) - Plutarco, *Vida de Solón* 15,2.

[3](#) - Arendt 1993, p. 45.

[4](#) - Eurípides, *Las fenicias*, vv. 388-92.

[5](#) - Polibio, *Hist.* IV, 17.

[6](#) - Por no decir grecorromana, indoeuropea y universal, ya que el culto a los antepasados se encuentra prácticamente en todas las sociedades de Oriente y Occidente.

[7](#) - Entre otros nombres, conocidos en latín como *lares*, *manes* y *penates*.

[8](#) - El *nexus* romano fue un esclavo estatal, que Tito Livio describe de modo minucioso (*Anales* II, 23-32). Uno de estos «vinculados» —centurión precisamente— echó en cara al Senado no haber podido devolver el préstamo contraído para pagar la contribución porque su granja fue saqueada, privándole de la cosecha, mientras él se distinguía luchando como legionario en otro frente. Las continuas guerras de Roma con sus vecinos hicieron que esos casos no fuesen para nada excepcionales, y el clamor popular resultante produjo la rebelión del Monte Sacro, cuyo fruto principal fue el tribunado de la plebe.

[9](#) - Esquilo, *Agamenón* 158-164.

[10](#) - Aristóteles, *Política* 1365a. Uso la versión renacentista de Pedro Simón Abril.

[11](#) - De *demos* («pueblo») y *agó* («conducir»).

[12](#) - Cf. Jaeger 1957, p. 217. Dos de los Siete Sabios de Grecia

—Pítaco de Mitilene y Periandro de Corinto— son *tyrannoi*.

[13](#) - *Euménides* 976-980.

[14](#) - India deroga oficialmente su sistema de castas en 1949, y aún hoy los miembros de la cuarta (o «intocables») padecen agresiones y hasta masacres ocasionales por pretextos ligados al viejo orden, como haber matado una vaca o acercarse demasiado a algún miembro de la primera.

[15](#) - Cf. Murray 1988, vol. I, p. 257-258.

[16](#) - Fustel 1984, p. 332.

[17](#) - Plutarco, *Vida de Solón* 2, 3.

[18](#) - Cf. Rostovtzeff 1967, vol. I, p. 370-393.

[19](#) - En tiempos de Solón van del 12 al 18 por 100 anual en préstamos ordinarios, aunque puedan elevarse al 60 en el arriesgado préstamo marítimo o a la gruesa. El Código de Hammurabi (xx a. C.), por ejemplo, fija el 33 por 100 para cereales y del 12 al 20 para metales. La ley romana de las Doce Tablas, típica de un país con circulación monetaria muy insuficiente, fija un interés algo superior al 8 por 100 mensual, que al año equivale a muy poco menos del 100. Cf. De Martino 1985, vol. I, p. 188-189.

[20](#) - Cf. Fustel 1984, p. 335.

[21](#) - Rostovtzeff 1998, vol. II, p. 1.110.

[22](#) - *Corpus iuris civilis*, Código, I, VI, XLII, ley 3. Son precios máximos impuestos por Justiniano para hacer frente a la inflación que sigue a una epidemia de peste, y resultan sin duda muy inferiores a los efectivos, pero eso no altera el valor relativo de cada tipo. En 1850, cuando los negros llegaban de África sin instrucción alguna, un esclavo sano y joven costaba mil quinientos dólares en el Sur norteamericano, equivalentes a treinta y ocho mil de los actuales; cf. Wikipedia, voz «*slavery*».

[23](#) - Aristóteles, *Política* 1270b.

[24](#) - En Atenas los miembros de la Asamblea y los tribunales recibían tres óbolos por comparecencia, y los del Consejo 5. Los cargos más codiciados eran judiciales —correspondientes

al actual jurado—, pues implicaban reuniones casi diarias.

[25](#) - Platón, *República* 569 b. «La democracia surge cuando los pobres, victoriosos, matan a algunos del partido opuesto y destierran a otros, compartiendo igualitariamente gobierno y empleos públicos» (Ibíd. 557 a).

[26](#) - Pseudo-Jenofonte 1971, p. 5.

[27](#) - Cf. Musti 2000, p. 82.

[28](#) - Cf. Engels 1970, p. 149.

[29](#) - Aristóteles, *Política* 1310a.

[30](#) - Jenofonte, *Helénicas* II, 4, 21.

[31](#) - Ibid, II, 4, 22.

[32](#) - «En Cos sucumbió la democracia cuando empezaron a surgir demagogos rastreros, que hicieron unirse a los notables de todo tipo. En Rodas querían cobrar un estipendio mientras vetaban la devolución de lo suyo a los trierarcos, pues éstos —ante los juicios que se emprendieron contra ellos— se vieron obligados a unirse y derrocar la democracia. También fue disuelta la democracia en Heraclea inmediatamente después de su fundación, pues los principales a quienes se perseguía sin equidad acabaron siendo desterrados, y agrupándose todos volvieron y cambiaron de régimen. Lo mismo acabaría con la democracia de Megara: el partido popular se apoderó del poder y empezó confiscando los bienes de algunas familias ricas, pero lanzado ya por ese camino no le fue posible parar; cada día hubo necesidad de nuevas víctimas, y el número de ricos despojados y desterrados fue tan grande que alcanzó a formar un ejército, con el cual vencieron por las armas, para establecer una oligarquía en lo sucesivo. Ocurrió lo mismo en Cumas» (*Política*, 1304b-1305a).

[33](#) - *Política* 1305a.

[34](#) - Heráclides Póntico, en Ateneo XII, 26.

[35](#) - *República*, 373 d.

[36](#) - El programa pedagógico comprende sucesivamente aritmética, geometría plana, geometría del espacio, astronomía,

armonía musical y metafísica («dialéctica»), hasta comprobar que el seleccionado ya no desea sino «la ciencia inmune a error». En ese momento se le impone —como sacrificio— la entrega al servicio público.

[37](#) - *República* 457c-d. Platón fue célibe toda su vida; cf. Jaeger 1957, p. 639.

[38](#) - Sus estipulaciones implican dejar morir por «abandono» no sólo a cualquier tullido de nacimiento sino a quienes nazcan de «hombres inferiores», o de uniones «no vigiladas por el Estado». Criar a los niños en asilos públicos asegurará una devoción general de los adultos hacia ellos (pues los de cierta edad podrían ser hijos suyos), y el correspondiente respeto de éstos hacia aquellos (pues podrían ser sus padres). Así se asegura también que todos reciban idénticos cuidados y educación.

[39](#) - *República* 422 a.

[40](#) - Eso explica de paso que se conserven varias ediciones impecables de su obra, y sólo un amasijo muy incompleto de la aristotélica, por no mencionar la destrucción prácticamente total de legados tan copiosos como los de Demócrito o Epicuro. Véase, por ejemplo, el prólogo a la versión francesa de las *Oeuvres complètes de Platon* (Robin y Moreau 1950, p. XIV-XVII).

[41](#) - Véase infra, p. 108-110.

[42](#) - Por ejemplo, su República castigaría al «ateo» con pena de muerte, supervisaría las artes plásticas y desterraría la poesía, la tragedia, la comedia y hasta la mitología, por contener ficciones «no pedagógicas». Los trágicos y los cómicos excitan «pasiones violentas, descompuestas; lágrimas y risa inmoderada». Tanto como la música «sensual», el poeta debe ser acallado cuando no componga himnos a dioses y héroes.

[43](#) - *República* 555 d.

[44](#) - *Ibíd* 557 a.

[45](#) - 942 b-c.

[46](#) - La tradición cuenta que fue comprado y emancipado por su amigo Aniceris en 361, y que fundó la Academia de Atenas

al poco de regresar.

[47](#) - El epitafio de Platón, redactado por él, decía: «Enseñó cómo ser sabio y bueno al mismo tiempo».

[48](#) - *Política* II, 1261a -1261b.

[49](#) - *Ibíd.*, 1262b.

[50](#) - «Los que desean hacer muy una la ciudad [...] destruyen dos virtudes, que son la templanza acerca de las mujeres y la liberalidad acerca de las posesiones. Porque ni se mostrará nadie liberal, ni realizará acto alguno liberal, por cuanto el ejercicio de esa virtud consiste en el uso de las posesiones». *Ibíd* 1263b.

[51](#) - *Ibíd.*

[52](#) - Se atribuye al primer Aristóteles, cuyos Diálogos no se conservan, haber completado un pensamiento del poeta Teognis, diciendo que «lo mejor es no haber nacido, y en otro caso morir joven».

[53](#) - Solón, frag. 5 (Bergk).

[54](#) - Fijados por medidas de aceite, grano y vino, de manera que quien tuviera otros bienes —dinero, por ejemplo— los reconvertía a medidas de aceite, grano y vino para saber cuál era su grupo político.

[55](#) - Financiándose con un nuevo impuesto sobre rentas agrícolas y aranceles portuarios, amplía sustancialmente la cámara subterránea donde se celebraban los Misterios eleusinos, construye el gran acueducto, promueve el cultivo de vid y la industria del vino, otorga créditos al campesino para adquirir equipo y estimula los intercambios comerciales de Atenas con países y particulares.

[56](#) - Aristóteles, *Constitución de Atenas*, 13-17.

[57](#) - Los espartanos eran dorios, y los atenienses aqueos, dos ramas del pueblo («ario») que invadió en tiempos remotos los territorios luego llamados Hélade.

[58](#) - Tucídides, *Historia de las guerras del Peloponeso*, II, 36-40.

[59](#) - Cf. Hansen 1991, p. 80.

[60](#) - Aristóteles, *Política* 1256 b.

[61](#) - Dionisio de Halicarnaso, *De Lysia*, 32.

[62](#) - Concretamente, habría concedido nueve mil parcelas a los espartanos urbanos, y treinta mil a los rurales o lacedemonios.

[63](#) - Aristóteles, por ejemplo, afirma que «en Esparta unos pocos tienen haciendas extremadamente grandes, y muchos otros muy pequeñas y hasta miserables» (*Política* 1270 a).

[64](#) - Nuestro adjetivo «lacónico» viene de lakonikós o perteneciente a Laconia o Lacedemonia, la parte de territorio espartano previa a su anexión de Mesenia.

[65](#) - Cf. Aristóteles, *Política* 1269b.

[66](#) - Cf. Tirteo, frag. 5 (Diehl).

[67](#) - Jaeger 1957, p. 86.

[68](#) - Aunque su receta eugenésica le fue resultando cada vez más indigesta a la posteridad, una nostalgia por su espíritu y su régimen político es común a todos los Padres de la Iglesia, a Müntzer y los demás Profetas del milenarismo renacentista, a Rousseau, Rosa Luxemburgo y a un largo etcétera. Los grandes tribunos de la Convención quisieron unánimemente fundar en Francia una Esparta «nouvelle».

[69](#) - Los libros XXXIV y XXXV de Tito Livio describen con bastante detalle la situación de Esparta en el siglo II.

[70](#) - *Política* 1271 b.

[71](#) - Toynbee 1970, I/IV, p. 274.

[72](#) - Cf. Sen 2000, *passim*.

[73](#) - Por ejemplo, cf. Finley 1986, p. 48-49.

[74](#) - *Vida de Solón*, 29, 1.



© Antonio Escotado 2008
LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO
<http://www.escotado.org>

Development Sciences Network Presence
www.catalanhost.com



Los Enemigos del Comercio

LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO

2

La república aparente

«Lo obligatorio fue la religión de los romanos.»

G. W. F. Hegel¹.

Tras considerar que cualquier rey es un tirano, Roma acabó convencida de que «el pueblo ha cedido a su príncipe todos los ámbitos de potestad y soberanía»². El fin del periodo monárquico está rodeado de leyenda, aunque en algún momento —Tito Livio lo sitúa a finales del siglo VI a. C.— patricios y plebe pusieron de lado sus diferencias para coincidir con los griegos en que el derecho («leyes de la ciudad») sería permanente, y la legislación («edictos») tendría una vigencia limitada al mandato de cada gobernante. A este principio añadieron que el poder ejecutivo sería colegiado y muy breve —encomendándose a dos Cónsules elegidos cada año—, y que la legislación correspondería a los senadores o *seniores*, únicos magistrados vitalicios.

Cuando el Senado quiso usurpar todas las prerrogativas el Pueblo desertó de la milicia, y ante lo ridículo de un ejército compuesto sólo por su plana mayor los patricios cedieron a toda prisa. Del compromiso nacieron los tribunos de la plebe, individuos tan sagrados como los mojones de Término e investidos de autoridad para vetar cualquier proyecto de ley. Algo después se admitió el matrimonio entre miembros de castas distintas, y que la inferior tuviese acceso a cargos públicos. Pero el patriotismo sólo cundió cuando los plebeyos

podieron acceder a las más altas magistraturas, nombrando al menos a uno de los dos Cónsules. A partir de entonces se acumulan las proezas: Italia entera es conquistada, Macedonia y Cartago son vencidos, Grecia se convierte en protectorado, Iberia y la Galia en colonias. Las legiones pueden ser derrotadas aquí y allá, aunque jóvenes y veteranos vuelven a alistarse para cubrir las bajas y nadie evita ser vencido pronto o tarde. En 167 a. C. las arcas públicas están tan llenas —gracias a botines de guerra y tributos de países sometidos— que se suspende la contribución territorial (*capitatio*).

No conocemos Estado parejamente magnánimo a la hora de ofrecer recreos populares³, ni tan coherente con su apuesta por el mando. Como dijo Tácito, «entre nosotros lo único que vale es la fuerza del poder, mientras las vanidades se pasan por alto»⁴, y de esa pasión por el predominio deriva que «ofreciesen a los dioses de los países sometidos honores más preeminentes que los disfrutados en su lugar de origen»⁵. Su espíritu ignoraba la intolerancia religiosa, y cuando semejante cosa llegó en forma de judaísmo y cristianismo intentó defenderse del fanático persiguiéndole. Sin embargo, la ciudad del Panteón —convencida de que nombres y ceremonias distintas no modifican una identidad básica de las deidades adoradas en todas partes— iba a acabar sobreviviendo como Santa Sede para el patriarca de una ortodoxia excluyente.

I. Civismo y barbarie

Montar un refugio para forajidos de toda índole fue el plan del expósito Rómulo, que tras matar a su gemelo Remo obtuvo esposas para él y los suyos raptando a mujeres sabinas⁶. Raras veces se hallará una leyenda sobre los orígenes tan escasamente idealizada, con analfabetos juramentados para imponerse a cualquier precio. Podríamos sentirnos inclinados a ver en esa cultura una reedición del talante espartano, pero Roma exhibió cualidades inimaginables en Laconia. Ya el penúltimo de sus reyes, Tarquino el Grande, usa el arco de bóveda⁷ para construir una red de desagües que aún funciona —la *Cloaca Maxima*—, anticipando que ese elemento arquitectónico permitirá unir la urbe con manantiales de montaña mediante acueductos. Nada parecido se había puesto en práctica para el tratamiento de las aguas, y los romanos presumían con justicia de ser el pueblo más limpio y por eso mismo más sano⁸.

Pioneros de la higiene, el sentido común que les defendió de

infecciones sin remitirse a magias lustrales les inspiró también un afán por entenderse a sí mismos del cual surgirían historiadores extraordinarios, y un derecho civil que sigue siendo lo más parecido a una ciencia de los pactos⁹. Los jueces romanos eran legos, equivalentes a nuestros jurados, y la lógica común a usos y edictos surgió gracias a particulares que meditaban sobre ello por «filantropía», como otros sobre matemáticas o lingüística. El acierto acabó premiando sus esfuerzos, y desde el siglo II tendrían un sistema de conceptos que en la Antigüedad «representa el único pensamiento racional realmente constructivo»¹⁰. *Summum ius summa iniuria*¹¹, su gran lema, postula el término medio como regla de acción e interpretación.

1. Los valores «viriles». Ligada teóricamente al primitivismo de la ley llamada de las Doce Tablas, la República no tardó en ofrecer a propios y ajenos cierto margen de seguridad jurídica¹². Pero respetar estas formalidades nunca supuso apreciar la autonomía, pues *libertas* es sinónimo de sumisión al Estado y el carácter romano no puede ser más hostil al liberalismo. El entendimiento popular estuvo siempre sujeto a una tutela ejercida por dos Censores con mandatos cinco veces más largos que los consulares, cuya tarea consistía en perpetuar lo convencional. A comienzos del siglo II a. C., por ejemplo, uno de ellos exige que se expulse sin demora a cierta embajada de filósofos griegos porque la juventud «podría valorar menos las gestas de la guerra que las del saber»¹³.

Otra faceta de lo mismo nos ofrece su derecho de familia, articulado sobre el dominio absoluto y perpetuo del padre sobre la prole. Que cualquier hijo se ausentara o huyera del hogar era reprimido con la acción legal prevista para robos¹⁴, y el *pater* podía vender a sus vástagos como esclavos no una sino tantas veces como éstos lograsen emanciparse de sucesivos amos. Sólo el desarrollo de la jurisprudencia limitó esa facultad a tres enajenaciones, entendiéndose que la cuarta venta dotaba al hijo de una acción (la *trina mancipatio*) capaz de contrapesar la *potestas* paterna¹⁵.

Méritos distintos de la sangre o la espada inspiran suspicacias, y en el derecho arcaico la adopción debe —como mínimo— gravarse fiscalmente; el Censor considera indecoroso y anulable que con ella se pretenda conseguir un cabeza de familia más capaz que los herederos naturales, aunque en la época más noble del Imperio la dinastía de los Antoninos

practique ese método por sistema. El Censor recela igualmente de donaciones, legados y otras muestras de liberalidad, bien porque rompen cada unidad patrimonial o por ser conductas excéntricas. Como refiere Polibio, «entre los romanos nadie da si no está obligado»¹⁶, combinándose de modo inextricable lo indecoroso del «disipador» (*prodigus*) con lo indecente del innovador. Los herederos del bandido Rómulo iban a hacerse inmensamente ricos, pero de la *fratria* original quedaría esa reticencia hacia actos privados de magnanimidad e independencia de criterio. De ahí que el legado básico de Roma al género humano —la técnica jurídica— sólo pudiera aprovecharse mucho después de sucumbir ella, cuando surgen las primeras ciudades comerciales europeas.

El sistema de valores aplicado por la censura brilla con luz propia en lo que piensa Cicerón sobre las profesiones:

«Son despreciables todos los oficios que provocan el odio de un tercero, como los cobradores o prestamistas. Están a medio camino entre lo liberal y lo vil el oficio de mercenario y el de cualquier otro que vende su brazo, no su arte, porque el salario no es sino retribución de la servidumbre. Es preciso tener por viles a los revendedores de mercancías, porque todas sus ganancias las realizan a fuerza de mentir. Todo artesano hace una obra vil, y nada puede haber de común entre él y el hombre bien nacido. Todavía se debe conceder menos estima a aquellos oficios que proveen a nuestras necesidades materiales: tendero, carnicero, cocinero, casquero, pescador o proveedor de aves. Agregad a estos los perfumistas, danzantes y dueños de casas de juego. La medicina y la arquitectura, ciencias que se refieren a cosas honestas, sientan bien a los hombres que no son de elevada condición. Todo pequeño comercio es ocupación baja; si el tráfico es grande y abundante conviene que no lo repugnemos, y si el mercader colmado de ganancias o simplemente ahíto abandona su ocupación [...] y se retira a sus campos e incumbencias, tendrá ciertamente derecho a nuestros elogios»¹⁷.

Elevarse a dueños absolutos del mundo civilizado con esa representación de la vida social condiciona también su futuro. La República romana nunca pasó de ser una oligarquía

moderada por el tribunado de la plebe, y tampoco tuvo «una clase media propiamente dicha de fabricantes y comerciantes autónomos, cuya falta provocaría una concentración precoz y desmedida de los capitales, por un lado, y de la servidumbre por otro»¹⁸. Entre la aristocracia y la masa de esclavos no iba a haber espacio para otra suerte de persona que «quien sencillamente ordena su vida a cumplir las instrucciones recibidas»¹⁹.

II. La fijeza del ritual

El derecho romano arcaico fue tan arbitrariamente prolijo en sus formalidades que hasta tiempos de Julio César sólo una familia —la Nuncia— podía ofrecer asesoramiento fiable en materia de pleitos. Este culto por el rito acabaría apoyando el desarrollo del derecho procesal, cuya vertiente garantista nos defiende hoy de pruebas obtenidas ilícitamente, aunque originalmente sumió en indefensión a todo tipo de lego²⁰. El tránsito de la maraña ritualista a un concepto propiamente dicho del derecho no llega hasta Servio Sulpicio, un amigo de Cicerón, que empezó a «aplicar principios generales a los casos particulares» y acercó esta materia a una lógica como la aristotélica, preparando el terreno al jurisconsulto²¹. Pero el formalismo romano resultó mucho más paralizante en otros campos.

Sus granjeros nunca se lanzaron a combinar sistemáticamente el cultivo de la tierra con el de la cabaña, y el más sabio de sus agrónomos cuenta que las buenas tierras venían a rendir un 6 por 100 anual de la inversión, sin superar casi nunca la renta derivada de arrendarlos como pastos²². Aún sabiendo que el estercolado produce un rendimiento muy superior, los Censores insistían en tradición frente a renovación y los labriegos usaban habitualmente dos bueyes por cada veinticinco hectáreas, el doble para el doble de terreno, etcétera. Portavoz supremo de la costumbre, Catón el Viejo (234-149 a. C.) considera «decente» que los propietarios de una medida estándar —sesenta hectáreas con frutales y otros árboles plantados, vid, cerdos y corderos— tuviesen precisamente tres peones, cinco criados, tres pastores, un ama de casa y un capataz, todos ellos esclavos; sólo este último podía aspirar a emancipación, si reportaba ganancias.

Al mismo imaginario —en este caso porque el cuchillo que usaban los pontífices para sus sacrificios era de esa aleación— corresponde usar arados de bronce cuando todos sus vecinos

los tenían ya de hierro, o acuñar durante siglos esa moneda exclusivamente. El *collegium* de fundidores y artesanos del cobre retrasó significativamente la sindicación de los herreros, aunque el tradicionalismo no llegara al extremo de ignorar las ventajas del hierro para hacer espadas y puntas de flecha o lanza. Mucho más gravoso fue aplicar el tradicionalismo a la construcción de vías públicas, pues las calzadas debían formarlas tramos rectos y se excluía toda curva más o menos pronunciada. Sujetos a esa condición, ingenieros y maestros de obras debían sortear los obstáculos naturales con giros de media vuelta a derecha o izquierda, como los movimientos de orden cerrado descritos por una tropa.

El desprecio por la flexibilidad y la técnica no se rectificará tras los éxitos bélicos, y es dudoso que los romanos descubrieran yacimientos desconocidos antes o formas nuevas de aprovechar la energía natural²³. Apolodoro de Damasco, el más eximio de los arquitectos romanos, es un griego que Trajano contrata para construir el Gran Mercado y a quien Adriano encarga levantar la bóveda del Panteón. Mandarle que se suicide, como luego hace, consagra la sumisión del científico a la fuerza desnuda llamada *merum imperium*. Desde el siglo II a. C. Roma cierra minas y luego todas las canteras itálicas para evitar en sus proximidades a grupos potencialmente sediciosos, por ejemplo, pero también clausuró las minas de Macedonia —explotadas por hombres libres—, y se propuso cegar para siempre Corinto y Cartago, los dos mejores puertos del Mediterráneo entonces.

1. El estatuto del siervo. Un proverbio romano dice «tantos esclavos tantos enemigos», siendo común entregarlos a traperos con otros materiales de desecho cuando envejecían o enfermaban. Como aclara Catón, en su *De agri cultura*, «el esclavo dedicará al trabajo el tiempo que no esté durmiendo», verá mermada su ración mientras esté enfermo y vivirá encadenado al menor signo de mala voluntad. La costumbre manda darle a él y a los animales de labranza cuarenta y cinco días ociosos cada año («por fiesta o lluvia»), y treinta más por «mitad del invierno». Igualando a esos cuadrúpedos con el bípedo implume que los dirige y cuida, el amo considera signo de indolencia —y de lucro cesante para él— que el siervo descubra procesos simplificadorios o acumulativos. Lógicamente, éste responde con tanto sabotaje y desidia como permita una perspectiva de torturas.

Los esclavos griegos formaban parte de la familia en sentido amplio, si bien aquí —como en Esparta— forman parte del establo, y se insurgen tan frecuentemente como allí, hasta el extremo de que cada propietario forma su stock rural cuidando

de que hablen lenguas distintas para prevenir su asociación. Rebeliones multitudinarias como la de Espartaco, y otra bastante más duradera aún que cunde en Sicilia, son dos casos entre docenas. Se pensó en hacer visibles a los esclavos con una vestimenta específica, como recuerda Séneca, aunque eso implicaba recordarles cuán numerosos eran y se descartó por temerario ²⁴.

Llamado también el Censor, puesto para el cual será reelegido dos veces, Catón entiende que comerciar es arriesgado y prestar dinero resulta indigno. En el *Catecismo práctico*, un tratadito dedicado a la edificación moral de su hijo, declara que —a diferencia de las viudas, cuya debilidad consiente otra cosa— no será un buen patriota quien no incremente el patrimonio heredado, evitando al efecto dar banquetes y presentar ofrendas a dioses distintos de los domésticos. Equiparar al usurero con el ladrón, e incluso con el homicida, no le impidió dedicarse al crédito y cobrar intereses leoninos cuando estuvo en su mano ²⁵.

III. Agricultura, negocios, crédito

Los romanos cultivaron cebada y trigo ²⁶, nabos, rábanos, habas, guisantes, olivos y vid en proporciones parecidas a las de cualquier comarca mediterránea sin regadío, y adormidera a título de planta medicinal ²⁷. Como en Egipto, el caldo de las cabezas fue su tisana, lo mismo que el opio su aspirina. La cría de ganado no llegó a desarrollarse en gran escala, por lo antes dicho, y en terrenos áridos mantenían rebaños de cabras. Los minifundistas estaban exentos de reclutamiento, y de centurión para abajo las legiones originales reunían a granjeros de tamaño medio, cuyo nivel de vida mantuvo un estatuto digno e incluso al alza mientras Roma fue librando sus guerras itálicas.

El primer templo a Concordia —diosa de la paz social— se erige en 367 a. C., coincidiendo con una ley que obliga al terrateniente a emplear en sus propiedades a un número de esclavos no superior al de hombres libres. El campo quizá no se trabajaba con especial eficacia, aunque los agricultores podían vivir de él como propietarios e incluso como jornaleros. Durante un periodo próximo a los dos siglos, desde las conquistas políticas populares en la Urbe hasta acabar de someter a la vecindad ²⁸, el precio de los productos agrícolas guardó una relación sostenible con los de otras cosas, produciendo estímulo para el diligente y ocupación para el indigente. El deterioro dramático llegaría con la transformación

de Roma en superpotencia, cuando una legislación imprevisora y grano regalado por países tributarios hizo menos o nada viables las granjas.

Para entonces los tribunos de la plebe habían sacado adelante la *lex Claudia* (218 a. C.), que prohíbe a senadores e hijos suyos cultivar el comercio, haciendo que gran parte del efectivo se invirtiese en compras de tierra²⁹. La normativa sobre proporcionalidad entre hombres libres y siervos de las explotaciones agrarias estaba en desuso, y rentabilizar dichas compras sugirió el tipo egipcio de plantación, que explota algún monocultivo con cuadrillas de centenares e incluso miles de esclavos. Italia no era el valle del Nilo, y se había puesto en marcha un proceso con dos incógnitas: una era el rendimiento del nuevo agricultor, que carecía no ya de arraigo sino de cosa remotamente parecida a familia; la otra, el reciclado del granjero pequeño y mediano, que tras vender su parcela emigró con ese respaldo a Roma y otras ciudades itálicas para abrirse camino profesionalmente.

Pero el agro dejó de consumir gran parte de los productos urbanos, y sus emigrantes no tardan en comprobar el efecto de semejante cosa en las ciudades. Por una parte estaban dejando de recibir un producto agrícola diversificado, por otra seguían llenándose de esclavos tanto más nefastos para el emprendedor humilde cuanto que sus amos profesionalizaban a todos los aptos. Lejos de suscitar crecimiento, el resultado de ambas cosas fue una proletarización políticamente explosiva en los núcleos urbanos, añadida a una catástrofe en el rendimiento agrícola. Los rebaños de subhumanos que explotan las tierras, a menudo encadenados como los criminales de minas y galeras, sólo pueden hacerse cargo de monocultivos cerealeros, y para que su grano fuese rentable sería preciso interrumpir la competencia de cargamentos regalados por países vasallos, cosa impensable cuando los Cónsules calman a la plebe precisamente así.

Devastado material y humanamente por los nuevos *latifundia*, que sientan las bases para un deterioro irreversible del suelo, el agro itálico no tarda en defraudar hasta las esperanzas de sus mayores terratenientes. Toma una generación admitirlo, sin embargo, y cuando los propietarios intenten volver a explotarlo en régimen de aparcería descubrirán que la mano de obra libre escasea y es incapaz de revertir la situación. El mercado agrícola se ha contraído, privando de capital y estímulo a quienes podrían esforzarse en mejorar la productividad, unos porque perdieron gran parte de su inversión en el modelo egipcio y otros porque ya no trabajan sus tierras.

Desde la victoria definitiva sobre Cartago (201 a. C.) —unas dos décadas después de la *lex Claudia*— empieza a ser evidente que la mano de obra campesina está disminuyendo en términos tanto relativos como absolutos. Cien años más tarde el campo necesitaría medidas proteccionistas, no ya para sostener la gama tradicional de cultivos sino el vino y el aceite, sus productos estelares. El tráfico de manufacturas finas —que llegan de Oriente Medio, e incluso de India y China— es una parte ínfima del total, y el intercambio se concentra en artículos de primera necesidad. El taller tampoco evoluciona hacia la fábrica, ni siquiera allí donde se agrupan físicamente varios del mismo dueño. Coordinar unos con otros para producir algún artículo de modo más económico y abundante, como ya hicieron corintios, atenienses y otros griegos, es una iniciativa ajena al empresario romano. La fábrica en cuanto tal no se le ocurre a nadie, quizá porque implica autonomizar en alguna medida el trabajo.

1. El tejido económico y los 16 linajes. Los éxitos de las legiones dirigen hacia Roma gran parte del metal amonedado en el Mediterráneo, ofreciendo óptimas perspectivas financieras. Con todo, la elite que controla ese efectivo mantiene el crédito en una situación de asfixia, que sumada a la falta de exportaciones y la proporción de trabajo remunerado en especie condena a una circulación monetaria mínima, inspirando una mezcla de rigor con medidas de gracia dictadas por miedo a rebeliones populares. Ya a mediados del siglo IV a. C. cuenta Livio que «si bien toda la plebe estaba metida hasta el cuello en deudas, aceptar la propuesta del cónsul Aulo Verginio acabaría con todo tipo de crédito»³⁰. El dinero se esconde cuando merman las garantías del prestamista, desde luego, pero Verginio no propuso cambiar lo básico de la legislación —que era incautar todos los bienes del deudor moroso y venderle como esclavo—, sino tan solo suprimir el derecho de los acreedores a descuartizarlo en tantas partes como deudas hubiese dejado pendientes.

Pretender que eso fulminaría «todo tipo de crédito» describe el clima reinante. Para los prestamistas griegos, fenicios y judíos el aval más seguro era algún negocio, u otro patrimonio sujeto a prenda; sus equivalentes romanos sentían tanto desprecio por la contabilidad como aprecio por la intimidación, ignoraban el préstamo comercial y alimentaban —supuestamente en beneficio propio— el defecto crónico de liquidez. Aunque los griegos nunca legislaron sobre el interés del dinero, el temor a levantamientos hace que Roma no tarde en prohibir la «usura» (una apócope de *usus aureus*) por el camino más

razonable a su juicio, consistente en decretar la gratuidad de todos los préstamos. El efecto de este compromiso entre *senatores* y *populares* es en ciertos casos un púdico velo, que disfraza la cuantía nominal de lo prestado —el prestatario reconoce haber recibido diez cuando recibió cinco—, y en otros una simple parálisis de la financiación ³¹.

El principal negocio consiste en hacerse cargo de ingresos, pagos y otras gestiones estatales mediante *societates* de senadores, cuyos contables hacen también funciones de depósito y anticipo. Polibio cuenta que «toda transacción controlada por el gobierno romano se entrega a contratistas» ³², y datos muy fiables muestran que los 16 linajes (*gens*) más influyentes en el 367 a. C. conservaron su influencia hasta el fin de la República (31 a. C.) ³³. Lindante con lo milagroso, dicha estabilidad coincide con un sistema de monopolios tan plácido como inflexible, articulado sobre un club de proveedores para lo seguro —suministros militares, obras públicas, préstamos hipotecarios—, cuya adhesión al ritual se manifiesta en esta esfera haciéndola refractaria a toda suerte de novedades.

La rivalidad comercial parece una afrenta tan digna de castigo como la insumisión militar, y el genocidio de un pueblo ya rendido como el cartaginés parte de ese presupuesto. Roma sabe sitiar y luchar a campo abierto, no someterse a las reglas de un juego pacífico que sólo esquiva los números rojos con cambios sutiles y constantes, adaptados a cada momento. Conquistar prácticamente toda la cuenca mediterránea reafirma su idea sobre el ocio consustancial al bien nacido, prolongada en certezas como que el Fisco vivirá siempre con comodidad gracias a tributos pagados por otros países. Forma parte de ese imaginario creer que las redes tejidas por mercaderes griegos y cartagineses pueden pasar al club de los negocios seguros sin convertir sus superávits en déficits.

IV. Las guerras sociales

La lucha de clases se recrudece en vez de mitigarse con las victorias militares, alumbrando entre 131 y 121 a. C. una primera década de agitación que no deja de ofrecer resultados positivos. El principal es que la milicia romana —y no sólo sus jefaturas— reciba parte del botín obtenido en países próximos y remotos, pues merced al reparto de terreno público promovido por Tiberio y Cayo Graco —miembros de la *gens* más ilustre, aunque tribunos de la plebe— «no menos de medio

millón de individuos obtuvieron parcelas en Italia»³⁴. Ambos quisieron crear clase media, y a ese gran éxito en tal sentido añadieron la incorporación a la política del orden ecuestre o de los caballeros, antigua clientela del patricio³⁵, que acabaría siendo lo más parecido a un estamento empresarial. También se propusieron crear una gran colonia en Cartago, que descargase a Roma de hambrientos y abriera en otras latitudes caminos de desarrollo pacífico.

Cabe pensar que todo habría ido a mejor si Tiberio no hubiese sido asesinado a garrotazos por un grupo de senadores y sicarios suyos, y si años después su hermano Cayo no se hubiera suicidado ante la presión acuciante del mismo enemigo. Pero el drama romano no pende tanto de lo que hagan tales o cuales personas como de que ambos bandos defiendan aspiraciones incoherentes. El lema de la facción democrática es condonar deudas y seguir prohibiendo el interés del dinero, y aunque ninguno de los Gracos crea en semejante remedio buena parte de su apoyo es populismo demagógico y les obliga a hacer acrobacias sin red. Como otros hombres benevolentes de la Antigüedad, pensaban la estructura productiva desde «una clase culta ociosa que despreciaba el trabajo y los negocios, y amaba naturalmente al agricultor que la nutría, tanto como odiaba al prestamista que explotaba al agricultor»³⁶.

Pensar la economía política sin reducirla a algún modelo de economía doméstica es privilegio de unos pocos estadistas antiguos, y no caracteriza desde luego a estos heroicos hermanos. Para el romano la esfera mercantil es una combinación de vileza y recovecos misteriosos, donde ninguno parece consciente de la diferencia esencial: enriquecerse produciendo objetos demandados libremente y lograrlo explotando algún monopolio o vendiendo protección.

1. Subarriendo y subvenciones. La facción democrática ha logrado consumir el reparto de tierras, ha socorrido al indigente rural con obras públicas (las primeras grandes calzadas), y ha obligado a que la nobleza comparta sus magistraturas. Sin embargo, hipoteca el futuro con dos actos de singular repercusión. Uno es subarrendar la Hacienda a contratistas privados —para «aumentar las rentas públicas», según Cayo Graco—, y otro cronificar el sistema de «raciones» representado por la *annona*, una requisa en principio inespecífica de víveres para atender al indigente. Este racionamiento se materializa en vales que acaban vendiéndose, y para cuando llegue la próxima guerra civil la mitad está en

manos de no indigentes ³⁷ .

Se ha dado el primer paso para convertir el mercado en un economato, que no se detiene en harina o pan y se prolonga a artículos como aceite, salazones, embutidos e incluso óleos para el masaje en baños públicos, pues simboliza la victoria del populismo y cualquier líder encuentra en él un modo de atraerse a los desposeídos. Pronto el vino se subvenciona también, imponiendo a cultivadores y vinateros la carga de venderlo casi regalado. La lentitud del transporte impide esperar la llegada de remesas exteriores, y las provincias itálicas son urgidas a abastecer con sus productos a las ciudades. Pero cuando llegan cargamentos masivos desde Asia Menor e Hispania el obsequio combinado de víveres vuelve a hundir los precios agrícolas.

La anona no sólo es la mayor amenaza potencial descubierta contra la seguridad jurídica, sino una paradoja. Representa la victoria de la ciudad sobre el campo, cuando los éxitos de Roma se han debido a una milicia formada exclusivamente por granjeros de tipo medio, donde el minifundista estaba exento del reclutamiento. Durante siglos el Senado inventó amenazas de guerra —o montó conflictos— precisamente para poder reclutar a la clase media, sometiénola entretanto al rigor del juramento militar. Ahora los demócratas de ese estamento han creado una institución que asegura la ruina progresiva del agro propio, estrangulando por igual al granjero y a sus intermediarios.

2. Ruinas ligadas al éxito. La segunda y más sangrienta fase de guerras civiles (112-79 a. C.) añade una vuelta de tuerca a la dinámica previa y sus corruptelas. El orden ecuestre y el senatorial profundizan en el odio mutuo, desatándose una guerra de sobornos, extorsiones y grandes fraudes que paraliza la política exterior, desmoraliza a la plebe y prepara insurrecciones en Italia, la Galia, Grecia y África. Cuando el conflicto alcance uno de sus momentos extremos, el demagogo Cinna (primer suegro de Julio César) propone que «la circulación de dinero y el tráfico comercial se restablecerán condonando tres cuartas partes de las deudas» ³⁸ . También ha jurado abolir la esclavitud si gladiadores y otros siervos le ayudan militarmente, aunque ni los beneficiarios acaben de creerse la promesa.

Con el reclutamiento de ciudadanos no ya minifundistas sino carentes de tierra surge el ejército clientelar —cuya tropa guarda una relación de protegido con su patrono o general—, y

este tipo de fuerza armada toma cuatro veces Roma en poco tiempo, dos en nombre del Senado y dos en nombre del Pueblo, asesinando y requisando cada vez. Promovida por los Gracos como freno a los abusos del estamento patricio, la clase ecuestre se ha contagiado de aquello que más denunciaba, y la plebe vacila entre tribunos delirantes y líderes hasta cierto punto realistas como Druso, que no tarda en ser asesinado. Tras una sucesión de reveses el Senado contraataca con Sila, que impone en el año 80 un reino de terror o «época de las proscripciones» donde se cumplen —aunque sea al revés— todos los programas demagógicos de expropiación ³⁹.

El ideal republicano de una clase media patriótica, que se llama orgullosamente «proletaria» por aportar al Estado una prole educada en lo mismo, topa en el campo y la ciudad con la resaca del latifundio. El terrateniente, que dos generaciones antes cifraba su bienestar en algún monocultivo, debe repartir con aparceros el producto de algo cuyo precio se mantiene a la baja y ha manumitido en masa a sus cuadrillas de esclavos rurales para procurarse libertos, pues la ley permite exigirles vitaliciamente un tercio e incluso la mitad de sus ingresos. Pero no hay empleo para esa mano de obra, y retransformar en granjas terrenos depauperados exige una inversión que no contemplan ni el cultivador ni el latifundista, pues el campo rinde en torno al 6 por 100 y el interés del dinero ronda el 65 por 100. Fracasados a la hora de abrirse camino en negocios y oficios, quienes vuelven de la ciudad al campo lo han encontrado convertido en erial, y los que sobran en medios urbanos alimentan estallidos periódicos de motines y vandalismo.

La tercera parte de las guerras civiles, que comienza con grandes rebeliones de esclavos, marca el tránsito de una Italia campesina y propietaria a otra urbana y no propietaria. Aunque debió rondar niveles de estricta supervivencia, es sorprendente que —como observa Rostovtzeff— sencillamente no dispongamos de dato alguno sobre la remuneración de jornaleros agrícolas, operarios urbanos y artesanos. Sólo sabemos que hacia 80 a. C. hay unos seis millones de ciudadanos y trece o catorce de esclavos. Esa proporción aumenta sin pausa gracias a los botines de guerra ⁴⁰, y en la capital unas dos mil personas casi inconcebiblemente ricas viven rodeadas por un millón de humildes y misérrimos.

Trescientos veinte mil reciben pan gratuito ⁴¹.

A despecho de la ingente cantidad de metales nobles y moneda que se almacena en la Urbe, los mercados mantienen a duras

penas niveles previos. Su entidad depende de un poder adquisitivo que el profesional libre no posee, y quienes tienen estancias llenas de oro y plata pueden encargarse a sus esclavos buena parte de lo ofrecido en tiendas. Leche y carne, por ejemplo, han dejado de estar en la dieta del ciudadano medio ⁴².

V. Transición al Imperio

El cuadro de miseria en aumento lo interrumpe Julio César, un dictador populista de ilustre cuna, que además de ampliar espectacularmente los dominios de Roma le aporta el gobierno más sabio, todo ello en los quince meses escasos que las campañas militares le dejan para legislar. Sus primeros edictos reprimen con multas el gasto en tumbas, vestidos, joyas, muebles y hasta mesa, persiguiendo el lujo suntuario al más tradicional estilo demagógico. Pero no sólo busca aplacar la ira del pobre sino obstruir la huida hacia delante de un sector hipotecado a inauditas ostentaciones, que encarecen de modo inaudito también todo tipo de bienes ⁴³.

Mucho más delicado resulta lidiar con el interés del dinero, pues el lema de su partido es prohibirlo y él entiende que Roma sería inviable sin el crédito. Ignoramos los términos de una negociación que debió hacer en buena medida con banqueros judíos ⁴⁴, a quienes había distinguido ya con algunas prerrogativas, pero sí sabemos que admitieron lo excluido tradicionalmente por el plutócrata romano. Tras «disipar la esperanza de una cancelación total de las deudas, a la que con tanta frecuencia se había dado pábulo» ⁴⁵, solventó los altibajos de precios causados por la guerra civil haciendo que los prestamistas renunciaran a intereses (*usurae*) atrasados y descontasen del principal los ya satisfechos, con un quebranto próximo a la cuarta parte de sus previsiones. Para reducir en el futuro los riesgos, decretó que ningún romano podría comprometer más de la mitad de su patrimonio inmobiliario en operaciones que implicasen el devengo de intereses.

Dos décadas más tarde el precio del dinero en Roma —exorbitante desde las primeras noticias— es inferior a dos dígitos, y hay un *novus homo* dedicado a los negocios. César ha hecho lo que Solón en Atenas medio milenio antes —derogando la legislación sobre insolvencia para que las deudas no puedan pagarse con esclavitud—, y organiza una recolonización de Capua y la Campania. El saneamiento social y económico lleva consigo que el magistrado antiguo se convierta en alguien ligado realmente al servicio público, y eso

supone sin duda gastos extraordinarios. Pero formar y supervisar esa burocracia se costea con la fundación de ciudades autónomas, que estando a cubierto de demoras y veleidades centralistas podrán negociar sin trabas dentro de la unidad política ofrecida por Roma, y de paso realimentarla.

Sus reformas incluyen también grandes obras públicas y límites a la proporción de esclavos empleados en el campo, medidas dirigidas en ambos casos a asegurar trabajo para el hombre libre⁴⁶. Quiso unir al gobierno los intereses más generales de los pueblos conquistados, y borrar la divisoria entre plebeyos y aristócratas le indujo a nombrar nuevos patricios para todas las magistraturas. El cosmopolitismo —como se observa ya en Alejandro, su héroe— salta sobre diferencias nacionales y raciales, y le lleva a plantear un Senado donde no sólo deliberen romanos sino itálicos y ciudadanos de las demás provincias.

Al ser asesinado faltan aún trece años para que termine la centuria de guerras civiles, pero su cadáver insta poderosamente a la concordia. Ha propuesto que el Estado deje de crecer hacia fuera y se aplique a crecer hacia dentro, con racionalidad burocrática, abandonando caprichos oligárquicos y demagógicos. Nadie sabrá si quiso reinar vitaliciamente o pensaba retirarse tras haber enderezado el rumbo de Roma.

VI. Los bárbaros del Norte

Justamente Julio César será el encargado de lidiar con una etnia ágrafa que irrumpe tarde e impetuosamente en todo el norte continental. Sus naciones aborrecen sin condiciones el autoritarismo, y la rudeza es su punto de partida. Ignoran, por ejemplo, la forja y cualquier edificación aparte de la más simple, aunque algunos siglos después sean los genios de la metalurgia y la carpintería, capaces de revolucionar la construcción naval. No quieren en principio sujetarse a pautas civilizadas y, sin embargo, cuando el Imperio naufrague son ya conscientes —como dirá el godo Ataulfo en 413— de que «sin el derecho un Estado no puede existir [...] y la prudencia aconseja revivir el nombre de Roma con nuestro vigor»⁴⁷.

Hacia el año 98, cuando redacta su monografía sobre los «germanos», Tácito refiere que ni tienen ni quieren otra riqueza que su autonomía; que están dispuestos todos a morir antes de sufrir cautiverio; que «es un baldón perenne sobrevivir al jefe en la batalla»; que los horizontes abiertos les son esenciales hasta el extremo de «no tener ciudades y ni siquiera consentirse

hogares muy contiguos»; que pastorean inmensos rebaños de ganado escuálido, sin perjuicio de «arar cada año»; y que «los más prominentes por valentía son los bátavos [actuales holandeses], a quienes no insultamos con el tributo y reservamos como aliados para nuestras guerras»⁴⁸.

1. Celtas y germanos. En tiempos de Pericles los hombres de norte habían llegado al sur de Escandinavia y el noroeste de Alemania. En los de Julio César algunos grupos habían ocupado la desembocadura meridional del Rin a costa de los celtas o galos, una cultura asentada en todo el occidente

europeo desde tiempos inmemoriales⁴⁹, cuyo logro básico es el paso del bronce al hierro. La veneración por el secreto —que les prohibía escribir su propia lengua— es un punto de contacto sólo tangencial con los espartanos, pues dentro del misterio genérico derivado de negarse a redactar anales el único parecido extra es el propio sistema de castas, un rasgo indoeuropeo común a muchas otras culturas. Los celtas practicaron una forma simplificada de dicho sistema —barones, clérigos y el resto, sujeto a una esclavitud más o menos expresa, sin la casta comercial del hinduismo—, en un marco de agricultura sedentaria apoyada sobre granjas.

Por lo demás, sus creencias e instituciones dibujan un curioso paralelo con algunos pueblos mesoamericanos. Como los chamanes-jaguares aztecas, sus druidas pasaban muchos años en centros formativos, estaban notablemente avanzados en las mismas ramas del saber (astronomía, botánica medicinal, toxicología) y atendían a un panteón de deidades crónicamente necesitadas de sangre humana. Cabe incluso hablar de analogías con los jíbaros, pues los barones celtas fueron cazadores y coleccionistas de cabezas⁵⁰. Una fe incondicional en el chivo expiatorio como medicina mantuvo en sus dominios «la más terrible superstición»⁵¹, descrita en 58 a. C. por un testigo romano:

«Los druidas consideran imposible conservar la vida de un hombre si no se hace ofrenda de la vida de otro, y por pública ley tienen ordenados sacrificios de esta misma especie. Forman de mimbres entretejidos ídolos colosales, cuyos huesos llenan de hombres vivos, y pegando fuego a los mimbres les hacen rendir el alma rodeados de llamas.

A su entender los suplicios de ladrones,

salteadores y otros delincuentes son los más gratos a los dioses inmortales, si bien a falta de éstos no vacilan en sacrificar a inocentes»⁵².

La cultura de los nórdicos, por su parte, es ajena tanto a dioses—vampiros como a cualquier orden estamental. Análogas al Hércules helénico, sus deidades rebosan heroísmo, independencia y generosidad, y admitir castas cedería la preeminencia a alguna cuna en detrimento del mérito de cada individuo. Su condición de pastores, con «el ganado como única riqueza»⁵³, implicaba que unos tuviesen grandes rebaños y otros apenas algunas cabezas, pero las decisiones colectivas se encomendaron siempre a asambleas donde todos los varones tenían voz y voto idéntico.

Datos indirectos, aunque convergentes, sugieren que una importante migración ocurrió poco antes o poco después de comenzar la era cristiana, cuando tres ligas de clanes suecos —vándalos, gépidos y godos— cruzaron el Báltico para dirigirse hacia el este y el sureste, hasta ocupar territorios que abarcan desde la actual Polonia al Mar Caspio. Otras tribus, establecidas ya al norte del Rin, acabaron topando con la expansión romana protagonizada por Julio César, que fue el único latino capaz de vencerles concluyentemente, y también su primer antropólogo de campo:

«La nación de los suevos es la más populosa y guerrera de toda la Germania [...] Su sustento no es tanto de pan como de leche y carne, y son muy dados a la caza. Con la calidad de los alimentos, el ejercicio continuo y vivir a sus anchas se crían gigantescos y muy robustos.

Tanta es su reciedumbre que a pesar de los intensos fríos visten pieles cortas, que dejan al aire mucha parte del cuerpo, y se bañan en ríos helados. Admiten a los mercaderes más por tener a quien vender los botines de guerra que por deseo de comprarles nada»⁵⁴.

2. Costumbres y evolución. Curiosamente, estas tribus no tenían palabra para nombrar su parentesco común —tan palmario atendiendo no sólo al porte físico sino a léxico, mitología y maneras⁵⁵—, y Roma excitará sus rivalidades subvencionando como aliados (*federati*) a unos u otros. Tampoco hay mejor modo de frenar a un pueblo que en vez de

desmoronarse ante el empuje de su civilización —como el céltico— resulta galvanizado al entrar en contacto con ella. La descripción de Tácito, por ejemplo, no tarda en resultar anacrónica ante la emergencia de nuevas y poderosas ligas ⁵⁶. También sorprende al romano que además de rechazar la sagrada *potestas* los nórdicos practiquen lo contrario de su proverbial aversión ante la prodigalidad:

«Los que van a sus tierras por cualquier motivo gozan de salvoconducto y son respetados por todos; no hay para ellos puerta cerrada ni mesa que no sea franca» ⁵⁷.

«Ningún pueblo observa más generosamente la hospitalidad. Nadie distingue a un conocido de un extraño cuando de acogerle se trata. Les encantan los regalos, pero nada esperan a cambio de lo que dan» ⁵⁸.

La misma regla es practicada por esquimales y tuaregs, como si el círculo polar y el gran desierto animasen parejamente al desprendimiento; pero las gentes de ojos claros tienen un destino mucho más determinante para la historia universal. En tiempos de Julio César carecían de armas metálicas y se lanzaban contra la acorazada legión romana con un pequeño escudo de madera y un venablo del mismo material ⁵⁹. En tiempos de Tácito roturaban ya las tierras mejores, y a despecho de ser crónicamente deficitarios en grano, aceite y hortalizas, su dieta (pescado, carne, mantequilla y queso) resultaba envidiable para la mayoría de los romanos. Ser muy austeros como consumidores ⁶⁰ limitaba prácticamente su demanda a arados y armamento de hierro, que conseguían vendiendo cautivos o recurriendo a las pieles, la cera y la miel de sus bosques.

Los equivalentes del oro y la plata eran para ellos el ámbar y el marfil de los elefantes marinos. Nunca admitieron el derecho del progenitor a vender su prole, ya fuese para pagar deudas o por simple lucro, pero la pasión del juego les llevaba a veces a apostar su propia libertad, y en esos casos —según Tácito— el sentido del honor les mandaba convertirse en siervos de quien ganase la apuesta. Su debilidad más ostensible era el alcohol, que empezaron tomando en forma de una peculiar cerveza —el hidromel— hasta descubrir alborozadamente el vino. No veían inconveniente alguno en combinar su austeridad de costumbres con borracheras de días enteros, donde —en marcado contraste

con el tabú grecorromano— no excluían ni a mujeres casadas o casaderas ni a los adolescentes.

«Si pudiésemos darles tanta bebida como querrían, serían superados por su vicio tan sencillamente como por las armas de algún enemigo»⁶¹.

A despecho de ello van a ser desde el siglo III las únicas tropas fiables del Imperio, y a finales del IV demostrarán que naciones enteras —desplazándose con mujeres, niños, abuelos, ganado y enseres— pueden imprimir a su movimiento una velocidad y amplitud desconcertante⁶². Valga como ejemplo de energía la gesta de unos cuatrocientos guerreros francos deportados del Rin al Bósforo, que ignorando por completo el arte de navegar se apoderan allí de algunas naves y emprenden un periplo de saqueo en zigzag por la costa africana y la europea. Tras conquistar algunas ciudades sicilianas llegan al Atlántico —el proceloso Océano evitado por todos los pueblos mediterráneos—, pero en vez de detenerse aprovechan sus improvisados conocimientos para seguir navegando hasta la Bretaña gala. Allí desembarcan cargados de botín y «enseñan a su nación cómo despreciar las amenazas del mar, abriendo un nuevo camino de gloria y riqueza»⁶³.

3. La libertad como ética y estética. Los griegos conquistaron la igualdad jurídica con guerras civiles, mientras para los nórdicos reina sin lucha y aparentemente desde siempre. Nada limita la acumulación personal de riqueza, aunque cada tribu adjudica sus lotes de tierra arable a distintas parentelas cada año, con arreglo a la institución de una gewere que equivale a mera tenencia. Así moderan un apego que llevaría a crear comodidades en cada residencia, estimulando la molicie, y logran «que la gente menuda esté contenta con su suerte, viéndose igualada con la más ilustre»⁶⁴. El contacto con el Imperio hará que esos repartos periódicos pasen de recaer sobre familias troncales a ser concesiones hechas a tal o cual individuo, aunque asimilar pautas civilizadas no borra aún la diferencia radical. El romano venera alguna autoridad absoluta, como la del padre o la del Estado, y para el nórdico cualquier cosa semejante es simplemente abyecta. Sus reyes sólo existen en momentos de guerra, e incluso entonces están sujetos al consejo de los notables y a la asamblea formada por todos los guerreros.

Estéticamente, la idea de un rey divino —que Roma consagra

desde Augusto en adelante bajo el título de *Divus*— no casa con gentes que reservan el estatuto de dioses «a lo visible cuya benevolencia se experimenta, como el Sol, la Luna y el fuego»⁶⁵. Éticamente, el fundamento para negar la condición religiosa del monarca deriva de que estos pueblos tienen a gala no recibir órdenes inapelables de ninguna especie, y mucho menos de quien no se demuestre superior al resto en el inmediato aquí y ahora. Les resulta no ya ajena sino odiosa la costumbre de convertir en sacrilegio cualquier conducta distinta de la sumisión incondicional⁶⁶, pues sus democracias tienen en común con las helénicas que el gobernante sea siempre revocable, que deba rendir cuentas y que esté controlado por cuerpos colegiados. Pueden atribuírseles truculencias muy variadas⁶⁷, aunque «Europa debe sus constituciones libres [...] básicamente a las semillas que plantaron estos generosos bárbaros, guiados en origen por la persuasión antes que por la autoridad»⁶⁸.

Cuando el poder del rey se limita a servir de ejemplo en la batalla —pudiendo incluso entonces ser depuesto o desobedecido—, están puestos los cimientos de un Estado que ni se deifica ni se personifica ni es confesional, cosa manifiesta mientras los nórdicos no se conviertan en católicos. Los visigodos, por ejemplo, promulgan una legislación para ellos (el Código de Eurico) y mantienen para el resto los usos previos (la *Lex romana visigothorum*), sin discriminar entre galorromanos, iberos, cristianos y judíos. Más tolerantes aún resultan los vándalos en sus dominios del norte de África, y en las islas del Mediterráneo occidental.

4. Crímenes y castigos. Entre las taras de aquello que las ligas nórdicas consideraban originalmente derecho⁶⁹ está la arbitrariedad de su sistema probatorio⁷⁰. Esta barbarie sólo se compensa, aunque en medida notable, por un derecho consuetudinario que desde Alfredo el Grande se llamará *common law*. Originariamente, los crímenes más graves se castigaban con una «pérdida de la paz» que permitía a cualquiera disponer del culpable como quisiera, añadida a una «venganza de la sangre» que podía prolongarse durante indefinidas generaciones. Pero no tardan en adaptarse a instituciones civilizadas, como tampoco en mezclarse con las poblaciones sometidas.

Lo más singular de su antigua ley es que ignore la tortura como parte del procedimiento jurídico, y que «hasta el homicidio se

expíe pagando en vacas y ovejas»⁷¹, pues desde el rey al último de sus guerreros las agresiones y afrentas se solventan con una reparación material adaptada al delito. Los argumentos de la clemencia humanitaria y la reeducación del delincuente han hecho que muchos códigos modernos acaben adoptando la misma postura ante el tormento y la pena de muerte, que «se diría el progreso inevitable de la jurisprudencia penal en todo pueblo libre»⁷².

Concebían el paraíso como una reunión de valientes compañeros en la gran sala del castillo de Wotan, comiendo y bebiendo a grandes tragos hidromel en los cráneos de enemigos vencidos. La *Lex saxonum*, por ejemplo, determina que seducir a la esposa del vecino se paga con una multa y comprándole otra. Un siglo antes Constantino el Grande decide castigar no sólo el adulterio sino la seducción consentida de solteras con pena de muerte para ambos (en la hoguera o arrojándolos a las fieras), y si algún sirviente hubiese ocultado su acción se le obligaba a engullir plomo derretido a través de un embudo metálico⁷³. Llamando brutales a los sajones y otros nórdicos será difícil encontrar un epíteto adecuado para el primer emperador católico, que inventa un nuevo tipo de tortura sin desviarse en esencia de lo habitual para sus antecesores.

Básicamente altriciales —lo inverso de precoces—, las tribus del Norte tardarán un milenio en decidirse a cambiar la depredación por la industria. Pero su anarquismo está libre de rencor, admite la aspereza del mundo sin engañarse y se sentirá como pez en el agua cuando finalmente toque pasar del esquema clerical-militar a una dignificación del trabajo profesional. Sólo el pueblo judío está llamado a tener un influjo comparable, aunque obedezca a razones muy distintas. Tras concentrar a los comerciantes grandes y medianos, culminando la tradición del fenicio-cartaginés, será también el origen de una cruzada anticomercial que se coordina admirablemente con la crisis del Bajo Imperio. Veamos a grandes rasgos esa crisis, y su progresiva interacción con los profetas y apóstoles que aportan el ideal de una sociedad desmercantilizada.

NOTAS

¹ - Hegel, 1967, p. 223.

² - *Corpus iuris civilis*, Inst., I, 1, 6.

[3](#) - Cf. Montaigne, *Essais* III, 6.

[4](#) - *Anales* XV, 31.

[5](#) - Gibbon 1984, vol. I, p. 62.

[6](#) - La loba que les amamantó cuando fueron abandonados «piensan algunos que fue una vulgar ramera, llamada así por los pastores» (Livio *Ann.* I, 1,5).

[7](#) - Un invento originalmente etrusco, empleado hasta entonces en construcciones funerarias.

[8](#) - En sus ciudades ningún hogar acomodado carecía de varios grifos por donde manaba agua potable, y a las fuentes de calles y plazas se añadían gigantescos baños públicos. Hasta el demente Calígula inició la construcción de un nuevo acueducto que su sucesor completaría, «llenando Roma de muchas y magníficas albercas cubiertas, que aseguraban la corriente muy fresca y caudalosa» (Suetonio, *Vit.* Cl. 21, 1).

[9](#) - Publicado en Bizancio, un siglo después de sucumbir el Imperio occidental, lo impercedero del *Corpus iuris civilis* romano viene de añadir a su repertorio de leyes una colección de dictámenes emitidos por jurisconsultos del periodo clásico, presididos por Paulo, Gayo, Ulpiano, Papiniano y Modestino.

[10](#) - Weber 1988, vol. I, p. 441; cf. también Schumpeter 1994, p.105-108.

[11](#) - Una traducción aproximada diría «máximo derecho, máximo perjuicio».

[12](#) - Ya antes de ser superpotencia Roma tiene un magistrado para dirimir litigios entre ciudadanos (el *praetor urbanus*) y otro para asuntos surgidos entre ciudadanos y extranjeros o extranjeros con extranjeros (el *praetor peregrinus*), cuyas sentencias empezarán a llamarse derecho de gentes.

[13](#) - Plutarco *Vit. Cat.*, 22.

[14](#) - *Pandectas*, XLVII, II, leg. 14, 13.

[15](#) - Ulpiano, *Frag. X.*, 591-592 (Schulting).

[16](#) - Cf. Mommsen 1983, vol III, p. 398.

[17](#) - *Sobre los oficios*, I, 42.

[18](#) - Mommsen 1983, vol. I, p. 470.

[19](#) - Catón el Viejo, en Mommsen, vol. III, p. 385.

[20](#) - Un caso expresivo fue lo previsto para sustracciones flagrantes. Cuando alguien resultaba robado por un vecino debía invadir de inmediato su casa para recuperar la cosa en cuestión si no quería exponerse a un largo proceso. Por otra parte, lo normal era que tales percances acontecieran cuando el robado estaba bañándose o descansando en la cama, y como salir corriendo en pos del otro no daba tiempo para vestirse en regla la ley mandaba coger o bien «una palangana» o bien «una mascarilla». Cubriéndose con ellas los genitales o el rostro evitaba escandalizar a alguna matrona que pudiera hallarse en la casa invadida. Sin embargo, que hubiese o no alguna matrona resultaba en realidad indiferente, y aunque el ladrón estuviera solo o en compañía de otros varones le bastaba demostrar que su vecino había penetrado desnudo o en paños menores sin la preceptiva mascarilla o palangana para acusarle de asalto. Provisto de tales objetos ejecutaba una *actio reivindicatoria* impecable, y desprovisto de ellos era un criminal. Cf. Gibbon 1984, vol. II, p. 193.

[21](#) - Cf. Cicerón, *De orat.*, I, 41-42.

[22](#) - Columela, *De re rustica*, 3, 3, 9.

[23](#) - Cf. Rostovtzeff, 1998, vol. I, p. 290-352.

[24](#) - Cf. Séneca, *De clementia*, I, 24.

[25](#) - Cf. Plutarco, *Vit. Cat.*, 21. Según Plinio el Viejo, el motivo que adujo para expulsar a los griegos de Roma fue que eran «un tribu sediciosa y sin mérito» (*Nat. hist.*, 29, 13).

[26](#) - No centeno ni avena, que consideraban malas hierbas antes de ver cómo las consumían los germanos; cf. Mommsen, 1983, vol. III, p. 547.

[27](#) - *Ibíd.*, p. 380.

[28](#) - Fundamentalmente sabinos, samnitas, etruscos, volscos, ligures y latinos.

[29](#) - Cf. Mommsen 1983, vol. I, p. 453-481. Sigo sus indicaciones para describir el comienzo de la crisis agraria romana.

[30](#) - *Anales*, II, 29-30.

[31](#) - El préstamo con interés (*mutuum*) no se reconoce de modo pleno hasta el Imperio bizantino, en la *novella* 136 del *Corpus iuris civilis*; cf. Aguilera-Barchet 1989, p. 184, n. 43.

[32](#) - *Hist.* VI, 17.

[33](#) - Cf. Mommsen 1983, vol. II, p. 544-545.

[34](#) - Rostovtzeff 1998, vol. I, p. 69.

[35](#) - Los *equites* fueron originalmente quienes podían sumarse al ejército con un caballo comprado a sus expensas. Durante siglos no se opusieron al monopolio senatorial en materia de magistraturas, ya que hasta comenzar las guerras civiles «sus intereses e ideales políticos coincidían básicamente con los de la aristocracia romana» (Rostovtzeff, 1988, vol. I, p. 56).

[36](#) - Schumpeter 1995, p. 96.

[37](#) - Cf. Mommsen 1983, vol. IV, p. 513.

[38](#) - Cf. *Wikipedia*, voz «Lucius Cornelius Cinna».

[39](#) - Los tribunales de justicia vuelven a ser un monopolio patricio y —cosa aún más llamativa— los tribunos de la plebe pasan a ser elegidos por el Senado.

[40](#) - Cientos de miles afluyen de Hispania y la Galia con las victorias de Escipión y Mario sobre iberos, cimbrios y teutones, y más aún con las de Julio César, por no mencionar el fruto de las campañas de Sila en Grecia, Metelo en Macedonia y Pompeyo en Asia Menor. Mucho más tarde, ya en el siglo iii, la única victoria imperial sobre los godos —conseguida por Claudio Gótico— ofrece unas ciento veinte mil esclavas a sus legionarios; cf. Gibbon 1984, vol. I, p. 234.

[41](#) - Cf. Suetonio, *Vit. Iulius* 41, 3.

[42](#) - Cf. Mommsen 1983, vol. III, p. 407.

[43](#) - Sabe muy bien de lo que habla, porque más de una vez ha contraído deudas descomunales —avaladas por la perspectiva de obtener tal o cual magistratura—, y en realidad está pidiendo un poco de moderación a los grandes linajes romanos.

[44](#) - Cuenta Suetonio que al morir César «los judíos sobresalieron entre todos, pues permanecieron en vela junto a la pira varias noches consecutivas» (*Vit. Iulius*, 84, 5).

[45](#) - *Ibíd* 42, 2.

[46](#) - Sobre los proyectos que no tuvo tiempo de emprender, pasmosamente ambiciosos casi todos, cf. Suetonio 44, 1-4.

[47](#) - Véase más adelante, p. 146-146.

[48](#) - *Germania* I, 5-29.

[49](#) - Recientes estudios sobre el ADN de los británicos indican, por cierto, que entre el 75 y el 95% de la población de Inglaterra e Irlanda es de origen ibérico, quizá debido a migraciones ocurridas en el Mesolítico; cf. Oppenheimer 2006, p. 375-378.

[50](#) - Cf. *Wikipedia*, voz «Celts».

[51](#) - Hume *Ibíd.*, p. 5.

[52](#) - César, *De bell. gal.* VI, 16.

[53](#) - Tácito, *Germ.* I, 24.

[54](#) - César, *Bell. gal.* IV, 1-2.

[55](#) - Por ejemplo, hay coincidencias textuales entre códigos visigodos del siglo VI y códigos islandeses y noruegos del XII, ciertamente no debidas a transmisión oral o escrita.

[56](#) - Aunque el *De origine et situ Germaniae* (ca. 98) incluye a frisios, anglos (entonces asentados en la península danesa de Angeln), suevos lombardos y suevos semnones, bátavos,

marcomanos y varias otras tribus, antes de que concluya el siglo siguiente hay tribus tan numerosas y nuevas como sajones, burgundios, francos y alamanes.

[57](#) - *Bell. gal.* VI, 23.

[58](#) - *Germ.* I, 21.

[59](#) - Lo único que defendía a las legiones era «la manera ordenada de luchar y el armamento» (Tácito, *Anales* II, 21).

[60](#) - César refiere que «gastan toda la vida en cazar y ejercitarse para la milicia. Desde niños se acostumbran al trabajo y a vencer la frustración. Los que por más tiempo permanecen castos son admirados, pues creen que así se medra en estatura, fuerza y bríos. Conocer mujer antes de los veinte años es para ellos grandísima infamia» (*Bell. gal.* VI, 21).

[61](#) - Tácito *Germ.* I, 23.

[62](#) - El mapa de esas migraciones muestra, por ejemplo, que entre 387 y 418 los visigodos se desplazan desde el Vístula al Danubio, bajan desde allí hasta Atenas, remontan la costa del Adriático y vuelven a bajar hasta Roma; siguen luego la costa ligur hacia Marsella, se establecen en la parte de Iberia no ocupada por suevos y alanos, retoman la dirección norte y acaban quedándose con buena parte de la Galia. Las distancias —y lo fractal de su recorrido— no igualan, sin embargo, el periplo de unos vándalos que migrando desde la actual Rusia llegan hasta Iberia, pasan al norte de África y saltan desde allí a Baleares, Córcega, Cerdeña y Sicilia. Los alanos, que parten del Don, describen un amplio bucle por el norte de Francia y acaban ocupando el curso medio del Tajo, todo ello entre 400 y 411.

[63](#) - Gibbon 1984, vol. I, p. 262.

[64](#) - César, *Bell. Gal.* VI, 22.

[65](#) - *Ibíd.*, VI, 21.

[66](#) - Es la esencia de la lesa maiestas o desacato, donde basta un gesto de displicencia para ser echado a los perros; cf., por ejemplo, Suetonio *Vit.Dom.X*, 1. Ensuciar la túnica del hombre-dios es suficiente para el prolongado suplicio llamado *retractatio publica* en Roma, un rito conocido y reiterado con

otros nombres por egipcios, chinos y muchas otras culturas. Sobre lo metafísico del monarca y el último suplicio público europeo, que castiga una leve herida hecha a Luis XV de Francia, puede leerse con aprovechamiento el capítulo primero de Foucault 1978. Buena parte de los Anales de Tácito se dedica a describir cómo distintos emperadores de la dinastía Julia-Claudia confiscan y a menudo ejecutan por *lesa maiestas* a próceres cuya falta principal ha sido ser muy ricos o admirados.

[67](#) - Clodoveo, por ejemplo, usa su hacha de doble filo para dividir limpiamente en dos la cabeza de uno de sus barones, tras distraerle con un ardid. Pero no es su corte sino san Gregorio de Tours quien lo celebra en su *Historia francorum*, explicando que la víctima era culpable de lesa majestad eclesiástica: el año anterior había partido con su hacha el cáliz de un obispo.

[68](#) - Hume 1983, vol. I, p. 160-161. Algo después añade: «De todas las naciones incivilizadas modernas y antiguas los germánicos parecen los más notables por costumbres e instituciones políticas. Llevaron al más alto grado las virtudes del denuedo y el amor a la libertad, únicas asequibles en un pueblo inculto donde la justicia y el humanismo reciben comúnmente poca atención».

[69](#) - *Reht* en germánico occidental, *lagh* (*law*) en germánico septentrional

[70](#) - Se admiten, por ejemplo, el juramento mediante socios (los *compurgatores*), distintas ordalías y hasta el combate cuerpo a cuerpo. La distinción entre prueba documental y testifical es tan desconocida como los títulos de propiedad. La palabra de un socio, cruzar descalzo un lecho de brasas o vencer en duelo resuelve litigios sin entrar en verificación alguna.

[71](#) - Tácito, *Germ.* I, 21.

[72](#) - Hume 1983, vol. I, 178.

[73](#) - Cf. Gibbon, 1984, vol. I, p. 326.



© Antonio Escotado 2008
LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO
<http://www.escotado.org>

Development Sciences Network Presence
www.catalanhost.com



Los
Enemigos_{del}
Comercio

LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO

3

Los pilares del Imperio

«El poderío de un pueblo imperial está empezando a suscitar su propia ruina [...] El proceso de nuestra decadencia ha llevado a un oscuro amanecer donde no somos capaces de soportar nuestros vicios, ni hacer frente a los remedios necesarios para curarlos.»

T. Livio, *Anales*, prefacio.

Octavio Augusto, sobrino nieto e hijo adoptivo de Julio César, habría ganado por amplio margen una elección presidencial pocos años después de empezar a gobernar. La plebe decidió nombrarle *Pater Patriae* de modo espontáneo; el Senado estaba exultante por haber recuperado sus facultades legislativas, la clase media urbana empezó a brotar y ninguna elucubración sobre su persona¹ altera medio siglo de paz y crecimiento para el Estado romano, un periodo sin precedente ni secuela comparable. Los medios empleados inicialmente para ser Cónsul² tampoco modifican que el primer *Divus* o rey-dios de los romanos fue sin duda el menos endiosado, uno de los más cultos, el más austero de costumbres y el más respetuoso con las viejas instituciones.

A menudo pensó restablecer la República, y lo habría hecho de no parecer una «imprudencia» cuando todos los ciudadanos ansiaban dejar atrás la secuencia de guerras civiles. Lo previo a su padre adoptivo —una oligarquía moderada por tribunos de la plebe— era incapaz de gestionar un Estado de tamaño jamás

visto, requerido no sólo de una fuerza militar descomunal sino de recursos para seguir pagándola. César se había propuesto civilizar ese territorio con una mezcla de centralización y descentralización que otorgase el control a los prudentes, y aunque Augusto quiere mantener al romano «incontaminado» de sangre servil o extranjera³ asume el resto del proyecto con tenaz energía.

Urbaniza y embellece sustancialmente Roma, funda numerosas ciudades y por una mezcla de atenta supervisión, austeridad y circunstancias favorables —como la llegada del enorme tesoro de los faraones tras la derrota de Marco Antonio y Cleopatra— consume la hazaña de que el ejército se aproxime al medio millón de hombres sin arruinar al país. En sus manos la tropa garantiza que una unidad tan vasta y plural como los dominios romanos pueda concentrarse en el intercambio pacífico interior y exterior.

Por otra parte, al profesionalizar totalmente el servicio militar ha dado el paso decisivo de convertir al ejército en nuevo elector político. Las deliberaciones que antes ocurrían en el Senado pasan a acontecer de un modo u otro dentro de esa institución, donde cualquier romano no sólo aprende disciplina y técnicas de combate sino oficios y lenguas. Puede ir ascendiendo si demuestra cualidades, o servir allí lo bastante para obtener el premio de alguna parcela y jubilarse como granjero. Quien carezca de suerte, talento u oportunidad para destacar en profesiones civiles tiene en la milicia un cauce permanente de promoción social.

I. Alcance y fundamentos del progreso

Hacia el año 1, cuando está naciendo en uno de los confines imperiales el futuro Cristo, Roma resulta mercantilmente irreconocible. La importación y exportación de mercancías está gravada por un arancel general del 5 por 100, los descendientes directos pagan lo mismo al Fisco cuando reciben herencias y el interés del dinero ha descendido hasta situarse en torno al 6 anual⁴. Las montañas de metálico que antes atesoraban directa o indirectamente los 16 linajes alimentan un comercio cuyo mayor mercado es la propia Italia, un país resurgido siquiera sea en parte, que no sólo exporta aceite, vino y otros productos sino funcionarios militares y civiles.

Augusto exige a ese estamento unificador que sea romano y de sangre libre, pero «el Imperio se estaba convirtiendo en una

comunidad de ciudades autónomas»⁵ y los gestores civiles de hecho incluyen a libertos y no pocos esclavos formados en la casa imperial. Pronto se incorporan a dicha burocracia próceres de los nuevos núcleos urbanos, que tienen Senados independientes de la cuna y alimentan la formación de burguesías municipales. Junto a Roma, que ha pasado del chabolismo al mármol, una pléyade de *civitates* acomete obras útiles y ornamentales que deslumbran al visitante y ofrecen empleos al hombre libre.

Alejandría, la más próspera, recibe productos de Extremo Oriente a través del Índico y exporta a la península itálica no sólo manufacturas finas sino enormes cargamentos de cereal cultivado en el valle del Nilo. Corinto y Cartago se restauran como puertos, surgen importantes emporios nuevos —Lyón, Tréveris, Aquilea, Antioquía— y un tráfico antes ceñido a bienes imprescindibles se amplía a una gama de artículos útiles y suntuarios, cuya calidad contrasta con lo elemental de la industria anterior. En Toscana, por ejemplo, los perjuicios del monocultivo han logrado detenerse con granjas que diversifican armoniosamente sus posibilidades. La bonanza económica arroja una cosecha anecdótica de manumitidos multimillonarios⁶ o un ministro de Hacienda como Mecenas, patrono de las artes. Pero lo básico es un contribuyente que puede y quiere cumplir su parte.

1. Un monetarismo rudimentario. Las restricciones que Augusto ha impuesto a su Administración funcionan como economías de escala para el Estado, porque moderarse en un plano equivale a generar riqueza en otro. Como si supiese que la recaudación va mermando en términos absolutos a medida que aumenta la voracidad fiscal, durante un dilatado periodo de tiempo bate récords de ingresos reduciendo la carga tributaria a la vez que reinvierte sin demora las rentas públicas. Su objetivo más inmediato es mantener expedita la comunicación por tierra y agua, dragando puertos y roturando calzadas mientras combate la piratería y el bandidaje, males de aspecto incurable que colapsan cuando hay fondos para castigar a sus beneficiarios. Con todo, invertir en infraestructuras es sólo parte de lo que Augusto hace por el desarrollo.

La casa imperial —que detenta también las funciones del Censor— responde a toda elevación «arbitraria» en el precio del dinero imponiendo notas de infamia a los financieros responsables⁷, una penalización simbólica aunque demoledora para el monopolio de los negocios seguros. Todavía más contundente a efectos de asegurar coyunturas favorables para la

iniciativa empresarial es que ofrezca crédito público en momentos puntuales, como cuando la llegada del tesoro egipcio dispara el precio de los inmuebles. «En lo sucesivo, siempre que las arcas rebosaban de numerario lo prestaba sin interés por un cierto tiempo a todos los capaces de ofrecer garantías»⁸, una medida discutible para combatir brotes de inflación pero insólita en Roma, que siempre había padecido una aguda falta de liquidez.

El hecho de que todo sea ahora un solo Estado implica incorporar cada región en condiciones equitativas, cosa a su vez inseparable de hacer que aumente el número de propietarios y el proceso de producción y consumo se plantee con realismo. Augusto «tomó la drástica decisión de acabar con las distribuciones gratuitas de cereal, porque confiando en ellas se descuida el cultivo de los campos», una medida que sólo revocará temiendo dar pábulo a una reaparición de demagogos. Tiene claro que la anona supone una cascada de quebrantos tras su aparente inocuidad, y tras restablecerla «no dejó de preocuparse por compaginar los intereses del pueblo con los de campesinos y comerciantes»⁹. Ignoramos qué medidas adoptó para compaginarlos, si es que tomó alguna en concreto, pero no hay duda de que concibió un equilibrio basado sobre el crecimiento de la población y los recursos, con el orden intermedio o ecuestre como fiel de la balanza.

«Incrementó la población de Italia fundando 28 colonias, y abasteció a muchas ciudades con monumentos y rentas públicas, equiparándolas a Roma por derecho y dignidad en la proporción que les correspondía [...] Para que en ningún lugar disminuyera el número de las personas pudientes, ni la prole de las modestas, otorgó la dignidad ecuestre a todos cuantos la solicitaron, aunque la petición sólo viniese avalada por respeto público»¹⁰.

2. La fragilidad del cambio. Por otra parte, tanto el caudillo divino como su ejército son soluciones arriesgadas. Nada veta psicópatas, y es azaroso que el *Divus* sea un benefactor o un malhechor. Los sucesores de Augusto van a ser un «tirano maligno» (Tiberio)¹¹, un demente (Calígula), un tullido aterrado por su entorno (Claudio) y otro demente (Nerón). Descienden en principio de César —aunque los dos últimos lleven en las venas más sangre de Marco Antonio—, y si no hubiese recaído sobre ellos un poder de vida y muerte sobre el mundo en general quizá habrían capeado mejor las taras de su propia endogamia.

Responsabilidades análogas gravitan sobre las fuerzas armadas, en principio un elector más democrático que el Senado pero no menos disociado del universo civil. Vanguardia del ejército revolucionario que introdujo el Imperio, la guardia pretoriana escolta, elige y ejecuta al rey divino hasta concluir la primera dinastía¹². A partir de ese momento —año 67— cuatro ejércitos distintos deciden nombrar ellos al princeps y siguen dos años de guerra civil, con tres emperadores ascendidos y luego asesinados por sus tropas. El superviviente, Vespasiano, ya no representa a un grupúsculo de la aristocracia senatorial romana sino a la clase media, y su dinastía dura tres décadas. La dinastía siguiente, también ligada al orden ecuestre, tiene Césares ejemplares hasta la muerte de Marco Aurelio (180). Durante dos siglos casi justos la grandeza del Imperio ha ido creciendo y mermando al tiempo, con gobernantes cada vez más capaces para una institución cada vez más ruinosa.

En el año 9 un joven príncipe germano, Arminio, despierta con un aldabonazo a quienes esperan un futuro sin sobresaltos. Tiene la condición de *eques* o caballero, y admira a Roma en muchos sentidos, pero el tribuno de Augusto en aquellas tierras se ha atrevido a plantear insolencias, y sus cuatro legiones serán aniquiladas hasta el último hombre. Por primera vez, las cuatro águilas y todos los estandartes romanos caen indefinidamente en manos de un enemigo.

La edad de oro de las letras latinas anticipa los desgarramientos venideros. Virgilio y Horacio —buenos amigos de Augusto— responden al brote de prosperidad y cosmopolitismo con invocaciones a la virtud antigua. El emperador, indignado por las maneras licenciosas de su propia familia, se ve llevado a recluir o desterrar a su madre, a su hermana y a su hija. Exige hábitos austeros para el varón y patrocina el culto a Casta Dea y Venus Verticordia («transformadora de corazones»), diosas edificantes para matronas y doncellas corrompidas por la opulencia. Tito Livio, otro buen amigo suyo, diserta sobre el «ocaso moral» en el prefacio a su deslumbrante historia del pueblo romano. Estos tres genios literarios podrían mirar hacia delante, pero tienen la vista vuelta hacia atrás.

II. El esfuerzo civilizador

El pesimismo de Livio, Virgilio y Horacio sobre la capacidad de Roma para enfrentarse a sus desafíos morales pasa por alto lo inquietante por excelencia, que es una incapacidad de las infraestructuras para sostener la civilización del Imperio. Cada ciudad demanda un abasto descomunal si se compara con el

campo y sus aldeas, y el gran logro de los acueductos a la hora de asegurar agua corriente no se corresponde con nada análogo en la provisión de otros artículos. Sólo el mar y ríos navegables habilitan un traslado de mercancías acorde con el ritmo de la urbanización, pues las vías terrestres descansan sobre una red prevista para el traslado de tropas, donde los carros se dejan las ruedas y los animales sus tobillos, imponiendo ocasionales hambrunas a prácticamente todos los núcleos urbanos.

El desfase entre unas necesidades y otras tiene mucho de inevitable, pero a la misma tesitura que encontramos en Atenas —una producción encomendada al desmotivado— se añade la indiferencia romana por el rendimiento, que fía todo a más coacción. Como precisa Rostovtzeff, entre alimentación deficiente para las bestias de carga, amarres y ruedas mejorables, resulta que un carro medio romano sólo puede transportar doscientos diez kilos frente al carro medio francés, polaco o ruso clásico, que traslada quinientos. Los ahorros tecnológicos parecen un modo de consentir al esclavo y amenazar el empleo del hombre libre. De ahí reacciones como la de Vespasiano, un emperador prudente que «recompensó a cierto ingeniero por descubrir un modo de trasladar grandes columnas con poco gasto, pero no quiso ponerlo en práctica para seguir dando de comer a la plebe ínfima (*plebícula*)» ¹³.

Diez años más tarde su hijo Domiciano quiere proteger el vino itálico ordenando arrancar todas las vides de otras provincias.

La medida dura poco ¹⁴, aunque hace creer —equivocadamente— a los vinateros toscanos que sobrevivirán sin mejorar su producto. Corto plazo y centralismo, lo contrario del plan concebido por Julio César, van enseñoreándose de un Imperio que si no crece en renta debe entrar una dinámica extraña a su propio sentido. Pero exigir vida y propiedades de los ciudadanos es tan sencillo para el gobierno como arduo resulta acercar «romanización» y racionalización. Unas veces proviene de dificultades objetivas —excitadas por el hecho mismo de haber creado una unidad política de dimensiones inauditas—, y otras por obstáculos como aquello que posterga indefinidamente el salto del taller a la fábrica.

Si se prefiere, lo insaciablemente rapaz de la República corresponde a su afán de dominio absoluto. Retransformarla en un Estado de estados debe aprovechar las conquistas pasadas, ajustando cada necesidad sentida al recurso inventado para satisfacerla, o en otro caso el Imperio no sólo se verá devuelto a la rapacidad arcaica sino al patético destino de ir

concentrándola cada vez más sobre sí mismo. Lejos de temer precisamente eso sigue cundiendo la suposición de que el centro puede vivir con desahogo de su periferia, y al cumplirse el centenario de Augusto sólo una provincia —la de Asia— ofrece un balance global positivo. Hasta la próspera Bética se ha incorporado a los números rojos.

1. La carga del volumen. Así, alcanzar un grado de complejidad como el que implica la existencia de millones de personas viviendo en climas muy dispares, con las infinitas oportunidades de intercambio implicadas en ello, pone más bien en marcha un proceso de creciente simplificación social y económica. El crecimiento depende básicamente de una autonomía municipal que ha multiplicado en efecto actividades y bienes, pero el desfase entre producción y consumo impone a Césares mejores y peores agravar la presión tributaria. La autocontención decretada por Augusto en materia de aranceles e impuestos no sobrevive a su dinastía, y desde la primera guerra civil —que instaure a los Flavios— la capitalización del particular padece un encarecimiento en todo tipo de transmisiones patrimoniales.

Exportar e importar, por ejemplo, es una actividad que dobla su precio cada veinte años aproximadamente, y este progresivo recorte en las rentas del intercambio puede considerarse un daño menor comparado con la vigencia de otras prestaciones. Especialmente gravoso es para el próspero hacer frente a las selectivas cargas de culto o festividad («liturgias»), y para el pueblo en general que los obsequios extraordinarios de trabajo gratuito («corveas») pasen a ser algo rutinario. El grado máximo de devastación corresponde a deberes como el de mantener y alojar tropas, con las obligaciones subsidiarias de admitir requisas militares de animales y otros medios de transporte (*angareias*).

Propiciado por la guardia pretoriana, el asesinato de Domiciano cierra el siglo i con el advenimiento de los Antoninos, emperadores gloriosos que reinan durante gran parte del siglo ii y que —si omitimos su política fiscal— cumplen las virtudes romanas evitando sus vicios. Con ellos llega un segundo

¹⁵ florecimiento de las letras, contemporáneo de hechos tan eminentes como quitarle al amo su poder de vida y muerte sobre el esclavo, una facultad reservada desde entonces a los tribunales de justicia. Se suceden unos a otros por adopción, oponiendo a la ley de la sangre el principio del individuo óptimo, y representan la madurez de una clase media que ofrece al Estado no sólo comerciantes y otros profesionales privados, sino una reserva de funcionarios competentes para la

esfera civil y la militar.

Pero si bien «la burguesía urbana provincial había sustituido poco a poco a la aristocracia romana, y tanto senadores como caballeros se reclutaban ante todo entre sus filas», la situación está condenada a «sucumbir ante el embate de campesinos apoyados sobre el ejército y [nuevos] Emperadores»¹⁶. La irrupción de tecnócratas impecables indica que el sistema se ha puesto en estado de alerta máxima, aunque eso no baste para que el Imperio pueda perdurar sin cambios drásticos. Por ejemplo, la guardia pretoriana y las legiones son imprescindibles aunque superiores al monto de recaudación tributaria. El desarrollo es no menos necesario, aunque sea algo algo saboteado de raíz por los esclavos a quienes se encomienda el trabajo.

El desvelo de los Antoninos por mantener todo en buen orden incluye la amargura de expediciones tan frecuentes como insoportables para el bolsillo de los particulares, pues cada viaje impone tales prestaciones que los próceres locales tiemblan e incluso se suicidan para evitar el deshonor de la ruina, sin perjuicio de ser muy patriotas y reconocer el gran mérito de sus emperadores. Particularmente catastrófica es la campaña de Adriano en Judea y Galilea, que impone un gasto extraordinario sin ingreso alguno. Marco Aurelio ofrece un ejemplo enérgico de austeridad sacando a subasta pública los bienes de su casa en Roma para sufragar parte de una campaña, y cuando tras una victoria las legiones le piden la gratificación acostumbrada responde: «Todo lo que recibáis sobre vuestra paga regular es a costa de la sangre de vuestros padres y parientes»¹⁷.

Quizá ningún César haya sido más querido por sus súbditos, pues «se mostraba severísimo consigo mismo, indulgente con las imperfecciones ajenas, justo para con todos, y un siglo después de morir muchos conservaban una efigie suya junto a la de sus dioses domésticos»¹⁸. Pero no basta ser un estoico consecuente para frenar la crisis, e interrumpir la costumbre de adoptar como sucesor al hombre idóneo —escrupulosamente observada por sus antecesores¹⁹— sienta en el trono a su hijo Cómodo para un reinado casi tan largo como el suyo, que envenena irreversiblemente la relación entre civiles y militares.

En efecto, ese arrogante joven responde a las dificultades extremas con que se enfrenta el Estado sintiéndose reencarnación de Hércules²⁰, rebautiza Roma como Colonia

Commodiana y entrega las tareas de gobierno a infames favoritos. Para los pretorianos será el más espléndido y campechano de sus jefes, y para la historia de Roma el primero en una secuencia de «emperadores altivos con el resto de la población que fomentan una familiaridad con la tropa y se esmeran en imitar el atuendo y modales del soldado raso»²¹. Su compromiso formal es defender al modesto (*humilior*) del notable (*honestior*).

III. Entre la simplificación y el abismo

Los reductos de actitud republicana denuncian que está trasladándose al núcleo del Imperio una política de saqueo antes restringida a la periferia. Pero ha llegado el momento de explotar el potencial demagógico de las fuerzas armadas como elector, y quien cuente con su apoyo anula lo obvio; esto es, que «cuanto más intensamente recaía sobre las clases superiores la presión del Estado, tanto más intolerable se hacía también la condición de las inferiores»²². En 192, cuando los delirios de Cómodo le lleven a ser asesinado por su propia gente, un cálculo erróneo de los pretorianos sienta en el trono al senecto Pertinax (126-193), un gramático que urgido por la pobreza se alistó en el ejército y acabaría llegando a general. El pueblo y el Senado oyen con júbilo su primer discurso, donde declara: «No quiero ser un *imperator*, sino un estadista clemente y responsable»²³.

A esta directriz añade un plan de reformas para paliar la crisis del abastecimiento, cuya manifestación más llamativa es que sea imposible encontrar, por ejemplo, cualquier tipo de carne en los mercados. Nadie discute que la causa próxima de ello es una trama de cargas fiscales impuesta al traslado de mercancías, ni de que la remota es un abandono del campo como resultado de confiscaciones que han acabado convirtiendo buena parte de él en agro público, un eufemismo para propiedad personal del emperador. Pertinax declara que no deben confundirse propiedad pública y peculio del César²⁴, haciendo gala de un admirable espíritu republicano, y deroga los peajes vigentes en caminos, encrucijadas, ríos y puertos.

Más prioritario aún es restablecer la cría de ganado y los cultivos en Italia, y entendiendo que grandes males demandan grandes remedios decreta que tanto el agro público como otros terrenos abandonados pasarán a ser de quienes se comprometan a trabajarlos. Cualquier aspirante a granjero se convertirá en propietario de la parcela que explote simplemente acudiendo a

la oficina del registro, y quedará exento de cualquier gravamen estatal durante diez años²⁵. Cabría esperar una explosión de alegría ante esta medida, pero los dados de alta en la contribución rústica llevan un siglo padeciendo quebrantos crecientes en función de ello, y los únicos que acaban acogidos a su oferta son algunos cautivos bárbaros. Ni un solo itálico la acepta²⁶.

El benévolo emperador no tendrá tiempo para comprobar hasta qué punto los ciudadanos recelan de la Administración, pues a los 86 días de vestir la púrpura cae asesinado por los pretorianos que se la habían ofrecido, a quienes decepciona la gratificación ofrecida²⁷. Quiso interrumpir la secuencia de Emperadores que alegan defender al humilde del notable para mantener su política de expolio, pero el deterioro estructural supera los esfuerzos en contrario de cualquier individuo, aunque tanto el pueblo bajo como el Senado romano sean conscientes de perder con él la última opción de civismo.

«Al enterarse de la monstruosidad, grupos de gentes corrieron como enloquecidos por el pesar y la rabia, buscando a los asesinos, aunque no pudieron hallarlos y obtener su venganza»²⁸.

Los grupos debieron ser pequeños, e irrumpir en las calles a destiempo, porque el culpable era alguien tan localizado como la Guardia del Pretorio, cuyos regimientos se acuartelaron algo después. A los dos días del magnicidio la plebe romana había pasado de la histeria a la depresión, y los asesinos «hicieron saber con grandes voces que el Imperio estaba en venta, y que prometían dárselo a quien ofreciera el mayor precio, conduciendo al comprador hasta el palacio imperial protegido por sus armas»²⁹. La semana siguiente transcurre en calma, con una ciudadanía que simplemente rumia su humillado rencor, y la Guardia puede permitirse ignorar una primera oferta de 5.000 dracmas por pretoriano ofrecida por un plutócrata plebeyo. En efecto, acaba llegando la de 6.250 que presenta el senador Didio Juliano, «inspirado por su mujer, su hija y una nube de parásitos»³⁰.

Escrito con grandes letras en la historia universal de la infamia, este episodio mide ante todo la desmoralización del romano. La alegada furia de algunos al enterarse del crimen no impidió que los asesinos —al parecer unos doscientos— recorriesen impunemente la capital con la cabeza de Pertinax clavada en el

extremo de una pica³¹, anticipando las «linternas» de la Revolución francesa. Los ciudadanos volvieron a tener ocasión de organizarse o siquiera protestar cuando se celebró la coronación, y temiendo algo así los pretorianos escoltaron al adquirente hasta palacio «en formación de tortuga, para protegerse de cualquier lluvia de piedras lanzada desde las casas». Pero nadie se decidió a lanzar una sola³². El nuevo emperador iba reinar indemne, y así habría seguido si el ejército no hubiese tomado cartas en el asunto.

1. Masas contra masas. El feudo vacante atrajo a las legiones de Siria, el Danubio y Europa occidental, siguiéndose otra sangrienta guerra civil donde triunfaría el menos capacitado como estadista de los tres generales en liza, Septimio Severo, cuyo linaje reinará algo menos de cuarenta años. Tras vencer a sus adversarios, en 194, nombra al ejército gestor y beneficiario de la anona, y la historia le recuerda por el consejo dado a sus hijos en su lecho de muerte: «Enriqueced a la tropa y despreocupaos del resto»³³. Caracalla, uno de esos hijos, declara luego que «sólo yo debo poseer dinero, y para darlo a los soldados»³⁴, aunque perecerá a manos de uno mientras orinaba.

Para entonces el arancel general de importación fijado por Augusto ha pasado del 5 al 25 por 100, y lo mismo sucede con el impuesto sucesorio³⁵. En 212, tras siglos de ser un bien por el que se entregaban fortunas y feudos, Caracalla extiende la ciudadanía romana a todos los habitantes del Imperio para buscarse nuevos obligados a pagar la contribución personal (*capitatio*). Además de alear moneda fraudulentamente, cosa en modo alguno nueva, su reinado aporta la grandiosa estafa del *antoninianus*, una moneda que nace valiendo dos denarios y sólo pesa en plata una fracción del denario, como aclara la numismática³⁶. Pasa por alto, sin embargo, que «cuando el Príncipe envilece sus monedas todas las mercancías y alimentos se encarecen en proporción al envilecimiento»³⁷, y un año después debe pagar nuevas y más costosas importaciones, pues la plata de ley ha desaparecido por completo.

La concentración particular de psicópatas que son él, su asesinado hermano Geta y el posterior Heliogábalo refleja también el estado general de cosas. Mientras la sociedad esclavista se va desintegrando de un modo tanto más implacable como lento, su Divus debe acostumbrarse a una

actitud cada vez más traicionera y ávida en sus únicos aliados, que son las tropas. Empieza el día escenificando una estrecha familiaridad con el soldado raso, y lo termina inspeccionando cofres de joyas, sacas de monedas y otros objetos incautados, sencillamente para poder calcular cuánto podrá repartir mañana entre cada guardaespaldas. La brevedad de cada reinado, y el número de rivales, ha convertido en letal para el tesoro público la costumbre de que el gran obsequio al ejército coincida con la coronación de cada César. El reinado de Octavio Augusto supuso un *donativum* extraordinario a lo largo de medio siglo; el año llamado de los seis Césares (238) exige reunir otros tantos.

La sociedad imperial está en contracción, y una clase media siempre minoritaria va siendo cazada de un modo u otro hasta desaparecer. El destino de los equites o caballeros lo expone ejemplarmente Ulpiano, el más ilustre jurista de la historia romana³⁸, que siendo prefecto de los pretorianos es asesinado por ellos en 228. Alejandro Severo, un individuo excepcional para su dinastía³⁹, se ha propuesto domar a la Guardia nombrando jefe suyo a un civil sabio e insobornable, aunque debe presenciar cómo le matan ante sus ojos. Tampoco tardará más de algunas semanas en sufrir él la misma suerte.

El correlato de una soldadesca que reclama abiertamente menos disciplina y más pillaje es un civil proletarizado, cobarde con el fuerte y carnicero con el débil, cuya existencia gira en torno a vales de economato. «En virtud de su tremendo tamaño y variedad, la turba romana se inclina a la inestabilidad y la vacilación». Por una parte teme a los pretorianos y por otra no omite «irrupir en las casas de acreedores y enemigos personales para robarles y matarles»⁴⁰. Dos masas de acoso —plebes urbanas indigentes y ejércitos desmandados— imponen a cada gobierno un ejercicio de intimidación, subvención y manipulación a corto plazo, cuyo resultado son corporaciones de espías (*speculatores*) capaces de inventar noticias falsas o silenciar las verdaderas, ejerciendo una censura política adaptada a sus razones de Estado. Son «los ojos del príncipe, llamados a que nada pueda urdirse contra él»⁴¹.

Así, un Imperio que empezó teniendo en Roma un pequeño y prestigioso cuerpo de policías-bomberos, los vigiles, sufraga a mediados del siglo iii una red de control, espionaje y extorsión compuesta por cientos de miles de individuos⁴², que debería apaciguar a las masas civiles y militares aunque funciona en la

práctica como una masa de acoso adicional. Poco después el cuerpo más numeroso de informantes —los *frumentarii* o inspectores del grano, teóricamente centrados en el abastecimiento de las legiones— protagoniza tales abusos que queda disuelto⁴³, si bien la corporación encargada de sustituirlos (los *agentes in rebus*) pasa pronto a ser tan odiosa que Roma obtiene el privilegio de negarles la entrada si no demuestran estar de paso y con un cometido específico⁴⁴.

Encargado de prevenir y castigar el descontento, este ejército de funcionarios encubiertos —que ni siquiera cobran durante periodos más o menos prolongados, cuando la Administración declara alguna de sus periódicas quiebras— completa el ínfimo sueldo de cada uno administrando «praxis sobre el cuerpo» a quien no se avenga a sobornos para evitar lo peor. Llega el periodo llamado de la anarquía militar, sostenido por una veintena larga de emperadores que a veces son soldados de excepcional mérito⁴⁵.

IV. Frenesí disciplinario

Fosilizado mercantilmente, el sistema exagera su componente de fuerza bruta ajeno al hecho de que con ello incentiva toda suerte de indisciplinas. Los Césares van sucumbiendo a sucesivos motines, mientras los demás se han reducido a máscaras (*personae*) que reparte o inspira el servicio secreto, en un horizonte donde florecen intentos cada vez más osados de dominio, pues constituye un «crimen gravísimo resistirse a lo bueno y verdadero aprobado como tal»⁴⁶. Como ya no sale a cuenta ser publicano (concejal—recaudador de impuestos), se decreta que el cargo será hereditario y obligatorio; y como las defecciones no dejan de crecer se estampa con hierro candente una marca sobre la espalda del publicano actual y el futuro.

Lo mismo empieza a suceder con otros oficios, haciendo que pronto cunda la pena capital para quien abandone *su* ciudad o comarca. Faltan medios para hacerlo cumplir, a despecho de las gigantescas policías, y el efecto del inmovilismo forzoso es una generalización de la arbitrariedad. Dentro de la dinámica explosiva el potencial urbano de insurrectos inquieta menos que la lealtad de masas militares progresivamente malcriadas, y a ellas se entregan los emporios del momento. Lyon, Alejandría y Antioquía son libradas al saqueo por Septimio Severo, Caracalla y Heliogábalo respectivamente⁴⁷, aunque esos actos de autodespojo pasan a ser regla cuando irrumpa en escena

Maximino, el sucesor de Alejandro Severo, un antiguo centurión que supera con bastante los dos metros de altura y calma a la tropa confiscando propiedades civiles:

«Todos los días podía verse cómo quienes ayer vivían con desahogo habían sido transformados en mendigos; tanta era la voracidad del tirano, amparado en el pretexto de necesitar dinero para pagar las soldadas. Pero cuando Maximino redujo las casas aristocráticas a la miseria halló que el botín era insuficiente para sus fines y atacó la propiedad pública. Confiscó para sí todo el dinero perteneciente a las ciudades, y las reservas que tenían para beneficencia [...] Todo cuanto podía servir para embellecer y todo el metal utilizable para acuñar moneda pasó a las fundiciones. [...] Tampoco faltaban algunos soldados disconformes, a quienes sus parientes y amigos colmaban de amargos reproches, aunque Maximino dijera obrar así por ellos y para ellos».

[48](#)

La descomunal fuerza física de Maximino no le evitará ser degollado por su escolta, como en tantos otros casos, y si dejamos momentáneamente aparte a tal o cual emperador el horizonte social arroja un cambio significativo. La voracidad de la casa imperial ha sido suficiente para domar a un prototipo de orgullo como el ciudadano romano, que a partir de ahora se acostumbra a hacer ostentación de pobreza [49](#). En el año más afligido por la guerra civil —el 238— lo poco que resta de burguesía municipal defiende a dos candidatos entre los seis que luchan por hacerse con el Imperio, y con la llegada de Decio al trono el nudo corredizo que estrangula a las ciudades se afloja un punto.

Pero el deterioro del comercio es irreversible, y la multitud de parados depende de una cesta de víveres que merma por sistema. Quienes escapan de ciudades acosadas por hambrunas, insalubridad y delincuencia topan con masas de individuos que sobran también en las aldeas, cuya fusión crea hordas de harapientos guiadas por jefes mesiánicos —las llamadas vagaudas [50](#)—, donde encontramos a dos cristianos como líderes revolucionarios. El fenómeno estalla en tiempos del gigantesco Maximino, crece sin pausa y algunas décadas después exterminar a la vagauda lionesa requiere el apoyo de cinco legiones y bastantes más tropas auxiliares.

Fuera de algunos pasillos estrechos, donde la circulación monetaria no acaba de cesar, el resto del Imperio está sujeto ya a condiciones de aislamiento que restablecen el trueque como forma de intercambio, y todos los impuestos se pagan en especie. Los campesinos están pasando rápidamente a ser aparceros vinculados o *colonni*, con una atadura a la tierra que compromete a cada individuo y toda su descendencia. Esta condición incluye esclavos manumitidos a tal fin, granjeros arruinados, peones libres y bárbaros con vocación sedentaria. Común a ellos es que no acogerse como siervos a la protección de algún jerarca les expone a la voracidad del recaudador-policía. Con la vida urbana sucumben las instituciones civilizadas, y lo asombroso es que el Imperio sobreviva otros dos siglos al desfase entre un coloso político y un pigmeo productivo.

La diferencia entre esclavos y hombres libres, otrora absoluta, no desborda ya el formalismo de una inscripción registral. Tanto tesón puso el romano en afianzar su señorío, y ahora todos —empezando por el impotente vestido de omnipotente, el *Imperator*— son en la práctica lacayos, aplicados a prolongar una agonía sórdida. Sigue habiendo alguna actividad, pero «así como al corromperse un cuerpo cada punto adquiere una supuesta vida propia, que es en realidad la vida miserable de los gusanos, aquí el organismo político se ha disuelto en los átomos de personas privadas»⁵¹. La vida real resulta odiosa, y llega la hora de aspirar a otra. Llevada al callejón sin salida de autodevorarse, la *auctoritas* descubrirá sentido y consuelo en la conciencia dividida del cristiano, que rechaza el más acá para acceder con certeza al más allá.

Antes, pues, de seguir a grandes rasgos el naufragio de la cultura grecorromana debemos detenernos en la historia judía, donde brota algo que ya no es simple menosprecio por el comercio y atentado a derechos adquiridos. Una sociedad distinta, «generosa y pura», está emergiendo como alternativa a la arrogancia del *merum imperium*.

NOTAS

¹ - Gibbon le llama «tirano sutil», provisto de «una cabeza fría, un corazón insensible y un temperamento cobarde que lo indujeron desde sus 19 años a asumir una máscara permanente de hipocresía». Suetonio cuenta que antes de morir «hizo pasar a sus amigos para preguntarles <si les parecía que había hecho

bien su papel en la comedia (*mimum*) de la vida» (99,1). También refiere que siendo joven «arrancó con sus propias manos los ojos» de un supuesto conjurado (27,4), aunque dedica un capítulo a sus ulteriores «pruebas de bondad», y termina recordando que «todos sus súbditos le profesaban gran amor».

2 - Tras la batalla de Módena (43 a. C.) «el centurión Cornelio, echándose atrás el capote y mostrando el pomo de la espada, dijo al Senado: «Ésta le nombrará Cónsul si vosotros no lo hacéis»»; Suetonio, *Vit. Aug.*, 26, 2.

3 - «Considerando muy importante conservar el pueblo romano puro y no contaminado con la mezcla de sangre servil o extranjera, fue muy parco en conceder el derecho de ciudadanía romana y puso muchas trabas a las manumisiones»; Suetonio, *Ibíd* 40,3.

4 - Sobre las condiciones económicas de la *Pax Augusta* cf. Rostovtzeff 1998, vol. I, p. 104-142.

5 - *Ibíd*, p. 116.

6 - Uno de ellos, por ejemplo, dejó al morir 3.600 bueyes, 250.000 cabezas de ganado menor y 4.116 esclavos; cf. Gibbon 2000, p. 60.

7 - Cf. Suetonio, *Vit. Aug.*, 39,3.

8 - *Ibíd*, 41,1.

9 - *Ibíd*, 42,3.

10 - *Ibíd*, 46.

11 - Tácito, *Anales*, X.

12 - De hecho, su abrumadora influencia sólo cesa al llegar los príncipes guerreros que son los emperadores ilirios, casi tres siglos después de haber surgido.

13 - Suetonio, *Vit. Vesp.*, VIII, 18.

14 - La revocación de su edicto tampoco se relaciona con criterios de política económica, sino con unas pintadas que

aparecen en Roma y otras ciudades: «Aunque me arranques de cuajo, cabrón, haré vino bastante para rociarte el día de tu suplicio»; cf. Suetonio, *Vit. Dom.*, XIV, 3.

[15](#) - Historiadores como Suetonio y Tácito; literatos como Plinio el Joven, Juvenal y Marcial, jurisconsultos como Gayo, Paulo y Modestino.

[16](#) - Rostovtzeff 1998, vol. II, p. 1047.

[17](#) - Dión Casio, *Hist. Rom.* 71, 3, 3.

[18](#) - Gibbon 1984, vol. I, p. 91.

[19](#) - Nerva, Trajano, Adriano y Antonino Pío.

[20](#) - Dión Casio cuenta que llegó a luchar en el circo romano contra algunos gladiadores, no sin antes drogarles o mermar su equipo defensivo/ofensivo, y que mantuvo un harén compuesto por trescientas personas de ambos sexos. Cobraba al erario público un millón de sestercios por cada comparecencia como gladiador.

[21](#) - Gibbon 1984, vol. I, p. 133.

[22](#) - Rostovtzeff 1998, vol. II, p. 895.

[23](#) - Herodiano, *Hist.* 2, 4, 1.

[24](#) - «Se negó a ver estampado su nombre en cualquier tipo de dominio imperial, alegando que esos bienes no eran suyos sino posesiones públicas y comunes» (Herodiano 2, 4, 7).

[25](#) - Cf. Dión Casio, I, 75. Herodiano 2, 4, 7.

[26](#) - Rostovtzeff 1998, vol. II, p. 885.

[27](#) - Como las arcas de palacio estaban totalmente exhaustas, sólo pudo ofrecerles el producto de vender el harén de Cómodo, compuesto por unas cuatrocientas personas de ambos sexos. Prefirió razonar con la Guardia a huir, e inmediatamente antes de ser acuchillado estaba diciendo: «Me ocuparé de que tengáis todo cuanto no implique recurso a la violencia o confiscación de propiedad» (Herod., 2, 5, 8).

[28](#) - Ibíd 2, 6, 1.

[29](#) - Ibíd 2, 6, 4.

[30](#) - Ibíd 2, 6, 7.

[31](#) - Ibíd 14, 7.

[32](#) - Según la *Historia augusta*, sólo hubo un conato de pedradas días después, cuando el nuevo emperador recorría Roma, y cesó al oír que iban a llegar donativos; cf. 4, 6, p. 358.

[33](#) - Cf. Rostovtzeff 1998, vol. II, p. 861.

[34](#) - Ibid, vol. II, p. 877.

[35](#) - Cf. Gibbon 1984, vol. I, p. 149-152.

[36](#) - El denario de Augusto pesaba 3,90 gramos de plata legal. El *antoninianus* exige ser cambiado por dos de ellos aunque pesa unos 5,45 gramos y sólo tiene un 20 por 100 en plata de ley. Eso impone prácticamente pagar el valor de ocho por el de uno. Cf. De Martino 1985, vol. II, p. 435-36.

[37](#) - Cantillon 2007 (1775), XVI, 13.

[38](#) - Sus sentencias y análisis ocupan casi un tercio del Digesto —la parte teórica del *Corpus iuris civilis*—, y suya es la inmortal definición de la justicia como *suum cuique tribuere* («dar a cada uno lo suyo»).

[39](#) - Herodiano afirma que «fue ajeno al salvajismo, el crimen y la ilegalidad» (6, 9, 8).

[40](#) - Ibíd, 7, 7, 3.

[41](#) - Libanio, *Orat.*, XVIII, 135.

[42](#) - Cf. Gil 1961, p. 257-259.

[43](#) - *Cod. Theod.* VI, 35, 3.

[44](#) - Gil Ibíd., p. 260.

[45](#) - Aureliano (270-275) y Probo (276-282), por ejemplo, son generales de energía pasmosa —comparables por no decir que superiores a Alejandro o Julio César—, a quienes sus tropas veneran incondicionalmente. Ambos perecen en un arranque airado de la tropa, que instantes después llora de arrepentimiento.

[46](#) - Diocleciano, en el edicto que instauro la tetrarquía. Cf. Gil 1961, p. 229.

[47](#) - Caracalla extermina a unos 20.000 habitantes de Alejandría, según Dión Casio porque además de saquear esa ciudad deseaba castigar la insolencia de no aceptar su *antoninianus* y esparcir el rumor de que había mandado matar a su hermano y su mujer, cosa por lo demás indudable.

[48](#) - Herodiano, *Hist.* VII, 3, 3.

[49](#) - Cf. Rostovtzeff 1998, vol. II, p. 965.

[50](#) - De ahí el término «vagos».

[51](#) - Hegel 1963, p. 245.



© Antonio Escotado 2008
LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO
<http://www.escotado.org>

Development Sciences Network Presence
www.catalanhost.com



Los
Enemigos del
Comercio

LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO

**De cómo la propiedad
empieza a parecer perniciosa**

4

El pueblo elegido

«Ya no te llamarán Jacob sino Israel, porque has sido fuerte frente a Dios, y prevalecerás sobre los hombres.»

Génesis, 32: 25-29.

El faraón Amenofis IV o Ikhnatón, instalado en el trono desde el año 1379 al 1363 a. C., sustituyó el panteón politeísta de su pueblo por el culto a cierto dios único que representaba por medio de un disco solar. La idea del Sol como origen y sostén de todo no puede considerarse hallazgo suyo, aunque el monoteísmo va más allá de esa evidencia física al proponer que cualquier fuerza o elemento divino puede reconducirse a un Uno absoluto. El panteón egipcio fue restaurado inmediatamente después de que Ikhnatón muriese, y merced a hechos que básicamente ignoramos¹ un nuevo credo monoteísta reaparece en la zona con el profeta Moisés. Para entonces el dios único ha perdido todo rastro de naturaleza física y es un ser proverbialmente inmaterial, que persigue la idolatría como crimen, aterra con su disposición belicosa² y tiene un nombre impronunciable sin desacato, transcrito mediante las siglas YHWH³.

I. Teología y novela familiar

YHWH es venerado de igual manera que los dioses paganos, sacrificándole animales comestibles, pero su cólera permanente demanda no tanto propiciarle como «apluarlo» por el «pecado». Aniquila, por ejemplo, a dos sobrinos de Moisés que hicieron «irregularmente» un sacrificio, y como testimonio de alianza exige a todo hombre la castración simbólica que representa la piel de su prepucio⁴. Aunque se presenta como creador del cielo y de la tierra es también un Dios fundamentalmente «celoso», cuya idea resulta inseparable de una novela familiar. El profeta más capaz literariamente dirá que «la fiel Jerusalem se ha hecho ramera»⁵, y el más rústico que bendiciones y maldiciones vienen de un pacto monogámico:

«Oráculo de YVWH: De entre todas las familias de la Tierra sólo he cohabitado con vosotros»⁶.

La monogamia es una metáfora —que lleva a concebir la apostasía como prostitución y adulterio indistintamente—, pero el modo figurado de hablar es también un modo figurado de pensar. Las licencias poéticas sancionan un troquel que el adorador impone al objeto de su adoración, y el más grande teólogo judío verá en ello la suprema incoherencia⁷. Por una parte se postula un dios único y absolutamente perfecto, por otra ese ser abunda en predilecciones y constituye un infinito repleto de exclusivismo; en definitiva, es un enamorado que si no resulta correspondido desatará la crueldad de su despecho. Esta construcción colma al predilecto de autoestima, al tiempo que le impone vivir agresivamente aislado:

«No harás alianza con otros, ni les otorgarás concesiones. No te casarás con otras mujeres, ni darás tu hija a sus hijos, ni tomarás su hija para tu hijo. Porque tu hijo se desviaría de mi senda, serviría a otros dioses, y mi cólera prendería contra vosotros y os exterminaría al punto. Pero he aquí cómo debéis comportaros con ellos: demoleréis sus altares, romperéis sus estelas, cortaréis sus baldaquinos sagrados y quemaréis sus ídolos»⁸.

La xenofobia sin paliativos encuentra también algunos disconformes eminentes como Salomón, que llama a YHWH «sabio» en vez de «guerrero», contrae matrimonios con princesas extranjeras y les permite oficiar ritos paganos en su

reino. El más antiguo modelo de judío conciliador es José, biznieto de Abraham y tío abuelo de Moisés, cuya leyenda sirve de contrapunto al talante profético. Lejos de ser intolerante con el gentil compensa la envidia de sus hermanos —que le han vendido como esclavo— haciendo gala de cualidades gracias a las cuales se convertirá en primer ministro de Egipto. «Nadie hay tan discreto como tú»⁹, le dice el Faraón en cierto momento, fascinado por una inteligencia que brilla más al callar que al hablar.

Sus admiradores cantarán: «Los caminos del saber son agradables, y todos ellos son sendas de paz»¹⁰. Los admiradores del talante profético responden: «Oráculo de YHWH: Destruiré la sabiduría de los sabios, reduciré a la nada el entendimiento de los prudentes»¹¹. En realidad, desde Abel y Caín los hitos de la discordia intrafamiliar van a ser meras anécdotas comparadas con la tensión que engendra entender la Ley al modo pastoril y al modo cosmopolita.

1. Legalismo y populismo. La dispersión o diáspora judía empieza con los rehenes de Babilonia (586 a. C.), cuando buena parte de ellos decide quedarse pudiendo ya regresar. Este grupo aprovecha el contacto con la civilización caldea y la fenicia¹² para acabar instalándole por toda la cuenca mediterránea, donde sus mercaderes y prestamistas se hacen eventualmente indiscernibles del cartaginés. Pero cuando algunos de ellos quieren volver descubren que las asilvestradas masas campesinas (amme haaretz) lo vetan durante más de un siglo¹³. El regreso sólo se logra en 445, con el apoyo de un destacamento militar persa en una migración encabezada por Esdras y Nehemías, el primero un sacerdote-escriva y el segundo un magistrado de Artajerjes, a quien éste encarga organizar Judea como protectorado autónomo. El Libro edulcora las relaciones entre el judío babilónico pasado por Persia y el rústico —alegando manipulaciones de samaritanos, amonitas, edomitas y árabes—, pero no niega que reconstruir la muralla de Jerusalem exigió «tener siempre a mano las espadas, lanzas y arcos»¹⁴.

Pastores y labriegos sospechaban que el israelita fogueado por el resto del mundo propondría cosas indeseables, empezando por la de que «entre nosotros no todos pueden redactar los anales»¹⁵. Y, en efecto, Esdras y otros escribas se concentraron en una compilación de la Ley o Torah¹⁶ inmediatamente

después de asegurar el recinto, prometiendo que no cambiarían una coma de los testimonios fidedignos. Cuando el titánico trabajo terminó suspiraron de alivio, pues la verdad revelada volvía a estar entera tras siglos de confusión e ignorancia. Pero entera significaba también definitiva, y Malaquías iba a ser el último vidente con acceso al Libro. Su testimonio incluye la declaración del propio YHWH en tal sentido: para cumplir el pacto de favor a cambio de fidelidad el israelita deberá sencillamente «recordar la Ley»¹⁷.

Esto equivalía en la práctica a que lo oracular se relegase a superstición, y Jesús reprochará a los fariseos «ser hijos de quienes asesinaron a los profetas»¹⁸, cuya ausencia «abruma al pueblo con fardos insoportables»¹⁹. Ha pasado entonces casi medio milenio, y el endógamo por sangre y costumbres capta «una estrecha relación entre las palabras <rico>, <violento> y <malvado> por una parte, y <pobre>, <manso> y <piadoso> por otra»²⁰. Su punto de coincidencia es «maldecir a los grandes»²¹ clamando en nombre de «un pueblo despojado [...] donde no aparece un Mesías diciendo: <Devolved eso>»²². Los notables en general están corrompidos por «haraganear sobre los divanes y el damasco de sus lechos»²³. Ya el primero en poner por escrito sus oráculos, Amós, ha dicho: «¡Malditos sean los que disfrutaban en paz!»²⁴.

2. La herencia común. Por otra parte, la religión judaica manda respetar al débil, apreciar al fuerte y ensalzar al que se yergue por méritos propios desde comienzos humildes, como buena parte de sus héroes. A diferencia del hinduismo y el platonismo, que oponen alma y cuerpo como bien y mal respectivamente, aconseja templanza en vez de mortificación y abstinencia, evitando maldecir el mundo físico. Ayunar es condenable porque perturba la moderación, y el partidario del celibato le suscita al rabino la irónica pregunta: «¿quieres añadir prohibiciones a la Ley?»²⁵ A diferencia del Nuevo Testamento, que sugiere una huida ascética ante los éxitos y placeres del mundo, la Biblia judía no está reñida con el más acá en general. Tan llamativo como este rasgo es la repugnancia que profesa por la esclavitud, algo aprendido probablemente de Ciro el Grande (590-29 a. C.), un coloso militar, político y moral de quien parte sin duda el concepto antiguo de los derechos humanos²⁶. El cilindro cuneiforme que celebra su conquista de Babilonia declara, entre otras cosas:

«Las personas serán libres en todas las regiones de mi imperio para moverse, adorar a sus dioses y emplearse, mientras no violen los derechos de otros. Prohíbo la esclavitud, y mis gobernadores y subordinados quedan obligados a prohibir la compraventa de hombres y mujeres» ²⁷.

El reflejo judaico de esta iniciativa es una limitación de la servidumbre a seis años. Al cumplirse el séptimo el esclavo no sólo debe ser emancipado sino provisto de medios para reiniciar una vida libre decorosa ²⁸. Tampoco es admisible denunciarlo si se fuga, o molestarlo de cualquier otra manera. Herirlo —y basta a esos efectos «la pérdida de un diente»— supone emancipación automática, ²⁹ y matarlo acarrea «castigo» ³⁰. Pertenecen a esa misma actitud otras medidas de liberalidad, como que los propietarios cederán tierras un año de cada siete a los faltos de ellas, o que «cada siete veces siete» (cuarenta y nueve años) se condonarán las deudas y volverán a sus antiguos propietarios casas y tierras enajenadas ³¹.

Con los foráneos no son aplicables tales miramientos. También es lícito lucrarse en los tratos con ellos, e ilícito hacer lo mismo con el israelita:

«No prestarás con interés a tu hermano, trátese de dinero, víveres o lo que sea. Podrás cobrar interés al extranjero, pero prestarás sin interés a tu hermano, para que tu Dios te bendiga por todas tus ofrendas, en el país donde entrarás para tomar posesión» ³².

Limitar radicalmente la esclavitud y prohibir el cobro de intereses son medidas de autodefensa grupal, que al discriminar entre nosotros y ellos (los «gentiles») buscan apuntalar la fraternidad. De ahí el mandamiento: «No explotarás ni expoliarás a tu prójimo: el salario del trabajador no lo retendrás hasta la mañana siguiente [...] En lo que respecta a los hijos de tu pueblo, no te vengarás de ellos ni les guardarás rencor.

Amarás a tu prójimo como a ti mismo» ³³. Tan antigua como esta regla es aquella que ordena vender en vez de comprar, y vender precisamente liquidez, dinero: «Prestarás a muchas naciones, aunque sin pedir tú prestado» ³⁴.

II. Entre la tribu y el Estado

Xenófoba o no, la fraternidad derrama sus bendiciones sin dejar de cobrar su precio. El grupo de semitas que se remonta a Abraham encuentra notables dificultades para avenirse a las pautas de ciudadanía aceptadas por otras poblaciones, pues lo político supone de un modo u otro haber dejado atrás la unidad basada en fe y sangre común. La congregación de parientes-fieles constituye en el mejor de los casos una gran familia, no una sociedad civil, y las diferencias que vayan surgiendo en su seno tenderán a ser más explosivas que enriquecedoras para el conjunto. Ni las castas ni las clases son admisibles en dicho medio, y la fragilidad política resultante tiene su más clara expresión en el hecho de que los israelitas sólo logran ser un reino estable hacia el XI a. C., con David y su hijo Salomón.

Los monarcas posteriores jalonan la crisis interna del *nosotros*, sembrando disensiones tribales aprovechadas finalmente por el caldeo Nabucodonosor para destruir el fastuoso templo levantado por Salomón, y volver a Babilonia con unos diez mil cautivos de las mejores familias. Al dominio de los caldeos seguirá el de los persas, a éste el griego —a través de los Ptolomeos egipcios primero, luego a través de los Seleucos sirios— y por último el romano. Entre los reinos helenísticos y la conquista de Pompeyo (en 63 a. C.), el territorio recobra su independencia durante una centuria, que empieza siendo un gobierno de Dios gestionado por pontífices («teocracia»)

instaurado en 166 a. C. con Judas y Jonatán Macabeo³⁵. El brote de nacionalismo convierte la teocracia en reino propiamente dicho tres décadas más tarde, con la dinastía llamada asmonea, que aprovecha las disensiones internas de Siria y Egipto para recobrar las fronteras de Israel en tiempos de David. Pero este crecimiento se hace al precio de una discordia creciente, que consolida como grupos enfrentados a clase media profesional, aristocracia e integristas, representados respectivamente por fariseos, saduceos y esenios. Alejandro Janeo (125-76 a. C.), el último de estos monarcas, es un héroe bélico y un alcohólico sanguinario que no vacila en masacrar reiteradamente a su pueblo³⁶.

La versión de *Macabeos I* sobre el alzamiento de 167 a. C. parte de que el monarca sirio, Antioco IV, decidió prohibir la religión mosaica. Hay razones para dudar de ello, pues Antioco era tan tolerante en materia religiosa como cualquier otro rey pagano ilustrado, y su propósito original no fue estorbar la libertad de conciencia y culto sino establecer una Jerusalem política, dotada de constitución, poderes separados y otros

rasgos de la polis griega. Justamente porque este plan tenía el apoyo de una parte considerable (si no mayoritaria) de sus habitantes, Matatías —el padre de los Macabeos— inaugura la táctica de enfrentar a su pueblo con hechos consumados como el terrorismo y la guerra de guerrillas. Sus primeros adeptos, que son también los primeros mártires asesinos, circuncidarán en Jerusalem a algunos hijos de gentiles, degollando a judíos partidarios de formas republicanas. Más adelante, cuando la teocracia macabea se convierta en dinastía asmodea, la expansión territorial irá acompañada por algo tan digno de recuerdo como la circuncisión de los pueblos que vayan siendo conquistados³⁷ .

1. La ruptura con el helenismo. En tiempos de Matatías el griego ha relegado el hebreo a lengua doméstica, y en griego está el texto más antiguo del Libro que es la Septuaginta o Biblia de los Setenta. El nacionalismo quiere remediarlo, y la solución que acaba diseñándose al efecto —el Talmud («enseñanza»)— no podrá evitar unas tres mil palabras de raíz helénica cuando empiece a difundirse, que es en el siglo iii. Siendo vano pretender que los analfabetos abandonen el arameo, lengua común a toda Asia Menor, los rabinos se esforzarán en lograr que algo hablado hasta entonces sólo por el servicio, los niños y las mujeres de cada buena familia pase a ser el idioma escrito de todos. Pero este retorno a las raíces lleva consigo una recreación separatista del mundo, para la cual no hay diferencia entre «el criador de cerdos y quien enseña a su hijo la ciencia griega»³⁸ , y al mundo helenístico tal conclusión le parece el «acto misantrópico de un linaje desagradecido»³⁹ .

En efecto, el judío florece cualitativa y cuantitativamente fuera de Israel, aprovechando en gran medida las colonias griegas que jalonan las orillas del Mediterráneo, y una buena parte de su pueblo —justamente la más próspera— ni acepta ni puede aceptar el credo xenofóbico. La literatura egipcia, caldea y asiria ha mencionado muy poco al israelita, y siempre como a un inferior, hasta que Alejandro Magno reserve a sus familias un quinto de la recién fundada Alejandría. A partir de entonces se multiplican referencias positivas, que le presentan como audaz en sus empresas, cumplidor de los pactos, controlado emocionalmente y «filosófico» (en el sentido de estudiar por gusto), sin perjuicio de que escandalice también por desconfiado y pesimista. Piensa que la misma suerte espera al necio y al sabio, y —más aún— que «en la sede de la rectitud está el crimen, en la sede del justo el criminal»⁴⁰ .

Como la identidad del expatriado no puede fundarse en peregrinar al Templo y ofrecerle un diezmo, cada comunidad ha sustituido esos signos de pertenencia por cumplir el descanso sabático y frecuentar su sinagoga. Privados del recurso que consiste en consumir parte de las ofrendas y revender el resto —pues sólo la sangre y la grasa de los animales se reservan a YHWH—, los rabinos inauguran entonces algo sin paralelo en la historia del sacerdocio mundial como es ganarse la vida con algún oficio laico, una actitud no discordante con la tradición⁴¹ que coincide con una pleamar de prosperidad. Aunque el Libro prohíbe los préstamos con interés entre judíos, ese antiguo modo de apoyarse unos a otros no resulta ya útil, y la tradición oral sobre deberes cotidianos —la *Halakha* («camino recto»)— abre camino al cambio admitiendo préstamos entre israelitas egipcios, mientras no impliquen «explotar una indefensión». El fundamento es una *heter'isqa* o dispensa de negocios, merced a la cual el prestamista «participa en los beneficios del prestatario»⁴².

El Libro prohíbe también cruzar linajes e incluso pactar con el gentil, pero los judíos expatriados llevan siglos casándose con gentiles y contratando con ellos. Deberían demoler los altares de cualquier otra religión, aunque se esmeran en respetar las establecidas en cada país, manteniendo su identidad a despecho de vivir rodeados por idólatras, politeístas y ateos. Desde la primera diáspora está implícita una combinación de lealtad y autonomía como la de Spinoza, que se siente judío aunque no comulga con la versión sentimental de YHWH. Ser foráneos en un sentido u otro ha hecho que este pueblo se esfuerce en encontrar servicios bienvenidos por cada anfitrión nacional, y la regla meritocrática de sus hogares ayuda a explicar la frecuencia del buen rendimiento profesional, una tasa que en otro caso lindaría con lo prodigioso.

2. La vida en el exilio y en la Tierra Prometida. El tipo de judío tenaz y flexible que prolifera extramuros no es un emigrante desvalido, y el programa de odio a la «ciencia griega» le sume en contradicciones. Su pueblo es por entonces el tercero del Imperio, sólo comparable en número a itálicos y griegos, «poderoso en todas partes aunque no asuma el poder en ninguna»⁴³. En 46 el censo del emperador Claudio indica que su población ronda los siete millones de personas, con un millón más en el Asia Menor no romana, de los cuales sólo un tercio (a lo sumo 2.500.000) viven en Palestina⁴⁴. Julio César ha premiado sus servicios con exenciones fiscales y de reclutamiento, pero eso no cambia que a comienzos del siglo I

Israel sea la provincia más pobre e insignificante de Roma, divida en cuatro reinos —Judea, Cesarea, Galilea y Samaria— abrumadoramente aldeanos. Ni siquiera Jerusalem puede considerarse una ciudad populosa y próspera, ya que constituye un centro de peregrinación más semejante a La Meca⁴⁵.

Los centros civilizados son una treintena de ciudades costeras griegas, y la tragedia larvada está en que fuera de esos perímetros el judío helenizado evoca una hostilidad creciente. Cuando Galilea empieza a hervir en revueltas el hombre más rico del Mediterráneo es quizá Alejandro Lisímaco, concejal-recaudador («curial») de Alejandría y amigo del César Claudio, que no contempla hacer carrera en el ejército ni como terrateniente. Tanto valora la falta de raíces que evita pasar del comercio a la industria, porque fabricar le ataría a una sede mucho más que organizar el intercambio de bienes ya producidos. Su hermano Filón tampoco habla hebreo, pero sus conocimientos de filosofía griega le permiten fundir judaísmo con platonismo⁴⁶, y crear literalmente la teología presentando al *Theos* como *logos* o racionalidad. Sin dejar de ser un prócer en la ciudad más rica y culta de su tiempo, admira a distancia las severas comunas fundadas por esenios en el desierto⁴⁷, y podría rondar los cincuenta años cuando Herodes decapita a Juan Bautista. Algo más tarde, al estallar la primera sublevación masiva en Jerusalem, el gobernador romano de Judea es un nieto de Filón, aunque el odio antihelénico ha logrado que tanto él como otros Lisímacos no profesen ya el judaísmo.

En contraste con aquello que hacen sus hermanos expatriados, muchos habitantes de la Tierra Prometida se dedican todavía al pastoreo de cabras. Quienes tienen algún terreno irrigado explotan granjas, y una parte importante de los ingresos proviene de remesas externas. Hacia el año 30, cuando el Nuevo Testamento fecha el comienzo de la predicación de Jesús, un tercio de sus moradores son esclavos foráneos y un quinto extranjeros libres. Judía de nacimiento y religión es aproximadamente la mitad⁴⁸. Antes de que Tito lo destruya, el Templo es la única fuente de ingresos propiamente dichos, merced al impuesto anual sobre varones mayores de 20 años y ofrendas en dinero y especie. Desde tiempos inmemoriales constituye una caja de depósitos, abierta no sólo a sus gestores sino a cualquier particular.

Instalado en el poder por Roma, Herodes el Grande ha ampliado y embellecido sus dependencias hasta crear un

conjunto sólo comparable al Partenón y al Capitolio, que en los grandes días festivos reúne docenas de miles de peregrinos congregados para ofrecer en holocausto un número ingente de aves, ganado menor y mayor. Toda sangre pertenece a YHWH, que encuentra «un perfume apaciguador» en el humo resultante de quemar las partes grasas⁴⁹. El público, que está envuelto en un estruendo de trompetas, aplausos y mugidos de terror o agonía, sigue las evoluciones de unos setecientos sacerdotes mientras desangran y descuartizan animales a gran velocidad. Su precedente es el grandioso holocausto ofrecido por Salomón cuando inauguró el templo original⁵⁰. Cada peregrino debe una ofrenda al menos —privilegio accesible también a los gentiles⁵¹—, y para evacuar las ingentes cantidades de sangre el altar está irrigado a ras de suelo por treinta y cuatro cisternas, la mayor de las cuales (el Gran Mar) dispone de agua recibida por acueducto y capacidad para más de diez millones de litros. Aristeas, un testigo presencial, refiere que la ofrenda a YHWH de este fluido se hacía y quedaba lavada «en un abrir y cerrar de ojos»⁵².

III. La lógica mesiánica

La impronunciable deidad judaica combina predisposición a la cólera con una omnipotencia absoluta, que desde los orígenes contrasta con la insignificancia de Israel en un entorno dominado milenariamente por Egipto, Caldea y Persia. Quien tiene de su lado al Todopoderoso debería ser hegemónico en el concierto de los pueblos, o siquiera independiente en vez de vasallo, y a esta contradicción responde la certeza de que el circunciso será vengado antes o después por un «ungido de YHWH» o mesías⁵³. Inicialmente, dicho enviado pudo identificarse con un individuo sin rasgos sobrenaturales como Ciro el Grande, que tras vencer a Nabucodonosor y facilitar el regreso de los cautivos en Babilonia recibe de Isaías ese título. Pero un gentil irá pareciendo cada vez más inadecuado para asumir la demostración de poder prometida, y los sucesores de Isaías responden a la aparente humildad del pueblo elegido con la figura de un salvador/vengador propiamente portentoso, que cambiará la muerte de todos en general por una vida «eterna», de dicha para los fieles y de castigo para el resto.

Semejante figura no llega al registro escrito antes del periodo helenístico, y su irrupción en el imaginario religioso muestra que un sector del judaísmo ha asimilado tres rasgos del credo zoroástrico: 1) un futuro combate cósmico entre las fuerzas del bien y el mal; 2) una promesa de inmortalidad para el ser

humano; 3) «la certeza de que el mal no viene de Dios sino de un gran adversario suyo, que opera a través de agentes

humanos»⁵⁴. No encontramos ninguno de estos tres puntos en la tradición mosaica, y es precisamente en el periodo de los Macabeos cuando cunde la «revelación» (*apocalypsis*) de «reyes divinos que llegan desde las nubes flanqueados por ángeles, para derrotar a demonios, resucitar a los muertos y verificar el Juicio Final»⁵⁵.

Curiosamente, todas las crónicas apocalípticas conservadas a partir de entonces son literatura seudónima, que adelanta la fecha de su redacción para atribuirse como pronóstico certero cualquier tipo de hecho intermedio⁵⁶. No menos curioso es que dicha tradición sea el punto de partida para movimientos que más tarde se llamarán milenaristas por un detalle en principio arbitrario; concretamente, porque según el *Apocalipsis* canónico tras la batalla cósmica de Armageddon el Demonio será recluido bajo llave «hasta dentro de mil años»⁵⁷. Ya hacia 170 a. C. —casi tres siglos antes de que sus oráculos se incorporen al Nuevo Testamento— el profeta Daniel ha blindado la esperanza del fiel ante reveses aparentes, adelantando que el Mesías puede morir y parecer vencido, aunque en tal caso se producirá una Segunda Venida.

Esto va a ser esencial para los fieles a Jesús y en menor medida para otros mesiánicos ortodoxos, pues Daniel no es un oráculo reconocido por la Biblia judía. Al igual que otros futurólogos del momento, añade al imaginario del salvador/vengador elementos sin duda extraños a la cepa hebrea, pero hay también una clara línea de continuidad entre estos profetas y el propio Moisés, que al presentar a su dios como un ser «celoso» ha construido lo básico para cualquier tipo de reivindicación análoga.

1. La pleamar del fanatismo. Creer que el sacrificio de una víctima propiciatoria cura las faltas o impurezas de otro, o de muchos, sostiene una terapia expiatoria común a todo tipo de sociedades sin curiosidad científica, cuyas raíces se hunden en la noche de los tiempos⁵⁸. El sacrificio mesiánico pertenece a este tronco genérico de la transferencia mágica, pero tiene una insólita capacidad de convocatoria y constituye un fenómeno histórico en vez de inmemorial, que tras gestarse lentamente irradiará sin pausa en todas direcciones. Su carisma le permite sugerir martirios masivos, que llenan de estupor y miedo a toda suerte de paganos. De ahí el neologismo *fanaticus*, acuñado

ante la emergencia de quienes parecen misántropos⁵⁹, cuya característica más señalada es un entusiasmo desmedido ante cosas no sólo inverificables sino tradicionalmente anodinas.

Como recuerda un historiador de la fe, «en la era de Cicerón y Augusto el sentido religioso en general faltaba prácticamente por completo en círculos cultos»⁶⁰, y aunque la crisis progresiva del modelo romano iba a abonar un revival de algo parecido al fervor entre los politeístas —que acabaría suscitando como sumo pontífice al emperador Juliano—, la cultura clásica fue fundamentalmente ajena a ese sentimiento, y reaccionará con intenso desagrado a su desarrollo. A finales del siglo I los romanos piensan que «Judea fue la primera fuente del mal»⁶¹, y que exportó a todos los rincones del Imperio gentes no sólo deseosas de morir por su fe, sino dispuestas a ignorar tormentos previos como el fuego o las fieras. Han descubierto una manera inaudita de hacer frente al dolor y las incertidumbres, alimentando una esperanza tanto más innovadora cuanto que deja de poner en cuestión los asuntos prosaicos, para concentrarse en conseguir una perfecta uniformidad ideológica. Innumerables seres humanos habían dado muestras de indiferencia hacia la vida ajena, e incluso hacia la propia, pero sólo la guerra «santa» alumbrará al mártir asesino o celote⁶², cuyo nombre viene de prolongar al «Dios celoso»⁶³.

Metodológicamente, esta novedad social —que incluye individuos tan agresivos como ellos, y tan pacíficos como prometían ser los cristianos— ha descubierto una alternativa a la evidencia empírica. Los paganos nunca pidieron a sus dioses milagros como la resurrección de cada alma con su cuerpo, mientras esta promesa se añade desde ahora a la oferta religiosa estándar. El *fanaticus* atribuye el orden del mundo a un designio divino impenetrable para la razón humana, pero no extiende esos límites de la razón a sus interpretaciones del designio mismo, y siembra con ello una crónica disputa entre garantistas y auténticos. Su anhelo del Omnipotente es tan vivo que pasa por alto los problemas de relación interna que plantea pensar en un ser semejante, cuya voluntad iría haciéndose indefectible e instantáneamente. Si esa voluntad pudiese decretar algo incambiable tendría límites, y si no pudiese también⁶⁴.

Pero si Dios quisiera dos más dos sumarían cinco. A principios del siglo III—cuando esta semilla ha tenido tiempo de

fructificar ampliamente—, el cristiano más célebre y fértil del momento, un próspero abogado como Quinto Tertuliano (155-230), explica su «creo porque es absurdo» con gran claridad:

«Fue el miserable Aristóteles quien instruyó a todos en la dialéctica, pero ¿qué tienen que ver Atenas y Jerusalem? Nosotros buscamos la sencillez del corazón, y nada deseamos fuera de la fe»⁶⁵.

NOTAS

1 - La más provocativa explicación llegaría tres milenios más tarde con *Moisés y el monoteísmo* (1938), una erudita pesquisa de Freud. Moisés habría sido un noble egipcio fiel a su Faraón, que emigró hacia el este con otros egipcios y un grupo de esclavos judíos.

2 - Se llama a sí mismo «jefe del ejército» (*Josué* 5:14), y en la oda triunfal de la profetisa Débora —que quizá sea el más antiguo texto bíblico— «su avance hace temblar la tierra y estremece a los cielos» (*Jueces* 5:4).

3 - Vertido normalmente como Yahvé y Jehová. Cuando pronunciaban su nombre los israelitas le llamaban Elohim («ser divino») y Adonai («mi señor»). El acrónimo YHWH aparece unas seis mil veces en la Biblia hebrea; cf. Bloom 2006, p. 133.

4 - *Génesis*, 17:10. Las inmolaciones obedecen siempre al propósito de frenar un castigo, como aclara *Levítico*, que es el libro bíblico centrado en la «regularidad» y «pureza» de las inmolaciones. «El sacerdote recibirá del pueblo dos chivos para el sacrificio por el pecado y añadirá un carnero para el holocausto. Tras sacrificar a un toro por su propio pecado, y verificado el rito de expiación para sí y para su familia, sacará a suertes cuál de los dos chivos atribuye a YHWH y cuál al demonio del desierto» (16:5-9).

5 - *Isaías* 1:21.

6 - *Amós* 3:2. El original dice «conocer», en el sentido en que el esposo «conoce» a la esposa, por ayuntamiento. Sobre el posible factor femenino en la tradición yahvista, cf. Bloom 1995.

[7](#) - Spinoza explica que «quien ama a Dios no puede esforzarse en ser amado por él, pues desearía entonces que Dios no fuese Dios» (*Ética V, Prop. XIX*).

[8](#) - *Deuteronomio 7: 2-7*.

[9](#) - *Génesis 41:39*.

[10](#) - *Proverbios 3:17*.

[11](#) - *Isaías 29:14*.

[12](#) - Fenicia es otro nombre para la «tierra de Canaán» que conquistan los caudillos israelitas arcaicos, y un territorio donde sin duda echaron raíces antes de ser desplazados políticamente por otros reinos.

[13](#) - Cf. Johnson 1988, p. 86.

[14](#) - *Nehemías 4:7*.

[15](#) - Josefo, *Contra Ap. 1:37*.

[16](#) - Los cinco libros llamados también Pentateuco (*Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio*).

[17](#) - *Malaquías 4:4*.

[18](#) - *Mateo 23:31*.

[19](#) - *Lucas 11:46*.

[20](#) - Renan 1967, p. 178.

[21](#) - *Ibíd.*

[22](#) - *Deutero-Isaías 42:22*.

[23](#) - *Ibíd. 3:2*

[24](#) - *Amós 6:1*.

[25](#) - Johnson 1988, p. 155.

[26](#) - Digo «antiguo» porque incluye la libertad personal de domicilio, oficio y culto, pero no la de nombrar y deponer gobernantes, ni la de elegir el tipo de constitución política.

[27](#) - El cilindro se conserva en el British Museum, y ha sido traducido a todas las lenguas por Naciones Unidas.

[28](#) - *Deuteronomio*, 15:12-13.

[29](#) - *Éxodo*, 21:27.

[30](#) - *Ibíd.*, 21:20. El pasaje no precisa cuál.

[31](#) - Como las enajenaciones derivaban de compraventas, y recobrar un inmueble suponía devolver su contrapartida (en ganado u otros bienes) —cosa normalmente indeseable para ambas partes—, el precepto no parece haberse puesto en práctica. Cf. Fetscher 1977, p. 17.

[32](#) - *Deuteronomio* 23: 20-23.

[33](#) - *Levítico* 19:15-18.

[34](#) - *Deut.*15: 6.

[35](#) - Quizá del arameo maccaba (martillo»). Como Simón, Juan y Eleazar, Judas y Jonatán eran hijos del pontífice Matatías, que inicia la guerra contra Antioco IV degollando a un judío prohelénico y a un funcionario real; cf. *Macabeos* I, 1:23-25.

[36](#) - En 96 a. C., por ejemplo, degüella a unos seis mil fariseos en Jerusalem. La fuente principal —y casi única— sobre el periodo asmoneo es el Libro XIII de las *Antigüedades judías* de Josefo.

[37](#) - Cf. Josefo, *Las guerras judías* I, 1-3.

[38](#) - *Mischná*, «Sanedrín», XI, 1; *Talmud de Babilonia* 82b y 83a.

[39](#) - Gibbon 1984, vol. I, p. 339.

[40](#) - *Eclesiastés* 3:16.

[41](#) - *Deuteronomio* establece ya que «los sacerdotes levitas no tendrán parte ni herencia de Israel; vivirán alimentados por los sacrificios a YHWH y su patrimonio particular» (18:1).

[42](#) - Shahak 2002, p. 127. Como comprobaremos, en el siglo xvi esta explicación —defendida inicialmente por la escuela de Salamanca (Molina, Azpilicueta, Báñez, Soto)— será la alegada para justificar que Europa deje atrás el derecho canónico y sus restricciones a la «usura».

[43](#) - Mommsen 1998, vol. IV, p. 558.

[44](#) - Cf. Johnson 1988, p. 112.

[45](#) - Cf. Rostovtzeff 1998, vol. II, p. 597.

[46](#) - Identificándolo con el Bien platónico, Filón concibe el *Theos* como libertad derramada sobre el mundo en forma de don (*járis*, «gracia»), una idea que adopta sin modificaciones san Pablo. Lutero opondrá esa gracia a la venta papal de indulgencias, y Calvino acabará reinterpretándola como fundamento de la predestinación.

[47](#) - Su descripción se contiene en dos opúsculos: *Cualquier hombre bueno es libre* y *Defensa de los judíos*.

[48](#) - Cf. Rostovtzeff 1998, vol. II, p. 596-600.

[49](#) - *Levítico* I, 3:5.

[50](#) - Aquella ofrenda legendaria supuso «veinte mil bueyes y ciento veinte mil cabras», o al menos eso afirma *Reyes* I, 8:63.

[51](#) - Marco Agripa, por ejemplo, el gran general de Augusto —que es también un buen amigo de Herodes— ofrece el año 15 una piadosa *ekatombé* (100 reses).

[52](#) - Cf. Johnson 1988, p. 117.

[53](#) - *Isaías* 45:1.

[54](#) - Cohn 1995, p. 221.

[55](#) - *Ibíd.*, p. 231.

[56](#) - El *Libro de Daniel*, por ejemplo, rechazado por el judaísmo y capital para la secta de Juan Bautista y Jesús, alega haber sido redactado en 600 a. C. aunque no sea anterior a 170 a. C. Un desfase parejo se observa en los capítulos 40-66 de Isaías (conocidos como Deutero-Isaías), que anticipan una destrucción de Babilonia ya pretérita. La profecía a posteriori informa también *Enoch I* y el *Libro de los jubileos*, precedentes directos del Apocalipsis neotestamentario.

[57](#) - *Apocalipsis* 20:3.

[58](#) - En la Grecia arcaica, por ejemplo, los chivos expiatorios se llamaban pharmakoi («remedios») y eran personas sacrificadas con ocasión de alguna plaga u otra calamidad, a fin de que absorbiesen ese mal como una esponja absorbe los restos de una mesa; para un análisis más amplio, cf. Escotado 1998, p. 44-46.

[59](#) - Tácito supone que «odian a la Humanidad» (*Anales* XV, 44).

[60](#) - Harnack 1959, p. 32.

[61](#) - Tácito, *Anales* XV, 44.

[62](#) - El primero será el arcaico Fíneas, que asesina a un compatriota y a una mujer moabita por violar la endogamia mosaica, exhibiendo según YHWH «mi misma ira celosa» (*Números* 25:11).

[63](#) - «Yo YHWH, tu Dios, soy un fuego devorador, un Dios celoso» (*Deuteronomio* 4: 24). «Soy un Dios celoso, que castiga las faltas de los padres en sus hijos, nietos y biznietos» (*Éxodo* 20: 5).

[64](#) - «¿Podría este ser omnipotente realizar algo inmune a su posterior interferencia? Si no pudiese variar esa obra dejaría de ser omnipotente, pero también dejaría de serlo si pudiese»; Mises 1995, p. 84.

[65](#) - *De praescrip.* 7, 1. Hijo de un centurión, Tertuliano se convirtió al catolicismo en la cincuentena, diciendo que «los cristianos se hacen, no nacen» (*Apologeticum*, XIII). Militó nueve años en la secta católica, pasó luego a la de Montano y acabó fundando una propia. A partir de él la antigua capital cartaginesa —como resarciéndose intelectualmente de haber

sido demolida por los romanos—, pasa a ser el centro de la dogmática cristiana con una línea directa que lleva desde él a san Cipriano y luego a san Agustín, obispos sucesivos de la diócesis.



© Antonio Escotado 2008
LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO
<http://www.escotado.org>

Development Sciences Network Presence
www.catalanhost.com

Los Enemigos del Comercio

LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO

5

Integrismo y pobrismo

«Evitar trabajo alguno durante el sábado abarca treinta y nueve ocupaciones; ni una más ni una menos.»

I. Shahak¹.

La interrupción del periodo dinástico que coincide con Salomé Alejandra, la única reina de Israel, rinde el país a las legiones de Pompeyo y magnifica los conflictos entre moderados y mesiánicos, desencadenando una guerra civil que es al tiempo guerra de liberación nacional. A juicio del *Talmud de Palestina*, escrito bastante después, florecen entonces hasta veinticuatro sectas «apóstatas» que mezclan fe en YHVW con vxdualismo iranio, astrología, magia y proyectos de desquite contra quienes no preparen el Fin del Mundo. Su indignación adopta alguna variante de *Guerra de los hijos de la luz contra los hijos de la oscuridad*, una epopeya descubierta entre los rollos de Qumrán que combina mística con croquis de batalla².

Galilea, la provincia más inquieta ante el dominio romano, y la menos desértica, responde a la muerte de Herodes el Grande (73-4 a. C.)³ con el alzamiento del primer caudillo mesiánico, que es Judas Galileo. Poniendo entre paréntesis el episodio intermedio —que tiene por actores principales a Juan Bautista y Jesús—, unas tres décadas después de su muerte emergen Eleazar Ben Jair —líder de la primera gran guerra— y un tal Ezequías, antecesor de los ulteriores caudillos independentistas⁴. Exigiendo que el gobierno pertenezca

exclusivamente a YHWH, estos hijos de la luz han formado ya en tiempos teocráticos las cofradías de celotes (*kanna'im*) y sicarios o portadores de daga (*sica*), opuestas al extranjero en general y a «renegados judíos que proponen pactar con los gentiles»⁵.

I. Una secuencia de reyes-mesías militares

A principios del siglo I les vemos limitados a motines urbanos, guerrillas y represalias selectivas, pero en 66 degüellan con un ataque sorpresivo a la guarnición romana de Masada —una fortaleza en principio inexpugnable—, sublevan a todo el país y demuestran su capacidad militar derrotando al legado Cestio Galo, que acude al frente de treinta y cinco mil legionarios⁶. Siguen siete años de guerra sin cuartel que acaban donde empezaron, en la inaccesible Masada, cuando los romanos construyen un enorme talud que les permite atacar desde arriba y los defensores se inmolan colectivamente, matando a sus mujeres e hijos, degollándose unos a otros o arrojándose por el precipicio. El mesianismo ofrece una demostración de su capacidad para invocar actos luctuosos, y la campaña de Vespasiano —que le convierte indirectamente en Emperador— será concluida por su hijo Tito demoliendo el templo de Jerusalem.

Acaudillada por Lukuas, otro rey-mesías, la segunda guerra del integrista contra el Imperio tiene por teatro Chipre, Egipto y la Cirenaica (actual Libia), donde ya en tiempos de Sila (89 a. C.) se registran graves fricciones entre la colonia judía y el resto de la población, concentrada en polis costeras griegas⁷. En 115 los celotes de estos territorios —cuyos líderes son refugiados de la primera guerra o hijos suyos— crean teocracias que fulminan todo tipo de templos e instituciones civiles paganas. Antes de sucumbir, en 117, han causado graves pérdidas a las legiones de Trajano y dejan un rastro de ferocidad desmedida:

«En Cirene asesinaron a doscientos mil griegos; en Chipre a doscientos cuarenta mil; en Egipto a una gran multitud. Muchas de esas víctimas fueron cortadas de parte a parte, conforme a un precedente que David había sancionado con su ejemplo. Los victoriosos [...] se ciñeron el cuerpo con sus entrañas a manera de cinto»⁸.

La tercera y última guerra, otra vez con la Tierra Prometida

como sede, es preparada secreta y cuidadosamente⁹ por el rabino Akiba ben José y el nuevo rey-mesías Simón bar Kokhba, que sólo será vencido por las legiones de Adriano al cabo de tres años (132-135). Junto a ambos, perecen «quinientos ochenta mil combatientes y un número adicional incontable por hambre, fuego y espada, quedando baldía toda Judea»¹⁰. El integrismo ha sacrificado sus cuadros durante cinco generaciones, y de alguna manera ha sembrado en aquellos pedregales un ansia de matar y morir religiosamente. Como sus antecesores, los mártires asesinos actuales tienen en común lo que Mahoma llamará ser «gentes del Libro», guiadas por lo que ya propuso el rabino Ben Sira, cerebro de la primera guerra judía: «Alzad vuestra furia, derramad vuestra rabia, destruid al oponente, aniquiladle»¹¹. Ninguna religión había logrado que proclamas semejantes fuesen obedecidas por una alta proporción de sus fieles, y mucho menos durante más de un siglo.

1. Secuelas de la gran batalla. En el año 46, con ocasión de confirmar las prerrogativas del pueblo judío, Claudio les había instado a ser más razonables con las religiones de otros¹². Lejos de atender al consejo, en 135 bastante más de un tercio de todas las legiones —en torno a doscientos mil hombres, reforzados por tropas auxiliares— hubo de concentrarse en Judea y Galilea para no perder la última guerra. Roma llevaba siete décadas recurriendo allí a tácticas de tierra quemada, pero un territorio tan pequeño y devastado no sólo le impuso el mayor esfuerzo militar sino un dispendio ruinoso¹³. La lista de bajas propias hará que Adriano no celebre la victoria al modo acostumbrado, y rompa la proverbial tolerancia religiosa romana con un conjunto de medidas humillantes, cuyo fin es demostrar la impotencia del Omnipotente.

Para empezar, diez mil vástagos de las mejores familias salen hacia Roma, donde trabajarán encadenados para levantar el *Panteon* o templo de todos los dioses. El estamento sacerdotal es reunido a continuación, y obligado a contemplar con los ojos bien abiertos cómo arde públicamente el rollo sagrado de la Torah. La ley penal del territorio se modifica para determinar que la circuncisión será castigada como mutilación, y quienes quieran emascular a su prole serán sediciosos para la ley. Judea se convierte en Siria Palestina («tierra de los filisteos»). Un templo a Júpiter se levantará sobre el dedicado a YHWH. Jerusalem, rebautizada como Aelia Capitolina, queda restringida a paganos. Los judíos sólo podrán visitarla, o vivir allí, si demuestran respeto por los dioses de los demás. Tres

años después, cuando le llegue su hora a Adriano, los rabinos se alegrarán vivamente por ser manifiesto que le mató YHWH, aunque queda en el aire la pregunta: ¿por qué no lo hizo antes de que concibiese, o ejecutase, sus monstruosos atropellos?

Akiba dijo que «todo está previsto, pero hay libre albedrío»¹⁴, y probablemente tanto él como Kokhba se conformaban con dos años más de teocracia —aunque fuese limitada a parte del territorio—, acompañados por el logro de acuñar moneda, perseguir a apóstatas y rebautizar Judea como Israel, con Kokhba como príncipe o *nasi* de un pueblo «redimido»¹⁵. Ningún testimonio del gran rabino o del valiente general permite inferir que condicionasen su fe al apoyo de legiones angélicas, a despecho de que eso fuese lo esperado abierta y secretamente por sus adeptos. Muerto el rey-mesías en combate, la tradición cuenta que Akiba atravesó sonriendo el trance de su despellejamiento, un dato que podría ser cierto o incierto pero no modifica la gran lección del último siglo: hay masas están dispuestas a inmolarsse para «dar testimonio» de fe.

Las consecuencias políticas y económicas del alzamiento crónico son que el judío expatriado quede sujeto en todos el Imperio a un impuesto selectivo, y que su nación entre en colapso demográfico. Desde la perspectiva de Akiba y Kokhba habría sido quizá más amargo saber que la guerra a su culto, y el régimen fiscal discriminatorio, iban a ser derogados por la benevolencia de Antonino Pío y Marco Aurelio. Ese cambio suponía ni más ni menos que el triunfo del judío no mesiánico, dispuesto a cualquier gobierno salvo una teocracia.

II. Las fraternidades locales

Al margen del movimiento Fin del Mundo, defendido inicialmente por celotes y sicarios, sólo hay en tiempos de Filón tres «escuelas de vida»: la esenia, la saducea y la farisea.

Los *perushim* o fariseos¹⁶ —que se reclaman seguidores de Esdras o de los escribas, luego devotos (*hashidim*)— quieren ser fiel al espíritu mosaico, aunque han asumido la idea asiática del alma inmortal y creen en alguna «retribución» *post-mortem*. Admiten al profeta insistiendo en advertir sobre los falsos profetas, y rechazan el racionalismo filosófico profesando un racionalismo práctico que rechaza toda suerte de magia. Los saduceos¹⁷ se oponen también a cualquier milagrería, pero no creen en retribuciones de ultratumba y dicen que

«Dios ni hace mal ni tampoco lo ve. Dicen

también que cada uno elige en función de su voluntad. Niegan que haya gloria o tormento para las almas de los muertos»¹⁸ .

Las familias saduceas habían dado algún sacerdote al Templo, y entraron en brusca decadencia con el fin de la teocracia y la realeza. Los fariseos eran clase media inmersa en la competencia, que se centraba en fundar hogares donde «la juventud es educada con intensidad única en un estilo de vida sólidamente ordenado»¹⁹ . Preconizando una estricta observancia del Sabbat y el resto de la ley, declaraban que vivir del modo más «alegre» posible exige alcanzar maestría en algún oficio. Su profesionalismo a ultranza, añadido a sostener que «pureza» equivale a conocimiento, no les granjeó una bienvenida ni entre la aristocracia ni en buena parte del campesinado. En ambos ambientes escandalizaba que denunciasen al no instruido en la Torah como masa (*amme*) moldeable por cualquier llamamiento a la histeria.

Su nombre pasa a ser sinónimo de hipocresía, avaricia y crimen desde los Evangelios, donde aparecen como «guías ciegos», «víboras», «asesinos», «amantes del dinero», «perversos», «podredumbre», «sepulcros blanqueados» y «saqueadores»²⁰ . Tampoco faltan noticias sobre fariseos que escuchan a Jesús con atención, quieren conversar con él y hasta le agasajan. En el encuentro más ilustrativo para nosotros —pues invoca el reparto comunista— Jesús acepta la invitación a cenar de uno, a despecho de no venir en son de paz. Omite lavarse las manos antes de comer, y ante la sorpresa de su anfitrión exclama: «¡Malditos seáis, fariseos! Purificáis el exterior de la copa y el plato, mientras vuestro interior está lleno de rapiña y maldad. Dad más bien en limosna lo que tenéis y todo será puro para vosotros»²¹ .

1. Los enemigos originales del comercio. Sobre la hermandad

esena²² disponemos de noticias no sólo antiguas sino modernas, gracias a himnos, oraciones y hasta literatura épica hallados en grutas del Mar Muerto. Ya en 143 a. C. hay comunas suyas, pues en tiempos de los pontífices macabeos huyeron a enclaves remotos —para evitar una represión quizá disparada por ellos mismos—, siguiendo a un Maestro de la Justicia cuyas palabras coinciden a veces textualmente con las de Jesús. La falta de mención a ellos en los Evangelios «es quizá la mejor prueba de que proporcionaron a la nueva secta sus principales criterios y adherentes»²³ . En cualquier caso, la

lista de sus hallazgos impresiona. De ellos proviene la institución bautismal; un vivo interés por ángeles y otros seres «intermedios»; la fe en una resurrección de la carne ²⁴; el reparto obligatorio de todas las propiedades («consagrar los bienes a Dios»); una limitación del contacto sexual entre esposos a fines procreativos, y la costumbre de llamar «ladrón» al no comunista. Fuese cual fuese su número en otros tiempos, a principios del siglo i comprendía unos cuatro mil individuos dedicados por entero a la santidad ²⁵. Es erróneo pensar que fueron «completamente pacíficos», como creía aún Weber, pues depósitos de armas en Qumrán y varios textos prueban lo contrario; de hecho, los más combativos se transformaron en celotes al llegar las guerras, y los más pacíficos se hicieron cristianos.

A principios del siglo I sus comunas tenían finalidades contemplativas (meditar la Ley) y bélicas (preparación para «el día de las venganzas»). Flavio Josefo, impresionado por su ascetismo, les suma al primer alzamiento contra Roma añadiendo que «no lloraron ni rogaron al ser atormentados, sino que perdían la vida con gran alegría, burlándose de sus torturadores» ²⁶. Uno de sus documentos les define como «alianza de testigos verídicos para el Juicio, elegidos para sacrificarse por el pueblo y hacer pagar su deuda a los malvados» ²⁷. Aunque parecen haber tenido una puerta y un barrio específico en Jerusalem, desde el siglo I a. C. han roto todo vínculo con la vida urbana y practican el rigorismo:

«Evitan los placeres como si fuesen vicios, y observan la abstinencia y el control de los deseos como si fuera una singular virtud. Se casan a desgana, para no rechazar la propagación de la especie» ²⁸.

2. El elemento fóbico. Veían en la mortificación corporal un modo de lograr facultades proféticas, y no consideraban el sábadó como ocasión de alegría sino de quietud absoluta (donde estaba prohibido incluso defecar). Siendo el cuerpo una cárcel para el alma, mantener a raya su influjo les llevaba a hacer abluciones casi continuas con agua fría, un reto formidable en parajes desérticos que exigía construir aljibes descomunales para pequeñas comunas. Todos vestían el mismo sayal blanco, pasaban gran parte de la jornada en devoto silencio y portaban siempre una azadilla para enterrar sus heces en el campo, pues no toleraban letrinas. Quienes se permitían el matrimonio sólo copulaban en miércoles, convencidos de que

la criatura nacería entonces en sábado. Pensar que el sexo femenino compendia la debilidad y la impureza hizo que prefiriesen «adoptar hijos de otros, a una edad tierna aún para recibir sus enseñanzas»²⁹. Este conjunto de reglas, y en particular el rechazo de los placeres sensuales, explica la definición farisea: «El esenio es un necio que destruye el mundo»³⁰.

Junto a la creencia de que el alma resucitará con su cuerpo, la tesis más original de la secta fue interpretar el mandamiento «no hurtarás» como prohibición del lucro, entendiendo que cualquier tipo de transacción económica implica saqueo. Pensaban que ni títulos de posesión ni otros méritos son alegables ante la «necesidad», y «ni compraban ni vendían entre ellos [...] pues cada uno toma lo que le falta, aunque sin dar una cosa por otra. Forman con sus bienes un fondo común, de suerte que el rico no puede disponer de mayor fortuna que quien nada tiene»³¹. Jesús tomaría también de ellos el «tener lo feo por hermoso»³², y venerar las desgracias corporales (congénitas o adquiridas) como signo de favor divino. En sus documentos aparece la primera mención a un «bienaventurado pobre de espíritu»³³.

Pocos grupos han manifestado parejo horror a la impureza, una fobia de contagio que les llevaría a vivir aislados del resto y combinar su igualdad económica con un tabú de contacto como el vigente entre castas. Los esenios más santos no podían rozarse con los menos santos, por ejemplo, y si resultaban tocados se descontaminaban mediante abluciones inmediatas³⁴. La severidad de sus costumbres —sin ir más lejos, dejar morir de hambre a quien violase el ritual³⁵— les condenaba a ser un grupo minoritario, y tampoco contribuía en principio al proselitismo su planteamiento de un mundo sin comercio. Sólo su fe en una resurrección de la carne estaba evidentemente llamada a tener una calurosa acogida popular.

Pero la ecuación propiedad- robo no era sólo una idea original sino un programa político y religioso universalizable, y bastó prescindir de sus rituales fóbicos para que un grupo autoexcluido pudiera convertirse en núcleo ético para el más importante culto de masas de la Antigüedad. La ya quebrantada reputación del comerciante alcanza así su punto más bajo. Al noble le parecía un individuo vil, al campesino una sanguijuela, y para la secta en ascenso es la quintaesencia del pecador.

III. El pobrismo

La secta de los «hombres pobres» o *ebionim*³⁶ llega al recuerdo cuando su primer profeta incorpore a la fe mosaica un bautismo acuático, que prepara para el «inminente bautismo de fuego» previsto por el Fin del Mundo. El más antiguo oficiante de dicho rito es Juan, un primo de Jesús nacido seis meses antes, que la tradición supone educado por esenios y vive como ermitaño, cubierto por una piel de camello y alimentándose de saltamontes con miel silvestre. Tras bautizar a Jesús, y reconocer en él al Mesías esperado, convienen en que no sólo él sino sus apóstoles podrán administrar el nuevo sacramento. La tradición evangélica fecha tales hechos en el año 29 de la era cristiana, mientras Juan recorre Galilea seguido por muchedumbres crecientes. Con el tono habitual de los profetas, llama a su público «camada de víboras que invoca la inminente Cólera», y si alguno pregunta por qué le aclara que se ha hecho sordo al deber de «compartir»³⁷. Su orden dice: «Quien tenga dos túnicas, compártalas con quien no tenga, y haga lo mismo quien tenga alimento»³⁸.

Para los judíos legalistas es uno entre los futurólogos delirantes que proliferan desde Daniel, y para su primo la persona más notoria que le reconoce, si bien el grupo de Jesús evoca algunas suspicacias por falta de rigor ascético³⁹. Celebra con vino las fiestas, y constituye una hermandad ni pudibunda⁴⁰ ni volcada sobre mortificaciones corporales, que se mueve por las zonas más idílicas del Jordán y el lago Tiberiades, donde es posible vivir recolectando frutos y peces. Unidos formalmente por el rito del bautismo, ambos grupos practican un rechazo incondicional de la propiedad privada, y en particular del comercio como oficio.

1. Nazarenos y ebionitas. Prácticas ascéticas definen la vida entera de ciertos individuos, o periodos breves de formación para jóvenes como el semestre de noviciado en templos budistas. Para el renunciante indefinido la desposesión justifica también su libertad de conciencia, pues en otro caso incumbe a cada individuo observar sin desviación alguna los criterios y hábitos de su casta. Único descastado respetable, el renunciante atiende a necesidades «espirituales» de los otros, inmersos en las convenciones de su cuadrícula social. Cultos ricos en renunciantes —como el hinduismo, el budismo y el propio judaísmo— corresponden por eso a sociedades con vocación de permanencia, cuyos eremitas contribuyen de modo directo e

indirecto a mantener el orden social.

El planteamiento pobrista rompe con la sociedad establecida, ejercitando una actitud «más bien heroica que ascética»⁴¹. Sus practicantes tienen tanta libertad de conciencia como el eremita, pero están emancipados de ganársela renunciando a la vida comunitaria y sus abrigos. Lo nuclear para ellos no es el adulterio-apostasía de Israel sino un pecado de avaricia y lujo que mantiene desvalida a la parte del pueblo más amada por Dios, cuya cura será la «restitución». Si Amós maldijo a los «gozadores» en general, Jesús precisa: «¡Malditos seáis los ricos, que disfrutasteis ya de vuestra felicidad!»⁴². Su hermano Iago o Jacob —el apóstol Santiago—, abunda en ello:

«Vosotros los ricos, llorad a gritos sobre las miserias que os amenazan. Vuestra riqueza está podrida, vuestra ropa roída de polillas [...] Habéis atesorado para una edad que termina. Clama el jornal de los obreros que han segado vuestros campos, defraudado por vosotros, y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos. Habéis vivido en delicias sobre la tierra, entregados a los placeres, y habéis engordado para el día de la matanza»⁴³.

Pero la condena no corresponde tanto al rico tradicional como al nuevo rico, pues la riqueza del César no se pone nunca en duda. Tampoco parece haberse puesto en cuestión la riqueza eclesiástica hasta la baja Edad Media, pues el esenio ha denunciado el comercio como pecado de hurto y el ebionita sigue centrado en rechazar la acumulación de origen mercantil, como aclara el capítulo dieciocho de *Apocalipsis*. Allí, cuando anuncia el castigo final inminente de la «ramera Babilonia» —símbolo a su vez de Roma— sus pecadores son precisamente «mercaderes enriquecidos», «traficantes», «comerciantes», «hombres de negocios» y «patrones de navíos»⁴⁴. El vaticinio de su redactor es que «quienes se dedican al comercio [...] esperarán el suplicio llorando y gimiendo»⁴⁵.

Las historias clásicas del dogma⁴⁶ desvinculan esta tesis—actitud de la posterior herejía ebionita, de la cual sólo recuerdan que practicaba ritos distintos y negó la naturaleza divina de Jesús. Pero tampoco discuten la ascendencia esenia de los *notzrim* o nazarenos⁴⁷, que fueron los seguidores

iniciales de Jesús. Orígenes de Alejandría, el más culto y prolífico de los apologetas, afirma a principios del siglo III que «todos los judíos fieles a Cristo se llaman ebionitas»⁴⁸, dato confirmado textualmente cien años después por otro escritor cristiano⁴⁹. Prefiriendo el sarcasmo a la precisión, Gibbon sostuvo que «la penuria de su entendimiento y condición social les valió a los ebionitas dicho epíteto»⁵⁰; aunque ya antes de nacer Orígenes, en 170, un romano había zanjado la cuestión aclarando: «Ser llamados pobres no es nuestra desgracia sino nuestra gloria»⁵¹.

La ambigüedad se desvanece planteando el conflicto entre judeocristianos y grecocristianos sin simplificaciones, atendiendo no sólo a su divergencia teológica sino programática⁵², pues además de defender la circuncisión —y el resto de la Ley mosaica— el ebionita o judeocristiano está inmerso en lo que Flavio Josefo llama «alzamiento general de pobres contra ricos». Aguarda lo que Santiago llama día de la matanza, y no deifica a su mesías. Por su parte, el grecocristiano o paulino profesa que la esclavitud y las diferencias patrimoniales son cosas consentidas por Dios, y deifica al Mesías⁵³. Aunque unos y otros tienen en común una actitud de renuncia ante el mundo, el primero es un revolucionario político y el segundo un revolucionario teológico.

La letra de los Evangelios no despeja el dilema entre la condición divina o humana de Jesús, pues el hecho de que llame «Padre» (*Abba*) al ser antes llamado YHWH se inserta en un cuerpo de doctrina expuesto mediante revelaciones indirectas o «parábolas», cuyas enseñanzas invitan constantemente a ejercicios de interpretación. Desde principios del siglo III, sin embargo, los grecocristianos son hegemónicos y no admiten la Encarnación como algo alegórico. El testimonio quizá más antiguo de su intolerancia es la visita a Roma del ebionita sirio Alcibíades de Apamea, que en tiempos de Caracalla —cuando muchos cristianos viven refugiados en las catacumbas— escandaliza con un texto⁵⁴ donde la verdad revelada se limita al Evangelio de Mateo, expurgado de sus dos primeros capítulos (relativos a la genealogía de Jesús y su concepción virginal).

La tragedia para el judeocristiano será que desde una orilla se le impute negar la fe de Moisés y desde la otra ignorar al Cristo-Dios. El modelo más precoz y ejemplar de este desgarramiento

es el propio Santiago, albacea de Jesús en la primera comuna de Jerusalem, que rompe con Pablo por exigir una observancia estricta de la Ley y muere lapidado a manos de judíos ortodoxos. Los residuos de su grupo —luego llamados también «hemerobaptistas,⁵⁵ baptistas, elcasaítas o simplemente cristianos de san Juan Bautista⁵⁶— no pasarán de ser minorías exóticas, perseguidas desde mediados del siglo IV por herejes. Pero su llamamiento a «restituir» se incorpora intacto al Nuevo Testamento, y no se pondrá en cuestión hasta el cristianismo del Renacimiento.

IV. El programa ebionita

Definida por una proverbial mansedumbre, la vida pública de Jesús empieza y termina con la excepción de administrar latigazos a algunos mercaderes. Los tres primeros evangelistas —Marcos, Mateo y Lucas— atribuyen a ese preciso hecho su posterior procesamiento, pues cuando entra en Jerusalem aclamado por una gran multitud se dirige al Templo y aterroriza a los vendedores de ofrendas, diciendo que la casa de su Padre ha dejado de ser «casa de oración para convertirse en cueva de bandidos»⁵⁷. Algo menos presente en el recuerdo está lo relatado por el cuarto evangelio, donde le vemos arremetiendo contra esos mismos comerciantes cuando está solo y es todavía un desconocido:

«Halló allí a los que vendían bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas allí sentados. Y haciéndose un azote de cuerdas les echó fuera a todos, y a las ovejas y a los bueyes; y esparció las monedas de los cambistas y volcó las mesas. Y dijo a los que vendían palomas: «Quitad de aquí esto y no hagáis de la casa de mi Padre casa de comercio»⁵⁸.

Careciendo de seguidores, es ciertamente heroico atentar contra el núcleo de la piedad mosaica, que priva a los peregrinos no sólo de víctimas propiciatorias para YHWH sino de cambio para sus divisas. El acto es tanto más audaz cuanto que cualquier santuario concurrido —tanto da monoteísta o politeísta— tiene siempre un cinturón externo de puestos, que los enclaves cristianos van a completar con una red interna de cepillos. Desde finales del siglo iv, cuando toda suerte de santuarios sean gestionados exclusivamente por abades, obispos y párrocos, justificar el recurso de Jesús al látigo será

embarazoso⁵⁹, y quien haya recibido educación católica recordará al menos un sermón dominical donde se explicaba como un rapto de náusea motivado por su parte humana, indignada ante la contigüidad de lo sacro y lo crematístico. El capítulo correspondiente de los Evangelios va a llamarse «La purificación del Templo», y la feligresía recibirá el mensaje más o menos subliminal de que el comerciante debe mantenerse a una respetuosa distancia de cada santuario.

Sin embargo, el programa pobrista no entiende que el comercio sea admisible en lugar alguno. Propone trascender la esfera económica repartiendo todos los bienes escasos, y en la historia de la ulterior Iglesia nada será tan recurrente como negar que pueda ser propietaria, y que tenga derecho a constituirse en una organización ritualizada y jerárquica⁶⁰. Expulsar a los mercaderes del templo no es un arrebato que carezca de sentido cuando estos recintos pasen a ser administrados por cristianos, sino parte de un plan que rechazando la propiedad privada rechaza también cualquier nación excluyente, cualquier sacerdocio con pretensiones de casta o clase y, en definitiva, cualquier Estado ensayado hasta el momento. «La religión del Evangelio libera a los hombres de toda legalidad»⁶¹, y Jesús es por eso un revolucionario incomparable, cuya radicalidad sería infinita si no añadiese a ello la confianza en un cataclismo cósmico tan milagroso como próximo.

Será delicado para sus sucesores ver cómo el mundo perdura sin cataclismo mientras ellos crecen en influencia, porque obliga a conciliar el carisma pobrista con el hecho de ser durante más de un milenio el único foco sostenido de opulencia. Pero las vaguedades melifluas no ayudan a entender una evolución que empezó afirmando «ser amigo del mundo es ser enemigo de Dios»⁶², y llama mundo precisamente a un estado de cosas donde la compraventa impone competición y derechos adquiridos. La Virgen celebra en su oración que «el Señor despoje a los ricos»⁶³, y su hijo se ha ocupado de aclarar que «no cabe servir a Dios y al Dinero»⁶⁴: un rico sólo entraría en el Cielo si los camellos pasaran por el ojo de una aguja⁶⁵. La madurez del mensaje llega un siglo más tarde gracias a Tertuliano, que amplía la bendición dirigida al pobre con una maldición dirigida al admirado por su riqueza de espíritu:

«¡Cómo me gozaré, me reiré, me alegraré [...] cuando vea a tantos sabios tostándose entre las llamas con sus engañados discípulos; a tantos

celebrados poetas trémulos ante el tribunal de Jesucristo; a tantos dramaturgos, tan melodiosos en la expresión de sus propios padecimientos; a tantos bailarines»⁶⁶ .

Jesús había preparado este sentimiento diciendo:

«Ay de vosotros los ricos, porque tenéis lejos el consuelo. Ay de vosotros los saciados, porque pasaréis hambre. Ay de vosotros los que aquí reís, porque lloraréis y aullaréis»⁶⁷ .

El destinatario de la promesa pobrista no es una raza o un linaje, sino la fusión del doliente y el creyente, el afligido y el crédulo. De ahí que tras fustigar a los mercaderes el siguiente acto público de Jesús sea el Sermón de la Montaña, donde enumera cuatro categorías de elegidos: «pobres de espíritu, humildes, afligidos y sedientos de justicia»⁶⁸ . Aunque no haya cohesión sociológica o psicológica entre los cuatro grupos, reunidos sólo por alguna modalidad particular de desgracia, a este conjunto hipotético incumbe zanjar el combate entre luz y tinieblas con una sociedad de obsequios mutuos que desencadena el Fin del Mundo. Lo prometido es que entonces «la muerte desaparecerá para siempre»⁶⁹ y los últimos serán los primeros, con un premio seguro para quien tome partido por los *ebionim*:

«Cuando des una comida no invites a amigos, hermanos o parientes, ni a ricos vecinos, para que no te inviten a su vez y te sea devuelta la atención. Al contrario, invita a los pobres, a los tullidos, a los cojos y a los ciegos. Serás afortunado porque no pueden pagártelo, y tendrás tu recompensa en la resurrección de los justos»⁷⁰ .

1. El mérito de no tener mérito. La corriente sapiencial judía intenta proteger al débil inspirándole fortaleza. Por eso «el maestro de su oficio trabaja para reyes, no para el vulgo»⁷¹ , usando «balanzas no lastradas, que pesen fielmente»⁷² , pues la justicia no debe «favorecer al pequeño ni ser intimidada por el grande»⁷³ . La corriente profética aborda de modo inverso la protección del débil, y declara: «Palabra de YHWH: llega el momento donde se podrá laborar y cosechar a la vez, plantar la

vid e ir a pisarla a los lagares» ⁷⁴. El ebionita da un paso más, afirmando que no sólo es posible plantar y recoger al tiempo sino prescindir de la actitud previsora en general. Quien ande preocupado por necesidades futuras blasfema consciente o inconscientemente contra la divina providencia. Tras recordar que pájaros y lirios existen sin siembra ni vendimia, Jesús declara:

«No os inquietéis por lo que comeréis o beberéis, o por cómo iréis vestidos. Esas son las cosas que preocupan a los gentiles. Buscad la justicia, y todo se andará por añadidura, todo os será dado con sobreabundancia. No os inquietéis por el mañana».

Mientras llega la otra vida el fiel vivirá sin apreturas cediendo a los demás lo suyo, y exigiendo de ellos lo mismo. Puesto que el Juicio está próximo, resulta ocioso plantearse si la masa patrimonial derivada de poner todos los bienes en común pudiera ser una «plétora» auto—regenerada, como hará tres siglos más tarde san Juan Crisóstomo. Todas las comunas cristianas cumplen estrictamente la regla de desposesión individual en los comienzos, guardando un mandato expreso de practicar la imprevisión que Jesús aclara en su parábola de los vendimiadores:

«El propietario del viñedo dijo a su capataz:
«Llama a los obreros y da a cada uno su salario, subiendo desde los últimos a los primeros». Los de la undécima hora vinieron entonces, y percibieron un denario por cabeza. Cuando llegaron los de la primera hora pensaron que iban a percibir más, pero a ellos también se pagó un denario, y al recibirlo murmuraron contra el dueño: «Estos recién llegados sólo trabajaron una hora, y les trataste como a nosotros, que hemos cargado con la dureza y el calor de toda la jornada». Entonces él replicó diciendo a uno de ellos: «No te perjudico en nada, amigo mío. ¿No habíamos quedado en un denario? Toma lo que te dan y vete. Me place dar a quien llegó el último tanto como a ti. ¿Acaso no tengo derecho a disponer de mis bienes como me plazca? ¿Acaso debes sentir envidia porque soy bueno? He ahí como los últimos serán los primeros, y los primeros serán los últimos»» ⁷⁶.

El comunismo niega al individuo el derecho de hacer con sus bienes lo que le plazca, entendiendo que todo pertenece a todos. Pero el dueño de esta finca no es un propietario cualquiera sino el Señor universal, y Jesús le presenta en el acto de llamar envidioso a quien pretenda medir los esfuerzos como méritos. El principal mérito es precisamente ser pobre o débil de alma, como el jornalero conforme con cobrar lo mismo trabajando menos. Los seres humanos no responden ante sus iguales sino ante ÉL, en un marco donde los logros materiales y profesionales se desvanecen al cesar el descreimiento. Hasta qué punto abundancia gratuita y fe van de la mano lo demuestran la multiplicación del pan y los peces, o la del vino en las bodas de Caná. A la vista de esos portentos ya no hay excusa para desoír la orden: «Vended todos vuestros bienes, y regalad el dinero»⁷⁷.

2. Abundancia y milagro. Las sectas expropian por sistema a sus iniciados, y los ermitaños renuncian a cualquier propiedad tasable. Vale la pena recordar, sin embargo, que Jesús no impone pautas monacales, y que su Reino de Dios constituye una secta sin aspiraciones a un establecimiento convencional. A cualquier afán conservador, como el que más adelante impondrá la ortodoxia, opone un «he venido para establecer la división. Desde ahora los cinco miembros de una familia se opondrán; tres contra dos y dos contra tres, padre contra hijo e hijo contra padre»⁷⁸. Junto al amor fraterno, reivindicar a los pobres de una u otra naturaleza demanda «incendiar la tierra [...] trayendo no la paz sino la espada»⁷⁹. Procede dar al César lo que es del César, pero dar a Dios lo suyo impone desmercantilizar las relaciones.

Renán pensaba que nunca conoció el mundo un momento de intensidad emocional comparable al primer cristianismo, y es en todo caso cierto que nunca habían abundado tanto los milagros. El curso normal de la naturaleza aparece suspendido crónicamente por ellos, que ahora reclaman el estatuto de «pruebas». Un siglo más tarde la vehemencia sigue intacta o ha crecido, aunque se disemina por un área mucho más amplia. En Alejandría o Cartago los viajeros pueden topar por los caminos con fieles rigoristas, que no se limitan a predicar ascesis y fin del tiempo. En nombre de su grupo —montanista, novaciano, donatista— los más impacientes amenazan de muerte a quien no se avenga a matarles, pues sólo el martirio asegura ir al Cielo.

Para cuando eso acontezca la situación material ha entrado en la aguda recesión que sigue a la llegada de Septimio Severo y

su dinastía. Los esclavos vagan famélicos, sin amos capaces de sostenerles, y las clases medias locales han sucumbido al pillaje del estamento civil por el militar. Como anticipó Tácito, «Italia será saqueada, arruinándose las provincias, los pueblos aliados y las ciudades que se llaman libres»⁸⁰. El estado de producción y circulación de bienes determina que sobren innumerables bocas, y mientras unos se adelantan a pedir el martirio el resto sufre sin grandeza, viniendo simplemente a menos. El obispo de Cartago, san Cipriano, redacta en 238 una carta pastoral donde leemos:

«Fueron los suplicios quienes cedieron ante vosotros; los miembros desgarrados vencieron a los garfios desgarradores; abiertas sus entrañas, los tormentos recaían no ya en miembros sino en las mismas heridas. ¡Qué grande y sublime espectáculo a los ojos del Señor!»⁸¹.

V. La nueva fe

Cinco o seis siglos antes, cuando aparecen las primeras sinagogas, el judaísmo puso término a lo claustrofóbico del círculo familista recordando al pueblo: «Eres del país de Canaán, tu padre amorreo y tu madre hitita»⁸². Quien quiera convertirse en hermano de pleno derecho se circuncidará, aprenderá el prolijo listado de deberes que incumbe al buen fiel y obrará con rectitud algunos años. Cumplidos tales requisitos, nada podrá distinguirlo en lo sucesivo del resto de los fieles, y se han esquivado tanto los inconvenientes del racismo como los de un ansia proselitista indiscriminada. El rito bautismal, que simplifica al máximo el trámite de incorporación, trastorna este punto de acuerdo entre judíos mesiánicos y legalistas legitimando un fiel llamado irresistiblemente a la conversión del prójimo. Con todo, las primeras comunas cristianas exigen que se cumpla no sólo lo relativo al prepucio, la sangre, la carne de cerdo y avestruz o la levadura, sino todo el prolijo conjunto de la Ley.

No habrá, pues, un culto realmente distinto hasta que en el siglo iv el Concilio de Nicea ponga en pie de igualdad a YHWH y Jesús, llamándoles Padre e Hijo respectivamente. Pendientes de que la tendencia grecocristiana se sobreponga a la judeocristiana, los bautistas empiezan siendo una simple bifurcación dentro del credo mesiánico, y aunque su rey-mesías termine predicando compasión universal ha dicho también que no trae la paz sino la espada, la desunión y el fuego. Menos

ambiguos, los reyes-mesías militares quieren recobrar un rigor nacionalista emparentado con la xenofobia antigua, y nos equivocaríamos suponiendo que sus respectivos fieles son substancialmente distintos. En realidad, celotes y cristianos han descubierto con idéntico alborozo el entendimiento *fanaticus*.

La diferencia radical entre unos y otros es algo que formulará el Evangelio más tardío, consumando la fusión de mosaísmo y platonismo propuesta por el alejandrino Filón. El evangelista Juan afirma allí que «el Verbo (s) se ha hecho carne, y mora entre nosotros»⁸³, algo infinitamente blasfemo para el tipo externo de deidad que postulan tanto el paganismo como el judaísmo. «Logos» puede traducirse como «palabra», aunque es el término nuclear de una filosofía griega donde significa más bien determinación racional, puesta en límites. Líneas antes ese Evangelio ha aclarado que «en el principio era el Logos, y el Logos estaba junto a Dios»⁸⁴, descartando que la voluntad de YHWH pudiera haber existido alguna vez sin una forma lógica. Ambas tesis, que están en las antípodas del fanatismo, inauguran una religión en principio libre a priori de supersticiones, cuya base es «la dignidad divina del ser humano y el mandamiento del amor»⁸⁵.

Sin embargo, hasta la naturaleza lógica y encarnada del dios puede asimilarse fanáticamente —e inventar supersticiones como los santos, sin ir más lejos—, en momentos donde el dogma es para muchos más apasionante que la vida, y el instinto de supervivencia lo acepta. Al espiritualismo reñido con todo lo mundano corresponde un una recesión crónica, dentro de la cual el trabajo ha añadido a sus viejos baldones el de parecer una maldición divina que el bautismo borra. Con la apoteosis del fervor la libertad se proyecta a una esfera puramente íntima, centrada en salvarse del infierno eterno, y la crisis progresiva del modelo esclavista entra en un nuevo ciclo, que opone a la desolación material el entusiasmo moral.

NOTAS

1 - Shahak 2002, p. 122.

2 - Humano y sobrehumano, el ejército descrito por el *Rollo de la Guerra* comprende veintiocho mil infantes y seis mil caballeros, reforzados por gran número de ángeles; cf. Eliade, 1983, vol. II, p. 344.

3 - Este infatigable constructor, que reina como vasallo de Roma desde 37 a. C., es un idumeo —uno de los pueblos obligados a circuncidarse tras las conquistas de los asmoneos— y nunca será aceptado de buena gana como rey.

4 - Cf. Josefo I, 7, 252-274.

5 - *I Macabeos* 1:11.

6 - Suetonio, *Vit. Vesp.*, IV, 5. Al parecer, Cestio Galo proyectaba una marcha triunfal y siguió avanzando ante una resistencia aparentemente difusa. Cuando percibió la trampa quiso retroceder, pero pagó su temeridad con una catastrófica desbandada.

7 - Cf. *Jewish Encyclopedia*, voz «Lukuas».

8 - Gibbon 1984, vol. I, p. 607, n. 1.

9 - Por ejemplo, construyendo una vasta red de túneles para ocultar combatientes y pertrechos.

10 - Dión Casio, 69, 4. La cifra quizá no sea exagerada.

11 - *Eclesiástico* 36:7.

12 - Josefo, *Ant. jud.* 19:286.

13 - Véase antes, p. 61.

14 - Abot III 15.

15 - Cf. *Jewish Encyclopaedia*, voz «Kokhba».

16 - Del hebreo *perush*: «separar».

17 - Cuyo nombre deriva de Sadoc, el sumo sacerdote que ungió a Salomón.

18 - Josefo, *Guerras* 2, 7.

19 - Weber 1988, vol. III, p. 452.

[20](#) - Cf. *Mateo* 23:15-33.

[21](#) - *Lucas*, 11:39-42.

[22](#) - Nombre derivado quizá del hebreo *asaya* («médico»). Filón les menciona a veces como secta de los «*therapeutai*».

[23](#) - K. Kohler, *Jewish Encyc.*, voz «Essenes».

[24](#) - Uno de sus textos afirma que «que la carne resucitará y se hará inmortal como el alma, entrando en un lugar de aire perfumado y luz radiante, donde reposarán para siempre»; cf. Kohler, *ibíd.*

[25](#) - Filón, *Cualquier hombre bueno es libre*, 75-91.

[26](#) - Josefo, *Guerras* 2, 7.

[27](#) - Es la *Regla de la comunidad*, encontrada en la gruta 4. Cf. Starky 2000, p. 143.

[28](#) - Josefo, *Guerras* 2, 120-121.

[29](#) - *Ibíd.* 2, 7.

[30](#) - Sotah III 4.

[31](#) - Josefo 2, 122-123.

[32](#) - *Ibíd.*, 2, 7.

[33](#) - En los *Himnos de la gruta* 1, y en fragmentos como 4Q525. Cf. Puech 2000, p. 160-161.

[34](#) - Cf. Kohler, *Jewish Encycl.*

[35](#) - *Ibíd.*

[36](#) - El término hebreo tiene como sinónimo «oprimidos»; cf. *Dictionary of Christian Biography and Literature*, voz «ebionism».

[37](#) - *Lucas* 3:7.

[38](#) - *Ibíd.* 3:11.

[39](#) - «Los discípulos de Juan ayunan frecuentemente y oran, lo mismo hacen los discípulos de los fariseos, mientras los tuyos comen y beben». (*Marcos* 2:18-22). Jesús opone a ello que «el vino nuevo pide odres nuevos» (*Ibíd.*, 2:22).

[40](#) - Sin perjuicio de que quizá fuese célibe, Jesús aparece rodeado siempre por seguidoras entre las cuales destaca una ramera como María Magdalena, a quien defiende con gallardía.

[41](#) - Troeltsch 1992, vol. I, p. 59. Su fuente para afirmarlo es Harnack 1907.

[42](#) - *Lucas* 6:24.

[43](#) - Epístola 4: 13 -16; 5: 1-6.

[44](#) - *Apocalipsis* 18: 3, 15, 19, 23.

[45](#) - *Ibíd.*, 18:15.

[46](#) - El inconcluso aunque gigantesco tratado del jesuita Denys Pétau o Petavius (*Dogmata theologica*, 1652) y los equivalentes algo más breves de I. de Beausobre (*Histoire critique du manichéisme*, 1739) y J. L. Mosheim (*De rebus christianorum ante Constantinum*, 1753). Gibbon no puso en cuestión el retrato que estos autores ofrecen de la secta ebionita, donde se soslaya su compromiso anticomercial. La gran historia moderna del dogma es obra del luterano A. Harnack —que edita sus siete volúmenes entre 1894 y 1898—, y allí leemos que «las diferencias de los ebionitas con la Iglesia dominante no se debieron a <doctrina> sino a sus principios sociales» (Harnack 1959, p. 76). En otro texto aludirá a ellos como «quienes denuncian la dependencia del Trabajo con respecto al Capital», añadiendo que «no están totalmente equivocados, pero tampoco están en lo cierto»; Harnack 1907, p. 6-7.

[47](#) - O mejor «nazorenos», que en arameo significa seguidores del *nazor* («salvador»). Cf. Minouni 2000, p. 299.

[48](#) - *Contra Celso*, II, 1.

[49](#) - «Ebionita era el nombre común para todos los cristianos» (Epifanio, *Adv. haer.* XXIX, 1). Todavía en el siglo

iv, Jerónimo (*Ep. ad Aug*, 112,3) escribe: »¿Qué diría de los ebionitas que alegan ser cristianos? Esta secta existe hasta hoy en todas las sinagogas de los judíos, aunque los fariseos la maldigan y el pueblo llame ‘nazarenos’ a sus fieles»; cf. Harnack 1972, p. 251.

[50](#) - Gibbon 1984, vol. I. p. 343.

[51](#) - Minucio Félix, *Octav.* 36.

[52](#) - Desde Gibbon dicha simplificación condiciona a sabios como Weber, Troeltsch y Cohn, llevándoles a omitir el movimiento ebionita al analizar lo que ellos mismos llaman comunismo evangélico, comunismo del amor y comunismo apocalíptico respectivamente.

[53](#) - También deifican a Jesús las sectas gnósticas, para las cuales es un ser exclusivamente «celeste», cuyo fantasma etéreo sólo «pareció» morir y resucitar; cf. Gibbon 1984, vol. II, p. 20.

[54](#) - El Libro de Elcasai, canónico para los elcasaítas o paulicianos, la secta donde se educará el fundador del maniqueísmo, Mani. Una tradición cuenta que san Juan —autor del Evangelio más tardío— evitó encontrarse con el ebionita Cerinto de Asia, aunque éste había propuesto una tesis conciliatoria para judeocristianos y grecocristianos. Concretamente, creer que Jesús fue humano hasta recibir el bautismo, y que pasó a ser divino desde entonces; cf. Gibbon 1984, vol. III, 294-295.

[55](#) - «Bautistas cotidianos», que practican ese rito todos los días.

[56](#) - Renan 1967, p. 194.

[57](#) - *Marcos* 11: 17; *Mateo* 21:13; *Lucas* 19: 46.

[58](#) - *Juan* 2: 14-16.

[59](#) - Eso ayuda a entender que las grandes historias del dogma (véase la nota 94) desvinculen al ebionita —y al maniqueo, su principal heredero— del comunismo, presentándole como un disidente sólo teológico. En otro caso el rigor colectivista de ambas sectas podría alegarse como prueba de una fidelidad mayor a Juan, Jesús y Santiago, sus específicos profetas.

[60](#) - «Jesús no organizó una Iglesia [...] y esa es una de las principales diferencias entre su predicación y la de los esenios [...] Es también la razón de que el pensamiento sociológico del Evangelio haya sido capaz de reaccionar contra la tiranía eclesiástica una y otra vez» (Troeltsch 1992, vol. I, p. 58).

[61](#) - Harnack 1959, p. 17.

[62](#) - *Epístola de Santiago* 4: 4.

[63](#) - *Lucas* 1:53.

[64](#) - *Mateo*, 6: 24.

[65](#) - *Ibíd.* 19:24.

[66](#) - Tertuliano, en Gibbon 1984, vol. I. p. 353.

[67](#) - *Lucas* 6, 20-25.

[68](#) - *Mateo* 5: 3-7.

[69](#) - *Isaías* 25:8.

[70](#) - *Lucas* 13:12-15.

[71](#) - *Proverbios* 22:29.

[72](#) - *Ibíd.* 11:1.

[73](#) - *Levítico* 19:15.

[74](#) - *Amós*, 9:13. También se considera que «en breve» ocurrirán otros grandes cambios: «Tanto los leones como los bueyes comerán heno, jugará el niño pequeño junto al nido de la víbora, y el recién destetado pondrá su mano [sin riesgo] en la gruta del basilisco» (*Isaías*, 11: 8-9).

[75](#) - *Mateo* 6: 31-34.

[76](#) - *Ibíd.* 20: 8-16.

[77](#) - *Lucas* 12:33.

[78](#) - *Lucas* 12:51-53.

[79](#) - *Mateo* 10:34.

[80](#) - *Anales XV*, 45.

[81](#) - Carta 10, 2, 5.

[82](#) - *Ezequiel* 16:3. Se está refiriendo a Abraham y Sara.

[83](#) - *Juan* 1:14. Encabezando una fugaz reviviscencia del paganismo, el emperador Juliano observará en 362: «Ni Pablo ni Mateo ni Lucas ni Marcos se atrevieron a decir que Jesús era dios. Fue Juan, quien al oír que las tumbas de Pedro y Pablo eran adoradas secretamente, se atrevió a hacerlo [...] Llamándolo logos, con suma prudencia y suavidad, a escondidas, introdujo el colofón de la impiedad» (Contra los galileos, 327a y 333c).

[84](#) - *Juan* 1,1.

[85](#) - Harnack.1907, p 5. ss



© Antonio Escotado 2008
LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO
<http://www.escotado.org>

Development Sciences Network Presence
www.catalanhost.com

Los Enemigos_{del} Comercio

LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO

6

Una religion para el ocaso de Roma

«Podríamos decir que la promesa de salvación, principal novedad, es un exorcismo tendente a liquidar el temible prestigio de la diosa Fortuna.»

M. Eliade¹.

La secta cristiana originaria resulta ajena al aislacionismo que vertebra a otros grupos mesiánicos y —como sostiene el Talmud— es a todos los efectos prácticos un aliado incondicional de Roma. Pero tampoco transige con el compromiso cívico en cuanto tal, que autonomiza un orden de cosas basado sobre el respeto hacia ciertas reglas de juego. Su originalidad viene precisamente de no admitir el juego («mundo») en cuanto tal, oponiendo el deber de auxilio mutuo a las ruletas de cualquier fortuna. Los hijos pueden incapacitar a su progenitor si incurre en prodigalidad, olvidando la cuota que el derecho sucesorio llama legítima, y como Dios es el dueño único de todo, los *ebionim* se reafirman en el derecho a heredar sin discriminación. El paso que han dado desde los previos hermanos por consanguinidad a los hermanos por bautismo les faculta para extender a la especie entera esa cuota de legítima y, de paso, para suprimir el tercio de libre disposición. Cualesquiera diferencias patrimoniales consagran el hurto perpetrado por unos pocos a costa del resto.

I. La comunidad del amor

A la misma conclusión llegamos atendiendo al ánimo del fiel,

ya que sentirse lleno de Dios es también saberse infinitamente débil. Jesús culmina la tradición profética viendo en el hombre a un siervo que no se gana el sostén de su Señor, haragán y pecaminoso en vez de diligente y recto. Para merecer misericordia debería enmendarse, cosa deseable aunque imposible sin un acto de soberbia inspirado en última instancia por el ángel rebelde, Satán. Sólo está en su mano pagar parte de su deuda infinita como mal siervo de Dios corrigiendo distancias sociales y personales, hasta «destruir con amor fraterno todos los débitos humanos, todos los cálculos de individuo a individuo»².

Propuestas previas de igualdad material —como la espartana y la platónica— son cutáneas y artificiosas comparadas con este comunismo doméstico-amoroso, donde por un lado lo mundano nada importa y por otro es un deber perentorio evitarle privaciones al prójimo. La concentración puesta en salvarse de la muerte y el Infierno es tanta, y tan aguda la conciencia de Dios como acreedor, que el fiel no sólo debe dar todos sus bienes en limosna sino amar al enemigo. Bastante enemigo de Dios es ya el género humano, propenso siempre a la insumisión y la desidia, para desafiar su ira no poniendo la otra mejilla cuando una resulta abofeteada. Pura benevolencia, como una revolución que no desea la efusión revolucionaria de sangre, amar hasta a los agresores acelera el trance de poner primeros a los últimos. El proceso quizá evoque alguna resistencia, pero ya no será una lucha fratricida sino una disputa entre hermanos y falsos hermanos. Estos últimos viven en el exilio, rodeados de lujo y apostasía, o engañan al pueblo ingenuo desde las sinagogas, burlándose en ambos casos de las señales sobre el fin del tiempo.

1. Venganzas recíprocas. En vano buscaremos al «Jesús histórico», que incontables especialistas han sido incapaces de reconstruir por falta de datos fiables. Si YHWH ejemplifica a un dios con pasiones humanas, Jesús es un hombre con pasiones divinas cuya vida concreta está sumida en brumas impenetrables. Hace décadas, a la pregunta «¿Cómo cree que le ama Jesucristo?» —hecha cada año por la encuesta Gallup— una media de ochenta y nueve entre cada cien norteamericanos marca la casilla «De una manera personal». Así ha sido en todos los países y tiempos, por otra parte, pues «Jesús de Nazaret existió, aunque Jesucristo es una invención del Nuevo Testamento»³.

Las noticias no fabuladas sobre él son pocas y vienen de José ben Matías, más conocido por su nombre romano —Flavio

Josefo—, único contemporáneo que le menciona. Aristócrata y cabecilla militar durante la primera guerra judía, colega de celotes feroces como Simón bar Giora y Juan de Giscala, Josefo acabó concentrando el desprecio de sus paisanos cuando no quiso inmolarse con otros defensores de una fortaleza, y tras obrar como un pícaro en ese trance salvó la vida augurando a Vespasiano que sería el nuevo Emperador. No contento con ello, terminó de indignar a sus compatriotas cuando osó ver en ese César al «verdadero mesías».

Pero carece de estímulo para callar, inventar o exagerar, y aunque dedica mucho más espacio a Juan Bautista ofrece cuatro datos sobre Jesús: fue un galileo nacido de José y Miriam, ingresó en la cofradía de los bautistas, fue crucificado como rebelde por el gobernador romano y su hermano Iago resultó muerto a pedradas por judíos que le acusaban de apostasía⁴. Este par líneas puede considerarse fidedigno, sin que excluya tampoco la posibilidad de alguna interpolación. Cuatro décadas más tarde Tácito menciona a «un tal Cristo, condenado a muerte durante el reinado de Tiberio por el pretor Poncio Pilatos»⁵. A mediados del siglo iv un hombre cultísimo como el emperador apóstata, Juliano, da por supuesto que «el galileo» fue un individuo concreto, difuminado posteriormente por su identificación con la deidad⁶.

Los Evangelios mencionan más de una visita de Jesús a Jerusalem, pero sólo en la última verifica una entrada mesiánica, rodeado por «toda la multitud de sus discípulos, que claman «Bendito el rey que viene en nombre del Señor»»⁷. Cortocircuita el funcionamiento del Templo, y como se instala a «predicar cotidianamente allí, los sacerdotes, los escribas y los notables conciben el deseo de matarle»⁸, enardecidos de modo adicional por el hecho de que Jesús se niegue «a explicar en virtud de qué autoridad hacía esas cosas»⁹. Se retira por las noches al Monte de los Olivos, y cada mañana vuelve a esa tribuna para disertar sobre distintos temas¹⁰, amparado sobre «el miedo al pueblo».

Atendiendo al Nuevo Testamento, entre el domingo y el jueves la ciudad vive aterrorizada por la perspectiva de una gran rebelión —como la que llegaría tres décadas más tarde, al estallar la primera guerra contra Roma—, mientras Jesús fluctúa entre «vender la capa para comprar una espada»¹¹ y la vía socrática. Acaba eligiendo esto último al recibir una

citación del consejo municipal, que según los evangelistas le acusa de blasfemia aunque quizá también de alterar el orden público, interrumpir las ofrendas a YHWH, acosar a honrados comerciantes y chantajear a las autoridades con una turba hostil.

Que algunos de sus apóstoles le traicionen o renieguen de él, como él mismo anticipa, es otro modo de indicar que entre sus seguidores cunde la ambivalencia, pues el odio entre pobres y ricos no ha alcanzado aún dimensiones explosivas, y sus enseñanzas abundan en lo paradójico. Decide entonces morir predicando una paz que no siempre promoviera en vida, con el deseo de ser el último «cordero de Dios que borra los pecados del mundo», el último chivo expiatorio. Dentro de su universo simbólico ese sacrificio permite que YHVW deje de ser el cónyuge celoso de Israel, y se convierta en padre clemente de todo el género humano.

II. ¿Quién mató al Cristo?

Esta reconciliación clausuraría toda rencilla si ya el Evangelio más antiguo no dedicara dos capítulos a los acusadores nativos de Jesús¹², subrayando que el gobernador romano quiso salvarle. En el último Evangelio ese funcionario repite hasta tres veces «no veo culpa en él» e «intenta firmemente liberarle, pero los judíos seguían gritando: »si le dejas libre eres enemigo del César, a quien desafía cualquier hombre con pretensiones de rey»¹³. Una vez más, no se trata de tales o cuales individuos, o de tales y cuales estamentos, sino de «los judíos»¹⁴.

Pilatos pudo ser una persona pusilánime, y el relato podría acercarse en tal caso a la corrección psicológica¹⁵, pero el derecho romano atribuye a sus pretores monopolio penal y la cruz es el castigo reglamentario para rebeldes como los demás reyes-mesías de Israel o el esclavo Espartaco. Por otra parte, entre los apóstoles hay un celote reconocido (Simeón) y un sicario o «iscariota» (Judas), quizá dos¹⁶, grupos que desafiaban ya entonces a Roma. Los Evangelios sugieren que a Pilatos esto le habría resultado tan indiferente como que una multitud vetase el comercio en el Templo, o pululara por la ciudad celebrando la llegada de un nuevo monarca.

Si no es atribuible a censura ulterior, la falta de noticias romanas al respecto sugiere que el episodio conmovió poco a la Administración. El *Talmud de Palestina*, única fuente

alternativa (aunque tardía), no subraya la Pasión como un evento destacado. Se limita a decir que el tal Jesús —en realidad Joshua o Josué—¹⁷ era hijo ilegítimo de una judía y un legionario llamado Pantero, a quien Roma condenó por ser uno más entre los demagogos galileos. Su criterio, inmodificado desde entonces, es que el Nuevo Testamento «está lleno de odio mal informado hacia los judíos, aunque fue escrito por judíos que huían de sí mismos y buscaban congraciarse como fuese con el dominador romano»¹⁸.

Tampoco es improbable que celotes y sicarios de Kokhba, el último rey-mesías, masacraran a comunidades griegas y cristianas entre 132 y 135¹⁹. En tiempos de Jesús el pueblo judío era una nación muy respetada y populosa, que numéricamente equivalía a una décima parte de la población del Imperio. A mediados del siglo siguiente la vemos perseguida por doquier, y cien años más tarde es un grupo humano amenazado de extinción pura y simple.

1. El pueblo paria. Tras haber puesto en circulación un fanatismo que extermina a sus celotes, desintegra al estamento sacerdotal y borra a Jerusalem como centro del culto, la nueva proeza de este grupo humano será no desaparecer. Los fariseos, supervivientes físicos y morales del cataclismo, asumen la centuria de homicidio y suicidio con una existencia a menudo secreta, cavilando sobre cada línea de una Ley sometida desde ahora a la más literal de las interpretaciones. Deben encontrar allí respuesta y consuelo, no ya para lo ocurrido sino para todas las circunstancias futuras imaginables, y ese esfuerzo produce repertorios ingentes de sentencias. El hecho de que el mesianismo haya sido tan hegemónico inspira reserva ante posibles recidivas, y desde el siglo III los rabinos esperan de cualquier aspirante a salvador/vengador pruebas irrefutables de que YHWH apoya su causa.

Buena parte de los que no han muerto o sido vendidos como esclavos emigran, mientras el resto se agrupa física y doctrinalmente en las alturas de Safed, en Galilea. La respuesta de las sinagogas al cataclismo van a ser los seis volúmenes de un código actualizado —la *Mishnah*— y un comentario aclaratorio mucho más extenso aún (la *Gemarah*), cuyo marco general son el Talmud de Babilonia y el de Palestina, sobre todo el primero por autoridad y volumen. Atendiendo a esas fuentes, que empiezan a redactarse a principios del siglo III, un alto porcentaje de los que fueron vendidos ha conseguido redimirse y regresar a su país, mientras otros viven expatriados aunque colaboran con remesas a quienes siguen en Palestina.

El judío dedicado a la agricultura pasa a ser excepcional²⁰, y la gran mayoría sobrevive ofreciendo trabajo experto de algún tipo a los notables de cada territorio. De puertas adentro, la identidad descansa sobre una interpretación de la Ley que combina silogismo, fraude piadoso y delirio, con prototipos como las condiciones cada vez más ritualizadas del descanso sabático. Por ejemplo, es anatema ese día dedicarse a algo tan marcadamente laboral como «cosechar»; pero acaba siendo también anatema montar a caballo, porque el jinete se expondría a la tentación de hacerse una fusta cortando alguna rama —cosa idéntica a cosechar—, y esa lógica ha acabado prohibiendo no sólo la equitación sino el ciclismo en sábado²¹.

Los nuevos rabinos, pastores de grupos cuyo patrimonio se limita a la valía personal, deben ser fervientemente ritualistas al tiempo que liberales, y una de sus cátedras declara en el siglo iv que «será nulo cualquier decreto impuesto a la comunidad sin aceptación de la mayoría»²². Otra fija las prelacións:

Salvar la vida de un hombre prima sobre salvar a una mujer [...] Cubrir la desnudez de una mujer prima sobre cubrir la del hombre. El rescate de una mujer prima sobre el de un hombre. Un hombre en peligro de ser sodomizado a la fuerza tiene prioridad sobre una mujer en peligro de violación. El sacerdote tiene prioridad sobre el levita, el levita sobre el israelita y el israelita sobre el bastardo [...] Pero si el bastardo es instruido en la Ley y el sumo sacerdote la ignora, el bastardo tiene prioridad sobre el sumo sacerdote»²³.

Su último alzamiento registrado es la rebelión de 315, que tiene por enemigo a Constancio II —un César del Imperio oriental— y concluye nuevamente en rendición. Han intentado aliarse con Persia, el único poder no romanizado y considerable de la zona, pero desde finales del siglo v (cuando el Talmud se completa) las noticias sobre ellos se hacen muy tenues durante el medio milenio siguiente. Tampoco faltan excepciones a ese eclipse, pues en la España visigoda forman una comunidad próspera hasta la conversión de Recaredo al catolicismo, y son quizá decisivos para que los árabes se instalen allí²⁴.

Aproximadamente por esas fechas, en 642, cuando el califa Omar conquiste Alejandría encuentra allí a unos cuarenta mil que disponen de recursos para pagarle tributo y seguir practicando su religión sin coacciones²⁵.

III. Caudal y ambigüedad del mensaje evangélico

La propia condición de vencidos, primero por Roma y luego por un Imperio cristianizado —para el cual «el judío» fue quien «mató al príncipe de la vida»²⁶—, hace que el conflicto entre salomónicos y mesiánicos pierda relieve en el seno de la religión mosaica. Los cristianos, en cambio, tienen ante sí una tarea tan titánica como exaltar el mérito sobre el demérito en sentido pagano, que empieza denunciando lo sacro de la civilización grecorromana —las lindes de cada dominio— en nombre de una sociedad llamada a la santa pobreza. Conociendo ese programa, y queriéndolo atacar de raíz, el primer decreto del apóstata Juliano mandará que «ninguna ambición oculta arrebatte los viejos honores, y nadie pueda apoyarse en otra cosa que sus méritos para ascender»²⁷. Pero la libertad de conciencia exhibida por Jesús tampoco se dejó contener en un canto a la pobreza de espíritu, y la autonomía del fuero interno acabaría fundando el tipo específicamente occidental de humanismo²⁸, aunque exigiese un periodo muy dilatado de tiempo.

En otras palabras, voz de la conciencia y filantropía cosmopolita eran ya el criterio socrático, que no conmovió a las masas hasta acoger elementos de carisma mesiánico. Alegando que su reino no era de este mundo, Jesús se presentó como el más indiferente de los hombres ante la política y, sin embargo, su denuncia del interés —personal, profesional, gubernamental, racial o nacional— estaba llamada a ser incomparablemente más atendida que la de Sócrates y sus escuelas. De hecho, reinará la más completa unanimidad a la hora de pensar que los intereses particulares son vicios sociales. Sólo a comienzos del siglo xviii empieza a captarse lo complejo en cuanto tal, y tanto la sociedad como el Estado dejan de parecer un individuo «sencillamente más grande».

1. Teología y humanismo. La meta egoísta por excelencia —la salvación personal— se logra prestando servicios y, en consecuencia, con algo que impone pasar por el otro para acceder a sí mismo. Paralelamente, la deidad evangélica ha dejado de ser el Señor de las Batallas, y a tal punto ha cambiado su concepto que el anagrama YHWH no aparece una sola vez en el Nuevo Testamento. Ahora es un Padre, y tanto él como su Hijo son *logoi* o razones seminales, cuyos decretos pueden hacerse equivalentes a «ley de la Naturaleza»²⁹. Como dijo en origen Hegel, que Dios se haya hecho Hombre significa que pasamos a debernos respeto absoluto, porque ya no somos

sólo criaturas divinas sino elementos del Espíritu Santo. La Cristiandad ha puesto en marcha una deificación de la naturaleza humana, pero lo real resulta siempre mucho más complejo que lo fantástico, y cuando la religión del amor fraterno se convierta en culto oficial no habrá «fieras tan encarnizadas con los hombres como lo son consigo mismos la mayoría de los cristianos»³⁰. La infinita respetabilidad del otro, y la libertad de conciencia exaltada por Jesús, disparan al mismo tiempo una limpieza ideológica mucho más letal que «siglos de agresiones paganas»³¹.

El celote estaba circunscrito a un área pequeña, y nunca profesó un desprecio tan indiscriminado hacia lo terrenal. El cristiano se distingue de él por sus esperanzas de resucitar intacto, que le exigen rechazar la carne y el dinero como caras de una sola moneda, odiando sinceramente el *luxus* y la *luxuria*. El reflejo del desgarramiento entre más allá y más acá es una conciencia tan culpable por sus pensamientos como por sus acciones, que buscando alcanzar la vida eterna e incorruptible funda una amargura piadosamente obligatoria, como la del apóstol por excelencia:

«Soy un ser de carne vendido al poder del pecado. No comprendo realmente lo que hago, porque no hago lo que quiero sino lo que odio [...] En realidad, no soy yo quien cumple la acción, sino el pecado que habita en mí. Porque sé que no mora en mí ningún bien, quiero decir en mi carne, y está a mi alcance querer el bien pero no cumplirlo, porque no hago el bien que quiero y cometo el mal que no quiero. ¡Infeliz hombre el que soy! ¿Quién me liberará de este cuerpo que me aboca a la muerte?»³²

«La carne conspira contra el espíritu, y el espíritu contra la carne. Hay antagonismo entre ellos»³³.

2. Las primeras comunas. A mediados del siglo I los seguidores de Jesús están en la disyuntiva de seguir al grupo de Jerusalem, encabezado por Santiago, y las reglas mucho menos arduas del grupo grecocristiano que tiene como foco de irradiación el floreciente emporio de Antioquía³⁴. Unos proponen que el hombre se justifica ante Dios por sus «obras» (circuncidándose y cumpliendo el resto de la Ley) y otros que basta la fe. En términos prácticos, los Evangelios han preconizado un reparto de bienes que las primeras comunas

cumplen de modo estricto, «vendiendo todas sus propiedades y bienes y compartiendo el precio entre todos, según las necesidades de cada uno»³⁵. Sus miembros se consideraban «extranjeros e itinerantes» en el más acá, y «quien perteneciese a su iglesia perdía los derechos de un ciudadano terrenal»³⁶.

Como Jesús no estableció nada concreto al respecto, la distribución se verifica a través de los Apóstoles y teniendo por inminente el Juicio Final. De ahí que el dinero donado por los fieles no se emplee en producir o reproducir recursos, sino en evitar comercio y crédito. Los préstamos, como precisa Santiago, no sólo no deben devengar intereses sino que tampoco exigen reembolso, pues otra cosa «oprime al humilde»³⁷. Se trata de una Hacienda estrictamente transitoria, y no exenta de severidad para el defraudador:

«Un tal Ananías, de acuerdo con su mujer Safira, vendió una propiedad; reservó una parte en connivencia con su mujer y puso el resto a los pies de los apóstoles. Ananías, díjole entonces Pedro: ¿por qué ha llenado Satán tu corazón, hasta el punto de mentir al Espíritu Santo quedándote con parte del precio de tu campo? [...] No has mentido a los hombres, sino a Dios. Al oír estas palabras Ananías perdió el equilibrio y expiró. Un gran temor se apoderó entonces de todos cuantos lo vieron. Algunos jóvenes amortajaron el cuerpo y se lo llevaron a enterrar.

Unas tres horas después apareció su mujer, ignorante de lo sucedido. Pedro la interpeló: «Dime ¿el campo que vendisteis, valía tanto?» Ella repuso: «Sí valía tanto». Pedro continuó: «¿Cómo habéis podido conspirar para burlaros del Espíritu Santo? Pues bien, en la puerta tienes las pisadas de quienes han enterrado a tu marido, que te llevarán a ti también». En ese mismo instante ella se derrumbó y expiró. Un gran temor se apoderó de todos cuando se enteraron de estas cosas»³⁸.

Semejante gestión fiscal sintoniza con aquello que gnósticos cristianos y judíos llaman por estos años «ebriedad de lo inaudito». Pero dispone de un apoyo imprevisto en lo más pedestre y sobrio, pues el Imperio está llamado a adoptar un culto que bendiga en general la depauperación. Sólo hace falta que un genio coordine las necesidades del poder temporal y el espiritual.

III. El cristianismo operativo

Saúl de Tarso, luego Pablo el apóstol, fue un fariseo dedicado a perseguir comunas cristianas³⁹ hasta que —tocado por la luz— se compromete a «llevar la palabra de Dios a los paganos»⁴⁰. Antes de su *Epístola a los romanos* el bautismo era una inmersión acuática preparatoria para la apocalíptica inmersión en fuego, y a partir de ella es un requisito para que el «pecado original» no condene automáticamente al infierno. Como sólo los apóstoles y sus delegados pueden bautizar, el valor de este grupo se torna infinito para la especie humana, y hay una urgencia no menos infinita por lanzarse en misión hacia los cuatro puntos cardinales. No menos relevante es que antes de las *Epístolas* paulinas Jesús pasara por ser un mesías humano, y que gracias a ellas germine la idea de un Dios repartido en tres personae: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

La actividad de Pablo como organizador tampoco admite parangón, ya que convierte en distancia estética la desventaja inmediata de no haber conocido a Jesús. Tras filtrar tradiciones orales muy distintas⁴¹ edita el Nuevo Testamento, un cuerpo de doctrina unitario y a la vez multifacético donde más de un tercio de las páginas está ocupado por escritos suyos dirigidos a las primeras comunas. Con este texto —disponible desde principios del siglo ii— un credo local puede convertirse en secta ecuménica.

Para que la nueva fe tuviese futuro se imponían al menos tres condiciones adicionales, que este fariseo arrepentido de serlo asume explícitamente. 1) No tomar al pie de la letra el retorno inminente del Cristo, viendo en la redención un trabajo lento y a fin de cuentas indefinido⁴². 2) No identificar espera con ociosidad, organizando la Iglesia sobre algo omitido en los Evangelios: «De día y de noche debemos afanarnos con trabajo y fatiga para no ser una carga [...] Si alguien no quiere trabajar, que no coma»⁴³. 3) No confundir pobrismo con abolicionismo, amor incondicional por el débil y rechazo del siervo como institución, pues «los esclavos deben servir fielmente a sus amos»⁴⁴. Sus observaciones sobre la servidumbre combinan realismo e idealismo:

«Que cada uno siga en el estado en que lo encontró la llamada de Dios. ¿Eras esclavo? No te preocupes. Aunque puedas convertirte en libre, aprovecha más bien esa condición. Pues quien era esclavo es un liberto del Señor, tal como quien era libre es un esclavo de Cristo»⁴⁵.

«Esclavos, obedeced a vuestros señores terrenales con temor y temblor, de corazón. No os limitéis a la obediencia externa que busca concitarse el favor de los hombres, sino afanaos como esclavos del Cristo que ponen toda su alma en cumplir la voluntad de Dios»⁴⁶.

La vida de Pablo abre tantas interrogaciones sin respuesta como la de Jesús, fundamentalmente porque la única fuente de datos no delirantes sobre ella es el propio Nuevo Testamento. Campeón de los grecocristianos, que despliega una incansable labor apostólica en Asia Menor, Grecia e Italia, esa tradición le considera muerto en el año 64 —con ocasión de la matanza que siguió al gran incendio de Roma—, a finales del reinado de Nerón⁴⁷. La historia eclesiástica se sume luego en un siglo de profundas tinieblas, «pues en realidad estaba ya secularizada antes de Constantino, degradando seriamente sus pretensiones en materia de vida cristiana, pues no la unía la esperanza religiosa y el amor fraterno sino un orden jerárquico»⁴⁸. De alguna manera la actitud pudo revertirse, y cuando las noticias sobre la Iglesia se restablezcan su obra es ya el faro indiscutible de la Cristiandad. Para entonces los judeocristianos han sido desplazados por los grecocristianos y se ha impuesto el criterio paulino: «Todos deben someterse a las autoridades establecidas [...] pues quien se resiste a la autoridad se rebela contra Dios, y los rebeldes se ganan ellos mismos su condena»⁴⁹.

Dejando intacto el rechazo del comercio, su perspectiva recorta radicalmente el anarco-comunismo ebionita. Atendiendo a las *Epístolas* es evidente, por ejemplo, que flagelar a vendedores de velas y escapularios no constituye un deber piadoso, sino un acto de rebeldía punible.

1. Cambios en la opinión pública. Cuando empiezan a circular ediciones del Nuevo Testamento, a principios del siglo II, los cristianos le parecen al hombre culto orates a medio camino entre el pirómano y el mendigo, reclutados generalmente entre esclavos y otros pobres diablos. Plinio el Joven, que en 98 recorre Asia Menor, constata «desolación económica» en las áreas donde ellos predominan⁵⁰, pues rehúyen el mercado laboral para no contaminarse de paganismo y se aferran a una Segunda Venida inminente. Así seguirán durante algunas generaciones, pensando que el trabajo es un estigma derivado de la falta cometida por Adán y Eva —que

ellos borraron al bautizarse—, y sobreviviendo como meros consumidores. Es lo contrario de aquello que recomendaba san Pablo, pero el retraso del Apocalipsis impone un crecimiento no lineal.

En el siglo III nos consta que el contacto con «emblemas idólatras» impide trabajar para el Estado y los ayuntamientos, e intervenir en ocupaciones «disipadas» como el teatro, las artes o la enseñanza laica. Tampoco es admisible estar al servicio de pontífices, astrólogos y magos, ni que «carpinteros, albañiles, ebanistas, soladores, artesanos de cubiertas, pintores, grabadores, herreros, carniceros, floristas y otros oficios colaboren de alguna manera con cultos impíos»⁵¹. Tertuliano evoca al fiel del momento diciendo que «el hambre no aterra a quien está preparado para morir con Cristo», y el obispo de Cartago, san Cipriano, observa poco después: «Cuando el mundo era joven tenía sentido crecer y multiplicarse, si bien para su etapa de senectud lo pertinente es el consejo evangélico de ejercer la castidad»⁵².

Es llamativo que se considere etapa de senectud un proceso tan vigoroso y juvenil como el de la Iglesia de entonces, que crece en feligresía y patrimonio no sólo al amparo del fanatismo sino acumulando títulos de respetabilidad social. Las diócesis, por ejemplo, acogen a muchos niños abandonados por politeístas, reparten generosamente las dádivas recibidas y aunque al pagano culto su fe le parezca absurda ha dejado de ponerse en duda su benevolencia⁵³. Que la secta empiece a ser tomada seriamente en cuenta lo demuestran textos como el *Contra los cristianos* de Celso (178), donde se les acusa de no colaborar con el Estado: si continuasen reclutando prosélitos a un ritmo tan alto, el alistamiento militar se resentirá «necesariamente»⁵⁴.

Pocas décadas después, cuando los barrios cristianos no son más pobres que otros, y su credo abarca todos los estratos sociales, llegan las primeras persecuciones masivas. Hasta entonces los Césares se habían limitado a exigir respeto por los dioses ajenos —y en particular por los de Roma—, una actitud que se demostraba ofreciéndoles la más mínima fracción de dinero o un puñado de incienso en algún altar de la religión civil. Entre los mártires iniciales abundaban individuos desafiantes, prestos a maldecir e incluso atacar con piedras y martillos las efigies paganas, y es instructivo comprobar que dicha actitud pasa a ser menos frecuente a medida que sus comunidades crecen. Pero la entidad que van cobrando sugiere a los emperadores insistir en un óbolo simbólico a Júpiter, y

como los obispos exigen máxima intransigencia llega una nueva generación de mártires, cuyo rasgo distintivo es una Iglesia ya no formada básicamente por esclavos y marginales.

Por lo demás, y atendiendo al escándalo que cunde entre cristianos a la antigua ⁵⁵, es a partir de este momento cuando buena parte de sus hermanos empiezan a decantarse por la colaboración, asumiendo tanto los oficios civiles como el muy comprometido de legionario. Paralelamente, la identidad asegurada antes por el acto de aislarse pasa a recaer sobre una rectitud ideológica u ortodoxia, que los obispos empiezan a construir mediante asambleas secretas —los futuros sínodos—, dentro de un proceso depurador que no tarda en expulsar a Tertuliano (c.155-220) y Orígenes (185-264), sus apologetas más fervorosos, elocuentes y eruditos ⁵⁶. Llamados a ser los grandes santos de su época, una u otra herejía les convierte en aliados del Maligno, sin perjuicio de que la parte no herética de su obra siga siendo un elemento fundamental para la propedéutica cristiana.

Los propios obispos, que llaman vehementemente al martirio y castigan con severas penitencias a quien se consienta un asomo de respeto por las deidades paganas, sufrirán en su propia carne la necesidad del heroísmo. Vemos así cómo san Cipriano (200-258) ⁵⁷, prelado de Cartago, empieza escondiéndose ante la persecución de Decio y acaba no haciendo lo mismo con la de Valeriano. Tampoco faltan individuos tan versátiles como el papa Calixto I (217-222), que tras ser vendido como esclavo administra con picardía la casa de empeño de su amo para recobrar la libertad. Acto seguido gana una elección a obispo y acaba accediendo a la sede romana, en reñida batalla con el antipapa Hipólito. La historia eclesiástica no le reserva un lugar de honor, pero la Iglesia es ya un ser tan complejo como el Estado.

Así, tras empezar pareciendo algo común a unos pocos excéntricos, la secta se perfila no sólo como un enemigo mortal para la tolerancia religiosa sino como un poder independiente del resto de las instituciones. Roma se halla sumida entonces en el periodo de la llamada anarquía militar, y volver un momento a su situación nos ayuda a no perder el hilo de las relaciones entre fe y política.

IV. Lo divergente converge

Cuando Orígenes ronda la cuarentena, en 238, seis aspirantes al

trono batallan entre sí y la existencia del Imperio ya no asegura un intercambio de objetos variados entre ciudadanos distantes. Que los recursos se destinen a tapar agujeros pertenece al mismo orden de cosas en cuya virtud los caminos terrestres y marítimos vuelven a ser arriesgados o impracticables, mientras el valor de las propiedades se desvanece como agua vertida sobre arena. El traslado de anonas constituye la principal actividad no militar, y los medios de transporte se dedican en buena medida a esos repartos extracomerciales. Como siempre que cunde una aguda necesidad, las oportunidades para hacer negocios superlativos son excepcionales, pero los Césares llevan demasiado tiempo sometiendo a requisa los bienes de quienes podrían invertir y emprender.

Roma es el paradigma del amo que reclama un derecho infinito sobre el esclavo, y eso hace especialmente luminoso el proceso en cuya virtud sus ciudadanos acaban proletarizados en masa, entendiendo por proletario no el ilustre nombre de quienes aportaban prole a la República sino el estatuto de quien sólo posee necesidades, y está obligado a trabajar como mano de obra inespecífica, o a vivir de un subsidio.

1. Reorganizando la miseria. «Ser llamado a filas», recuerda un historiador, «estaba reservado a quienes tuviesen un país que amar, una propiedad que defender y cierta participación en unas leyes que respetaban tanto por interés como por obligación»⁵⁸. Como el minifundista quedaba exento del deber patriótico, la legión original estaba compuesta por granjeros de cierta entidad mandados por caballeros y dirigidos por senadores, que representaban a la aristocracia agraria. Ahora han desaparecido no sólo la antigua clase senatorial y la ecuestre sino aquél granjero, absorbido por latifundios o expropiado por el Fisco, correspondiendo los rangos militares a bárbaros o romanos míseros, condenados a una vida peor aún si no se enrolaran. Cuando no han salido de la tropa, los generales—emperadores pertenecen a la única elite profesional superviviente, donde conviven latinos con germánicos, balcánicos o hasta asiáticos como Filipo el Árabe.

Quienes antes asumían o supervisaban la producción y distribución de bienes trabajan como servidores públicos indiscernibles del esclavo, y militares en excedencia o en activo han acabado siendo propietarios de los predios rústicos y urbanos. Salvo jefes del ejército, que dirigen también las gigantescas policías, gran parte de los urbanitas dependen de alguna cartilla de racionamiento con la cual especulan tan juntos como aislados, temeroso cada uno de que otro le denuncie por rebeldía, sociedad secreta o magia. El espectro

social se achata, algo que si en un sentido venga al pobre del rico en otro le hunde más aún. Irse ciñendo progresivamente a lo imprescindible generaliza un ascetismo pintoresco: el de quien tiene siervos pero vive finalmente de conseguir alguna limosna, y aprende a estirar para una semana lo que comería en un día.

La contracción del producto precipita también un ocaso en el propio mercado de esclavos, cosa en principio estimulante para la actividad económica que ahora sólo refleja la progresiva falta de liquidez y empleo. Ya no sale a cuenta enseñarles un oficio y cobrar su salario, porque escasea cada vez más quien pueda pagarlo. Techo, vestido y alimento de sus siervos pasan a ser cosas demasiado caras para casi todos los amos, condenados a asumir el oficio de sus padres y a regalar trabajo cuando el Estado lo mande. Para cuando esté terminando el siglo III, a las profesiones obligatorias y hereditarias se suma la del armador que importa grano y cualesquiera otras ligadas al abastecimiento ⁵⁹ .

Llamar «baja clase media» al precipitado urbano de libertos y ciudadanos, como hace Weber, parece un eufemismo cuando la movilidad —ascendente o descendente— brilla en teoría por su ausencia. Tal o cual individuo quizá se convierta en magnate o hasta Emperador, pero la excepción confirma la regla y la regla es ahora un estancamiento que las leyes defienden con pena capital. Puesto que el colonato ha transformado al campesinado en una profesión tan hereditaria como los oficios civiles y militares, Roma parece haber descubierto un modo de tener tantos esclavos como habitantes, sin necesidad de comprarlos ni mantenerlos.

2. La militarización del comercio. Pero los portentos sólo se esperan devotamente en situaciones de desesperación. Como la iniciativa privada ha dimitido, en 273 los collegia relacionados con el transporte pasan a ser un servicio público dividido por secciones y negociados, y los Emperadores de esta etapa —todos de vida muy breve— tienen en común abordar el intercambio de bienes y servicios como una dependencia del mando; la economía política sería en realidad una esclava suya (*ancilla imperium*), cuyas funciones se resuelven delegando la actividad productiva y distributiva en sistemas forzosos de relación. El juego de oferta y demanda parece fuera de lugar cuando la ciudadanía ha pasado a ser una masa de no-propietarios en situación de paro crónico, y sólo su alto índice de mortalidad —unas veces por hacinamiento y otras por aislamiento— augura algún alivio.

Al empezar el siglo iv las guerras civiles han creado una postración tan intensa que los súbditos pagarán cualquier precio por la concordia, dando así a Diocleciano (244-311) el margen de confianza necesario para dividir el Imperio en cuatro sectores, confiados a dos Augustos (él mismo y Maximiano) y dos Césares (Galerio y Constancio Cloro). Obsérvese que el primero es hijo de esclavos, el segundo labriego, el tercero pastor y el cuarto patricio. Promoción social y carrera militar han acabado siendo estrictos sinónimos, en un sistema que culmina estatalizando el proceso del grano desde su siembra al reparto de harina. Un hito en la desvinculación entre estímulos y procesos es el edicto sobre precios máximos (301), que dicta topes salariales y valor de cambio a un millar largo de artículos. Ha empezado diciendo:

«¿Quién será tan insensible o falto de humanidad para no haber advertido que los precios excesivos se extienden por el comercio de los mercados y la vida cotidiana de las ciudades, y que el ansia desmedida de beneficios no es aminorada ni por la abundancia de suministros ni por los años de buen fruto? [...]

Como una situación provechosa para el género humano rara vez se acepta de modo espontáneo, y como la experiencia nos enseña que el temor es la guía más eficaz y la mejor regla para el cumplimiento del deber, nos complace que sea sometido a pena capital cualquier persona que incumpla las medidas de este estatuto» ⁶⁰ .

Lo «excesivo» del precio y lo «desmedido» de la ganancia se presentan como variables dependientes, en indudable detrimento del sentido común. Que los bienes resulten inaccesibles no obedece en realidad a una alta tasa de beneficio empresarial sino a lo contrario, algo manifiesto directa e indirectamente en pérdidas de capacidad adquisitiva. Diocleciano cree que producción y consumo crecerán cambiando lo «espontáneo» por el «temor», si bien le basta lanzarse a semejante empresa para constatar que carece de medios para inducir obediencia. «En el primer momento», refiere un testigo, «la alarma fue tal que nadie salió a vender, y la carestía empeoró aún más. Tras muchas ejecuciones, la simple necesidad llevó a revocar la norma» ⁶¹ .

Un espíritu menos incondicionalmente autoritario habría vacilado antes de lanzarse a nuevos experimentos coactivos,

pero dos años después vemos a este Augusto promulgar su célebre edicto de 303 sobre el código tradicional de costumbres. Allí recuerda a los cristianos que «lo bueno y verdadero» ha sido ya fijado ⁶², y les acusa de construir un gobierno secreto con ramificaciones en el ejército. Sus predecesores habían castigado por contumacia a quienes no hiciesen algún sacrificio simbólico, y es novedoso que él se comprometa a no emplear penas aflictivas: sólo está en juego una pérdida de la ciudadanía ⁶³. Pero semejante cosa depende de que nadie se oponga a ceder su edición de las Escrituras —para entregarla a las llamas—, y semejante orden sólo puede ser desobedecida.

Emergen por todas partes aspirantes al martirio, y tres nuevos edictos en poco más de un año —cada vez más severos— convierten la amenaza inicial en trabajos forzados y muerte, hasta desembocar en la persecución más grave de los anales cristianos. Miles de fieles sucumben y entre ellos nueve obispos, aunque es un número hasta cierto punto modesto considerando que hay ya varios cientos, quizá un millar según Gibbon. En cualquier caso, el voluntarismo ha logrado una vez más conseguir lo contrario de sus metas, pues la unidad y determinación de los perseguidos se fortalece en inmensa medida. Diez años después van a ser invitados a compartir las riendas del Estado.

El otro Augusto, Maximiano, se encarga de combatir a unas vagaudas que prefiguran las sublevaciones campesinas del medioevo ⁶⁴. La de Lyon nombra «emperadores» a Eliano y Amando, dos cristianos que en 283 acuñan moneda con sus efigies y pasan a ser mártires de la fe tras la derrota de 285 ⁶⁵. *Una Vida de san Babolino*, que divagará más tarde sobre tales eventos, afirma que aquellas muchedumbres rechazaron la propiedad instadas por un deseo de acelerar el Día del Juicio.

NOTAS

1 - Eliade 1983, vol II, p. 274.

2 - Troeltsch 1992, vol. I, p. 58.

3 - Bloom 2006, p. 34.

[4](#) - También podría ser cierto que Jesús —sin perjuicio de pertenecer al estamento artesanal— descendiera de un linaje davídico, título privilegiado para aspirar al estatuto de rey-mesías. Desde el profeta Daniel, y más aún en los años inmediatamente previos a su nacimiento, un desasosiego manifiesto en brotes de insurrección se une a rumores sobre la llegada de un nuevo David. Eso explica, por supuesto sin justificarla, la matanza de niños decretada por Herodes el Grande en Galilea, el territorio levantisco por excelencia.

[5](#) - *Anales XV*, 44.

[6](#) - *Contra los galileos*, 333b.

[7](#) - *Lucas 19:47, Marcos 11:53*.

[8](#) - *Lucas 19:45-46*.

[9](#) - *Ibíd.* 20:7.

[10](#) - Fundamentalmente, comenta el tributo debido al César, la resurrección de los muertos, la maldad de los fariseos, la futura ruina de Jerusalem y la venida del Hijo del Hombre.

[11](#) - *Ibíd.*, 22:36. Allí mismo añade: «Porque la Escritura dice: «Se le contará entre los forajidos»».

[12](#) - El consejo de notables o Sanedrín, donde están representados la nobleza («ancianos»), los saduceos («sumos sacerdotes») y los fariseos («escribas»). El Sanedrín decide acusarle de «blasfemia» cuando Jesús se identifica como el Mesías anunciado, «Hijo del Ungido». Cf. *Marcos 14:53 y 14:60-65*.

[13](#) - *Juan 19:12*.

[14](#) - La expresión aparece 5 veces en los evangelios de Mateo y Lucas, 6 en el de Marcos y 71 en el de Juan; cf. Johnson 1988, p. 145.

[15](#) - Para una argumentación en contrario, sostenida por un teólogo católico, cf. Lemonon 1987, p. 74-97.

[16](#) - A juzgar por el episodio donde san Pedro le corta la oreja a uno de los agentes policiales con su sica (*Juan 18:10*).

[17](#) - Josué tomó Jericó, y es célebre por pedir a YHWH que detuviera el Sol para poder exterminar a todos los derrotados en una batalla.

[18](#) - Bloom 2006, p. 35.

[19](#) - Cf. Johnson 1988, p. 146-147.

[20](#) - Cf. Shahak 2002, p. 125.

[21](#) - Algo análogo se observa con la prohibición de ordeñar, que permite aliviar la presión de las ubres y «nada más». Entre los ortodoxos del Israel actual, cuando alguien lo hace en sábado suele toparse con un cubo dejado bajo cada ubre por el trabajador del viernes, y de un modo no malicioso, puramente automático, acaba llevándolo a algún lugar fresco donde su fermentación esté controlada. Si esto último se hiciese de modo consciente violaría la Ley. Cf. Shahak 2002, p. 122-124.

[22](#) - Yer. Shabbat 3d.

[23](#) - *Horayot* 3, 7-8.

[24](#) - El primero en argumentarlo fue el padre Mariana, en el libro IX de su monumental *Historia de España* (1601).

[25](#) - Cf. Gibbon 1984, vol. III, p. 518.

[26](#) - *Hechos de los apóstoles*, 3:15. Es el primer discurso de san Pedro a «los hombres de Israel» en Jerusalem. A principios del siglo III san Hipólito considera a los judíos «avergonzados por haber matado con sus manos al Dios que vino» (*Refut. haer.* 9, 25).

[27](#) - En Amiano XX, 5, 7.

[28](#) - Es la tesis de Troeltsch. Hegel lo piensa siendo todavía muy joven, en textos que dejó inéditos como *El espíritu del cristianismo y su destino*, y *la Vida de Jesús*.

[29](#) - Padres de la Iglesia como san Ambrosio y san Jerónimo, por ejemplo, llaman «escritores eclesiásticos» a estoicos paganos como Séneca y Epicteto.

[30](#) - Amiano *Ann.* XXI, 5, 3.

[31](#) - Gibbon 1984, vol. I, p. 421.

[32](#) - Pablo, *Epístola a los romanos*, 7:14-24.

[33](#) - *Epístola a los gálatas*, 5:17.

[34](#) - La palabra «cristiano» —mesías en griego (*jristos*) con una desinencia latina— aparece en esa ciudad, y se exporta desde allí.

[35](#) - *Hechos de los apóstoles* 2:44. «No había entre ellos indigentes, pues cuantos eran dueños de haciendas o casas las vendían y llevaban el precio de lo vendido, y lo depositaban a los pies de los apóstoles, y a cada uno se le repartía según su necesidad» (Ibíd., 4:32-33).

[36](#) - Harnack 1972, p. 12-13.

[37](#) - *Epístola de Santiago*, 2:6.

[38](#) - *Hechos*. 5: 1-11.

[39](#) - Dirige la primera purga en Jerusalem, «devastando a la Iglesia cuando iba de casa en casa, deteniendo a hombres y mujeres» (*Hechos* 8:3).

[40](#) - Ibíd. 9:15.

[41](#) - Fundamentalmente, el hebraísmo en buena medida elemental que informa los evangelios «sinópticos» (Marcos, Mateo, Lucas) y la teología platónica-gnóstica-zoroástrica de Filón, que inspira el evangelio de Juan, así como la *Epístola* joánica y el *Apocalipsis*.

[42](#) - En su segunda carta a la comunidad de Tesalónica advierte: «No dejéis que vuestro espíritu se agite demasiado deprisa y se alarme con palabras proféticas [...] orientadas a pensar que el Día del Señor ha llegado» (2:2).

[43](#) - Ibíd. 2:8-10.

[44](#) - *Epístola a Timoteo* 6:1.

[45](#) - *Epístola a los corintios* 7:20-23.

[46](#) - *Epístola a los efesios*, 6:5-7. Su respeto por la institución del señorío le lleva a convencer a cierto esclavo huido —el converso Onésimo— para que vuelva a su amo, cuando la ley mosaica no impone tal cosa e incluso prohíbe molestar al siervo de otro; cf. *Epístola a Filemón* 1:8-15.

[47](#) - Para eliminar el rumor de que él mismo había provocado el incendio, Nerón «buscó unos culpables y castigó con las penas más refinadas a unos a quienes el vulgo odiaba por sus maldades y llamaba cristianos [...] En primer lugar fueron apresados los que confesaban, y luego —delatada por ellos— fue condenada una enorme multitud, acusada no tanto del incendio como de odio al género humano [...] Nerón había ofrecido sus jardines para que pereciesen despedazados por perros tras cubrirles con pieles de fieras, clavados en cruces y prendidos cuando faltaba la luz del día para que sirviesen de iluminación nocturna» (Tácito, *An.* XV, 44).

[48](#) - Harnac 1905, p. 19.

[49](#) - *Romanos*, 13:1-3.

[50](#) - Cf. Troeltsch 1992, vol. I, p. 124.

[51](#) - *Ibíd.*, p. 123-124.

[52](#) - Tomo ambas referencias de Troeltsch, p. 120.

[53](#) - Es el caso, entre otros, de Luciano de Samosata (*De morte peregrini*, 13) y el propio emperador Juliano (*Epístola* 49), testigos de que la caridad cristiana se aplica también al no cristiano.

[54](#) - Orígenes le responderá que «cuando todos los hombres se hayan convertido en cristianos hasta los bárbaros se sentirán inclinados a la paz» (*Adv. Cel.* I,3).

[55](#) - Troeltsch 1992, vol. I, p. 120.

[56](#) - Orígenes, un hijo de mártir que es el primero en formular el misterio de la Trinidad, demuestra su celo anticarnal con una apocatástasis o automutilación siendo ya adulto. No ha dado ese paso sin sopesar el consejo de Jesús: «Así como algunos son incapaces de casarse porque nacieron eunucos, o fueron castrados después, hay quienes renuncian al matrimonio por el

reino de los cielos» (*Mateo* 19:12).

[57](#) - De él provienen expresiones inmortales, como que «la Iglesia es la Esposa pura de Cristo», y que «no tendrá a Dios por Padre quien no tenga a la Iglesia por Madre».

[58](#) - Gibbon 1984, vol. I, p. 39.

[59](#) - Cf. Gil 1985, p. 248-249.

[60](#) - Diocleciano, en Cameron 2001, p. 38.

[61](#) - Lactancio, *Sobre las muertes de los perseguidores* 7, 5-7.

[62](#) - La Exposición de Motivos empieza diciendo: «Los dioses inmortales, en su providencia, se han dignado disponer que lo bueno y verdadero quedara aprobado en su totalidad por el consejo de muchos hombres buenos, egregios y sapientísimos, verdades a las cuales no es lícito oponerse».

[63](#) - Cf. Eusebio, *Hist. eccl.* VIII, 2, 4.

[64](#) - Véase más adelante, capítulos XIV y XV.

[65](#) - Cf. electricscotland.com/history/celts/celts6.s



© Antonio Escotado 2008
LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO
<http://www.escotado.org>

Development Sciences Network Presence
www.catalanhost.com



Los Enemigos del Comercio

LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO

7

Un Imperio cristiano

«Dios es una palabra relativa que se refiere a los siervos, y *deidad* es su dominio no sobre el cuerpo propio —como piensan aquellos para los cuales es alma del mundo—, sino sobre siervos [...] Admiramos a dios por sus perfecciones, pero le adoramos debido a su dominio, pues le adoramos como siervos.»

I. Newton ¹.

Diocleciano abdica al poco, amargado por los límites de la coacción, y las guerras que esto provoca acaban favoreciendo a Constantino —uno de los siete aspirantes en liza— gracias al apoyo de legionarios cristianos, respaldados por sus comunidades occidentales y orientales. Faltan noticias sobre un proceso de acercamiento entre el Imperio y la secta perseguida hasta entonces, que quizá comienza en 311 cuando el César Galerio devuelve al papa Melquíades algunas propiedades incautadas. Sea como fuere, el edicto de Milán (313) —fruto de deliberaciones igualmente desconocidas entre Constantino y el papa Silvestre I— pone en marcha la cristianización del Imperio.

«Hemos tomado esta saludable y rectísima determinación de que a nadie le sea negada la facultad de seguir libremente la religión que ha escogido para su espíritu [...] Hemos decidido anular completamente las disposiciones previas sobre los cristianos, por hostiles y poco propias

de nuestra clemencia, y permitir de ahora en adelante a todos los que quieran observar esa religión hacerlo libremente.

Por lo que se refiere a ellos, hemos decidido que les sean devueltos los locales en donde antes solían reunirse, ya sean propiedad de nuestro Fisco o hayan sido comprados por particulares, y que no deban pagar por ello ningún dinero ni ninguna clase de indemnización. [...] Todos estos locales deben ser entregados inmediatamente y sin ninguna demora a la comunidad cristiana»².

Apenas han pasado doce años del edicto sobre precios, que quiso combatir la inflación a golpes de espada, y nada puede evitar que el valor de los bienes siga degradándose, pero el llamamiento a la santa pobreza relega la crisis material a asunto de segundo orden. Cosas tan aborrecidas como la inmovilidad física y laboral, o el retorno al trueque en la mayor parte del Imperio, podían ser interpretadas —y lo fueron— como victorias de la justicia social sobre el dinero. Desde la perspectiva eclesiástica el colapso de la economía monetaria es un éxito ético, que frena en seco la avaricia del comercio. Desde la del poder político una nueva resignación es tan bienvenida como la posibilidad de confiscar los templos paganos, único botín que puede compararse con el obtenido dos generaciones antes saqueando los ayuntamientos.

Tanto se iban a compenetrar el interés imperial y el eclesiástico que el Estado alcanzaría un periodo de estabilidad sin precedente en siglos, simbolizado por la égida de Teodosio el Grande (384-395). Estimulada por exenciones fiscales y de reclutamiento, la Iglesia puede «dedicarse completamente a servir su propia ley»³, algo en realidad tan práctico como que los obispos asuman las nuevas divisiones administrativas creadas por Diocleciano —las «diócesis»— y pongan en marcha tanto una catequesis como un sistema de beneficencia más adaptado al caso concreto que el de las anonas. En pocas décadas esos obispados amasan un patrimonio sólo comparable al de la casa imperial, y lejos de inclinarse hacia alguna secesión o rebeldía contribuyen a calmar el descontento rural y urbano.

Con las religiones civiles está a punto de desaparecer el propietario antiguo, protegido por el dios Término aunque acosado por Césares que llevan siglos moviendo las lindes a su

antojo. Esta precisa fuente de indignación, nuclear para los escritores paganos, es algo que los cronistas cristianos no mencionan siquiera sea de pasada. Tampoco protestan ante un nuevo giro de tuerca en la presión fiscal, ni atendiendo a la transformación masiva del campesinado en masa servil y ni siquiera se hacen eco de algo tan escandaloso como que Constantino mande envenenar a su primogénito, Crispo, y cocer en un baño turco a su propia esposa, Fausta⁴. Como empieza diciendo la *Historia eclesiástica* de Eusebio (263-339), «sólo aludiremos a hechos útiles para los cristianos y la posteridad».

Constantino sigue siendo san Constantino en el calendario de la Iglesia ortodoxa griega, y tanto en oriente como en occidente su reinado se considera una «enorme aportación al bien común»⁵, trofeo de una época caracterizada por «profunda paz y prosperidad»⁶.

I. Del rey divino al César-Papa

La leyenda cuenta que este emperador fue pagano hasta la víspera de una batalla, cuando se le apareció la Cruz y oyó «bajo este signo vencerás». No es leyenda que su padre, el César Constancio Cloro, trató siempre con benevolencia a los cristianos y que su madre sería canonizada como santa Elena. Con todo, Elena fue una concubina pasajera, y en aquél tiempo los patricios —desde su padre al propio Diocleciano, en cuya corte se educó— veneraban al Sol como ser supremo⁷, algo ligado frecuentemente con los Misterios de Mitra, favoritos de los militares desde tiempos de Cómodo.

Estamos en la edad de oro para toda suerte de cultos con promesa de salvación, y la aristocracia romana combina fluidamente ideas monoteístas de raíz egipcia e incluso hindú con la religión civil y una pléyade de Misterios adicionales como los de Baco, Isis, Hermes y Attis. El Constantino joven se bautiza aspergido por la sangre de un toro que estaba siendo degollado sobre su cabeza, conforme a la ceremonia mitraica, y es digno de recuerdo que sólo pida el bautismo cristiano a la hora de morir, unos treinta años más tarde.

1. Cristianos y católicos. Cuando decidió aliarse con la Iglesia no entraba en sus planes que la nueva religión oficial pasara del ultrapacifismo a inmisericordes luchas internas, y se conserva una carta suya recomendando a los obispos «el ejemplo de los filósofos griegos, capaces de sostener sus argumentos de modo

sereno y conservar su libertad sin violar la amistad»⁸. La naturaleza de Jesucristo era una cuestión debatida desde los primeros tiempos⁹, y doce años después de promulgar el edicto de Milán le vemos mediando como Censor en el Concilio de Nicea, donde disputan Arrio (256-336)¹⁰ y san Atanasio (296-373); el primero y sus obispos monopolizan el nombre «cristianos» hasta bien entrado el siglo vi, el segundo es el origen de los «católicos». Uno dice que «el Hijo tiene un comienzo, el Padre es inengendrado»¹¹, el otro que el Hijo no es semejante (*homoiusión*) sino igual (*homoousión*) al Padre, pues «Dios mismo ha entrado en la humanidad»¹². No se trata de una cuestión retórica.

En efecto, Arrio presenta a Jesús como el último profeta, y defiende una religión con el mínimo de misterios que anticipa punto por punto el monoteísmo islámico. Atanasio le opone un credo colmado de paradojas¹³, insistiendo en aquello que diferencia radicalmente a su religión de la mosaica y la mahometana: el Hijo es tan divino como el Padre, y también lo es el Espíritu Santo o comunidad de los fieles. Que Dios se haya «encarnado» justifica no sólo adorarle a él sino a los santos, que en muy poco tiempo concentran gran parte de la devoción popular y llenan las iglesias con sus reliquias. La santidad ya no es un atributo exclusivo de seres sobrenaturales, sino algo posibilitado por la naturaleza de Jesucristo como «hijo del Hombre»¹⁴.

Con el cisma entre cristianos y católicos emerge también la Iglesia como potencia agresiva. Constantino, para el cual la polémica es un mero juego de palabras, apoya a los obispos mayoritarios en Nicea y defiende la divinidad del Cristo, pero no tarda en revocar el destierro de los arrianos y destierra a Atanasio, cabeza de los trinitaristas. Más aún, acaba abrazando el cristianismo anticatólico hasta el extremo de hacerse bautizar por otro arriano, a quien ha nombrado obispo de la Corte. El primer síntoma de que el acuerdo es imposible ha llegado un año antes de que él muera, cuando ordena el emperador suspender la excomunión dictada contra Arrio.

Al publicarse el decreto imperial este anciano heresiarca, acompañado por una multitud de adeptos, se dirige con intención de comulgar a una iglesia de Constantinopla, donde hasta entonces se le negaba el sacramento. Está punto de consumarse, pues, la profanación más temida: un esbirro de Satán va a recibir el cuerpo y la sangre de Cristo, derramada

precisamente para evitar que los fieles padezcan el contagio de los traidores. Pero estando ya a pocos metros del lugar ocurre un milagro:

«La conciencia de su malignidad le alcanzó acompañada por una violenta relajación de sus intestinos [...] que expulsó incluso por esa vía partes del bazo y el hígado»¹⁵.

Algunos se sienten inmensamente aliviados por la evitación del sacrilegio, pero los partidarios del cristianismo sin misterios llaman simple envenenamiento al prodigio¹⁶, siguiéndose una escalada de represalias y contrarrepresalias que algo más adelante arroja en un solo día «tres mil ciento cincuenta cadáveres»¹⁷. Protegidos luego por el hijo y sucesor de Constantino, los arrianos de Oriente lograrán sobrevivir hasta que Teodosio el Grande deponga a su patriarca de Constantinopla, en 380. Mejor suerte les aguarda en Occidente, ya que sus obispos han convertido a casi todas las tribus bárbaras y subsisten en los territorios ocupados por ellas hasta principios del siglo VI, cuando el franco Clodoveo se ponga al servicio del catolicismo e inicie su exterminio.

II. Novedades fiscales y finanzas

Constantino adopta el título de «obispo de los sin Iglesia», puente entre ella y la parte aún pagana de su reino, dando también el paso político decisivo desde el Divus o rey divino a un monarca ungido por la gracia de Dios. Pero hemos dejado a los panegiristas católicos celebrando la «profunda paz y prosperidad» de su reinado, y no está de más precisar algo al respecto. Cuando derrota a su último rival el kilo de oro vale ciento veinte mil denarios, y diez años más tarde vale quinientos cincuenta mil¹⁸. Esta inflación, superior a la padecida en tiempos de Diocleciano, obedece a sus causas crónicas y a la liquidez derivada de saquear algunos miles de santuarios paganos, manifiesta a su vez en una moneda de oro —el *solidus*— que apenas nadie ve en el Oeste, donde lo circulante son denarios viles o de bronce.

Como confirmarán tantas excavaciones, el efectivo de calidad se ha enterrado, y para desenterrarlo el César-Papa añade a los impuestos existentes uno en oro y plata (el *chrysargiron*), que sólo grava a profesionales y comerciantes. El nuevo gravamen es moralmente irreprochable, ya que ambos grupos concentran el desprecio social, pero la salud económica de estas personas

es tan precaria que Constantino debe reforzar el cobro con torturas:

«Cada cuatro años, cuando tocaba pagar este impuesto, se oían llantos y lamentaciones por toda la ciudad, porque prescribía tormento para quienes no pudiesen satisfacerlo. Las madres vendían a sus hijos, y los padres prostituían a las hijas ante el apremio de los recaudadores»¹⁹.

Lo equivalente al *chrysargiron* para el populacho urbano y las masas rurales son nuevas limitaciones a la ya ínfima libertad de movimiento y profesión. El derecho se endurece hasta extremos de crueldad aterradora²⁰, mientras la situación del agricultor libre se hace indiscernible de la esclavitud. En 332 un edicto modifica lo prescrito por los Antoninos y determina que los colonos sospechosos de querer abandonar su tierra podrán ser encadenados «indefinidamente», mientras añade a las profesiones ya obligatorias y hereditarias las de carnicero, molinero, panadero y traperero; no sólo ellos sino «sus respectivos gremios serán castigados si no denuncian de inmediato el abandono furtivo del municipio»²¹.

Los dominios del primer y único Emperador santo son ya explícitamente una jaula, en cuyo interior tanto civiles como militares deben vivir y morir haciendo aquello que sus respectivos padres hicieron. Dos tercios de los altos funcionarios siguen siendo paganos, pero dejar de perseguir la intolerancia y otorgar privilegios al cristianismo basta para que lo minoritario vaya dejando de serlo. Al crecimiento espontáneo de la secta se añade un creciente monopolio no sólo cultural sino administrativo, y en pocas décadas aquello que al pagano le parecía catastrófico se transmuta en fruto maduro de la filantropía evangélica.

Materialmente, la tendencia recesiva encuentra su excepción en el potente foco de desarrollo que es Constantinopla, fundada en 330 como Nova Roma y embellecida por el César-Papa saqueando todos los monumentos griegos, sirios y egipcios desplazables hasta allí. Sede de la Corte a partir de entonces, la ciudad y su entorno pasan a ser la única zona del Imperio donde la indigencia y el despotismo de los recaudadores y policías encubiertos no dibujan un panorama dantesco. Pero tiene como contrapartida su compromiso con el puntillismo teológico, y lo que en otras latitudes se debe a miseria y expolio gubernativo en la nueva Roma depende de una persecución religiosa casi tan eficaz para diezmar a sus

habitantes.

III. El colapso del paganismo

Constancio (337-361) mantiene y amplía la preferencia de su padre por los arrianos, y persigue sin éxito al infatigable san Atanasio durante dos décadas. Pero mucho más decisivo en términos políticos es que inaugure la represión del no cristiano, con un edicto de 353 donde precisa:

«Es nuestra voluntad que en todas las ciudades y lugares se cierren los templos de inmediato [...] Es igualmente nuestra voluntad que todos los súbditos se abstengan de sacrificios. A quien sea culpable de semejante acto hágasele sentir la espada de la venganza, y tras la ejecución confísquense sus propiedades en beneficio público»²².

He ahí algo monstruoso para su sobrino y sucesor Juliano el Apóstata (331-363), un héroe trágico²³ que muere prematuramente cuando trataba de conquistar Persia, abatido por una jabalina quizá lanzada por algún cristiano de sus propias tropas²⁴. Superviviente casi único de la masacre que Constancio organiza contra su familia, el futuro emperador recibe una educación helénica que le inspira una precoz pasión por la filosofía y las letras²⁵, haciéndole fantasear con un destino de líder religioso e incluso ermitaño. Sin embargo, cuando las circunstancias le encomiendan el mando de las legiones de la Galia demuestra grandes dotes de estratega, y un denuedo lindante con la temeridad que le iba a acompañar hasta el fin de sus días.

La muerte de Constancio, que ahorra batallar contra él, le entrega el Imperio en un momento donde los sacrificios de animales sólo llevan ocho años prohibidos. El estado de cosas parece tanto más reversible cuanto que los senados de Roma y el resto de las ciudades son abrumadoramente paganos, como la cúpula militar, y su promesa de restablecer la tolerancia religiosa tradicional tiene el apoyo de toda la aristocracia y buena parte del pueblo bajo. Juliano repite en cartas a muchas ciudades que sólo quiere restablecer la imparcialidad religiosa del Imperio, sin acto alguno de hostilidad hacia cristianos y católicos. Únicamente les pide un respeto hacia los demás como el que él les otorga ellos, a despecho de ser un pagano muy fervoroso.

Por otra parte, los asesinos de su familia fueron cristianos y Juliano aprendió desde niño a odiar en silencio al «Galileo». Cuando una concatenación de azares le lleve al trono ese sentimiento ha madurado y le convence de que su responsabilidad como estadista no es sólo reinstaurar la tolerancia romana, sino disuadir a los fieles de la nueva religión sin necesidad de emplear violencia, «con el *logos* como única guía»²⁶. Bastará reanimar la piedad antigua con una especie de Iglesia paralela, que evite la maldición del fanatismo y retenga aquello a su juicio más envidiable de los «galileos»: hábitos sexuales no promiscuos y disposición a la ayuda mutua.

En principio, su principal aliado es el fanatismo y la guerra a muerte declarada entre arrianos y católicos. El derecho de Roma le ampara también cuando exige que ambos devuelvan cualquier propiedad expropiada, y reconstruyan a costa de sus propios recursos los templos previamente demolidos. Queda por último estimular la educación pública con inversiones en escuelas y bibliotecas, que subrayen la diferencia entre un legado cultural científico y el dogma como criterio. Librados a sus disensiones internas, compelidos a devolver lo usurpado, puestos en pie de igualdad con otros cultos y escarnecidos por su barbarie, Juliano espera que el espíritu del Galileo entrará en decadencia. Con todo, su programa alterna lo ecuánime con lo no ecuánime, lo oportuno y lo anacrónico.

1. Las razones del politeísta. Por ejemplo, suspender los privilegios otorgados al clero eclesiástico, poniendo a sus sacerdotes en pie de igualdad con el resto, no es una «cruel opresión» como alegan los obispos arrianos y trinitaristas. Pero desenraizar el fanatismo es mucho más sencillo de proponer que de conseguir sin medidas políticas discriminatorias. Adriano intentó desalentar al celote retando impunemente a YHWH, y él opta por «prohibir la docencia a profesores cristianos de retórica y enseñanza media»²⁷. A su juicio, «quien exalta el mérito de una fe sumisa no es apto para reclamar los logros de la ciencia ni gozar de ellos»²⁸.

No le falta finura al sarcasmo y, con todo, aplicar al Imperio esa política educativa estaba lejos de ser el acto de un estadista justo, y tampoco faltaron paganos convencidos de ello²⁹. Menos discriminatorias y también memorables fueron algunas decisiones adoptadas durante su estancia en Antioquía. Allí constató que el templo a Apolo y Dafne³⁰ —uno de los santuarios más famosos de la Antigüedad— había sido

saqueado por el obispo Babilas y transformado luego en mausoleo suyo. Para evitar reproches de profanación mandó su féretro a un cementerio cristiano y puso grandes cuadrillas a trabajar día y noche en la reconstrucción del lugar, pues le ilusionaba volver a consagrarlo antes de partir hacia Persia. A última hora un incendio —atribuido por la *vox populi* al contrariado espíritu de san Babilas— redujo a cenizas el conjunto. La reacción del Apóstata fue confiscar bienes eclesiásticos suficientes para resarcir al Estado —incluyendo los objetos más valiosos de su catedral—, y dirigir una breve epístola al pueblo de Antioquía:

«La ley de los galileos promete el reino de los cielos al pobre, y con una ayuda tan providencial como la mía —que les aligera de posesiones temporales— avanzarán más deprisa por la senda de la virtud y la salvación. Pero si los desórdenes llamados milagros continuasen tendrán motivo para temer no sólo la requisa y el destierro, sino el fuego y el acero» ³¹ .

En la importante ciudad de Edesa, donde habían estallado feroces luchas entre cristianos y católicos, castiga a ambas Iglesias ordenando que su dinero sea repartido entre las tropas enviadas para restablecer el orden y sus bienes se confisquen, «para que sean sensatos en la pobreza y no se vean privados del reino de los cielos que sigue esperando» ³² .

Una mezcla de furor y estupefacción análoga suscitó el trato dado al obispo arriano de Aretusa, Marcos, muy distinguido en su tiempo como destructor de monumentos paganos. Con órdenes de no matarle, sus emisarios le colgaron algún tiempo desnudo y untado de miel dentro de una red suspendida en la plaza pública, expuesto así a los insectos y el sol de Siria. Conocemos el episodio gracias —entre otros— a un obispo católico, cuyo horror ante el hereje dio paso entonces al rendido elogio ³³ . En realidad, los «galileos» estaban excelentemente preparados para el martirio, no para hacer frente al ridículo o a indemnizaciones económicas puntuales, y la prematura muerte de Juliano privaría a la posteridad de más episodios en su apasionante polémica con la nueva religión. Nada permite excluir la posibilidad de que ambos duelistas hubiesen acabado recurriendo a medios mucho más violentos.

2. El príncipe-pontífice. Sin embargo, tener un campeón fuerte, valiente, culto y defensor en general de la libertad no

justifica suponer que el politeísmo fuese entonces una alternativa viable de progreso. Sólo la trivialidad justifica a fin de cuentas los ríos de tinta nostálgica que le presentan como una combinación de Esquilo y Julio César, cuya supervivencia hubiese frenado la crisis. El Imperio languidecía por falta de rendimiento en el trabajo, desmoralizado ante atropellos a los derechos civiles que vetaron el desarrollo de iniciativa privada. Pretender que el culto a una deidad u otra podría haberlo invertido ignora el proceso que empieza encumbrando a la sociedad esclavista, desemboca sin querer en su decadencia y debe inventar a tientas un sistema alternativo, como irá haciendo el medioevo europeo.

Los textos religiosos de Juliano, o los de su maestro Libanio, deparan un espiritualismo tan endeble en concepto como el de sus adversarios monoteístas, lastrado adicionalmente por grandes cargas de ampulosidad soporífera³⁴. Su fascinación ante charlatanes como Jámblico y Máximo de Éfeso, promotores de la teúrgia —una técnica para obtener «contacto íntimo» con Júpiter, Marte y otros dioses—, hizo que se afanara seriamente en lograr que las estatuas cobrasen movimiento o hablaran, guiado finalmente por obras seudónimas como los *Oráculos caldeos* y otras expresiones de la llamada Gran Magia. Considerándose un augur muy experto, todos los días inmolaba personalmente algún animal³⁵, y quiso reconstruir el templo de Jerusalem para devolver la «fastuosidad debida a los holocaustos», aunque «no fuese tanto un estricto observador del culto como una persona supersticiosa»³⁶. Tampoco carece de alguna excepción su fama de clemencia con las personas³⁷.

Como hombre de Estado exhibe incoherencias paralelas. Se propone, por ejemplo, estabilizar el abastecimiento de trigo a Antioquía fijando por decreto un precio muy bajo, y —a costa de otras ciudades, empezando por Constantinopla— introduce en su mercado cuatrocientas mil medidas (*modius*) de grano imperial para asegurarlo. Pero ese grano artificialmente barato es adquirido de inmediato y reexportado en parte, mientras el bajo precio del trigo desanima radicalmente al cultivador, con lo cual la solución desemboca pronto en agudo desabastecimiento. Amiano observa que «con un evidente deseo de popularidad se afanaba por abaratar las mercancías, una cuestión que si no se regula como conviene suele producir escasez y hambre»³⁸.

En otro plano, despidió a miles de funcionarios y empleados

porque ser abstemio sexualmente y muy frugal en las comidas le eximía de sus servicios. Sin embargo, ese ahorro nunca fue comparable al renovado gasto en sacrificios, que exigía importar sin pausa aves «raras y hermosísimas» y celebrar al menos una hecatombe diaria de bueyes³⁹. Genial para ridiculizar al crédulo, y ridículamente crédulo él mismo, su restauración del *logos* griego puso de relieve a qué extremos de manierismo había llegado la filosofía. Su revolución conservadora, que empieza desconcertando a los obispos, no tarda en servirles como instrumento para poner de relieve lo esencial: la religión cristiana evita los sacrificios sangrientos, la del Apóstata es un culto tan inmerso en la crueldad como corresponde a dioses que pura y simplemente se alimentan de sangre. Todo el oropel de mitos ingeniosos y poetas excelsos no basta para velar que el paganismo está hipotecado al mundo del chivo expiatorio, cuando Jesús ha pedido expresamente ser el «último» de los inmolados en nombre de esa terapia.

Es un hito histórico, comparable quizá con la aparición de democracias, que precisamente tal cosa —el consejo de un galileo difuso en términos registrales— haya pasado a ser evidencia y regla para millones de personas, todas ellas convencidas de que resulta fútil inmolar víctimas propiciatorias. También es llamativo que semejante progreso deba atravesar una mediación muy profunda, pues prohibir sacrificios de animales reintroducirá una práctica indefinida de sacrificios humanos. El culto del amor fraterno demanda tal catarsis.

IV. La consolidación del dogma

Tras el breve interludio politeísta, un Joviano que dura ocho meses es sucedido por otro militar lleno de méritos castrenses como Valentiniano, que se divide el Imperio con su tímido hermano —reservándose él Occidente— y reina doce años. Ser nieto de labriegos le impulsa a adoptar algunas medidas sociales, como sufragar un médico público por cada uno de los catorce distritos de Roma, ciertamente escasos para atender a miles de pacientes cada uno. Por lo demás, su elemento es la crueldad, y se entretiene con dos osos enormes cuyas jaulas ubica siempre a poca distancia de su dormitorio, complacido por «el espectáculo de verles desgarrar y devorar a aterrados malhechores»⁴⁰. Cuando lleva dos años reinando, en 366, el agitado clima teológico de la capital se manifiesta en hechos como que la elección de san Dámaso⁴¹ como obispo produzca 137 cadáveres, fruto de las luchas entre partidarios suyos y partidarios de Ursino, el otro aspirante, que le acusa de

connivencia con los arrianos⁴².

Meses más tarde entra en vigor su *Lex maiestas*, que define el paganismo como alta traición, remunera a delatores y autoriza el uso de torturas para las averiguaciones⁴³. Hasta ese momento la acusación de desacato o lesa majestad fue el instrumento principal para que los emperadores asesinasen y expropiasen a todo tipo de adversarios, y desde ahora estas facultades se aplican también a una defensa del dogma. Las familias destruyen libros, cuadros, estatuas y cualquier objeto capaz de sugerir magia, apostasía o indecencia, pues «resulta difícil recordar a alguien absuelto, tras activarse la maquinaria punitiva con poco más que un susurro»⁴⁴. La estatua de Victoria abandona el Senado romano tras presidirlo de modo inmemorial, y las protestas de los senadores —muy mayoritariamente paganos todavía— se acallan recordándoles que «la superstición» es ya *crimen publicum*⁴⁵. Como dirá el emperador Teodosio, ese desacato «sólo puede expiarse con la muerte»⁴⁶. No hay quizá otro caso de una religión milenaria borrada de un plumazo, prueba categórica de una desintegración tan profunda como previa.

1. Una revolución cultural. Los templos padecen el celo incansable de obispos arrianos como Marcos de Aretusa y Jorge de Capadocia, o católicos como Teófilo y Cirilo de Alejandría. Teófilo organiza la quema y posterior demolición en 391 del «edificio más imponente del orbe»⁴⁷, el templo dedicado al Zeus egipcio que es Serapis. Cirilo, que le sucede en el solio, maneja a su claque⁴⁸ hasta lograr que una turba encabezada por Pedro el Lector incendie su Museo —tan lleno de iconos ultrajantes— en 415 y descuartice de paso a Hipatia, hija del matemático Teón y por entonces la mujer más culta del Imperio. Las llamas del Museion pasaron hasta la Biblioteca contigua, que en tiempos de Marco Antonio y Cleopatra tenía unos 900.000 títulos en depósito, entre ellos los más antiguos rollos homéricos⁴⁹. Siglos después, obrando en nombre de otro monoteísmo, el califa Omar convirtió los sesenta mil rollos restantes en material para calentar *hamams* públicos. Los libros son superfluos, dijo, porque o repiten el Corán o se atreven a discutir sus preceptos.

Comentaristas recientes constatan que ni los obispos Teófilo y Cirilo ni el califa Omar dejaron órdenes escritas, sumiendo así el asunto en profundas brumas, pues Gibbon —su principal

acusador en materia de ambas quemas— no acaba de aclarar cuáles fueron sus fuentes para afirmarlo. Pero ¿qué pasó con la Biblioteca? La arqueología muestra estaba acondicionada para acoger a unos cinco mil investigadores, y sabemos que la crisis espiritual del Imperio llevaba siglos alimentando vocaciones al estudio. Ptolomeo III, por ejemplo, pagó gustosamente una fortuna para traerse de Atenas los manuscritos de Esquilo, Sófocles y Eurípides; y está atestiguado también que sus bibliotecarios lograron anexionarse obras y bibliotecas enteras —como la de Pérgamo— por medios muy diversos y no siempre equitativos. Su fervor académico tenía como estímulo adicional el cobro de comisiones y otras prebendas ligadas a cada compra.

Algo tuvo que borrar del mapa un volumen tan extraordinario de documentos acumulados durante siglos, cuya pérdida mutila sin remedio una parte considerable de la memoria humana. A falta de pruebas documentales, el hecho puede atribuirse a las ratas, ayudadas por incendios ligados a mero descuido; pero no es verosímil atribuirlo a un saqueo de particulares, pues pronto o tarde esa conducta habría revertido en nuevas copias. Menos aventurado parece ligar la desaparición de esas obras con una auténtica revolución cultural, que se aplicó igualmente a borrar las huellas de su propia empresa. Nos consta, por ejemplo, que el celo censor no sólo recurrió a expurgaciones totales sino selectivas, donde además de suprimir tales o cuales obras el bibliotecario se tomaba también el trabajo de cambiar el catálogo de las correspondientes a cada autor⁵⁰. Así la obra en cuestión no se había perdido en realidad, ya que nunca se había acercado a la existencia.

Aunque carecemos de datos puntuales sobre el incendio de 415, abundan informaciones sobre la revolución cultural misma, que es fundamentalmente una consecuencia de tomar al pie de la letra el dogma de la Encarnación. Para entonces las formas más florecientes de culto se centran en la Virgen-Madre y los mártires, y cada parroquia brilla en función del número y calidad de los iconos, exvotos, amuletos y reliquias expuestos al público, recuperando así el viejo negocio del santuario pagano en el nuevo clima monoteísta. Los huesos —particularmente valorados si conservan huellas de cabello y tejido—, son el objeto más usual de veneración, trasponiendo de un modo sencillo e inmediato el principio feísta y el gusto por la mutilación formulado originalmente por los esenios y proseguido por el programa ebionita⁵¹. Como cuenta el más erudito de los historiadores elesiásticos, «cuanto menos estética fuese una reliquia, y más repugnante en términos de encanto

sensible, más garantizado estaba su carácter sagrado» ⁵² .

NOTAS

1 - Newton 1987, p. 619-20. Minúscula en el original (*deus*).

2 - En Lactancio, *De mort. pers.*, 28.

3 - Eusebio, *Hist. eccl.* X, 7, 2.

4 - Cf. Gibbon 1984, vol. I, p. 462. El segundo de los asesinatos parece haber sido recomendado por su madre, santa Elena.

5 - Eusebio X, 7, 6.

6 - Según el panegirista Nazario; cf. Cameron 2001, p. 145.

7 - Durante gran parte de su reinado acuñó moneda con el anverso «Sol Deus Invictus», y nunca dejó de mezclar a ese astro con el Dios de Jesús; cf. *Cath. Encyc.*, «Constantine the Great». Su sobrino Juliano lo llamará «alma de Helios» (*Adv. gal.*, 69c).

8 - Constantino, en Gibbon 1984, vol. II, p. 29.

9 - Véase antes, p. 95-96.

10 - Discípulo del ebionita Pablo de Samosata (200-275), obispo de Antioquía.; cf. Harnack 1959, p. 173.

11 - En su epístola a Eusebio de Nicomedia, prácticamente lo único conservado de su obra; cf. *Cath. Encyc.*, voz «Arianism».

12 - Atanasio, en Harnack 1959, p. 248.

13 - La Confesión de Nicea establece: «Creemos en un solo Dios, el Padre que todo lo gobierna, creador de todo lo visible e invisible. Y en un solo señor Jesucristo, Hijo de Dios, engendrado por el padre y unigénito [...] Y creemos en el Espíritu Santo». A los misterios del nacimiento virginal, la redención y la resurrección se añade el de un Dios uno y triple.

[14](#) - Mateo 8:20; 24:27-30; 26:24; 26:64. Marcos 13:26. Lucas 12:25-27.

[15](#) - Sócrates Escolástico, *Hist. eccl.*, I, 38.

[16](#) - Consúltese, por ejemplo, la página earlychurch.org.uk/arianism.

[17](#) - Cf. Gibbon 1984, vol. II, p. 49.

[18](#) - Cf. Cameron 2001, p. 127.

[19](#) - Zósimo, *Historia nueva* II, 38.

[20](#) - Véase antes, p. 53.

[21](#) - *Codex Theodosianus* XIV, 8.2.

[22](#) - *Codex Theodosianus*, VI, 262.

[23](#) - «Hombre digno de ser contado verdaderamente entre los espíritus heroicos, distinguido por el brillo de sus hechos y su innata majestad», dice de él Amiano (XXV, 4, 1).

[24](#) - Sólo es seguro que Sapor, el monarca parto, no pagó a ninguno de los suyos la recompensa prometida por matarle; cf. Libanio, *Orat.*, XIII; y Amiano XVI, 6.

[25](#) - A pesar de que murió a los 32 años, y los últimos siete apenas tuvo momento para escribir, sus obras literarias ocupan centenares de páginas (en la edición de J. Bidez, dos volúmenes). Junto con su preceptor Libanio, y algunos eruditos cristianos, fue sin duda uno de los hombres más instruidos de su época.

[26](#) - Carta 114, a los ciudadanos de Bosra.

[27](#) - Amiano XXV, 4, 20.

[28](#) - Gibbon 1984, vol. II, p. 97.

[29](#) - El propio Amiano Marcelino, que sirvió a sus órdenes como oficial y le venera, no vacila en considerarlo una manifestación de intolerancia (XX, 10, 7).

[30](#) - Situado a unos ocho kilómetros de la ciudad.

[31](#) - Juliano, en Gibbon 1984, vol. II, p. 103. No he podido confirmar la exactitud de esta referencia en la edición de Bidez. Sugiero, pues, que —sin dejar de ser veraz por lo que respecta al fondo— la expresión textual debe atribuirse al historiador escocés.

[32](#) - Carta 115 a los ciudadanos del lugar.

[33](#) - Gregorio Nacianceno, Orat. III, 88-91.

[34](#) - En su copiosa correspondencia, por ejemplo, se imponen varios o muchos párrafos sobre algún episodio mitológico cogido al vuelo antes de llegar al asunto, que con monótona reiteración acaba siendo un «escribenos más frecuentemente».

[35](#) - «La tarea del Emperador consistía en traer leña, soplar el fuego, empuñar la cuchilla y matar a la víctima, metiendo las manos en el animal agonizante para extraerle el corazón o el hígado mientras leía, con la maestría del adivino, las señales de los acontecimientos venideros»; Gibbon, vol. II, p. 88.

[36](#) - Amiano XXV, 4, 17.

[37](#) - Por ejemplo, Amiano cuenta que prometió respetar la vida del gobernador de una ciudad persa si rendía la plaza, aunque lo quemó vivo al día siguiente con el pretexto de que se había dirigido sin respeto a uno de sus generales.

[38](#) - XXII, 14, 1.

[39](#) - «Sacrificaba sin duelo víctimas innumerables, tantas que se pudiera creer que si hubiese vuelto de Persia iban a faltar los bueyes» (Amiano XXV, 4, 17).

[40](#) - *Ibíd*, p. 153.

[41](#) - Dámaso I (304-384) quiso zanjar disputas ulteriores definiendo la ortodoxia como «doctrinas proclamadas por el obispo de Roma».

[42](#) - Amiano XXVII, 3, 4.

[43](#) - *Ibíd*, XVIII, 1, 6.

[44](#) - *Ibíd.* XIV, 5, 3.

[45](#) -Cf. Gil 1985, p. 92-93.

[46](#) - Cf. Gibbon 1984, vol. II, p. 272.

[47](#) - Amiano XX, 16, 2.

[48](#) - La claue —un grupo homogéneo que abuchea, aplaude o lanza consignas— es en la Antigüedad el principal representante de la opinión pública. Los gobernadores romanos debían informar puntualmente y por escrito sobre su conducta en circos, hipódromos y teatros.

[49](#) - Cf. Gil 1985, p. 300.

[50](#) - Una actitud, por ejemplo, como la del papa Gregorio Magno, que se siente orgulloso de tener una buena biblioteca palatina pero no soporta entre otros a Tito Livio, el más grande de los historiadores latinos, y quema todos los ejemplares que tiene a mano de su crónica; cf. Gibbon 1984, vol. III, p. 248.

[51](#) - Véase antes, p. 90 y 97-98.

[52](#) - Harnack 1959, p. 314.



© Antonio Escotado 2008
LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO
<http://www.escohotado.org>

Development Sciences Network Presence
www.catalanhost.com

Los Enemigos_{del} Comercio

LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO

8

Marginales, adaptados y herejes

«Si el Emperador nos pide tributo, no se lo negamos.»

Ambrosio de Milán¹.

Dentro de esta revolución cultural las bibliotecas públicas y privadas sólo son los principales blancos inmóviles, pues ha llegado en realidad el momento de ajustar cuentas con semovientes como paganos, herejes y judíos. Algunas sinagogas arden con la feligresía refugiada dentro, y una muchedumbre católica extermina en Constantinopla a más de mil godos arrianos, que buscando asilo en cierto templo perecen abrasados allí. Constancio ha abierto camino a las atrocidades creando en Skitópolis —actual Jordania— algo parecido a un campo de exterminio para paganos, pues «aquella religión que se eleva contra la violencia de las pasiones las exaspera hasta el furor»².

Dentro de los perseguidos destaca como principal novedad la secta maniquea, que por adaptarse de modo perfecto a la explosión de fervores fanáticos nos ayuda a entender tanto las condiciones del momento como el fondo doctrinal que apasiona más intensamente. Mahoma hará justicia a su fundador, hoy olvidado por la mayoría de nosotros, afirmando que no sólo fue un gran santo sino el único individuo agraciado por una inspiración celestial comparable con la que bendijo a Moisés, a Jesús y a él mismo.

I. El disidente modélico

Azote sempiterno para toda suerte de términos medios, el iranio Mani (216-277)³ vivió décadas en comunas elcasaítas —los ebionitas persas— hasta oír la voz de un hermano gemelo, divino e invisible para los demás, que literalmente le dictó un cristianismo enriquecido por elementos zoroástricos y budistas. Freud se habría autodiagnosticado esquizofrenia, pero Mani aprovecha su desdoblamiento para lanzar un credo de éxito fulgurante. Jesús no había entrado en asuntos litúrgicos ni dicho apenas nada sobre ángeles y otros seres «intermedios». Él lega un culto diseñado hasta el último rito, y rebosante de imaginación cosmogónica.

Ya en tiempos de Constantino los obispos arrianos y católicos coincidían en pensar que el maniqueo era su rival más peligroso, porque además de incorporar una mitología fascinante renovaba la tradición pobrista con un comunismo basado en la humildad, bienvenido lo mismo en Siria que en el norte de África o a orillas del Rin y el Danubio. Aunque su panteón comprendiera treinta y dos seres sobrenaturales, el hecho de adoptar la misma intransigencia ante el paganismo que los cristianos, añadido al de tener a Jesús como uno de sus dioses, hizo que fuesen perseguidos a la vez. El Edicto de Milán (313) interrumpió muy brevemente las hostilidades contra ellos, reanudadas por el arriano Constancio y proseguidas por Juliano, que les imputó crímenes múltiples (*multa facinora*) y tumultos (*populos quietos turbare*)⁴.

Con todo, lo estereotipado de esa acusación, y la total ausencia de cargos concretos —ni siquiera el de atentar contra templos o símbolos de otra religión—, sugiere que no indignaban por ser malhechores, sino atendiendo a una radicalidad turbadora para el politeísta tanto como para el cristiano establecido. En 391, cuando un edicto de Teodosio el Grande transforme el catolicismo en religión obligatoria, se ordena también que la Iglesia maniquea sea perseguida con especial severidad por las distintas policías imperiales, una victimación que a corto plazo le presta alas. Abundan comunas suyas en todas las ciudades, y de entonces proviene un compendio equivalente al Nuevo Testamento⁵. A finales del siglo iv su fiel prototípico calca al cristiano más habitual en el siglo II—alguien reclutado mayoritariamente entre esclavos y estratos misérrimos de la población—, pero la secta es capaz de atraer también a individuos de clase acomodada y muy cultos, como el futuro san Agustín, que será catecúmeno suyo durante una década.

La extraordinaria capacidad proselitista del maniqueo, que le convierte en el principal enemigo público del Imperio, viene de renovar la oferta en aquello por el momento más demandado: una nueva forma extrema de odiar «esta» vida. Sus comunas mantienen viva la llama de un conflicto entre pureza y concupiscencia inseparable del que hay entre bienes comunes y exclusivos, y disponen de apóstoles («elegidos») que añaden a su fervor la condición de personas honradas y sencillas⁶. Su denuncia del contubernio entre religión y política no puede ser más actual cuando la Iglesia católica acaba de convertirse en el gran poder no sólo político sino económico, y deja sin argumentos al ortodoxo insistiendo en la sinceridad del pobrismo. El exterminio masivo acabará haciendo que el maniqueísmo retorne a su sede originaria en Asia Central, desde donde se extenderá hasta China, pero sus legados serán abundantes. Entre ellos están instituciones como celebrar el domingo o confesar, así como el germen de todas las grandes herejías medievales, que niegan lo compatible de Iglesia y propiedad. Los bogomiles búlgaros que devuelven su doctrina a la Europa del siglo X son elcasaitas, y aunque el credo de cátaros y sectas afines esté envuelto en tinieblas su columna vertebral es en todo caso un «dualismo cristiano».

San Agustín comenta que «el voluminoso delirio de Mani [...] está lleno de largas fábulas sobre el cielo y las estrellas»⁷, omitiendo comentar el influjo imborrable que tuvo sobre él su idea del cuerpo como inmundicia demoníaca, cuyo efecto es antes o después la aborrecida muerte. Incapaz de atribuir la carne y su concupiscencia a un ente bueno como la Luz, Mani lo atribuye a una Materia obstinada en raptarla y se aplica a demostrarlo con una epopeya expuesta en tres Creaciones⁸, donde el destino del género humano será contribuir —con la práctica de un riguroso ascetismo— a que lo luminoso se redima de su hundimiento en lo oscuro. Se diría que estamos ante un cuadro de proceso y transformación, pero el maniqueísmo es religiosa y políticamente crucial por ofrecer el modelo de una dinámica basada en adjetivos, que se resume en apariencia. Del conflicto entre Bien y Mal no surge cosa parecida a un tercero, y el drama cósmico oscila entre un estado inicial de dualidad perfecta⁹ y el retorno a ese estado, tras una «mezcla» ilusoria.

El hecho de que Mani —como el resto de los gnósticos— atribuya el universo a un dios maligno, y no al revés, nos ayuda a entender que su comunismo sea consecuencia en vez de premisa. La igualdad ebionita descansa sobre una «restitución»,

y la del maniqueo es más bien lo acorde con rechazar «la naturaleza y la existencia humana»¹⁰. Como hay un grado de dolor tan intenso en todas las creaciones, evitar la propiedad individual es sólo una entre las consecuencias de evitar el resto de la realidad física. A ese horror primigenio responde el fiel con una fe ciega en sus «elegidos», que supervisan el ritual de purificaciones cotidianas, regidos por certezas como que

«lavar la comida no sirve, porque lo inmundo es el cuerpo. Lo lavado no es en absoluto distinto de lo no lavado [...] Sólo la separación de Luz y Oscuridad es genuina pureza redentora, de la cual os apartasteis empezando a bañaros»¹¹.

II. La eclosión del monacato

Al tiempo que la gnosis maniquea se propone lograr una derrota eventual de la materia, una pléyade de escritores cristianos y neoplatónicos declara su profundo hastío ante toda suerte de goces sensibles. El espiritualismo lo invade todo, unas veces en forma de raptos extáticos como los que experimentan Plotino o Agustín¹², otras veces espoleado por el hecho de mantenerse mientras espera la otra vida en asilos como una vaganda, o cualquier otra horda itinerante. Un historiador comenta que «apenas nadie podía preservar una buena conciencia, una mente libre y una mano limpia [...] y que el espíritu parecía una chispa ignominiosamente capturada por su adversario, el mundo de los sentidos»¹³. En tales condiciones hasta el sentido común recomienda prepararse para la muerte, y el sentimiento de la vida física como maldición—que invade toda la literatura—refleja de un modo u otro lo sobrante de innumerables personas, tanto en las ciudades como en los campos. Nace entonces un movimiento eremítico espontáneo, donde muchos individuos deciden por su cuenta imitar al renunciante. Como las condiciones de intemperie subsisten, la diferencia entre un cristianismo hostil al Estado y un cristianismo inseparable de él es la que hay entre una oleada de mártires voluntarios y una oleada de santos eremitas. San Atanasio es a la vez «el padre de la ortodoxia teológica y el patrono del monacato eclesiástico»¹⁴.

Si se prefiere, hasta mediados del siglo iv las poblaciones decrecían debido a una contracción en el intercambio de mercancías, que recortaba indirectamente la esperanza de vida. Ahora el colapso demográfico se acelera con algo que incide directamente sobre la tasa de natalidad, pues dentro de la Iglesia ya oficial se produce una especie de diáspora no sólo

consentida sino muy admirada, en la cual parte de sus fieles —los más llamados por sus principios a la marginalidad— optan por un casto retiro del mundo. Nada tienen contra la reproducción de los demás, salvo su repugnancia personal por las sensaciones inherentes al coito. Para equilibrar la veneración que esta actitud despierta en círculos eclesiásticos podemos atender al testimonio de un contemporáneo pagano:

«Se llaman a sí mismos monjes o solitarios porque eligen vivir sin testigos de sus acciones. Considerándose desfavorecidos por la fortuna, llevan voluntariamente una vida miserable para no ser aún más desdichados [...] Sea esa triste locura el efecto de alguna enfermedad, o el de algún arrepentimiento ante maldades cometidas, estos infelices aplican a su propio cuerpo los tormentos que la justicia impone al esclavo fugitivo»¹⁵.

1. Bandas de anacoretas y turismo piadoso. Sin perjuicio de incluir un porcentaje considerable de vírgenes y viudas de extracción aristocrática¹⁶, los nuevos renunciantes son en su mayoría varones y se diseminan por parajes agrestes mucho antes de que san Benito (480-547) confeccione la primera regla monástica. Su gran héroe inicial es el egipcio san Antonio (251-356), que siendo un ignorante¹⁷ abandona esposa e hijos por una vocación de penitencia y supera innumerables tentaciones, imponiéndose tremendos castigos, hasta cumplir los ciento cinco años. Para entonces ha fundado nueve abadías masculinas y una femenina; el prestigio de lo que hace se ha amplificado grandiosamente, y a juicio de todos —tanto cristianos como católicos— es la persona más comprometida con la salvación de los demás. Gracias a santos como él el Padre y el Hijo se apiadan de su grey y les otorgan dones en otro caso inmerecidos.

Hacia el año 300 el desierto de la Tebaida está habitado por unas siete mil personas¹⁸, que practican una vida de pobreza y abstinencia sexual. En el de Nitria, contiguo a Alejandría, hay otros cinco mil¹⁹. En las inmediaciones de Oxirrinco, una ciudad populosa entonces, el obispo calcula que hay unos veinte mil eremitas masculinos y hasta diez mil femeninos, exagerando probablemente el número de mujeres²⁰. Pero no tienen regla de obediencia, y una parte combina su vida retirada con visitas a las ciudades cuando toca elegir nuevo obispo o

hay algún otro acto colectivo. Los más vehementes acaban reunidos en las llamadas bandas de anacoretas, que se alían con cristianos pobres de cada ciudad (la «chusma» de Amiano) para perpetrar hazañas terroristas. Cierta día cunden rumores de que tal edificio, barrio o grupo ofenden a Dios, y otro día la banda monástica del territorio ataca esos objetivos.

Se vengan así de las persecuciones anteriores, que si no exterminaron a muchos más cristianos fue por falta de un celo perseguidor como el que ahora exhiben ellos. Pero sería erróneo pensar que los terroristas cuentan con el beneplácito de la casa imperial, con el de obispos no demagógicos o con católicos integrados e incluso muy ricos. Al contrario, las bandas generan un malestar expreso en la mayoría de sus correligionarios, porque la Iglesia es superior no ya emocional sino intelectualmente a todas las demás escuelas y sectas.

Tampoco merece ser omitido que los ermitaños compiten inventando penitencias cada vez más portentosas, y esto no tarda en concentrar la atención de sus correligionarios. Desde todos los rincones del Imperio empiezan a llegar fieles deseosos de ver —aunque sea a distancia, para no molestar— a artistas de la mortificación como san Hilario, san Zenobio o san Arsenio, ofreciendo así oportunidades a transportistas y tenderos. Desde finales del siglo iv hay flotillas y caravanas específicas, dedicadas a abastecer una cadena de almacenes y albergues que jalona las rutas a Belem y Jerusalem, con etapas intermedias en los desiertos de Alejandría o Antioquía, donde se concentran los renunciantes más egregios.

Excavaciones hechas en el desierto israelí de Neguev demuestran que atender a estos viajeros indujo la construcción de importantes regadíos, que las aldeas de la zona crecieron como nunca, y que Gaza llegó a ser una ciudad muy próspera²¹. La era de los santos es también la era de las reliquias, que se transforman en el objeto valioso por excelencia, y a ese mercado se suman botellas con agua del Jordán y tierra del Monte de los Olivos, donde Jesús veló antes de su Pasión. Modesto aunque duradero, este oasis de actividad económica subsiste hasta mediados del siglo vii, cuando los mahometanos se hagan cargo de la zona.

III. Los primeros Padres

Para cuando las peregrinaciones estén en su apogeo se cumple también un cambio decisivo en la dirección de la Iglesia. Hasta entonces, la elite material e intelectual había quedado

básicamente al margen, y los obispos y presbíteros solían ser personas de cuna humilde. Pero lo que empezó siendo una religión cómoda para el Estado es ya el nervio del propio Estado, y su gobierno se entrega a los más ricos y cultos. Un círculo aristocrático que era cristiano en términos sólo formales, temiendo la represión, ha pasado a serlo fervientemente.

El ejemplo prototípico es san Ambrosio de Milán (340-397), hijo de un prefecto de la guardia imperial que ostentaba el gobierno militar de la provincia cuando fue nombrado obispo de la ciudad por aclamación. No tuvo tiempo siquiera para bautizarse antes de ceñir la tiara, pues urgía evitar una elección reñida que terminase con un baño de sangre como el ocurrido poco antes en Roma. A su obra como teólogo, moralista y prelado²² añadió ser el principal interlocutor de Teodosio el Grande, a quien aplaca unas veces y riñe o hasta excomulga en otras, como cuando pretende castigar una masacre de judíos. En el fresco de Pinturicchio porta en la mano derecha un látigo de tres puntas, símbolo de la intolerancia demostrada hacia ellos, los politeístas y los arrianos. No menos intransigente se mostraría hacia todo lo relacionado con la «carne».

El ascetismo fue la principal preocupación del serbio san Jerónimo (ca. 347-419), un hijo de plutócratas que a despecho de su fino paladar se pasó buena parte de la vida ayunando, y a quien el papa san Dámaso encargaría poner en latín la Biblia cristiana²³. Sus tres años de estancia en Roma para reunir documentación le conectaron con un círculo de acaudaladas vírgenes y viudas, para quienes escribió su *Defensa perpetua de la virginidad de María, madre de Jesús* (383), donde denuncia las confusiones reinantes en materia de moral sexual y matrimonio virtuoso²⁴. Como algunos se sintieron heridos, abandonó esa «Babilonia» en dirección al desierto acompañado por Paula y otras acaudaladas vírgenes, con cuyo patrocinio fundó en Belem un complejo de monasterio para hombres, convento para mujeres y hostel para peregrinos, que inaugura en 389²⁵. Este tipo de empresa mixta tenía al menos un siglo de existencia en la zona, pero Jerónimo introdujo una reglamentación bastante minuciosa y su modelo fue el que acabaría cubriendo Asia Menor y Europa de comunas monásticas. En contraste con las previas, libradas exclusivamente al apoyo de la divina providencia, los nuevos espacios desprovistos de propiedad privada aseguran su mañana cultivando huertas y produciendo distintas *reliquiae*.

La tríada de grandes Padres latinos se completa con Aurelio Agustín, luego san Agustín (354-430), un profesor de retórica nacido en el seno de una familia acomodada aunque no millonaria. A despecho de que su madre —santa Mónica— fuese una católica muy fervorosa, sólo se hizo bautizar a los 33 años, tras haber buscado consuelo a sus inquietudes en el misticismo maniqueo, el escepticismo de la segunda Academia y el neoplatonismo, pues los Evangelios sólo le resultaron convincentes tras leer las epístolas paulinas y «la verdad se combinó con la gracia»²⁶. Recibió el bautismo de san Ambrosio, y fue nombrado de inmediato obispo adjunto en la diócesis de Cartago. Allí redacta *La ciudad de Dios*, un tratado cuya finalidad expresa es exculparle de que Roma haya sido tomada y saqueada entonces por los godos, ya que los paganos atribuyen esa desgracia al abandono de la religión ancestral.

Conciliar la omnipotencia y la gracia divina²⁷ le llevó a sugerir allí una predestinación —tesis luego declarada herética—, mientras luchaba contra el cisma donatista y la herejía pelagiana, incómodo el uno por atentar contra el clero diplomado²⁸ y demoleedor el otro por negar el pecado original y ser la prefiguración de un cristianismo secularizado²⁹. Esa lucha le convenció de que era vano argumentar, como en principio creía, y que procedía perseguir físicamente al enemigo de la ortodoxia.

A los tres grandes escritores latinos corresponden otros tres grandes escritores griegos llamados Padres capadocios³⁰, que nacen también en hogares aristocráticos, reciben una educación muy esmerada y acaban siendo obispos. Han asistido los tres a la escuela del erudito Libanio, alternando allí con el apóstata Juliano, y uno de ellos —san Gregorio— llegará a dar clases de retórica en Atenas. El tercero, san Juan Crisóstomo, pertenece a una de las familias más ricas del Imperio, y pasa pronto de catecúmeno a patriarca de Constantinopla. En tiempos de penuria cultural muy aguda, el florecimiento prácticamente simultáneo de estos seis autores indica hasta qué punto la Cristiandad concentra no sólo la devoción sino el ingenio. Se ha emancipado del fervor apocalíptico, preparándose para salvar al género humano con un proceso de catequesis indefinida, donde no pueden descartarse frenazos y hasta retrocesos.

Por lo demás, el símbolo de fe popular más poderoso desde Jesús es san Simeón el Viejo, también conocido como Simón Estilita, cuya proeza será vivir entre 419 y 459 subido a lo alto de una columna, en el desierto que tiene Antioquía al noroeste.

A juicio de muchos, sus cuarenta años de ascesis demuestran que hasta dirimirse la batalla de Armageddon entre el Cristo y el Anticristo basta como residencia un espacio algo inferior al metro cuadrado. Cuando muera lo llevarán en procesión siete obispos y la máxima autoridad militar, cerrando la comitiva una escolta de seiscientos soldados seguida por muchos miles de peregrinos.

1. Una teoría de la propiedad y la compraventa. Aunque el Nuevo Testamento sea incondicionalmente pobrista, sólo aborda de modo parabólico el conflicto entre culto a la Providencia y negocio jurídico, una institución basada en que los pactos tendrán fuerza de ley entre las partes. La Patrística colma ese vacío, argumentando desde distintos ángulos que la tesis subyacente al contrato —un acto libre y al tiempo vinculante— ridiculiza los presupuestos de una sociedad centrada en el deber de compartir. Su formulación ejemplar, aceptada sin discusión durante más de mil años, es que la compraventa perjudica por fuerza a alguno de los contratantes. Como los bienes constituyen una magnitud fija, los gastos de unos no multiplican los ingresos de otros, y cuantos más ricos haya más pobres habrá.

Clemente de Alejandría, precursor de los Padres griegos, insistió en que gestionar las haciendas exige el asesoramiento de algún santo o clérigo³¹. Basilio de Cesarea presenta el comunismo espartano como sociedad modélica³², y Juan Crisóstomo («boca de oro») aprovecha un sermón sobre la primera comuna de Jerusalem para destacar el «inagotable tesoro formado por la puesta en común de todos los bienes»³³. Si Constantinopla se hiciese comunista su «plétora» se reproduciría por generación espontánea, como los bosques o el ganado. De hecho, bastaría crear una comuna de «cincuenta mil pobres» para comprobar que estaban destinados a ser los más felices, un evento del máximo valor testimonial:

«¿Acaso no haríamos así de la tierra un cielo?
¿Quién desearía luego seguir siendo pagano?
Creo que nadie. Todos querrán unirse y ser
favorables a nosotros»³⁴.

San Ambrosio argumenta que la propiedad privada es una usurpación, y que adquirir riquezas resulta imposible sin cometer injusticia. En su comentario al quinto día de la Creación declara que el dominio sobre muebles e inmuebles es *antinatura*, insinuando que el pecado original pudo ser un acto

de avaricia llamado *prima avaritia*³⁵. La caridad constituye un «derecho» de los pobres, pues por su mediación recobran algo que les pertenece. San Jerónimo añade que el beneficio de alguien sólo puede provenir del perjuicio sufrido por otros, y san Agustín completa esa perspectiva identificando el deseo de «comprar barato y vender caro» como vicio social por excelencia³⁶. El comercio no es compatible con una sociedad basada sobre la justicia.

En definitiva, «los bienes terrenales fueron creados para todos [...] y sólo el pecado de codicia explica diferencias tan flagrantes entre quienes tienen y quienes no»³⁷. Bien sea por haber dado en limosna los propios bienes, o por no haberlos tenido nunca, lo esencial de la comuna cristiana es que todos puedan vivir con modestia aunque sin agobio. Ello exige que la libertad de regalar o ayudar no exista, pues «cualquier acto de beneficencia es [...] mero cumplimiento de un deber, que no se agota con la primera acción y continúa existiendo mientras persista la ocasión determinante»³⁸. La relación entre el acomodado y el necesitado es independiente de que uno sea frugal y otro despilfarre, porque se trata de un vínculo «puramente ético». Como aclaró Jesús, «si sólo prestas esperando la devolución ¿qué mérito acumulas? [...] Debes prestar sin esperanza de que te sea devuelto»³⁹.

Idéntico en esto al pecado carnal, el de codicia tolera un intercambio supuestamente autónomo que empieza relajando las buenas costumbres y desemboca en una movilidad social mórbida, llamada a dividir cada comuna en ricos y pobres. El gran principio dice que los seres humanos carecen de patrimonio particular legítimo: o son de Dios o son del César. «Por derecho divino la tierra es del Señor, y suyo es todo cuanto contiene», mientras por derecho humano pertenece «a los reyes y emperadores del mundo»⁴⁰. Al hacerse propietarios los hombres relativizan a ambos jerarcas en mayor o menor medida. El dios Término, insiste Agustín, es la flaqueza misma⁴¹.

2. Hacia un compromiso con el poder político. Una Iglesia dirigida por obispos de extracción popular es menos radical en su pobrismo teórico que la encomendada a una elite militar y económica. En el sínodo de Paflagonia (340), por ejemplo, que se celebra durante el reinado del arriano Constancio, los reunidos se declaran incapaces de «asegurar» que si el creyente

no cede todos sus bienes al clero será condenado al infierno⁴². Décadas más tarde, cuando el horizonte doctrinal tiene como autoridad a los grandes Padres, esta condescendencia hacia el opulento ha mermado en vez de crecer. No tanto Gregorio y Basilio, pero sí Ambrosio, Jerónimo, Agustín, Juan Crisóstomo son tajantes en lo que respecta al deber general de limosna-restitución.

Al mismo tiempo, situar al rico en el infierno empieza a ser delicado para una religión sin otro adversario que sus herejes, y engendra actitudes dispares en el Imperio oriental y en una Europa librada a la desintegración política. En el Imperio está alcanzando niveles explosivos una competencia entre Constantinopla y Alejandría, que por caminos indirectos desemboca en un cisma de católicos y ortodoxos vigente hasta hoy⁴³. El ebionismo militante de Juan Crisóstomo crea problemas de orden público desde 399, cuando osa comparar a la buena sociedad bizantina con Ananías y Safira, los primeros defraudadores de la Iglesia⁴⁴. Parte del pueblo prefiere sus inflamados sermones «a la diversión del teatro y el circo»⁴⁵, la emperatriz Eudoxia ordena su arresto, y sigue a ello una rebelión fulminante que termina en masacre⁴⁶.

Pero Crisóstomo se ha convertido en un demagogo no sólo para la corte sino para toda la clase media, atónita ante el hecho de que enardezca a sus fieles con una denuncia del propietario. Cuando la emperatriz tenga tiempo para llenar la ciudad de tropas, algo después, la restauración del patriarca bizantino se transforma en un destierro perpetuo con penalidades adicionales, que no tardan en acabar con su vida. Los cargos que se le imputan han sido ridículamente falsos, y aunque la historia no tardará en reconocerlo su ejemplo constituye una llamada de atención para el alto clero. Al menos en los dominios del Imperio oriental, en vez de flagelar al opulento con invectivas preferirá obtener de él limosnas y legados. Para Occidente están empezando las edades tenebrosas, y para Constantinopla el esplendor.

NOTAS

1 - En Gibbon 1984, vol. I, p. 652, n. 108.

2 - Hegel 1967, p. 273.

3 - Sus discípulos le llamarán «segundo Crucificado». Con todo, el suplicio que le administró la autoridad persa por novedad religiosa parece haber sido cargarle con enormes cadenas. Las llagas, el esfuerzo y los calambres terminaron con su vida en menos de un mes. Cf. Eliade 1978, vol. II, p. 375.

4 -Cf. Gil 1985, p. 229.

5 - El llamado *Codex maniquaicus coloniensis*, un texto copto fechable hacia el año 400.

6 - Sin perjuicio de incorporarse luego a sus más enconados perseguidores, Agustín describe a Fausto —el obispo maniqueo de Cartago— como «un hombre de elocuencia admirable [...] que no se avergonzaba de reconocer su ignorancia en temas científicos» (*Confesiones*, V, 3 y 12).

7 - Conf., V, 6 y 12.

8 - Por ejemplo, a 5 moradas luminosas («intelecto, razón, pensamiento, reflexión, voluntad») corresponden 5 pozos infernales («humo, fuego devorador, viento destructivo, barro y tinieblas»); a 5 tipos de demonios corresponden otros tantos héroes positivos («el Ornamento del Esplendor, el Rey del Honor, el Adamas de Luz, el Rey de la Gloria y Atlas»). En cierto momento el Tercer Mensajero se desnuda —adoptando forma femenina— ante los Arcontes demoníacos, para que su lujuria les lleve a eyacular y cedan con su semen parte de la Luz devorada antes por ellos mismos. En otro momento se descubre que la Tierra entera arderá precisamente 1.468 años, para «desprender» las partículas luminosas presas aún en ella.

9 - Donde la Luz ocupaba el norte, el este y el oeste, la Materia el sur.

10 - Eliade 1978, vol. II, p. 382.

11 - Mani, *Codex coloniensis*. Tomo la referencia de la actual Iglesia Maniquea Ortodoxa (essenet.net), que se declara «esenia nazorena».

12 - En estos fugaces momentos perciben «lo invisible a través de lo visible», y quedan transidos de goce «puramente intelectual». Cf. Conf., V, 20-23.

[13](#) - Harnac 1895, p. 23 y 10.

[14](#) - Harnack 1959, p. 200.

[15](#) - Numaciano *Itiner.* I, 439-444.

[16](#) - Hasta en esos círculos sucede, según san Agustín, «que muchas casadas con padres más bondadosos [que el de Agustín] llevaran marcas de golpes y tuviesen el rostro desfigurado»; *Confesiones IX*, 9.19.

[17](#) - Su biógrafo san Atanasio, que escribe en griego, dice mén mathein («sin aprendizaje»).

[18](#) - Cf. Eliade 1983, vol. II, p. 400.

[19](#) - Cf. Gibbon 1984, vol. II, p. 158.

[20](#) - *Ibíd*, p. 490.

[21](#) - Cf. Cameron 2001, p. 192.

[22](#) - Era preciso asimilar católicamente la teología neoplatónica (una tarea ya iniciada por cristianos de Oriente), sustituir a los héroes romanos por patriarcas bíblicos y santos, regular las obligaciones del clero y justificar el rechazo de la vida mercantil, una tarea de crítica al «abuso social» que compendian los sermones *De Nabuthe Izraelita*.

[23](#) - Esto es, el texto griego de la tradición hebrea (la Septuaginta o Biblia de Los 70) y el Nuevo Testamento.

[24](#) - Fundamentalmente, pensar que la luxuria podría legitimarse gracias al sacramento del matrimonio. Lejos de ello, el comercio sexual de los cónyuges es pecaminoso siempre que constituya un fin en sí y no haya posibilidad de procreación. Por lo mismo, son meras «vaginas lúbricas» las esposas cuya edad hace improbable el embarazo.

[25](#) - Algo más tarde una madre le acusó de haber matado a su hija con ayunos demasiado severos, pero se eximió de responsabilidad aclarando que la joven anacoreta estaba ya en el Cielo; cf. Spiegel 1973, p. 62.

[26](#) - *Conf.* V, 27.

[27](#) - La creación sería «la voluntad de un Dios bueno de que haya cosas buenas» (*De civitate Dei*, XI, 21).

[28](#) - Donato y sus sucesores —cuya feligresía era entonces mayoritaria en el África romana— fueron los primeros críticos de la jerarquía eclesiástica. Negaban validez a cualquier sacramento administrado por clérigos corruptos, pues «el pecador no puede conferir una santidad de la cual carece».

[29](#) - Prototipo del cristiano culto y racional, Pelagio insistió en que el pecado «es un acto, no un estado». La tesis de que pueda ser involuntario sólo «conviene a quienes alegan la debilidad humana como excusa para sus fracasos». Agustín contraatacó identificando esa tara original con la concupiscentia, que impone su lujuria hasta en el momento de reproducirnos. Como Pelagio prefirió evitar disputas, la carga de la prueba recayó sobre el sagaz Juliano de Eclano, otro de los obispos pelagianos. Juliano argumenta que «los instintos son éticamente neutros» —pues que en otro caso «las facultades sensuales» se borrarían con el bautismo—, y concluye diciendo que «si la concupiscentia es mala el Creador no será bueno». Sobre la disputa, cf. Harnack 1959, p. 368.370.

[30](#) - Gregorio de Nacianzo (329-389), Basilio de Cesarea (330-379) y Juan Crisóstomo (347-404).

[31](#) - En su homilía dedicada a Marcos 10:21 (el episodio donde Jesús recomienda al joven rico vender sus posesiones y dárselo a los pobres); cf. Spiegel 1973, p. 63-64.

[32](#) - Cf. Fetscher 1977, p. 18.

[33](#) - Crisóstomo, en Mises 1968, p. 437.

[34](#) - Crisóstomo, en Fetscher 1977, p. 18.

[35](#) - *Hexameron*, en *Patrologia Latina* (Migne), XIV, 220. Sobre el «comunismo primitivo» de san Ambrosio cf. Lovejoy 1942, p. 458-468.

[36](#) - Cf. Spiegel 1973, p. 60-66.

[37](#) - Troeltsch 1992, vol. I, p. 116.

[38](#) - Simmel 1977, vol. II, p. 495.

[39](#) - *Lucas* 6:34-35.

[40](#) - Agustín en Spiegel 1973, p. 65.

[41](#) - *De civitate Dei*, IV, 29.

[42](#) - Cf. Spiegel 1973, p. 65

[43](#) - El detonante inicial es el apoyo del Papa romano a Teófilo, patriarca de Alejandría, enemigo irreconciliable del patriarca de Constantinopla, Juan Crisóstomo.

[44](#) - Sobre el episodio evangélico, véase antes p. 109-110.

[45](#) - Gibbon 1984, vol. II, p. 383.

[46](#) - La multitud de monjes y prelados egipcios que había llegado con Teófilo para acusar a Crisóstomo, incluyendo a la marinería encargada de trasladarles, fue diezmada hasta el último hombre. Eso puso en claro que «la seguridad pública dependía de que fuese restaurado»; Gibbon *ibíd*, p. 385.



© Antonio Escohotado 2008
LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO
<http://www.escohutado.org>

Development Sciences Network Presence
www.catalanhost.com

Los Enemigos_{del} Comercio

LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO

9

La Paz de Dios como sistema social

«Si algo se hace con una intención y resulta otra cosa lo llamamos azar, como cuando un agricultor cava la tierra para plantarla y encuentra un saco con monedas. Pero hace falta arar, y haber enterrado el dinero, para que lo azaroso ocurra.»

Boecio¹.

Las últimas décadas del Imperio occidental recaen sobre césares cada vez más semejantes a marionetas², que han perdido la mayoría de sus dominios previos —Iberia, Galia, Britania y los Balcanes—, y reinan a duras penas sobre una Italia cuyo centro está básicamente despoblado³. En 472, cuatro años antes de que Roma sea tomada definitivamente, cierto edicto imperial castiga la venta de hijos y atestigua así lo extendido de esa práctica, pues no se prohíbe aquello que nadie hace. La Urbe tiene entonces unos seis mil vecinos, veinte veces menos que otrora, y su entorno —el Lazio— es «todo él una maleza de aguas estancadas»⁴ donde reina la malaria. Rendirse sin lucha remite a esas desdichas, y al hecho de que muchos romanos llevasen tiempo emigrando a zonas ocupadas por francos, borgoñones y godos para evitar la rapacidad de los funcionarios imperiales⁵.

La jaula para humanos construida por el Bajo Imperio cruje y parece llamada a abrirse de par en par, desparramando por

Italia una multitud esclavos y proletarios que podrían sumarse a las persistentes vagaudas instaladas en las cuencas del Po y el Ródano.

I. Los paradójicos bárbaros

Pero Rómulo Augústulo, el último títere imperial, ha sido depuesto por Odoacro, un caudillo bárbaro competente que consolida sus precarios dominios, y poco después llega Teodorico el Grande (454-526) para asegurar cuatro décadas de estabilidad a un «reino de Italia» que se extiende desde el Tajo al Danubio y desde los Alpes a Sicilia. La diplomacia bizantina ha diseñado su figura ⁶, y él se encarga de revivir algo sin precedentes desde la *Pax augusta*, con la misma política de rebajar aranceles y promover el intercambio, reabriendo minas y dragando ciénagas. La proeza se recordará diciendo que en sus dominios una bolsa de monedas estaba siempre segura, cosa sin duda exagerada aunque expresiva de la nostalgia sentida después.

Héroe para el Cantar de los Nibelungos ⁷, y «nuevo Trajano» para los latinos, Teodorico hizo compatible el cristianismo sin misterios de Arrio con tolerancia religiosa. En 509, cuando focos fanáticos de su capital, Ravena, incendian varias sinagogas les impone reconstruirlas, amenazando con tandas sucesivas de latigazos al remiso ⁸. Durante largos años su primer ministro es Boecio (475-525), un romano del linaje romano más ilustre que resulta ser también el gran sabio no ya de su tiempo sino de toda la alta Edad Media. Le sucede en dichas funciones el menos formidable aunque también culto Casiodoro, que cuenta de su monarca:

«Cuando se libraba de incumbencias oficiales nos inquiría sobre conducta y criterios de los sabios, movido por el deseo de parecerse a los grandes hombres del ayer» ⁹.

Hollywood no se ha cansado de presentar el fin del Imperio occidental como un evento súbito, donde ciudades prósperas son arrasadas por una horda de salvajes ajenos a lo que están destruyendo. En realidad, bárbaros y no bárbaros padecen entonces grados parejos de analfabetismo, y la diferencia entre unos y otros es de fibra: los conquistadores no han padecido tanto como los conquistados el desgaste físico y moral de una vida progresivamente abyecta. La crisis de la sociedad esclavista ha generalizado el pobrismo como consuelo y

remedio para su estancamiento, y van a ser los teóricos incivilizados quienes se apliquen más enérgicamente a preservar la civilización. El visigodo Ataúlfo —que reina sobre buena parte de Iberia y la Galia meridional— se ha adelantado a todos con su declaración de Narbona, en 413:

«Mi primera intención fue borrar el nombre de Roma y convertir su territorio en imperio gótico [...] Pero la experiencia me convenció de que la naturaleza indómita de los godos nunca se someterá a las leyes, y que sin el derecho un Estado no puede existir. La prudencia me hizo, pues, elegir la gloria diferente de revivir el nombre de Roma con el vigor gótico, y espero que la posteridad me reconozca como origen de la restauración»¹⁰.

En 476, cuando el hérulo Odoacro se instale como rey en Roma y clausure formalmente el Imperio occidental¹¹, siente tanto respeto por las instituciones republicanas que contempla incluso restablecer el Senado. Ese mismo año —al enterarse de que ha caído el último *Imperator*— el rey franco Childerico, padre de Clodoveo, jura mantener en sus dominios la organización y la lengua latina, como efectivamente hará la larga dinastía merovingia. Algo análogo se proponen las demás tribus que están apoderándose del resto de Europa y el norte de África. Aunque el ostrogodo Teodorico sea la personalidad sobresaliente del periodo, en términos de creaciones colectivas —como leyes y costumbres— su pueblo parece menos civilizado, por ejemplo, que el borgoñón y el lombardo¹². Lo inmortal de su herencia para nuestra cultura es que:

«Las naciones nórdicas no admitían que ningún hombre capaz de empuñar las armas pudiese ser gobernado, sin su consentimiento, por la voluntad absoluta de otro. Cuando el rey necesitaba cualquier servicio extraordinario de sus barones y lugartenientes debía reunirles y obtener su consentimiento, y toda controversia debía remitirse a su consejo. Los barones consideraban esto como su principal privilegio, y también como una pesada carga»¹³.

1. El reparto de tierras. Por supuesto, este rasgo tropezaba directamente con la pasión romana por la autoridad infinita, y el contacto con el Imperio les hará limar su anarquismo hasta

admitir jefes vitalicios en vez de limitados a tiempos de guerra, aunque su mitología nunca abandonó la idea del monarca como un *primum inter pares*, invitado a demostrar cotidianamente su mérito. Mucho más eficaz para moderar este punto de vista iba a ser la catequesis católica, centrada políticamente en la idea del gobierno como algo derivado de la gracia divina, y desde su conversión los reyes nórdicos empezaron a consentirse la pompa mayestática, hasta acabar pareciéndose al resto de los monarcas antiguos.

Hechos a considerar el Imperio unas veces como patrón y otras como presa, sus primeros ensayos dinásticos llegan al hacerse conscientes de que les toca sostener el orden antes rechazado, y convivir con nativos muy superiores en número, a los que no procede saquear como antaño. Los godos, por ejemplo, empezaron cortando la mano derecha al agricultor que les ocultara vituallas, y esa práctica emboscó rápidamente regiones enteras, como la Tracia¹⁴. Pero al asentarse en Europa meridional reafirman el derecho previo, y no tienen inconveniente en ceder altos cargos religiosos y responsabilidades administrativas a cada población autóctona. A fin de cuentas, pretenden alcanzar algún tipo de concordia con los autóctonos¹⁵.

Por otra parte, debían reservarse lo oportuno como nuevos señores y acabaron fijando esa cuota en un tercio de la tierra. Teodorico abrió camino al decretar que «el pueblo conservará vestimenta, idioma, leyes, costumbres, libertad personal y dos tercios de sus propiedades»¹⁶. De Teodorico viene también el eufemismo de llamar *hospitalitas* a esa requisa, que no era inmoderada atendiendo a los feroces saqueos del Bajo Imperio¹⁷ y tampoco dejaba al afectado otra alternativa que un silencioso rencor. Lo ultrajante por excelencia era que además de hacerse con las mejores tierras los nuevos señores exigieran prestaciones gratuitas y abundantes de trabajo.

Al mismo tiempo, muchos guerreros hicieron de sus parcelas ranchos y se casaron antes o después con nativas, poniendo en marcha una conmixti3n de haciendas. En el siglo VI la legitimidad indiscutible del superior est1 enturbiada por el hecho de que sea un extranjero, y s3lo a medida que sangre y patrimonios vayan mezcl1ndose cesan los reparos al principio de que «todas las autoridades existentes han sido creadas por Dios»¹⁸. Dicha regla fue inaceptable para las tribus n3rdicas antes de reinar sobre hispanos, britones, galos, latinos, eslavos y otros pueblos, pero las nuevas circunstancias demandaban

algo equivalente a un contrato social allí donde ni la libertad ni los contratos proceden, y el genio de la Iglesia habilita a tales fines el programa que se llamará *Pax Dei*.

En esencia, la Paz de Dios confía el interés común de conquistadores y conquistados a dos autoridades benévolas por definición —«quienes oran por todos y quienes luchan por todos»—, estableciendo que el resto devolverá sus servicios mediante contribuciones en especie. Esa carga varía de un reino a otro, si bien lo normal es que cada villano deba tres días semanales de labor en el dominio de su señor (la *demesne*)¹⁹. Villanos son en principio todos los que no pertenezcan al estamento nobiliario o al eclesiástico, y estén incluidos en un radio de media jornada a caballo desde cierta plaza fuerte o abadía. Orantes y beligerantes tienen en sus respectivos territorios la autoridad doméstica tradicional, completada por el *bannum* que Roma llamaba también *merum imperium* o fuerza bruta, válido para requisar todo lo no inmóvil, como dinero, cosechas, ganado, prendas, personas y otros objetos²⁰.

Esto constituye una paz divina porque sus rigores se compensan con caridad. El señorío demuestra su disposición magnánima reduciendo el canon a varios sacos de grano, algunas ovejas o cabras e incluso «4 gallinas y 20 huevos», como prescribe la ley de los bávaros para el más humilde; en todo caso, a una fracción de aquello que su parcela proporcionaría a un granjero diligente. La magnanimidad de los sometidos brilla en su disposición a ser reclutados como tropa, regalar trabajo cuando proceda, obedecer en general y rendir pleitesía. No les une una relación utilitaria como los contratos, sino la regla de que el inferior se esforzará «de corazón» en obedecer a su superior, y éste le tratará «cristianamente».

En origen los señores locales obran por delegación de algún rey, y que a partir del siglo viii sus «beneficios» empiecen a convertirse en feudos hereditarios es una revolución tan colosal como ajena a postulados doctrinales. El régimen monárquico no pasa a ser oligárquico porque alguien recele de la autoridad única, sino porque las rentas fiscales de cada monarca se han contraído hasta el punto de impedirle sostener delegados, cosa aprovechada por éstos para erigirse en autócratas. La escasez de efectivo no ha necesitado justificación ideológica para cambiar la forma de gobierno, pero la escasez misma es un fenómeno rebosante de justificaciones ideológicas.

II. Construyendo la sociedad pobrista

El culto a la subordinación se manifiesta en una rica variedad de nexos personales, que a diferencia del derecho germánico consagran alguna forma de superioridad independiente de méritos actuales y ostensibles. Desde san Gregorio Magno, que inaugura el siglo VII declarándose *servus servorum Dei*, los papas, los reyes y el resto de los magnates feudales emplean la expresión «siervo» como símbolo de honradez²¹. La armonía social descansa en reducir drásticamente cualquier relación no sujeta a alguna «superioridad» previa.

Guerreros y misioneros abren camino celebrando la dependencia en y por sí misma, convencidos de que si un pueblo evita caer en herejías no puede padecer discordia. Hay un abismo entre dieta, aspecto y empleo del tiempo entre las hordas de famélicos harapientos y las delicadas hijas del duque o el rey; pero las crónicas insisten en que ya quisieran esas damiselas hallarse tan cerca de Dios como el pobre de necesidad, a quien todos los demás deben veneración y agasajo. Aunque la Iglesia rechaza expresamente el milenarismo desde san Agustín²², la tradición mesiánica persiste a través de los *Oráculos sibilinos* medievales, que son el texto más leído junto con el Nuevo Testamento. Las esperanzas centradas en un fin del mundo se concentran allí en anticipar una oleada de regalos sobrenaturales, calcados sobre la multiplicación del pan y los peces²³.

Una importante inyección de entusiasmo para el fervor religioso se deriva de que el culto a los santos evite los rigores teóricos del monoteísmo, permitiendo que cada comarca conserve sus ritos tradicionales con el añadido de algún barniz litúrgico ortodoxo. Gracias a esa tolerancia *de facto* las viejas creencias politeístas se combinan con el misterio cristiano de la Encarnación, llenando los altares con una multitud de hombres y mujeres elevados al estatuto de lo sacro. Hasta el siglo X una proporción abrumadora de la escritura se dedica al género hagiográfico, ofreciendo al pueblo crónicas centradas en personas que son deidades por así decirlo vecinas, con nombre y apellidos, aunque tan capaces de obrar milagros y atender súplicas como el propio Dios.

Una mirada superficial sugiere que los modelos de heroísmo y valor son los caballeros de la Tabla Redonda y sus análogos, cantados por bardos e imitados por la aristocracia militar. Sin embargo, los grandes protagonistas de la devoción y el valor no son tanto ellos como las *reliquiae et martyria*, ordenadas de mayor a menor dignidad por el número de portentos que se atribuyen a cada una. La leyenda cuenta que Atila fue

intimidado en 472 al ver un crucifijo, y el clero emplea desde entonces formas reforzadas del mismo expediente. En ocasiones graves reúne todos los objetos sacros de una comarca y opone ese conjunto «aterrador» a sus enemigos ²⁴ .

1. Recortes en la facultad de disponer. Reyes, magnates y otros propietarios aspiran a conservar el derecho de dominio en sentido grecorromano, aunque circunstancias diversas concurren a la hora de ir entorpeciendo la disposición discrecional de sus patrimonios. La más objetiva es que no exista una moneda aceptable, y la más subjetiva que el mecanismo impersonal de oferta y demanda se haya transformado en el vínculo exclusivamente personal del vasallaje. La conquista es el más honroso de los modos adquisitivos, seguido a corta distancia por el derecho eclesiástico a retener legados y limosnas.

Un apoyo extra para el estancamiento de las transacciones es el antiguo derecho germánico sobre inmuebles, pues mientras las tribus se dedicaron a la vida trashumante los pastos se adjudicaban cada año a un clan distinto. Al pasar del pastoreo al señorío sedentario su vieja ley podía sincronizarse con la novedad pobrista sin alterar una letra, manteniendo el territorio como bien usufructuado y por eso mismo no enajenable. Por supuesto, el rey y sus guerreros iban a ser formalmente propietarios —no sólo poseedores temporales— de sus respectivos dominios, pero repartir el dominio en más de un titular no se modificaría hasta la baja Edad Media. Como veremos, el primer territorio europeo en cambiar de régimen será Holanda, por entonces una parte del ducado de Borgoña. Los códigos de la alta Edad Media limitan las enajenaciones a casos justificados por «la compulsión del hambre», y aún entonces prima el dominio familiar sobre el individual. El pariente del que ha vendido puede anular esa operación, y en nueve de cada diez litigios los tribunales fallan a favor del familiar «desheredado», aunque hayan transcurrido muchos años y los demandantes no sean descendientes sino colaterales ²⁵ .

La transmisión de tierras sólo es firme indiscutiblemente para donaciones a la Iglesia, un rey o un «señor poderoso», y en este último caso cuando a cambio del obsequio el donante compra su protección ²⁶ . Lejos de ser objetos privados, los inmuebles rústicos y urbanos tienen en realidad muchos dueños —para empezar, el rey—, y no pueden cambiarse por dinero o por otros bienes. Tampoco admiten las leyes que el rey enajene parte alguna de las tierras de la corona sin convocar alguna

asamblea extraordinaria de sus súbditos²⁷. En definitiva, la tierra se «posee» como una concesión o *beneficium*, y eso determinará que en un plazo breve toda propiedad inmueble esté enfeudada de un modo u otro.

El Bajo Imperio sancionó la inmovilidad social prohibiendo el cambio de oficio y domicilio, una pauta de fijeza que se refuerza ahora congelando los activos patrimoniales. Como antes, todos deben mantener vitaliciamente el destino definido por su respectiva cuna, y sólo la carrera de las armas y la eclesiástica ofrecen al plebeyo un cauce de promoción social. Pero el programa *Pax Dei* introduce una importante novedad en este orden de cosas, al relacionar el inmovilismo no tanto con los intereses del señorío como con un proyecto de comunas autosuficientes —las abadías y las *curtes* laicas—, a quienes encomienda la superación del comercio.

Parece imposible combinar mejor las exigencias del ideal más sublime y la más desnuda necesidad, cuando la crisis del transporte todavía no ha tocado fondo²⁸ y las tribus nórdicas han heredado en realidad «un Estado de esclavos»²⁹, donde tanto la producción como la población tienden a seguir disminuyendo. Cuando la Iglesia empezó a codirigir el Imperio, a principios del siglo iv, su bálsamo para tales condiciones fue una doctrina de resignación y desprendimiento, válida para cualquier estado recesivo de cosas. Ahora da un importante paso al frente, y en vez de añorar la vasta unidad administrativa de un Imperio —que siempre dependería de tráfico mercantil— concibe la autarquía regional como camino más corto hacia la sociedad evangélica.

2. Aislamiento e independencia. Veamos algunos casos diseminados por el tiempo. Poco después de caer Roma el Mediodía francés constituye quizá la zona menos depauperada de toda Europa, porque conservar algunas relaciones con el norte de África mantiene cierta circulación monetaria en Marsella y Niza. Precisamente eso escandaliza a su obispo san Valeriano de Cimiez, que en 488 recuerda a la feligresía lo dicho por san Pablo —«que nadie engañe a su hermano con negocios»³⁰— y añade algo inquietante para el *collegium* de armadores:

«Las personas se arriesgan a los peligros del mar por culpa de la avaricia, por odioso deseo de ganancia [...] Un marinero no habría confiado nunca en un barco si la pasión por el comercio no

hubiese espoleado el deseo de navegar. Y entonces un hombre se ve arrastrado por las olas contra las afiladas rocas, para cuadruplicar el dinero de los negociatores: ellos exportan oro, de manera que pueden importar perjurio con falsedad. Porque cuando algo se compra barato sólo así puede venderse caro al por menor. Hacer negocios siempre quiere decir estafar»³¹.

Dos décadas antes san Paulino de Nola ha presentado la navegación de cabotaje como «contagio con la iniquidad»³². Las tesis de uno y otro nada añaden al discurso de prelados como san Agustín o san Juan Crisóstomo, si bien éstos viven en las riberas meridionales del Mediterráneo —donde subsiste un Imperio— y no son tan sensibles al ideal de autarquía-aislamiento. En Europa ese programa seguirá siendo indiscutible hasta santo Tomás de Aquino, que ochocientos años después sigue afirmando: «Más digna es la ciudad si tiene en su propio territorio abundancia de todo que si es opulenta por obra de mercaderes»³³.

El Aquinate vivió rodeado de mercaderes, cuando Occidente empezaba a abandonar en masa el consejo de autarquía; pero san Valeriano lo hace cuando los *negotiatores* empiezan a desvanecerse, y proponer que Niza vuelva la espalda al faenar marítimo funde la doctrina evangélica con algo tan actual como un cierre masivo de astilleros. Condiciones parejas y una reacción análoga observamos en 618, cuando Alejandría cae en manos de persas y eso fuerza a interrumpir en Roma una costumbre tan ancestral como el reparto de pan gratuito. Su papa, san Gregorio Magno, se impone como penitencia no celebrar misa algunas semanas porque un mendigo de la ciudad ha muerto de inanición; pero sigue pensando que el abastecimiento no justifica rendirse a la iniquidad mercantil³⁴.

Hacia 870 el acto de comerciar sigue pareciéndole «superfluo» y «corruptor» a Adrevaldo de Fleury, que lo confirma con la autoridad del milagro. En su biografía de san Benito relata el escarmiento de un individuo que consiguió «doce dineros»³⁵ yendo a cierta feria, pues al negar que hubiese traficado se le quedó paralizada la mano con la cual tocó las monedas. Su buena suerte hizo que tuviese muy cerca la abadía de Saint-Benoît-du-Sault, donde pudo comprar una ofrenda votiva por ese precio, y al ponerla sobre la tumba del santo sanó de inmediato³⁶. Monje del lugar, la declaración de Adrevaldo

podría estar contaminada por un interés personal en la venta de ofrendas, pero atestigua lo robusto de la constelación ebionita.

Los cambios están ocurriendo más bien en materia de «dineros», pues desde el siglo vi la moneda se ha transformado en un artículo de joyería, que templos y castillos exhiben como ornamento de su autoridad³⁷. La circulación de efectivo aceptable es tan escasa que sólo la Santa Sede mantiene una demanda sostenida de seda y otros artículos lujosos, cuya compra destina al ennoblecimiento del culto. Atendiendo a los registros vaticanos, por ejemplo, a lo largo del siglo VII las necesidades de mobiliario litúrgico requieren importar una media anual de setenta kilos de plata y cinco de oro³⁸. Es sin duda ridículamente poco para la única autoridad común a toda Europa, con innumerables funcionarios ya en la propia Roma, aunque refleja la combinación de escasez sobrevenida y escasez buscada.

Un buen caballo vale entonces seis veces más que un buey, un buey lo equivalente a tres hectáreas y un esclavo el doble que un caballo³⁹; la protección de torso más barata —la *broigne*, hecha de cuero con remates de metal— cuesta tanto como un caballo, y un simple casco la mitad. A principios del siglo VIII un terrateniente de Suabia cambia sus tierras por una yegua y una espada, pues la condición de hidalgo le veda trabajar y la indigencia le fuerza a vender su brazo como mercenario⁴⁰. Desde entonces —y lo confirmará elocuentemente don Quijote— en ningún libro o regla de caballería se dice que el hidalgo debe portar dinero para pagar posada o servicios, pues sus deberes se cumplen protegiendo a doncellas, viudas y desamparados. En el alto medievo el medio es bastante más inhóspito aún que la Mancha del XVII⁴¹, y la falta de suministro sencillamente va estrangulando uno por uno los núcleos urbanos.

3. La desaparición del comerciante. Resulta imposible saber hasta qué punto el grueso de la población reaccionó con apoyo, desagrado o indiferencia al pobrismo institucional, pues los siglos oscuros fueron también una era de monopolio sobre la escritura, sin rastro de disidentes. Cuando el traslado de patrimonios se reduzca a herencias y donaciones, una Iglesia cada vez más poderosa descubre las virtudes de localizar e importar grandes reliquias, que por simple contacto o mediando algún tipo de imitación artesanal generan series indefinidas de pequeñas reliquias o relicarios. Es un modo eficaz de rebañar el escaso efectivo circulante, acosado por la ofrenda votiva como

única modalidad de gasto que las buenas costumbres aprueban.

Quizá más de uno puso en duda la secuencia de parálisis y sanación atestiguada por Adrevaldo en sus *Milagros de san Benito*, pero Europa llevaba mucho tiempo ensayando un régimen de obsequios mutuos como alternativa a los contratos, y no era novedad alguna que ofertantes y adquirentes se presentasen como «sufragadores y sufragáneos». En 730, por ejemplo, algunas diócesis y abadías reparten a clérigos y frailes una cesta periódica de artículos aromáticos o «pigmentos»⁴², y el hecho de que ese suministro se interrumpa motiva una queja firmada por párrocos de Reims. La respuesta es una carta pastoral de su arzobispo, Hincmaro, donde reprende a sus sufragáneos por pedir *superfluas pensiones in pigmentis*, pues no pocos revenden parte de la cesta y piden por mero placer (*voluptate*), no por necesidad⁴³.

El meticuloso trabajo de un historiador, que aprovecha la reciente digitalización de los documentos medievales, muestra que en Europa —entendiendo por tal un área que va desde Inglaterra a los Urales, y desde el Báltico al Mediterráneo— los hombres de negocios o *negotiatores* son mencionados desde el siglo VI al X un número absurdamente pequeño de veces. En concreto, se habla de seisciento sesenta y nueve viajeros dedicados al comercio, de los cuales sólo diecinueve son mercaderes de larga distancia⁴⁴. No es necesario añadir que en ese marco espaciotemporal los documentos mencionan a bastantes o muchos millones de personas con otros oficios y beneficios.

En el siglo VI la mejor biblioteca occidental pertenece a san Isidoro de Sevilla, un obispo hispanorromano de los visigodos, seguida a buena distancia por la de san Gregorio en Roma. Sus contemporáneos, el franco Gregorio de Tours y el anglosajón Beda, se esfuerzan por hacer historia y la hacen, aunque ya no saben usar las preposiciones y los géneros latinos. Sólo nos consta que los cronistas omiten el término *negotiator*, una palabra tan malsonante para ellos como *lucrum*. Sin embargo, la propia elementalidad de esos escribas garantiza de alguna manera su franqueza, y podría suceder que, efectivamente, el espectro de su oficio se haya contraído a algunos vendedores puerta a puerta, conocidos en Franconia como «pies polvorientos»⁴⁵. En cualquier caso, el empresario carece de sentido allí donde una combinación de circunstancias ha logrado inmovilizar los patrimonios inmobiliarios, tesaurizar la moneda de ley y generalizar un modelo de comuna autárquica.

Cada uno de estos fenómenos es causa tanto como efecto del resto, dentro de un proyecto donde penurias físicas y logros morales se funden de modo inextricable, hasta suscitar los primeros Estados reñidos formalmente con el comercio. El *negotiator*, decía ya Platón, vive de promover necesidades prescindibles como adquirir y cambiar, que sobran por completo cuando el Estado practica una austera sencillez. Es digno de anotarse, con todo, que la república platónica sólo impone santa pobreza a sus gobernantes, confiando la producción a un pueblo estimulado por las bajas pasiones del propietario y el mercader. El ebionismo medieval opera al revés, premiando con desposesión a los gobernados exclusivamente, y eso impone un vínculo político situado en las antípodas de la ciudadanía.

III. El rito de admisión

Lejos de ser algo asegurado por nacimiento, pertenecer a una comunidad depende de que ciertos individuos otorguen a otros la gracia seguir vivos y en posesión de lo suyo, tras una ceremonia de homenaje (*Mannschaft*) donde lo esencial es que el inferior prometa: «En lo que me quede de vida no tendré

derecho a retirarme de vuestro poder y protección»⁴⁶. Lo declara genuflexo, juntando las manos mientras recita su fórmula. Si el homenajeado acepta la ofrenda ciñe con sus manos las del otro y le besa en la boca.

La esencia del rito es que del monarca para abajo todo individuo ceda su persona y bienes para ver ambas cosas devueltas a renglón seguido, redimidas y aseguradas por el pacto de sometimiento, aunque por eso mismo enfeudadas. Salvo el primero, cuyas cuentas son con Dios y su Iglesia, será un fuera de la ley quien pretenda vivir sin haber homenajeado a un superior, acto único al que los carolingios añadirán un juramento de lealtad hecho sobre los Evangelios o alguna reliquia, exigible tantas veces como lo aconsejen las circunstancias. Resulta imprescindible «ser el <hombre> de otro hombre»⁴⁷ para no verse perseguido por él y los demás.

Cambios derivados de herencia o donación determinarán pronto que un agricultor libre pueda cultivar una tierra servil, y viceversa, aunque para ser parroquiano en vez de forajido debe ostentar una dependencia vitalicia (*recomendatio*) o a plazo (*precarius*). En algunos territorios sólo será admisible el llamado siervo de la gleba, que además de estar ligado hereditariamente a su lugar de nacimiento se encuentra sujeto a

un *ius primae noctis* o derecho de pernada sobre esposa e hijos. Esas diferencias de régimen obedecen al espíritu de las distintas tribus, más o menos fieles al principio germánico de autonomía. Los visigodos, por ejemplo, pensaban que «el hombre libre nunca pierde el control sobre su persona», y la *Lex romana visigothorum* les reconoce una capacidad permanente para cambiar de señor.

Mucho más restrictiva, la legislación de los francos enumera qué «ultrajes» lo justificarían. De ahí que en la España no carolingia el homenaje sea «un acto cortés», sin otra formalidad que besar la mano, y que el estatuto de caballero no se limite a jefes y lugartenientes de mesnada (los «criados» del *Mío Cid*), correspondiendo también a una nobleza formada por terratenientes prósperos⁴⁸. En territorios donde reina el derecho de los francos la dependencia será más estrecha y muy duradera:

«En Baleares, Cataluña y el alto Aragón adoptó la forma más abyecta hasta 1486, cuando se produce la sentencia o bando arbitral de Fernando el Católico: «Juzgamos y fallamos que los senyors no podrán tampoco pasar la primera noche con la mujer que haya desposado un campesino, ni tampoco podrán después de que se hubiere acostado esa noche pasar la pierna encima de la cama ni de la mujer, en señal de soberanía; y tampoco podrán los susodichos señores servirse de las hijas o de los hijos de los campesinos contra su voluntad, con y sin pago»⁴⁹».

El reino de la desconfianza ha transformado la ciudadanía en secuencias de reconocimientos personales, y el concomitante reino de la credulidad promete a toda suerte de inferiores el núcleo de la *Pax Dei*: aunque cualquier acto de insumisión ofende al Creador, mucho más le irrita aún quien mancilla el estatuto de superioridad olvidando su compromiso de servicio. Pocos temas son tan recurrentes en la literatura de los siglos oscuros como el de que «los señores de este mundo» pagarán cualquier atropello ante el tribunal del más allá. La sanción divina del poder fáctico se apoya en esa segunda instancia, abierta a todos los reclamantes, y puede por ello prescindir de constitución civil.

1. Nuevas entidades de población. Fuera de las abadías, que son en principio comunas ebionitas estrictas, cada conquistador

se rodea de labriegos para formar «cortes» (*curtes*) que parten normalmente de antiguos latifundios. Su modelo incluye una casa hecha de piedra y más o menos fortificada, cuyos alrededores son dependencias hechas de madera y cuero. Los inferiores ocupan chozas distribuidas en torno a una huerta, el horno de pan, establos, graneros y cobertizos. Algún tipo de valla cerca ese conjunto, tanto más idóneo cuanto que la espesura salvaje o algún otro accidente natural aisle sus tierras de labranza. Cuando estos núcleos sobreviven a malas cosechas y plagas tienden a crecer, roturando tierras adicionales. En tal caso la empalizada se adapta a más chozas, la mansión acaba siendo castillo y una parroquia sustituye a la capilla del señor ⁵⁰.

Desde el siglo vi al xi, sin embargo, es más frecuente que en vez de crecer y multiplicarse las *curtes* se estanquen o desaparezcan. Ganar en vez de perder terreno ante el bosque exige sierras y hachas que faltan o son defectuosas, por no mencionar aperos de labranza en general, y el imaginario autárquico —unido a recelos ante el entorno humano ⁵¹— no puede ser más ajeno a un progreso técnico que pende de comunicaciones e incentivos para el diligente. Aunque ha borrado de su léxico las palabras «lucro» y «mercader», la mentalidad caballeresca genera un afán de ostentación afín al del culto cargo entre los polinesios, que no puede sino promover rapacidad y agresiones.

Con el trabajo como lote del vil, terrenos que se aran y abonan de modo defectuoso «son vencidos una y otra vez por vegetación indeseada» ⁵². Una desidia inseparable del culto a la magnanimidad determina, por ejemplo, que sostener a cada uno de los sesenta y tres monjes de la abadía de Saint Bertin requiera los servicios de treinta familias campesinas ⁵³. En el apogeo del providencialismo, el rendimiento medio por grano sembrado de cereal está entre dos y tres; al empezar a aproximarse a condiciones de mercado —en el siglo XII— ronda el seis ⁵⁴, y en el XVI las tierras de Flandes y Lombardía «devuelven dieciocho veces la siembra» ⁵⁵. Mientras la cosecha mal supere lo sembrado —calculando los años de barbecho o inactividad—, incluso grandes feudos pueden no bastar para que cada señor renueve su equipo bélico, y cada obispo el litúrgico.

Sumida en contracción, Europa seguiría así de modo más o menos indefinido si la propia penuria no hubiese inaugurado también un dinamismo ajeno a director o programa, cuyo punto

de partida es la transformación del esclavo en siervo. Abadías y curtes parten de una población formada por esclavos y *coloni*, hombres libres que desde el Bajo Imperio fueron adscritos vitalicia y hereditariamente a labores agrícolas en una tierra determinada. Los colonos premedievales aceptaron ese régimen para defenderse de recaudadores y policías secretas, que básicamente desaparecen con el Imperio, pero la escasez ha seguido creciendo y con ella lo inevitable de que todo el pueblo bajo imite su ejemplo.

Sin embargo, tras mil años de ensayarse como único modo de asegurar al hombre libre una vida digna, la sociedad esclavista se revela sencillamente incapaz de seguir teniendo esclavos, un fenómeno evidente y misterioso a la vez, pues nadie lo atribuye al bajo rendimiento derivado de un trabajador sin otro incentivo que el pánico o la inanición. Mientras hubo actividad mercantil, y circulación monetaria, las tasas siempre mínimas de reproducción propias de las «herramientas vivas» se compensaban en alguna medida comprando personas ya formadas profesionalmente, o formándolas el amo a su costa, para que luego se incorporasen al mercado laboral. Ahora, cuando la división del trabajo retrocede por todas partes, es absurdo imaginar que los amos pueden renovar periódicamente su stock pagando precios competitivos —análogos a los vigentes hoy para coches nuevos o usados, de gama alta y baja⁵⁶—, y se impone alguien a caballo entre el colono y el liberto, que deba vitalicia y hereditariamente trabajo pero ya no necesite ser comprado ni mantenido. Y, en efecto, desde el siglo vi al xi todos los que no rezan o luchan por los demás —esclavos, proletarios, clases medias venidas a menos, campesinado libre— irán confluyendo en esta específica «dependencia», cuyo punto de contacto más pedestre con el régimen anterior es el hecho de que la misma palabra latina —*servus*— designe al dependiente antiguo y al actual.

Por otra parte, como los nuevos amos quedan exentos de *donationes* en vestuario, alimento y abrigo, sus siervos les deben trabajo y obediencia aunque nada les impide adquirir y retener propiedad. Tal cosa es en las condiciones altomedievales una facultad vacía, frustrada de raíz por la falta de circulación que afecta a bienes y dinero. Pero los propios siervos acabarán demoliendo el principio autárquico desde finales del siglo X, y ese derecho de propiedad en principio inútil empieza entonces a cambiarlo todo, hasta el punto de acabar haciendo posible una sociedad sin superiores e inferiores por nacimiento.

2. Cristianismo y esclavitud. La Iglesia medieval no modifica

el criterio paulino de que los carentes de libertad política están especialmente bien situados para alcanzar la salvación⁵⁷. Coincide con Aristóteles en pensar la esclavitud como cimiento de cualquier orden social civilizado, y en el siglo VII su cúpula da el importante paso de admitir que el elenco de *mancipia* o esclavos tradicionales se extiende a personas antes libres y capturadas por cazadores. Estos raptos son una desdicha que afecta a no pocos santos y santas, por ejemplo, pero la jerarquía tiene demasiados intereses puestos en el traslado y exportación de captivi europeos para emprender algún tipo de acción conjunta y categórica.

El Concilio de Clichy (626) lo trata como mera cuestión de hecho, estableciendo a título de única excepción que no podrán destinarse «a judíos y paganos», pues podrían perder su alma inmortal al contaminarse con otras religiones. Idéntica regla consagra poco después el prolongado Concilio de Chalon-sur-Saône (647-653), seguido por una abundante serie de cónclaves ulteriores, cuya propia reiteración sugiere un sistemático incumplimiento de la prohibición que pesa sobre la venta a infieles⁵⁸.

En 599 san Gregorio Magno emplea las rentas que ha cosechado en su periplo por diócesis de la Galia para hacerse con una partida de jóvenes ingleses⁵⁹. Su política durante los siglos oscuros es el origen de Roma como principal mercado de cautivos, que son exportados inicialmente desde el puerto de Civitavecchia y luego desde los dominios papales en Campania. Las primeras noticias al respecto indican que la mayoría de los embarcados allí hacia Bizancio y el norte de África son lombardos, un pueblo cuya vecindad incomoda mucho a la Santa Sede. El negocio persiste largamente, y la primera muralla vaticana será levantada por *captivi* árabes tras la derrota de una escuadra suya en Ostia (849), pues el Papa ejecuta a los jefes y pasa a ser propietario del resto⁶⁰.

No hay, pues, nexos alguno entre el hecho de que los esclavos medievales se transformen masivamente en siervos y decretos o sugerencias eclesiásticas. La sociedad extracomercial es vocacionalmente servil, y en este orden de cosas su efecto inmediato será que el mundo sin negocios inaugure como negocio prácticamente único el rapto de incautos. La Paz de Dios ha desterrado el dinero sin abolir realmente su demanda, creando por una parte grados inauditos de estancamiento y por otra una industria de localización, captura y traslado de personas jóvenes con aspecto sano. Para cuando dicha industria

esté en su apogeo llega el Sacro Imperio, cuyos dos primeros césares son enemigos incondicionales del comercio.

Dicha institución está llamada a desintegrarse pronto, porque la falta radical de liquidez no permite sostener delegados y se impone el feudalismo. Por su parte, ese aislamiento crea también las condiciones para su propia superación, que serán básicamente una reapertura de rutas comerciales y los primeros burgos amurallados. Pero antes de esbozar el proceso que crea la Europa futura es preciso decir algo sobre el mundo bizantino y el islámico, cuya influencia sobre los siglos oscuros no puede exagerarse.

NOTAS

1 - Boecio (ca. 475-525), *De consol. phil.*, V, 141-142.

2 - Máximo, Avito, Mayoriano, Severo, Antemio, Olibrio, Glicerio, Nepote y Augústulo.

3 - Una de las epístolas del papa Gelasio afirma que en la Emilia, la Toscana y en provincias contiguas a ellas *hominum prope nullus existit*; cf. Gibbon 1984, vol. II, p. 487.

4 - *Ibíd*, vol. III, p. 247.

5 - Lo afirma en 475 Salvino, obispo de Marsella. Cf. Engels 1970, p. 189.

6 - El caudillo ostrogodo Valamiro, padre de Teodorico, había aceptado a regañadientes mandar desde los ocho años a educarse en Constantinopla. A cambio de ese rehén real el emperador León se comprometió a pagar a la nación goda ciento cuarenta kilos de oro al año, y una digna renta para los gastos personales del príncipe; cf. Gibbon 1984, vol. III, p. 15.

7 - Donde se le llama Dietrich von Bern, quizá por Verona —una de las sedes de su reino—.

8 - Cf. Gibbon, vol. III, p. 29.

9 - Casiodoro, *Variae* 9.24.8.

10 - Orosio, *Hist. adver.* pag. VII, 43, 4-6.

[11](#) - Su ambición termina tres lustros después, cuando Teodorico le mate con sus propias manos durante un banquete.

[12](#) - Montesquieu comenta que «las leyes de los borgoñones son bastante juiciosas, y las de los príncipes lombardos aún más»; *Esprit des lois*, 1, XXXVIII, c. 1.

[13](#) - Hume 1983, vol. I, p. 461.

[14](#) - Cf. Gibbon 1984, vol. III, p. 17.

[15](#) - La gran excepción en este sentido es Inglaterra, pues la conquista sajona iniciada en 449-450 somete todo sin contemplaciones, rozando el genocidio, y la invasión normanda en 1066 hace lo mismo en buena medida; cf. Hume 1983, vol. I, caps. 2 y 4.

[16](#) - Gibbon 1984, vol. III, p. 25.

[17](#) - Como vimos, ya en tiempos de Pertinax gran parte del agro itálico y el de otras provincias resulta ser dominio imperial, y por eso mismo no se explota.

[18](#) - Pablo, Epístola a los romanos 13:1.

[19](#) - Cf. North y Thomas 1982, p. 10.

[20](#) - Cf. Duby 1970, p. 172.

[21](#) - Los bizantinos instan también esa glorificación formal de la servidumbre, entendiendo que no sólo es la actitud ejemplar para el eclesiástico sino para el funcionario, cuyo servicio al Estado implica una esclavitud (*douleia*).

[22](#) - *La ciudad de Dios* propone leer el libro de Apocalipsis como «alegoría» y entiende que el milenio lo cumple pacíficamente el gobierno eclesiástico. Cf. XX, 6-17.

[23](#) - Véase, por ejemplo, Landes 2008, en *rlandes.bu.edu*.

[24](#) - Cf. *Wikipedia*, voz «Pax Dei».

[25](#) - Cf. Bloch 1961, p. 132-132.

[26](#) - Esto determina, por ejemplo, el título LXII de la *lex Saxonum*.

[27](#) - Es la ley de los anglos daneses, por ejemplo, de los francos y de los borgoñones; cf. Hume 1983, vol. I, p. 181-183.

[28](#) - Desde Diocleciano, que lo menciona en su edicto sobre precios máximos, a despecho de naufragios y piratas es mucho más barato llevar en barco una carga de grano desde el extremo occidental al oriental del Mediterráneo que trasladarla en carros unos pocos centenares de kilómetros.

[29](#) - Rostovtzeff 1998, vol. II, p. 1035.

[30](#) - *I Tesalonicenses*, 4:6.

[31](#) - Cf. McCormick 2006, p. 93-94.

[32](#) - *Ibid.* p. 28.

[33](#) - Tomás de Aquino, en Cipolla 2003, p. 234.

[34](#) - Cf. Gibbon 1984, vol. III, p. 251. Como es propietario de casi toda Sicilia por herencia familiar, desvía desde entonces el trigo de esa isla hacia Roma, bajo condiciones económicas que ignoramos.

[35](#) - En teoría, 2,7 gramos de plata.

[36](#) - Cf. *Miracula sancti Benedicti*, en *Biblioteca hagiographica latina* 1.123.

[37](#) - Cf. Duby 1978, p. 66.

[38](#) - Cf. McCormick 2005, p. 578.

[39](#) - Cf. Hume 1983, vol. I, p. 183.

[40](#) - Cf. Bloch 1961, p. 152.

[41](#) - Por lo demás, aquella España atravesaba la dura resaca de recibir montañas de plata sin industria o comercio donde reinvertirlas, padeciendo una inflación sin compensaciones. Véase más adelante, p.

[42](#) - Concretamente: comino, pimienta, canela y clavo.

[43](#) - Hincmaro, Epístola 52, *Patrologia Latina*, 126.274D.

[44](#) - McCormick 2005, p. 728-733.

[45](#) - Cf. Bloch 1961, p. 63.

[46](#) - Para la fórmula completa de algunos protocolos merovingios cf. Duby 1978, p. 45-46.

[47](#) - *Ibíd.*, p. 145.

[48](#) - Cf. Bloch 1961, p. 158, y 186-187.

[49](#) - Engels 1970, p. 68-69. La región pasó a ser Marca carolingia en 808.

[50](#) - Para una descripción del «sistema curtense», cf. Cipolla 2002, p. 151-155. Por lo demás, este libro abunda en descuido y otras deficiencias.

[51](#) - Más allá de las lindes pululan famélicos convertidos en pequeños delincuentes y bandoleros, tan temibles en principio como otros señores de la vecindad.

[52](#) - Bloch 1961, p. 61.

[53](#) - Cf. Duby 1970, p. 92.

[54](#) - Cf. Cipolla 2003, p. 126-127.

[55](#) - Cantillon 1755, XV, 7. La *campagna* de Nápoles, añade el *Essai*, puede superar la tasa de 20.

[56](#) - Véase antes, p. 14.

[57](#) - Véase antes, p 111-112.

[58](#) - Cf. McCormick 2005, p. 709.

[59](#) - *Ibíd.*, p. 687.

[60](#) - El primer tratado medieval que se conserva es de 840 y

constituye un acuerdo entre el carolingio Lotario I y la república de Venecia, donde ésta se compromete a no comerciar con los súbditos de aquél, y a cerrar su industria de castración; cf. McCormick 2005, p. 710.



© Antonio Escotado 2008
LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO
<http://www.escohotado.org>

Development Sciences Network Presence
www.catalanhost.com



Los Enemigos del Comercio

LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO

10

Tres marcos externos

«Todo lo recóndito es dudoso.»

Ch. H. de Montesquieu ¹.

I. El Imperio oriental

La *Roma Nova* —Constantinopla tras la muerte de su fundador— se instala sobre una península poblada desde tiempos inmemoriales, que domina el estrecho de comunicación entre el Mediterráneo y el Mar Negro. Colonos de Mileto y Megara bautizaron el lugar como Bizancio, que fue sucesivamente miembro de la liga democrática y de la espartana, manteniéndose bajo el poder romano como una ciudad de segundo orden, a pesar de su privilegiado emplazamiento. Esto cambió radicalmente desde 330, cuando Constantino decidió convertirla en alternativa a la vieja Urbe e invirtió buena parte de sus recursos en urbanizarla y embellecerla.

Gracias a extraordinarias obras de fortificación ², que se terminan dos siglos más tarde, la segunda Roma reinará medio milenio sin disputa desde los Balcanes a Mesopotamia, y será capaz de sobrevivir —progresivamente reducida— hasta 1453. Desde el siglo V no es sólo la sede del Imperio de Oriente sino un foco de industria y comercio sólo comparable con Alejandría, sobre la cual ostenta la ventaja de ser el centro administrativo y militar. A diferencia de la otra sede imperial, tiene en el campo y las ciudades una clase media que produce e intercambia, cuyo medio de vida son conocimientos y técnicas.

Según una fuente árabe:

«Desde el país bizantino llegan artículos de oro y plata, dinares de oro puro, plantas medicinales, telas tejidas con oro, brocado de seda, animosos caballos, esclavas, artículos raros de cobre, cerraduras que no pueden forzarse, liras, ingenieros hidráulicos, expertos agrícolas, marmolistas y eunucos»³.

Mientras, Occidente va entrando en un sistema de grandes dominios comunicados, progresivamente ajeno al comercio. La desaparición del dinero allí coincide con el proceso opuesto en el Imperio oriental, y reinando Anastasio I (491-518) las rentas han crecido hasta el punto de que la contribución rústica puede pagarse en metales nobles, no en especie. Aunque emprende importantes obras públicas, sus dos décadas de gobierno aportan a la tesorería ciento sesenta toneladas de oro, un saldo neto cuyo origen no son conquistas o saqueos sino granjas rentables, talleres y negocios de exportación e importación. Prolongando tradiciones griegas, fenicias y judías, que saben insertarse sin violencia en la oferta y la demanda de cada espacio, su manera de emplear los recursos humanos y materiales no puede ser más distinta de la occidental.

1. Un periodo expansivo. Dos entre las señas de identidad de Constantinopla, su «magia civilizadora» y su «imperialismo defensivo»⁴, parten de no comulgar con el desdén romano por la industria, y su legendaria diplomacia se liga a lo mismo. Cuando Atila amenaza al país, por ejemplo, las negociaciones con Teodosio II desembocan en que recibirá novecientos cincuenta kilos de oro. Pero tan importante como esa cláusula del convenio es otra, por la cual se establecen puestos comerciales bizantinos en territorio huno, que además de importar materias primas recobran con la venta de sus manufacturas el oro extorsionado.

La mentalidad emprendedora deroga entonces el impuesto selectivo que Constantino creó para gravar las rentas de profesionales y hombres de negocio (el *chrysargiron*), y una parte razonable de los recursos públicos se destina a mantener o crear infraestructuras. Constantinopla, cuyo censo supera el medio millón de habitantes, elabora y exporta los bienes antes mencionados, centraliza el tráfico de vinos —entre otros el «fuerte» tinto de Gaza— y tiene como principal mercancía la seda. Monjes nestorianos han roto el secreto de su fabricación, celosamente guardado por China, trayendo gusanos que

permiten limitar a variedades muy específicas la importación, y bien sea como productora o como mediadora su sociedad genera ciertamente más ingresos que gastos.

Ya antes de que comience a fabricar seda propia el superávit sugiere a Justiniano (527-565) varios proyectos ciclópeos, entre ellos una reconquista del Imperio occidental que consuma en considerable medida ⁵. Mucho más duradera y útil iba a ser la compilación de edictos y dictámenes de los jurisconsultos clásicos, el *Corpus iuris civilis*. Otra de sus obras inmortales, la catedral de Santa Sofía, empieza erigirse cuando no se han apagado aún los rescoldos de una rebelión que incendia buena parte de la ciudad, causando decenas de miles de muertos ⁶.

II. El bizantinismo

El Imperio oriental constituye también el centro de los debates sobre ortodoxia, que son también rivalidades entre Constantinopla, Alejandría y Antioquía, concretadas en luchas feroces de sus respectivos patriarcas. Aquello que en Roma representa el poder pretoriano lo comparten allí una burocracia reclutada entre eunucos, con no pocas emperatrices omnipotentes y una corte que pretende aunar virilitas latina, modales helénicos y pompa asiática. Juan Filopón (ca. 490-570), principal erudito bizantino, ejemplifica la versatilidad de su cultura con ideas sobre cinemática que inspiran a Galileo, estudios lingüísticos y filigranas teológicas como calcular cuántos ángeles caben en la punta de un alfiler.

Teniendo un pie en la prosa del comercio y otro en la poesía del dogma, los ciudadanos de la *Nea Roma* se polarizan en una defensa de versiones menos y más misteriosas de la Verdad. Las disputas inauguradas por Arrio y san Atanasio apasionan tan vivamente que innumerables personas perderán la vida defendiendo la diferencia entre *omoiusíos* y *omoousíos*. El más instruido de los Padres orientales comenta por entonces:

«La capital está llena de obreros y esclavos que son todos profundos teólogos, y predicán en sus talleres y en las calles. Si pedís a alguien que os cambie una pieza de plata os instruye sobre la diferencia entre el Padre y el Hijo; si preguntáis el precio de una barra de pan os contestan que el Hijo es menos que el Padre, y si preguntáis cuándo terminará de hornearse os aclaran que el Hijo fue formado de la nada» ⁷.

Le escandaliza ver estas cuestiones abordadas por «obreros y esclavos», cosa curiosa cuando el Sermón de la Montaña bendice precisamente a pobres espirituales y materiales. Esas y otras paradojas abundan en una cultura que cuanto más apasionadamente busca la Verdad más eleva a substancia lo protocolario, en la cual franqueza equivale a rudeza y es signo de elegancia desunir forma y contenido. Las esperanzas civilizadoras descansan en una ciencia diplomática, aunque el apasionamiento fanático anida en el protocolo mismo. El drama de la conciencia infeliz —desgarrada ante el hecho de ser «carne» y la necesidad de maldecirse por ello— capta protagonistas tan singulares como la emperatriz Teodora y el gran general Narses, la primera una prostituta de lujuria infinita⁸ y el segundo alguien castrado desde la infancia.

En la empobrecida Europa reina tranquilamente un culto a santos y reliquias, que gracias a ello combina el misterio de la Encarnación con el politeísmo previo. En el Imperio oriental fascina la oposición irreconciliable entre espíritu y materia, y el problema es frenar a la rama más radicalizada y rica en este sentido, la gnóstica, que ve en el Padre la potencia maligna y en el Hijo la benigna. Sus adversarios teológicos lo consideran la más abominable blasfemia, pero ambos coinciden en que Jesucristo pasó por el vientre de María «como un destello solar cruzando un cristal»⁹, sin roce alguno con la inmundicia mundana.

Antes de que surja el cisma entre ortodoxos y católicos, vigente hasta hoy, ese clima alimenta los sangrientos concilios de Éfeso (431 y 449), donde bandas de anacoretas se suman a mercenarios y al séquito de los patriarcas de Alejandría y Constantinopla. Todos luchan a brazo partido por hacer que triunfe la unidad o pluralidad sustancial del Hijo, decantándose al mismo tiempo por la virginidad más o menos literal de María. Los triunfantes en esa disputa alegan que «quien divida al Cristo [en una naturaleza divina y otra humana] dividido sea con la espada y quemado vivo»¹⁰. Así sucederá, en efecto, cuando las actas del segundo concilio se conviertan en bandos municipales.

1. Economía y sociedad. Antes de Justiniano las finanzas van tan bien que ni siquiera los gastos extraordinarios derivados de mantener la fe ortodoxa interrumpen los planes de recobrar el Mediterráneo. El excedente permite también subvencionar a los persas para que su celo preislámico —la religión zoroástrica— no imponga sacrificar por sistema a toda suerte de infieles

hallados en sus territorios, disuadiéndoles también de su ancestral disposición expansiva. Pero el brote de peste bubónica (541-543) mata a un tercio de la población, liquidando el excedente de personas dispuestas a trabajar o alistarse.

La escasez de brazos dispara una espiral en los salarios que el gobierno intenta corregir legislando sobre sueldos máximos, y el efecto de la plaga a medio y largo plazo será convertir a los bizantinos en importadores masivos de esclavos como mano de obra, cuando precisamente el rendimiento del trabajo libre distinguía hasta entonces sus productos. Aunque otras culturas padecen ese tipo de epidemia sin cambiar estructuralmente —e incluso lo aprovecharán, como Europa, para acelerar el cambio social—, la bizantina reacciona ante la catástrofe haciéndose más militar y más clerical, un proceso que en pocas generaciones acaba con su clase media agraria y urbana.

Desde fuera sus ciudades parecen fortalezas, y miradas desde dentro se organizan como conventos. Ya precozmente ese elemento monástico justifica que Justiniano clausure en 529 la Academia de Atenas, imponiendo un código de costumbres que subvenciona formas célibes de vida y estorba de modo espectacular la repoblación. Le quedan a Constantinopla casi mil años de vida, pero ya no como Imperio de Oriente sino como alianza de feudos, radicada en un lugar natural de poder convertido por obra humana en fortaleza inexpugnable. El bastión civilizador constituye una amalgama de formas suntuarias y fondo fanático que sólo el propio bizantinismo puede gestionar.

La paralización que define a los sucesores de Justiniano parece invertirse con la llegada del enérgico Heraclio, cuya victoria sobre los persas permite reconquistar Alejandría. Este emperador quiere recobrar una agricultura no latifundista y diversificada, devolviendo al efecto tierras expropiadas por sus antecesores, pero en 622 —cuando accede al trono— Mahoma se ha ido de La Meca a Medina para fundar la *ummah* musulmana, un movimiento que en pocos años conquista gran parte de Asia Menor, sitiando Constantinopla desde 647 a 678. Aunque tenga las mejores bibliotecas, y abundantes polígrafos, el futuro de Bizancio es una vida de espora.

Por lo demás, fue el bizantinismo quien sembró la discordia más enconada entre diofisitas y monofisitas, y van a ser estos últimos quienes rindan Egipto y Siria a los islámicos, con tal de tener autoridades políticas y religiosas más tolerantes que su Emperador o su Patriarca. Los califas se lo concederán, a

cambio de cobrar un tributo por ello, y lejos de asimilar esta lección el Imperio persevera en disputas teológicas que van haciéndose cada vez más sangrientas, hasta desembocar en un siglo largo de guerra entre iconófilos e iconoclastas¹¹.

La progresiva clericalización se hace en detrimento de la vida mercantil, que si en el siglo v y vi resultaba floreciente en el ix aparece exhausta. El emperador Teófilo (829-842) ve con escándalo que su esposa sea propietaria de un mercante anclado en el puerto, y ordena destruirlo. A su juicio, «el comercio es incompatible con el imperio»¹². El colmo del mal se encarna en los judíos, que han empezado siendo perseguidos desde Justiniano y acaban por desaparecer completamente de sus dominios.

III. El monoteísmo depurado

En persa antiguo arabaya significa «tierras al sur» (de Mesopotamia), y los romanos distinguían una *Arabia Desertica* de una *Arabia Felix* o dichosa. La primera, que nunca fue presa codiciada por conquistadores, era tierra de «jinetes montados sobre dromedarios y tribus sin historia» tradicionalmente propensas al atraco (*latrocinium*)¹³. La segunda, que ocupaba los territorios actuales de Yemen y Omán, es probablemente el origen de los semitas nómadas¹⁴ y alberga desde tiempos inmemoriales reinos prósperos como el de Saba. Sus marinos descubrieron que el monzón les permitía ir y venir de la India, sus agricultores aprendieron a producir masivamente incienso y mirra¹⁵, y coordinar ambas cosas hizo de esa zona el mayor centro antiguo de importación y exportación de especias.

Para llevar estos productos al Mediterráneo debían cruzar el mar de arena, y uno de sus tramos más inclementes pasaba por el valle desértico pero abundante en pozos de La Meca. Las caravanas repostaban y renegociaban allí, un lugar famoso por lo amargo de su agua y por una piedra negra (la *Ka'ba*) —quizá un meteorito— venerada junto a otras deidades paganas, que parecen haber sido fundamentalmente tres diosas¹⁶. A finales del siglo vi, mientras persas y bizantinos se disputan políticamente la región, en ambas Arabias la bandera del fervor religioso es sostenida por judíos, cristianos coptos y maniqueos.

Todo el horizonte cambia con la llegada de Mahoma (ca.570-632), un nativo de La Meca que tras hacer frente a la

desventaja inicial de ser huérfano ¹⁷ acaba formulando un monoteísmo más racional que el de sus antecesores proféticos. Propone explícitamente una repetición (*q'uran*) de las tesis mosaicas, cristianas y maniqueas, que reteniendo la «verdad inmortal» de cada secta evite también sus limitaciones y corrupciones. En términos teológicos se parece como dos gotas de agua al cristianismo arriano, pero no podemos pasar por alto algunos matices diferenciales.

1. La genealogía árabe. El monolito llamado *Ka'ba*, dirá Mahoma, no es un ídolo más sino el único símbolo terrenal de Alá, dios único y omnipotente. El templo que le dedicaba el politeísmo fue construido en realidad por Abraham y su hijo Ismael, padre ancestral de los beduinos, mucho antes de que Salomón erigiese el suyo en Jerusalem ¹⁸. La madre de este pueblo es por tanto Agar, una esclava árabe de Sara —la mujer de Abraham— que acosada por sus celos y malos tratos huyó internándose en el desierto. Allí un ángel le vaticinó que su hijo tendría «una descendencia incontable», y que Ismael sería «como el asno salvaje, con su mano contra todos y la de todos contra él» ¹⁹.

Cuando Mahoma emigra con sus primeros seguidores de La Meca a Medina, en 622, su liturgia manda orar mirando a Jerusalem y él se dirige a la importante colonia judía de la ciudad diciendo: «¡Pueblo del Libro! El Profeta ha llegado hasta vosotros para que no pudieseis decir que nadie os avisó de la buena nueva» ²⁰. Según parece, los rabinos le objetaron errores de bulto sobre la Torah —un indicio de que, al menos entonces, no sabía leer—, y desde 624 las oraciones del fiel se harán mirando hacia La Meca. Pasar del respeto filial a la animadversión depende también de conseguir el apoyo de los no judíos, y cuando pasa controlar Medina, en 627, expulsa a parte de ellos confiscado previamente sus bienes. En 628 manda degollar al resto ²¹.

Mahoma critica del judaísmo su pretensión de que el Omnipotente podría limitar sus bendiciones a un linaje. Al cristianismo le imputa la blasfemia de desdibujar la diferencia irreductible entre divino y humano, aunque coincide con Jesús en dirigir su mensaje a «menesterosos y desventurados», y está sentimentalmente muy próximo al pobrismo evangélico ²². Común a cristianos y maniqueos es, por último, una insensata condena de «la carne». Como el Dios de Moisés, el suyo no quiere monacato ni mortificación ascética sino mesura. El fiel,

que será premiado en el Cielo con huríes supremas, tendrá en la tierra harenes y una sociedad organizada para que su disfrute ni sea interferido ni desemboque en excesos²³.

Infinitamente distante, de Alá²⁴ se dice también que «está más cerca que la vena del cuello»²⁵, y que como el Padre cristiano padeció la rebelión de un arcángel maligno, el Demonio. Esta peripecia cosmogónica, desconocida para la religión mosaica y emparentada con el dualismo zoroástrico²⁶, limitaría en principio la omnipotencia divina. Pero tanto la tradición cristiana como la mahometana aclaran que —sin perjuicio de ser formidables— los poderes del ángel sedicioso son muy inferiores a los de Dios. No hay por ello un Mal comparable en fuerza al Bien, sino tan solo muy tenaz. Por otra parte, negar el dualismo teológico implica también trasladarlo a la vida cotidiana, y el buen musulmán debe considerarse un soldado en la guerra sin armisticio entre la luz y las tinieblas. Hasta qué punto es así lo indica que arrepentirse de haber abrazado su fe equivale a deserción, y quienes tengan a mano al apóstata serán personalmente responsables si no le matan.

2. El credo como Estado. El Corán cuenta que Jesús sólo pareció morir y ascendió vivo al Cielo²⁷, donde más adelante pronostica la llegada de Mahoma²⁸. Preguntado por Alá, aclara en otro pasaje que ni él ni su madre María tienen condición divina²⁹. Al contrario, Moisés, Jesús y Mani fueron simples mortales iluminados, como el propio Mahoma, a despecho de que a él le rodeen portentos desde su nacimiento³⁰. Ser el Sello de la Profecía no deriva en su caso de alguna superioridad ontológica, sino de que ha planteado al fin con total claridad el programa religioso: 1) «Matad a los politeístas allí donde los encontréis, salvo que se arrepientan»³¹; 2) La «sumisión a Dios» (islam) equivale a un Estado planetario único, que zanja cualquier distingo entre fe y política.

Dicha sumisión universal deja atrás aquello que hace del judaísmo un culto-familia, y del cristianismo una secta llamada a la marginalidad y la insumisión. La teocracia no es un accidente histórico sino una pauta perpetua, cuya eficacia práctica se demuestra con una fulgurante expansión. Guiados por el lema «victoria o paraíso», y ayudados por el sectarismo de bizantinos y persas, en unas décadas los sucesores («califas») del Profeta conquistan un territorio superior al anexionado por los romanos en medio milenio, llegando poco

después hasta China. También es significativo que en gran parte de esos dominios la rueda sea inútil³².

Mahoma y el califa Omar, su gran heredero, son comunistas de corazón que aceptan la propiedad privada como mal menor. De ahí que vean en el sometimiento político genérico —y en la esclavitud, su forma extrema— algo no sólo inevitable sino neutral, pues amos y siervos disponen de idénticas oportunidades para salvarse. Aunque tanto los musulmanes como los cristianos se declaran hermanos, y coinciden en declarar obligatoria la limosna, ni el Corán ni el Nuevo Testamento contienen nada parejo a la regla mosaica de que el esclavo será redimido al cumplirse los siete años de sumisión, recibiendo entonces medios para inaugurar una vida independiente. Esto indica hasta qué punto se ha cumplido una sublimación de lo «familiar», que entiende la sangre común en sentido figurado y la sumisión en sentido literal.

Para relacionarse con su prójimo al buen mahometano le basta cumplir la regla de cortesía sugerida por san Pablo, según la cual el amo será impecable mientras no trate con crueldad a sus herramientas vivas. Desde el siglo vii la demanda árabe de esclavos será decisiva para Europa, que necesita toda suerte de artículos controlados por los musulmanes y sólo puede procurárselos vendiendo jóvenes a Bagdad y Córdoba, dos compradores cuyo poder adquisitivo supera pronto el de Bizancio. Ceder los mejores ejemplares de latino, nórdico y eslavo no resulta precisamente eugenésico para el Continente, pero la Santa Sede y los Califatos suspenden sus odios cuando se trata de articular dicho tráfico, y en 806 el jurista Ibn Sahnun aclara que «no está permitido capturar barcos cristianos, estén donde estén, si son comerciantes conocidos por sus relaciones con los musulmanes»³³, e intercambiar personas por seda, especias y metales nobles puede considerarse «el primer gran impulso para el desarrollo de la economía comercial europea»³⁴.

IV. Fraternidad y discordia

Cuando el Profeta muera inopinadamente, sin preparar su sucesión, no sólo surgen algunas dudas³⁵ sino dos modos contrapuestos de entender la vida piadosa. En principio, la disidencia viene de que el nuevo jefe de la ummah musulmana es uno de los suegros del Profeta —el anciano Abu-Bakr, padre de Aisha, su favorita— y no Alí, marido de su hija Fátima y primo del Profeta, aunque ambos coincidan por completo en

términos doctrinales. La escisión se mantiene latente durante la década prodigiosa de Omar (634-644), que llega al trono dos años después de morir Mahoma y es el mariscal perfecto para las tribus árabes. Vive como un beduino, armándose cada día una tienda individual para no dormir totalmente al raso, y castiga el lujo de sus generales no sólo confiscando cualquier vestidura de seda, piel o pedrería sino haciendo que esos impíos sean pasados por lodo en su presencia³⁶.

La conducta hacia no islámicos resulta unánime en los comienzos y se resume en el bando de Jaled, «alfanje de Alá», al tomar Alejandría: «Ea, perros cristianos, ya sabéis la alternativa: el Corán, el tributo o la espada»³⁷. Hacia dentro, sin embargo, cunde un retorno a las discordias tradicionales, que desde 655 ya no son luchas entre clanes sino guerras entre ejércitos de musulmanes. Pasar del tribalismo beduino a un reino islámico unificado coincide con una secuencia de magnicidios que mata a tres de los cuatro primeros califas, asesinando también a Alí y a su hijo Huseín, hasta desembocar en una escisión oriental y occidental de ese imperio que no responde a razones estratégicas sino exclusivamente al rencor. El estandarte blanco de la dinastía omeya pasará a ser el negro de la abásida, por ejemplo, pero lo fundamental es una divergencia permanente en concepciones del mundo.

Los sunitas, partidarios de la práctica (*sunna*), defenderán en lo sucesivo un «conformismo basado en creer que treinta años de tiranía son preferibles a un día de desorden»³⁸. Los chiitas optan por la pasión victimista de Alí: «No encontrarás opulencia sin topar con derechos pisoteados de las personas [...] no hay bocado exquisito libre del hambre de quienes trabajaron para hacerlo posible»³⁹. La figura política adaptada a su arrebató emotivo es el *imam*, que al encarnar la infalibilidad no es tanto una persona física como un espíritu. Marginal y minoritario, aunque magnético también para las masas, el chiísmo se expande y diversifica a través del *sufi* o místico, llamado también «hombre pobre» (*fakir* en arábico, *dervish* en persa).

El «mártir del amor», Ibn Mansur al-Hallaj, será ejecutado en Bagdad (922) por ver en sí mismo «la verdad creadora», y de esa corriente parten fenómenos muy diversos: una lírica metafísica insuperada —con Ibn Arabí, Jayam⁴⁰ y Roumi—, la *Destrucción de los filósofos* (1095)⁴¹ de Algacel, y la obra básicamente científica de Avicena (980-1037) y Averroes

(1126-1198)⁴². Entretanto, un tropel de discordias y usurpadores desteje cada noche lo tejido durante el día. «El principio islámico es la religión y el terror, como el de Robespierre sería la libertad y el terror»⁴³, y su prodigiosa capacidad para conmover y disciplinar no tiene como contrapartida una solidez orgánica, pues las tribus árabes sólo mantienen su acuerdo cuando irrumpen desde el desierto para conquistar Asia Menor. A partir de entonces su inmensa ummah es un semillero de discordias, que responde con integristos renovados a sus progresos en cualquier otra dirección. En el califato de Bagdad, por ejemplo, entre 908 y 945 hay cinco regentes y cuatro de ellos serán asesinados, preparando así la entrega del imperio a mercenarios turcos.

1. Algunas instituciones. La financiación inicial del islam queda asegurada por el genio político de su Profeta, que inventa el sistema de pagar tributo a cambio de libertad religiosa. Omar cumple esa regla escrupulosamente —prohibiendo infligir cualquier molestia al tributario—, y obtiene con ello cifras fabulosas, sin duda superiores al resultado del simple pillaje. Por ejemplo, doscientas mil monedas de oro le llegan de «tolerar» en Cesarea, trescientas mil de tolerar en Antioquía y cinco millones de piezas por hacer lo mismo en la recién conquistada Alejandría⁴⁴. A diferencia del saqueo, esa fuente de ingresos se renueva año tras año —no sólo a medida que aumentan sus conquistas, sino al ritmo en que vayan naciendo nuevos «tolerados»—, y ayuda a entender la aparición de urbes gigantescas, que no tardan en formar una cadena desde Marrakech a Cachemira, con El Cairo como megalópolis.

Entre el siglo VIII y el XII los excedentes agrícolas y las manufacturas que el mundo musulmán produce o transporta son el grueso del comercio mundial, sostenido sobre una red de rutas terrestres y marítimas que sus mercaderes roturan o amplían. Ante las oportunidades inmejorables de negocio, que derivan de ser una fraternidad sin fisuras ante los no conversos, esos comerciantes renuevan usos jurídicos y forman escuelas de jurisprudencia, racionalizando así el intercambio de sus artículos con los europeos, los indios y los chinos. Tanto más llamativo es, por ello, que desde el siglo xi el producto exportado vaya perdiendo entidad⁴⁵, y la economía se asome a una crisis irreversible. El imperio abásida, que alcanza el cénit de su esplendor con Harún al-Raschid (786-809), se desintegra políticamente al ritmo en que el islam va pasando a ser mayoritario entre sus poblaciones, y repite en más de un

sentido los retrocesos característicos del Bajo Imperio romano ⁴⁶ .

El fulgurante crecimiento tiene su talón de Aquiles en prescripciones análogas a las que maniatan el crédito en Europa, satanizándolo como usura. En efecto, el préstamo se diría uno más entre los cuatro tratos primarios ⁴⁷ , pero Mahoma ha prohibido genéricamente la *ribah* o interés del dinero. Añádase a ello que el Corán y la *sharia* prohíben no sólo el juego sino cualquier tipo de iniciativa mercantil semejante, vetando la relación directa entre riesgo y beneficio. Esto excluye las transacciones especulativas o «de resultado imprevisible» ⁴⁸ , y por eso mismo aquello decisivo para que «el simple flujo circular» de producción y adquisición pueda transformarse en «desarrollo» propiamente dicho ⁴⁹ .

Como la *ummah* es un resultado teológico, no puede esquivar el odio entre legalistas y esotéricos que dibuja la grieta entre realismo y apasionamiento, modo de vida sunita y chiita. Aunque su civilización no tiene entonces igual, ventila las crisis recortando una vida civil nunca aceptada del todo. En el siglo XI, por ejemplo, brota una corriente de «Gran Resurrección» que calca los eventos apocalípticos anunciados por futurólogos hebreos y cristianos ⁵⁰ . Algo paralelo ocurre con el culto maniqueo, cuya fe dualista revive en las formas más populares del chiísmo. Comparada con la católica, su fe es un modelo de sobriedad intelectual; pero en vez de preparar una mesocracia sus califatos evolucionan hacia un medioevo donde tanto la industria como las clases medias se estancan o retroceden. A partir del siglo XII los avances tecnológicos pierden impulso, al mismo tiempo que el nivel de conocimiento y comprensión en el campo de las ciencias ⁵¹ .

La lucidez suele coincidir con el ocaso, y eso ofrece Ibn Jaldún (1332-1406), cuya *Introducción a la Historia* puede compararse en términos analíticos con lo equivalente de Aristóteles y Hegel. Estudiar culturas y cambio social le lleva al concepto de una «cohesión» (*asabiyah*) surgida espontáneamente en tribus y grupos familiares, que alguna fe intensifica y amplía hasta crear reinos e imperios. Factores psicológicos, sociológicos, políticos y económicos provocan la decadencia inevitable de cada *asabiyah*, que en realidad ha allanado el camino a otra y otra. Llamativamente, Jaldún no ve en este proceso más evolución que el paso de la vida silvestre a la civilizada, algo común a toda sociedad no ágrafa. En el

horizonte islámico sólo hay pleamares y bajamares de un océano inmutable.

V. Un apunte sobre Extremo Oriente

En contraste con otros marcos culturales, China es un país agraciado por no hallarse sujeto a «ascesis histerizante», en palabras de Weber.

«La ausencia de <nervios> en el sentido que el europeo asocia hoy a esta palabra, la paciencia sin límites y la contenida cortesía [...] todo esto parece mostrar una unidad bien trabada en sí misma. Para lo demás hallamos una aversión extraordinaria hacia todo lo desconocido [...] y una insinceridad sin parangón en el mundo»⁵².

Allí el fenómeno de la pobreza no puede relacionarse con motivos éticos y teológicos, como los que se oponen a la institución crediticia y el juego mercantil entre cristianos e islámicos. Pero sus penurias económicas no serán menores, y aunque sea a título de mera y breve digresión podemos preguntarnos de dónde podrían provenir, y qué puntos de contacto tienen con el subdesarrollo crónico de otras civilizaciones. Si nos situamos en China a mediados del siglo IV—cuando los obispos católicos celebran el sínodo de Paflagonia⁵³—, leeremos en la crónica imperial que el producto agrícola es insuficiente para «las necesidades del Estado». He ahí un dato paradójico, pues el Río Amarillo y el Chiangjian depositan ellos solos casi diez veces más sedimentos que el Nilo, el Amazonas y el Mississippi juntos, regalando grandes extensiones de terreno aluvial que rinden hasta cuatro cosechas anuales, dos de ellas de arroz, un cereal cuyo rendimiento en calorías por área es seis veces superior al del trigo⁵⁴.

Tan inmejorable base nutritiva tiene como complemento campesinos muy dóciles, que sus señores desplazan como si fuesen semillas de las plantas cultivadas por ellos. Trabajan la tierra con una meticulosidad emocionante, y «su virtuosismo en el ahorro jamás ha sido alcanzado en otra parte del mundo»⁵⁵. Sorprende incluso que sobrevivan sin graves taras, porque aprovechar cada metro para el cultivo priva de espacio a animales distintos del cerdo, y como estiércol se usan el de este omnívoro y el humano. Este abono lo transportan e insertan con ayuda del arado seres próximos a la ciencia—ficción. A

despecho de estas condiciones, en 350 el emperador T'ai-wu no tiene suficiente «ni para su digno sustento personal» —mucho menos para obras públicas—, y decide borrar el «despilfarrador anarquismo»⁵⁶. Ordena a tales fines un censo de todos sus súbditos que permita controlarlos estrechamente, pues la prosperidad del país peligra si se dedican a consumir pasatiempos o amasar dinero. A su juicio, los deberes procreativos y productivos del pueblo exigen pena capital para quienes «beban vino, asistan a espectáculos teatrales o dejen la agricultura por el comercio». Algunos reos de ebriedad, pasatiempo y comercio son exterminados entonces, aunque esta normativa termina cayendo en desuso y la economía sigue estancada.

Ninguna religión subraya tanto como el confucianismo la conquista de confort material. Por otra parte, sacralizar la riqueza no implica que estén dadas las condiciones para el desarrollo de una «mentalidad» económica⁵⁷, algo quizá predeterminado por sus convicciones políticas. A despecho de que Europa conozca innumerables autócratas como T'ai-wu, es necesario esperar a 1651 para que el *Leviatán* de Hobbes —un reflejo de la larga y feroz guerra civil inglesa— presente formalmente la arbitrariedad de uno como única garantía de paz social. Su pesimismo le dicta que hasta el soberano más ávido de sangre y expolio es preferible a la mejor intencionada asamblea democrática, y que el único modo de evitar una guerra de todos contra todos está en el aparato de dominio incondicional y vitalicio ofrecido por el absolutismo. Lo pasmoso de la historia China es que dicho criterio rija allí desde tiempos inmemoriales, sin contradictores como los que encontró Hobbes. Desde el primer mandarín hasta el último súbdito todos parecen coincidir en que una autoridad infinita es incondicionalmente preferible a una autoridad limitada.

1. El poder del capricho. Mil años después de que T'ai-wu muera encontramos al país fascinado con la construcción de barcos. Una de sus flotas —mandada por el almirante eunuco Zheng He— dispone de 317 naves, algunas enormes (ciento treinta metros de eslora, frente a los veinte de las carabelas de Colón), capaces de transportar más de un regimiento. Toda Europa junta no puede imaginar siquiera una armada semejante⁵⁸. Pero la Corte cambia de idea, y en 1500 quien construya una embarcación con más de dos mástiles merece pena capital. En 1525 las autoridades costeras ordenan destruir todo barco que surque la alta mar, así como el encarcelamiento indefinido de sus propietarios. El motivo expreso de este decreto es que al Imperio no se le ha perdido nada fuera:

«China recibirá pleitesía y tributos, permaneciendo ajena a la tentación del vil comercio, tanto como a novedades de fabricantes. Las propuestas de mejora son superfluas cuando no censurables»⁵⁹ .

Ha llegado un nuevo brote de Imperio inmóvil, donde los escasos testigos europeos observan cómo «cualquier hombre de genio inventivo se ve paralizado por la idea de que sus esfuerzos no le valdrán recompensas sino castigos»⁶⁰ . Precisamente por esos años preparaba Portugal sus primeras expediciones a Extremo Oriente, seguidas algo más tarde por las de holandeses e ingleses, y tanto flotas comerciales como militares habrían sido útiles para que el Imperio no pasase de una suprema altivez a estar de rodillas ante Rusia, Japón y las potencias occidentales.

La misma actitud se observa con el cañón, un invento chino del siglo XIII, pues en el siglo XVII el país ha olvidado tanto producirlo como usarlo, y cuando en 1621 los portugueses de Macao regalen al Emperador cuatro piezas deben complementar su obsequio con otros tantos artilleros⁶¹ . Como la construcción naval, la metalurgia se estanca indefinidamente. No sólo en estos campos sino «en su conjunto, el desarrollo chino plantea el mismo problema una y otra vez»⁶² .

2. Derecho y legislación. Mirado desde el presente, de alguna manera ventilará sus cuentas con la veleidad gubernativa un país tan aventajado en genio inventivo⁶³ . El hecho de que todas las comunidades chinas extramuros sean prósperas sugiere que lo problemático está dentro. Hasta el más sanguinario y venal rey bárbaro debía aparentar buena voluntad y rectitud para no granjearse una rebelión inmediata. En el Pekín de T'ai-wu —como en el de Mao— eso sería una iniciativa extemporánea, cuya flaqueza promueve sedición. Mientras el Hijo del Cielo está decretando en 1525 un nuevo periodo de glorioso aislamiento, católicos y protestantes europeos coinciden en pensar el tiranicidio como acto ético supremo, y llaman tirano precisamente a quien ignore la buena voluntad y la rectitud.

Causa y efecto de esta diferencia es que el despotismo asiático atribuya el dominio de todo al soberano, cuando «cualquier ley contra la propiedad es una ley contra la industria»⁶⁴ . Tolerar el liberticidio tira al desván los propios hallazgos y desincentiva la diligencia. De Shi-Huang Ti (c.259-210 a. C.), primer Emperador, se cuenta que mandó quemar los libros

confucianos e hizo castigar a un monte, deforestándolo, por haber dificultado la maleza su augusto caminar. Todavía en 1455 otro emperador castiga al monte Tsai por la misma falta de respeto ⁶⁵.

Cuando comparamos el Imperio romano con el bizantino, el árabe y el chino las diferencias desbordan exponencialmente a los parentescos. Todo se diría particular en cada caso, salvo que nunca pase de pequeña minoría un estrato móvil y equidistante entre el príncipe y el mendigo. Precisamente eso dejará de suceder en Europa, cuyo destino incluye crear la clase media más amplia y estable de todos los tiempos. Pero es una tarea en gran medida anónima e inconsciente, que va cumpliéndose a lo largo de muchos siglos a golpes de azar y necesidad, donde la civilización occidental sólo se adelanta a otras por reaccionar de modo distinto a sus peculiares adversidades.

NOTAS

1 - Montesquieu, *L'esprit des lois*, IV, XII, 6.

2 - Esas murallas resistirían el embate de ávaros, búlgaros, rusos, pechenegos, persas y sobre todo musulmanes, que hasta en siete ocasiones intentaron tomar la ciudad. Su perímetro rondaba los 30 kilómetros, y un muro con once metros de altura y tres de grosor se completaba cada cincuenta con torres del doble de alzada, capaces de descargar un infierno de proyectiles cruzados sobre cualquier punto de la muralla donde se concentrase un ataque. Ninguna urbe tuvo o tendría defensas remotamente comparables, y ninguna evocó tanta codicia en distintos vecinos. Juan Crisóstomo comenta —a finales del siglo v— que en los grandes palacios no sólo abundaban adornos de oro y plata, mosaicos y alfombras, sino refinamientos como grandes puertas de marfil perfectamente liso, con juntas invisibles.

3 - Ibn Hawkal, en McCormick 2006, p. 553.

4 - Cf. Vasiliev 1952.

5 - Gracias fundamentalmente a Belisario, uno de los grandes guerreros de la Antigüedad, recobra el norte de África, el sur de España, todas las islas del Mediterráneo, toda Italia y la Dalmacia. Ejércitos bizantinos se lanzan incluso a empresas en

el norte, frenando el avance huno en Crimea y cruzando el Danubio para contener a otros bárbaros.

6 - El Hipódromo era una institución tan capital que una protesta conjunta de sus dos facciones —los Verdes y los Azules— basta para desencadenar la gran revuelta llamada de la Nika (532). Justiniano se salva por poco de morir, aunque acaba saliendo fortalecido.

7 - Gregorio Nacianceno, en Hegel 1967, p. 261.

8 - En la *Historia secreta* («Anekdotá») de Procopio de Cesarea, que es el último gran historiador grecorromano, ella y su íntima Antonia —la esposa del conde Belisario— aparecen como demonios venusianos que desearían una cuarta apertura para introducirse falos. Antes de seducir a Justiniano se cuenta de Teodora que «nunca fue superada en lubricidad. A menudo salía de excursión con una decena de jóvenes aristócratas, entregándose públicamente a ellos noche y día. Cuando les agotaba recurría a sus sirvientes, y ni siquiera con treinta saciaba su ardor» (Procopio, 9, 7).

9 - Gibbon 1984, vol. II, p. 293. El interesado por la teología en sentido bizantino dispone de una exposición tan amplia como penetrante en el capítulo XXVIII de su obra.

10 - *Ibíd.*, p. 301-307.

11 - El icono, entendido como «objeto visible que lleva a lo invisible», funda un culto que llega a oficializarse a finales del siglo vi. En 730 va a ser prohibido por el emperador León III, y los iconoclastas extreman la persecución de iconófilos entre 741 y 775. En 787 la emperatriz Irene reacciona prohibiendo la iconoclastia con gran rigor, aunque en 814 sus adeptos recobran el poder. Finalmente, la viuda de Teófilo I restaura la veneración icónica en 843, un evento que su Iglesia sigue celebrando como Fiesta de la Ortodoxia.

12 - Así lo refiere uno de sus cortesanos, Teófanos Continuatus; cf. McCormick 2005, p. 29.

13 - Cf. Plinio el Viejo *Hist. nat.*, VI, 32.

14 - De hecho, sigue siendo el único lugar del mundo donde todos los dialectos son semíticos; cf. *Wikipedia*, voz «Arabia Felix-Yemen».

[15](#) - Resinas de árboles pertenecientes a la familia Burseraceae, autóctonos en Arabia y Abisinia.

[16](#) - Manat («el destino»), Allat (femenino de Alá) y Al,Uzza («la poderosa»); cf. Eliade 1978, vol. III/1, p. 77.

[17](#) - Debido a ello, pertenecer al clan más poderoso de la ciudad no le ahorra emplearse como sirviente de una acaudalada viuda, con la cual acabaría casándose. Aunque ella tenía 40 años entonces, la tradición afirma que tuvieron siete hijos y cuatro hijas.

[18](#) - *Corán* 2:127.

[19](#) - *Génesis* 1: 3-12.

[20](#) - *Corán* 5:19.

[21](#) - Cf. Eliade 1978, vol III/1, p. 86.

[22](#) - Por ejemplo, decreta una limosna obligatoria o «legal» (la zakât) que va de un décimo a un quinto de las rentas; cf. Gibbon 1984, vol. III, p. 454.

[23](#) - Las esposas legítimas serán como máximo cuatro (*Corán* 4:3), pero no hay límite en el número de concubinas y esclavas. Tras quedarse viudo, Mahoma acabó teniendo un harén compuesto por nueve jóvenes. Cf. Eliade 1978, vol. III/1, p. 76.

[24](#) - *Alaha* es uno de los nombres para YHWH en arameo.

[25](#) - *Sura* 50:8.

[26](#) - Por lo demás, la idea de dioses con idéntico poderío y signo opuesto parece haberse ido convirtiendo al monoteísmo ya desde el siglo ii a. C., y una de sus tradiciones principales en la época de Jesús cree que un ser supremo —Zurvan (el Tiempo)— engendró a Ormuz y Ahrimán como epítomes de lo benéfico y lo maléfico; cf. Cohn 1995, p. 122-123.

[27](#) - *Corán* 43:61.

[28](#) - *Ibíd.* 61:6.

[29](#) - *Ibíd.* 5:116.

[30](#) - Por ejemplo, nace circunciso y con el cordón umbilical cortado. A los cuatro años dos ángeles le derribaron y le abrieron el pecho, «lavándole las vísceras con nieve derretida que traían en una copa de oro» (*Corán* 94:1).

[31](#) - *Ibíd*, 9:3.

[32](#) - Lo puntualiza un historiador islámico contemporáneo; cf. Hourani 1991, p. 72. En desiertos como los de Arabia, Libia, Mauritania o Asia Central cualquier carro quedaría inmovilizado.

[33](#) - McCormick 2005, p. 595.

[34](#) - A fundamentar esta tesis dedica McCormick su extensa investigación.

[35](#) - Por ejemplo, qué actitud tomar ante alcohol, café, haschisch y otros vehículos de ebriedad, cuestión resuelta póstumamente por el derecho positivo (*sharia*) con 80 latigazos. El opio, considerado tradicionalmente regalo divino (*mash Allah*) esquiva la prohibición hasta 1955, cuando el parlamento iraní clausura su fumadero. Los países musulmanes irán sumándose desde entonces a las directrices de la ONU. Cf. Szasz 1990, p. 262.

[36](#) - Cf. Gibbon *ibíd*, p. 509.

[37](#) - Cf. Gibbon 1984, vol. III, p. 500.

[38](#) - Dentro de la «practicidad» tampoco falta una escisión entre oligárquicos y democráticos, estos últimos representados por los kharijitas o secesionistas, según los cuales «sólo el pueblo puede elegir y deponer a su jefe»; cf. Eliade 1978, vol. III/1, p. 94. Su nombre les viene de negarse a seguir participando en la interminable Batalla del Camello o de Basora (655), donde el ejército del yerno del Profeta, Alí, se enfrenta al de Aisha, su viuda. Un kharijita asesinará al tercer califa.

[39](#) - Alí, en Naipaul 2002, pp. 416-417.

[40](#) - En el caso de Jayam, cuya obra como matemático y astrónomo está probada, sus maravillosos cuartetos (*rubaiyats*) pudieron haber sido inventados en mayor o menor medida por

E.Fitzgerald, el traductor, pues no se ha descubierto un original árabe remotamente parecido.

[41](#) - Este texto tiene la meta expresa de «desanimar a quien aspire al cultivo de las ciencias, allanando el camino al fervor». Un siglo después Averroes se ganaría el destierro de Córdoba por escribir una *Destrucción de la destrucción*, donde considera insincero a Algacel (que habría redactado su libro para escapar a acusaciones de herejía) y le llama «ingrato que vuelve contra el saber lo aprendido de él» (cf. Pioli, en Porto-Bompiani 1959, vol. III, p. 923). Suele atribuirse al tratado de Algacel una anticipación de la crítica hecha por Hume al principio de causalidad, pero su objeción al pensamiento científico es que «los filósofos no pueden demostrar la existencia de Dios ni la inmortalidad del alma» (Ibíd. p. 924). Resulta ocioso aclarar que ambas cuestiones son científicamente ridículas para Hume.

[42](#) - Además de médico eminente, Avicena construye una brillante teoría de la esencia y la existencia. Averroes, acusado de considerar tiranos a los califas y —mucho peor aún— de ligar al Profeta con la impostura, es entre otras un genio jurídico que argumenta la independencia del científico frente al teólogo. Cf. Mahdi 1983, p. 1022.

[43](#) - Hegel 1967, p. 276-277.

[44](#) - Cuando toma esta última ciudad, en 641, en el perímetro urbano hay aproximadamente cuatro mil palacios, cuatrocientos teatros, una descomunal biblioteca pública, casi un millón de habitantes, cuarenta mil judíos y doce mil tiendas. Deja todo intacto a cambio del tributo salvo la Biblioteca, cuyos papiros se destinarán a calentar los baños públicos. Cf. Gibbon 1984, vol. III, p. 518-519.

[45](#) - Cf. Hourani 2003, p. 151.

[46](#) - La voracidad de los recaudadores, por ejemplo, impone que campesinos libres se pongan bajo la protección de señores locales, convirtiéndose en colonos atados a la tierra.

[47](#) - Venta (*bay*), alquiler (*ijarah*), donación (*hibah*) y préstamo (*ariyah*).

[48](#) - Cf. Coulson 1983, p. 1043.

[49](#) - Cf. Schumpeter 1983, p. 57-95.

[50](#) - La *Ka'ba* desaparecerá, se borrarán las letras en todos los ejemplares del Corán, serán ejecutados quienes pronuncien el nombre de Alá, etcétera. Cf. Eliade 1983, vol. III/1, p. 132-133.

[51](#) - Cf. Hourani 2003, p. 320.

[52](#) - Weber 1998, vol. I, p. 509-510.

[53](#) - Véase antes, p 143.

[54](#) - Cf. Braudel 1992, vol. I, p. 151.

[55](#) - Weber 1998, vol. I., p. 508. En el delta de Tonkín los campesinos mejor alimentados consumen al día «cinco gramos de cerdo, diez gramos de salsa de pescado, veinte gramos de sal y hasta un kilo de arroz hervido» (Braudel *ibíd*, p. 151).

[56](#) - Cf. Landes 2000, p. 38-39.

[57](#) - Weber *ibíd*. p. 515.

[58](#) - Cf. Landes 2000, p. 100.

[59](#) - *Ibíd.*, p. 316.

[60](#) - Cf. Peyrefitte 1992, p. 286.

[61](#) - *Ibíd.*, p. 314.

[62](#) - Braudel 1992, vol. I, p. 377.

[63](#) - Entre otros hallazgos, China es cuna de la carretilla, el estribo, el compás, el papel, la imprenta, la pólvora, los fuegos artificiales, la porcelana, una máquina hidráulica para hilar y el alto horno; cf. Elvin 1970, p. 184 y 297.

[64](#) - Burke, citado en Acton 1952, p. 57.

[65](#) - Cf. Weber 1988, vol. I, p. 302.



© Antonio Escotado 2008
LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO
<http://www.escotado.org>

Development Sciences Network Presence
www.catalanhost.com



Los Enemigos del Comercio

LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO

11

En el reino de la autarquía

«Dios proveerá.»

Juan Crisóstomo, Homilía IX.

A lo largo del siglo VIII, cuando los negocios pacíficos han desaparecido en Europa, ningún escrito conservado añora al comerciante. Ya el edicto sobre precios máximos de Diocleciano le atribuía el encarecimiento de las cosas, y para el sistema *Pax Dei* es sencillamente una sanguijuela. Por otra parte, la economía llevaba medio milenio empeorando ella sola, sin necesidad de refuerzo ideológico ni trabas al intercambio como las que llegan con el medievo. La crisis de la estructura productiva y distributiva se diría inmodificada, de no ser porque factores antiguos y nuevos están aliándose para hacer que el sistema vigente —«pagar la renta con servicios»¹— esté demoliendo efectivamente cualquier vestigio de actividad económica, y acercándose así al final de ese concreto camino.

En efecto, la premisa del intercambio no es compatible con el ideal de autarquía, ni con el hecho de que «nadie pueda disponer de su tierra por venta o testamento, y que el poseedor nunca sea considerado propietario»². Sólo habrá tráfico cuando los mismos o parecidos bienes tengan precios distintos en lugares distintos, y aunque eso lo aseguran siempre las particularidades de cada territorio una falta de noticias opera como si semejante cosa no existiera. El comercio vive de información, y cuando topa con ruido de fondo en vez de

señales no puede acercarse siquiera sea vagamente a un cálculo de costes y ganancias.

I. Telones, caminos y especias

Por otra parte, la falta de datos directos sobre el comercio no excluye algunos indirectos como las rentas del peaje o telón (*thelonium*), que se cobraba al usuario de caminos, diques, puentes y puertas. Sabemos así, por ejemplo, que en Franconia los ingresos derivados de esos gravámenes fueron bastante parejos durante un periodo tan prolongado como el que va de 500 a 670, lo cual demuestra un movimiento pequeño aunque regular de bienes ³. Al noroeste los actuales holandeses hacían ya en tiempos de Trajano unos famosos paños frisios (*pallia fresonica*), aprovechando el clima algo menos frío de las zonas costeras para criar ovejas con vellones finos, aunque esa industria —centrada en La Haya— padece desde principios del siglo vi incursiones escandinavas ⁴. Más al norte, en Jutlandia, los arqueólogos han descubierto dos mercados que se remontan a principios del siglo VIII, con casi cien mil monedas bizantinas, persas y árabes ⁵.

Los carpinteros nórdicos están descubriendo entonces cómo hacer barcos de robustez inaudita, y sus pueblos ofrecen tripulaciones capaces de sobrevivir a largas travesías en ellos. No se hará esperar, por eso, una segunda oleada de quienes mucho antes Tácito llamaba «las gentes de fieros ojos azules». Partiendo de Noruega, los normandos exploran el Mar del Norte hasta América y saquean las costas de Frisia, Inglaterra y Francia como preludeo a viajes por el Mediterráneo que les llevarán a conquistar Sicilia, todo el sur de Italia y hasta un reino en Palestina. Simultáneamente, los vareng o varegos suecos emprenden una expansión terrestre cuyo resultado será fundar el reino ucraniano de Kiev, abriendo una ruta que los más antiguos anales rusos llaman «camino vikingo a los griegos».

Antes de que esto suceda las rentas derivadas de peaje ofrecen una hebra de información sobre sus futuras presas, porque los ingresos se contraen de modo paralelo al retroceso de los bizantinos ante el empuje árabe, y caen bruscamente desde mediados del siglo VII—al hacerse definitiva la victoria de los segundos—. Llegan entonces un periodo en el que apenas hay viajeros registrados, de los cuales cuatro quintas partes son clérigos y el resto peregrinos laicos ⁶. Las vidas de san Wilibaldo y san Bonifacio, algunas de las más antiguas

documentadas, tienen en común sugerir a los príncipes y obispos ingleses que se abstengan a enviar peregrinas a Roma y Jerusalem, porque demasiadas compatriotas se han convertido en «adúlteras y ramera» de aldeas y casas de posta.

Tales transeúntes carecen de dinero u otros bienes gravables, y al interrumpirse los ingresos arancelarios no sólo cesa cualquier asomo de inversión pública en caminos, diques, puentes y murallas sino la posibilidad de remunerar a administradores locales. Como sólo la casta superior puede prestar gratuitamente estos servicios, la bancarrota de cada monarca asegura la cesión del «poder a personas cuyo interés se cifra en disminuirlo»⁷, convirtiendo a obispos y duques en magistrados ejecutivos y judiciales autónomos. Llega así el feudalismo propiamente dicho, un sistema donde los antiguos delegados del monarca pasan a ser pequeños monarcas. El estado físico de aislamiento se refleja en una unidad política sólo nominal, cuyo único apoyo es el rito de homenaje prestado por esos autócratas al rey de cada país.

Con el colapso de las rentas fiscales algunos reyes se transforman en individuos ociosos o *fainéantes*, y allí donde estos arruinados individuos pueden influir en quién será el nuevo autócrata regional suelen decantarse por el alto clero, pues no está sujeto entonces a votos de castidad y añade a su nobleza de nacimiento el vínculo con la única institución no sumida en impulsos disgregadores. Indiscernibles de los barones militares, los primeros obispos y abades feudales participan como ellos en las guerras privadas del momento, creando una *Landeskirche* o Iglesia territorial que desde principios del siglo ix pasa a ser *Reichskirche*, imperial. Para Carlomagno y sus sucesores «son los funcionarios y el apoyo básico del Imperio»⁸.

Sin embargo, la descentralización acabará contribuyendo a revitalizar los intercambios, a despecho de que su advenimiento responda al marasmo reinante y no lo altere en principio. El reinado del último *fainéant* merovingio, por ejemplo, coincide con el ocaso del único circuito que conectaba al Mediodía francés y la modesta industria de Frisia. Hasta ese momento había pequeños almacenes intermedios en Maastricht, Cambrai y Valenciennes, que aseguraban el trueque de paños y lana cruda por dátiles, pimienta, papiro y otros productos de allende el Mediterráneo. Una generación más tarde Marsella ha dejado de existir como ciudad, reducida a una aldea de pescadores que faenan por el litoral en botes⁹.

Es entonces cuando el obispo Hincmaro reconviene al clero de Reims por pedir «superfluas pensiones» en forma de pimienta, clavo y canela. Probablemente dicho suministro mermó de modo drástico con el ocaso de Marsella, pero aquello que él considera superfluo para sus sufragáneos dista mucho de serlo para la buena sociedad del momento. El universo del ascetismo caballeresco tiene representaciones originales sobre lo necesario y lo accesorio, que si por una parte exaltan ciertos ornamentos por otra les confieren nuevas virtudes. La intensidad con la cual se desean las especias aromáticas se liga al hecho de que proporcionan placer, son símbolos de bienestar y jerarquía e incluso pasan por *medicamenta*, como aclara el abad de Saint Gall:

«Preocupándonos por tu longevidad, te enviamos aromas, ungüentos y especias medicinales, para que puedas deleitarte oliendo, untándote y probándolas»¹⁰.

Prototipos del goce sensual no culpable, dichos artículos ligan al centrado en el más allá con ráfagas de un más acá remoto, donde los árboles exhalan un perfume tan embriagador como terapéutico. Las pomadas fragantes asumen el cuadro de virtudes que hoy atribuimos a vitaminas y antibióticos, mientras otras especias son tan imprescindibles como la mirra y el incienso para el ceremonial de castillos y templos. Este último es, por ejemplo, la principal partida de gasto del complejo formado por el palacio y la capilla palatina de Carlomagno¹¹. En el mundo autárquico, donde indefinidos artículos son lujos y se estigmatizan en cuanto tales, los aromáticos constituyen bienes de primera necesidad para la casta superior. No volvemos a encontrar en la historia europea una pasión pareja por estos artículos, y la falta de dinero admisible o manufacturas competitivas para adquirirlos lleva a generalizar su trueque por personas.

1. El capital humano. Por entonces lo único capaz de desplazarse por tierra sin costes exorbitantes es el semoviente humano, que además de andar puede ir cargado de paso con esto o lo otro. Las reatas de esclavos eran algo conocido desde tiempo inmemorial, y la novedad del momento son reatas de «cautivos libres» (*captivi qui liberi sunt*), formadas por niños y adolescentes de ambos sexos. La distinción entre ellos y esclavos por nacimiento o rendición militar sólo aparece en 880, como cláusula de un tratado entre el Sacro Imperio y Venecia que excluye traficar con *captivi*. No hay manera de que la Santa Sede se comprometa a lo mismo, a despecho de

que hasta cinco reyes europeos reprochen a distintos papas su colaboración en raptos masivos de sus súbditos ¹².

Entre las condiciones reinantes destaca que el Mediterráneo esté pasando a ser un monopolio musulmán desde su conquista de Córcega, Cerdeña y Sicilia. Los varegos suecos no han abierto aún la ruta entre el Báltico y el Mar Negro, y el ideal de autosuficiencia coincide con una Europa literalmente bloqueada por tierra y mar, que no puede salir de sus confines pero está indefensa ante todo tipo de visitante. Es entonces cuando niños y jóvenes de aspecto sano pasan a ser la moneda de cambio, y el mercado tradicional de esclavos se transforma en mercado de cautivos. Uno de los milagros que se atribuyen a san Elías el Joven, un siciliano de muy buena familia, fue sobrevivir a dos esclavitudes derivadas de raptos, redimida la primera por el pago de un rescate y la segunda por magnanimidad de su dueño árabe.

Tanto en las costas como tierra adentro, toda Europa es un coto para ojeadores y tratantes en ese tipo de caza, aunque la zona más mencionada sea el «oscuro aunque rebosante depósito humano de los principados eslavos» ¹³. El principal neologismo carolingio resulta ser *sclavus* ¹⁴, un término que absorberá todos los previos para nombrar al no libre ¹⁵, mientras en el Continente reina una situación análoga a la del África negra en el siglo XVIII. Entonces el cazador era algún reyezuelo local y el intermediario solía ser árabe; ahora el cazador es múltiple (nobles europeos, vikingos, magiares, piratas sarracenos), y el tratante puede ser tanto europeo como bizantino o musulmán.

Las sacas en los Balcanes se mantendrán durante tres siglos, y nadie ayuda tanto a esas poblaciones como san Cirilo y san Metodio, dos hermanos que fundan la Iglesia eslava desarrollando un alfabeto en el cual siguen escribiendo rusos, ucranianos, serbios y búlgaros. La gran obra filantrópica de Metodio es cristianizar Moravia, vedándola así en teoría a cazadores amparados en el paganismo de los eslavos. Pero molesta al arzobispo de Salzburgo tanto como a Luis el Germánico, rey de los francos orientales, y su muerte basta para que unos doscientos diáconos de la escuela catedralicia sean capturados en 885; los de más edad son abandonados en el páramo, y los jóvenes se ponen a la venta ¹⁶. Dos décadas más tarde la princesa Berta de Toscana regalará al califa de Bagdad veinte «eunucos eslavos» y otras tantas «hermosas y elegantes siervas eslavas».

II. Particularidades y entidad del tráfico

Las noticias europeas entienden el proceso con cierto fatalismo. En su crónica sobre los lombardos, escrita hacia 775, Pablo el Diácono habla de Germania como un territorio que se extiende «desde el Atlántico Norte al Don», cuyas bondades higiénicas —el frío ante todo— lo destinan a ser granero humano.

Quienes viven en medios cálidos tienen más enfermedades y se reproducen menos, y «he aquí la causa de que incontables muchedumbres de cautivos sean llevados desde esta populosa

Germania y vendidos a los pueblos meridionales»¹⁷. Aunque abunda el temor de que los raptados renieguen de su fe, sólo un monje de Monte Cassino lamenta —en 802— la pedestre verdad del caso; esto es, que «allende el mar las obras están siendo hechas por cautivos de nuestra raza»¹⁸.

Los demás son lacónicos hasta el silencio, cuando no minimizan el fenómeno. Los primeros *captivi* registrados por anales europeos serán dos jóvenes visigodos, en 724, si bien fuentes árabes afirman que diez años antes no menos de treinta mil (visigodos e hispanorromanos) fueron enviados desde

España a Siria¹⁹. Los musulmanes exageran a veces, como cuando dicen que tomar Barcelona y la Septimania le procuró a Almanzor —califa *de facto* en Al Ándalus— más de doscientos mil cautivos en 793. Pero los cronistas eclesiásticos, escandalizados ahora por esta exageración, no lo están por el hecho de que en 796 el futuro emperador Carlomagno ponga a la venta un tercio del pueblo sajón, amparándose en el hecho de que no se ha bautizado aún.

Comparar el precio del semoviente humano en Europa, Bizancio y Bagdad muestra también que los márgenes de beneficio fueron siendo progresivamente recortados por la evolución económica de estas civilizaciones. En 725 un «muchacho de la Galia» se vende en Milán por 45 gramos de oro, y una «muchacha hermosa» [europea] en Irak por la cantidad récord de 635,5 gramos —150 dinares—, siendo las lonjas de Europa tres o cuatro veces más baratas por media que las de Alejandría, Damasco o El Cairo hasta finales del siglo X²⁰. Esa diferencia de valor estimula a los bizantinos, porque incluso haciendo una travesía doble (primero a Venecia, Roma, Nápoles o Amalfi y luego al sur del Mediterráneo) sus gastos se compensan.

Más decisiva aún resulta para reyes y nobles francos, que destacan como adalides ebionitas y también como exportadores

de una mercancía que después de cambiarse por otros artículos seguía dejándoles «dinero, moneda nueva, en sus bolsas»²¹. Al mismo tiempo, era imposible que esa inyección de efectivo y otros productos no suscitara consecuencias adicionales. La peor para ellos iba a ser una movilización de escandinavos sedentarios hasta entonces, que se lanzan a imitar el negocio de hacer *captivi* en vez de adquirir *mancipia*, y pronto cazan francos en masa²².

Junto con los precios, una variable a considerar en las cotizaciones es que estalle alguna plaga, fenómeno inseparable de territorios comunicados y ajeno a una Europa incomunicada. El primer brote de demanda masiva llega con la peste bubónica bizantina —en tiempos de Justiniano—, y el segundo al irrumpir en el mundo islámico (750). Pero los momentos puntuales de auge no interfieren con un gusto sostenido por el lujo, y lujo son adolescentes europeos de ambos sexos, especialmente los rubios y pelirrojos. En el siglo X, cuando la peste no devasta ya el sur del Mediterráneo, el obispo de Verdún, Luitprando, describe como principal industria del Sacro Imperio la *fabricatio* de eunucos para el mundo árabe²³. Sus harenes necesitan este tipo específico de sirviente, y los primeros talleres de castración han aparecido tiempo atrás en Venecia

1. Interpretaciones y entorno del proceso. Considerando el mercado como un sistema prescindible, K. Polanyi y su escuela²⁴ llaman «falacia economicista» a la relación entre el mecanismo oferta/demanda y un abasto racional en condiciones de escasez. Polanyi concretamente exhuma el desprecio grecorromano por los mercaderes para presentar el comercio como «regateo a gran escala», cuyo efecto sería alterar el precio «natural» fijado por cada vendedor. Ello impone «una forma antinatural de intercambio [...] pues el natural no tiene ganancias y asegura la autarquía»²⁵.

Curtis y abadías son ejemplos singularmente válidos de autosuficiencia, que perduran más de medio milenio en una sociedad orientada a organizar un abasto extramercantil de bienes y servicios. Esas entidades son por ello prototipos de intercambio «natural», dentro de economías autárquicas (salvo en materia de ciertos productos aromáticos), y el hecho de que Polanyi haya dejado de estar entre los vivos impide preguntarle cómo se concilia esa nostalgia por el alto medievo con sus condiciones reales; esto es, con territorios famélicos donde la mitad de los niños mueren antes de cumplir el primer año,

transformados en reserva de caza humana y castigados por tasas nunca vistas de lepra. Un factor antihigiénico a priori es la propia conciencia infeliz como pauta de pureza, pues la desnudez se evita por todos los medios para rehuir el agujijón carnal, forzando sacrificios como bañarse vestido en agua fría o no bañarse²⁶. Sanar de modo mágico a los leprosos o convivir heroicamente con ellos —fingiendo ignorar el carácter no contagioso de su enfermedad²⁷— es un tema favorito de la primera literatura medieval, donde se mencionan varios miles de lazaretos distribuidos por Europa²⁸. La leyenda más repetida habla del monje Ralf, que quiso contraer esta enfermedad para unirse del todo a los afligidos y acabó lográndolo.

Una compensación para tanta miseria podría ser la paz social. Pero las guerras privadas son un fenómeno endémico, y el propio acuerdo incondicional entre clero y nobleza de sangre «mantiene una hostilidad perpetua aunque en principio secreta»²⁹, cuyo origen no es sólo competencia por el poder. La Iglesia obtenía prácticamente todos sus legados a costa de la casta bélica —pues si tal o cual persona no hubiese querido asegurarse el Cielo testando a favor suyo tales bienes le seguirían perteneciendo—, y esa fuente sistemática de pérdidas genera no menos sistemáticos saqueos de ganado y otros bienes eclesiásticos³⁰. Hacia el siglo X los actos de latrocinio parecen moderarse pactando una inmunidad de los templos, aunque esto se hace a cambio de que el alto clero acepte un patronazgo del noble y pase a deberle «investidura». Pero el remedio revela ser peor que la enfermedad, y eleva las guerras privadas a una guerra global entre el Imperio y la Santa Sede, con medio siglo de hostilidades y no menos de setenta y ocho batallas³¹. Precisamente hasta ese momento —el llamado Conflicto de las Investiduras (1075-1122)— dura la costumbre de comprar no sólo canonjías y obispados sino la Santa Sede, cuyo palacio de Letrán es a juicio de cierto obispo un *prostibulum meretricium*³².

III. Producto, productividad y colectivismo

Si el comercio constituye una forma antinatural del intercambio, Europa no pudo realizar un experimento más prolongado de naturalismo. Carlomagno es analfabeto, y en su tiempo las rutas comerciales se han estrechado hasta servir sólo como sendas para peregrinos o cautivos. El catastro de Saint-Germain-des-Près, una de las abadías próximas a París, indica que en 806 tiene 2.788 cabezas de familia trabajando sus tierras

como siervos de la gleba (prácticamente todos de apellido francoalemán), 220 esclavos y 8 campesinos libres³³. Bárbaros, latinos y cualesquiera otros han terminado reciclándose como dependientes de distinto tipo, y la condición de *homo liber* es tan infrecuente que equivale teóricamente a hidalguía, aunque dichas personas carezcan de feudo alguno.

Ese resultado práctico funciona como radiografía de una situación sin rastro de «falacia economicista», aunque ciertamente sujeta a condicionantes materiales. Como dijo el gran historiador del periodo, «una economía ajena a la idea del beneficio no puede considerarse un fenómeno natural y espontáneo; los grandes propietarios no vendieron porque no pudieron vender, y no pudieron vender porque faltaban mercados»³⁴. El desplome final del intercambio responde también a acosos externos, pero brota de una fuente tan íntima como la combinación de desprecio por el trabajo profesional y desprecio por el «mundo», esclavismo y pobrismo. Los asaltos de vikingos, magiares y sarracenos, que desbaratan los últimos residuos de vida mercantil, contribuyen en realidad a que esa amalgama de desprecios engendre su contrario.

En efecto, la industria y el comercio habían ido languideciendo en Europa ya desde el siglo III, y su naufragio final funciona como revulsivo. Aunque la reacción esté llena de retrocesos, el hecho de que las últimas ferias se vayan a pique les permite rebotar desde el fondo, de un modo que en realidad desmonta no sólo los tópicos medievales sino los de toda la Antigüedad. Lejos de conformarse con el estancamiento, el servilismo, la lepra y la otra vida, despunta una racionalización comercial tan desoladora para algunos como dignificante para otros. En último análisis, «el trabajo servil acabará desplazado por ser incapaz de soportar la competencia del trabajo libre, que siendo más rentable lo hará ruinoso»³⁵.

Por lo demás, este proceso no se pone en marcha antes de que el pobrismo sea elevado formalmente a ley positiva. Los reyes merovingios consideran el comercio «moralmente sospechoso»³⁶, pero hasta Carlomagno no hallamos un rey dispuesto a definir el ánimo de lucro como «dolencia perversa»³⁷. En 794 uno de sus edictos («capitulares») establece: «Condenamos a quienes conspiran fraudulentamente para amasar todo tipo de bienes con intención de lucro, y a quienes codician las posesiones de otros y no las reparten tras haberlas obtenido»³⁸. Luis el Piadoso, su hijo y sucesor, añade

en una capitular de 806: «Todos los que adquieren no por necesidad sino por avidez (*cupiditas*) como motivo están obteniendo una ganancia ilegítima. Sólo aceptamos a quienes compran por necesidad, para quedarse con lo adquirido o para darlo a otras personas»³⁹. Esto, como aclara a continuación, excluye a «quien compra una medida de trigo o vino por dos denarios y la retiene para venderla por cuatro o seis». La misma capitular ordena que las casas donde haya algún comercio sean registradas una vez a la semana, a fin de detectar y confiscar beneficios, y sus primeras presas serán algunos villanos de la vecina Maastrich, situada a una treintena de kilómetros de Aquisgrán.

El buhonero, por ejemplo, que llena un carromato de cosas para venderlas en otro sitio y volver cargado de cosas distintas, deberá probar que sólo lo hace por necesidad, no por codicia. En otro caso el castigo será una requisita practicada no ya por salteadores sino por soldados de su señor. El siglo que acaba de terminar ha batido el récord de autosuficiencia, pues en cien años las fuentes sólo mencionan diecinueve individuos dedicados a mover mercancías⁴⁰.

1. Héroes y fabuladores. La actitud de Carlomagno y su hijo resulta discriminatoria, ya que ambos confían sus negocios a *fideles* judíos cuyos nombres conservamos. No menos discriminatorio es que Carlomagno destruya los centros comerciales de Jutlandia y la Lombardía pero mantenga Dorestad, la ciudad de la puerta, que conecta a los escasos mercaderes consentidos con proveedores extranjeros. Sin embargo, no podemos tacharle de doblez sabiendo que su palacio en Aquisgrán⁴¹ tiene como principal partida de gasto el incienso. Su heroísmo ascético es probablemente sincero, y algún medievalista entiende que «la filosofía moral carolingia permitió al campesino europeo no estar tan endeudado como los del mundo antiguo»⁴². El derecho de pernada, la recluta forzosa o la simple desnutrición no se entienden como deuda. Otro medievalista une los éxitos bélicos del primer emperador medieval con los «fundamentos económicos y sociales de la cultura europea»⁴³, atendiendo más a trompetas de *grandeur* que al hecho de coincidir con el momento de máxima indigencia. Junto a la ilegalización del comercio, la buena voluntad de Carlomagno se demuestra en decisiones como abrir una escuela en todas las aldeas, o construir un canal navegable entre el Danubio y el Rin, que habrían cambiado mucho las cosas si hubiesen podido llevarse remotamente a término⁴⁴.

También es ilustrativo recordar que la creación del Sacro Imperio Romano-Germánico no depende tanto de él como de que en Bizancio la emperatriz Irene haya recrudecido la persecución de símbolos supersticiosos, una actitud devastadora para el importante negocio eclesiástico con *reliquiae et martyria*. Como la Santa Sede no quiere seguir jerárquicamente sometida a su patriarca, el papa Esteban II aprovecha una estancia suya en Roma para coronarle, casi inopinadamente, e independizarse así del Imperio oriental. El monarca responde a ese favor inventando el diezmo

eclesiástico, una decisión catastrófica para el campesino⁴⁵. Si su reinado se percibe sin fanfarrias triunfalistas lo básico es que todo ingreso público haya desaparecido. El nuevo César y la corte viven de las rentas que producen sus dominios privados, de los tributos que pagan países sometidos y de los botines de guerra. Mejorar esa hacienda le lleva a restablecer estaciones de peaje en las principales vías de paso para rebaños de capturados, pero el señorío verifica dichas recaudaciones y algo definitivamente no funciona en la gestión heráldica. El denario de plata carolingio pesa treinta veces menos que el merovingio, exhibiendo un adelgazamiento casi sobrenatural de la pieza que sólo permite acuñar una de sus caras⁴⁶.

Aparte de cautivos, el único producto europeo con demanda exterior son las espadas «blancas», fruto de un genio metalúrgico anónimo que no abandonaría ya sus orígenes septentrionales. El trabajo está sometido a un estigma que el trabajador sólo compensa con santa indignancia, y quienes no son hijos de la gleba asumen como deber una largueza extravagante que desprecia la contabilidad por principio, hasta rematar una apoteosis de lo solemne organizada al servicio de «una inmensa mentira»⁴⁷. Refinamiento circunscrito a la ferocidad, amor platónico adobado por capas de hollín y tufo de pieles mal curtidas, culto a la muerte, entusiasmo por el horror y otros tópicos anticipadores del melodrama romántico son elementos que se atropellan en un cauce abierto para la vida eterna, mientras el hambre permite vender carne humana como artículo comestible en las aldeas, siempre que sea de infiel o réprobo⁴⁸. Hay una media de veinte hambrunas por año desde la constitución del Sacro Imperio, y un número simplemente incalculable antes.

La peor llega en 1033, al cumplirse en teoría el milenio de la crucifixión, cuando el cronista Glaber cuenta que «tres años de lluvia continua saturaron la tierra hasta hacer que fuese

imposible abrir surcos capaces de recibir la semilla»⁴⁹. Hoy hablaríamos de cambio climático, pero la sociedad del incienso y el honor caballeresco ha construido un imaginario donde fuera de visiones apocalípticas sólo prospera un culto sistemático al fraude. Cuando hace su regalo de eunucos y esclavas al califa Muktafi (en 906), por ejemplo, la ya mencionada princesa Berta de Toscana acompaña el obsequio con:

«Veinte prendas de vestir hechas con cierto molusco recogido en el fondo del mar, cuyos colores cambian como los del arco iris; tres pájaros que al percibir veneno en comida y bebida emiten chillidos espantosos; y perlas de cristal que quitan flechas y puntas de lanza, aunque se hayan clavado profundamente en la carne»⁵⁰.

El califa no tarda en comprobar que ni las prendas ni los pájaros ni las perlas de cristal funcionan, pero cuando la mirra importa más que la higiene «el amor por lo portentoso se funde con una propensión a la impostura, y la historia abunda en nombres manteniéndose extremadamente vacía de eventos»⁵¹. Mientras el dinero sigue tesaurizado, el uso de la escritura como vehículo mágico determina que casi todas las cartas, escritos y datos sean falsificaciones.

Allí donde los libros no son pergaminos que se lanzan unos a otros como conjuros, la ocupación favorita del escriba es inventar títulos de propiedad o hazañas seudónimas⁵². El sabio de los sabios resulta ser Silvestre II (999-1003), supuesto astrónomo y algebrista eximio que en la práctica se limita a describir el funcionamiento del ábaco. La realidad resulta demasiado poco, o demasiado distinta de lo pretendido, para pensar en considerarla analíticamente. La tragedia es que «no haya un rango medio capaz de mezclarse con sus superiores; si por algún accidente extraordinario alguien de rango medio adquiriría riquezas pasaba a ser objeto de indignación y envidia»⁵³.

IV. Los sacramentos medievales

Jesús ha prometido salvación a quien sea capaz de amarle de modo incondicional, y el Sermón de la Montaña identifica correctamente a ese tipo psicológico cuando empieza

bendiciendo a «los pobres de espíritu, porque suyo es el Reino de los Cielos»⁵⁴. Desde su perspectiva la lucidez mundana sólo puede engendrar angustia, mientras el simple —también llamado «niño» e «inocente»⁵⁵— será redimido al tiempo de las complejidades unidas al más acá y los tormentos del más allá. Infelices y crédulos se han entrelazado de modo armónico en la figura del pecador, que obra como no quisiera debido al conflicto entre su alma y su carne, y desde san Pablo los mejores cristianos se reconocen como grandes pecadores.

En algún momento de los siglos oscuros la Iglesia descubre un *refugium peccatorum* más específico, e introduce el rito originalmente maniqueo de una confesión periódica⁵⁶. Cualquier clérigo puede oír las culpas del fiel, prescribir que cumpla cierta penitencia y absolverle en nombre de Dios y la Iglesia. Si el confesado falleciera de seguido, sin tiempo material para pecar, dispone de una *certitudo salvationis* que le asegura ir al Cielo o en el peor de los casos al Purgatorio⁵⁷, nunca al Infierno. El rito ocurría en los comienzos una sola vez al año —el Jueves Santo—, pero evoluciona de acto público y colectivo a ceremonia privada e individual, y en 800 es ya un autoanálisis supervisado, que soslaya las posibles indiscreciones del confesor arbitrando para él un voto solemne de secreto.

Primero ha sido un acto obligatorio indirectamente —porque comulgar sin haber confesado podría ser sacrilegio— y luego pasa a serlo directamente, porque se prohíbe no confesar al menos una vez al año⁵⁸. Este desnudamiento íntimo anticipa técnicas freudianas cuando la medicina hipocrática⁵⁹ ha sido desplazada por distintas magias, y todo el medievo abunda en personas que gritan «¡confesión, confesión!» cuando sienten algún peligro. Evidentemente, estos fieles «prestan más atención al castigo que al pecado», y del hallazgo que la Iglesia ha hecho al borrar lo primero por medio de una penitencia derivan «otras remisiones e intercambios, presididos por las indulgencias plenas y semiplenas otorgadas con bulas»⁶⁰. En definitiva, «la meta no es tato reconciliarse con Dios Padre sino escapar del Dios justiciero»⁶¹.

Hace falta esperar a mediados del siglo xii para que cátaros y otros herejes acusen al clero de «vender el perdón de los pecados»⁶², y sólo desde John Wyclif —a finales del siglo xiv— el confesionario es visto como algo que se compadece

del simple condenándolo a más simpleza, y a una negligencia apoyada sobre absoluciones mecánicas. Otorgar al clero ese instrumento de rescate in extremis, dirá Lutero, sólo puede conducir a que las personas sean menos exigentes consigo mismas, y menos dignas del perdón divino. Pero dentro de la misma religión, y en el mismo marco territorial, ha de transcurrir casi medio milenio para que se consolide un cambio de criterio. Lógicamente, la fe que toma partido por el crédulo, y que propone salvarse amando todo salvo el «mundo», rodea de peligros adicionales la independencia y la búsqueda de conocimiento.

Su público más fervoroso es un tipo de masa recurrente, analizada por crónicas tan distantes como la de Amiano Marcelino sobre incendiarios de bibliotecas en el siglo IV y *La guerra del fin del mundo*, una descripción novelada de eventos acontecidos en Brasil hacia 1900⁶³. Entre Pedro el Lector y el mesías brasileño hay una serie ininterrumpida de salvadores/vengadores para párvulos, que en el alto medievo empieza por «el hombre de Bourges» descrito en 591 por san Gregorio de Tours. Tras declararse mesías y realizar innumerables milagros, forma una gran banda de anacoretas que despoja a viajeros singulares e incluso a comitivas enteras en nombre de la divina igualdad⁶⁴. En 744 san Bonifacio relata los éxitos del mesías Adalberto, que tiene una carta de presentación escrita por Jesucristo y reúne a grandes multitudes galas, regalando a sus fieles trozos de uña y de cabello. Prendido por el franco Pipino el Breve, en vez de quemársele vivo pasa a un calabozo (donde morirá pronto de inanición), porque el papa Zacarías no ve en él un hereje sino un «lunático»⁶⁵.

La presencia latente de estas masas rurales —que desembocarán en la gigantesca Cruzada de los Pobres— se coordina con el ebionismo teórico de la Iglesia, creando el menos estimulante de los climas para temperamentos inclinados a estudiar y emprender. Las cargas del espiritualmente rico están llamadas a aumentar tanto como su opuesto monopolice el favor divino, imponiendo que los héroes se disfracen de lisiados, las afroditas de frígidas, los sabios de necios y los elocuentes de tartamudos⁶⁶. Ha llegado el carnaval piadoso.

1. El fermento del cambio. Si salvamos la expresión «pueblo de Dios», que recurre con alguna frecuencia, la sociedad de cada territorio lleva siglos no interesando a cronistas apasionados exclusivamente por la fabulación. Un número

indeterminable de personas expresan sus padecimientos apoyando brotes de profetismo milenarista, y a despecho de las sacas sistemáticas el estancamiento sigue multiplicando el número de los sobrantes en cada lugar. Hacia el año 1000, cuando la situación empieza a mejorar, Europa (incluyendo Rusia y los Balcanes) tiene una población que se calcula en torno a los 30 millones. Siglos antes faltan noticias para hacer un cálculo análogo, aunque debió ser bastante o muy inferior ⁶⁷.

Por otra parte, la descentralización feudal acercaba a administradores y administrados, suprimiendo los agujeros negros derivados de enviar los recursos a un centro y verlos devueltos desde allí. Nobles y prelados comienzan entonces a intentar mejorar las rentas de sus dominios, cosa que implica sustituir la política de obsequio-expolio por un cobro de peajes al comercio ambulante y las ferias. Aunque haya pocos puntos de la geografía europea capaces de producir excedentes agropecuarios, los grandes monasterios benedictinos situados en los alrededores de París son uno de ellos, y desde finales del siglo VIII cada 9 de octubre se celebra allí un mercado bajo el patrocinio del abad de Saint Denis, que cobra telón por la compraventa de sus productos, entre los cuales destacan ciertos tintes vegetales, miel y vino.

El vino se considera ya artículo de alimentación, al igual que el trigo o las salazones, y constituye a partir de entonces la más prometedora industria. El papel pionero de altos dignatarios eclesiásticos en la reactivación económica se percibe a partir del siglo X, cuando los derechos de comercio (peajes, licencias, tasas sobre acuñación) pertenecen a obispos y arzobispos en nueve décimas partes de los casos ⁶⁸. En realidad, el sistema de asignar recursos sin contar con un mercado u otro dura tanto como la falta de salida para eventuales excedentes. Las ferias se prolongan un día porque la demanda no basta para sostener contactos más asiduos, pero un siervo que ha quedado al margen de impuestos monetarios y control efectivo puede cambiarlo todo lanzándose a trabajar.

Sólo es seguro que a mediados del siglo IX—precisamente cuando alcanzan su apogeo las incursiones de sarracenos, vikingos y otros saqueadores externos— se detecta el comienzo de un tráfico terrestre regular y a larga distancia de mercancías. Quienes lo asumen son siervos fugados de su gleba, que combinan el arrojo del rebelde con capacidad para sacar adelante una fuente civil de ingresos. Arriesgan morir si fuesen devueltos a su señor, tienen en contra las instituciones del momento, y se juramentan con otros llamados al mismo

desarraigo para formar grupos tan marginales en principio como las bandas de salteadores.

Por lo demás, viven de lo inverso, que es mantener abiertos los caminos merced a su propia capacidad de combate y la colaboración de algún soldado profesional que prefiere ser socio suyo a servir como peón en las guerras privadas. El *novus homo* arriesga por costumbre la vida para proteger algunos carros, si bien lo más distintivo en él es soportar un desarraigo impensable para quien no levanta la vista de su terruño.

NOTAS

1 - Hume 1983, vol. I, p. 463.

2 - Ibíd, p. 479.

3 - Cf. Pirenne 2005, p. 15 y ss.

4 - El ataque más antiguo ocurre hacia 520, protagonizado por un rey danés; cf. Bloch 1961, p. 36.

5 - Ribe tenía en 721 una hectárea destinada a la feria; Haithabu rondaba el millar de vecinos, sumados a otros tantos residentes temporales, una cifra alta para casi cualquier villa altomedieval. En ambos enclaves daneses se han encontrado balanzas, pesas, adornos, tejidos, elementos metálicos, botones (un invento árabe) y otros utensilios domésticos. Su existencia precede en un siglo a la primera incursión vikinga registrada (el saqueo de una abadía inglesa en 793). Cf. McCormick 2005, p. 567-573.

6 - Cf. McCormick 2005, p. 165.

7 - Ibíd, p. 31.

8 - Troeltsch 1992, vol. I, p. 222.

9 - Cf. Pirenne 1995, p. 24.

10 - *Monumenta Germaniae Historica* (en lo sucesivo MGH), *Formulae*, Cod. Sangallensis 27, 412.22-23.

[11](#) - Cf. Pirenne 1995, p. 62.

[12](#) - Cf. McCormick 2005, p. 714.

[13](#) - *Ibíd*, p. 684.

[14](#) - El inglés slave omite incluso la ce o la ka que enmascara levemente el término en otras lenguas europeas

[15](#) - *Andrapodon* y *doulos* en griego, *servus*, *mancipium* y *famulus* en latín.

[16](#) - La *Vida de Naum*, el texto más antiguo de la Iglesia búlgara, afirma que «los vendieron a los judíos por un precio. Y los judíos los llevaron a Venecia, vendiéndolos de conformidad con la divina Providencia. Vino entonces el hombre del Emperador, y cuando supo de los hombres compró algunos y los llevó a Constantinopla»; cf. Kussef 1950, p. 143-144.

[17](#) - *Historia langobardorum*, 1, 1, 47.25-28.

[18](#) - Cf. McCormick 2005, p. 685.

[19](#) - Cf. Sánchez Albornoz 1973, p. 55.

[20](#) - McCormick 2005, p. 701-704.

[21](#) - *Ibíd.*, p. 705.

[22](#) - Los normandos tienen gran éxito penetrando por el Loira, y luego por el Sena hasta París, donde una de sus razzias les depara un botín compuesto por varios centenares de jóvenes. Tampoco tardan en saquear Aquisgrán, la capital de Franconia.

[23](#) - Cf. Engels 1970, p. 188.

[24](#) - Cf. los capítulos de Neale, Oppenheim, Chapman y Benet, en Polanyi 1976.

[25](#) - Polanyi 1976, p. 139-140.

[26](#) - Los nórdicos solventaban sus cuentas con la limpieza mediante saunas y baños grupales —por supuesto desnudos— en lagos y ríos gélidos, una costumbre que asombró a Julio

César por el respeto al aseo implicado en ella. Los romanos construyeron termas gigantescas, donde se bañaban cotidianamente sin remilgos. Los santos se comportan como el célebre Dionisio Cartujano, que prefiere alimentos rancios a los frescos, chilla de horror si se le acerca una mujer joven y limita su aseo a aspersiones con agua bendita. Las santas tienen a gala no haberse desnudado desde antes de ser púberes.

[27](#) - La lepra puede transmitirse genéticamente cuando alguno de los progenitores esté ya infectado, y aparecer entonces sin necesidad de una previa desidia higiénica. Pero esto sigue sin hacerla contagiosa para terceros, y es sólo una leyenda que el personal de leproserías pueda contraerla sin descuidar su propio aseo.

[28](#) - Todavía en 1230, cuando la población se ha multiplicado al menos por tres y la renta por al menos otro tanto, hay más de doscientas cincuenta leproserías en Inglaterra; cf. *Wikipedia*, voz «leper».

[29](#) - Hume 1983, vol. I, p. 463.

[30](#) - Cf. Pirenne 1995, p. 7-22.

[31](#) - Cf. Hume *ibíd*, p. 215.

[32](#) - Liutprando Hist. VI, 6. Sobre el escabroso periodo puede leerse con aprovechamiento el artículo dedicado a la papisa Juana en el *Diccionario filosófico* de Bayle.

[33](#) - Cf. Engels 1970, p. 193.

[34](#) - Pirenne 2005, p. 34.

[35](#) - Mises 1995, p. 744.

[36](#) - Duby 1970, p. 97.

[37](#) - *Ibíd*, p. 108.

[38](#) - MGH, Legum II, vol. I, 1, p. 152.

[39](#) - *Ibíd*, p. 132.

[40](#) - Cf. McCormick 2005, p. 646.

[41](#) - Hoy Aachen (si se entra por Alemania) y Aix-la-Chapelle (si se entra por Francia).

[42](#) - Duby 1970, p. 109. A su juicio, «el ánimo de lucro minó sostenidamente el espíritu de magnanimidad» (ibíd p. 270).

[43](#) - Dopsch 1982 (1918).

[44](#) - En efecto, nunca hubo fondos para sufragar la escolarización, y la *fossa carolina* se interrumpió al poco de iniciarse, cuando los picos toparon con roca basáltica.

[45](#) - Para celebrarlo se convoca el gran concilio de Frankfurt, cuyo canon XXV dice: *Omnis homo ex sua proprietate legitimam decimam ad ecclesiam conferat.*

[46](#) - Cf. Pirenne 2005, p. 29.

[47](#) - Hegel 1967, p. 283.

[48](#) - Ibíd, p. 285.

[49](#) - Cf. Duby 1970, p. 159. En Inglaterra la peor hambruna de todos los tiempos ocurre en 1041, cuando reina Eduardo el Confesor, uno de los últimos reyes anglosajones; cf. Hume 1983, vol. I, p. 184. Otra hambruna famosa comienza en el Continente con el durísimo invierno de 1144, prolongándose hasta 1146; cf. Cohn 1970, p. 45.

[50](#) - McCormick 2005, p. 683.

[51](#) - Hume 1983, vol. I, p. 25.

[52](#) - Como la *Donación de Constantino*, que inventa un legado territorial de este emperador al Sacro Imperio, la *Vida del beato Silvestre* —que pretende estar redactada en el siglo IV—, el *Canon de los obispos*, supuestamente acordado en un concilio de 314, las falsas Decretales (atribuidas a san Isidoro de Sevilla) o las falsas Capitulares del diácono Benito. Ya el poema de Beowulf aparece precedido por una imaginaria carta de Alejandro a Aristóteles.

[53](#) - Hume ibíd, p. 169.

[54](#) - Mateo 5:3. La *New English Bible* sustituye «pobres de

espíritu» [pneuma] por «quienes conocen su necesidad de Dios» (*these who know their need of God*); pero usa seis palabras para traducir tres, y no modifica el sentido.

[55](#) - Mateo 19:14

[56](#) - «El desarrollo de esta institución fue una consecuencia de transferir al laico los poderes disciplinarios del claustro, y tuvo su origen en la Iglesia de Escocia e Irlanda» (Harnack 1959, p. 403).

[57](#) - Del papa Gregorio Magno (c. 540-602) ha partido esa idea de un lugar intermedio, donde las almas no padecen el fuego infernal pero se consumen de impaciencia por un cuerpo purificado. Un precedente de la confesión es que —como expone el propio san Gregorio— «el marido peca si ha sentido deseo carnal y no meramente afán procreador con su esposa [...] y no podrá acudir a la iglesia sin purificarse» (Gregorio Magno, en Hume 1983, vol. I, p. 31).

[58](#) - La Iglesia católica y la ortodoxa griega entienden que la confesión se apoya en ciertos pasajes del Nuevo Testamento, y deriva de la Encarnación. Confirmación y extremaunción son dos sacramentos adicionales introducidos por el Papado altomedieval.

[59](#) - Aquella que considera la enfermedad como un fenómeno natural (*physikós*) y emplea remedios naturales para tratarla.

[60](#) - Harnack 1959, p. 405.

[61](#) - *Ibíd.*

[62](#) - Según Bernardo Gui en su *Manual para inquisidores*; cf. Robinson 1903, p. 383.

[63](#) - Cf. Vargas Llosa 1998. Coincidiendo con la instauración de la República, en el interior de Bahía cierto analfabeto antes tenido por lunático —*Antonio Conselleiro*— encabezó una rebelión que reclamaba la vuelta del rey y un reino evangélico llamado a la expropiación del incrédulo. Los treinta y tantos mil combatientes que acabaron oponiéndose al ejército —muchos de ellos niños, ancianos y mujeres— lucharon con enorme bravura, y ganaron varias batallas hasta sucumbir a los medios abrumadores que finalmente reunió el país contra ellos. La penuria intelectual les unía más aún que la escasez material,

fascinados como estaban por un Consejero para quien toda desdicha o mutilación era belleza, excelencia.

[64](#) - Cf. Cohn 1970, p. 41-42.

[65](#) - Ibíd., p. 43-44.

[66](#) - Una variante no mágica del confesionario es el diván psicoanalítico, que trata la pobreza de espíritu como neurosis. Desde la cruzada antidroga —una iniciativa de misioneros católicos norteamericanos en Filipinas— la galería de indigentes espirituales ha crecido con el adicto, que en una línea análoga a la histeria escenifica un drama de indefensión y dependencia: querría trabajar y ayudar a los demás, de quienes solicita favores sin pausa, pero lo traiciona una mala fe que ciertas veces reclama terapia y otras se afana por engañar al terapeuta. Tras una serie indefinida de otros adictos —ludópatas, bulímicos, anoréxicos, erotómanos, movilmaníacos, musculópatas, etcétera—, vuelve con distintos nombres el parvulus, que en una época solicita exorcismo y en otra tratamiento médico. Ver esas conductas como simples vicios o malas costumbres de cada persona no es admisible para exorcistas ni para otros terapeutas; cf. Szasz 1974, *passim*.

[67](#) - Sí sabemos que consolidar las redes comerciales coincide en 1300 con una cifra próxima a los 80 millones. Cf. Cipolla 2003, p. 147-157.

[68](#) - Cf. Troeltsch 1992, vol. I, p. 386.



Development Sciences Network Presence
www.catalanhost.com

Los Enemigos_{del} Comercio

LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO

De cómo la propiedad fue hallando modos de protegerse

12

Antídotos para el aislamiento

«Los hombres deben evitar a cualquier precio insultos y lesiones; y allí donde no reciben protección del magistrado y las leyes se someterán a superiores, mientras organizan por su cuenta alguna confederación privada.»

D. Hume¹.

Mover docenas de carros hasta lugares remotos —y recobrarlos sin necesidad de añadir a cada expedición una escolta militar— sólo fue posible en Europa occidental durante los primeros tiempos del Imperio romano. Ahora esta esperanza parece singularmente vana, pues a los salteadores se suman marismas, páramos y bosques muy densos que cubren el 80 por 100 del territorio, sellando cada zona habitada. Con todo, la roturación de bosques es posible y sale a cuenta desde la tala del primer árbol, que ofrece además de calor materiales de construcción y otros excedentes. Sólo sería ruinoso si se encomendara a mano de obra involuntaria, y el fenómeno del momento es más bien que algunos siervos se lancen a vivir por su cuenta y riesgo.

Está comenzando una «sociedad de frontera»² basada en aprovechar tierras vírgenes, cuyo principal hallazgo tecnológico será una renovación en las artes del herrero y, ante todo, aprender a embridar el viento con aspas de molino.

Gracias a siervos insatisfechos con su condición, un asentamiento que se limitaba a las riberas de algunas cuencas fluviales —ante todo las del Rin, el Mosa, el Ródano y el Po— empuja con fuerza tierra adentro.

Para cuando el proceso empieza a rendir sus frutos el centro del desarrollo se ha desplazado a Renania, donde hacer negocios tiene más adeptos, y Colonia supera a cualquier ciudad septentrional por empresas fabriles y mercados. Su nueva muralla —que amplía la vieja fortificación romana para proteger precisamente esos barrios— se levanta a partir de 900, costada por los diezmos y otros derechos que residentes y transeúntes pagan a su arzobispo. Colmo teórico de lo impenetrable, la Selva Negra tampoco resiste a las sierras y hachas de sus colonizadores. Comparar la catedral de Worms con la capilla de Aquisgrán levantada por Carlomagno muestra que los constructores renanos han aprendido a saltar de cuatro plantas hasta doce, y son capaces de erigir la joya definitiva del románico.

El esfuerzo aparejado a mantener rutas regulares no surge aspirando a modificar instituciones, aunque ha puesto las bases para que su modificación sea inevitable. Cuando vías mantenidas por el paso de *mancipia* y *captivi* se adaptan a la rueda, traficar con esclavos empieza a ser menos rentable que mover otras mercancías. Al tiempo que los caminos se desbrozan o inauguran, el bandidaje se frena y el sentido del aislamiento pierde entidad. Ferias desaparecidas reabren o amplían su duración, permitiendo que núcleos urbanos abandonados o reducidos a aldeas se repueblen. Demostrando que es posible desplazar bienes por sendas donde sólo pasaban peregrinos o reatas de cautivos, los caravaneros han puesto en marcha un proceso donde a fin de cuentas va haciéndose cada vez más necesaria la libertad.

No son los únicos en renunciar a la sociedad coagulada, pues quienes permanecen en su gleba quieren también incorporarse al intercambio monetario. Carlos el Calvo, rey de los francos occidentales, lo confirma con un edicto de 864 que persigue como *conjuraciones* los acuerdos secretos entre vecinos para vender sus parcelas y retener sólo las viviendas, «haciendo imposible saber qué tierras dependen de cada señorío»³. Para que las ventas sean firmes resulta necesario que todos los parientes coincidan, pero ahora coinciden. El feudalismo ha empezado a producir una gama de antídotos y estímulos que se orientan a restablecer la compraventa, mientras el dinero está abandonando su naturaleza de joya para reaparecer como forma racional del trueque.

I. Los primeros emporios

Renania y algunas ciudades lombardas, que reaccionan al tradicional acoso de la Santa Sede y el Imperio creando repúblicas comerciales, son las puntas de lanza en este proceso. Pero nada ayuda tanto a combatir el aislamiento como la fundación de Venecia, unida material y espiritualmente a

Constantinopla desde las campañas de Justiniano en Italia⁴. Un siglo antes los vénetos habían dejado sus tierras para establecerse en islotes vírgenes de la laguna ante la amenaza de godos, hunos y lombardos, aceptando así no sólo un clima insalubre en todas las estaciones sino la falta de agricultura, cabaña e incluso agua potable. Con todo, tras una fase de mera supervivencia —cambiando pesca y salazones por grano, frutas y carnes de los vecinos—, sus precarios poblados acaban dando lugar a la urbe más bella y próspera de Europa.

1. La serenidad del tráfico. Vencer un grado semejante de intemperie ayuda a entender rasgos insólitos como ser abiertamente no confesional en los tratos comerciales, o mover sus mercancías con *galere da mercato* protegidas por arqueros, ballesteros y honderos. Mientras los demás soportan el sacrificio en gastos militares anticipando saqueos y conquistas, o sufren para pagar tributos de protección a otros, los venecianos rentabilizan mejor el mismo esfuerzo asegurando sus rutas comerciales. Como dirá el gran dux Mocenigo: «si elegimos estar en guerra quien tenga diez mil ducados se quedará con mil, y quien tenga diez casas sólo una, pero guardando la paz seremos los dueños del oro de la

Cristiandad»⁵. Y, en efecto, tratar sin remilgos con judíos y árabes convierte a Venecia en el importador europeo por excelencia. Aunque no cabe ser más inmoral para las pautas altomedievales, su flota disuade a quienes querrían escarmentarles.

A mediados del siglo IX las diez grandes familias de la ciudad han amasado fortunas que pueden sostener indirectamente a una clase media profesional, y sólo recursos inconcebibles para el resto de Europa permiten construir uno solo de sus edificios, que exige traer de lejos cada piedra y apilar miles de troncos sobre la arena o el barro de la laguna. La Serenísima República es una oligarquía con ribetes de despotismo asiático, que ahorca sin contemplaciones a cualquier disidente y, con todo, la alfabetización resulta allí algo tan generalizado como en la

Atenas de Pericles⁶. Si Bizancio concentraba hasta Justiniano

gran parte del oro existente en la comunidad mediterránea, ahora empieza a ser ella quien mueve dicho recurso gracias a sus contactos con el califato de Bagdad y el emirato cordobés.

II. La perla del islam

Antes de que los venecianos se acerquen a su esplendor han florecido Bagdad, Damasco y Córdoba. En 929, cuando el emirato cordobés se convierte en califato, su capital supera el medio millón de habitantes, tiene unas ochenta mil tiendas, casi mil baños municipales y dispone de la primera red de alumbrado público. Combina una agricultura diversificada con textiles y orfebrería de calidad extraordinaria, que le permiten exportar e importar a su antojo. Su sistema monetario —basado en monedas de oro, plata y bronce que cumplen escrupulosamente su ley— es el único estable del momento, y entre la pléyade de sus escritores hallamos incluso tratadistas de derecho mercantil⁷.

Los judíos ibéricos, sólo comparables en número y prosperidad con los de Alejandría, destacan como comerciantes, traductores, médicos, filósofos y hasta grandes generales⁸.

Cuando Tarik y el deslumbrante Muza⁹ crucen el Estrecho, en 710, su principal apoyo son ellos e hispanorromanos descontentos con la égida visigoda. Parte de estos segundos se convertirán en mozárabes o arabizados, que sin dejar de ser cristianos adoptan la circuncisión, la dietética, el vestuario, la lengua y la poligamia árabe. El desarrollo del reino cordobés se apoyará básicamente en una compenetración de musulmanes con judíos y mozárabes¹⁰, los dos grupos más comprometidos con el tejido comercial e industrial del país. Tras ocho siglos de convivencia, en 1492, el hecho de que los Reyes Católicos expulsen a ambos es probablemente la decisión más funesta de la historia española.

1. Su fractura interna. Entre el siglo VIII y el XI la Península Ibérica no sólo constituye el lugar más culto y tolerante de Europa, sino el más rico con mucho. Los frutos de la concordia se observan, por ejemplo, comparando el tributo anual percibido por Abderramán I (731-788) y el de Abderramán III (912-961). El primero obtuvo trescientos kilos de oro, cuatro toneladas y media de plata, diez mil caballos y otras tantas mulas, mil corazas de cuero y mil tahalíes para lanzas. El segundo empieza su reinado con una renta de 12.045.000 dinares de oro —aproximadamente cincuenta mil kilos—, cifra superior al ingreso conjunto de los reyes europeos¹¹. Es el

monarca más poderoso del globo, superior al califa de Bagdad, al emperador bizantino y al de la China, un país con el cual ha empezado a comerciar de modo bastante asiduo¹². Su serrallo lo forman seis mil trescientas personas, entre huríes y eunucos, y no puede ponerse en duda que es un espíritu refinado:

«Reiné medio siglo, envuelto por completo en victoria y paz, amado por mis súbditos, temido por mis enemigos, bien avenido con mis aliados [...] y no hubo dicha terrenal que no se agolpase a halagarme. Ante tan sumos logros, he recapacitado sobre los días que vine a paladear una alegría profunda y cabal, y ascienden a catorce. ¡No cifréis, congéneres míos, vuestro amor en el mundo de aquí!»¹³.

El derrocamiento de los omeyas por los abásidas, y la consiguiente pérdida de control sobre el enorme territorio situado entre el Eufrates y el Indo, tendrá como consecuencia política primordial —y muy benéfica para Europa— que el reino cordobés deba entenderse de alguna manera con Bizancio y el norte del Mediterráneo. Aunque Omar ha quemado la biblioteca de Alejandría, el califato occidental lo compensa abriendo una Universidad que reúne seiscientos mil libros, y opera como correa de transmisión entre el saber grecorromano y su tiempo. Los anales registran más de trescientos escritores cordobeses, presididos por el Aristóteles medieval que es Averroes.

Sin embargo, el brillo alcanzado apenas sobrevive a Abderramán III. El último califa es una marioneta movida por Almanzor (939-1002), un integrista sumamente belicoso¹⁴ que clausura la Universidad, cierra escuelas y quema bibliotecas. El conflicto entre cuartel y colegio, alfanje y pluma, religión y ciencia se decanta a favor de lo primero, proceso que tiene su correlato en el califato oriental cuando el último regente abásida sea derrocado. Bizancio obtiene con ello un balón de oxígeno, pues cuando los turcos emergen como nuevos pretorianos del imperio musulmán, algo antes del año 1000, tanto los califas del este como los del oeste están viniendo a menos. La dinastía fatimita, que llega en 1248, es un simple rehén de los mamelucos —su análogo a la Guardia del Pretorio romano—, y para entonces el fantástico imperio de Harún al-Raschid se ha desintegrado en gran medida.

En la floreciente España las invasiones de almohades y

almorávides, que llegan desde África para asegurar el cumplimiento de la *sharia*, equivalen a una persecución no sólo del infiel sino del saber en general. Aplicar literalmente la ley islámica desalienta el desarrollo de la industria y el comercio, ya de por sí mermados como consecuencia de una guerra civil crónica, y con los reinos de Taifas —que llegan a ser treinta y nueve— la moneda de oro empieza a desaparecer, la de plata se adultera y el bronce se generaliza. A la discordia se añade hacer frente a reinos cristianos cada vez más eficaces en términos militares, y aunque ningún lugar de Europa se acerque vagamente a Al-Ándalus en producto agrícola y manufacturas, su riqueza va mermando sin pausa.

Venecia no sufre el desgarramiento interno que acompaña por sistema al poder musulmán y sigue creciendo, a la vez que sus escalas en Barcelona y Marsella. Lo que ha aprendido al comerciar con Bagdad y Córdoba convierte a sus banqueros en magnates del crédito, cuyo interés fijan en torno al 20 por 100 cuando se trata de venturas marítimas y al 15 en negocios menos arriesgados. Para colmar su prosperidad sólo necesita que Europa deje de ser paupérrima.

III. Las sociedades mercantiles iniciales

La empresa más brillante del siglo IX es obra de los llamados radanitas judíos, un grupo de políglotas y aventureros del cual habla el *Libro de caminos y reinos* (886), escrito por un alto funcionario de Bagdad¹⁵. Los miembros de esta sociedad hablaban cuando menos seis idiomas —«árabe, persa, griego, franco, andalusí y eslavo»—, cosa insólita en su tiempo si no lo fuese mucho más aún sostener un circuito de tamaño descomunal, con uno de sus extremos en China y otro en el califato cordobés, que abastecía territorios separados entonces por medio año o más de viaje ininterrumpido. Al parecer, vendían lo mismo en Constantinopla que en Aquisgrán, y en todas partes eran bien recibidos. Importaban de Occidente eunucos, esclavos, pieles y espadas, a cambio sobre todo de especias y tejidos.

La compañía de los *radhaniyya* conduce a personajes curiosos, como el judío Abraham que vive en la Zaragoza musulmana y hace de banquero para Luis el Piadoso. También tienen nombre propio David y José, dos judíos que le prestan el mismo servicio desde Lyón, mirando directamente al depósito humano de los Balcanes. Agobardo, el obispo de la ciudad, es un antisemita furibundo que querría ejecutarles pero la corte le disuade de inmediato. Unos y otros son «personal de palacio», como lamenta el prelado, y están exentos además de todo

peaje¹⁶. Carlomagno se ha servido del judío Isaac para conferenciar con Harún-al-Raschid, y ya en 851 nutridos grupos (*cohortes*) de mercaderes acudían a Zaragoza desde el este del reino franco. Carlos el Calvo, el monarca en ese momento, tiene como *fidelis* y contable imperial a Judas, otro judío.

1. Los empresarios autóctonos. Pero la genealogía del caravanero europeo descubre también gentes sin la tradición de judíos y sirios, que en algún caso podemos seguir con cierto detalle. Algo posterior a Carlomagno y modelo del nuevo héroe es Goderico de Finchale (Lincolnshire)¹⁷, un joven que deserta de su gleba y se pone a vagar por playas buscando restos de naufragio. Lo vemos más tarde convertido en buhonero, un pequeño comercio desde el cual promociona a socio en un grupo gestor de caravanas, que yendo de feria en feria le familiariza con oferta y demanda en cada lugar. Invierte sus ganancias en el flete de un barco que traslada mercancías y personas por el canal de La Mancha, y gestiona la empresa con tanta energía y suerte que acaba siendo dueño de una flota dedicada al cabotaje entre Inglaterra, Escocia, Dinamarca y Flandes.

Siendo ya un magnate es tocado por la gracia divina; regala todo a los pobres, se convierte en un ermitaño muy estricto y empieza a hacer milagros que le acaban llevando a los altares como san Goderico. Antes de transformarse en santo se ha dedicado a comprar barato para vender caro, y su biógrafo le muestra profundamente arrepentido de ello. Tampoco omite reconocer que arando las tierras de Lincolnshire le habría sido imposible ayudar a tantos necesitados. Cámbiese el final de esta historia y tendremos un fragmento sobre la arqueología del empresario europeo, que cuando la época exalta relaciones involuntarias prospera merced a las voluntarias exclusivamente, vendiendo y comprando cosas.

Su persona es ilegal por ello, si no lo fuera ya por haber desertado de su terruño, y debe sobrevivir intimidando al bandido como los precoces mercaderes venecianos aprendieron a hacer con el pirata. Pero esos enemigos no le superan en arrojo, y retroceden ante el poder adquisitivo que le otorga atender al gusto de cada cual. Ahora junto al rico en inmuebles empieza a haber un pequeño grupo rico en bienes muebles y conocimientos.

«Tal como la civilización agraria había hecho del campesino alguien cuyo estado habitual era la

servidumbre, el comercio hizo del mercader un hombre cuyo estado habitual era la libertad [...] Ese individuo errante traía la movilidad social, descubriendo una mentalidad que no mide el patrimonio por la condición del hombre sino por su inteligencia y energía»¹⁸.

Un sajón inglés con talento para los negocios —como san Goderico— encuentra ante todo émulos entre frisios, renanos y lombardos, que tras ser sometidos por Carlomagno se transforman con alguna asiduidad en mercaderes y comienzan a ser mencionados como «canalla usurera». Sin embargo, más decisivo aún para los negocios en general es que vikingos suecos —gente del Rus o *ruski* para los eslavos— funden en 856 el reino de Kiev, poniendo fin al bloqueo continental con una ruta terrestre hasta Bizancio y los árabes. A lo largo de ella surgen campamentos (*gorods*) que se transformarán en ciudades sin pasar por la agricultura como escalón intermedio, apoyándose en el desinterés del nórdico por la propiedad inmobiliaria. Lejos de ser «todo», la tierra sólo tiene valor si puede venderse o produce frutos comparables a su venta¹⁹.

Legendariamente feroces en sus comienzos²⁰, los vikingos van abandonando la vida de saqueo para dedicarse al comercio y otros empeños civiles. Ya el reino de los vareng en Ucrania se sostuvo inicialmente vendiendo a Oriente Medio productos del bosque —ámbar, miel, pieles, maderas— y de su arte como carpinteros y herreros. No mucho más tardarían los normandos en conquistar Inglaterra y crear el reino de Sicilia e Italia meridional, que iba a ser en el siglo XII el Estado más avanzado y próspero de Europa. Como unos y otros ignoran las instituciones del vasallaje, hacerse sedentarios no significa renunciar a una vida basada esencialmente sobre la movilidad, que si antes dependía de ir robando y matando a agricultores ahora parte de aprovisionarles y adquirir sus productos.

2. Nuevos emporios. El desarrollo de la ruta entre el Báltico y el Mar Negro está en el origen de Brujas, una ciudad acuática como Venecia, que restablece la industria de los paños comprando en Londres vellones de merinos ingleses, y abaratando su exportación a gran escala con piezas de hasta sesenta varas. Una lana suave y bien teñida era ya algo intercambiable por refinamientos orientales como los brocados en hilo de oro y la seda, y un artículo interesante también para Venecia y los puertos que resurgen gracias a su tráfico con Al-Ándalus. El mero hecho de que las expediciones circulen regularmente, en vez de sucumbir a requisas legales e ilegales,

dispara la demanda de vino francés, tintes, miel y otros productos. Quizá más importante aún para el desarrollo es un tráfico de minerales, que reactiva tanto la minería como la forja.

Gante, Amberes y otras villas flamencas aprovechan la estela abierta por Brujas, y la prosperidad veneciana se contagia al norte de Italia inaugurando allí nuevos centros de comercio marítimo, industria textil y agricultura avanzada²¹. Ahora esos dos focos —añadidos al del Rin— tienen artículos atractivos que intercambiarse, y ponerlo en práctica demuestra que ser próspero depende sólo de intensificar los contactos. Con el retorno a economías monetarias surgen estaciones intermedias para el tráfico entre Flandes, Renania e Italia en la Champaña francesa, que convierten esa zona en un nuevo foco de crecimiento.

Las seis ferias celebradas allí cada año reúnen manufacturas de toda Europa, y los primeros banqueros medievales —los Peruzzi de Florencia y los Riccardi de Lucca— empiezan controlando buena parte de sus almacenes y servicios. Francia tuvo entonces una oportunidad de incorporarse precozmente al desarrollo, pero cuando Felipe el Audaz conquiste la región impondrá duros peajes, y los comerciantes abandonan esas plazas desde 1273²². Ni Reims ni ciudades vecinas levantarán cabeza hasta cuatro siglos más tarde, gracias a la predilección de Luis XIV por sus vinos. La respuesta de un mercado ya internacional al encarecimiento impuesto por un autócrata nacionalista es inaugurar Amberes como nuevo centro de operaciones. Se trata de una iniciativa italiana también, pues son naves genovesas las primeras en recalar allí.

Por lo demás, hemos considerado tan solo la reapertura de caminos y falta describir sus estaciones, los altos en cada ruta.

IV. La ciudad-mercado

El *burgus* o *portus*²³ amurallado es inseparable de que Europa sea un territorio sin excedentes y por lo mismo inerme. Atrae a depredadores del norte, el este y el sur, y los habría recibido del oeste si no la protegiese el Atlántico. Seguir su distribución inicial sobre el mapa muestra que esos enclaves surgen en Italia y Francia para mitigar la devastación debida a los magiares; en Alemania para hacer lo propio ante magiares y eslavos; en Inglaterra y la costa del Mar del Norte para protegerse de los piratas normandos²⁴; y en el Mediodía francés no sólo para

precaerse de los magiares sino de incursiones sarracenas, bien por tierra o por mar.

Sus primeros modelos cubrían áreas muy pequeñas, rara vez superiores a cien metros de diámetro, cercando el depósito comarcal de grano y una torre defendida por algunos soldados y su jefe, el burgomaestre. Fue en torno a ese *vetus burgus* como surgieron edificios ligados a ferias, que quedarían indefensos hasta poder transformar el conjunto de *vetus burgus* y *suburbia* en una sola fortaleza²⁵. Cuando la tenacidad y la ingeniería arquitectónica de comerciantes y artesanos empezaron a hacerlo posible, un siglo más tarde, estar defendido pasó a depender de sus moradores. Surgía así una alternativa al asilo en monasterios y castillos, que para el pueblo llano era también sede permanente y fuente de ingresos.

Prelados y nobles, que seguían siendo propietarios nominales del suelo, nunca imaginaron obtener rentas tan altas de espacios tan reducidos. Pero en la esencia de estos lugares estaba aspirar «al derecho en y por sí mismo, no sólo los tratados y ordenanzas que forman el contenido de la diplomacia»²⁶. De ahí una norma común a todos: quien residiera allí cierto tiempo —un año y un día, concretamente— borraba cualquier vínculo previo de dependencia. El punto crítico era que hubiese un *Frei-burg* o burgo libre, pretensión asumida por algunos núcleos urbanos ya desde finales del siglo X²⁷. Esa voluntad de autodeterminación es consustancial al burgo, y se expresa en el lema de que «el aire urbano hace libre» (*Stadtluft macht's frei*). Libre y quizá también acomodado, porque el trabajo no servil se orienta hacia la calidad y mejora al tiempo la cantidad. Lo que Roma nunca hizo —articular distintos talleres para producir fábricas— es una iniciativa sin la cual ninguno de estos núcleos habría podido amurallarse.

A los antiguos desertores del vasallaje —buhoneros y caravaneros— se suman ahora los encargados de cada señor (*ministeriales*), los que conocían algún oficio y campesinos no apáticos, que quieren aprender alguna profesión o simplemente trabajar como mano de obra inespecífica aunque remunerada. Gran parte de ellos se convertirán en tejedores urbanos, descritos por un escriba de la época como «plebe brutal, inculta y descontenta»²⁸.

1. Los moradores del burgo. Coordinar rutas comerciales y fortalezas civiles inyecta complejidad en un marco entregado antes al simplismo, y los cambios empiezan a no tener nombre

o apellido. Las organizaciones surgen de modo tan espontáneo y confiado que pueden prescindir de estatutos, mientras las finalidades se diversifican arrastradas por procesos impersonales. Los *burguenses*, cuya primera mención escrita parece fechable en 1007, tratan con el campesino sin pasar por la mediación de sus señores, atendiendo a conveniencias mutuas, y pronto surgen en su seno asociaciones de comerciantes (*hansas*) y gremios de artesanos. A partir de 1074 las presiones civiles llegan a las crónicas, pues ese año unos seiscientos *negotiatores* exigen al arzobispo de Colonia que no les trate como siervos o tomarán su palacio²⁹. Eventos análogos se producen en Arras y Laon, y tres años más tarde llega el alzamiento de Cambrai, una diócesis situada en las lindes actuales de Francia y Bélgica.

Aprovechando que el obispo ha ido a la coronación del Emperador, y «en medio del entusiasmo general», sus *burguenses* declaran que el perímetro amurallado ya no pertenece ni al Sacro Imperio ni al Papa ni a otro señorío que el suyo propio³⁰. Como el prelado volverá en algunas semanas, se juramentan para defender hasta el último aliento las reglas que ellos mismos acuerden. Algunos siguen siendo muy afectos al sistema *Pax Dei*, y reunirse con los demás rebeldes en el Ayuntamiento —entonces simple almacén para productos pendientes de venta en la feria— no implica ver ni en ese edificio ni en el propio burgo la semilla de un deslinde entre creencias religiosas y administración laica. Medio siglo después, en 1130, los tejedores de Cambrai son el foco noroccidental de sectas maniqueas, a quienes se acusa de ser los primeros herejes comunistas³¹.

Una radiografía de la ciudad-mercado muestra que todos sus habitantes iniciales son siervos, si bien están distribuidos en grupos bien distintos. Los obreros, básicamente tejedores, son el sostén primario del neomaniqueísmo y quieren sacudirse la servidumbre tanto como los comerciantes. Los artesanos, que hasta entonces vivían en casamatas y chozas contiguas a una abadía o castillo, no están tan inclinados en principio a la insumisión, y el cuarto sector —los gestores del señor local o *ministeriales*³² — menos aún. De hecho, sólo los comerciantes y sus empleados están hechos a competir en términos profesionales, y a luchar físicamente por sus cargamentos. Si sintieran nostalgia por una existencia de *parvulus* habrían evitado una vida de riesgo, combate y desarraigo, que no deja de hacerles extraños e incluso muy sospechosos a ojos del resto de sus compañeros en la aventura urbana.

A ellos, que ya han conseguido el desahogo, les es especialmente urgente convertir su libertad de hecho en libertad de derecho, o seguirán amenazados por derechos señoriales como el de *pernada* y *despojo*. Para empezar, la regla *partus ventrem sequitur* determina que sus hijos pertenezcan normalmente a la casta servil. Hacia el año 1000 aparecen las primeras menciones a matrimonios entre hombres de negocios y aristócratas, un evento escandaloso donde el nuevo rico asume invariablemente las deudas de su familia política³³. Debe casarse muy lejos del territorio donde nació, para borrar el estigma de la *gleba*, y su esposa tiene invariablemente un padre arruinado. Carga, pues, con el desprecio y las potenciales humillaciones de sus superiores por cuna, y con el resentimiento de quienes han pasado a depender de él. Ser real aunque no formalmente poderoso dibuja como única alternativa la de hacer indestructible su propia obra, que es el propio burgo.

El comerciante del siglo xi tiene una parte de guerrero itinerante en busca de una sede donde arraigar sin taras serviles, y otra de agitador político «que organiza a todos en comunas insurrectas, ligadas por juramentos solemnes»³⁴. Cuando las murallas que él mismo proyectó y sufragó ya existen, sobran a su juicio todas las exacciones pagadas a cambio de protección, y en una amplia zona —Utrecht y otras partes de Flandes, Brabante, los valles occidentales del Rin, el norte de Francia— su actividad va ser decisiva para que el soberano eclesiástico o secular de cada burgo retroceda en prerrogativas.

V. Hacienda y entusiasmo en los nuevos núcleos

Los jefes romanos fundaban oficialmente sus ciudades trazándolas con regla y compás. Los burgos, que surgen por sistema sin fundador, crecen como las colonias de microorganismos y —aunque haya grandes diferencias entre los septentrionales y los meridionales³⁵— todos son novedosos por sistema fiscal. Allí no funciona el tributo en especie del agro, que se cobra por zonas, ignora el patrimonio de cada contribuyente y pasa al bolsillo del señor o abad. Al contrario, reina un impuesto destinado exclusivamente a servicios públicos, que debe ser satisfecho por todos en cuantía acorde con el patrimonio de cada uno, y quien deje de pagarlo resulta expulsado. Tampoco es admisible el que trabaje con desidia, y un estricto ojo por ojo preside la justicia penal.

Ante el horror impuesto por Cómodo y sus sucesores,

podríamos preguntarnos qué impidió a los municipios romanos declararse ciudades libres. El hecho de que ni siquiera lo imaginasen, como probablemente fue el caso, subraya la hondura del cambio. Ahora las ciudades nacen de, con y para la libertad política, y el recurso a más coacción y más resignación —receta cotidiana de la sociedad esclavista— parece simple cinismo. Nada delata tanto la confianza de estos ayuntamientos como que «todos sus empresas se conciban y ejecuten como obras de arte»³⁶. La catedral, monumento por excelencia, no está construida con más esmero que las casas particulares o los soportales de la plaza mayor. Sólo palacios y templos aspiraban antes a perpetuarse indefinidamente, y las pequeñas ciudades que están surgiendo o resurgiendo llevan esta exigencia a cada esquina de su perímetro. De un modo u otro, han ampliado el margen de acuerdo y celebración.

Muy estricta en sus comienzos, la solidaridad entre *burguenses* es tanto más nueva cuanto que en vez de rechazar las reglas del juego comercial hace de ellas su criterio y su medio de vida. Podría decirse que el burgo persigue un interés enteramente particular, pero su mercado cumple un interés tan común como que las comarcas puedan prescindir del yugo autárquico, y optimizar así sus recursos diferenciales. Labriegos y artesanos tienen al fin compradores para sus productos, y allí donde se observaba una sostenida victoria del bosque sobre el agricultor y ganadero llega lo contrario: roturar tierras baldías, sustituir cultivos e ir inventando mejoras orientadas al rendimiento.

La unión entre núcleo urbano y periferia empieza siendo tan puntual que todos ayudan a recoger la cosecha. Todavía en el siglo xiv, cuando la población europea se ha multiplicado —París y Milán tienen unos doscientos cincuenta mil habitantes, Florencia y Amberes unos cien mil—, las leyes inglesas exigen dicha colaboración a todos los censados en cada ayuntamiento, sin distinción de rango³⁷. Desde el burgo amurallado la curva demográfica adopta una línea ascendente, asegurando que nada quede sin hacer por falta de brazos, y empieza a abundar el trabajador infatigable en la sede tradicional del indolente.

La vida mercantil es un juego con reglas, como los torneos caballerescos y otros pasatiempos, pero su modo alternativo de hacer frente a las necesidades colectivas impone también que las relaciones discrecionales ganen terreno a expensas de las impuestas. Jugar es un acto con incógnita intrínseca, reñido por ello con el dogmatismo de cualquier verdad absoluta, y esa condición de apertura permanente a tal o cual resultado opera

como un abrelatas para la sociedad cerrada. Sin que nadie lo haya decidido, grupos cuya subsistencia se delegaba hasta entonces en un ceremonial de obsequios mutuos pasan a delegarla en un juego de pérdidas y ganancias, que reparte aprendizaje a manos llenas ³⁸.

NOTAS

1 - Hume 1983, vol. I, p. 169.

2 - North y Thomas 1982, p. 52.

3 - Cf. Duby 1970, p. 94-95.

4 - Ya bastante antes, en 571, el ministro bizantino de Teodorico, Casiodoro, la menciona como «patria de mercaderes marítimos».

5 - Cf. Braudel 1992, vol. III, p. 120.

6 - Pirenne 2005, p. 76.

7 - Cf. Aguilera-Barchet 1989, p. 37.

8 - Samuel el Grande, caudillo y primer ministro del reino de Granada, es también uno de los mejores poetas hebreos de todos los tiempos. Cf. Shahak 2002, p. 155.

9 - Su plan original fue ir conquistando Europa hasta caer sobre Bizancio desde el noroeste; cf. Gibbon 1984, vol. III, p. 534-535.

10 - Cf. Mariana, *Historia de España* IX, cap. 18.

11 - Un tesoro de información, básicamente musulmana, contiene la *Bibliotheca Arabico-Hispana Escorialensis*, editada entre 1760 y 1770. Los datos recién mencionados están en el tomo II, p. 104.

12 - Cf. Gibbon 1984, vol. III, p. 536.

13 - *Ibíd.*, p. 557.

[14](#) - Mandó despellejar con sumo cuidado a uno de sus enemigos, por ejemplo, para que la piel entera pudiese rellenarse luego de algodón y ser objeto de crucifixión pública. Empezó cincuenta y dos campañas militares entre 978 y 1001.

[15](#) - *Radhaniyya* en árabe. Sobre Ibn Khurradhbih, el cronista, cf. McCormick 2005, p. 640-642.

[16](#) - *De insolentia iudaerorum* 195, 149-159.

[17](#) - *Libellus de vita et miraculis S. Godrici, heremitaie de Finchale, auctore Reginaldo monacho Duhelmensi*, en Pirenne 2005, p. 79-80.

[18](#) - *Ibíd*, p. 86 y 84.

[19](#) - Sobre Kiev y las primeras ciudades rusas el texto pionero es Rostovtzeff 1922.

[20](#) - Una de las sagas nórdicas llama «niñero» a cierto islandés porque se negaba a ensartar niños de pecho con su lanza, como el resto del grupo; cf. Bloch 1961, p. 19.

[21](#) - Génova y Pisa como potencias navales, Milán, Parma, Pavía y Lucca como centros de industria, y la Lombardía en general como combinación de agricultura y comercio, apoyada sobre la extraordinaria feracidad que empieza a lograrse en el valle del Po.

[22](#) - Cf. North y Thomas 1982, p. 55.

[23](#) - *Portus* es «lugar desde el cual se importan y exportan mercancías» (*Digesto*, 16, 59), definición idéntica a la que ofrece san Isidoro: «Portus dictus a deportandis comerciis» (*Etimologías XIV*, 39-40). La raíz verbal se conserva en holandés, donde *poort* significa ciudad y *poorter* burgués.

[24](#) - «Los magiares, procedentes de Asia e instalados desde 896 en la actual Hungría [...] no diferían mucho de los hunos y devastaron Alsacia, Lorena, Borgoña y el Languedoc. Los ataques de los normandos se hicieron anuales a partir de 843, y en 845 saquearon los *portus* de Hamburgo y París con una flota de 120 naves, que transportaban una media de 50 hombres»; Cipolla 2003, p. 150.

[25](#) - Cf. Mumford 1979, vol. I, cap. 9.

[26](#) - Hegel 1967, p. 268.

[27](#) - La mayoría eran obispados u arzobispados, aunque algunos —como Frankfurt, Nüremberg o Ulm— fuesen ciudades no episcopales.

[28](#) - «Cronicon santi Andrea Castri Cameracesi», cf. Pirenne 2005, p. 101.

[29](#) - Cf. Duby 1970, p. 244.

[30](#) - Cf. Pirenne 2005, p. 119.

[31](#) - Cf. Barraclough 1985, vol. III, p. 122.

[32](#) - Gestionan las granjas como capataces, recaudan tasas, desempeñan funciones contables y, en general, velan por la hacienda de su amo. Dos siglos más tarde muchos se han transformado en nobleza menor, entre otras causas porque la creciente crisis económica de ese último escalón aristocrático ha hecho que muchos hidalgos se postulen como ministeriales. Una monografía sobre su evolución ofrece Benjamin 1985.

[33](#) - Cf. Pirenne 2005, p. 93.

[34](#) - Cohn 1970, p. 48.

[35](#) - Allí donde la romanización fue superficial —en todos los territorios situados al norte del Rin— las *civitates* o no existieron o desaparecieron, y deben por eso partir de cero como Hamburgo o Lübeck. En Europa meridional la urbanización parte siempre de algún enclave otrora importante, que fue deshabitándose y ahora empieza a poder crecer.

[36](#) - Mumford 1979, vol. I, p. 363.

[37](#) - *Ibíd* p. 319.

[38](#) - El cardenal de Cusa es quizá el primer pensador de primera fila que dedica un libro a cierto juego —el de bolos— a título de propedéutica filosófica. Escrito en 1463, su *De ludo globi* define la actividad lúdica en general como «un tesoro de

enseñanzas» (I, 2; *Opera Omnia*, vol. IX).



© Antonio Escotado 2008
LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO
<http://www.escotado.org>

Development Sciences Network Presence
www.catalanhost.com



Los Enemigos del Comercio

LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO

13

La semilla de una clase media

«Sería absurdo imaginar que los seres humanos rinden más cuando trabajan para otros que cuando lo hacen por su cuenta.»

A. Smith ¹.

Una sociedad inmóvil o cerrada distribuye las funciones por castas endógamas, que no pueden compartir mesa, techo y lecho, y fija taxativamente las actividades que cada una puede desempeñar. La pirámide hindú, que es quizá el ejemplo más estable de comunidad cerrada, divide el cuerpo social en clero (*brahmins*), príncipes (*shatrias*), comerciantes (*vaishas*), operarios (*shudras*) y descastados o intocables (*dalits*). En el esquema altomedieval los clérigos hacen de *brahmins*, los señores de *shatrias*, los campesinos de algo a caballo entre *shudras* y *dalits* (aunque quizá peor, pues asumen una carga vitalicia y hereditaria de trabajos forzosos para otro) y los *vaishas* desaparecen.

De hecho, ya el primer y el segundo estamento ignoran la más elemental pulcritud de casta, pues abades, obispos y cardenales son hermanos, primos y sobrinos de reyes, duques y condes. Aunque les convenga el inmovilismo, su opción protector/protegido está más cerca de servir como precedente para la Cosa Nostra que de armonizarse con estructuras político-sociales pretéritas. Sacar adelante su versión del orden social ha provocado entre otras cosas que toda propiedad inmobiliaria esté enfeudada, y que noventa y nueve de cada cien individuos

vivan de usufructuarla en cuotas mayores o menores. Pero han empezado a surgir gentes sin arraigo y no por ello lanzadas a la mendicidad. Carecer de aquello que alimenta al resto —la tierra— se compensa disponiendo de un efectivo que puede cambiarse ventajosamente por cualquier servicio. Marineros o caravaneros en origen, cuando no ambas cosas, empezar siendo un grupo estadísticamente mínimo no altera que estén llamados a crecer de modo exponencial en número y recursos. Su lote de soledad, emboscadas e incertidumbre, disuasorio para casi todos, deja de serlo cuando su profesión esté protegida por las murallas de cada burgo.

El ímpetu se concentra siempre en los primeros instantes, cuando el objeto pasa de la indiferencia a la animación de un movimiento, y a partir de ahora los *negotiatores* nadan a favor de la corriente, porque el transporte multiplica las rentas de cada entorno sin perjuicio de multiplicar las de cada transportista. Pagar el diezmo, por ejemplo, sólo asegura no ser excomulgado; pagar el 10 por 100 de recargo en tales o cuales mercancías revierte para la población del campo y la ciudad en la posibilidad de satisfacer su renta con dinero, descargándose de impuestos en trabajo. Precisamente gracias al *negotiator*, quienes antes prestaban servicios gratuitos para asegurarse la subsistencia pasan a vender toda suerte de bienes, logrando lo mismo sin someterse a servidumbre.

Por otra parte, las épocas cumplen sus hitos de modo en buena medida inconsciente, y en este momento hay objetos mucho más apasionantes que el foco creador de clase media. Territorios antes aislados no tardan en sobrevalorar su producto y aparecen fenómenos de superpoblación en regiones cuyos excedentes son todavía muy pequeños², alimentando una conflictividad social que irá en aumento. Pero ese exceso de las expectativas sobre los recursos apenas llega a las crónicas, si se compara con la noticia de que estén cumpliéndose mil años de la Pasión.

I. Arbitrajes espirituales y arbitrajes materiales

Un rey-monje como Carlomagno, por ejemplo, que engendra al menos un centenar de hijos ilegítimos³, no resiste al examen de *burguenses* cuya vida en espacios muy reducidos les ha enseñado a soportar e imponer la presión del qué dirán. Sus superiores les parecen simples embusteros, presididos por una «Iglesia que trata al clero inferior como siervo [...] siendo en todos sentidos lo contrario de la pobreza apostólica»⁴. Las masas rurales, algo más lentas a la hora de formarse criterio, se

sumarán a este reproche con súbitas explosiones de violencia que consuman hordas de párvulos electrizadas por *profetae* milenaristas.

Llega un nuevo capítulo en la tradición autocrítica del cristianismo, al mismo tiempo que una dinámica de tensiones dentro del burgo. En la Roma republicana uno de los resultados de la primera guerra social fue que la llegada del orden ecuestre a las magistraturas lo inclinó a la corrupción y el despotismo, y algo análogo gravita sobre los burguenses. Aunque se han hecho a sí mismos sin ayuda de privilegios, el hecho de que reyes y otros aristócratas les cortejen para obtener préstamos y suministros no tarda en hacer que gremios artesanales y asociaciones de empresarios monten un gobierno implacable sobre la oferta, postulándose como nueva casta. El comercio necesitará en realidad unos quinientos años más para aceptar el principio de reciprocidad, pues en vez de juego con reglas se enfoca como una variante de la guerra y la religión, subordinando por sistema los medios al fin.

Aumentar y diversificar los bienes de consumo, el gran logro del momento, suscita tal conjunto de maniobras monopolísticas que la competencia sólo se preserva merced a la guerra más o menos abierta entre artesanos y comerciantes. El sindicalismo de los primeros tiene como nuevo artículo de fe un derecho a perseguir fines estrictamente sectarios, que niega por sistema al resto. Pero ninguna profesión civil puede evitar que todas ellas oscilen del ascenso al descenso, extrayendo precisamente de ese dinamismo su ventaja esencial sobre cualquier estamento inmóvil y las masas paupérrimas. Aunque los gremios aspiren a ser castas protegidas de cualquier azar, como los nobles y el clero, el destino les condena a ser clase media.

1. Los resortes de la afluencia. Si en el siglo X el héroe anónimo de la transformación es el aventurero itinerante, que descubre bienes y actividades olvidadas, en el xi su heredero es un notario que articula el acceso de profesionales a propiedades y contratos antes restringidos al poder temporal y espiritual. Mercaderes analfabetos descubren en las notarías cómo escriturar sus pactos, regulando pormenores, aleatoriedades e indemnizaciones. También allí comprenden las ventajas de una «creditización»⁵ que equipara el efectivo a la expectativa de cierto pago, y adapta ese pago a las condiciones de cada lugar y momento. No hay mejor respuesta para monedas envilecidas por fraudes en la acuñación y el peso, ni para contrarrestar el tabú que gobierna el interés del dinero.

La ciudad-mercado es tan rentable que los magnates feudales se apresuran a crear *novus burgus* en sus dominios, donde a cambio de tributos dinerarios renuncian al señorío y otros privilegios. Median toda suerte de discordias entre ellos y los urbanitas, no menos que dentro del propio burgo, pero pasar de economías domésticas a economías complejas ha hecho que los gastos de unos puedan ser inversión para otros, y el interés aristocrático no deja de coincidir con el popular ya a medio plazo. Las notarías y sus instrumentos han permitido que la propiedad abarate sus «costes de transacción»⁶, algo decisivo para poder aprovecharla

Esta agilización empieza enriqueciendo al alto clero y a la nobleza, sujetos antes a las penurias de imperar sobre siervos profesionalmente inexpertos y apáticos. Cuando los mercados produzcan el primer atisbo de dinero y manufacturas en abundancia su respuesta va a ser «una política consciente de roturar nuevas tierras, atraer colonos y mejorar equipo»⁷. La presencia de campesinos menos míseros se advierte en nuevas tasas y, ante todo, en un impuesto como la talla (*taille*, *talia*, *tolta*) que se liga sólo a «la necesidad del señor», y que está llamado a ser el caballo de batalla en lo sucesivo.

Aspirando al boato conseguido por otros altos dignatarios, el arzobispo de Maguncia aprieta demasiado las clavijas y en 1160 muere víctima de un alzamiento popular. Los contribuyentes urbanos se van haciendo más prósperos al tiempo que menos dóciles, y les vemos así suprimir el gravamen para artesanos en Estrasburgo (1170) o la condición servil del comerciante en Colonia (1174)⁸. En áreas rurales reina una auto-manumisión a plazo, como la que propone a sus siervos en 1185 el abad de Ferrières-en-Gâtinais: «privilegio de ir y venir» para el cabeza de familia dispuesto a darle anualmente cinco monedas de oro⁹.

Esperando adjudicarse los vastos dominios de Godofredo de Buillon —duque de Lorena— si éste no triunfa como jefe de la primera Cruzada, y asegurándose de que hasta su vuelta cobrará cualquier renta suya, el obispo de Lieja, Otberto, le presta en 1092 la suma sin precedente de mil tresciento marcos de plata y tres mil de oro¹⁰. Sólo el tesón comercial flamenco permite imaginar entonces un tesoro parejo, que Otberto termina de recaudar fundiendo objetos sacros de la catedral y todas las abadías incluidas en su diócesis. Ha llegado el arrebató emocional de conquistar Tierra Santa, que presta nuevas alas al mesianismo, pero este obispo se niega a

mantener sus recursos inactivos y su conducta no resulta ahora excepcional. Tras medio milenio de patrimonios congelados, no pocos magnates se suman a la aspiración del empresario, que es «disponer discrecionalmente de los propios bienes»¹¹.

2. Explotando el despilfarro. Poco después, en 1215, un documento tan aristocrático como la Carta Magna¹² expone el cambio de actitud decretando que los mercaderes serán libres para negociar en general, sin verse expuestos a peajes o impuestos arbitrarios, y prefigura con esa y otras normas el Estado de Derecho¹³. Sus cláusulas 41 y 42 aseguran la libre entrada y salida de comerciantes nacionales y extranjeros, consagrando la reciprocidad como pauta: «*And if our men are to be safe, the others shall be safe in our land*»¹⁴. Desde entonces la aristocracia inglesa empieza a asumir actividades propias de empresarios, y previene con formidable anticipación la catástrofe que espera a la nobleza de otros Estados europeos —en particular el francés y el alemán— cuando se aprueben las primeras Constituciones liberales.

El origen del régimen parlamentario moderno está en reuniones de propietarios rurales y urbanos, convocadas por reyes y otros magnates feudales para cobrar los nuevos tributos que llegan con el restablecimiento de la circulación mercantil¹⁵. Diez años después de aprobarse la Carta Magna, donde no han intervenido para nada, los «comunes» ingleses descubren que pagar con mayor o menor largueza les permite no seguir siendo ignorados, y de la reunión (*parliament*) convocada por Enrique III en 1225 deriva el *Parliament* con mayúscula. A su urgente demanda de fondos los villanos responden ofreciendo pagar un 5 por 100 más de lo pedido, siempre que queden establecidos como órgano consultor en general y deliberante en ciertas cuestiones¹⁶.

Por otra parte, la presencia de dinero enriquece al señorío sin dejar de conspirar indirecta aunque implacablemente contra su autocracia. El efectivo que afluye de los circuitos comerciales y sus estaciones urbanas es invertido por los próceres eclesiásticos y seculares en guerras de juguete como las justas heráldicas, episodios de suntuosa hospitalidad y otras ostentaciones, cuyo resultado es antes o después enormes deudas. De ahí que el siglo xii termine con banqueros judíos e italianos acudiendo al rescate de personajes e instituciones como Enrique II, la condesa de Carcasonne o la gran abadía benedictina de Cluny, donde se ha compuesto el himno ascético

por excelencia: *Del desprecio hacia el mundo*.

En efecto, Hugo, Odón, Odilón y Bernardo —sus santos abades— son al tiempo anacoretas muy estrictos e inveterados derrochadores, y esa vocación suntuaria del aristócrata feudal funciona como un acelerador para el intercambio de prerrogativas por crédito. El hecho de que la Iglesia detente casi todo el oro y la plata no la defiende de ineficiencias mercantiles, y los banqueros que se arruinan intentando salvar de la bancarrota a los magnates del momento tienen por eso algo de inconscientes héroes colectivos. El temor, la ambición o ambas cosas les ha llevado a sufragar una prodigalidad de sus clientes que financia toda suerte de empresas intermedias, creando empleo de un modo u otro.

Entre los efectos de la primera Cruzada, por ejemplo, está una vigorosa renovación en el tráfico con reliquias¹⁷, y lo que algunos llaman primera empresa multinacional europea: la Orden de los Pobres Soldados de Cristo y el Templo de Salomón, más conocida como Orden de los Templarios. Su emblema —dos caballeros montando un solo caballo— subraya una veneración por la indigencia, a pesar de lo cual se convierte en la gran potencia crediticia del Continente. Los miembros no militares de la Orden han hecho el más ingenioso de los hallazgos, que es ofrecer tanto a cruzados como a peregrinos la posibilidad de depositar bienes en sus oficinas europeas, y recibir a cambio un documento en clave que les permite recobrar ese valor en Tierra Santa¹⁸.

La Orden pasaba a ser propietaria de los depósitos si el cruzado o peregrino no llegaba. Pero mucho más relevante para sus finanzas fue que la carta de crédito encriptada sedujese de inmediato, permitiendo a los Pobres Soldados abrir unas nueve mil sucursales¹⁹ en Europa. Hubiesen triunfado incluso sin la bula papal que les exime de impuestos y pasaportes en 1139, porque eran en realidad la competencia más adecuada para los banqueros laicos, y no tardarían en ser los grandes acreedores de muchos magnates. Con la Orden el derroche vuelve de algún modo sobre el estamento obligado a ostentarlo, realimentándolo, aunque en cien años eso signifique asumir al tiempo demasiado poder y demasiadas deudas²⁰. Entretanto, el volumen de su actividad podría parecer disuasorio para aquellos a quienes las crónicas siguen llamando «canalla usurera de sirios, judíos y lombardos», pero ese grupo se revelará no menos ingenioso a la hora de ofrecer créditos.

II. Usura e interés del dinero

Los préstamos de los altos dignatarios eclesiásticos y de los Templarios adoptaban la forma de prendas mobiliarias (*vif-gage*) e hipotecarias (*mort-gage*), que convenientemente ajustadas permitían gravar hasta la demora en el pago del diezmo. Mientras quedase pendiente la devolución iban cobrando los frutos de aquello empeñado —tierras, siervos, instalaciones—, y si la deuda no se saldaba en la fecha prevista se convertían en propietarios de la prenda. Ni los prelados ni los templarios negaron nunca la naturaleza lucrativa de unos contratos que les reportaban dinero o nuevas prendas, y excluir a otros prestamistas se basaba en acusarles del pecado y delito de usura, porque la fuente de sus rentas era cierta cosa y no un dinero ²¹.

Pero a semejante artificio contestan las notarías con el contrato de cambio, donde el deudor declara haber recibido una suma no por préstamo («mutuo») sino *in nomine cambio*. Cierta dinero aquí y ahora puede generar —en otro aquí y ahora— tales o cuales bienes. La necesidad más apremiante era una remisión de fondos que obviase los inconvenientes de su traslado físico —el cambio llamado trayecticio—, y las notarías perfeccionan el mecanismo en cuya virtud «los banqueros reciben dinero contante, pero no entregan a cambio dinero contante, sino que prometen abonar el equivalente en otro lugar, donde ellos tienen una sucursal o persona relacionada con los negocios» ²². Los testimonios más antiguos de tal contrato son actas notariales genovesas, venecianas y marselesas de la segunda mitad del siglo XII.

Esto no evoca por entonces suspicacias civiles, aunque sí el anatema de un derecho canónico codificado en 1140 ²³, un año después de que aparezca la bula protectora de los templarios. Prefigurando lo que luego se llamará fetichismo de la mercancía, el Código establece: «Quien prepara algo para que ello mismo entero y sin cambio (*res integram et inmutatam*) le proporcione lucro, he ahí al mercader expulsado por Dios del templo» ²⁴. La usura es «un pedir superior al dar», y la creciente práctica de combinar negocios con actividades financieras parece el momento oportuno para volver a aclarar que el comercio resulta absolutamente inadmisibles cuando especula con dinero.

Por otra parte, el éxito de los Templarios ha inquietado a la Santa Sede ya desde 1163 —mucho antes de pasarles por la

hoguera—, y a partir de entonces el papa prefiere abiertamente cubrir su déficit con banqueros italianos. Los canonistas serán desautorizados por el IV Concilio de Letrán (1215) —un cónclave celebrado el mismo año en que se aprueba la Carta Magna—, donde la usura se define como «intereses excesivos». Hay en consecuencia un interés no excesivo o razonable, algo declarado en un momento donde abundan los dispuestos a arriesgar sus ahorros invirtiendo. No son diez ni cien sino docenas de miles, estimulados por hallazgos como la contabilidad científica o de partida doble, y al amparo de pactos tan sencillamente complejos como la letra de cambio, que constituye un cheque abierto a la intervención de múltiples actores desde su libramiento a su descuento.

1. El salto en inventiva e industria. La letra constituye un hallazgo anónimo, atribuido por Montesquieu a las perseguidas y buscadas comunidades judías del momento, que «crearon una riqueza invisible y capaz de enviarse a todas partes sin dejar huella»²⁵. Fuese quien fuese su inventor, el *cambiale* y sus formas ulteriores ofrecieron un pagaré negociable que convertía en ejecutivas obligaciones separadas por miles de kilómetros, sin necesidad de recurrir al documento notarial donde se plasmaron. Ilimitada en cuantía, la letra de cambio saltaba sobre el tiempo que media entre el despacho de ciertos bienes y la recepción, arbitrando un «giro» a tantos o cuantos días. Un pequeño trozo de papel ofrecía oficio y beneficio a un número indefinido de agentes intermedios, dedicados a librarlo, endosarlo y aceptarlo, pues el *ius mercatorum*²⁶ le abría una vía ejecutiva ajena al lento, arbitrario y pomposo ritual probatorio del medievo.

Como cabía esperar, los inventos del notario y sus clientes son paralelos a una eclosión de industria. En 1150 comienzan en los Países Bajos las operaciones de quitarle tierras al Atlántico Norte, y en 1179 buena parte de la Lombardía está irrigada, gracias a la cooperación de campesinos, ingenieros y agrónomos milaneses. En 1185 las calles de París dejan de ser lodazales tras empedrarse, y algo más tarde Lübeck tiene no sólo eso sino una red de cañerías y fuentes. Lagos y pantanos son desecados para roturar huertas; la minería, la metalurgia y el tratamiento del vidrio se remozan y transforman. Nuevos arneses y aperos agrícolas incrementan su propia eficacia. Se inventan grandes grúas portuarias, estufas de hierro forjado, molinos de agua y de viento, herraduras para los animales de tiro y razas mejoradas como el percherón, que ara a una profundidad antes impensable y puede romper costras heladas.

Incorporar fuentes mecánicas de energía, y descubrir otros medios para ahorrar esfuerzo, forma parte de un proceso que despierta recursos sumidos en sopor. Al mismo tiempo que aparecen las primeras escuelas de derecho y medicina —en Bolonia y Salerno— empieza a haber competencia, tanto en el sentido de rivalizar unos proveedores con otros como en un horizonte de maestría sepultado por el lastre servil añadido al trabajo. Cuando el estilo románico ceda su lugar al gótico, a mediados del siglo XIII, los burgos han transformado la limosna privada en beneficencia pública:

«El consejo municipal cuida de las finanzas, el comercio y la industria, decide y supervisa los trabajos públicos, organiza el aprovisionamiento de la ciudad, reglamenta el equipo y la buena organización del ejército comunal, funda escuelas para los niños y paga el sostenimiento de hospicios para pobres y viejos. [...] Al suprimir intermediarios entre comprador y vendedor garantiza a los burgueses el beneficio de una vida barata, persigue incansablemente el fraude, protege al trabajador contra la competencia y la explotación, reglamenta su trabajo y su salario, cuida de su higiene, se ocupa de su aprendizaje e impide el trabajo de mujeres y niños» ²⁷ .

A esta descripción le sobra un toque idílico, que los años se ocuparán de borrar. Nominalmente los *burguenses* siguen siendo sólo siervos, y el noble se ríe de «pestilentes paletos» hasta que comuneros lombardos desbaraten el ejército del gran Federico Barbarroja en Legnano (1176). Saquear Milán en venganza no cambia que ese tipo de victoria sea tan pírrica como las que el Papa pueda obtener en Florencia, donde —según Maquiavelo— la ciudadanía antepone sus fueros a la salvación del alma. Las curas definitivas de humildad llegarán algo más tarde con Uri, Schwitz y Unterwald, los pequeños cantones iniciales de la Confederación Helvética, que vapulean repetidamente a la caballería más selecta de Europa. Las monarquías, que el feudalismo ha reducido a potestades más o menos testimoniales ²⁸ , están llamadas a entenderse con los burgos y crear así el Estado nacional.

Desgarrados por el Conflicto de las Investiduras, el alto clero y la nobleza sólo aciertan a unirse en campañas puntuales de propaganda y requisa como las Cruzadas. No quieren y no deben, aunque van vendiendo una a una las regalías ganadas en

siglos de guerra y misión. Los reyes, por su parte, pueden pedir préstamos a fondo perdido de cada ciudad apadrinada, y con ellos pagar a soldados profesionales para que desempeñen las funciones atribuidas antes al señorío. Estos mercenarios se usarán también para frenar al disconforme con su política, y como los villanos aceptan cada vez peor su yugo el siglo XIV estará jalonado de principio a fin por feroces alzamientos.

Nada puede cambiar que la ciudad comercial sea el gran árbitro, aunque hacerse inexpugnable ante asaltos internos incrementa también la posibilidad de tomarla por desunión. Haber surgido todos sus moradores de una desregulación en la casta servil no obsta para que cada sector trate ahora de imponer una reglamentación rigurosa, dirigida a asegurar que un proceso esencialmente no lineal pueda aislarse en trozos y seguir manipulándose como si fuese lineal. Aunque el hoy provenga de inyectar libertad e intercambio en el monolito autárquico, libertad comercial no significa librecambio.

III. La organización sin organizador

El caso más notable de ente complejo con aspiraciones simples hace su aparición con la Liga Hanseática o Hansa, una criatura germánica que aprovecha directa e indirectamente la conversión del vikingo al civismo para crear una alianza de burgos²⁹. Enrique el León, duque de Sajonia, Baviera y Prusia, es un gran guerrero insólitamente interesado por el desarrollo económico, y en 1158 envía mensajeros a los reinos septentrionales de Escandinavia y Rusia «para que los mercaderes tengan libertad de viaje y acceso a su ciudad de Lübeck»³⁰.

Antes de terminar el siglo caravanas acorazadas y cargueros marítimos o fluviales de la Liga abastecen a un territorio que llega por el oeste a Flandes e Inglaterra y por el este a Ucrania. El núcleo de su negocio es intercambiar madera, miel, cera, pieles y algunos minerales del nordeste por sal, telas y vino del suroeste, asegurando salazones de pescado tanto más imprescindibles cuanto que Europa ayuna todos los viernes, y bastantes días más al año. Ha nacido con vocación de respetabilidad, y sólo admite en sus despachos y factorías³¹ a «comerciantes casados con buena fama».

Dicha vocación sorprende menos que lo impersonal de su funcionamiento, pues resulta imposible trazar su historia con una enumeración de individuos. En la Liga todo es espontáneo

y descentralizado, empezando por existir sin estatutos ni rectores, merced sólo a periódicas reuniones («dietas»). Su estructura en red, que forma tantos centros como nudos, le permite el insólito lujo de ignorar en lo sucesivo todo *placet* señorial, pues resulta imposible decapitar algo sin cabeza.

El apoyo popular a una empresa multinacional como la suya depende ante todo del propio intercambio, que abastece y combate el paro. Una fuente extra de gratitud se la asegura el hecho de que sus intereses particulares coincidan con los más generales de relaciones pacíficas y ampliación del conocimiento. Como un prosaico ángel de la guarda sin credo ni demonios, frena el bandidaje y la piratería, levanta mapas y cartas marinas, construye faros y forma pilotos. Centrarse en el comercio manda no tener ejército ni marina, pero cuando resulta agredida sabe reclutar rápidamente ambas cosas, e imponerse a un reino de guerreros legendarios como

Dinamarca (1370)³².

Nada remotamente parejo se había visto, y nada parecía anunciarlo en una Europa analfabeta y fanática, con un tráfico de larga distancia limitado a cautivos, peregrinos y espadas. Hasta qué punto había condiciones para algo distinto de la santa autarquía lo indica ella misma, origen para una cadena de ciudades que cambian cosas de Prusia, Polonia y Rusia con el resto de Europa a través de Flandes. Su actividad crea astilleros de tamaño olvidado, nuevos barcos, las correspondientes técnicas y hasta un estilo arquitectónico propio, recio y estilizado al tiempo³³. La Hansa rara vez alcanza el 5 por 100 en tasa de beneficio³⁴, pero lo sostiene siglo y medio y multiplica entretanto todo tipo de recursos.

También trabaja de alguna manera contra sí misma, pues al crecer va haciendo más transitorio y frágil su esquema. No hace tratos sin controlar oferta y demanda de antemano, e ignora en gran medida las posibilidades del crédito. La elementalidad que preside su noción del intercambio acaba multiplicando un tipo de empresario más flexible y expresamente no hanseático, que se concentra en el norte de Flandes. El esfuerzo de la Liga por monopolizar todas las rutas hacia el nordeste fracasa cuando hombres de negocios y marinos holandeses, que han aprendido de ella, se ofrezcan como nuevos intermediarios a sus clientes polacos y rusos.

En efecto, el proteccionismo a ultranza acaba tropezando con los intereses del comercio local, sea cual fuere, por no decir que con el propio comercio. Tras la hazaña que supone generar

directa o indirectamente ingresos para millones de personas, la decadencia de la Liga —desde fines del siglo xiv hasta su última Dieta (1669)— puede atribuirse a rivales aunque parece más ajustado decir que ha muerto de éxito. En 1556, siendo ya un adorno, condesciende con las instituciones tradicionales y decide darse un presidente o Síndico. Pero sus actos decisivos fueron adoptados por consejos de delegados anónimos, sin la prosopeya del mando piramidal. Entre su despegue y su ocaso ha puesto de relieve la diferencia entre órdenes endógenos y exógenos, autoproducidos y decretados.

NOTAS

1 - Smith 1982, p. 81.

2 - Cf. Cohn 1970, p. 53-54.

3 - La entonces famosa Visión de Weltin, compuesta por un fraile once años antes de morir el Emperador, «le representa en el purgatorio con un buitre que le devora tenazmente el miembro criminal, mientras el resto del cuerpo —emblema de sus virtudes— se conserva intacto» (Gibbon 1984, vol. III, p. 665-666). Las habladurías insistieron también en que no pudo resistir los encantos de algunas entre sus muchas hijas.

4 - Troeltsch 1992, vol. I, p. 349.

5 - Cf. Aguilera-Barchet 1989, p. 44-57.

6 - North y Thomas 1982, p 55.

7 - Duby 1970, p. 230.

8 - Basilea, que por entonces tiene el único puente sobre el Rin desde el lago de Constanza al Atlántico, se adelanta al resto de las ciudades libres alcanzando ya en 1118 un concierto fiscal entre su príncipe-obispo y un grupo «popular» de comerciantes, ministeriales y guerreros profesionales.

9 - Duby 1970, p. 226-227.

10 - Ibíd, p. 231.

[11](#) - Hume 1983, vol. I, p. 445.

[12](#) - Aparte del rey Juan sus firmantes son veinticinco barones, trece obispos, veinte abades, el Maestre de los Templarios ingleses, los príncipes de Gales y el rey de Escocia. Ni un common ha intervenido.

[13](#) - «La Carta Magna suministra los perfiles de un gobierno legal, con una distribución igualitaria de la justicia y libre disfrute de la propiedad, objetos primarios de la sociedad política humana» (Hume 1983, vol. I, p. 445).

[14](#) - Aproximadamente, «Y si nuestros hombres están seguros, los otros estarán seguros en nuestra tierra».

[15](#) - Cf. North y Thomas 1982, p. 66.

[16](#) - Ibíd, p. 84.

[17](#) - Los descubrimientos más extraordinarios del periodo serán dos objetos hoy perdidos como la Verdadera Cruz y el Santo Grial. La Santa Sábana, conservada en Turín, ha sido sometida a carbono-14 y parece ser un tejido del siglo xiv.

[18](#) - Cf. Nicholson 2001, p. 4. Ese documento es, sin duda, el precedente del cheque.

[19](#) - Cf. Aguilera-Barchet 1989, p. 196-197.

[20](#) - Una cuidadosa operación policial —orquestada por Clemente V y Felipe III, el rey francés (endeudado con la Orden por cifras astronómicas)— encarcela simultáneamente a los principales templarios de Europa y a su gran maestre, Jacques de Molnay, que tras ser torturados para obtener confesiones de blasfemia acaban pasando por la hoguera en 1314.

[21](#) - Cf. Aguilera-Barchet 1989, p. 189.

[22](#) - Garrigues 1976, vol. I, p. 765.

[23](#) - El Código se llama también Decreto de Graciano, por el monje agustino que compiló los cánones.

[24](#) - Canon II, dist. 88.

[25](#) - *El espíritu de las leyes*, 4, XI, 4. Véase más adelante, p. 347-348.

[26](#) - Los *Usatges* (1064) de Barcelona, que por entonces es ya uno de los cinco puertos europeos más importantes, mencionan un «derecho expeditivo» aplicable a extranjeros (sin duda comerciantes); cf. Pirenne 2005, p. 167, y Aguilera-Barchet 1989, p. 57.

[27](#) - Pirenne 2005, p. 138-139.

[28](#) - El monarca francés, uno de los casos extremos, es por entonces un minifundista comparado con el duque de Borgoña.

[29](#) - Llegaron a ser más de sesenta, presididos por una Lübeck que es la primera ciudad libre en sentido estricto, también llamada «imperial» por ignorar la jurisdicción de todo magistrado intermedio entre ella y el Emperador. Su senado hanseático, que seguía gobernándola en 1933, desapareció tras prohibir a Hitler celebrar mítines electorales allí.

[30](#) - Cf. Duby 1970, p. 226.

[31](#) - Los *kontors* hanseáticos estaban en Londres, Brujas, Colonia, Bergen, Visby y Novgorod.

[32](#) - Ya en 1285 ha doblegado a Noruega con un bloqueo de grano, y en 1388 hará lo mismo con Brujas.

[33](#) - El ayuntamiento de Tallin (Estonia), algunos edificios de Bergen (Noruega) y el gran almacén de Gdansk (Polonia) preservan ese primer módulo de arquitectura «comercial».

[34](#) - Cf. Braudel 1992, vol. III, p. 103.



© Antonio Escotado 2008
LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO
<http://www.escotado.org>

Development Sciences Network Presence
www.catalanhost.com

Los Enemigos_{del} Comercio

LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO

14

El estremecimiento íntimo

«Fulminar a musulmanes y judíos iba a ser el primer acto de la batalla definitiva, que culminaría en la fulminación del propio Príncipe del Mal.»

N. Cohn¹.

Las insurrecciones del noroeste europeo aprovechan la oportunidad idónea, cuando la cúpula del poder feudal ha tenido tiempo de enriquecerse y endeudarse a fondo, y el Papado lanza su candidatura a superpotencia política para frenar la desintegración de valores y costumbres. En 1075 el papa Hildebrandt, Gregorio VII, prohíbe la venta de cargos eclesiásticos («simonía») y el matrimonio o concubinato de clérigos («nicolaitismo»), cuestiones que podrían considerarse insertas en su incumbencia tradicional si no declarase al mismo tiempo «1. El pontífice romano está por encima no sólo de los fieles [...] sino de todos los Concilios. 2. Los príncipes, incluido el Emperador, están sometidos al él. 3. La Iglesia romana nunca ha errado ni errará»².

La consecuencia es que Gregorio VII y el emperador Enrique IV, dos germanos, se destituyan mutuamente³. En 1084, cuando el segundo se instale en Roma para presidir un concilio sobre el conflicto, la indignación del primero por no poder evitarlo le sugiere pedir socorro al jefe de los normandos, cuya tropa está formada entonces en su mayoría por mercenarios musulmanes. Enrique se retira a poca distancia, para no verse

cogido entre la rebeldía romana y ese contingente, y desde allí verá cómo la ciudad —incapaz de pagar las soldadas— sufre el peor saqueo conocido desde 390 a. C., cuando fue destruida por los galos cisalpinos; miles de romanos son pasados a cuchillo, la ciudad arde por los cuatro costados y tardará más de medio siglo en reponerse. Gregorio huye del horror gracias a

Guiscard, el proteico jefe normando⁴, pero el peso de lo provocado le ayuda a morir en pocos meses.

I. Más de un diagnóstico para la crisis

Siguen cincuenta años de guerras entre partidarios del Papado y partidarios del Imperio⁵, que el *burguense* aprovecha para ir limando taras serviles mientras abastece de hombres, vituallas y equipo a los dos bandos enfrentados. La osadía política de los Papas —al postularse como rectores políticos de Europa— quiere atajar una decadencia espiritual e institucional definida

originalmente por tres monasterios⁶, y expuesta en los cuatro mil versos del *De contemptu mundi* que compila hacia 1140 el último gran abad de Cluny, san Bernardo. Rebosante de nostalgia, indignación y vida cotidiana, denuncia a los «señores de este mundo» que aprovecharon el retorno del comercio para sembrar dudas sobre lo santo de la pobreza.

Todo se ha corrompido, sencillamente. El alto clero olvidó tanto al siervo como a los reyes y a la propia Santa Sede, transformando sus votos de pobreza, obediencia y castidad en oportunidades para enriquecerse, medrar y fornicar. El bajo clero, inmerso en una barbarie supersticiosa, quizá no haya avanzado tanto en el olvido de los valores apostólicos pero está llamado a caer en herejías milenaristas. Quienes profesan votos caballerescos⁷ no salen mejor parados; son tan corruptos como el alto clero. Para ellos, y para la Iglesia señorial, es urgente recordar que Dios y el Dinero son tan incompatibles como amar al más allá y apegarse al más acá.

No indigna a san Bernardo, en cambio, el confort de los medios arbitrados para acceder a la vida celestial, pagando misas, mandando a otro como peregrino o comprando bulas santificantes. Dichas cosas son fruto de una evolución que ha ido organizando poco a poco lo mejor para todos, y como el disconforme con ellas no ha entendido la racionalidad eclesiástica merece a su juicio excomunión, aunque esto equivalga a muerte civil⁸. Por lo demás, el *revival* religioso es un fenómeno paralelo a cierto alivio en la miseria, y aunque el pueblo detesta muy cordialmente a los «señores de este

mundo» no hay modo de evitar que el primero de ellos se identifique con la propia Roma, y con los lucrativos atajos inventados por ella para salvarse.

1. La tendencia apostólica. Tanto el bajo clero como los que se están manumitiendo de hecho o de derecho reclaman cualquier cambio salvo más ascetismo y más obediencia. Indigna, por ejemplo, que la misa reserve el vino —sangre del Cristo— al oficiante, imponiendo a los fieles que se limiten a una hostia de pan ácimo. Escandaliza también que las no consumidas sigan siendo carne del Cristo, y que tocarlas sin ser clérigo sea sacrilegio⁹. Lo mismo puede decirse del bautismo previo a la edad de razón, o que se prohíba interpretar libremente el Evangelio. El espíritu de los nuevos tiempos no pretende recobrar una conciencia opuesta a la carne y el mundo, sino reconciliarse con el más acá de un modo piadoso al tiempo que práctico.

De hecho, los papas estadistas tienen un programa sustancialmente parejo al gremial, pues defienden «independencia de la Iglesia con respecto a las autoridades civiles, y al tiempo una ampliación de sus derechos territoriales y principescos»¹⁰. Si sus deseos se cumplieran Roma pasaría a ser el mayor terrateniente europeo con mucho, una perspectiva que no inquieta al pontífice mientras sus administradores estén atados por voto de pobreza, obediencia y castidad. Gregorio VII, faro para sus inmediatos sucesores, ha repetido que los derechos hereditarios del alto clero cesarán cuando cese su fornicación, y que sólo entonces podrá despejarse de cualquier nube simoníaca y nicolaitista el sabio gobierno de la Iglesia.

Esta línea se diría la única adaptada a frenar los reproches de vida doble y cinismo que han empezado a multiplicarse con el desarrollo material, pues los más fervorosos defienden una Iglesia propietaria y administradora de todo, como la descrita en *Hechos de los apóstoles*. Con todo, estar de acuerdo en lo apostólico dura fracciones de segundo, pues la mayoría de los burgueses entiende por ello algo distinto que los campesinos. Su único punto de coincidencia es la raíz anárquico-libertaria del cristiano primitivo, cuya propuesta consiste en desandar todos los pasos que transformaron a la Iglesia en gran señora de este mundo.

Entre los más fervorosos es costumbre oponerse primero a las autoridades temporales o espirituales que tomaron partido por el Imperio, como acontece con los patarinos de Milán, Parma y Florencia, a quienes Gregorio VII tiene en particular estima.

Pero ni ellos ni ningún otro grupo regeneracionista se librarán de excomunión, y del paso ulterior que el Papado está descubriendo para luchar contra sus peores adversarios: la cruzada seguida por actuaciones inquisitoriales. Son rebeldes vocacionalmente *pauperes*, clasificados todos por el clero como herejes comunistas, aunque en los grupos pacíficos su pobrismo presenta la destacable novedad de no ser tanto anticomercial como anticlerical.

Los grupos no pacíficos son también anticomerciales, y proliferan en la zona inicialmente más densa en burgos que es la comprendida entre el Rin y el Somme, donde se observa el mayor salto demográfico ¹¹. La vagaudas del Bajo Imperio fueron consecuencia de que se redujesen las tasas de intercambio, pero las hordas rurales guiadas ahora por distintos *profetae* se alimentan de lo contrario: para el labriego apático y ceñido a sobrevivir «la vida se hace más independiente pero también más laboriosa y sujeta a mayores accidentes [...] y mientras uno se enriquecía con actividad y buena suerte el otro quedaba pobre» ¹².

Tan abundante es este segundo tipo de comunista que la primera Cruzada externa —convocada como Cruzada de los Pobres— puede considerarse iniciativa suya en gran medida. El héroe legendario de dichas masas es el rey Tafur, un normando convertido al milenarismo que cambia su equipo militar por una guadaña, a quien sigue un ejército de harapientos con fama de caníbal, cuya sola presencia provoca pánico irrefrenable en los islámicos ¹³. No es ocioso recordar que los tafures son ebionitas bastante estrictos, hechos a vestir como única vestimenta la tela de saco, aunque tanto ellos como sus precedentes odian ante todo al rico eclesiástico. Bien porque la mayoría de los urbanitas les parecen potenciales aliados, o bien porque sólo una pequeña fracción de comerciantes nada visiblemente en la opulencia, lo que se generaliza en ese tipo de agentes es un expolio limitado a dominios eclesiásticos.

El primero se produce hacia 1050, y es atribuido a «turbas campesinas» de la comarca de Arras. En 1112 se corona como rey-mesías de la zona cierto Tanchelmo de Amberes, del que consta que derogó el diezmo eclesiástico y reinó efectivamente sobre parte de Flandes, hasta ser asesinado en 1115. La misma trayectoria sigue Eon de l'Etoile en Bretaña ¹⁴. Tienen cartas escritas por Jesucristo para presentarse, como sus predecesores altomedievales, y aunque se parecen a Robin Hood por entregar a los pobres el producto de los robos no pueden ser más

distintos considerando el objeto de sus respectivos ataques; la figura puramente novelesca del primero lucha contra el sheriff de Nottingham, mientras Tanchelmo y Eon centran sus ataques sobre iglesias, abadías y ermitas.

II. Mansedumbre y furia

Hacia el año 1000 los monasterios eran —con los castillos— el único espacio a cubierto de hambrunas y saqueos. Cuenta Hume que un rey inglés fue recibido en cierta abadía por frailes rebozados en barro y ceniza, para protestar por una dieta que había pasado de nueve a tres platos por comida. Si a eso se añade, atendiendo a Boccaccio, la presencia de abundantes campesinas e incluso hermanas cortejables, residir en algunas abadías estaba entre los grandes lujos. Con frailes y monjas de primera y segunda clase, estos últimos equiparables a sirvientes, la aristocracia usaba sus recintos como reformatorios para hijos díscolos, asilos para progenitores quebrantados y casas de reposo para el resto.

A finales de este siglo, sin embargo, la laxitud de frailes y monjas provoca vergüenza, odio e incluso actos de agresión fulminante. El *Apocalipsis* ha predicho que al cumplirse el milenio cesa el encadenamiento del Diablo, siquiera sea «por breve tiempo», y las comitivas que se forman en torno a mesías findemundistas no sólo tienen muy claro quiénes forman parte de las huestes infernales sino ese «breve tiempo» de que disponen. Los ricos han engordado para la matanza, recordará Jan de Meung, «porque han vivido del robo [...] saqueando al débil»¹⁵, y su expolio es restitución. Por otra parte, sería simplificador e inexacto reducir el brote de fanatismo a esas hordas que aterran a sus presas castañeteando los dientes antes de atacar, armadas con aperos agrícolas o simples palos, protegidas de la intemperie por arpillera y capas de mugre.

Mientras una minoría se hace hedonista, e incluso suscita herejes epicúreos como los Hermanos del Libre Espíritu, un sector más amplio responde a la movilidad social recién instaurada con actitudes muy diversas. Unos han jurado llevar «una vida de desprecio por el mundo», como dice un cronista hacia 1150¹⁶, y practican la mansedumbre más extrema. Otros gritan: «¡Muera quien hable en contra!»¹⁷. Atendamos muy someramente a algunas de sus manifestaciones.

1. El comunismo de los párvulos puros. Los primeros grupos heréticos son cristiano-maniqueos y remiten a una secta

búlgara, detectada por cronistas bizantinos tras la predicación de cierto Bogomil en 930¹⁸. Profesan un dualismo moderado¹⁹ —donde Jesús representa a un emisario angélico que simplemente «pareció» morir—, rechazan todo tipo de jerarquías mundanas y consideran especialmente despreciable una Iglesia que pretende monopolizar la gracia divina con un supuesto poder sacramental. Ven en monjes y monjas de clausura a personas manipuladas por un poder anti-igualitario, que pretende dominar al resto fingiéndose más recto. Creen también que la riqueza es tan pecaminosa como virtuosa la pobreza, pues cuanto menos materia rodee a cada persona más alma tendrá. Su filantropía convive con aversión hacia el no sectario, y suele destacarse su «desconcertante falta de unidad doctrinal»²⁰.

Tampoco hay unidad doctrinal en el evangelio de san Marcos, el más antiguo de los canónicos, y resulta quizá más preciso decir que los nuevos fieles son un calco de los paleocristianos, sin el pulido de ortodoxia y aparato litúrgico que aporta la institución eclesiástica. Su entusiasmo brota de un credo sencillo y populista, que conmueve en Europa como conmovió en Judea, Siria o Persia la predicación original de Jesús y Mani. Las ideas han aprovechado las rutas comerciales recién abiertas, y en el primer tercio del siglo XI hay comunas suyas en burgos importantes del norte²¹, así como un foco muy activo en el Piamonte.

Una generación más tarde a los cristiano-maniqueos se han sumado cristianos estrictos aunque reformistas, que son el gran evento intelectual de la época. Entre ambos ocupan una ancha franja que va de los Balcanes a los Pirineos, con comunas en Flandes, el oeste de Alemania y Lombardía, donde están concentrados el comercio y la industria.

III. Los derechos del laico

Una espesa bruma envuelve a los patarinos lombardos, citados por todas las fuentes como pioneros pero reducidos al dato de tres hermanos —los caballeros Arialdo y Erlembaldo, el clérigo Arnulfo— brutalmente asesinados en luchas con el arzobispo de su ciudad, a quien acusan de comprado y fornicario. El texto conocido como *Historia de Milán* es un fragmento que sólo cubre hechos ocurridos poco más tarde, cuando otro miembro de esta castigada familia —el diácono Litprando, «propietario de la iglesia de San Paolo»— ha visto cortadas su nariz y sus orejas pero no ceja en la denuncia del arzobispo²². A partir de

aquí cunde cierto surrealismo, pues el prelado es un demagogo sostenido por «la turba» que llega cubierto de harapos, a quien el propio Litprando recomienda vestir de modo acorde con la importancia excepcional de su archidiócesis. Casi más sorprendente es que patarino venga de *pates* («andrajos»), y Pataria fuese una calle frecuentada por los mendigos de la ciudad. El andrajoso prelado niega ser corrupto ²³, y el relato termina con una ordalía de fuego superada milagrosamente por su acusador.

Algo más de información hay sobre los cátaros o «puros» ²⁴, que partiendo de burgos septentrionales y lombardos se consolidan en el Languedoc, donde son tolerados e incluso apoyados por la nobleza y el alto clero. Sintiéndose herederos de los patarinos, dividieron su sociedad en «perfectos» (con votos perpetuos de ascetismo, pobreza y castidad) y simples «oyentes». El matrimonio les parecía maligno, pues aspiraban a provocar el advenimiento de la Luz y el fin de la Materia con un suicidio colectivo (la «sagrada Endura») consumado por restricción de natalidad. Parte importante de su éxito popular puede atribuirse a que las obligaciones del no perfecto acababan siendo en la práctica abstenerse de violencia ²⁵ y sostener a sus perfectos. Fuera de ello su código de conducta consagraba la libertad de conciencia. Santo Domingo —testigo de primera mano durante una década— afirma que los predicadores cátaros procedían «con celo, humildad y austeridad» ²⁶.

Las comunas de Albi y Toulouse, llamadas albigenses, tenían menos contacto que otras zonas con el comercio y empezaron a vivir el anti-materialismo como un ensayo de amoldar novedad y tradición, entregado en gran medida al arbitrio de cada cual. Sin filósofos ni cronistas siquiera, con esta autonomía prosperaron y fueron respetadas hasta 1207, cuando la Santa Sede declaró que toda propiedad cátara era confiscable y convocó la primera Cruzada interna. Invitaba así a los señores francos del norte, que se lanzaron sobre su presa desde 1208 a 1244 y obtuvieron un enorme botín en tierras y otros bienes.

Los supervivientes fueron entregados a una Inquisición recién constituida, que les sometió a la hoguera no por crueldad sino para que tuviesen ocasión de purificarse con el arrepentimiento, y ardieran unos pocos minutos en vez de ser condenados al fuego eterno. Roma había advertido sobre sus intenciones ya en 1190, al equiparar un canon papal al hereje con el reo de *lesa maiestas* o alta traición, cuyo castigo sólo puede ser un

«tormento sin reserva de pruebas» consumado por la eventual muerte.

Se dice que poco antes de ser destruidas las comunas albigenses creían en una Edad de Oro, y la vecindad de Cataluña y el Languedoc ha hecho que algún cronista imaginativo retrotraiga a ellas el anarquismo ibérico²⁷. Como detestaban la materia en todas sus manifestaciones, si algo les acerca a Durruti es su propensión a destruir títulos de propiedad, que simbolizan lo perdurable del mundo material. Singularmente desapasionada es la descripción de los cátaros hecha por el dominico Gui, hacia 1300: «Dicen de sí mismos que son buenos cristianos [...] que ocupan el lugar de los apóstoles, y que por eso mismo son perseguidos»²⁸.

1. El proto-protestantismo. Mucho más enjundiosas conceptualmente resultan las herejías de enricianos y petrobusianos, que siendo coetáneas y diseminándose en comarcas contiguas o próximas muestran hasta qué punto la comunicación oxigena el entendimiento, produciendo alternativas al fanatismo. Enrique el Monje —muerto en cárceles eclesiásticas hacia 1149— andaba descalzo en invierno, destacaba por su grandioso porte y convencía con la elocuencia del sentido común. Acabó defendiendo tres puntos: a) la Iglesia carece de poder doctrinal y disciplinario; b) el Evangelio debe ser objeto de libre interpretación; c) conviene interrumpir, por supersticioso, cualquier acto de culto. Antes de que muera en mazmorras ha fascinado a todo tipo de feligresías en zonas cátaras y un territorio bastante mayor, que va de Montpellier a Burdeos. Pobristas y racionalistas a la vez, sus sermones hacen que las damas regalen sus joyas y vestidos, que los caballeros célibes se casen con prostitutas para redimirlas y que, en general, crezca el apoyo al libre examen de los asuntos religiosos.

No menos analítico fue Peter de Bruy o Buy, probable maestro de Enrique el Monje y clérigo también, que podría ser el primer europeo en criticar sistemáticamente no sólo el ropaje litúrgico sino cualquier aspecto mágico del credo cristiano. Dentro de la magia incluyó el valor del bautismo —cuando el bautizado no tiene pleno uso de razón y lo solicita—, la transubstanciación de la hostia, la santidad del celibato y el truculento símbolo de la cruz. Quería «desmaterializar» a la Iglesia para «que Dios y el hombre se acercasen». Sus enemigos²⁹ le acusaron de algunos actos violentos, como promover la ocupación de monasterios ricos para repartir sus bienes entre los indigentes, e imponer el matrimonio a ciertos clérigos (los ya unidos por

previo concubinato). Santo para muchos, fue preso en 1126 y quemado vivo —con fuego de cruces hechas por él mismo— en 1130.

También en 1130 aparece la *Historia de mis cuitas* del monje Pedro Abelardo (1079-1142), «el hombre más sutil e instruido de su tiempo, escuchado por toda Europa»³⁰, referente intelectual para Enrique el Monje y Pedro de Bruys, de cuyo prestigio depende la fundación de una Universidad en París. La fama alcanzada por este estudioso de Aristóteles indica que empieza a respetarse la inteligencia en y por sí misma, como si la Sabiduría comenzase a recobrar terrenos abandonados a la Profecía institucionalizada. Junto a la *auctoritas* de la fe aparece una razón observante que exhuma las ciencias lo mismo que inventa la notaría o el molino de viento, osando incluso irrumpir en la ciudadela del dogma.

Dividida entre el *corpus mysticum* de sus «buenos cristianos» y una institución despótica, la Iglesia encuentra un nuevo adversario en fray Arnaldo de Brescia (1090-1155), un pupilo de Abelardo cuyo comunismo no pide restitución al rico en general sino un reparto inmediato de los dominios eclesiásticos. Como otros burgos lombardos, Brescia padecía entonces la férula de un obispo propietario de casi todo, y Arnaldo colabora en 1139 con el ayuntamiento para acelerar un traspaso de competencias que convierta a la ciudad en una república democrática. A su juicio:

«Es imposible que se salven clérigos que tengan propiedades, obispos que mantengan regalías y monjes con posesiones. Todas estas cosas pertenecen al príncipe, que sólo puede disponer de ellas a favor de los laicos»³¹.

La contundente forma que tiene Arnaldo de tomar partido por los laicos es empezar negando que un clero «propietario» administre los sacramentos, tesis que le vale el destierro de Brescia y la orden papal de «guardar perfecto silencio». Pero llegando a Roma descubre la misma trama de *burguenses* maniatados por un prelado omnipotente, y vuelve a ponerse al mando de la insurrección civil. Como ahora tiene experiencia en tales asuntos, se desempeña con tal eficacia que el papa Eugenio III lo excomulga aunque no puede evitar su propio exilio³². Tres años más tarde sufre la humillación adicional de regresar teniendo a Arnaldo como primer magistrado de su democracia.

Este atrevimiento suspende momentáneamente las hostilidades entre Imperio y Santa Sede, que obrando unidos logran deponerle y algo después ahorcarle³³. Pero el legado de Arnoldo es que la Iglesia «primitiva» no está en guerra con el civismo sino con la Iglesia señorial. Limitando su afán expropiador al alto clero, el pobrismo de arnoldistas, enricianos y petrobusianos ya no es el negativo de previsión y diligencia sino más bien una adaptación del fiel a la fábrica y otras instituciones nacidas con los burgos. Eso explica que confluyan todos en el movimiento comunista más duradero y civilizado, cuyo origen es un magnate de la industria textil parecido por antecedentes y filantropía a Robert Owen.

IV. El movimiento valdense

Hacia 1173 uno de los empresarios más prósperos de Lyon, Petrus Valdes (también Pierre de Vaux, y Waldo), reparte su dinero y su fábrica de hilaturas de manera que algo le quede a su esposa e hijas aunque no a él, comprometido desde entonces con un estricto voto de pobreza. Su primera urgencia es traducir la Biblia a lengua romance, para poder estudiarla y comentarla, y pronto hay una secta de *pauperes* o indigentes, también llamados *pauvres d'esprit*, que a despecho de ese nombre dan muestras de clara perspicacia con su proyecto de «armonizar el ideal religioso y un orden civil independiente»³⁴.

Valdes, al que vemos luego abriendo un comedor comunitario, supo quizá desde el principio que estaba abocado a la herejía. Pero se impuso ser ortodoxo y dócil con la jerarquía en todo, salvo renunciar a un celo misionero que intenta una reforma de la Iglesia por caminos democráticos graduales, con un movimiento de abajo a arriba. La Santa Sede no pudo oponerse, confirmó su voto solemne de pobreza y añadió que él y los discípulos sólo estarían autorizados a predicar cuando así lo pidiese cada diócesis y parroquia. Antes de que se acumularan las denuncias por desobedecer esta norma, en apenas una década, los valdenses tienen tiempo para arraigar en burgos antiguos y de nueva planta, especialmente entre tejedores, artesanos y hombres de negocios, sin perjuicio de atraer también al bajo clero, la clientela del noble y muchos campesinos.

1. Un precoz cultivo del término medio. La excomunión llega en 1184, cuando los valdenses viven divididos en perfectos y discípulos (estos últimos sin voto de pobreza y castidad) y se agrupan en dos ramas; los «pobres de Lyon» son moderados, mientras los «pobres de Lombardía» o *humiliati* se inclinan al

radicalismo. Todos ellos «consideran un pecado mortal que los eclesiásticos se arroguen los derechos de los apóstoles sin asumir una vida apostólica»³⁵. Una vez excomulgados, los discípulos de Valdes carecen de estímulo para seguir velando sus divergencias doctrinales, y modifican entonces la liturgia³⁶. Llamen abiertamente «crimen» a la Inquisición, añadiendo que el alto clero es apóstata desde los tiempos del papa Silvestre y Constantino, cuando la conversión del cristianismo en culto oficial enajenó su troquel ebionita. El periodo transcurrido desde entonces sería la crónica de una progresiva traición a sí mismo y al conjunto de los laicos, cuya legítima promoción entorpece con un culto a la limosna. El precepto de compartir sólo es obligatorio para Iglesia señorial, no para una sociedad secular que bastante tiene con defenderse de las inclemencias naturales.

Cuando esta postura acabe de perfilarse, a mediados del siglo XIII, sus comunas se multiplican y prosperan por toda Europa, lo mismo en las cuencas del Ródano y el Po que en las del Rin y el Danubio. Una vez más, el atestado menos melodramático de sus progresos y apoyos lo encontramos en un inquisidor:

«Entre todas las sectas que existen o han existido no hay ninguna más perniciosa que la de los lyoneses; y por tres razones [...] La segunda porque es la más extendida, y apenas si hay un país donde no exista. La tercera porque todas las demás sectas despiertan horror y repulsa por sus blasfemias contra Dios, mientras ella exhibe una gran semblanza de piedad [...] Solamente blasfeman de la Iglesia y del clero romanos, y por esto tan grandes multitudes de laicos les prestan atención»³⁷.

Los inquisidores transforman la excomunión papal en ejecución y confiscación de bienes, desde luego, pero derrotar a los valdenses supone una Cruzada tan interminable como insatisfactoria. Valdes no es capturado, algunos de sus discípulos resisten en Bohemia —hasta desencadenar la posterior rebelión husita—, y su núcleo suizo acaba fundando una de las primeras iglesias protestantes, que tras acogerse a la profesión de fe calvinista mantiene sus enclaves antiguos y se disemina por América del norte y el Río de la Plata.

En 1250 un acta inquisitorial ha alegado que «como estudian tanto, rezan poco»³⁸. Este rasgo ayuda a entender que aún hoy

—reunidos por una Tavola o asamblea ecuménica anual— sigan fieles a su comunismo cívico y estrictamente voluntario, viviendo sin apreturas una vocación de frugalidad y mutuo auxilio.

V. El pobrismo ortodoxo

Santo Domingo de Caleruega (1170-1221) y san Francisco de Asís (1182-1226) son personalidades afines, aunque las circunstancias les impusiesen destinos dispares. Del primero se cuenta que —siendo estudiante de teología en Palencia— intentó dos veces venderse como esclavo para dar ese dinero en limosnas, y que vivió «sumido en trance contemplativo» los nueve años de su estancia como canónigo en Burgo de Osma. Luego se convertiría en amigo íntimo de Simón de Monfort, jefe de la cruzada anti-albigense, y vio la necesidad de «combatir la herejía» con las mismas armas de humildad y vocación apostólica desplegadas por los herejes. Roma sancionó sus esfuerzos aprobando la orden de predicadores o dominica, que de modo espontáneo asumiría las funciones inquisitoriales, mientras él siguió dando ejemplo de extraordinaria austeridad hasta su última hora³⁹.

Francisco de Asís, el «santo seráfico», nació como santo Domingo en el seno de una familia distinguida. Se orientó inicialmente hacia la carrera de las armas, hasta que cierto día oyó a Cristo decirle desde una cruz: «Ve y repara mi ruinosa casa». Vende entonces su guardarropa y el caballo, trata de entregar el dinero a una parroquia, rompe el corazón de su padre —un empresario textil que ante tribunales civiles y eclesiásticos le acusará de despilfarrar la fortuna gastada en darle una carrera digna— y acaba haciendo lo que él mismo propone a los jueces, que es abrazar la santa pobreza como su «dama» y «prometida». Ningún texto evangélico le impresiona tanto como el que dice «no toméis oro ni plata ni dinero en vuestros cintos, ni impedimenta para ir de viaje»⁴⁰. Aunque sea autodidacta, un par de años más tarde ha reclutado once «hermanos apostólicos», y presenta en Roma la *regula vitae* para una orden mendicante cuya finalidad será «caminar sobre las huellas de Jesucristo».

Dichas huellas restauran la conciencia infeliz en su estado de prístina pureza, con un ánimo de hermandad hacia todo que sólo excluye libido y confort. El Hermano Asno —así llama a su cuerpo— carga con toda suerte de penalidades, pero él le pide perdón con ternura, porque nada concupiscente obtendrá. Una intensa visión del Crucificado, ocurrida en 1224, le deja

estigmas permanentes de clavos en manos y pies, trastorno al que pronto se suma la ceguera. Su fama se ha propagado muy deprisa, y para entonces hay unos diez mil franciscanos dedicados a la mendicidad predicadora. Aunque tiene prisa por pasar al más allá, Francesco se somete a varios tratamientos médicos infructuosos y muere dos años después entre grandes dolores, que agradece como posibilidad de repetir la Pasión. Sigue así los pasos de san Bernardo de Cluny —el convocante de la primera Cruzada—, que ha cifrado la piedad en «sumergirse por completo en los sufrimientos del Cristo»⁴¹.

El ebionismo teológico franciscano brilla en san Egidio, uno de sus primeros discípulos, que «reprochaba a las hormigas el excesivo afán por acumular provisiones»⁴². Merecían amor, como todas las criaturas de Dios, aunque habrían sido perfectas confiando más en la Providencia. Precisamente ese desprendimiento absoluto hacia lo mundanal fascinó como un nuevo destino, imponiendo —ya en vida del fundador— un noviciado que permitiese seleccionar entre la masa de aspirantes. Más difícil aún fue aceptar las importantes dádivas de tierras, edificios y otros objetos, pues su regla excluye terminantemente cualquier forma de propiedad. Los canonistas romanos solventaron el problema jurídico arbitrando que la orden tendría un usufructo perpetuo de muebles e inmuebles.

También era factible convertir en limosna esas dádivas, regresando de pensamiento y obra a la primera comuna de Jerusalem. Acatar o no la solución papal separó a los «conventuales» de los «espirituales» o *poverelli*, que acabarían excomulgados por Juan XXII. Dos escritos papales⁴³ refutan esa herejía comunista alegando —entre otras razones— que Jesús y los apóstoles fueron propietarios. En realidad, hay tantos grupos deseosos de confiscar propiedad eclesiástica que el legado franciscano puede considerarse un esfuerzo por desactivar el rencor a pie de obra. Hasta su mansedumbre es vehemente, con todo, y el santo seráfico viaja a Tierra Santa para dirigir a los cruzados; una cosa es negarse a matar una mosca y otra dejar impune al infiel.

El pobrismo ortodoxo completa el cuadro de vocaciones apostólicas en una época rebotante de predicadores y sermones, para un pueblo que podría considerarse muy revuelto si no estuviera al mismo tiempo renaciendo como ente cívico. La libertad de conciencia y expresión, centro del estrépito, remite al proceso silencioso en cuya virtud ciertos individuos fueron logrando libertad de hecho, sin escatimar energías para construirse estaciones urbanas seguras, y el panorama de

insurgentes deparado por el otoño de la Edad Media no se completa sin mencionar su variante más conceptual, que por eso mismo resulta la más ajena al desgarramiento entre más acá y más allá.

VI. Los herejes panteístas

Si la Hansa e instituciones paralelas —como la banca italiana— reflejan un comercio no ya resucitado sino nuevo, al que corresponde otro sentido del trabajo, el retroceso general del vasallaje se manifiesta también en una recuperación del discurso filosófico. Tras Abelardo, la Sorbona parisina sirve de altavoz para sucesores aún más capaces por formación como David de Dinant y Amalric de Bène, dos aristotélicos que florecen hacia 1200. Dinant tuvo la prudencia de desaparecer sin dejar rastro tras haber propuesto a sus alumnos: «Una sola substancia son la materia, la mente y Dios»⁴⁴. Discípulo suyo, o quizá simple colega en la Universidad de París, Amalric de Bène enunció otra enormidad herética al proponer que nunca se sustantivara lo malo y lo bueno.

Sobre Amalric (también Amaury) sabemos apenas que su lectura de Aristóteles le indujo superar el simplismo dualista con una búsqueda del término medio en cada dimensión. De ella extrajo una filosofía cristiana de la historia descargada de elementos milenaristas⁴⁵, prácticamente idéntica en principio a la que ofrece su contemporáneo, el abad calabrés Joaquín de Fiore. Se trata del mismo esquema tesis-antítesis-síntesis, pero la tercera y última etapa —el reino del Espíritu Santo— no puede ser más distinto en uno y otro. Joaquín de Fiore y sus joaquinitas conciben este momento como algo no cumplido aún, que al instaurarse «convierte al mundo en un vasto monasterio donde todos son monjes contemplativos»⁴⁶. Amalric lo considera punto de partida para una emancipación simultánea de la libido y la inteligencia práctica.

Puesto que Dios y el universo son la misma cosa, el ser humano debe sentirse parte de ese «cuerpo» y quien persevere en amar al intelecto formador del mundo no puede cometer pecado. El cristiano obrará con rectitud si en vez de orar se afana en «estudiar» toda suerte de asuntos, sin importar tanto qué estudie como aplicarse a ello con la mayor hondura e imparcialidad a su alcance. Así abandonará virtudes sólo supuestas como «la fe y la esperanza», que atan a supersticiones sobre salvación y resurrección. Acumular conocimiento objetivo es lo único que «salva» cotidianamente, pues cada hallazgo —grande o pequeño— hace presente cierta

verdad intemporal y nos «resucita». Pedirle a la vida algo más sería preferir el autoengaño a la alegría del descubrimiento.

1. El grupo inicial. Dichas nociones se propagaron con lentitud y discreción, en un círculo de docentes y alumnos al cual se añadirían algunas damas atraídas por la ciencia. Ninguno se sentía llamado al sacrificio expiatorio, y aunque la libre investigación les entusiasmasen sólo fue posible descubrir sus reuniones y criterios gracias a un topo, sufragado por el obispo de París. Cuando los hechos fueron comunicados a Inocencio III se dice que exclamó: «¡No son herejes, son dementes!». Pero la demencia no constituye excusa, y en 1210 nueve amalricianos son pasados por la hoguera en París. Los huesos del fundador, que reposaban desde 1206 en el cementerio de la Universidad, se desentierran para esparcirse por terreno no consagrado. Aparte de rechazar el dualismo, se imputa al grupo encontrar el paraíso en placeres terrenales (especialmente los lúbricos), y «prometer que los pecados no serán castigados». Gracias al escándalo llegan hasta las crónicas algunos de sus lemas:

«Tanto como en la hostia está Dios en cada piedra y cada miembro del cuerpo».

«El edén está dentro de nosotros».

«La ignorancia es el infierno» ⁴⁷.

El rechazo unánime era previsible ante un ultraje semejante a la pobreza de espíritu. Pero se descubren herejes antiguos tanto como nuevos adeptos, y en 1215 la Santa Sede ataca la raíz del mal prohibiendo la lectura o posesión de escritos aristotélicos. Convencida de que el Estagirita se lee «distorsionado para apoyar a estos rebeldes», la Sorbona quema todas sus existencias recomendando que otras Universidades y bibliotecas hagan lo mismo. Tanta impiedad parece delirio y, con todo, resulta muy difícil de reprimir cuando recluta adeptos sin asomo de vocación martirológica, que sencillamente refuerzan sus medidas de cautela ante posibles infiltrados. Los inquisidores descubren el último círculo de amalricianos en la Champaña, que es por entonces la zona más próspera del Continente.

2. Su variada descendencia. Tras romper los confines de un círculo elitista, esta revolucionaria idea de la vida genera un movimiento con muchas ramas que se prolonga hasta más allá del Renacimiento. El afán de ilustración y libertad sexual —sustentado por la certeza de que Dios se encarnó definitivamente en la especie humana y de que nos debemos a

nosotros mismos, no a mesías y otras supersticiones del ayer— engendra unos «adeptos del Libre Espíritu» con los cuales polemiza ya en 1240 san Alberto Magno, el maestro de santo Tomás. Algunas variantes suyas, como los begardos y las beguinas, subrayan su diferencia con todo lo precedente vistiendo como pobres pero cosiéndose joyas a los harapos. Quieren la libertad de quien no está poseído por sus posesiones y a la vez celebran el lujo como otra de las bendiciones aparejadas al descubrimiento de que los humanos son seres divinos.

Considerándose «hombres naturales», estos *hippies* con ochocientos años de anticipación heredan su promiscuidad sin remordimiento de los adanitas, una secta paleocristiana acusada en el siglo v de «profesar un misticismo sensual que ignora las convenciones morales»⁴⁸. El hecho de que las únicas noticias sobre ellos vengan de sus perseguidores⁴⁹ impide saber si evolucionaron luego hacia una postura análoga a la del tantrismo o insistieron en la perspectiva legada por Amalric, donde la libertad erótica parece un apoyo entre otros para la meta de acumular «nuevas verdades». Del movimiento sólo constan rasgos como el nudismo ritual o la vocación investigadora, que irán reapareciendo por Europa en distintos lugares y momentos como Fraternidad del Libre Espíritu. El místico Ruysbroeck (1293-1381) está consternado por el éxito que tienen en todo Flandes, y escribe su obra maestra —*El matrimonio espiritual*— para rechazar sus monstruosas proposiciones:

«Soy lo mismo que Cristo en todos sentidos y sin excepción [...] Todo lo que Dios le dio me lo ha dado a mí también, y en idéntica medida [...] Si Cristo hubiese vivido más habría alcanzado la vida que yo alcancé [...] Cuando su cuerpo se eleva en el altar soy yo el elevado»⁵⁰.

Hacia 1340 los adanitas de Bruselas son conocidos como sabios (*homines intelligentiae*) y no evocan persecución, aunque poco después pasan por la hoguera Walter de Colonia y unos cincuenta de sus seguidores *beghards*, acusados por el esposo de una adanita. Ese querellante alega que «celebran las misas desnudos, glorificando el coito como deleite paradisíaco». El último adanita capturado por la Inquisición es un anciano suizo llamado Löffler, que en 1357 —viendo cómo el verdugo apila leña para quemarle— hace una observación digna del propio Amalric: «No encontrarás madera bastante

para prenderle fuego al azar, señor del mundo» ⁵¹ .

En el siglo XIV su rechazo de cualquier tendencia al martirio tiene importantes excepciones, y aunque un inquisidor se lamenta de que «no lleven uniforme ni emblema», muchos Hermanos del Libre Espiritu renuncian a su filosofía originaria; la vehemencia fanática les ha contagiado aunque sea por la vía de negar sus premisas, por lo cual se niegan a abjurar y son quemados vivos, ahorcados o ahogados en algún río. Cien años después siguen provocando el horror de católicos y reformados, y Loy Pruistinck, un artesano de Amberes, manda una delegación de su nutrido grupo —la Libertad Espiritual— a conferenciar con el escandalizado Lutero. Tiene un inmenso prestigio entre ramera, mendigos y pueblo bajo de la ciudad, pero entre sus sufragadores están prósperos comerciantes y hasta el joyero de Francisco I, el rey francés ⁵² .

Calvino encuentra en Quentin de Hainaut su equivalente galo, que tiene seguidores por docenas de miles en Tournai, Valenciennes y Rouen, y redacta contra él su tratado *Contra la secta fantástica y furiosa de los libertinos que se llaman espirituales* (1545). Es ocioso añadir que estos dos líderes morirán en la hoguera.

NOTAS

¹ - Cohn 1970, p. 75.

² - Resumen oficial de los veintisiete «axiomas o dictados» de Gregorio VII en el Sínodo de Roma (1075).

³ - Hasta Gregorio VII ningún papa había depuesto a un monarca, aunque su ejemplo iba a ser continuado —y ampliado— por el enérgico Inocencio III. El padre de Enrique IV, Enrique III el Piadoso, depuso hasta a tres Papas y nombró a dos sin enajenarse el agradecimiento perpetuo de la Santa Sede.

⁴ - Está llegando la apoteosis del normando, que no es sólo el guerrero más eficaz sino el más valiente y gallardo, admirado por el resto de la caballería europea. Las hazañas de Roberto Guiscard en Italia y el Mediterráneo tienen su correlato en la conquista de Inglaterra que consume por entonces (1066) el duque de Normandía, Guillermo. Hacia 980 su padre Rollo,

que todavía ha visto con sus ojos los fiordos noruegos, protagoniza una lección que será inolvidable para el monarca francés. En efecto, quedarse con Normandía exige prestar un homenaje que el protocolo del momento concreta en besar uno de sus pies, y como sus barones le suplican que acepte se resigna a hacerlo; pero en el último momento toma el zapato de hebilla ofrecido a sus labios y lo lanza con fuerza hacia arriba, provocando una caída estrepitosa del rey. Antes de que la guardia y los cortesanos reaccionen los barones normandos han rasgado el silencio tocando el pomo de sus armas al unísono, y tras un cruce de miradas, «los franceses consideraron prudente pasar por alto el insulto»; Hume 1983, vol. I, p. 114.

5 - Las hostilidades sólo cesan tras el Concordato de Worms (1122), cuya decisión salomónica es distinguir entre una investidura clerical («consagración»), que corresponde sólo a la Iglesia, y una investidura feudal («otorgamiento del derecho de regalía») que corresponde sólo al señorío laico.

6 - De Francia central (Cluny) y Lorena (Brogne y Gorz).

7 - En 1090 Bonizon de Sutri cifra el código del caballero cristiano en «sumisión a su señor, renuncia al botín, pelear contra los herejes, proteger a pobres, viudas y huérfanos y profesar amor platónico por la dama»; cf. Bloch 1961, p. 76.

8 - Para Graciano —compilador del Código de derecho canónico— y para su papa, Urbano II, no es homicidio matar al excomulgado si lo dicta un «celo por la Iglesia». Gregorio IX excomulgaba hasta la séptima generación; cf. Troeltsch 1992, vol. I, p. 391.

9 - Por san Pablo (*Epístola a los gálatas* 5:19-31), y por vasos hallados en las catacumbas de Roma con la inscripción *bibe in pace* («bebe tranquilamente»), sabemos que la ingesta de vino al comulgar inducía a veces reacciones afines al entusiasmo báquico cuando los fieles se habían preparado con ayunos severos, pues un vaso basta para embriagar a quien lleve días tomando sólo pan y agua. Tales accesos de cordialidad «carnal» escandalizaron tanto más cuanto que el vino estaba vedado en la civilización grecorromana a mujeres que no fuesen de vida alegre. Todavía a mediados del siglo iii el obispo Novaciano distingue entre «presentar un sacrificio al Hacedor» y permitirse con ese pretexto «diversiones estrepitosas, afines al fornicio y la impureza». Sobre la evolución del rito eucarístico, y sus nexos con el culto dionisiaco, cf. Escohotado 1989, p. 230-233.

[10](#) - Troeltsch *ibíd.*, p. 224.

[11](#) - Cf. Cohn 1970, p. 53-71.

[12](#) - Fustel 1984, p. 332.

[13](#) - La *Canción de Antioquía*, uno de los cronicones sobre la primera Cruzada, cuenta que los tafures eran para los musulmanes «no francos, sino diablos vivientes»; cf. Cohn 1970, p. 66.

[14](#) - *Ibíd.*, p. 44-48.

[15](#) - *Roman de la rose*, v. 11540-49.

[16](#) - Landulfo de San Paolo, en su *Historia de Milán (MGH Script.* vol. 20, 17-49). La versión online es cortesía de la Universidad de Stanford, con traducción inglesa de Ph. Buc.

[17](#) - *Ibíd.*, 8.

[18](#) - Cf. Eliade 1983, vol. III/1, p. 191-194. Los bogomiles derivan de paulicianos armenios, herederos a su vez de los elcasaítas o ebionitas persas. Los paulicianos fueron ferozmente perseguidos por Bizancio, que empezó lapidando a su portavoz en 690 e hizo que la secta se desplazara a zonas controladas por gobernantes islámicos. Los bogomiles fueron deportados en masa a los Balcanes a mediados del siglo ix por nuevos emperadores bizantinos, bajo la acusación de sostener que el único sacramento verdadero es «escuchar la palabra de Jesús». En 1837 un obispo de la Iglesia ortodoxa definirá a los grupos supervivientes en Armenia como «pre-protestantes»; cf. *Catholic Encyclopaedia*, voz «paulicians». Sigue habiendo paulicianos allí, y unos diez mil bogomiles declarados en la actual Serbia.

[19](#) - El mal es un ángel traidor a Dios, no un igual a Dios. Tampoco falta una subsecta —los dragovitsianos— que siguiendo derroteros gnósticos identifica al Príncipe de las Tinieblas con YHWH, «el dios malvado del Antiguo Testamento».

[20](#) - Eliade 1983, vol. II, p. 195.

[21](#) - Cambrai, Goslar, Lieja, Gante y Colonia

fundamentalmente.

[22](#) - Landulfo de Saint Paul, sobrino de Litprando, cuenta que Gregorio VII le recibió diciendo: «Tu forma visible avergüenza más, pero la imagen de Dios es la de la justicia, y eres más hermoso» (*Hist. Mediolanum*, 9). Litprando «portaba una gran cruz, no para calmar la belicosidad, sino para llamar a la guerra» (Ibíd, 3).

[23](#) - «Juró públicamente sobre los santos Evangelios que desde el día que salió del vientre materno no había cometido polución ni envilecido su carne con nadie» (Landulfo ibíd, 12).

[24](#) - Del griego *catharoi*, como «catarsis».

[25](#) - Con en el compromiso de no participar en sacrificio de animales, servicio de armas o en la ejecución de la pena capital.

[26](#) - Cf. *Catholic Encyclopaedia*, voz «Saint Dominic».

[27](#) - Cf. Bécarud y Lapouge 1972.

[28](#) - Gui, en Robinson 1903, p. 381.

[29](#) - Fundamentalmente Pedro el Venerable, abad de Cluny, en su *Adversus petrobrusianus* (c. 1130).

[30](#) - Lo dice un discípulo como el obispo Otto de Freising, introductor de Aristóteles en Alemania, en su *Gesta Friderici I imperatoris* (1156). Los célebres amores del monje Abelardo y su pupila Eloísa desembocaron, como es sabido, en la castración del primero.

[31](#) - Cf. *Catholic Encyclopaedia*, voz «Arnold of Brescia».

[32](#) - De este pontífice —el menos belicoso del periodo— dijo Arnoldo que «le ocupa más llenarse el cuerpo y el bolsillo que imitar el celo de los apóstoles, y no vacila en defenderlo con homicidios».

[33](#) - El cadáver es incinerado a continuación, esparciéndose las cenizas por el Tíber para evitar santuarios dedicados a sus restos. Que se le ahorrara morir abrasado, y que no fuera reo de herejía sino de rebelión, indica hasta qué punto evocó algo parecido a temor reverencial en su propio estamento, y admiración entre los laicos.

[34](#) - Troeltsch vol. I, p. 358.

[35](#) - Harnack 1959, p. 449.

[36](#) - Devuelven a los fieles la ingesta de vino en la misa, tienen sus propios ministros, no bautizan antes de la mayoría de edad, y tampoco confiesan con clérigos oficiales.

[37](#) - Lo alega Reinarius Saccho, en su crónica *Sobre las sectas de los herejes modernos* (1254).

[38](#) - Cf. Fetscher 1977, p. 26.

[39](#) - De día y de noche le ceñía un grueso cilicio, y ni siquiera agonizante aceptó la comodidad de una cama, prefiriendo tumbarse en el suelo sobre unas arpilleras. La *Catholic Encyclopaedia* le llama «atleta de Cristo» y enumera algunos de los muchos milagros que justificaron su rápida canonización. El primero es que un escrito suyo a los cátaros no ardió, aunque el pergamino fuese arrojado por dos veces al fuego.

[40](#) - *Mateo*, 10:9.

[41](#) - Harnack 1959, p. 434.

[42](#) - Cf. Mises 1968, p. 417.

[43](#) - Las Decretales *Ad conditorem canonum* (1322) y *Cum inter nonnullos* (1323).

[44](#) - Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I, Q. 32, III, a. 8.

[45](#) - Su concepto es un proceso emancipador del ser humano articulado sobre tres etapas. La primera, reino del Padre o de la ley, cristaliza en la figura de Abraham. La segunda, reino del Hijo o del amor, tiene como figura prototípica a María. La tercera es el reino democrático del Espíritu Santo, que Amalric considera iniciado en el siglo XII (con la «civilización») y que durará sempiternamente, pues lo divino está ya «en todo miembro de la especie humana»; cf. *Catholic Encyclopaedia*, voz «Amalricians».

[46](#) - Cf. Cohn 1970, p. 108-109. Cohn añade que «el nuevo

sistema iba a ser el más influyente en Europa hasta Marx [...] con su dialéctica de comunismo primitivo, sociedad de clases y comunismo final», no menos que el soporte de las tres etapas propuestas por Comte (teología-metafísica-ciencia) y del propio Tercer Reich, llamado a durar —como propuso Joaquín de Fiore— un milenio justo.

[47](#) - Un catálogo más amplio de expresiones ofrecen Wakefield y Austin 1991, y sobre todo Cohn 1970, que dedica los capítulos 8 y 9 de su gran obra a esta «elite de superhombres amorales».

[48](#) - Teodoreto de Cirro (393-457) los menciona en su *Haereticarum fabularum compendium* (I, 6).

[49](#) - Sólo algo más adelante aparece el extenso texto de la beguina Marguerite Porete, *El espejo de las almas sencillas*, destruido por la Inquisición aunque reescrito por ella poco antes de ser quemada viva en París (1310).

[50](#) - Ruysbroeck, *Sobre las doce beguinas* (1340) en Cohn 1970, p. 174.

[51](#) - *Encycl.Cath.*, loc. cit. El artículo sobre los amalricianos concluye diciendo que «su completa extirpación no puede considerarse inoportuna o destemplada». Pero es de justicia reconocer que antes ha expuesto sus tesis con objetividad y precisión.

[52](#) - Cf. Cohn *ibíd*, p. 169-170.



Development Sciences Network Presence
www.catalanhost.com



Los
Enemigos_{del}
Comercio

LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO

15

El estremecimiento íntimo (II)

«El prepucio de Cristo lo he visto yo personalmente en Roma, Burgos y Amberes (al parecer existen un total de catorce ejemplares), y tan solo en Francia hay ya quinientos dientes del niño Jesús. En muchos lugares se conserva la leche de la Virgen y en otros las plumas del Espíritu Santo.»

Alfonso de Valdés ¹.

Las Cruzadas a Tierra Santa empiezan siendo extrañas por su meta, porque el dogma cristiano establece que Jesús resucitó, y que ninguna tumba alberga restos suyos. Cuando María y María Magdalena acuden al depósito para perfumar el cadáver topan según los Evangelios con uno o dos ángeles ², que les reprochan buscar al Mesías donde no está: «¿Por qué buscáis al vivo entre los muertos?» ³. Ahora, sin embargo, muchos profetas rurales reciben la visita de un Cristo que manda a Europa emprender la conquista de cierto sepulcro remoto y por fuerza vacío.

¿*Cui bono?* Venecia, Génova y Pisa disponen de barcos y crédito. También hay segundones feudales poderosos que quieren conseguirse dominios propios, y un Papado en el cenit de su poderío que aspira a ser mariscal del mundo. Además de los intereses está la conmoción ligada al retorno del comercio y la industria, que crea masas de «desorientados pobres» ⁴. Son

desde luego menos pobres que en cualquier momento de los siglos previos atendiendo a producto de cada zona, pero las seguridades de la servidumbre han cedido su puesto a una mezcla de esperanzas más o menos sublimes. Precisamente en las zonas que pasaron de una densidad demográfica tenue a una densidad alta, las más ricas, crece la divergencia entre una plebe urbana reformista y una plebe rústica apocalíptica, entusiasmada por la perspectiva de que el castigo y el premio final sean algo inmediato.

El milenarismo tiene para la Santa Sede el estigma descrito ya por san Agustín, que es olvidar la institución eclesiástica como algo sencillamente crónico, aunque le ofrece también un modo de recobrar liderazgo ante las tímidas señales de secularización. En 1095, cuando el emperador bizantino pide ayuda a Europa para defenderse de la presión turca, no imagina que algo viable como mandarle algunas tropas y suministros pueda desembocar en una catástrofe para su pueblo, registrada en nuestros anales como el «monumento más ostensible y duradero a la insensatez»⁵. De hecho, tanta prisa hubo por convertir la ayuda a Bizancio en una fulminación de islámicos y judíos que Pedro el Ermitaño y Walter el Sincéntimo (*Penniless*) no pudieron esperar a la formación de un ejército. Gritando «¡Dios lo quiere!» se lanzaron a pie hacia Jerusalem al frente de una enorme muchedumbre, la Cruzada de los Pobres, que en su gran mayoría iría sucumbiendo o dispersándose antes de llegar a Bulgaria.

En 1098, cuando al fin se ponga en marcha el contingente militar⁶ los árabes son derrotados, y Jerusalem pasa a ser un reino cristiano —no una provincia de Bizancio como estaba previsto— tras matar allí a todo musulmán y judío, incluyendo viejos, mujeres y niños. Salvo el visir y seis ministros, que pagan su rescate en oro, ni un solo habitante queda para ser vendido como esclavo. Otras dos Cruzadas, con mucha más pena que gloria, dan lugar a una cuarta (1202-1204) inofensiva para los islámicos aunque ruinosa para las relaciones entre europeos y bizantinos, pues funde hasta el último objeto con rastros de oro o plata y acaba destruyendo Constantinopla tras varios incendios, culminados por una orgía de sangre que dura tres días⁷. Inocencio III ha prometido a los cruzados de 1204 que no pasarán por el Purgatorio⁸ y está también en el origen de la Cruzada de los Niños, que merece dos palabras⁹.

I. En la cumbre del patetismo

Por Pascua de 1212 toda Francia sabe que cierto pastorcillo —Esteban de Cloyes, con once años a la sazón— ha sido visitado por Jesucristo para que le lleve una carta autógrafa dirigida al rey Felipe Augusto. Aunque este documento se extravió, las crónicas dicen que denunciaba un fervor decaído hasta el punto de olvidar la profanación de sus Santos Lugares, y que el encargo legó a Esteban tanto una arrebatadora elocuencia como un don para hacer milagros, gracias a los cuales viajó desde su aldea hasta París concitando la admiración de multitudes crecientes. Una vez instalado a predicar, en la abadía de Saint Denis, explicó que Jesucristo le había exigido votos de cruzado. Aclaró que si suficientes niños y niñas le siguieran hasta la costa mediterránea el mar se abriría para permitirles llegar andando a Jerusalem, una plaza perdida otra vez pero reconquistable «no por la fuerza de las armas sino por la del amor y la pureza».

1. Pormenores y consecuencias. Sintiéndose apóstoles de Esteban, niños y niñas desde los ocho a los trece años se lanzaron por los caminos franceses en comitivas que iban aumentando al pasar por cada población, y al cabo de pocas semanas las proporciones del fenómeno hicieron que la Universidad de París sugiriera al rey desautorizar la empresa. Siguió a ello un edicto mandando que los infantes regresaran a sus casas, y muchos padres recluyeron físicamente a sus hijos, si bien cuando no podían unirse a la procesión caían gravemente enfermos o «escapaban como aves migratorias». Estas evidencias hicieron que Inocencio III captara la mano divina, pues «los niños nos reprochan habernos quedado dormidos, mientras ellos vuelan en socorro de Tierra Santa».

Para entonces el fenómeno francés se había extendido al norte del Rin, donde el lugar del pastorcillo Esteban lo ocupaba un Nicolás de Colonia aún más joven (tenía diez años) y al parecer de noble cuna. Llegar al Mediterráneo exigía cruzar los Alpes, aunque fuese en verano, y dicen las crónicas que cuando partió al frente de veinte mil cruzados su procesión estaba marcada por la desigualdad; algunos llevaban sirvientes y hasta carros con provisiones, otros algún equipo más humilde para hacer frente a la intemperie, y un tercer grupo —seguramente el más numeroso— acudía a la buena de Dios. Añaden las crónicas que a principios del otoño aparecieron por el norte de Italia unos siete mil y fueron mal acogidos, terminando las niñas y niños de porte más agraciado en «casas de abuso». Trece de cada veinte habían muerto en los pasos alpinos, que en algunos casos se hicieron intransitables por la acumulación de cadáveres insepultos ¹⁰.

Meses antes de que el primer cruzado infantil germánico llegase a Italia habían confluído en Marsella unos treinta mil niños franceses, y durante algún tiempo su conductor —el pequeño Esteban de Cloyes— esperó a que el mar se abriese. Como no fue así, una parte volvió o trató de volver a casa, ignorando sus votos como cruzados, mientras el resto se puso en manos de dos armadores con nombre quizá ficticio ¹¹, que fletaron siete naves para trasladarles a Jerusalem. Los únicos adultos añadidos a la marinería iban a ser unos pocos monjes, pues la carta de Jesucristo insistía en que el infiel sólo se rendiría ante la inocencia del impúber. Dos de los barcos naufragaron en la isla de San Pietro sin dejar supervivientes ¹²; los otros cinco llegaron a Alejandría y vendieron su carga a tratantes árabes. Tantos *pueri* franceses acabarían llegando a Bagdad que en 1213 unos quince serían ejecutados públicamente allí, por negarse a rezar a Alá.

Europa tardó casi veinte años en enterarse —debido a la indiscreción de un monje—, permitiendo que Nicolás de Colonia y parte del grupo teutónico fuesen embarcados en Génova con el mismo destino eventual de ahogarse o ser vendidos en lonjas norteafricanas de esclavos. Sólo unos doscientos infantes alemanes que no llegaron a tiempo para subir a los barcos pudieron peregrinar a Roma, y obtener de Inocencio III una exoneración de sus votos como cruzados. Escrita al año siguiente de partir las expediciones, e ignorando su suerte, la *Chronica coloniensis* describe esta Cruzada como «algo instado por no sé qué espíritu», entre cuyas consecuencias estuvo que «de muchos miles muy pocos regresaron». Pasado el arrebató, ningún niño supo explicar por qué se había lanzado con un cirio y un crucifijo hacia Jerusalem.

Inocencio III aprovechó la inquietud creada por los cruzados infantiles para convocar una quinta expedición militar a Tierra Santa, y se aseguró de que ocurriría excomulgando al emperador Federico II mientras no partiese hacia allí. Sin embargo, la Cruzada de los Niños termina de alguna manera con lo magnético del sepulcro divino, y las expediciones adicionales serán progresivamente difíciles de reclutar ¹³. Durante más de un siglo el Papado y la nobleza habían mantenido su protagonismo oponiendo estas empresas sublimes a la pedestre transformación empresarial, y el desánimo ante la cruzada externa será un contratiempo que salvarán con el fervor y los botines promovidos por cruzadas internas. En efecto, meses después de la primera expedición infantil comienza la caza de cátaros y otros herejes comunistas, que se

complementa con una cruzada contra la hechicería. Como ya tuvimos ocasión de exponer la persecución de los rebeldes anticlericales, bastarán dos palabras sobre los reos de hechicería.

Reliquias de cultos y remedios paganos, las brujas fueron seres muy infrecuentes hasta que la Santa Sede decidió en 1231 premiar su captura con indulgencia plenaria y confiscación de bienes. El hecho de ser la delación libre, secreta y remunerada no tardó en lograr que el fenómeno se convirtiera en pandemia, y hacia 1277 se supone que la magia negra interesa ya a «un tercio» de las campesinas francesas¹⁴. En 1486 tiente a «todas» las alemanas¹⁵ y en 1525 las hogueras del Continente alcanzan su apogeo, pues el descubrimiento de la farmacopea psicoactiva americana hace pensar al inquisidor católico y al protestante que hechiceros aztecas e incas llegan volando a Europa desde el Nuevo Mundo¹⁶. Algunos de los inquisidores más activos —como Bodino— pueden ser notables tratadistas de derecho político, pero cuando se trata de cazar y quemar brujas su formación jurídica no les veda un uso sistemático del tormento para obtener confesiones.

2. El proceso industrial. Que brujas y herejes se hayan multiplicado tan espectacularmente lo atribuyen la Iglesia romana y distintos profetas rústicos a una reviviscencia del «astuto ejército satánico». Si ponemos entre paréntesis esa entidad, al fin y al cabo hipotética, la única astucia tangible es el marco social y político creado por una creciente deserción del siervo, apoyada sobre nuevos modos de producir e intercambiar. Ese marco necesita absolutamente que se mantenga una demanda sostenida de trabajadores libres, algo impensable siglos antes pero asegurado ahora por el complejo de cosas unido a la revolución comercial. La Hansa, las florecientes repúblicas italianas y en general los *novus burgus* se encargan de emplear a los desertores del vasallaje.

Esclavos y siervos permiten al amo mantenerse en gran medida al margen del mercado de efectivo, no sólo porque carecen de retribución monetaria sino porque producen para él buena parte de aquello que en otro caso serían artículos tasados por cambiantes precios. El cambio puesto en marcha es una creciente monetización de los bienes, que al mercantilizar la vida incurre en el principal sacrilegio para la actitud ebionita, mientras crea al tiempo un bucle de realimentación para sus energías. La progresiva entidad de los mercados crea un flujo donde el despilfarro o la imprevisión de uno son aprovechados de inmediato por otro, y la corriente de cosas y efectivo teje su

tela sin inmutarse demasiado ante bancarrotas particulares.

Surgen así los primeros nudos financieros, que aprovechan el desarrollo excepcional de algunas zonas y construyen una red lo bastante densa y resistente como para capear cualquier temporal. Así como las fábricas pueden aparecer y desaparecer en pocos años, ellos sobreviven siglos, por no decir que indefinidamente.

3. Telares y finanzas. Florencia se dedica desde 1225 a hacer y exportar telas baratas de lana y algodón¹⁷, evitando entrar en competencia con los refinados paños flamencos. En 1300 factura unos seis millones de metros, y en 1330 cambia de política para obtener algo menos pero de mejor calidad. Ese año su industria le produce 1.200.000 florines de oro —renta superior a la suma de las obtenidas por el rey de Francia y el de Inglaterra—, y su Mercato Nuovo asume funciones bursátiles gestionadas por el Arte del Cambio, un gremio especializado en coordinar el movimiento de bienes y dinero. Aunque las familias dominantes vayan sustituyéndose unas a otras, el complejo de circuitos, delegaciones comerciales, fábricas y crédito es en buena medida una autoorganización que cambia como el clima, y no como los decretos regios o los bandos municipales.

Algo muy análogo se observa en Flandes, punto de contacto para mercaderes del Báltico y el Mediterráneo. El comercio y la industria pueden desplazarse, pero cuando alguna ciudad atrae a un número suficiente de sucursales de otras ciudades, como sucede en Amberes, da paso a un centro financiero. Con el comerciante sedentario llegan compañías que ofrecen sus participaciones en compraventa sin dejar de ser rentables, extendidas por muchos países hasta formar conglomerados empresariales cuyo peso político no tarda en ser determinante. Desde 1250 la Santa Sede vive financieramente de banqueros italianos, por ejemplo, y en 1269 el reino de Sicilia cambia de dinastía gracias a un préstamo concertado por Carlos de Anjou con banqueros de Siena, Florencia y Lucca. A partir de entonces ningún jerarca europeo gobierna sin su apoyo, pues los riesgos de ser un mal pagador han pasado a ser disuasorios.

Fiscalmente, la alternativa es el impuesto directo de los burgos o atraer inversores pasando a un régimen de tasas indirectas («sisas»), como hacen las repúblicas comerciales italianas. En cualquier caso, la trama surgida con los negocios aprovecha el delirio del sepulcro vacío como oportunidad para aprender, al tiempo que las escuelas de traductores¹⁸ abren fisuras en el

autismo ideológico ofreciendo álgebra, lógica, astronomía o medicina científica. El alambique, por ejemplo, un descubrimiento originalmente egipcio perfeccionado por los árabes, no acababa de rendir todos sus frutos hasta que a mediados del siglo XII cierto europeo anónimo tuvo la ocurrencia de añadirle un serpentín refrigerador. A partir de entonces iba a ser posible obtener alcohol puro (*aqua ardens*), un disolvente que revolucionó el curtido, los tintes, las boticas y hasta la embriaguez, poniendo en circulación los primeros licores (*aquae vitae*)¹⁹.

Lo decisivo es que el Mediterráneo vuelva a ser un mar abierto, pues los musulmanes recobrarán sus territorios pero nunca la hegemonía naval. Esa gran avenida es precisamente lo que estaba cerrado cuando algunos aventureros se lanzaron a desbrozar los caminos con sus caravanas.

III. La asimilación de grandes cataclismos

Sólo algunas religiones aseguran el futuro, y el comercio apenas depara una semana o dos de suministro normal cuando las circunstancias se tornan adversas. Desequilibrado por lo impetuoso de su propio crecimiento, el desarrollo se desacelera o detiene con la Gran Hambre de 1315-1317 y la peste o Muerte Negra, que llega a mediados de ese siglo. Como Europa está mejor comunicada entonces que Bizancio en el siglo vi, y que el islam algo más tarde, la plaga mata a una proporción inaudita de personas²⁰, liquidando con creces el excedente demográfico acumulado. Observemos cada fenómeno a vista de pájaro.

La primavera de 1315 fue como una prolongación del invierno, el verano resultó frío y no menos lluvioso, y para Navidad lo inundado de agua pasó a estar cubierto de espesa nieve, sin que el sol hubiera brillado una semana seguida. Las pésimas cosechas dejaron sin forraje a un ganado que o se sacrificaba en masa o moría de inanición; sin embargo, la sal necesaria para curar esas carnes estaba en salinas o depósitos a cielo abierto, y al estado intransitable de los caminos se añadía la imposibilidad de trasladarla y manejarla en estado líquido. Cuando llegó el segundo otoño sin haber dejado de llover se consumieron las últimas simientes, la delincuencia se agigantó, los abuelos dejaron de comer para que sus nietos tuviesen alguna raíz o corteza que echarse a la boca, y hubo canibalismo.

A la extraordinaria inclemencia meteorológica se añade, sin embargo, un modo inadecuado —por anacrónico— de hacer

frente a la crisis. Buena parte de los gobiernos reaccionaron al vertiginoso aumento en el valor de los alimentos con decretos sobre precios máximos para grano, leche, hortalizas y carne que empeoraron en gran medida la situación. El Parlamento inglés, por ejemplo, olvidó entonces que esa carestía era en realidad el único modo de racionar las existencias, y como observa un historiador:

«Cuando la cosecha de un año mal da, por ejemplo, para nueve meses el único modo de hacerla durar doce es elevar los precios, restringir el consumo y obligar al público a que ahorre comida hasta la llegada de mejores tiempos. En vez de evitar la escasez, las leyes agravaron el mal agarrotando y restringiendo el comercio» ²¹ .

Puesto que ni las oraciones de la Iglesia ni los graneros de la nobleza protegieron al famélico, al volver el tiempo soleado —en el verano de 1317— los ánimos populares estaban a medio camino entre el desfallecimiento y la furia. Hambrunas generales habían sido fenómenos rutinarios durante el periodo sin negociadores, y durante el siglo xi hasta las tierras más fértiles de Europa padecieron estos episodios de modo muy frecuente ²² . Ahora el progreso material evoca un sentido cívico que contempla con una mezcla de sorna e ira tanto las facultades supuestamente milagrosas del clero como el solemne voto nobiliario de socorrer al desamparado, y la escasa o nula ayuda obtenida de la casta superior realimenta su odio. Los niveles de suministro tardarán casi una década en restablecerse de la Gran Hambre, y apenas una generación más tarde —en 1348— iba a estallar la peste:

«...una dolencia que parecía herir a través del aliento y la vista. [...] Los miembros de una familia abrían una zanja como mejor podían, sin sacerdote ni oficios sagrados, mientras iban muriendo a cientos de día y de noche, y los perros desenterraban los cuerpos para devorarlos. Y yo, Agnolo di Tura, enterré a mis cinco hijos con mis propias manos.»

Nadie lloraba por muerte alguna, porque todos la esperaban. Y murieron tantos que creí llegado el fin del mundo [...] En septiembre habían muerto treinta y seis mil personas en Siena y veintiocho mil en sus alrededores, dejando en la ciudad menos de diez mil hombres, pasmados y casi insensibles. Mil cosas se

abandonaron, como las minas de plata, oro y cobre. No describiré la crueldad que se adueñó de los campos»²³ .

Jean de Venette, un carmelita que entonces profesaba en la Universidad de París, describe el mismo fenómeno con una versión clericalmente correcta:

«La plaga, que comenzó entre los infieles [musulmanes] llegó a Italia y alcanzó Avignon, donde atacó a varios cardenales. Con su acostumbrada bondad, Dios se dignó conceder su gracia y por muy repentinamente que muriesen los hombres todos ellos esperaban el tránsito jubilosamente. Tampoco hubo uno solo que muriese sin confesar sus pecados y recibir el sagrado viático. Para mayor beneficio aún de los difuntos el papa Clemente VII otorgó y garantizó absolución del purgatorio a los de muchas ciudades y burgos fortificados. Las personas murieron tanto más voluntariamente por ello, dejando muchas herencias y bienes temporales a iglesias y órdenes monásticas, pues en muchos casos habían visto morir ante ellos a sus herederos y a niños»²⁴ .

1. Corto y largo plazo. Un efecto colateral de la Muerte Negra —como ya lo había sido del Gran Hambre—, fue una persecución a gran escala del extraño que lincharía a leprosos y hasta a personas con enfermedades leves de la piel como psoriasis, pero ante todo a forasteros y judíos²⁵ . Inocencio III les llamaba «tesoro real» —entiéndase: lacayos de monarcas traidores, prestos a pactar con los burgueses una liquidación del feudalismo—, y ahora tanto profetas rurales como prelados les acusan de envenenar pozos, cortar la leche de las vacas e irritar en general a Dios. Sus mandamientos higiénicos les exponen menos al contagio, y la tasa algo inferior de mortalidad se interpreta como pacto con los demonios pestíferos.

Con todo, las repercusiones económicas de estos eventos estimulan vigorosamente el cambio social. La gran hambruna hizo que el mercado negro se adueñase de los víveres, mientras los precios enloquecían. La peste —que se mantuvo durante décadas y siguió rebrotando hasta finales del Renacimiento— elevó los salarios, mejorando también en otros aspectos la vida del campesino. Los supervivientes tocaban a bastante más, y ser más imprescindibles para sus señores suponía que la tierra

se abaratare para ellos, directa o indirectamente. Algunos pasaron a ser arrendatarios y peones asalariados, otros recibieron parcelas en pago por sus servicios, y dejó de ser necesario hacerse *burguense* para acceder a la condición de hombre libre. Los arreglos que la plaga impuso entre el señorío y el campesinado fundan el capitalismo en sentido moderno, porque no ya una elite de aventureros y hombres sagaces sino parte considerable de la población pasaba a ser propietaria actual o potencial.

Para la nobleza y la pequeña nobleza o hidalguía, en cambio, el pleno empleo impuso pagar mano de obra demasiado cara a la vista de sus efectivas rentas, y mientras algunos se amoldaron a la condición de vergonzantes otros la demorarían firmando créditos e hipotecas. Los jerarcas salen en su defensa con normas sobre máximos salariales, que reafirman también la atadura física y profesional del campesino, aunque intentar imponerlo suscita una serie prácticamente ininterrumpida de alzamientos. Desde las grandes calamidades cunde el sentimiento de que el señorío no se ha sacrificado por el pueblo, y la lealtad hacia el superior está en entredicho. Es interesante constatar cómo el mismo fenómeno —la peste— provoca consecuencias casi opuestas en Constantinopla y en Europa. En un horizonte suscita inmovilismo y en el otro movilidad social.

En muchos burgos —como en Florencia— la nobleza intenta frenar el ascenso político de la clase media aliándose con el populacho, como hicieron los césares romanos desde el Bajo Imperio, y en el campo los predicadores ensayan una adoctrinación del labriego basada sobre la santa pobreza. Las crónicas del siglo XIV describen a campesinos contrariados por los impuestos que llegan con los primeros conatos de Estado nacional, mientras el cronista no desaprovecha ocasión para exponer una propaganda apoyada a fin de cuentas en nostalgia: cualquier tiempo pasado fue mejor. Los desastres no se habrían producido si el pueblo hubiera evitado novedades sediciosas, presididas por una libertad de conciencia y conducta que sólo puede desembocar en crímenes de lesa majestad como la insumisión política, la herejía o la hechicería.

Por otra parte, presentar las calamidades naturales como castigos divinos es un arma de doble filo, que en un periodo esencialmente «lúgubre» ²⁶ puede usarse para predicar lo contrario de la resignación. Reveses calamitosos han frenado el crecimiento, pero la amargura tampoco se conforma con una arrepentida vuelta al ayer. La estampa omnipresente es la Danza Macabra, con sus esqueletos vestidos como personas de

alta y baja alcurnia bailando junto a la Muerte con su gran guadaña. No hay nostalgia aquí, sino ironía y desengaño.

IV. Hacia un poder civil

El puente entre la Cruzada de los Niños y el siglo y medio de revoluciones que espera a Europa es la Cruzada de los Pastores, un movimiento protagonizado por «sesenta mil hombres, mujeres y niños» que siguiendo al llamado Maestro de

Hungría²⁷ confluyen sobre París en 1251. Allí exigen que la autoridad les traslade a Tierra Santa para liberar al rey Luis IX, prisionero de los musulmanes, reprochando al clero y a la nobleza francesa que lo hayan abandonado. Tras abundantes desmanes y masacres, que se concentran en clérigos y judíos, esta multitud acaba dispersándose²⁸.

Poco después del Gran Hambre, en 1320, las tradiciones del pastorcillo Esteban y el Maestro de Hungría reviven cuando un joven gañán recibe del Espíritu Santo el encargo de combatir a los moros de España, evocando la segunda cruzada de «pastores». La multitud vuelve a confluir en París para pedir el apoyo real, vuelve a no ser recibida y vuelve a desplazarse hacia el sur, atacando «castillos, funcionarios reales, sacerdotes, leprosos y judíos». Estos últimos son su blanco predilecto en varias ciudades francesas y luego en Aragón, donde el rey lo prohíbe de modo expreso. A pesar de ello los «pastores» exterminan a unos trescientos sefarditas en Montclus, provocando la captura y ejecución de sus líderes²⁹.

Sin embargo, el fervor misional —tanto ortodoxo como milenarista— está remitiendo. Los tétricos horizontes impuestos por la Muerte Negra no afectan realmente al proceso privatizador de la propiedad, cuyos instrumentos jurídicos y prácticos son previos al colapso demográfico. No sólo hay millones de *burguenses* sino otros tantos de granjeros nuevos, en absoluto dispuestos a admitir que la caza de infieles y herejes postergue sus demandas de autonomía y participación en el gobierno.

1. El dinero del siervo. La guerra de los Cien Años³⁰ resulta capital en la historia de la discordia europea —y muy particularmente de la francesa—, porque justifica convertir en ordinario el tributo extraordinario de la talla. Fuera de las prestaciones en trabajo, limitadas siempre al «tercer estado»³¹, la recaudación de metálico para hacer frente a eventos

catastróficos no eximía al clero y la nobleza (los otros dos estados) y se basaba en el principio *no taxation without approbation*. Ahora una constelación de factores —el despegue económico popular, la sucesión de derrotas francesas y la connivencia de los nobles— desembocan en que el rey pueda cronificar y multiplicar dicho tributo. El cronista Commines, que redacta su saga poco después, ve en ello «una herida imposible de cerrar», de la cual manarían «casi todos los vicios y abusos que fueron minando el antiguo régimen»³².

En el resto de Europa esa «monstruosa consecuencia de eximir al rico y gravar al pobre»³³ deriva de haberse generalizado la economía monetaria, y alcanza grados distintos de iniquidad en cada país. Pero la monetización constituye también un antídoto, que además de alimentar las revoluciones desacraliza el poder coactivo. Para el granjero medio y para los *burguenses* ha dejado de ser aceptable que la fuerza derive de Dios, y esto les lleva a reclamar del jerarca no sólo legitimidad formal sino conocimiento, arte de gobierno. Faltando tal cosa, como explica Maquiavelo, será imposible no naufragar en un despropósito u otro.

«Todas las ciudades que en cualquier tiempo fueron regidas por un príncipe absoluto, por aristócratas o por el pueblo se han apoyado sobre una fuerza combinada con prudencia, porque esta última no basta y la primera o bien no produce cosas o no las conserva.»

NOTAS

¹ - Alfonso de Valdés, secretario de Carlos V, carta fechada en 1526. Cf. Deschner 2003, p. 66.

² - En ese número reside la principal diferencia entre los relatos de *Mateo* (28,1-8), *Marcos* (16:1-8), *Lucas* (24: 1-8) y *Juan* (20: 1-2).

³ - Jesús, a quienes le buscan en el sepulcro; Lucas, 24: 5-6.

⁴ - Cf. Cohn 1970, p. 53-71.

⁵ - Hume en Smith 1982, p. 361.

6 - Las fuentes bizantinas hablan de unos quince mil caballeros y treinta y cinco mil infantes, un ejército formidable para la época. El emperador Alejo Comneno quedó «intimidado» al verlo, anticipando quizá futuros horrores.

7 - Los cruzados deciden quedarse con Bizancio para siempre —llamándolo Imperio Latino—, y hasta 1261 no hay forma de expulsarlos.

8 - Sin perjuicio de indignarse al conocer su combinación de atrocidades contra cristianos y nulidad militar ante los musulmanes.

9 - Algún historiador contemporáneo ha sugerido que los cruzados infantiles fueron bandas itinerantes de adultos «empobrecidos por la revolución comercial», llamados entonces genéricamente *pueri* («niños»). En la misma línea se ha mantenido —como algunas ediciones de la Biblia— que los hermanos de Jesús mencionados por el Nuevo Testamento quizá sean primos, pues el arameo no distinguiría bien esos parentescos. Las crónicas del periodo, que son unas cincuenta, empezando por la *Chronica regiae Coloniensis* (1213), se reseñan en Raedts 1977, de donde tomo los datos expuestos a continuación.

10 - Las fuentes hablan de «piñas como las abejas» donde se amontonaban para soportar los fríos nocturnos, aunque muchos amanecieran congelados total o parcialmente.

11 - *Porcus* («cerdo») y *Ferreus* («de hierro»).

12 - Su recuerdo hizo levantar allí una capilla llamada de los Nuevos Párvulos, cuyo vitral se conserva.

13 - La última victoria europea será tomar Damietta en 1217 —cinco años después de haber zarpado la cruzada infantil—, aunque ese ejército desiste al fracasar su conquista de El Cairo.

14 - Lo dice Jean de Meung, en el versículo 18.624 del *Roman de la rose*.

15 - Huxley 1972, p. 129.

16 - Historia, argumentos, procedimientos y sociología de la cruzada contra la hechicería se detallan en Escohotado 1998, p. 275-355.

[17](#) - El algodón (del árabe *al qutun*, origen también del inglés cotton) demanda climas meridionales —en contraste con la lana— y Florencia lo obtiene entonces de España y el norte de África, merced a barcos de Pisa y Génova fundamentalmente. Los datos del cronista florentino Giovanni Villani —publicados hacia 1350— los tomo de Spufford 1995.

[18](#) - A la primera —que aparece en Córdoba— siguen las de Toledo y Sicilia, fundadas por dos monarcas excepcionalmente cultos como Alfonso X y Federico Barbarroja.

[19](#) - Cf. Crombie 1983, vol. I, p. 126-127.

[20](#) - Florencia, que en 1338 tiene unos cien mil habitantes, se reduce a la mitad en 1351. Inglaterra, el país más castigado, pierde quizá el 70 por 100 de la población; cf. *Wikipedia*, voz «Black Death».

[21](#) - Hume 1983, vol. II, p. 177.

[22](#) - Francia, por ejemplo, pasa de veintiséis hambrunas en ese siglo a dos en el XII—cuando aparece la letra de cambio— y a 4 en el XIV, un siglo devastado por grandes rebeliones; cf. Braudel 1992, vol. I, p. 74.

[23](#) - Hay diversas versiones online de la *Cronaca sienese* (c.1351).

[24](#) - La *Chronica de Venette* (c. 1350) se encuentra también en varias páginas de la misma fuente.

[25](#) - En 1351, cuatro años después de declararse la epidemia, han sido exterminadas doscientas diez comunidades judías en Europa occidental y hay noticias de unas trescientas cincuenta masacres adicionales, que promueven el éxodo hacia el este de la rama ashkenazim (asentada hasta entonces en el valle del Rin y el norte de Francia). En Inglaterra la persecución alcanza su apogeo con Ricardo Corazón de León, y millares perecen a lo largo de todo el reino, especialmente en York; cf. Hume 1983, vol. I, p. 378-379.

[26](#) - North y Thomas 1982, p. 88.

[27](#) - La *Chronica maiora* de Mateo París (c. 1257) le identifica como uno de los líderes de la cruzada infantil. En todo caso

parece haber pasado una etapa intermedia como monje, bajo el nombre de Jacobo, aunque dejase el convento para convertirse nuevamente en cruzado. El grueso de sus seguidores venía de Brabante, Flandes y Picardía.

[28](#) - La reina madre, Blanca de Castilla, limita con tropas su movimiento por la ciudad y acaba expulsándolos. Divididos en grupos, algunos expulsan al arzobispo de Rouen y ahogan en el Sena a varios clérigos; otros atacan monasterios en Tours, persiguen judíos en Amiens o resisten en los alrededores de Bourges. El Maestro mata allí a un *burguense* que osa contradecirle y aunque sale huyendo es alcanzado por una partida de amigos suyos a caballo, que le dan muerte; cf. Cohn 1970, p. 97.

[29](#) - Ya en París denunciaban el «contubernio» de la monarquía francesa con los judíos, un hecho reseñable cuando Felipe IV los había expulsado de Francia en 1306, confiscando todos sus negocios. La desastrosa administración de lo confiscado justificará readmitirlos diez años más tarde.

[30](#) - En realidad ciento dieciséis años (1337-1453) a despecho de varias treguas, donde Inglaterra —un país siete veces menos poblado entonces que Francia— lucha por mantener sus posesiones allí, amparada en razones dinásticas ridículas. Entre otras cosas, la invasión demuestra que una tropa ante todo plebeya, peor armada y mucho más pequeña, desbarata el ímpetu supuestamente invencible de la caballería señorial.

[31](#) - Representado en Francia por las *bonnes villes* o ciudades destacadas, aunque comprendiese teóricamente a «todos los demás súbditos»; cf. Tocqueville 1982, p. 69-77.

[32](#) - Tocqueville 1982, p. 125-126.

[33](#) - *Ibíd*, p. 126.



© Antonio Escotado 2008
LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO
<http://www.escotado.org>

Development Sciences Network Presence
www.catalanhost.com

Los Enemigos_{del} Comercio

LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO

16

La secuencia revolucionaria

«La envidia escuchó esto, y mandó escolarizar a los frailes/ Para que predicasen a Platón y probasen por Séneca/ que todas las cosas bajo el cielo deben ser comunes/ Pero miente, tan seguro como yo vivo, quien así predica al inculto/ Pues Dios dio a los hombres una ley enseñada por Moisés:/ No codiciarás nada que sea de tu vecino.»

William Langland¹.

Una dinámica sin enemigos teológicos se manifiesta precozmente en la revuelta de Palermo conocida como Vísperas Sicilianas (1282), y desde entonces apenas transcurre una década sin que otra ciudad importante se sume a la reivindicación política. En 1293 el gobierno de Florencia pasa a ser plenamente civil con Giano della Bella. En 1302 Brujas, principal emporio del noroeste, reacciona a los tributos impuestos por Francia liquidando a su guarnición allí, y dos meses más tarde sus milicianos aniquilan al flamígero ejército enviado para castigarles. Desde 1323 a 1328 otros burgos de Flandes mantienen la insurgencia, que culmina en 1337 con el alzamiento de Gante. En 1347 le toca el turno a Roma, en 1358 a París, en 1378 otra vez a Florencia, en 1381 a Londres y en 1416 a Praga.

I. Luchas sociales en Francia

La invasión inglesa tiene su origen inmediato en una invitación

de los flamencos, que llevan muy a mal ser vasallos de los franceses. En 1345 su líder es un cervecero de Gante, que presta al monarca inglés unas cien mil toneladas de lana para convencerle ², y desencadena así un rosario de derrotas ³. La humillante victoria de Poitiers supone el cautiverio en Inglaterra del rey Juan y la necesidad de pagar por él un enorme rescate, que afecta al reino entero, y más de un centenar de rehenes nobles obligados a rescatarse por sus propios medios.

Cunde entonces entre los *burguenses* de París —la mayor ciudad europea del momento— la certeza de que el reino se hundirá si los Estados Generales ⁴ no se transforman en un Parlamento como el que ya tienen los ingleses. El portavoz de dichas exigencias es el magnate Étienne Marcel, nieto del fundador de la primera empresa textil francesa con delegaciones en toda Europa, preboste-*comptrolleur* del comercio en la capital. Hablando en nombre de los comerciantes y los gremios ofrece a la monarquía un soldado equipado por cada cien ciudadanos, así como estudiar el establecimiento de nuevos tributos; pero exige que la aristocracia renuncie al privilegio de la exención fiscal, y al de requisar forraje o animales.

Más aún, considera inaplazable que el pueblo intervenga políticamente sin demora, a través de un Consejo Real, y como el Delfín se niega a aceptar este pliego de condiciones unos tres mil parisinos asaltan el palacio real en febrero de 1358. La altiva actitud de éste les lleva a demostrar que no hablan por hablar, y ante sus ojos matan a los tres cortesanos principales, sometiéndole luego a algo que repetirán los revolucionarios de 1789: calarle el gorro rojo y azul de los tejedores. Su forma de «protegerle» es precisamente esa, incorporarle al pueblo. El ayuntamiento asume un régimen de autogobierno que será la primera comuna de París, mientras Marcel toma medidas de sentido común ⁵ pero no logra congraciarse a comerciantes y artesanos como esperaba, ni evitar que el Delfín huya y se haga fuerte en el resto de Francia.

Tras un abortado intento de alianza con Flandes, Marcel excita la rebelión en el campo y une sus destinos al rey de Navarra. Muere a manos de un antiguo amigo cuando intentaba abrir la ciudad a su ejército, pues no sólo tiene en contra suya a los plebeyos ricos sino en general a quien desconfíe de apelaciones al populacho. Por lo demás, como Pieter de Conink en Brujas, Jacob van Artevelde en Gante o Cola de Rienzi en Roma, Marcel encarna al tribuno democrático que la ciudad comercial

demanda: alguien a quien no puedan atribuirse ambiciones de parásito, pues se gana bien la vida con un oficio privado.

1. Derivación rural y recidivas. Algo antes de que Marcel muera, en mayo, su llamamiento a la rebeldía del campesino suscita en el norte y el centro de Francia la rebelión de la Jacquerie⁶, animada adicionalmente por deseos de vengar el fracaso de sus caballeros en el campo de batalla. Las dimensiones colosales de esta cólera tienen como antecedente que el rescate del rey confinado en Inglaterra impone elevar la odiosa talla, así como nuevas corveas para reparar propiedades de la nobleza dañadas por la guerra. Con todo, el movimiento estalla en el Beauvais —una comarca no devastada en absoluto—, y su foco meridional nombra como caudillo a Guillaume de Cale, un granjero próspero. El foco septentrional ha hecho rey a cierto salteador, que se rebautiza como Jacques Bonhomme.

La versión políticamente correcta del episodio presenta a ambos como jefes de una «reacción defensiva», destacando que no atacaron propiedades religiosas —sólo nobiliarias— y que fueron víctimas de «la represión más sangrienta». Las *Crónicas* de Jean Froissart estarían contaminadas por «ideología aristocrática»⁷, aunque no hay descripciones alternativas y si queremos saber algo más sobre la Jacquerie hemos de atender a su relato:

«Entre otros excesos mataron a un hidalgo y lo asaron ante su esposa e hijos. Unos doce violaron a la dama, y como ella y sus vástagos se negasen a comer la carne del caballero les atormentaron hasta morir»⁸ [...] Como pronto pasaron de unos seiscientos a unos seis mil, incendiaron y destruyeron sin resistencia más de un centenar de castillos, matando sin piedad a todas las mujeres y adolescentes como perros rabiosos [...] El rey de Navarra mató a más de tres mil en un día, no lejos de Clermont, pero para entonces habían crecido hasta ser unos cien mil. Cuando se les preguntaba por qué hacían esas cosas alegaban no saberlo. Otros las hacían y ellos les copiaron»⁹.

Curiosamente, el refugio que salva a la alta aristocracia de morir en masa es el mercado de Meaux, donde —si bien la ciudad simpatiza con los *jacques*— se perímetro se encuentra

protegido por el Marne como foso. Tras el fracaso de su asedio quienes en tres meses lograron alzarse e incendiar medio país desaparecerían rápidamente, dando ocasión a la nobleza para que rivalizara con ellos en atrocidades. Francia había asumido la vanguardia de Europa en sensibilidad revolucionaria, y para prevenir sediciones como la de Marcel y los campesinos se erigió en París una fortaleza inexpugnable: la Bastilla. Empezaba una larga cuenta atrás para el sector de población que Froissart llama «villanos pequeños y oscuros».

Medio siglo después el país sufre la imbecilidad clínica de su rey Carlos y está desgarrado por una lucha de facciones, que en la cúpula aristocrática asumen el duque de Borgoña y el conde de Armagnac respectivamente. El primero, que es el más opulento de los nobles europeos gracias a haber alcanzado el señorío sobre Flandes, tiene el apoyo de la mayoría de los parisinos y en 1418 les lanza a un segundo asalto del palacio real. Quienes no perecen de inmediato son encarcelados, pero lo notable —como puntual precedente de la revolución de 1789— es que «el populacho no sació su furia y, considerando demasiado lenta la acción de la justicia, penetró en las prisiones para dar muerte allí al conde de Armagnac y a todos los presos»¹⁰. El gremio de carniceros y casqueros, que es el más activo aliado del duque de Borgoña, demuestra con siglos de antelación hasta qué punto la saña puede anidar en la *plebs burguense*. El gremio de carpinteros y ebanistas, aliado de la facción adversaria, será objeto de masacres paralelas.

II. Luchas sociales en Florencia. El extraordinario florecimiento económico y artístico de esta ciudad, sólo comparable con el ateniense, parte de un burgo amurallado que se emancipa del yugo señorial a finales del siglo XIII. Desde entonces, y para frenar una avalancha de desmanes, se instituye el gobierno de un órgano político colegiado¹¹ en el que ciertos gremios empiezan teniendo la preeminencia, y mantienen algo semejante a una guerra civil controlada, con dos focos básicos de conflicto. Uno es el recelo del artesano ante el empresario, que alega una oposición entre interés popular e interés del patriciado, compuesto ahora por «nobles plebeyos». El otro es odio dentro de los propios gremios, que escindidos en *arti maggiori* y *arti minori* cronifican por decreto la diferencia entre *popolo grasso* y *popolo magro*, pudientes y modestos¹².

Con el trabajo libre ha llegado un culto a la pericia técnica desconocido en sociedades esclavistas, que arbitra cinco o siete años de formación para cada aprendiz y le exige presentar al término una «obra maestra». Pero las asociaciones de artesanos

son una institución ambivalente en lo que respecta al bienestar colectivo. Por una parte ponen en marcha montepíos, fomentan el conocimiento y ejercen un control de calidad equivalente a ética profesional. Por otra exigen que técnicas, materias y puntos de venta sean cosas vedadas para quien carezca de afiliación, y rodean de arbitrariedad dicha afiliación. Ser una meritocracia basada sobre el buen nombre origina las primeras normas sobre patentes y marcas, si bien al precio de que comprar y vender se transforme en una franquicia pagada para reinar luego sobre los precios, haciendo que sólo parte de los géneros producidos lleguen al público. No concibe otro régimen que mantener un suministro siempre inferior a la capacidad industrial de cada momento ¹³.

Más concretamente, para abrir un negocio en Florencia a mediados del siglo xiv es preciso estar afiliado a alguna de las Artes reconocidas, aunque sólo los maestros pueden afiliarse y muchas actividades no tienen acceso a ese trámite. De ahí una revuelta encabezada por los cardadores o *ciompi*, que se hacen con el poder en junio de 1378 reclamando franquicias para oficios carentes de ese privilegio y una distribución más democrática de la Señoría. El triunfo de los rebeldes otorga el cargo de Gonfaloniere de Justicia a Michele di Lando, un «desarrapado» en principio más afín a la demagogia que tribunos patricios como Artevelde, Marcel o Rienzi. Sin embargo, «era un hombre sereno y sabio, más favorecido por la naturaleza que por la hacienda, y se resolvió a restaurar la paz» ¹⁴.

1. La inercia oligárquica. Cuando su facción quiso forzar las cosas con demandas intempestivas no dudó en impedirlo, poniéndose al frente de la guardia. Quienes acabaron odiándole fueron por eso sus colegas más impacientes, cuya influencia se desvanecería al perder el apoyo de los gremios menores. Las conquistas laborales de los *ciompi* desaparecieron antes de terminar el verano, pero el retorno al poder de los gremios mayores no evitó que el gobierno acabase en manos del gran comercio, algo prefigurado por la empatía entre un cardador—estadista como Michele di Lando y Salvestro de Medici, un valiente caballero de «noble familia plebeya». Lando le nombra sucesor suyo cuando ninguno de los dos imagina que el sobrino de éste, su adolescente primo Giovanni, se convertirá en el fundador de la banca Medici y en el primer mecenas del linaje.

Volver a formas oligárquicas de gobierno supone el destierro de ambos, cuya amistad simboliza diálogo entre pueblo bajo y

clase media, y puede considerarse un logro que la gratitud cívica imponga desterrarles, en vez de descuartizarles. Peor arreglo tiene que el gremialismo esté pasando de la artesanía a la ocupación de todo espacio comercial, prolongando sus talleres en forma de tiendas y minando el desarrollo armónico del medio urbano y el rústico. Repercute aquello que paga por sus privilegios con subidas de precio al campesino, y desarrolla una «regulación [...] que faculta a la ciudad para comprar con una cantidad menor de trabajo propio una mayor cantidad de trabajo del campo»¹⁵. Pero el aliado natural del burgo no acepta irse quedando atrás, y en Inglaterra —que en algunos sentidos el país políticamente más cuerdo y también el que más esclavos conserva¹⁶— surge el mayor alzamiento popular conocido hasta entonces.

III. La gran revuelta inglesa

Tres años después de que la República florentina se haga democrática, siquiera sea fugazmente, un rencor acumulado desde el *Statute of Labourers* (1351) estalla en gran parte de Inglaterra quemando palacios, ocupando abadías y dominios, abriendo cárceles y destruyendo registros. El *Statute* decretaba topes salariales, arbitrando multas para cualquier operario que cambiase de empleador, y a esas medidas el gobierno había añadido un nuevo impuesto indiscriminado (el *poll tax*) para pagar la guerra con Francia, cuya cuantía acababa de elevarse al triple. El pueblo —que según la anónima crónica de la *Great Revolt*¹⁷ incluía no sólo campesinos y artesanos sino comerciantes «ni ricos ni pobres»— exige entonces «servicios de trabajo basados en contratos libres y derecho a arrendar tierra inculca por cuatro peniques el acre»¹⁸.

Reclama también que «la esclavitud sea abolida, libertad de comercio en los burgos sin previo pago de impuestos y una renta fija sobre las tierras en lugar de corveas por villanía»¹⁹. A la cabeza de la rebelión está el herrero Wat Tyler (1320-1381), condecorado por heroísmo en Poitiers y otras batallas, cuyas dotes le permiten apoderarse rápidamente de todo el sudoeste inglés —Londres incluido—, y forzar una negociación directa con el joven Ricardo II. El 14 de junio los veinte mil combatientes que le siguen prestan entidad y urgencia a las reclamaciones de los *commons*:

«Que ningún señor tendrá señorío distinto de la cortesía, y habrá igualdad entre todos, salvo el rey, y que los bienes de la sagrada Iglesia no

quedarán en manos de los religiosos, sino que tras asegurar una dotación suficiente para el sostén de los clérigos actuales el resto de los bienes se dividirá entre el pueblo de cada parroquia [...] Y que dejará de haber servidumbre o villanía, siendo todos los hombres libres y de una sola condición»²⁰.

Desarmado y sin escolta, Tyler cae en la misma trampa usada por el rey de Navarra tres años antes con Cale, líder de la Jacquerie en el sur francés. Portar bandera blanca y ser invitado a conferenciar no manda al gentleman cumplir la palabra dada a «sabandijas impúdicas que osan dirigirse sin el debido respeto a la majestad», como alega el alcalde de Londres mientras le asesina con ayuda de su escudero. Los comunes ingleses eran probablemente más monárquicos de corazón que la aristocracia de sangre, y «cuando vieron la cabeza de su jefe en el extremo de una pica se derrumbaron entre los trigales como hombres vencidos, implorando misericordia al monarca por sus malas acciones»²¹.

Muchos de ellos sentían ya remordimiento por actos como incendiar parcialmente la Universidad de Cambridge, o matar a algunos caballeros y abades, y un contingente importante abandonó Londres al saber que un grupo de *commons* había secuestrado y luego asesinado al arzobispo de Canterbury. Como en París y Florencia, la política de terror y hechos consumados dividió en vez de aumentar el compromiso de unidad entre los rebeldes, precipitando de paso la venganza del desafiado. Según la Crónica de 1381, «cuando el rey pensó que el castigo había sido suficiente [tras ejecutar a muchos] les otorgó el perdón mientras no volviesen a alzarse, so pena de perder vida y miembros, y a condición de que cada uno le pagase veinte chelines como multa, para hacerle rico. Y así acabó esta guerra perversa».

1. De Londres a Praga. Terminar suplicando clemencia al opresor es poco airoso, pero el cronista ignoraba que la *Great Revolt* acabaría imponiendo todas sus reivindicaciones, algunas casi de inmediato. Entre los inspiradores y seguidores de Tyler destacaban los lolardos (*lollards*), que suelen etiquetarse como grupo afín a los cátaros-bogomiles pero no son dualistas sino más bien *pauperes* valdenses, posteriores en vez de previos o coetáneos a la revolución comercial. Su figura más visible es el monje John Ball, origen de los versos que la rebelión transformó en himno de batalla²², portavoz a su vez de John

Wyclif (1324-1384), «lucero del alba de la Reforma». Con Wyclif llega el primer traductor de la Biblia a lengua romance, y un replanteamiento de la Iglesia pobre que la reforma gregoriana había silenciado con sus invocaciones al ascetismo. Ahora se hace inaplazable elegir entre una institución conservadora —la Iglesia señorial— y una secta apostólica militante.

«Propiedad y autoridad derivan directamente de Dios, aunque este derecho sólo pueden disfrutarlo quienes observan la ley divina de amor, humildad y autocontrol, como un feudo que sólo se otorga al vasallo mientras obedezca la ley de su señor. Ya que la Iglesia no observa esta ley, el Estado está legitimado para privarla de su posesión ilícita y restaurar el ideal de la Iglesia pobre, cuya existencia se circunscribe a fines espirituales.

Con esta teoría del dominium Wyclif no pretendía atacar los derechos de propiedad de los laicos, pues ellos no pueden desobedecer la ley divina como el sacerdocio. La propiedad está conectada con sus funciones seculares, mientras las funciones de la Iglesia más bien la excluyen»²³.

Así, los *pauperes* de Lyón acaban teniendo su portavoz en un filólogo e historiador eclesiástico, orgullo de la Universidad de Oxford. Una fe hasta entonces visceral y analfabeta sigue al más culto —como sucederá en otros países con sus reformadores—, y uno de cada dos ingleses es lolardo de corazón. En 1395 la *lollardy* presenta al Parlamento un escrito

llamado de las Doce Conclusiones²⁴, basado en que todo cristiano adulto, hombre o mujer, puede entender por sí solo las Escrituras y debe atenerse «soberanamente» al sentido descubierto en ellas. Nada ni nadie puede estar por encima de esa comprensión personal, asistida en cada caso por la *clear reason*.

La Iglesia inglesa pide auxilio al poder temporal y se promulga el decreto *De heretico comburendo* (1401), que prohíbe la tenencia o lectura de la Biblia en lengua vulgar y amenaza al grupo de rebeldes con la hoguera. Pero la *lollardy* carece de vocación martirológica, como la Fraternidad del Libre Espíritu, y sus miembros están dispuestos a jurar todo cuanto se les pida, incluyendo sólo tener la Biblia en alguna lengua muerta. Erasmo les llama «una opinión conquistada pero no

extinguida», de la cual se alimentan anglicanos y reformistas, y en todo ese tiempo no ha habido manera de evitar, por ejemplo, que la parroquia de Nuestra Señora de Walshingham sea mencionada todavía en 1523 como «La Bruja de Walshingham»²⁵.

IV. La revolución husita

La rama valdense de Bohemia —una de las más tardías y poco numerosas, si se compara con los *pauvres* de Lyon o los *poverelli* del Piamonte y la Lombardía— padeció también menos defecciones. En su momento, las ideas de Wyclif fueron difundidas allí por el teólogo Jan Hus (1369-1415), que compareció en el Concilio de Constanza confiando en un salvoconducto del emperador Segismundo y acabó quemado vivo por hereje. Como en Inglaterra, la reforma anticlerical se encomendaba al más valioso, pues «una infrecuente combinación de dones le hizo al tiempo rector de la Universidad de Praga, líder espiritual del pueblo bajo y una figura influyente en la Corte, algo que confería gran peso a sus protestas»²⁶. La justicia poética hará que ese mismo Concilio deponga algo después al acusador original de Hus, el papa Juan XXIII, acusado a su vez de «simoníaco, asesino, sodomita y fornicario»²⁷.

Bohemia-Moravia, uno de los principados electores del Emperador germánico, alimentaba desde mucho antes animosidad hacia la Iglesia romana —propietaria allí de la mitad de todas las tierras— y hacia los alemanes en general, una pequeña minoría dominante en un territorio abrumadoramente eslavo. Algo tan cobarde y cruel como el tormento de Hus colmó el vaso, convirtiendo todo el territorio de habla checa —desde Silesia a Austria— en un Estado con Iglesia nacional y gobierno autónomo. En 1415, recién asesinado su prohombre, la población es tan unánime en este sentido que el Imperio concede a los husitas una tregua de cinco años para resolver sus diferencias con él, y los rebeldes gobernarán de hecho hasta mucho más tarde.

En principio, las instituciones locales simplemente subsisten sin tener que contar con el beneplácito del Emperador y la Santa Sede, pero cuando se acerca el vencimiento de la tregua lo implícito se hace explícito. En 1419 gremios artesanales desplazan del gobierno de Praga al patriciado alemán —tirando a sus consejeros por los balcones del Ayuntamiento—, y se consolida una confesión utraquista en la cual todos (y no sólo

el sacerdote) comulgan con pan y vino²⁸. El brote nacional-religioso inspira una república estrictamente popular, fundada mediante el compromiso de hidalgos, burgueses y campesinos reunidos en la villa de Tabor.

Los taboritas, que son probablemente un fenómeno original²⁹, se impondrán al sector moderado gracias ante todo al genio bélico de Jan Zizka, un hidalgo que venció repetidamente a ejércitos muy superiores de cruzados y de la propia nobleza checa³⁰. Todos coinciden en la necesidad de crear «una sociedad sin señores ni siervos», que devuelva al pueblo su «inocencia» compartiendo los bienes, si bien la fuerza de los hechos les llevará a escindir-se en realistas e intransigentes, enzarzados en una guerra civil que se prolonga durante una década.

1. El comunismo naturalista. Cosme de Praga (1045-1125), patriarca de los historiadores checos, describió con gran antelación lo esencial de la actitud taborita. Su *Chronica* afirma que antes de establecerse como rector el duque Bohemus, hacia 600, el pueblo de esos territorios vivía en un estado de naturaleza plenamente feliz:

«Los campos arados y los pastos, hasta los propios matrimonios, se compartían, pues al modo de los animales se cruzaban entre ellos por una sola noche [...] Nadie sabía decir Mío, y como en la vida monástica llamaban Nuestro a todo cuanto tuviesen. No había ladrón ni bandido ni gente pobre, pero por desgracia cambiaron su prosperidad por lo opuesto, y la propiedad común por la privada»³¹.

Podría parecer extraño que ese régimen comunitario asegurase prosperitas y no sólo justicia. Sin embargo, Cosme escribe en los comienzos de la revolución comercial —cuando reina teóricamente la santa autarquía—, y no puede estar más lejos de ideas como renta per capita o capacidad adquisitiva. Hacia 850 el Seudo-Isidoro había insistido en que los europeos del siglo v «estaban todos abundantemente abastecidos, pues vendieron sus posesiones y pusieron el dinero a los pies de los apóstoles»³². Bien porque no hubiese gobierno, o bien porque lo asumieran apóstoles, es un tópico entre cronistas altomedievales que la tierra no trabajada resulta especialmente ubérrima, un criterio cuyas raíces están en nostalgia por el buen salvaje y providencialismo ebionita. Séneca escribió que «los

campos eran más fértiles antes de ararse»³³, y Jesús insistía en lo abundantemente provistos que están pájaros y lirios sin necesidad de conducirse previsoramente.

Esta convicción se prolonga intacta hasta bastante más allá de Cosme, y hacia 1270 el *Roman de la Rose* explica que «en tiempos de nuestros primeros padres [...] las gentes se alimentaban de frutos y hierbas del campo, bebían sólo agua, vivían en cuevas y no había penuria alguna, pues la tierra les concedía liberalmente toda la comida que necesitaban». Su próspera felicidad fue interrumpida «por demonios que enloquecidos de rabia y envidia» inventaron «la Codicia creadora de dinero y la Avaricia que lo pone bajo llave»³⁴. Así, el desahogo económico conviviría cómodamente con la vida troglodítica, una opinión sorprendente si no derivase del rechazo por la eficiencia económica. El *Roman* nos saca de dudas aclarando que los «demonios» inventores del dinero —los comerciantes, por supuesto— trajeron la Pobreza al introducir una desigualdad distinta de la que media entre superior e inferior, maestro y pupilo. A fin de cuentas, eran todos ricos porque ninguno era propiamente rico.

Dicha construcción encuentra en Bohemia un terreno especialmente abonado, y los taboritas no rechazarán tanto a los señores tradicionales como «al ciudadano acomodado, el mercader y el propietario rural ausente de su tierra»³⁵. Por lo demás, persiste en su seno una facción de *pauperes* que no está reñida con la actividad comercial e industrial, sino con la Iglesia propietaria. Fieles a Valdes, Wyclif y Hus, para estos taboritas no son incompatibles las instituciones caritativas con una explotación eficaz de sus recursos —por entonces unas modestas minas de oro, ganadería y agricultura—, y limitan la expropiación a dominios de las abadías. Como no discuten la propiedad privada de muebles e inmuebles, centran su comunismo en compartir «voluntariamente» los alimentos.

Los taboritas radicales, que ven en esto una rendición ante el egoísmo mundanal, no vacilan en provocar una guerra civil crónica y construyen con sus criterios y medidas un tesoro inestimable para la historia del comunismo, pues al fin hallamos un movimiento coordinado y duradero que no vacila en aplicar hasta las últimas consecuencias prácticas el rechazo del mundo comercial. Milenaristas y nacionalistas inseparablemente, como los celotes judíos, «quieren todo en checo y se consideran milicia de Dios llamada a librar guerras santas, que iguallen a todos en posesiones»³⁶. Hus y la mayoría

de sus partidarios rechazaban la pena capital, pero ellos la restablecen para el estado de emergencia que explica Jan Zelivsky, uno de sus predicadores:

«Los pobres deben pronunciarse contra todos los que no proceden de Dios [...] Tan sólo el que trabaja puede decir con fundamento: «el pan nuestro de cada día». Los otros consumen el pan como ladrones y bandidos [...] Ocurrirá como consta en Apocalipsis: comeréis los cuerpos de los reyes y los cuerpos de las gentes principales. Y la bestia será capturada, y con ella los falsos profetas. Ambos serán arrojados en el mar de azufre hirviente»³⁷.

Al parecer, llegaron a sentir una repugnancia tan sincera hacia la riqueza que después de las batallas sepultaban al enemigo sin despojarle de ningún aderezo, ya fuese de plata u oro. Una de sus canciones militares menciona el «banquete mesiánico» que sigue al «regocijo de los justos lavándose las manos con sangre de los pecadores»³⁸, pues «en Tabor no existen ni Tuyo ni Mío. Quien tenga propiedad privada comete pecado mortal». Como sería abominación mostrar clemencia con el pecador, sus recaudadores amenazan no sólo con el embargo de bienes sino con pasar al remiso por «el fuego». En las zonas controladas por taboritas moderados los albergues y comedores para indigentes no interfieren con un proceso productivo apoyado sobre compraventas. En las controladas por los radicales las propiedades de todo tipo deben venderse sin tardanza, para aportar ese metálico a cepillos comunitarios, y miles de campesinos enajenaron gustosamente todos sus bienes —quemando incluso las moradas que dejaban atrás— para alistarse como «guerreros nómadas de Cristo». Pensar en sus familias nos retrotrae a aquel procónsul romano atónito ante ebionitas del siglo iii, que entregaban alegremente al gestor apostólico todo su patrimonio e imponían a los hijos hacerse esclavos para evitarse la inanición.

La colecta taborita produjo fondos abundantes, que Zizka usó para equipar ejércitos invencibles bajo su mando. Pero sabemos también —por actas de un sínodo de obispos checos moderados— que los cepillos se agotaron en la primavera de 1421, y que a partir de entonces comienza «una opresión inmisericorde del pueblo»³⁹. Las tropas van convirtiéndose en partidas dedicadas al saqueo de países vecinos y del propio, mientras se multiplican al mismo tiempo los llamados adanitas de Bohemia, una secta tan comunista como fervorosamente

promiscua que quiere vivir desnuda en invierno y verano. Zizka quema vivos a setenta y seis que localiza en Tabor, si bien un grupo singularmente tenaz resiste en cierta isla fluvial los ataques de todo un batallón suyo.

El control taborita de un territorio cada vez menor dura hasta 1434, cuando los restos del glorioso ejército perezcan ante un contingente militar que no son los cruzados europeos reclutados para su represión sino checos utraquistas y checos católicos, una unión inconcebible de no mediar el espanto ante la situación del país. Sin embargo, Tabor no será tomado hasta 1452, treinta y tres años después de fundarse como república democrática. Los últimos representantes de su espíritu se bifurcan en salteadores de caminos y una secta llamada a practicar la más extrema mansedumbre (los Hermanos Moravos), que más tarde inspirará el pietismo y el metodismo en Inglaterra y el noroeste europeo.

V. La revolución en Alemania

Los ejércitos de Zizka penetraron en diferentes campañas hasta Leipzig y Nuremberg, donde depositaron su semilla doctrinal. Algunas décadas después, a principios del siglo XVI, el Imperio germánico está sujeto a la supervisión del consejo formado por siete príncipes «electores», y sólo tres ciudades —Augsburgo, Colonia y Nuremberg— superan los trescientos mil habitantes⁴⁰. Salvo en el nordeste, sujeto aún a la Orden de los Caballeros Teutónicos, que tiene grandes dominios hasta cierto punto rentables para sus magnates (aunque limitados a un monocultivo cerealero), el sur y el suroeste están fragmentados en dominios «enanos», cuyo estamento superior no se repone de la ruina que sigue a la Muerte Negra y el encarecimiento en la mano de obra. La pequeña nobleza padece lo peor, y mientras unos hidalgos sobreviven como mercenarios otros —bajo distintos pretextos y nombres— se han convertido en salteadores comarcales⁴¹.

No faltan en Alemania notables hallazgos técnicos, como los primeros molinos de papel, y la Gran Compañía de Ravensburg —creada en 1380— domina cómodamente durante un siglo el tráfico continental de minerales. Tiene también una red de tiendas y delegaciones por toda Europa para comerciar con papel, especias y otros artículos, pero la competencia holandesa y las trabas feudales internas acaban haciendo que desaparezca en 1530. Cuando en los Países Bajos «las mercancías han empezado a viajar solas»⁴², y cunde el respeto por la actividad mercantil en general, el agricultor alemán está sujeto a reglas

como en Cataluña hasta Fernando el Católico: el mejor buey y el mejor caballo, el mejor traje y el mejor apero son heredados por el amo al morir cada siervo.

Tras imponer salarios máximos, a la manera del *Statute of Labourers* inglés, el señorío ha reaccionado a su crisis con medidas como privatizar prados comunales, o negar al villano su tradicional derecho de acceso a bosques y arroyos. Por lo demás, el agro alemán es uno de los mejor atendidos, hay una clase media rural «creciente y llena de confianza en sí misma que quiere cambios políticos, no apocalípticos»⁴³, y eso explica que la llamada Guerra Campesina se geste lentamente pero acabe muy deprisa. Si se compara con la Jacquerie francesa, ocurrida siglo y medio antes, esta revolución obedece sólo a teólogos, sin voz de labriego, minero o jornalero añadida a la suya. La excepción a esa regla, que constituye también el puente entre la revolución checa y su alzamiento, es el pastor conocido como tamborilero (o flautista) de Niklashausen.

No obstante, si miramos el fenómeno algo más de cerca tampoco hay excepción en este caso, pues el infeliz convertido en Joven Sagrado fue un débil mental a quien dirigían cierto eremita y el párroco de la aldea, el primero un superviviente taborita y el segundo un astuto gestor, que desde la primavera de 1474 organiza el catering para las grandes masas de peregrinos⁴⁴. Las crónicas mencionan que el tamborilero corría cotidianamente peligro de morir aplastado por el fervor, pues oyéndole predicar el fin del Mío y el Tuyo los presentes se abalanzaban queriendo conseguir algún fragmento de cosa tocada por su cuerpo. Cientos de miles escucharon en éxtasis sus afásicos sermones durante ese verano, hasta que acabó quemado vivo por hereje y brujo.

Lejos de desanimar la causa del igualitarismo apostólico, del evento surgieron nuevos profetas y bandoleros reivindicativos llamados genéricamente «gentes de los zuecos» (*bundschuh*), precursores emocionales del *sans-culotte* francés. Su principal líder —el monje Joss Fritz— organiza alzamientos en la diócesis de Speyer y algunas otras ciudades entre 1502 y 1517. Para entonces la amplitud, vehemencia y espontaneidad de su espíritu sólo puede compararse al de las hordas que cuatro siglos antes se lanzan a la Cruzada de los Pobres, aunque ahora el Nuestro no se refiere al Santo Sepulcro o a Palestina sino a todo tipo de propiedad privada. Las gentes de los zuecos están listas para imponer una restitución que, según Engels, pondría en pie de guerra a unos treinta mil campesinos, de los cuales un tercio iba a perecer⁴⁵.

Ese cálculo puede considerarse aproximado, ya que la población alemana rondaba entonces los doce millones, y el 90 por 100 de ellos vivía en aldeas y granjas. Uno entre cada treinta labriegos se alzó en armas, proporción que dependiendo de la perspectiva adoptada parecerá grande o pequeña. Salvo Baviera y el nordeste, que se mantienen al margen, un foco inicial situado en la Selva Negra prende rápidamente por todo el resto del país, con grupos que empiezan atacando castillos y abadías. Su lema es que llegan los Últimos Días, pues «las hoces se han afilado para maldecir a los incrédulos»⁴⁶. Lo difuso de sus movimientos, que carecen de coordinación, contrasta con la nítida figura de quien acabará siendo su gran símbolo.

1. El profeta enciclopédico. Thomas Müntzer (1489-1525) leía griego y hebreo, y tuvo su primer encargo como pastor por recomendación de Lutero. Ser «colérico, anticlerical y apocalíptico» hizo que no congeniase con su feligresía, y tras pasar algún tiempo en Praga con taboritas residuales volvió a Alemania para pronunciar su *Sermón a los príncipes alemanes* (1524), donde se presenta como «el nuevo profeta Daniel». Sigue a ese texto su *Apología*, que dedica «Al Señor Jesucristo y a su afligida y única esposa, la Iglesia de los pobres». La definición del pobre que encontramos allí es básicamente extraeconómica, pues le identifica con «quien ha sufrido, no vive de la avaricia ni para la lujuria y desprecia los bienes de este mundo»⁴⁷.

Un año le basta para redactar en alemán la primera liturgia completa de la Iglesia reformada, crear una Liga de los Elegidos —cuya meta es el exterminio del rico— y apoderarse en 1525 de Mülhausen, una de las ciudades imperiales. Allí, cuando sustituye el Ayuntamiento por la Liga Divina Eterna, proclama que ha llegado «el Día de la Ira»⁴⁸. Despacha emisarios a otras ciudades, a las comarcas y especialmente a las minas, entendiendo que sólo los no propietarios le serán fieles. Como sus visiones le han asegurado que triunfará, asume funciones de caudillo militar de los campesinos y decide ofrecer batalla a un ejército formado apresuradamente por algunos príncipes-electores⁴⁹. Pero la determinación de sus tropas no se corresponde con la ferocidad que han demostrado hasta entonces, y aunque sean superiores en número basta una salva de artillería para hacer que se desbanden. Dejarán sobre el terreno unas cinco mil bajas, por media docena del

adversario ⁵⁰ .

Su jefe va a ser el primero en dar mal ejemplo, ya que ha empezado pidiendo «masacrar sin piedad en nombre de Cristo» y horas después del desastre es descubierto escondido bajo la paja de un granero. Los príncipes consideran más eficaz para su causa demostrar que es un cobarde, y le ofrecen cambiar la hoguera por decapitación si comulga humildemente con arreglo al rito católico, abjurando de todas sus tesis. Müntzer acepta estas condiciones, y al redactar una retractación solemne sume en consternación a sus numerosos adeptos. Todo ha sido asombrosamente fácil y rápido para los vencedores, que calculando el número de los rebeldes temieron muy seriamente perder la guerra. Ese sentimiento se filtra en el panfleto de Lutero *Contra las hordas asesinas y ladronas*, donde denuncia a «los profetas celestiales de la guerra santa». Pero el antiguo mentor del decapitado no se hace ilusiones y anticipa que los anabaptistas provocarán nuevos derramamientos de sangre, pues cunde un sentimiento que convierte en «peligrosos sectarios» a no pocos colegas y amigos íntimos ⁵¹ .

2. Los profetas burgueses. Desde sus primeras manifestaciones medievales —cátaros, petrobusianos, enricianos, valdenses— la Iglesia de los *pauperes* se aviene mal con el bautismo infantil, y con los nuevos tiempos llega el convencimiento de que cada fiel sólo puede remediar ese absurdo bautizándose de nuevo. He ahí una manifestación de que la libertad y la conducta racional van apreciándose, pues a fin de cuentas quieren una fe abrazada de modo consciente. Pero con los primeros anabaptistas llega una rama muy vengativa que, por ejemplo, traduce a los profetas judíos sin interesarse por el resto de la Biblia. Para ella segundo bautismo y revolución comunista son inseparables.

Los campesinos siguen sin producir dirigentes, y los héroes del segundo estallido revolucionario van a ser profesionales y empresarios, testigos de cómo la primera guerra santa se desvanecía casi en un abrir y cerrar de ojos. Diez años después de que Müntzer muera la fe anabaptista se ha diseminado por una franja que va desde Austria y Suiza hasta Holanda, cruzando el sur de Alemania, y ser objeto de una persecución implacable ⁵² les estimula a imitarla. En febrero de 1534 un concurso de circunstancias —fundamentalmente la pugna entre gremios artesanales y patricios, sumada a la de católicos y reformistas—, les permite instalarse por vías democráticas en la ciudad de Münster, que sólo tiene por entonces unos diez mil habitantes pero es uno de los burgos imperiales y constituye un

poderoso foco de irradiación para sus doctrinas.

Ese mes, en pleno invierno, piden su segundo bautismo unas mil cuatrocientas personas y destaca el activo fervor femenino, ya que tanto monjas desertoras de su clausura como otras mujeres recorren las calles en manifestaciones de júbilo ante el advenimiento de los Últimos Días⁵³. El Concejo que se ha hecho cargo de la ciudad expulsa a católicos y protestantes, no sin expropiar antes hasta sus provisiones de viaje, con lo cual serán obligados a partir bajo una gran nevada y mendigar alimento en su éxodo. Dicha decisión renueva las pretensiones del obispo de la ciudad, que monta un asedio para recuperar el feudo, aunque sólo puede contratar un número insuficiente de mercenarios, que aflojarán el cerco dos veces: una por no haber cobrado su paga y otra por confraternizar con los asediados.

El Concejo responde al cerco decretando pena de muerte para quien demore su segundo bautismo, y promulga un bando que comienza diciendo: «¡Arrepentíos, con los mil quinientos años llega la Venganza!». Sus Profetas son dos alemanes —un capellán (Rothmann) y un próspero empresario textil (Knipperdollinck)— y dos holandeses, uno de ellos panadero (Mathiessen) y el otro aprendiz de sastre (Jan Bockelszoon, luego llamado de Leyden). Casi de inmediato forman una «inmensa pira» con cualquier texto distinto de la Biblia, y al calor de sus llamas —mientras la nieve sigue cayendo— Mathiessen da ejemplo de compromiso matando personalmente al primer objetor. Su entusiasmo hará que intente poco después una salida —al mando de algunos centenares de hombres—, aunque los sitiadores resisten y él perece en el empeño.

3. La organización comunal. A partir de este momento el pánico se sistematiza con la división del perímetro en áreas que vigilan pelotones armados, atentos a cualquier signo o denuncia de sabotaje. La mayoría indiscutible en febrero no lo es tanto al llegar la primavera, y una búsqueda concienzuda hecha casa por casa revela a los Profetas que bastantes son culpables del crimen cometido por Ananías y Safira, los primeros

defraudadores⁵⁴. Rothmann publica su panfleto *Restitución* cuando el Concejo ha incautado 83 vagones de «excedentes», tras de lo cual ese órgano colegiado deja de existir. Un edicto, que convierte a Münster en Reino de la Nueva Jerusalem, declara:

«Llegó el momento de vivir el amor mutuo, la perfecta igualdad y la filantropía. Queda abolido entre nosotros, por el poder del amor y la

comunidad, todo aquello que hasta ahora había servido al provecho egoísta y la propiedad privada; por ejemplo, comprar y vender, trabajar por salario, cobrar interés, comer y beber del sudor de los pobres»⁵⁵.

La contundencia de estas expresiones justifica que el anarcocomunismo ulterior parta explícitamente de ellas⁵⁶. El edicto manda también que sean quemados registros inmobiliarios, archivos notariales y demás escritos que «por su carácter mundano y vano mancillen el espíritu del cristianismo auténtico»⁵⁷. En agosto una deserción masiva de los sitiadores permite recibir algunas vituallas y acoger a muchos anabaptistas llegados de fuera, cosa que reanima un entusiasmo decaído y justifica los fastos de la coronación. Knipperdollink se convierte en primer ministro, Rothmann en «orador real» y Jan de Leyden en «nuevo rey David de la Nueva Sión». El monarca es un hombre de verbo fácil y extremadamente apuesto, como atestiguan todos los cronistas y su célebre retrato, que a principios del otoño declara:

«Asumo ahora poder sobre todas las naciones de la Tierra, y derecho a usar la espada para confusión de los malvados y defensa de los justos. El Verbo se ha hecho Carne y mora entre nosotros. Un Dios, una Fe, un Bautismo»⁵⁸.

Sin embargo, el obispo consigue dinero para restablecer el asedio, y las medidas de control interno se refuerzan con premios en especie y cargos públicos a quien descubra «infiel». No volverán a entrar víveres, y según los cronistas eclesiásticos llega «un reino de terror e indescriptibles orgías, al declararse que las mujeres son tan comunes como el resto de los bienes»⁵⁹. Cuando se ha hecho habitual comer ratas y cocer como alimento el cuero de zapatos viejos, rezando sin pausa todos por la salud del rey mesiánico concedido para los Últimos Días, el despliegue de la libido tiene algo de imposible y también de último recurso. Sólo sabemos a ciencia cierta que Leyden reina en una ciudad donde hay unas tres mujeres núbiles por adulto⁶⁰, y que tras casarse con la bella viuda de Mathiessen acaba teniendo un gineceo formado por dieciséis esposas. Puesto que Dios manda crecer y multiplicarse, ha ordenado que toda mujer entre los catorce y los cincuenta años contraiga matrimonio. Algunas rebeldes —por tener un marido emigrado, vocación de soltería o simplemente oponerse al

régimen de harén— serán ejecutadas públicamente ⁶¹ .

La autoimportancia pudo trastornarle el juicio, pero no lo bastante para evitar que atesorase en los sótanos del palacio obispal reservas para alimentar a su Corte medio año, mientras el burgo pasaba todo el invierno viviendo del canibalismo. En mayo, cuando gracias a algunos sitiados caiga en manos de sus sitiadores, el único alimento disponible fuera del perímetro palaciego son cadáveres. Del trastorno debido a la eminencia personal deriva también, quizá, que a la hora de defender sus conquistas los Profetas no sólo den pruebas de ineficacia. Al irrumpir sus enemigos estaban pensando prender fuego a la ciudad por los cuatro costados «para rechazarlos», un plan cuya profundidad estratégica no parece ajena a las ventajas del humo para huir.

El fantástico gobierno de la Nueva Sión ha durado año y medio, plazo suficiente para que muchos sucumban por razones distintas de sabotear el proyecto comunista, y otros por no coincidir del todo con él. De los diez mil habitantes originales apenas sobrevive una pequeña fracción, agudamente desnutrida y hecha a confundir vigilia con sueño. Puros calcos de Müntzer en este sentido, como ni Leyden ni sus ministros optan por morir luchando acaban siendo capturados. Pero en su caso no hay oferta de retractación y perecen abrasados a fuego lento, dentro una gran jaula de hierro que sigue exhibiéndose en la catedral de la ciudad.

Al igual que sucediera con franciscanos radicales y taboritas, algunos anabaptistas de otros territorios se niegan a rendirse y forman bandas como la de Jan van Batenburg, un bastardo de la nobleza holandesa que no ve nada anticristiano en vivir del robo y la extorsión a «infieles». En 1538, cuando pase por la hoguera, sus *batenburgers* quedan bajo el mando de Cornelis Appelman el Juez, alguien más imperioso aún, pues quiso casarse con una hija suya, y viendo que la madre protestaba ejecutó a ambas por desacato ⁶² .

NOTAS

¹ - William Langland, *Piers Plowman* (c. 1390), versión C, XXIII vv. 273-281.

² - Cf. Hume 1983, vol. II, p. 201-202.

3 - En Crécy (1346), siendo tres veces más numerosos, los franceses pierden unos treinta mil hombres y entre ellos muchos de sus principales nobles, mientras los británicos no llegan al centenar de bajas. En Poitiers (1356) se repite la situación, y el propio rey Juan cae prisionero. En Azincourt (1415) morirán unos ocho mil nobles y muchos más soldados, otra vez por menos de un centenar de sus adversarios. «Las tres grandes batallas se parecen mucho, pues en todas ellas aparece la misma temeridad por parte de los príncipes ingleses, que sólo por saquear se internan demasiado en territorio enemigo para disponer de una retirada. Pero llegado el momento de combatir se observa por parte inglesa la misma presencia de ánimo, destreza, audacia, firmeza y precaución, y por parte francesa la misma precipitación, confusión y vana confianza» (Hume *Ibíd.*, p. 366).

4 - Una institución hasta entonces sin funciones de gobierno, surgida en 1302 para aprobar impuestos extraordinarios.

5 - Imponer una moneda fija, por ejemplo, cuando el marco de plata francés había cambiado treinta y nueve veces de ley en los últimos siete años.

6 - Por *jacques*, otro nombre del labriego.

7 - Cf. Neveux 1973. Cale murió, desde luego, tras horrendas torturas.

8 - Estas acciones no son tan infrecuentes en el bajo medievo. En su *Historia de Florencia* cuenta Maquiavelo, por ejemplo, que en uno de los disturbios «tras trocear los cuerpos de dos ciudadanos con espadas desgarraron los trozos con las manos e incluso con los dientes (II, 8, 20). La truculencia piadosa aparece de modo cotidiano, y «ante el temor de que pudiesen desaparecer las santas reliquias, los monjes de Fossanova —donde había muerto Tomás de Aquino en 1274— confitaron el cadáver del maestro, decapitándolo para cocerlo y prepararlo mejor [...] Antes de enterrar el cadáver de Santa Isabel de Turingia un tropel de devotos cortaba o arrancaba no sólo trozos de los paños con que estaba envuelto su rostro, sino también los pelos y las uñas, e incluso trozos de las orejas y los pezones de los senos. Con ocasión de una fiesta solemne, Carlos IV de Francia distribuye costillas de su antepasado san Luis entre Pierre D'Ailly y sus primos Berry y Borgoña, y da una pierna a los prelados para que se la repartan, como en efecto hacen después de la comida». Cf. Huizinga 1962, p. 237.

[9](#) - Froissart 1960, p. 152-153.

[10](#) - Hume 1983, vol. II, p. 369.

[11](#) - «Asesinatos y otras atrocidades se cometían a diario y quedaban impunes, bajo la protección de una parte u otra de la nobleza. Para detener esta insolencia los líderes del pueblo [...] aprovecharon el gran influjo adquirido por las Compañías de las Artes, y crearon en 1280 el gobierno de la *Signoria*» (Maquiavelo 1525, II, 3, 1).

[12](#) - En la práctica, estas luchas se libran en torno al número de signori correspondientes a cada grupo. Tras la derrota definitiva de los nobles la Signoria se distribuye en dos para la clase superior, tres para la media y tres para la baja, nombrándose también un *Gonfaloniere* o abanderado de Justicia, que habría de ser «un plebeyo con mil hombres armados a su disposición, divididos en veinte compañías de cincuenta» (Maquiavelo II, 3, 2). Pronto pasa a tener cuatro mil, que en muchas ocasiones seguirán siendo insuficientes para evitar disturbios.

[13](#) - «Cada uno de estos estamentos trabajaba con ardor en elaborar reglamentos conducentes a mantener el mercado insuficientemente abastecido, y con tal de lograrlo no hallaban inconveniente en que los demás estamentos hiciesen lo mismo» (Smith 1982, p. 121).

[14](#) - Maquiavelo ibíd., III, 4, 6. Añade luego que «en coraje, prudencia y generosidad sobrepasó a cualquier otro ciudadano de su tiempo [...] Estas cualidades subyugaron a los plebeyos y abrieron los ojos de los patricios a la magnitud del desvarío de aquellos que tras vencer al orgullo de la nobleza acatan la regla nauseabunda de la escoria» (III, 4, 10).

[15](#) - Smith 1982, p. 122.

[16](#) - Froissart 1960, p. 50-51.

[17](#) - Uso el texto online, que corresponde a las páginas 200-205 en la edición de Oman 1906.

[18](#) - Media hectárea aproximadamente.

[19](#) - Hume 1983, vol. II, p. 291.

[20](#) - *Chronicle*, p. 201-202.

[21](#) - *Ibíd*, p. 203.

[22](#) - «Cuando Adán araba y Eva tejía, / ¿dónde estaba el señor?».

[23](#) - Troeltsch 1992, vol. I, p. 359.

[24](#) - El detalle de las Conclusiones merece recuerdo: 1) a los reyes corresponde nombrar prelados (en virtud de *ius episcopale*); 2) el voto de celibato desemboca en lujuria *antinatura* y no debe imponerse; 3) la transubstanciación es un falso milagro, llamado a promover la idolatría; 4) las oraciones acompañadas por vino, pan, agua, cera, incienso, altares de piedra, muros de iglesia, casullas, mitras y cruces son actos mágicos, y no deben permitirse; 5) de nada sirve rezar por los muertos; 6) el rito de confesión funda las indulgencias clericales y otros abusos en el perdón del pecado; 7) los votos de castidad de las monjas conducen a infanticidios; 8) ni la confirmación ni la extremaunción son sacramentos; 9) no hay un carácter *indelibilis* en la condición sacerdotal, pudiendo omitirse la ordenación; 10) la jerarquía sobra en una Iglesia donde sólo Cristo reina; 11) la pena de muerte y las guerras violan el Nuevo Testamento; 12) joyeros y armeros son oficios asociales, que conducen a despilfarros. Cf. *Cath. Encycl.*, voz «lollard».

[25](#) - Cf. *Cath. Encycl.* *ibíd*.

[26](#) - Cohn 1970, p. 206.

[27](#) - *Ibíd*, p. 207.

[28](#) - El sacramento resulta *utroque* («para ambos lados, o sentidos»), una exigencia argumentada por Wyclif y Hus.

[29](#) - Cohn remite la singularidad de su comunismo —unir Edad de Oro y Juicio Final— al lolardo John Ball, citando al efecto un texto que él mismo considera «algo críptico». Pero al hacer la genealogía del ideal comunista —tan bien documentada y argumentada para la Baja Edad Media— ignora el ebionismo judeocristiano como precedente significativo, y omitir dicho elemento simplifica quizá su diagnóstico, llevándole a suponer algo semejante a un salto brusco en la evolución de ese espíritu.

[30](#) - Zizka pidió al morir que su piel fuese usada para hacer tambores, como modo de seguir unido a sus tropas. Antes había transformado implementos agrícolas en precursores de los blindados, convirtiéndose en el más grande ingeniero militar de la historia y uno de los mayores tácticos. Ganó todas las batallas donde intervino como general, y aunque era tuerto y perdió el otro ojo luchando —en 1421— consiguió sus más brillantes victorias durante los tres años siguientes. Sólo la peste pudo con él.

[31](#) - *Chronica* I, 3, 8-9. Como tantos otros clérigos de su tiempo, Cosme estaba casado y tenía al menos un hijo; cf. *Cath. Encycl.*, voz «Cosmas of Prague».

[32](#) - *Decretales* 32:34. Este cronista es otro fabulador de la sociedad heráldica, que pretende ser Isidoro de Sevilla con trescientos años de retraso y se atribuye gracias a ello grandes dones proféticos.

[33](#) - *Epístola* 90. Cf. Cohn 1970, p. 191.

[34](#) - Jan de Meung, *Roman* vv. 9561-9598.

[35](#) - Cohn *Ibíd.*, p. 215.

[36](#) - Müller en Troeltsch *ibíd.*, p. 364.

[37](#) - Cf. Fetscher 1977, p. 35-36.

[38](#) - Cf. Cohn 1970, p. 213.

[39](#) - *Ibíd.*, p. 217-218.

[40](#) - Cf. Calvert Bayley 1983, p. 86.

[41](#) - *Ibíd.*, p. 87.

[42](#) - Braudel 1992, vol. I, p. 419.

[43](#) - Cohn, 1970, p. 245.

[44](#) - Cf. Cohn 1970, p. 226-232.

[45](#) - Engels, en Bloch 2002, p. 6.

[46](#) - Müntzer, en Cohn 1970, p. 237.

[47](#) - Bloch 2002, p. 39.

[48](#) - *Apocalipsis*, 6.

[49](#) - Los de Sajonia, Hesse y Brunswick (Prusia).

[50](#) - Cf. Cohn 1970, p. 250.

[51](#) - Es el caso de su director de tesis —el teólogo y canonista Andreas Karlstadt—, por ejemplo, que tras celebrar en 1521 la primera misa reformada (donde los fieles se sirven ellos mismos el pan y el vino) pasa en 1524 a vestirse de campesino indigente y a practicar la iconoclastia, destruyendo los ornamentos de su parroquia.

[52](#) - La caza del anabaptista empieza dentro de la Iglesia reformada, cuando en 1527 arde el primero por orden de Zwinglio, el Lutero suizo. Los católicos continentales no se quedan atrás, si bien creen que el «antídoto óptimo» es ahogar a esos herejes. Sólo Inglaterra prefiere seguir purificándolos con fuego.

[53](#) - Cf. Cohn 1970, p. 260.

[54](#) - Véase antes, p. 111.

[55](#) - Rothmann, en Troeltsch 1992, vol. II, p. 694.

[56](#) - Véase Kropotkin en *Encyclopaedia Britannica* (ed. 1910), voz «Anarchism».

[57](#) - Cf. Gómez Casas 1988, p. 45.

[58](#) - Leyden, en Cohn 1970, p. 272.

[59](#) - *Cath. Encycl*, voz «Anabaptists», c).

[60](#) - Cf. Cohn 1970, p. 269.

[61](#) - *Ibíd.*, p. 270.

[62](#) - Cuando Appelman perezca sus sucesores se fragmentan en

pequeños grupos, cuyo último acto registrado será degollar a 126 vacas de cierto monasterio, en 1580. Cf. *Wikipedia*, voz «Jan van Batenburg».



© Antonio Escotado 2008
LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO
<http://www.escotado.org>

Development Sciences Network Presence
www.catalanhost.com



Los
Enemigos del
Comercio

LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO

**De cómo el cristianismo
dejó de ser pobrista**

17

Católicos, protestantes y puritanos

«El Evangelio es una ley espiritual que no puede usarse para gobernar [...] Nos enseña a ser desprendidos en general con nuestras posesiones, pero quien me haga objeto de violencia está queriendo apoderarse de lo que es mío.»

M. Lutero ¹.

Ni las revoluciones ni la peste impiden, con todo, que espíritus como el de Maquiavelo o el de Leonardo rasguen el cuadro de patetismo enfático e irrumpa el Renacimiento. El hombre siente que debe de acumular ciencia y técnica, planteándose ajustes prácticos en vez de limitarse al cuadro pueril donde la intemperie sólo existe como reducto de la imprevisión, que unas veces suplica misericordia divina y otras exige lo ajeno. Aceptar el rigor natural de la vida llama a trasladarla de la vehemencia al sentido común y la ingeniería —donde duermen tantas cosas confortables—, y la época se siente renacer porque al asumir lo amargo de la naturaleza se hace acreedora también a sus dulzuras.

El doctor Fausto, dispuesto a vender su alma a Mefistófeles con tal de enamorar a la encantadora Margarita, retoma el tema del hombre-dios sin pasar por la peripecia de un neurótico que

estafa a algún crédulo, como mandaba hasta entonces la tradición de *profetae*; su crédito le viene de ser un urbanita elocuente e instruido, incapaz —aunque sea por mera educación— de venderle milagros al prójimo. Su tiempo ha descubierto la larga tradición previa al cristianismo, y en 1452 —coincidiendo con la toma de Tabor— un noble italiano, joven y sabio, compone un canto al ser humano donde le declara «su propio y libre creador, encargado de darse la forma que crea óptima»². El renacido no se pregunta cuándo llegará el Día del Juicio, sino qué hacer por uno mismo y los demás en el indefinido entretanto. Lo único obvio es que tiene ante sí una perspectiva de más y más cambios.

I. Una transformación invisible

Se cuenta que hacia 1400 el conde de Warwick sostenía a unos treinta mil clientes, instados lógicamente a la bulimia del gorrón. A ellos sumaba dispendios personales en leña como los del duque de Osuna, que mantenía encendidas cotidianamente miles de chimeneas por si él o algún invitado llegaban de improviso a alguno de sus muchos castillos. Sabemos también que incluso manteniendo los hogares arrebatados por un fuego muy vivo de grandes troncos, el tamaño de las estancias —y su deficiente aislamiento— hacía inevitable que el agua se helase a veces en la mesa, como cuenta una princesa de Francia³. El precio de la leña en 1400 había multiplicado por diez o veinte el de ese mismo artículo en 800, y las estancias a calentar seguían siendo iguales o mayores.

Los hombres de negocios que solventan la liquidez de personajes como Osuna o Warwick han partido de nada, pero no están obligados a la ostentación. Su ventaja es un patrimonio no agarrotado, cuando el de sus señores empezó siendo propiedad no enajenable y arrastra aún trabas procesales y tabúes ligados al feudalismo. Precisamente ahora, cuando sus feudos empiezan a poder venderse, se pone de relieve hasta qué punto el equilibrio medieval fue una función de recelos mutuos, el reino de una desconfianza maquillada como Paz de Dios. Quien quisiera pedir más tributo a sus siervos, o proteger menos a sus dependientes, arriesgaba una alianza de esos inferiores con algún otro amo, e incluso algún motín. Lo mismo esperaba a los dependientes si conspiraban contra su deber de sumisión, pues quizá acabarían sometidos a un amo más severo.

Con el desarrollo económico, que es en sí confianza, los lazos personales de subordinación pasan a ser prescindibles. Un grupo de señores venidos a menos, y un porcentaje muy

superior de siervos venidos a más, refuerza la minoría de maestros artesanales y mercaderes hasta formar un estrato de gentes con patrimonio variable, interesadas en correlacionar capacidad adquisitiva y productiva, cuyas primeras luchas internas perfilan nuevas reglas de juego para la sociedad en general, y para la población urbana en particular. El rendimiento pasa a primer plano con una multiplicación de la energía en el sentido más pedestre, medida por los caballos de fuerza que cada zona tiene en animales, hombres, madera, carbón, molinos de agua o de viento.

La ciudad comercial ha abierto un mercado grande e inmediato para artículos agropecuarios, crea empleos para los dependientes no campesinos del señor y almacena toda suerte de bienes tentadores para él y su familia. Acceder a esas mercancías, que no pueden ser fabricadas por sus siervos y clientes, exige vender tierras a individuos con mentalidad empresarial que no mantienen esa propiedad dormida y mejoran los terrenos para elevar su renta. Reaniman así a unos agricultores que gracias a ello pasan a ser aparceros libres, estimulados por una demanda virtualmente ilimitada. Como empezó observando Hume, «la mayor de las transformaciones» ocurre sin ninguna legislación orientada al efecto e incluso de modo apenas perceptible, sumando conveniencia del campesino, apetito adquisitivo del señor y una recolocación de sus dependientes.

Las personas y el resto de las cosas iban a seguir siendo lo que son, desde luego; pero se abrían cauces para la iniciativa, y con ellos un sentimiento de responsabilidad e industria allí donde malvivía la desidia. Si bien cada empleo y oficio iban a ser más exigentes, en todo y para todo, mitigar la vampirización de sus frutos bastaba para que fuesen asumidos con brío. En definitiva, el fin del medievo coincide con «una extraordinaria intensificación del deber de trabajar como idea, cuyo impulso es una producción incrementada»⁴. Con estos cambios llega una revisión del principio pobrista, que traslada el carisma de la indigencia al desahogo tanto en el ámbito católico como en el reformado.

1. El criterio de Roma. Directa e indirectamente, la reactivación mercantil vulnera la regla de que quien asume un crédito debe ignorar cualquier interés, incluso cuando financia algún negocio. Una actitud de consternación ante el Concilio IV de Letrán —que ha admitido intereses no «excesivos»— resuena en la *Summa Theologica* (1272) de santo Tomás de Aquino, un clérigo flexible para su tiempo ya que admite la

licitud del «lucro» para los socios en algún negocio⁵. Tomás podría haber completado esa flexibilidad admitiendo los mecanismos concretos del comercio, pero el Código de derecho canónico le impone llamar usura a «cualquier precio por el uso de dinero». Eso le exige negar lo crucial del caso: que ceder a otro la liquidez propia suponga una merma (*lucrum cessans*) digna de resarcimiento.

La *Summa* parte de lo dicho por Aristóteles sobre la moneda —en particular que es una cosa estéril sin el concurso de algún trabajo⁶— y añade observaciones propias acerca «del fraude cometido en la compraventa». Su principio es que todas las cosas enajenables tienen un precio independiente de oferta y demanda:

«Es totalmente pecaminoso defraudar con el expreso propósito de vender un objeto por un importe superior a su justo precio [...] Vender algo más caro, o comprarlo más barato de lo que en realidad vale, es intrínsecamente un acto injusto e ilícito»⁷.

Tampoco hay otra forma de concebir la economía política para una ética que contrapone «utilidad» a «ley divina». El precio justo ni siquiera sería momentáneo, cosa tanto más curiosa cuanto que la *Summa* coincide cronológicamente con la fase expansiva de la Hansa y las repúblicas mercantiles italianas, en momentos donde la energía motriz se ha multiplicado al cubo comparada con la disponible en tiempos de Carlomagno. Pero el santo de Aquino sigue partiendo de la autosuficiencia local como meta, y sólo acepta el comercio en abstracto. Ve allí una mera fuente de abasto, no un sistema de innumerables conveniencias particulares que operan a la vez. Lo que sigue a su mención del justiprecio es un deslinde entre dos «clases» de intercambio:

«Una puede denominarse universal y necesaria, y por medio de ella se cambia una cosa por otra, o cosas por dinero, para satisfacer las necesidades de la vida. La otra clase de intercambio es dinero por dinero o cosas por dinero, no para satisfacer las necesidades de la vida sino para obtener un beneficio. La primera clase de intercambios es loable, por servir a las necesidades naturales, mientras la segunda es justamente condenada.»

Por lo mismo, el beneficio financiero no es una necesidad de la vida ni algo «natural», y amenaza a la sociedad cristiana con una rivalidad que ofende a los semejantes, irrita a los superiores y acarrea el disfavor divino. Su contemporáneo y prefecto general de los franciscanos, san Buenaventura, insiste también en que negociar implica siempre contagiarse de «fango moral» (*turpitud*). Será «casi imposible» para los mercaderes no ir al Infierno, pues *rarissime evadunt* la tentación de cobrar o pagar intereses⁸. El hecho de que casi mil años separen a ambos de san Agustín subraya la estabilidad del criterio ebionita.

Sin embargo, en el siglo IV la miseria empujaba hacia el vasallaje como mal menor, y en el siglo XIV los vasallos están desertando en masa. Entonces había desaparecido todo asomo de clase media, y ahora se está convirtiendo en dueña de la situación. Entonces había unos pocos profesores particulares de retórica, y ahora las Universidades de Europa occidental instruyen a unos doscientos mil estudiantes, que a despecho de su mala fama —por juerguistas y levantiscos— son tratados literalmente como curas, pues las infracciones que cometan no corresponden a la jurisdicción civil sino a la eclesiástica. Entonces las ciudades se desvanecían como espejismos, y ahora organizan todo.

2. Católicos civilizados. Esto justifica que las tesis de Tomás y Buenaventura sobre compraventa e interés del dinero susciten contradictores entre sus propios colegas. La Escolástica ha llegado a ser una universidad cosmopolita, que piensa con libertad todo cuanto no se oponga abiertamente al dogma, y escolásticos son quienes empiezan a tratar los fenómenos económicos como un objeto más de análisis científico. El primero es Nicolás de Oresme, obispo de Lisieux (1320-1382), que entre otros textos⁹ escribe un *Tratado sobre la invención de las monedas*, donde el dinero y el proceso formador de los precios se abordan sin ánimo doctrinario, examinando el asunto como quien estudia geografía o sintaxis. Fruto de esa imparcialidad será poder decir, por ejemplo, que «la moneda no es propiedad del rey, y su manipulación no debe servir para gravar al pueblo»¹⁰, algo impensable mientras el mundo se divide en propiedad de Dios y propiedad del César. A juicio de Oresme, fomentar el comercio es para cada soberano un deber tan «primario» como la defensa sus súbditos, ya que se confunde a fin de cuentas con esa defensa.

Los sacerdotes egipcios fueron el origen de la ciencia, pensaba Aristóteles, porque vivir mantenidos durante largo tiempo les

indujo a cavilar. Algo parejo le sucede ahora al clero culto, tan refractario al fanatismo como el sacerdocio egipcio, y un siglo más tarde ese giro cobra carta de naturaleza con la Reforma y la escolástica tardía. La *Summa* tomista disertaba sobre el precio descartando costes financieros, y los nuevos estudiosos ven el asunto de otra manera:

«Precio justo [...] es precio competitivo. Resulta perfectamente justo que los mercaderes logren ganancias mientras sea pagando y aceptando los precios del mercado. Si sufren pérdidas será mala suerte, o una penalidad por incompetencia. Pero esto siempre que ganancias o pérdidas resulten del funcionamiento no obstaculizado del mecanismo mercantil; no si deriva, por ejemplo, de la fijación del precio por la autoridad pública o conglomerados monopolísticos»¹¹.

Schumpeter no está exponiendo criterios propios, ni principios librecambistas que tardarán siglos en llegar. Se limita a resumir lo expuesto por el jesuita Luis de Molina en su tratado *De justitia et de iure*¹². Décadas antes había publicado su colega Martín de Azpilicueta un Comentario resolutorio de usuras (1556), que funda la teoría cuantitativa del dinero¹³. A la cuestión moral —¿es lícito comprar barato en un país para vender caro en otro?— Azpilicueta y toda la Escuela de Salamanca responden afirmativamente. Para la pionera defensa de los derechos civiles y el tiranicidio, que hacen Suárez y sus colegas, es imprescindible una actitud realista ante los procesos económicos, y el mecanismo de mercado les parece a esos clérigos el modo más racional de formar precios. Consideran inexcusable el cobro de intereses¹⁴, y llaman «razón prudente» al esfuerzo por obtener ganancias.

También en Italia hay eclesiásticos bien instruidos en las prácticas del comercio, como san Bernardino de Siena. De hecho, la primera exposición global del funcionamiento económico no llega hasta san Antonino de Florencia, arzobispo de esa ciudad y contemporáneo de Molina. Siena y Florencia son hitos en el espíritu empresarial europeo, y poco tiene de extraño que su alto clero haya descartado el ebionismo tradicional. Bastante antes ha aparecido el *Della vita civile* (1470), un tratado de Matteo Palmieri que divide las aguas al descartar el binomio homenaje-protección; los impuestos en general no se pagan porque el pueblo deba sufragar a «quienes oran y a quienes luchan», sino como contraprestación por

servicios concretos que faciliten la actividad mercantil¹⁵. Lo mismo piensa el duque Diomedes Carafa, un notable precursor del análisis económico que en 1487 llama *banditismo* a la práctica del empréstito forzoso, entonces tan habitual entre reyes y grandes señores. A su juicio, la vida cívica demanda impuestos que ni alejen el capital ni opriman al trabajo¹⁶.

El gigante del pensamiento político católico va a ser el dominico Bartolomé de las Casas (1484-1566), probablemente el español con más influjo histórico de todos los tiempos, cuyo tratado *De regia potestate o derecho de autodeterminación* (1571) funda reconocidamente la declaración neerlandesa de independencia —el Juramento de 1581— y más tarde la norteamericana. Las Casas resume su postura en tres puntos: 1) todo poder deriva del pueblo; 2) los príncipes lo ostentan por delegación suya, y para servirle; 3) cualquier acto importante de gobierno requiere consulta y aprobación. No es posible estar más lejos del absolutismo que sigue a la liquidación del orden feudal, ni más próximo a una teoría de los derechos humanos.

La Compañía de Jesús, fundada en 1534, nace en principio como un cuerpo paramilitar para defender al «curialismo» de los ataques luteranos. Pero en la práctica es la orden más comprometida con el conocimiento y el progreso, que defiende la gracia divina como consecuencia de los méritos, y acaba planteando el «probabilismo» como regla argumentativa. Jesuita es Molina, por ejemplo, y a la rama misionera de la orden corresponden los logros civilizadores más duraderos en otros continentes. Descartar la cristología sentimental, oponiéndole un programa de ilustración y mejoras populares, hará de la Compañía el grupo más odiado no sólo por los protestantes sino por la parte más conservadora del clero.

II. La conquista de los océanos

El horizonte geopolítico para este cambio de mentalidad en los católicos es una intensa presión turca, que tras conquistar Bizancio empuja por todo el sudeste y contribuye a desplazar el centro de la actividad mercantil hacia el norte y oeste de Europa. Sus sultanes quieren reconquistar el Mediterráneo para el islam, pero Portugal está cambiando todo con una

navegación a distancias impensables¹⁷ que, entre otras cosas, liquida el monopolio musulmán sobre el Índico y devalúa sus rutas terrestres hacia Extremo Oriente.

El polvo de oro obtenido por los portugueses en África y las

especias de India son mercancías sensacionales, sólo comparables con las descubiertas poco después en América, que revolucionan la medicina, la alimentación y el comercio. La patata, por ejemplo, rinde cuatro veces más hidratos de carbono que el trigo por metro cuadrado. El azúcar, el té y el tabaco crean nuevos mercados y establecimientos, y la fertilidad de la innovación hace que Portugal y España pasen a ser las grandes potencias europeas. Ni Venecia ni Florencia ni Brujas habían experimentado incrementos de renta como la corona española, que ingresaba ochocientos mil maravedíes en 1470 y percibe veintidós millones en 1504¹⁸. El concierto de las naciones sencillamente no imaginaba ingresos parecidos, sólo comparables a los que depara el emporio montado en Amberes por marinos y judíos portugueses.

1. Liquidez sin tejido económico. Sin embargo, ni el hecho de que el joven Carlos de Gante se haya convertido en rey español y emperador alemán, casado además con Isabel de Portugal, logra que la hegemonía política y militar de la Península Ibérica se traduzca en prosperidad. Los artículos de mayor valor comercial se reexportan de inmediato a los Países Bajos; vencer militarmente al protestantismo es tan costoso como a la larga imposible, y la flota luso—española acaba siendo presa fácil para corsarios holandeses e ingleses.

Como España y Portugal siguen sin ser sociedades comerciales, la expulsión de los judíos y los mozárabes en 1492 agrava al máximo la ausencia de una infraestructura dedicada a los negocios, y la llegada masiva de metales nobles, especias y otras mercancías de alto precio levanta un castillo de naipes. Desde principios del siglo XVI hasta mediados del siguiente la flota española desembarca en Sevilla 180.000 kilos de oro y 16.000.000 de plata¹⁹ —cifra quizá inferior a la que entra por otros puertos europeos merced a filibusteros y armadores privados—, y el efecto de esa ingente liquidez sin salidas industriales es una inflación vertiginosa. Los brotes de peste, singularmente tenaces en la Península, añaden a la inevitable emigración que sigue al encarecimiento de la vida un segundo foco de retroceso demográfico, y comarcas enteras se despueblan.

Antes de fusionarse con el reino de Aragón la corona de Castilla se adelanta al resto de los Estados europeos lanzando bonos («juros»)²⁰ con tasas de interés que van del 5 al 14 por 100 en función de su naturaleza²¹, aunque sin organizar un mercado específico para ellos como harán los Países Bajos e

Inglaterra. Esa deuda flotante se dispara desde el Descubrimiento, alcanzando cotas impensables con las empresas militares de Carlos V y sus sucesores, que van pagando con bonos a sus banqueros pero atienden a los reembolsos con torpeza y desidia —cuando no intentando ser más listos que ellos, como pretende Felipe II—, hasta arruinar a unos ²² y enajenarse la cooperación de otros ²³. Irónicamente, la Corona debe usar como fuente de crédito a conversos («cristianos nuevos») portugueses, simples testafierros de judíos expulsados y de otros financieros neerlandeses, ciudadanos de un país con el cual está en guerra. La supuesta astucia del monarca asegura en lo sucesivo condiciones leoninas para una mediación por lo demás imprescindible. En 1556 la primera bancarrota española no sólo arruina al país sino a sus vecinos, provocando meses más tarde un crack en la Bolsa de Lyon, y el país batirá marcas mundiales de insolvencia con quiebras en 1560, 1576, 1596, 1606 y 1627.

III. La perspectiva reformista

Martín Lutero (1483-1546), «el Hus sajón», certificó lo anacrónico de la conciencia infeliz al presentar «el modo de vida monástico como resultado de un desamor egoísta que se sustrae a los deberes mundanos, oponiendo a ello el trabajo profesional como manifestación palpable de amor al prójimo» ²⁴. Ganarse el pan con el sudor de la frente sólo constituye una maldición en sociedades dominadas por el salvajismo, pues «la Naturaleza es la esfera designada por el Creador para realizar los valores morales» ²⁵. Medio milenio antes ese espíritu había sido expuesto por Enrique el Monje y Pedro Valdes, pero entretanto los burgos han ido generalizando una práctica de la industria como mediación entre bien particular y bien común.

Una generación separa a Lutero de Jean Chauvin (1509-1564), que cuando empieza a publicar convierte su apellido en Calvinus. Como Wyclif y Hus, ambos nacen en familias de clase media desahogada ²⁶, ambos creen que la propiedad está tan prescrita por Dios al hombre como el trabajo —del cual proviene o debería provenir—, y ambos profesan un «socialismo anticomunista» ²⁷. El ideal luterano piensa que «debe bastarnos un nivel de vida muy discreto» ²⁸, preconiza una organización gremial de la vida civil y declara sin inmutarse —como san Pablo— que «los siervos no tienen derecho a una libertad legal externa» ²⁹.

Los calvinistas carecen de esa deuda con el tradicionalismo agrario, y Calvino infiere de la omnipotencia divina que hay «una predestinación de cada uno a la vida o la muerte [eterna]»³⁰. En realidad, «Dios no es amor, sino poder soberano»³¹, y aquellas comodidades que la Iglesia fue añadiendo a su oferta de salvación se desploman ante un cristiano que quiere explícitamente ser rico de espíritu. Esto significa cumplir los mandamientos a sabiendas de que la propia estima es el único premio seguro. Calvino monta en Ginebra una teocracia a lo israelita que es nefasta para el comercio, además de feroz³², pero quien renuncia a la *certitudo salvationis* está más preparado que otros para asumir aleatoriedades subalternas, como la fortuna o la ruina material.

La incertidumbre informa todo juego que ligue la cuantía del premio con la probabilidad de quebranto asumida en cada apuesta, como la ruleta, y da la casualidad de que los nuevos comerciantes están aprendiendo a explotar sistemáticamente la relación entre riesgo y éxito. Dentro del misterio impenetrable que rodea a la decisión divina, prosperar con los propios negocios podría ser un indicio de estar llamado a salvarse, y aunque sea de modo coyuntural la predestinación casa con el destino del empresario audaz.

1. Profesión y vocación. «Por más que desaparezcan el cielo y la tierra nada modificará que Jesús murió por nuestros pecados, y resucitó para justificarnos»³³. Ciertamente, pero los destinatarios de aquél mensaje eran pobres de espíritu y hacienda —sumados a perseguidos y afligidos—, mientras ahora los magnates católicos y protestantes compiten como mecenas de artes y ciencias. Aunque el Renacimiento aviva al máximo las hogueras inquisitoriales, algunos cristianos se sienten enriquecidos en vez de corrompidos por la tradición pagana, y sus grupos evitan el dualismo sin necesidad de proponérselo, sencillamente a medida que las sociedades van dejando atrás lo rígido de su estructura previa.

La reforma del clero y el culto es un factor que salta por encima de las clases, por ejemplo, «capturando la imaginación de campesinos, artesanos, nobleza menor y mayor, autoridades civiles, gremios y proletariado de las ciudades»³⁴. Sólo suscita indiferencia en un grupo creciente de panteístas y ateos, más interesado aún que el resto en superar la vena patético-enfática. El sentimiento de renacer que da nombre a la época resulta

catastrófico para el findemundismo en muchos sentidos, pero ante todo porque ricos y pobres ya no pueden identificarse como apegados y desapegados respectivamente al más acá. La propia libertad de conciencia, que en su corriente mesiánica original era inseparable de negar el «mundo», ha pasado a ser el recurso político primario para mitigar sus intemperies.

Al generalizarse el trabajo experto la admonición «Dios proveerá» puede quedar restringida a la vida eterna, mientras el abasto de la existencia mortal se encarga al previsor. Reforma y Contrarreforma coinciden en que lo adaptado al bien general es ganarse la vida aprendiendo alguna maestría y ejerciéndola. Lejos de corresponder por naturaleza a los inferiores en fuerza, virtud o educación, ser profesionalmente capaz define a la verdadera aristocracia, y debería reflejarse en la cuota de participación política otorgada a quienes destaquen, una tesis independiente aunque afín a la meritocracia rabínica. Obrando como portavoces de ese espíritu, Lutero y Calvino trasladan la mano de Dios a los oficios pensándolos como vocaciones o llamamientos ³⁵.

Asumida por una clase media en ascenso, la raíz individualista del cristianismo afirma que la *vocatio* de cada uno prima sobre el *ministerium* genérico del clero, y que la jerarquía social legítima descansa sobre «un cosmos de llamamientos». Algunas vocaciones deslumbran más que otras, pero el ciclo profesional entero —del aprendizaje a la práctica— expone «una abnegación cumplida al servicio de la comunidad» ³⁶. Los ideales de limosna, espíritu mendicante e imprevisión dadivosa han dado paso a una actitud donde eficacia y probidad ya no son cosas inconciliables. El compromiso del fiel con hacer amable el más acá presenta el trabajo como único *remedium peccati* ni supersticioso ni reservado a unos pocos. Ese culto al esfuerzo personal está presente en Lutero desde el comienzo de su vida pública, cuando denuncia la venta de indulgencias como una maquinación para «agravar el purgatorio del pobre» ³⁷.

2. La ambigüedad inicial. Por lo demás, igualdad de oportunidades equivale a justicia para el adaptado al cambio y abominación para el milenarista, opuesto por principio a competición y precariedad. Lutero, que ha pasado de neurótico fraile célibe a orgulloso padre de seis hijos, alterna convicciones meritocráticas con tradicionalismo y vive sentado sobre un barril de pólvora con la mecha encendida. La igualdad de oportunidades, por ejemplo, no le parece incompatible con mantener la servidumbre o descartar el «frío cálculo»

empresarial, y de su pluma parte la cruzada contra la brujería sostenida por los protestantes alemanes, que es la más cruel del Continente. Siendo ya viejo escribe *Los judíos y sus mentiras* (1543), un panfleto sobre esos «gusanos venenosos» que propone condenarles (a trabajos forzados o al destierro perpetuo), expropiarles y destruir sus objetos de culto ³⁸.

En efecto, una cosa es tronar contra Roma como la Babilonia del momento y otra hacer aceptable la ruina del universo construido en torno a la *Pax Dei*, pues incluso optando por una sociedad tradicionalista Lutero sigue siendo demasiado ajeno al victimismo para no decepcionar a parte del movimiento apostólico. En ese círculo reforma significa igualdad material, y allí no convence su *Sincero consejo para que todos los cristianos se guarden de la insurrección y la rebelión* (1520). Llamativamente, el último país europeo en sumarse al alzamiento va a ser el primero en presenciar una guerra de pobres contra ricos, sin más especificaciones.

IV. Puritanismo y civismo

Una sociedad que no sea estructuralmente esclavista tampoco puede ser moralmente ebionita. Brillar en empeños civiles «aumenta la gloria de Dios», como repite Calvino, y bastante antes los luteranos han escandalizado al Concilio de Trento argumentando: «Quien por su clase es pobre debe soportarlo, pero quien promete seguir siéndolo hace lo mismo que si jurase estar siempre enfermo o tener mala fama» ³⁹. Este principio lo trasladan al terreno práctico todas las sectas protestantes, que oponen caridad y limosna (*giving alms is no charity*) y montan casas de labor para disuadir al inactivo, ya sea por paro profesional o indolencia.

Richard Baxter —capellán de Cromwell y autor de un *Christian Directory* que codifica la moral puritana— es más sensible al carisma de la pobreza evangélica que el calvinismo, pero evita también su nota victimista. Sea cual fuere la santidad atribuida por el Nuevo Testamento a la indigencia, el mundo impone ser laborioso tanto al rico como al humilde: «La riqueza puede excusarte de algún tipo sórdido de trabajo, haciéndote más útil para otro, aunque no por eso te excusa del servicio laboral más que al más mísero de los hombres» ⁴⁰. La rama pietista enarbola la pobreza como ideal y se diría una excepción, pero cristaliza bastante después —cuando no hay ya apóstoles ebionitas—, y defiende con su proverbial dulzura tesis tan abominables para esa tradición como «experimentar la bienaventuranza ya en esta vida», o una Iglesia donde los fieles

no sean separados «por pequeñas diferencias de fe».

1. Los bautistas apacibles. Allí donde la cuestión no es residir sin desgarramiento en el más acá, y perfeccionarlo humildemente, el anabaptismo suscita protagonistas como Müntzer o Jan de Leyden. Pero esta causa puede también adaptarse al cambio social y político, como demuestra su pervivencia y diseminación bajo tal nombre y otros muchos, empezando por el de Iglesia bautista⁴¹. Aligerado de violencia, insistir en que todo cristiano conozca las Escrituras y tenga uso de razón para abrazar su credo casa bien con sociedades cívicas, y será en este círculo donde la conciencia infeliz cuestionada por luteranos y calvinistas acabe rechazándose de modo expreso. El troquel de venganza apocalíptica, unido a la orden de compartir, desaparece cuando se percibe en ello un acto tan voluntario como el propio bautismo.

Así lo afirma el holandés Meno Simon (c. 1496-1561), un clérigo católico que meses después de ser vencidos los últimos anabaptistas belicosos deja sus hábitos para convertirse en «pastor de ese rebaño descarriado, cuya sangre llegaba demasiado caliente para mi corazón»⁴². Su hermano ha muerto luchando por uno de los profetas, y la decisión de Meno supone vivir escondido desde entonces, con la cabeza puesta a precio por católicos y protestantes. Lejos de sentirse martillo divino, sin embargo, se esfuerza en denunciar el fanatismo, la profecía incendiaria y cualquier recurso a la fuerza. Tanto aboga por una absoluta libertad de conciencia que funda su confesión sobre una autonomía absoluta para cada feligresía local. Los cuatro puntos de Meno⁴³ resumen lo teórico para una regla de vida basada sobre la sencillez y el auxilio mutuo, que se liga por vocación al marco rural y será lo común a menonitas holandeses, huteritas austriacos, amish suizos y bautistas ingleses⁴⁴. Fiables y laboriosos, se verán llevados a migrar de un país a otro por intolerancia religiosa o por negarse al reclutamiento; pero donde no son perseguidos prosperan dentro del austero límite que ellos mismos se imponen, y evocan el respeto de sus vecinos. Esto ocurre lo mismo en Crimea que en Kansas o Paraguay, hace tres siglos y ahora mismo.

Pacifistas incondicionales, los puritanos son para el cristianismo occidental el equivalente de los Hermanos Moravos para el movimiento husita, y es digno de mención que esos Hermanos sean el norte teórico y práctico de Wesley y los metodistas, cuyo programa afirma:

«La religión produce industria y frugalidad, cosas que no pueden originar sino riqueza. Y una vez que esta riqueza aumenta, crecen la soberbia, la pasión y el amor al mundo en todas sus formas.

Hemos de hallar algún camino que impida esta decadencia continuada de la religión pura. Pero no debemos impedir que las gentes sean laboriosas y ahorrativas. Todos los cristianos deben ser adoctrinados en su obligación y su derecho a ganar cuanto puedan, y a ahorrar lo que puedan; es decir, en suma, a hacerse

ricos»⁴⁵ .

2. Aceptando el más acá. Lo mismo que acaba con la servidumbre como relación fulmina al sacerdote como mago, abriendo dentro de cada fiel un espacio de arbitrio solitario y vacilación. Sin mediadores entre ellos y su Dios, los miembros de las nuevas Iglesias siguen esperando salvación eterna en una vida venidera, pero su sentido crítico veda liturgias milagrosas. Cualquier parafernalia de esa índole les parece tan útil para tranquilizar a pobres de espíritu como tramposa para quienes empiezan a salir de la miseria material con labor y maestría. Rodeados de progresos seculares, aspiran a descubrir y retener el *God within* del primer cuáquero, la fuente de divino entusiasmo que fecunda e ilumina los logros terrenales.

El hecho de estar diseminados por toda Europa —aunque el temperamento y la geopolítica les concentren en el noroeste— no modifica que coincidan en lo básico; a saber, que cada cual deba practicar la probidad —y compartir sus bienes— aún faltando cosa remotamente parecida a seguridades sobre una recompensa celestial. Las comparsas ávidas de milagros y revancha que siguieron a Juan Bautista o Jesús se habrían dispersado de inmediato oyendo algo parejo, pero una civilización orientada hacia el trabajo inventivo puede permitírselo. Toda la duda se centra en si hay predestinación o más bien libertad para construir cada cual su destino, un modo indirecto de optar entre Dios como voluntad omnipotente o como ley de la Naturaleza. En cualquier caso, son indicios del favor divino sobresalir en el oficio, y los sentimientos de benevolencia que cada individuo suscite en su círculo.

YHWH castigó la rebeldía de Adán y Eva condenándoles a morir y sufrir⁴⁶, algo que no se entiende del mismo modo después del reloj y el telescopio, cuando en algunas zonas la situación de intemperie empieza a mitigarse de un modo

insólito por democrático. Milton, el coloso poético del puritanismo, remata su *Paraíso perdido* con un arcángel Miguel que adelanta a Adán el bien derivado de «tanto mal». En esencia, «abandonando este Paraíso te harás con otro, interior, de lejos más feliz»⁴⁷. Seguirá siendo preciso trabajar, desde luego, con la muerte como término; pero haber desarrollado inteligencia habría sido imposible en otro caso, y con tal implemento el ser humano dispone de un sí mismo.

Cuando la Biblia puede narrarse con acentos y ritmo homérico, como hace Milton, los denuestos milenaristas han cedido ante el deber de ser próspero, y laborar a disgusto se considera una prueba de que falta en esa persona el estado de gracia. Herederos últimos de un entusiasmo religioso surgido a finales del siglo XII—coetáneo a la contabilidad por partida doble y el pagaré ejecutivo—, los puritanos combinan su aspiración al desahogo con una «coacción ascética al ahorro». Cuando el lucro sólo esté limitado por las figuras del Código penal, su actividad será «la más poderosa palanca imaginable para lo que hemos llamado espíritu del capitalismo»⁴⁸.

Aquí cabe, no obstante, un equívoco. Si por capital se entiende lo objetivo —aquella parte del producto o las existencias que no ha de consumirse inmediatamente—, va de suyo que el capitalismo sólo falta en grupos como los extintos nambicuara del Mato Grosso, que en invierno nunca apilaban suficiente leña para no pasar frío y cada noche iban acercándose a las brasas hasta amanecer embadurnados de ceniza⁴⁹. Allí donde un grupo humano puede importar y exportar hay ya un sistema capitalista, y «espíritu del capitalismo» alude a un régimen político donde la parte del producto que no exige ser consumida inmediatamente puede en principio corresponder a cualquiera, y cambiar de manos. La tiranía y la eventual ruina de imperios como el chino o el romano son inseparables de que sus emperadores fuesen propietarios de todos o casi todos los bienes comprendidos en sus dominios.

Si Europa puede en el siglo xvii descubrir y poner en relación al conjunto del globo terráqueo es porque las ciudades han frenado requisas y chantajes de distintos autócratas. A fin de cuentas, entre la Atenas de Pericles y la Ámsterdam de Spinoza la estructura de negocio sólo difiere en que el trabajo ya no resulta monopolizado por siervos hereditarios. Atenas era pagana mientras Europa es cristiana, y el proceso que hemos seguido desde la crisis de Roma hasta la sociedad comercial exhibe sucesivas versiones en la interpretación del Nuevo Testamento, tantas como preciso fuere para pasar de una

pequeña secta hostil a la propiedad privada y la previsión hasta la clase media más amplia y previsora de los anales.

Aunque los Evangelios prometen vengar al pobre del rico, el cristianismo más fervoroso ha dejado de ser ajeno al merecimiento singular y a una lógica del beneficio inseparable del hallazgo como motor económico. El mérito de la falta de mérito, la gloriosa pobreza de espíritu, se ha ido desvaneciendo al tiempo que la miseria simplemente crónica. La conciencia infeliz cumple así un ciclo paralelo al auge, ocaso y extinción de la sociedad esclavista, sin que dejar de reinar suponga una catástrofe para la fe cristiana. «Y tan alta vida espero/ que muero porque no muero», su expresión más sublime, no resiste el embate de una residencia en la Tierra materialmente mejorada.

Pero el mensaje pobrista no carece de sempiternidad, y su eclipse es también el plazo de incubación que requiere asimilar una novedad tan impersonal como la sociedad comercial. «Restituir», lo básico, se prolonga en los primeros pasos de un comunismo acorde con las transformaciones ocurridas, que se apoya sobre fundamentos no tanto religiosos como políticos, apelando en principio al sentido común.

NOTAS

1 - Lutero, *Carta al pueblo de Danzig* (1525).

2 - Pico della Mirandola, *Discurso sobre la dignidad del hombre* I, 6.

3 - Cf. Braudel 1997, vol. I, p. 299.

4 - Troeltsch 1992, vol. II, p. 557.

5 - *Summa Theol.* II, 2, Q. 78 *ad quintum*.

6 - *Ética a Nicómaco*, V, 8.

7 - *Summa* II, 2, Q. 77.

8 - Buenaventura, *Comentarios al Decreto de Graciano*, Dist. LXXXVIII, canon *Qualitas lucri*.

[9](#) - Oresme hizo también notables contribuciones a la teoría del movimiento que culmina Newton.

[10](#) - Cipolla 2003, p. 214.

[11](#) - Schumpeter 1995, p. 137-138.

[12](#) - Molina 1941 (1593).

[13](#) - Si la oferta de efectivo por bienes desciende, observa allí, el nivel de precios caerá; por el contrario, cuando sea abundante —como sucede en España gracias a la plata de América— los precios subirán. Hasta 1940, cuando se redescubrió este escrito, se atribuía el hallazgo a Bodino, primer teórico de la soberanía política, que fue compañero suyo de estudios en la Universidad de Toulouse. No cabe negar a Bodino, sin embargo, una catalogación más precisa de las causas en el alza de precios, que a su juicio eran cinco: «la abundancia de oro y plata, los monopolios, la escasez debida a exportaciones o gasto excesivo, el lujo de reyes y nobles y la adulteración de la moneda». Cf. Spiegel 1973, p. 118.

[14](#) - Juan de Lugo los justifica de modo expreso por «lucro cesante» del prestamista.

[15](#) - Palmieri, en Schumpeter 1995, p. 204.

[16](#) - Cf. Schumpeter ibíd.

[17](#) - Gracias al visionario don Enrique el Navegante (1394-1460) y su escuela de Sagres, donde se forman cartógrafos y los primeros marinos capaces de trasponer el Cabo de Hornos.

[18](#) - Cf. North y Thomas 1982, p. 86.

[19](#) - Braudel 1992, vol. I, p. 467.

[20](#) - Cf. Braudel 1992, vol. II, p. 522-525.

[21](#) - En efecto, hay al menos cuatro juros: «perpetuos», «de por vida», «al quitar», y «de caución».

[22](#) - Los Welser y los Fugger entran en bancarrota por lealtad a su Emperador. La *vox populi* española murmura que han comprado gratis el país, pues para cubrir la deuda Carlos V les

otorga la renta de los Maestrazgos (pastos de las Órdenes de Santiago, Calatrava y Alcántara) y las minas de mercurio de Almadén. Sin embargo, eso equivale a menos de la mitad de lo convenido y no en los plazos previstos, sino confiando en un reembolso a largo plazo.

[23](#) - Felipe II intenta desembarazarse de los genoveses orquestando en 1555 una quiebra que además de ser puro fraude le sale mal, porque los *nobili vecchi* de Génova —con los Grimaldi, los Spinola y los Doria a la cabeza— sortean su maniobra y le dan con la puerta en las narices cuando lo consideran más oportuno y humillante. Para Braudel, desde ese preciso instante la finanza internacional deja de estar sometida al poder político.

[24](#) - Weber 1992, vol. I, p. 75. Su crítica del monacato «recurre a razonamientos que nada tienen de profano, y están casi en grotesca oposición con los principios que más tarde expondría Adam Smith. Pero esta fundamentación esencialmente escolástica no tardó en desaparecer y sólo quedaría la afirmación, sostenida cada vez más enérgicamente, de que cumplir los deberes intramundanos es el único medio para agradar a Dios» (ibíd).

[25](#) - Lutero, en Troeltsch 1992, vol. II, p. 475.

[26](#) - El padre del primero dirigía una empresa dedicada a la minería del cobre, el del segundo era notario apostólico y secretario del obispo. Ambos recibieron una educación esmerada y destacaron como estudiantes (Lutero termina su preparatorio de universidad con el número de dos de diecisiete). Calvino obedeció a su padre estudiando leyes. Lutero le rompió el corazón al suyo cuando en vez de jurista se hizo monje agustino, pues estando en el campo le cayó un rayo cerca y juró ordenarse si salía vivo de aquella tormenta.

[27](#) - Troeltsch 1992, vol. II, p. 903.

[28](#) - Lutero, en Troeltsch ibíd, p. 870, n. 269.

[29](#) - Ibíd., p. 561.

[30](#) - *Instituciones de la religión cristiana*, III, 21, 5.

[31](#) - Calvino, en Troeltsch 1992, vol. II, p. 586.

[32](#) - Calvino quema allí herejes a fuego lento (usando mucha leña verde para prolongar la agonía). Lo implacable de su temperamento aparece en recuerdos autobiográficos, como cuando piensa de sí mismo: «Siempre busqué un rincón escondido por amor al retiro y la sombra» (cf. *godrules.net/Calvin*).

[33](#) - Lutero 2005, p. 289.

[34](#) - Troeltsch 1992, vol. I, p. 466.

[35](#) - Weber observa que «vocación» (*vocazione* y *chiamamento* en italiano) es un término sin paralelo en griego y latín clásicos, cuyo único precedente antiguo se encuentra en el sustantivo hebreo traducido como «servicio», cuya raíz es «misión». Sólo falta en el francés, y cristaliza como proyecto específicamente profesional en el holandés *beroep*, el alemán *Beruf* y el inglés *calling*, que en danés es *kald* y en sueco *kallelse*. Invariablemente, la etimología desemboca en servicio a Dios —profesión de fe—, remitiendo a la *jlésis* de san Pablo, que es llamamiento a la salvación eterna.

[36](#) - Lutero, en Troeltsch 1992, vol. II, p. 558.

[37](#) - Su argumento es que el monto de bula («indulgencia plenaria») comprado por cada cual le otorgaría tantos o cuantos años menos de cola para entrar en el Cielo, discriminando así al humilde.

[38](#) - Serviría de catecismo a Hitler, tendiendo también un puente entre su Partido y el electorado protestante. Jaspers observó que contiene todo el programa nazi, sin perjuicio de alimentar las persecuciones previas. Demasiado tarde, el Concilio de la Iglesia Evangélica de América (1994) declaró: «Rechazamos esta invectiva violenta, y lamentamos aún más profundamente sus efectos trágicos sobre generaciones ulteriores» (cf. *Wikipedia*, voz «Luterus»).

[39](#) - Profesión de fe de Wittenberg; cf. Weber 1998, vol. I, p. 175, n. 44.

[40](#) - Baxter, en Weber *ibíd*, p. 170.

[41](#) - Los bautistas parten del menonita inglés John Smyth, que muere en 1621 tras sentar las bases de los *General Baptists* o bautistas arminianos. Al igual que el teólogo holandés Jakob

Arminius (1560-1609), postulan una redención general en vez de limitada a los «elegidos», como piensa el calvinista.

[42](#) - Cf. *Mennonite Encyclopaedia*, voz «Menno».

[43](#) - 1. Autoridad suprema de la Escritura. 2. Bautismo basado en la profesión de fe. 3. Pacifismo riguroso. 4. Separación total entre Estado e Iglesia.

[44](#) - La huella de su espíritu puede prolongarse hasta la *Religious Society of Friends* o secta cuáquera, fundada por George Fox en 1648 e indirectamente decisiva para la Constitución norteamericana (gracias al estatuto del posterior estado de Pennsylvania que redacta William Penn, un ferviente amigo de Fox).

[45](#) - John Wesley, en Weber 1998, vol. I, p. 193.

[46](#) - «Dijo a la mujer: 'Incrementaré los pesares de tu fecundidad; parirás hijos con dolor, sentirás ansia de tu esposo y él será tu amo'. Al hombre le dijo: 'Maldita sea la tierra por tu causa. Con esfuerzo te ganarás el alimento todos los días de tu vida, porque la tierra producirá espinas y cardos, dándote sólo plantas salvajes para comer. Te ganarás el pan con el sudor de tu frente hasta que vuelvas a la tierra, porque eres polvo y al polvo volverás'» (*Génesis 3:16-20*).

[47](#) - *Then wilt thou not be loath/ to leave this Paradise, but shall possess/ A Paradise within thee, happier far*». Milton nunca aceptó, por cierto, la idea de los «elegidos». Cuando se le preguntó sobre el Dios de Calvino repuso: «Podré ir al infierno, pero un Dios semejante nunca tendrá mi respeto».

[48](#) - Weber 1998, vol. I, p. 189.

[49](#) - Cf. Lévi-Strauss 1997, p. 271-329.



© Antonio Escotado 2008
LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO
<http://www.escotado.org>

Development Sciences Network Presence
www.catalanhost.com



Los
Enemigos_{del}
Comercio

LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO

18

Utopías y finanzas

«De la ferocidad, la avaricia y la ambición, tres vicios que descarrían al ser humano, las sociedades extraen defensa nacional, comercio y política [...] Este principio demuestra cómo las pasiones de hombres absorbidos en la búsqueda de su privada utilidad se retransforman en un orden civil que permite vivir en una sociedad humana.»

J. G. Vico¹.

Muchedumbres guiadas por el proyecto de una restitución han ido brotando desde finales del siglo XI —con Pedro el Ermitaño y la primera Cruzada de *pauperes*— hasta mediados del XVI, cuando desaparecen los últimos grupos de anabaptistas violentos. Hasta entonces el camino había estado expedito para «asegurar a pobres gentes que la fortuna de los ricos era el producto de un robo, que la desigualdad era tan contraria a la moral y a la naturaleza como a la sociedad»². Ahora la fabulación y el milagro tropiezan con un gusto por la exactitud que el espíritu del Barroco combina con su tenebrismo y su desengaño, mientras entran en vida vegetativa tanto aquellas masas medievales como el tipo de apóstol representado por el pastorcillo Esteban, el Maestro de Hungría o el tamborilero de Niklashausen.

Con las primeras novelas y dramas propiamente geniales llega

un análisis del héroe a la antigua, que descompone su afán en impulso de conservación (Hobbes), amor propio (La Rochefoucauld), autoconocimiento (Pascal) y fantasía delirante (Cervantes)³. Spinoza ha insistido en «pensar a los humanos como son, no como quisiéramos que fuesen»; Vico apostilla que «muy pocos querrían vivir en la República platónica»⁴, y las sociedades mercantiles siguen creciendo en un marco político de absolutismo, que es el heredero concreto de las instituciones feudales. El sistema absolutista constituye a su vez una solución de compromiso, que no tarda en ser desafiada por los neerlandeses, pero el eclipse de los *profetae* ebionitas y de sus volubles masas se apoya primariamente sobre la movilidad social alcanzada. A despecho de que siga habiendo grandes bolsas de pobreza, las razones para detestar al notable se contraen cualitativamente cuando los plebeyos pueden ascender sin sufrir la doma representada por la milicia o el sacerdocio. Los cauces civiles de promoción, que siglos antes disparaban insurrecciones comunistas, son el principal elemento estabilizador para poblaciones que están pasando del providencialismo servil a economías plenamente monetarias, donde ascender o descender en nivel de vida depende sólo de azares y destrezas.

Por supuesto, dar rienda suelta a la competitividad vulnera las seguridades más sagradas para el apostolado ebionita, que al carecer de una estructura esclavista como punto de apoyo debe situarse en el punto cero, oponiendo al estado concreto de cosas una sociedad que empieza y termina en planificación. La *República* platónica es un modelo inmortal, pero quien reaparece en el siglo XVI es un vulgarizador como Diodoro Sículo, un griego del siglo I a. C. que en su *Biblioteca histórica* describe «siete islas felices» pobladas por adoradores del Sol o «heliopolitas», todos ellos hermosos y sanos, miembros de un Estado donde ni el matrimonio ni la propiedad privada existen. Su «Ley Natural», incompatible con las herencias, determina una igualdad tan perfecta que todos mueren voluntariamente a la edad de ciento cincuenta años, en plenitud de facultades físicas y mentales⁵. En la Antigüedad, cuando el libro de Diodoro competía en difusión con los primeros escritos cristianos, el corrosivo Luciano de Samosata observó que su Ley Natural encanta a quienes, como él mismo, «andan muy fastidiados por tanto como disfrutaban los ricos»⁶.

I. Las primeras utopías

La versión europea más antigua del igualitarismo material

como sociedad perfecta aparece en 1515, cuando está gestándose la revolución comunista en Alemania, y es un opúsculo de santo Tomás Moro que edita en forma anónima su amigo Erasmo de Rotterdam, con el subtítulo *Libro verdaderamente áureo y tan salvador como juicioso sobre la mejor constitución estatal*. La omisión de autoría se explica por las altas responsabilidades políticas del autor, que acaba siendo lord canciller de Inglaterra y es el último mártir católico inglés, decapitado por Enrique VIII cuando se opone a su primer divorcio.

Moro empieza diciendo allí que en la isla Utopía (del griego *ou topos*, «no lugar») justicia y opulencia se consideran cosas antagónicas, que no hay propiedad particular y que el dinero sólo se usa para sostener un ejército de mercenarios o sobornar a posibles invasores. Su democracia tiene un jefe del Estado vitalicio que eligen dos tipos de representantes («filarcas» y «protofilarcas»), a su vez elegidos cada año, y los temas imprevistos se resuelven consultando al pueblo mediante plebiscitos. Los utópicos concentran sus energías en cubrir las necesidades mínimas de todos, y la preocupación pública es por eso que «nadie pida más de lo necesario». Como los bienes son limitados, aquello que uno tenga en exceso merma las existencias de otro u otros.

Repartir las necesidades es fruto de meticulosos cálculos. Uniformes en atuendo y comida, su tiempo libre se aprovecha en asistir a conferencias científicas, participar en actividades musicales y practicar el ajedrez, ya que los juegos de azar están prohibidos. El orden en materia de espacio, por ejemplo, parte de que «ninguna familia pueda tener ni menos de diez ni más de dieciséis personas», y el económico de una jornada laboral de seis horas los siete días de cada semana, idéntica para todos aunque adaptada al sexo y la edad de cada uno. No hay vacaciones. Cortésmente ajeno al tono del iluminado, Moro se expresa a menudo con humor y guardando una distancia estética, como al terminar el opúsculo: «No puedo adherirme a todo lo que acaba de ser contado sobre la isla de Utopía, pero reconozco que allí ocurren cosas que me gustaría ver imitadas por nuestras sociedades».

Por otra parte, supone que esa jornada laboral es imprescindible para cubrir las «verdaderas necesidades», sin modificar por ello una vida de «frugalidad extrema» para el conjunto, y en este punto no hace gala de humor alguno. En Utopía reinan a la vez lo más novedoso —un 100 por 100 de la población trabajando muy a gusto— y algo tan manido como el ideal de la santa pobreza. Ser el primer magistrado de Inglaterra tras el rey,

impuesto en todas las cuestiones de gobierno, no le sugiere en ningún momento el formidable excedente energético derivado de un pleno empleo absoluto. Doscientos años después, Cantillon constata que la mitad de los ingleses apenas trabaja, a pesar de lo cual el país va permitiéndose cada vez más «las cosas superfluas que hacen agradable la vida»⁷. Como no cabe atribuir la «frugalidad extrema» de los utópicos al efecto de su propia planificación rigurosamente centralizada, y como Moro no podía tampoco ignorar un absentismo muy superior en el siglo XVI, un horario obligatorio de ciento ochenta horas mensuales para todos equivale a una condena moral del ocio; debe evitarse a toda costa el tiempo libre. Su Estado perfecto no parte de un apocalipsis como la Nueva Sión de sus contemporáneos Müntzer y Leyden, pero tiene en común con ella una oposición irreconciliable entre justicia y prosperidad:

«De hecho, me parece [...] que donde haya propiedad privada, donde todo se mide con el valor del dinero, no será nunca posible llevar a cabo una política justa con éxito».

1. La prolongación del monasterio. No encontramos una nueva sociedad perfecta hasta *La ciudad del Sol* (1606), otra isla racional descrita por Tomás Campanella, un eclesiástico que pasó treinta años encarcelado por herejía. Como Moro, Campanella considera nuclear que «nadie tenga más de lo necesario» y que los lujos estén prohibidos, pues la prosperidad de unos implica pobreza para otros. El jerarca máximo de los solaríos controla producción y consumo con normas sobre alimentación, ropa y reparto de incumbencias laborales. No hay familias sino una «comunidad femenina» encargada de la función reproductiva, que evita pugnas entre intereses de clan y fomenta desapego hacia las posesiones. Los domicilios se intercambian cada seis meses y la mujer ya no puede elegir fecundador, pero el sentimiento simultáneo de desposesión y comunidad compensa esa pérdida:

«Eran todos ricos y pobres al mismo tiempo; ricos porque todos tenían lo necesario, y pobres porque ninguno poseía nada. Pero no servían a las cosas, sino las cosas a ellos»⁸.

Marx propondrá controlar la economía, en vez de ser controlados por ella, y Campanella le anticipa también con un tono combativo inexistente en Moro, pues «antes de que lleguemos a plantar y construir es preciso destruir y derribar muchas cosas». Como media casi un siglo entre ambas obras,

puede considerarse un eco del progreso técnico que las seis horas diarias de trabajo social obligatorio en Utopía se reduzcan a cuatro en su Heliópolis. Los solaríos viven unos doscientos años por término medio, gracias a su regla dietético-gimnástica y la evitación de vicios.

Al comparar los proyectos de Moro y Campanella observamos que el punto de partida y el de llegada es para ambos el régimen monástico donde se formaron. En sus proyectos de comunidades perfectas no aparecen las modificaciones que el tejido económico ha ido experimentando en Europa, y eso «explica la influencia antisocial atribuida a la riqueza»⁹. Sólo perciben amenaza en el hecho de que la relación voluntaria se haya multiplicado a expensas de la involuntaria —credo, territorio, cuna—, abriendo el horizonte a resultados imprevisibles.

Quizá por ello no volvemos a oír sobre sociedades propiamente utópicas hasta siglo y medio más tarde, en tiempos de Rousseau, cuando ya no hay alegorías expuestas con seriedad y esperanza —al modo de Moro y Campanella—, sino un género de viajes fantásticos a repúblicas carentes de propiedad privada, siempre insulares, donde la edificación moral tiene mucho menos peso que elementos novelescos. Entre ese tipo de literatura y el escueto elenco de textos renacentistas y barrocos sobre comunismo no hay quizá más secuela intermedia que el movimiento inglés de los niveladores o *levellers*, también conocidos como *diggers*¹⁰. Bajo dicha rúbrica se encuadran manifestaciones muy diversas, algunas afines incluso a una especie de protoliberalismo político, aunque para nuestra historia sólo sea procedente aludir a la rama anticomercial.

2. La sociedad nivelada, el desarrollo a gran escala y el estado del crédito. Los *levellers* llegan al registro histórico con una ocupación de tierras comunales que ocurre en Surrey hacia 1650, terminada poco después con el desahucio pacífico de los ocupantes. La larga y feroz guerra civil inglesa ha instado la transformación de muchos labrantíos en tierras de pasto para ovejas y reses, los productos agrícolas se han encarecido bruscamente y a la voz de «¿por qué no adviene ahora el reino de los mil años?» algunos líderes de la nivelación reclaman a Cromwell que la muerte del rey sea seguida por un reparto de sus regalías entre los «oprimidos, esclavos, siervos y mendigos.» Gerrard Winstanley sistematiza sus puntos de vista en *La ley de la libertad en una plataforma, o la magistratura restaurada* (1652), donde leemos:

«¿Son la compra y la venta un honrado derecho natural? No, forman parte de una ley de conquistadores. ¿Cómo puede resultar honesta una patraña? ¿No es acaso habitual que cuando se tiene un caballo malo, una vaca mala o cualquier clase de mala mercancía se lleve al mercado para tratar de engañar a cualquier incauto, y luego reírse abiertamente en sus barbas? Cuando la Humanidad comenzó a comprar y vender perdió su estado de inocencia. Nadie puede ser rico sino mediante el trabajo de los demás»¹¹.

En la sociedad nivelada será obligatorio trabajar duro hasta los cuarenta años, y a partir de entonces el empleo se irá adaptando al envejecimiento. El suministro en general lo verifican «almacenes estatales», y el trabajo asalariado queda prohibido, al igual que cualquier compraventa entre particulares. Walwyn, otro *leveller*, asegura que «si hubiera comunismo habría menos necesidad de un gobierno, porque no existirían ladrones ni hombres avariciosos»¹². Algo posterior, su paralelo francés es el cura de aldea J. Meslier, que prefigura la teología de la liberación en *Mi testamento*, donde propone abolición de la propiedad privada y trabajo obligatorio universal.

Inglaterra se está acercando a su Revolución Gloriosa, con la victoria de los liberales (*whigs*) sobre los conservadores (*tories*), y las tesis de los *diggers* coinciden con un país que sigue otros caminos. Mejoras en la red de canales y progresos de la construcción naval han abaratado el transporte acuático, multiplicando las relaciones entre las ciudades costeras y las del interior. Hay un consumo en rápido ascenso de azúcar, té, café y tabaco, así como mercados boyantes para queso, mantequilla, cerveza, cereales, carne, cuero y leguminosas. Causan revuelo tejidos venidos de Oriente, y las ciudades provinciales se empiezan a reconstruir a una escala propia de patricios, mientras núcleos de hombres ricos —muy ligados a cierta localidad y a la vez con intereses en todo el país— promueven buenas oportunidades para invertir a corto plazo. La propiedad crece en tamaño, el instrumento hipotecario se prolonga y amplía¹³.

El desarrollo propiamente dicho no puede sino contradecir aquello que Winstanley llama «un honrado derecho natural», así como los esfuerzos de los niveladores por restaurar el «Estado originario»¹⁴. Un siglo más tarde, sin embargo, cuando

la revolución industrial haya producido nuevas masas proletarias y despunte el espíritu romántico, su reivindicación de la «sociedad virgen» pasará de nuevo a primer plano. Precisamente entonces, cuando Hume redacta su libro favorito —la *Investigación sobre los principios de la moral* (1791)— los niveladores son su interlocutor básico para el capítulo dedicado a la justicia:

«Dividamos las posesiones de un modo igualitario, y veremos inmediatamente cómo los distintos grados de arte, esmero y aplicación de cada hombre rompen la igualdad. Y si se pone coto a esas virtudes, reduciremos la sociedad a la más extrema indigencia. En vez de impedir la carestía y la mendicidad de unos pocos, éstas afectarán inevitablemente a todo el cuerpo social. También se precisa la inquisición más rigurosa para vigilar toda desigualdad, tan pronto como aparezca por primera vez, no menos que la más severa jurisdicción para castigarla y enmendarla. Pero tanta autoridad habrá de degenerar pronto en una tiranía, ejercida con graves favoritismos.»

A mediados del siglo XVIII factores antes aislados empiezan a correlacionarse, como muestran estas consideraciones de Hume. Sin embargo, al describir la evolución del pensamiento religioso sobre la propiedad fue imposible describir al mismo tiempo las vicisitudes de la institución crediticia, y llega el momento de suplir ese vacío. Nos habíamos quedado a finales del medievo, donde el hecho de que el préstamo oneroso sólo lo practicasen pecadores-delincuentes produjo un número indeterminable de famélicos y muertos de hambre. Estimulado por leyes que le identificaban como vampiro, el prestamista se cubría en salud negándose a entregar metálico si el prestatario no firmaba haberle vendido tales o cuales bienes, normalmente todos, y cuanto más común fuese la alianza de unos deudores con otros para linchar a su acreedor más se aseguraban una circulación insuficiente de dinero, pues la forma más segura de elevar el interés es prohibirlo ¹⁵.

Pero esta situación empieza a cambiar con un prestamista adaptado al desarrollo material, que apuesta por el buen fin de cada empresa y quebraría si su negocio dependiese de ejecutar embargos. El tejido económico ha hecho que un campo sostenido antes por anónimos «sirios, lombardos y judíos» incumba a familias de ilustres plebeyos como los Buonsignori, los Medici, los Welser, los Fugger, los Grimaldi, los Hope o los Barings, que partiendo de algún fundador genial alcanzan y

pierden en pocas décadas el cenit de su influencia. Aunque Europa no pueda estar más lejos de una unidad política o siquiera religiosa, los negocios de esas dinastías empresariales la cubren de parte a parte, tendiendo relaciones que acercan de modo invisible a su población. El hecho ya permanente es que cuando una empresa parece rentable, o se trata de una persona con cuya palabra basta, ha dejado de ser un obstáculo la cantidad a desembolsar.

Por lo demás, el derecho canónico sigue rechazando cualquier cobro de intereses, y la mercantilización alterna avances con retrocesos. En Inglaterra, que recorre a su manera lo anticipado por las ciudades italianas y flamencas, una legislación errática sólo se consolida en 1571 al establecer un límite del 10 por 100 anual¹⁶, aunque el baldón de usura determina que lo pactado no pueda reclamarse judicialmente. En los demás países, y en la propia Inglaterra, que el crédito sea en algunos lugares y momentos una operación de mercado negro sigue suponiendo para ambas partes los riesgos de algo no por clandestino menos evitable. En Francia, por ejemplo, cualquier interés superior al 6 por 100 siguió siendo usurario hasta el 12 de octubre de 1789, tres meses después de estallar la Revolución.

II. Nuevos retos para el pueblo paria

Un noble veneciano observa en 1519 que «personas de todo rango acudían tan furtivamente a la casa de empeño como a una de mala nota [...] porque los judíos son tan necesarios como los panaderos»¹⁷. Supongamos que un grupo de católicos gallegos y otro de protestantes galeses emigran a América, y preguntémosnos qué probabilidad hay de que dos milenios más tarde sigan siendo allí lo que fueron en origen, en vez de canadienses, colombianos, argentinos, etcétera. Si los judíos dispusieran de una morfología diferencial, y si hubiesen observado en el ínterin una rigurosa endogamia, la persistencia de su identidad no desafiaría tanto lo probable, pero nunca tuvieron el apoyo de parecer una raza distinta ni dejaron de practicar la exogamia.

A esa identidad supratemporal y supraespacial corresponde también un persistente don para manejar con eficacia el dinero, que era ya un lugar común en el siglo iv a. C., cuando Alejandro Magno les cedió un sector de la recién fundada Alejandría. Su aptitud para ganarse la confianza de socios y clientes, núcleo de lo excepcional, sugiere hogares que son capaces de formar a indefinidas generaciones en el hábito de cumplir cada pacto. Tal costumbre puede atribuirse a honradez,

aunque parece más realista fundarla en el interés bien entendido. El estafador y el moroso, a despecho de algún éxito transitorio, no tienen en la esfera de los negocios otro futuro probable que el de arruinarse.

1. Del medievo a la modernidad. Las comunidades judías desaparecen en Europa del registro histórico entre el siglo IV y el XI, salvando dos o tres menciones a cierto judío que resulta ser contable o embajador de monarcas carolingios. Hacia 1080 aparece quizá la primera mención a un grupo de ellos, cuando Guillermo el Conquistador les encomiende organizar el cobro de las cuotas feudales y conceder préstamos a la nobleza

normanda en su nuevo dominio de Inglaterra¹⁸. A lo largo de los Siglos Oscuros, donde el dinero desaparece o existe sólo como joya, las familias judías sobreviven formando a cada hijo para que sea útil al señorío de cada lugar, mientras sus rabinos compilan ingentes repertorios de sentencias sobre los mínimos detalles de la vida cotidiana y su relación con la Ley.

Otras confesiones ligadas a un Libro se muestran hostiles o al menos desconfiadas ante el resto de los libros —oponiendo a la limitada racionalidad mundana las luces ilimitadas de su revelación—, mientras ellos aspiran a saber de todo para cumplir mejor sus deberes religiosos y profesionales. En el siglo XII uno de los discípulos de Abelardo observa:

«Por pobre que sea, si un judío tiene diez hijos tratará de que todos se instruyan, no tanto para ganar posición como hacen los cristianos sino para entender la ley divina, y no sólo sus hijos sino sus hijas»¹⁹.

Podemos negar de plano que esto fuese una regla observada en general por los cabezas de familia judíos, siquiera sea para no seguir desafiando el cálculo de probabilidades; pero no que el judaísmo legalista —en contraste con la vena profética asumida por sus celotes— aspira a un racionalismo sui generis, que a cambio de aceptar las arbitrariedades de su Ley sobre el prepucio, la levadura o la grasa quiere también residir en este mundo con todos los sentidos abiertos, y se prohíben técnicas ascéticas de mortificación para producir estados crepusculares de conciencia como los del místico. Las críticas de Maimónides (1135-204) al milenarismo apocalíptico indican que durante la fase de oscurecimiento y miseria hubo recurrencias de dicha actitud, aunque no llegaron a hacerse hegemónicas.

Los grupos judíos aprovechan el desarrollo de los burgos

comerciales para pasar a vivir en *ghettos* a menudo amurallados, menos expuestos a estallidos de furia fanática o pogroms de simple saqueo, donde su capacidad de ahorro no tarda en hacerles imprescindibles para un círculo más amplio que los monarcas y señores feudales. Ser discretos hasta lo legendario, sin proferir una palabra de más, les hace especialmente idóneos para administrar patrimonios mixtos, basados en bienes y derechos sobre ellas. A su inventiva puede atribuirse la idea de formar entramados de sociedades-trust donde una o varias familias gestionan negocios aparentemente autónomos, controlados desde una tercera y clandestina entidad que no sufre el desgaste mecánico de las ostensibles.

Su territorio seguro es desde hace siglos la Península Ibérica, donde aparecen como médicos, traductores, comerciantes y tesoreros de Castilla hasta la muerte de Pedro el Justiciero (o Cruel) en 1369. Las posteriores dificultades, que comienzan con la dinastía de Trastámara, son un reflejo de su propia fuerza política y social. Hay tantos, tan bien situados y en algunos casos tan patriotas que en el siglo XV se producen conversiones masivas, un fenómeno sin precedentes del cual parte una transformación en el sentido del antisemitismo. Hasta entonces descansaba sobre fundamentos religiosos, y a partir de ahora se hace racial²⁰, dentro de un clima progresivamente enrarecido por los propios «cristianos nuevos», algunos sinceros y otros no (Torquemada condenará a unos trece mil «marranos» por ese concepto), que acaba desembocando en nuevas discriminaciones, masacres como la de Lisboa y finalmente la expulsión.

2. La última diáspora. El mundo mercantil que se está abriendo camino es en principio una bendición, al redescubrir el tipo de actitud frugal y previsor que las familias judías enseñan. Pero el asunto es en la práctica mucho más áspero, porque la incorporación del cristiano a la vida empresarial —y en particular al crédito— encuentra en sus prestamistas y hombres de negocios una competencia sobremanera incómoda, casi siempre capaz de ofrecer en cada país dinero menos caro, y apoyada sobre una clientela fiel por eso mismo²¹. Su pretensión de sumarse al elenco de comerciantes y otros profesionales tropieza con barreras gremialistas justificadas por el trasfondo religioso (¿cómo contratar con los verdugos de Cristo?), y el destierro de España (1492) y Portugal (1497) culmina un proceso catastrófico iniciado bastante antes en Alemania e Italia²², cuyo reflejo popular es la leyenda del judío errante²³.

Llega entonces una época no tanto de persecución como de miseria, donde quizá por primera vez en mil años gran parte de ellos son más pobres que el más humilde de los campesinos. Francia e Inglaterra, países secularmente hostiles —de los cuales se huía a la menor oportunidad para evitar linchamientos y expropiaciones sistemáticas—, son los únicos donde la exigencia de conversión no resulta perentoria, y el horizonte de catástrofe funciona como abono para la vena ascético-apocalíptica reprimida hasta entonces. Aparece el misticismo cabalístico²⁴, junto con una ansiosa espera de su Mesías que acaba produciendo al lamentable Shabbetai Zevi, alguien aclamado por todas las comunidades de Europa, Asia Menor y África que cierto día se convierte al islam por simple pusilanimidad, sin haber sido objeto de amenaza grave.

Dentro del general empeoramiento sólo hay dos noticias alentadoras. Una es que los turcos se han apoderado en 1453 de Bizancio, cuyos confines resultaban sencillamente letales para el judío. La otra es que los Países Bajos insisten en tener libertad de conciencia. Aunque el sur de esa zona acabe sucumbiendo al terror católico, en el norte los tercios españoles son incapaces de doblegar a Holanda y otros seis territorios —las Provincias—, que construyen un oasis para la libertad religiosa. El pueblo paria puede elegir entre un gran imperio, donde el islam no atraviesa una fase singularmente integrista, y un país minúsculo de clima endiablado pero abierto como ninguno a que el diligente prospere por medios pacíficos.

Es precisamente en Turquía donde acaba apareciendo *El látigo de Judá*, una obra del malagueño Salomón Verga (c. 1450-1525) que no por victimismo sino para apoyar un autoanálisis crítico describe 64 persecuciones padecidas por los judíos. Buena parte de ellas parten a su juicio de ignorar «la ciencia política y la militar», algo que les condena a ir «desnudos» por el mundo. Además, imitan a los cristianos con su fe en supersticiones y leyendas, añadiendo a eso la altivez:

«No he conocido a ningún hombre razonable que odie a los judíos [...] Pero el judío es arrogante y siempre quiere dominar. A juzgar por sus actos y palabras no seríamos un pueblo de exilados y esclavos, sometidos por un pueblo u otro. Más bien intenta presentarse como amo y señor. De ahí que las masas le odien»²⁵.

Antes del decreto de expulsión, sefarditas españoles y portugueses han sobresalido en todas las ramas del

conocimiento y la técnica. Son el único puente entre la cultura árabe y la latina, y los inicios del tráfico a larga distancia les han permitido también incorporarse a la financiación industrial.

Para los más fieles a sus tradiciones, que son unos cien mil²⁶, abandonar el territorio donde llevan más de mil años es un desastre que seguirá siendo motivo de duelo hasta hoy. Para quien les expulsa el efecto es más irreparable si cabe, porque los exilados reconstruyen su vida en otros países, mientras España y Portugal se verán obligados a asumir un puesto de superpotencias sin el concurso de esa elite intelectual y mercantil.

El apego de quizá otros tantos por su Sefarad les lleva a aceptar el bautismo, pero topan con una tenaz caza de judaizantes a lo largo del siglo XVI y el XVII. Un polígrafo como José de la Vega —poeta, filósofo y autor del primer libro sobre la Bolsa— desciende del converso cordobés Isaac, que en 1650 abandona calabozos inquisitoriales para instalarse en Amberes; José, que ha nacido ya fuera de España, vive en Ámsterdam y atestigua su aprecio por la tierra ancestral escribiendo en un brillante castellano²⁷. Prescindiendo de esta nostalgia, los sefarditas se desempeñan bien en el Imperio otomano (donde algunos llegan a ocupar importantes cargos públicos) y en los Países Bajos. Mucho más dura es la suerte de sus hermanos ashkenazim, que siglos antes emigraron de Renania y el norte francés para refugiarse en Europa oriental. Ahora imitan a los exilados de Sefarad, aunque llegan en gran número y casi siempre paupérrimos.

Por lo demás, ambos han nacido en hogares donde conocimiento y fiabilidad se valoran notablemente, un buen principio para salir adelante en todo tipo de oficios. A las comunidades judías les interesa también cualquier ampliación o consolidación de los derechos de propiedad, cara de una moneda cuya cruz es progreso de las libertades civiles, y ya en 1500 el rabino Abraham Farissol bromea: «Si el dinero debiera prestarse sin interés a quienes lo precisan, justo será regalar también casa, caballo y empleo»²⁸. Un sefardita de Ámsterdam va a ser el gran teórico de la democracia moderna, y préstamos de sus magnates sufragar la resistencia del Continente al absolutismo, torpedeando primero los planes de Felipe II y luego los de Luis IV. Pero volvamos a procesos más impersonales.

III. La lógica del descubrimiento

El mayor héroe cívico desde el notario es el industrial, que quiere hacer algo nuevo —o encontrar nuevos modos de elaborar lo antiguo— para vivir desahogadamente de sus «venturas». La exigua minoría que se dedicaba ya antes al arte y a las ciencias era empresarial, sabiéndolo o no, y el hallazgo como acto rentable por definición llega cuando el círculo de inventores penetra en todas las ramas del comercio. No fue entonces difícil admitir un lucro desorbitado para la pauta ebionita, porque el descubrimiento amplía la capacidad de todos y puede considerarse un beneficio general. A diferencia de los gremios, centrados en las coacciones inherentes a una posición de privilegio, el industrial renuncia no sólo a ella sino al socorro en malos tiempos. Como observó Schumpeter, exponerse al fracaso con tanto denuedo le acredita para disfrutar sin restricciones del eventual éxito.

Con la actividad inventiva se consolidaba también una ambición social por naturaleza capaz de ayudar a otros y complacerles, que tiende sin esfuerzo puentes entre lo público y lo privado. Ningún jerarca declaró que los hombres se debiesen precisamente «industria» unos a otros, pero es esto lo que va imponiéndose con el tipo de patrimonio aparejado a los cambios. La riqueza de los industriales es pasajera y difusiva, la preindustrial se funda en un ascendiente perenne y exclusivo sobre el prójimo. Si el desahogo del empresario se sostiene pagando toda suerte de servicios, el del señor empieza y termina antes de llegar a la esfera dineraria, intentando evitar la ociosidad de sus esclavos y dependientes. Uno explota conocimientos y el otro explota privilegios.

Portavoz del viejo orden, Hobbes observa en 1650 que «la riqueza es poder cuando va unida a liberalidad, porque procura amigos y servidores. Sin liberalidad no lo es, porque en vez de proteger expone a las asechanzas de la envidia»²⁹. Se expresa como un senador romano o un magnate feudal, cuando a su alrededor progresa una turbulencia comparable con la equiparación jurídica entre patricios, clientes y plebeyos, sólo que ahora no hay esclavos. La estratificación que acompaña al crecimiento añade a las condiciones antiguas (dependencia, extranjería, credo) un componente cada vez más poderoso de suerte y habilidad.

1. Tenderos y aventureros. Al industrial le interesa el paso catastrófico por definición para el autoritarismo productivo, que es un mercado donde el consumidor sea soberano; y al consumidor le interesa suprimir cualquier prebenda opuesta a la autonomía de su voluntad como adquirente. Entre uno y otro sólo se interpone ahora el proceso de endeudamiento de los

reyes, que es la otra cara del Estado nacional y les ha llevado a vivir de vender todo tipo de franquicias profesionales. Dicho régimen desemboca en monopolios de mayor o menor entidad, amparados por «patentes» del monarca que otorgan exclusivas tanto a grupos de artesanos como a individuos singulares. En Francia —el país más afecto a esta corruptela— la regencia de Richelieu (1585-1642) suprime unos cien mil «oficios» amparados por patente mientras se ponen a la venta otros tantos «empleos públicos», que pueden comprarse exentos de impuestos y con otros privilegios ³⁰.

El acuerdo entre industriales y consumidores habría resultado quimérico en cualquier época previa, y aunque la salud del crédito allana su camino es instructivo seguir los obstáculos que empieza encontrando. Véase, por ejemplo, el caso de la *Society of Merchant Adventures*, también llamada *Merchant Adventurers*, que se funda a mediados del siglo xiv y subsiste hasta principios del XIX ³¹. En 1571 la hallamos acosada por presiones gremiales, y obligada a presentar el siguiente pliego de descargo al Parlamento:

«Segunda objeción. El precio de los artículos aumenta, siendo más caros en Bristol que en ningún otro lugar de Inglaterra. *Respuesta.* El precio de los artículos importados por nosotros es inferior en Bristol al de Londres, como prueban los vigentes en el gran almacén que acabamos de abrir allí, donde a despecho de pagar su transporte obtenemos un beneficio superior al que habríamos obtenido aquí, siendo esos artículos tanto mejores como más baratos que en cualquier otro punto de Inglaterra.

Tercera objeción. Nuestra flota ha mermado. *Respuesta.* Nuestra flota no puede haber mermado desde el último Parlamento sino todo lo contrario, pues hemos construido diez navíos, comprado varios más y asegurado el mantenimiento del resto. Aunque perdimos algunos, en parte por el embargo de España, tenemos el doble que al confirmar nuestra patente, como bien sabe nuestro Vicealmirante.

Cuarta objeción. Los derechos de aduana han mermado. *Respuesta.* Han crecido grandemente, según demuestra la copia exhibida de los libros aduaneros.

Quinta objeción. Los artesanos pobres no tienen tanto trabajo como podrían tener. *Respuesta.* En

los dos últimos años y gracias a nosotros han llegado 400 cargamentos adicionales de tejido, que dan más trabajo a los artesanos pobres. Los minoristas ricos no cesan de devorar a los más pobres, así como a los importadores que están obligados a venderles solo a ellos. Su incompetencia (*unskilfulness*) comercial degrada por fuerza la provisión inglesa de bienes, y cuantas más mercaderías controlen más caras resultarán. Lesivo es para quien aprendió durante siete u ocho años a traficar que su vida sea acosada por quienes ignoran dicho arte, cuyo ejercicio requiere más pericia de lo que habitualmente se supone.

Pero ningún minorista ha construido una sola nave, y un solo comerciante humilde ha soportado más pérdidas por servir al Príncipe que todos los tenderos de Bristol. Todos los beneficios hechos por la ciudadanía de Bristol —como la construcción de hospitales, regalos de dinero para vestuario y otras medidas destinadas al pobre— son obra de comerciantes exclusivamente, jamás de minoristas o de cualquier otra ciencia» ³².

Los abogados de *Merchant Adventurers* habrían podido defender con idénticos argumentos a compañías de toda Europa, acosadas igualmente por gremios artesanales convertidos en sindicatos de minoristas. A diferencia del tendero (*retailer*), el comerciante no tiene su familiaridad con el consumidor ni una densa red de expendedorías; pero ante todo no tiene privilegios ni representantes en el Parlamento, y el hecho de que *retailers* y *merchants* sean actividades rigurosamente complementarias no cambia que los sindicatos aspiren a reinar sobre los autónomos. El gremio es independiente hasta de lo que piensen uno a uno sus miembros, y desde el primer alzamiento urbano registrado —el de Cambrai (1075)— discrimina al que tenga menos arraigo, amparándose para ello en estar defendiendo lo «seguro» frente a lo «incierto». Andando el tiempo sus estatutos incluirán como derecho indudable el de oponerse a «reventadores de precios».

Con todo, estas pretensiones van perdiendo capacidad de convocatoria, y apoyo institucional, en un campo progresivamente ligado al manejo de la incertidumbre, donde capital y empleo penden mucho más de innovar que de controlar. En 1571 resulta ya imposible negarlo, y los

Merchants rematan su alegato aludiendo a méritos demostrados con obras de beneficencia y servicios al Príncipe. Las Objeciones que se les han opuesto son tan estereotipadas como corresponde a algo reiterado sin cambio desde hace siglos, y tan sencillas de refutar como exhibiendo una copia del libro de aduanas o consultando al Almirantazgo. Lo más llamativo ahora es la discriminación entre asociaciones: unas pueden ser acusadas de elevar los precios y mermar los recursos, por otras que viven precisamente de hacer eso mismo.

En efecto, ambas renuncian abiertamente a poner en práctica su capacidad de abastecer a los mercados, sin detenerse ante la destrucción sistemática de cosechas o stocks de manufacturas para ajustar los precios a sus conveniencias. Pero los artesanos-tenderos invocan la protección del Estado para algo que en realidad es cada vez más anacrónico, pues implica a fin de cuentas negar un proceso donde el simple crecimiento está pasando a ser desarrollo, transformación cualitativa. A largo plazo, su afán «por regular las cantidades de productos industriales tropieza con la gran industria, que significará al fin de los gremios»³³.

IV. La corporación mercantil

Hasta principios del siglo XVII, los miembros de cualquier compañía no sólo pueden perder el negocio sino todo su patrimonio. Sigue vigente la responsabilidad común e ilimitada de cada uno, y quien haga negocios arriesgará tanto menos cuanto más evite asociarse, algo que en la Roma republicana e imperial abortó la creación de indefinidas empresas. Esta normativa parece ahora un freno arbitrario a la acumulación de recursos materiales y humanos, y la *common law* inglesa se adelanta al resto de las legislaciones diseñando una asociación donde «si algo se debe al grupo no se debe a los individuos, ni los individuos deben lo que el grupo debe»³⁴.

Ese estatuto de «cuerpo social» (*corporation*) es lo que obtiene la Compañía de las Indias Orientales (1600), primer negocio donde los socios sólo pueden perder el capital aportado. Aunque la sociedad por acciones sea todavía algo unido al favor, que exige una autorización discrecional de la Corona, se incorporan a ese régimen empresas preexistentes —la Muscovy Company y la Levant Company— o su mucho más importante análogo holandés. Como la letra de cambio, que reduce la inseguridad sin aminorar la fluidez y cuantía de las operaciones, la corporación mercantil estimula vigorosamente la inversión. Ahora es posible aunar fuerzas con otros sin

arriesgar más allá de cierta apuesta, y sin admitir a priori un límite de la ganancia.

Dos años después de que la East India Company obtenga sus cartas credenciales, Holanda otorga las suyas a una empresa del mismo nombre, la *Vereenigde Oost-Indischen Compagnie* (V. O. C.), que a despecho de fundarse en un país minúsculo comparado con Inglaterra nace con un capital social diez veces superior³⁵. Medio siglo más tarde tiene en nómina a unos ciento cincuenta mil empleados, que articulan un tráfico sostenido materialmente por ocho mil marinos profesionales y más de doscientos cruceros. En años buenos, como el bienio 1657-1658, traslada a Extremo Oriente el doble de las rentas percibidas por la Hacienda española durante el mismo periodo, recuperando esos desembolsos con un dividendo medio algo inferior al 4 por 100. Si no reparte mucho más es porque algunos grandes patricios de Ámsterdam —como los Hope o los Neuville— copan de un modo u otro la adquisición y distribución de sus importaciones, cosa sin duda perjudicial para los accionistas aunque tolerada en un territorio donde la mayoría obtiene ingresos superiores al alza en el coste de la vida.

1. Una multiplicación del efectivo. El primer brote mundial de dinero muy barato y sin adulteración llega con la edad de oro genovesa —entre 1550 y 1620 aproximadamente—, cuando los Grimaldi, los Spinola, los Doria y unas pocas familias más sustituyen a los arruinados banqueros alemanes en «el crucial servicio de hacer que las rentas fiscales y la plata americana pasen de ingresos *irregulares* a ingresos *regulares* para el rey de España»³⁶. Esos *asentistas*, como se les llama en Madrid, logran dicha proeza hasta que Felipe II intente estafarles. Aunque Venecia sigue obstinada en obtener el tradicional 20 por 100, y acelera su decadencia, los financieros genoveses mueven sus activos con una rebaja que de paso controla a los competidores del momento, situando el interés del dinero en una franja que fluctúa del 2 al 3 por 100. Emprender ha dejado de ser caro.

Para entonces los astilleros de Ámsterdam y Rotterdam han botado naves capaces de trasladar en cualquier dirección unas seiscientos mil toneladas métricas³⁷; el resto de Europa tiene una flota equiparable a otro tanto o poco más, y el resultado es un medio donde las ferias acontecen a diario, por no decir que algunas ciudades son una sola y enorme feria, abierta noche y día. Amberes, una de las más florecientes hasta ser tomada por mercenarios al servicio de España, erige en su puerto una

estatua a Mercurio —patrono de los mercaderes— y hace justicia a las alas que ese dios tiene en la cabeza y los pies. La gestión que demandaba años o lustros estando vigente la Paz de Dios ocurre allí en semanas o meses, a velocidad mercurial.

El comercio tiene masa crítica suficiente para disparar reacciones en cadena, que al ser irreversibles barren los residuos de economía doméstica e imponen al sistema «hacerse analíticamente consciente de sí»³⁸. Gremios y consorcios se esfuerzan por mantener e incrementar sus monopolios, aunque los precios derivan de cambios mucho más sutiles en el medio, donde lo esencial son «promesas, realidad diferida»³⁹. El banquero confía en hombres de negocios y ellos confían en el banco, aceptando que puedan prestarse varias veces las mismas sumas antes de haber restituido el primer prestatario. Su fundamento es la evidencia puramente empírica de que, si no media alarma, sólo unos pocos vacían cada día su depósito.

2. Los bancos de inversión. Cinco años después de la V. O. C. aparece el Banco de Ámsterdam (1609), que ya no es una caja de monedas y joyas sino el domicilio para ingresos y pagos de una clientela empresarial. Como sus operaciones consisten básicamente en transferencias de cuenta a cuenta —y tiene unos dos mil depositantes— ofrece ante todo fiabilidad y puede cobrar a sus clientes en vez de pagarles intereses, inventando la comisión bancaria⁴⁰. Se ofrece también para verificar la ley de cada divisa (detectando porcentajes de adulteración y posibles «aligerados»), y emite recibos por el valor de cada depósito que para el depositario resultan negociables. Sus líneas de crédito —una práctica imitada enseguida por bancos de Rotterdam, Maastrich y La Haya— ofrecen al 5 por 100 un «papel» que dinamita la equivalencia entre valores depositados y títulos emitidos a cuenta suya. Las cecas de acuñación —que durante todo el medievo han sido monopolios de reyes, obispos y otros magnates— han dejado de ser el origen único de efectivo, y los primeros analistas económicos piensan como sir William Petty, uno de los más ilustres:

«Pregunta: ¿Qué remedio hay si tenemos demasiado poco dinero? Respuesta: Debemos crear (*erect*) un Banco»⁴¹.

En efecto, el dinero bancario se desplaza de modo más rápido y seguro, permite compensaciones automáticas y potencia la moneda preexistente⁴². Prestando aquello que recibe en

depósito el nuevo banco acelera los negocios y reduce el tipo de interés, al mismo tiempo que permite a los clientes mantener activas sus reservas. Por otra parte, la velocidad con la cual circula ahora el dinero invita a creer en portentos como la generación espontánea y la plurilocalización —estar al tiempo en varios lugares—, evocando discursos sobre la «magia» y el «misterio» del crédito que en manos inescrupulosas acaban introduciendo hallazgos catastróficos, como la *Banque Royale* que el escocés John Law le vende al exhausto Tesoro francés. «Una mayor velocidad en la circulación de dinero equivale hasta cierto punto a un incremento del efectivo»⁴³, si bien el *hasta cierto punto* tiende más a omitirse que a destacarse.

El hecho de que sea posible disponer varias veces del mismo activo⁴⁴ es, sin embargo, un corolario del desarrollo mercantil. En una economía de trueque simple, donde se intercambian ciertas mercancías por otras, ningún aumento en la velocidad de intercambio eleva lo más mínimo el número de bienes, y que no suceda lo mismo con el dinero sólo puede explicarse por su peculiar naturaleza:

«No hay ningún caso en el cual un título sobre una cosa pueda servir al mismo fin que la cosa misma: no se puede montar un derecho sobre un caballo, pero se puede pagar con un derecho sobre dinero. Esto es una razón de peso para llamar dinero a lo que es propiamente un título sobre dinero legal, siempre que ese título sirva como medio de pago [...] Si los instrumentos de crédito, o algunos de ellos, penetran en el sistema monetario es porque el dinero constituye un instrumento de crédito, un título sobre el único medio de pago realmente último, que son los bienes de consumo»⁴⁵.

Pero a finales del XVII, cuando esta movilización empieza a generalizarse, no está para nada claro cómo podrían los gobiernos animar situaciones de enfriamiento o enfriar las recalentadas. Ni siquiera lo está entender la maldición del legendario rey Midas, que convirtiendo en oro todo cuanto tocaba se condenó a morir de hambre. Precisamente venerar el metálico caracteriza a la llamada escuela mercantilista, un movimiento doctrinalmente difuso que sólo tiene en común propugnar el atesoramiento del oro y la plata. Como Midas, no puede ser más ajena a una riqueza medida por bienes de consumo, libertades y conocimientos.

El hallazgo de los financieros holandeses promueve en otros países una creación de bancos emisores, cuya primera manifestación es el de Inglaterra. Junto a sus ventajas, estas instituciones introducen también una nueva gama de riesgos, empezando por el hecho de que fabricar moneda y billetes resulta más cómodo para el Estado y más peligroso para los particulares. Los jerarcas, que obtenían sus recursos aumentando la presión fiscal o endeudándose con prestamistas particulares, pueden especular ahora con el dinero público. Algunas iniciativas del Banco de Inglaterra se ligan a brotes inflacionarios, y el Parlamento adopta sucesivas leyes antiburbuja (*Bubble Acts*) que son las primeras reacciones ante la vertiginosa complejidad que está alcanzando el mundo económico.

NOTAS

1 - Vico, *Scienza nuova* 1725, 132-133. Este párrafo de Vico anticipa la mano invisible de Smith, la hegeliana astucia de la razón y el proceso sublimador en Freud; cf. Hirschman, 1990, p. 17.

2 - Tocqueville 1984, p. 185.

3 - Sobre la demolición del héroe consumada por el Barroco, cf. Bénichou 1948, p. 155-80.

4 - *Scienza nuova*, 131.

5 - *Bibl. hist.*, II 55-60.

6 - Luciano, en Cohn 1970, p. 188.

7 - *Essai* I, 16, 2.

8 - Campanella, en Fetscher 1977, p. 47.

9 - Durkheim 1982, p. 128.

10 - En el sentido de los que cavan (*dig*) de un modo u otro, empezando por el arado. Sus representantes rurales empiezan arando y sembrando terrenos no propios.

[11](#) - En Fetscher 1977, p. 54.

[12](#) - Ibíd., p. 51.

[13](#) - Cf. Plumb 1967, p. 3-8.

[14](#) - Winstanley, en Cohn 1970, p. 288.

[15](#) - Su precio crece «en consideración al riesgo y peligro que lleva consigo evadir la ley»; Smith 1982, p. 93.

[16](#) - Cf. Spiegel 1977, p. 107.

[17](#) - Cf. Braudel 1992, vol. II, p. 563.

[18](#) - Cf. Shahak 2002, p. 153.

[19](#) - Cf. Johnson 1988, p. 193.

[20](#) - Cf. Johnson 1988, p. 224. Leonor de Guzmán, esposa de Enrique II, es judía de ascendencia, como la madre de Montaigne o el obispo de Burgos, Pablo de Santa María, por no mencionar al gran inquisidor Torquemada.

[21](#) - Ibíd, p. 216.

[22](#) - Los hitos son Viena y Linz (1421), Colonia (1424), Augsburgo (1439), Baviera (1442), Moravia (1425), Perugia (1485), Vicenza (1486), Parma (1488), Milán y Lucca (1489) y finalmente Florencia (1494), donde han sido protegidos por los Medici pero no sobreviven a su caída.

[23](#) - Cierta individuo muy arrepentido, condenado a vagar sin poder morir hasta la Segunda Venida por haber golpeado a Jesús durante su *via dolorosa*. El obispo de Schleswig atestiguó haberle visto personalmente en 1524, mientras rezaba en una iglesia de Hamburgo.

[24](#) - La rama principal de la Cábala, fundada por el rabino Isaac Luria (1538-1572), sostiene que de una insondable causa primera emanan deidades presididas por el Padre y la Madre, cuyos hijos se cruzan y recruzan acosados por las maquinaciones de Satán. El resultado es una prolija novela cosmológica, afín a la gnosis helenística y al sistema de Mani.

[25](#) - Verga, en *Encyclopaedia Judaica*, vol. 8, p. 1204-1205.

[26](#) - Cf. Johnson 1988, p. 229.

[27](#) - Véase la introducción de Anes a De la Vega 1688 (1986).

[28](#) - En Johnson 1988, p. 248.

[29](#) - Hobbes 1979, p. 189.

[30](#) - Cf. Tocqueville 1982, vol. I, p. 130.

[31](#) - Sólo desaparece con la toma de Hamburgo por Napoleón (1809). Desde 1611 se ha mudado allí, para evitar las obstrucciones halladas en su propio país; cf. Braudel 1992, vol. II, p. 448. Los *adventurers* tenían un código de costumbres tan exigente con el decoro como los negociantes hanseáticos, sus rivales.

[32](#) - Páginas 54-55 del alegato; cf. *bris.ac.uk/Dept/History/1571parliament*.

[33](#) - Menger 1997, p. 276.

[34](#) - Cf. *Encyclopaedia Britannica*, Macropaedia, voz «Corporation».

[35](#) - 6.500.000 florines, equivalentes a 64 toneladas de oro; cf. Braudel 1992, vol. III, p. 224.

[36](#) - Braudel 1992, vol. III, p. 165. Subrayado suyo. En efecto, los tercios cobran mensualmente —y en oro, no en plata—, y de demorar ese pago se siguen consecuencias tan temibles como el saco de Roma.

[37](#) - *Ibíd*, p. 190.

[38](#) - Schumpeter 1995, p. 368.

[39](#) - Braudel 1992, vol. I, p. 476.

[40](#) - Cf. Schama 1997, p. 345-346.

[41](#) - *Quantulumcumque Concerning Money* (1682), Cuestión

26.

[42](#) - Un ejemplo extremo ofrece el sefardita Isaac de Pinto en su *Tratado sobre la circulación y el crédito* (1761), recordando cómo pagó a su guarnición cierta ciudad sitiada. «Alguien pensó pedir prestado a las cantinas su efectivo, que eran 7.000 florines. Al terminar la semana esa suma había regresado a las cantinas y volvió a prestarse. Esto se reiteró otras seis semanas, hasta la rendición, con lo cual 7 se convirtió en 49»; Pinto en Braudel 1992, vol. I, p. 468.

[43](#) - Cantillon 1755, II, 6, 6.

[44](#) - Una exposición polémica del mecanismo ofrece Mises 1995, cap. XX.

[45](#) - Schumpeter 1995, p. 371.



© Antonio Escohotado 2008
LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO
<http://www.escohotado.org>

Development Sciences Network Presence
www.catalanhost.com

Los Enemigos_{del} Comercio

LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO

19

El coloso minúsculo

«Las tierras producen menos por razón de su fertilidad que por la libertad de sus habitantes.»

Ch. H. Montesquieu¹.

¿Cómo pudieron los neerlandeses² resistir no sólo al conde-
duque de Olivares y el imperio español sino a la Francia de
Luis XIV, hasta hacerse árbitros de Europa desde finales del
siglo XVI hasta bien entrado el XVIII? Su población formaba
parte en origen de las llamadas diecisiete provincias flamencas,
feudos del Sacro Imperio desde 1477 —por matrimonio del
emperador Maximiliano con María de Borgoña—, que serían
heredados por Carlos de Gante, futuro Carlos V, teniendo él
seis años. Así iban a mantenerse hasta Felipe II, cuando

Holanda y otras seis autonomías³ se embarcan en una guerra de
independencia prolongada durante ochenta años, sin otro aliado
nobiliario que un magnate de rango medio como Guillermo I el
Silencioso, duque de Orange. Imprimen entonces una moneda
que en una de sus caras porta el lema *Libertas Patria* y en la
otra representa a una doncella tocada por el sombrero de hongo
libertario, luego convertida en una joven que ordeña a una gran
vaca.

El Juramento de 1581, que crea las Provincias Unidas y
consume la secesión de España, se apoya de modo expreso en
lo argumentado diez años antes por Bartolomé de las Casas. A
saber, que «si el Príncipe no respeta las leyes y usos de un país,
el pueblo tiene derecho a elegir otro regente». Y, en efecto, el

absolutismo de Felipe II no podía ser más extraño a territorios caracterizados ya entonces por una descentralización radical, donde no ya cada provincia sino cada ciudad eran repúblicas autónomas y la actividad económica llevaba generaciones a cubierto de veleidades gubernativas. Partían de «una filosofía de la vida basada en frugalidad e industria»⁴, con clases medias hechas a practicar la sencillez del menonita y empresarios a menudo calvinistas, apasionados por la apuesta como «juego del ser humano»⁵.

Cuando Guillermo I resulte asesinado, poco después, ni los propios neerlandeses creen posible sobrevivir sin apoyo externo. De ahí ofrecer el título de soberano—protector al duque de Anjou, y luego a Enrique III de Francia e Isabel I de Inglaterra, que declinan la oferta por un motivo u otro. Cuando esos intentos fracasen no hay otro remedio que rendirse a la corona española o seguir adelante con lo esencial de su aventura política, y en 1588 el nuevo país se convierte en una república democrática, gobernada por el principio de la mayoría simple. Pero así comienza su larga edad de oro. Hasta la segunda mitad del siglo xviii, los jornales que paga por cualquier oficio especializado, o por el simple peonaje, son al menos un 50 por 100 más altos que en el resto de Europa —y, por supuesto, que en todo el resto del planeta—, y en esos tiempos

«Pocos temas recurren tanto en la conversación de hombres ingeniosos como el maravilloso progreso de este pequeño país, que en cien años ha crecido hasta una altura que trasciende infinitamente a todas las viejas repúblicas griegas, y no desmerece de las mayores monarquías del pasado»⁶.

I. Algunas curiosidades

Los vikingos usaron su destreza como carpinteros y herreros para lanzarse a expediciones de conquista. Los frisios y bátavos, que desde mucho antes ocupaban la desembocadura meridional del Rin, se conformaron con esa inhóspita zona y acabarían destacando en todas las ramas de la ingeniería. Gracias a ello supieron quitarle cinco mil kilómetros cuadrados al Atlántico, revolucionar la agricultura, inventar la Bolsa moderna o poner en comunicación al planeta entero con la V. O. C. y su hermana, la Compañía de las Indias Occidentales.

Reinando Vespasiano el jefe bático Claudio Civilis sublevó a buena parte de la Germania, y lo hizo con tal pericia que el Imperio acabó firmando una paz tras varios años de lucha⁷. Roma había osado vender como esclavos a unos jóvenes de la tribu, y la exigencia incondicional de libertad defendida por aquellas gentes sigue resonando en crónicas altomedievales con su grito de batalla: «Antes muertos que sometidos». Cuando la tierra es invendible en toda Europa —porque pertenece en parte al rey, en parte al señor y en parte a la familia en sentido amplio, siendo por eso mismo propiedad comunitaria— los neerlandeses tienen hace siglos un régimen de propiedad individual enajenable⁸. Cuando la Hansa es hegemónica en todo el norte, hasta el extremo de forzar la claudicación de Noruega o Dinamarca en litigios puntuales, son flotas holandesas quienes moderan —por la fuerza en caso necesario— sus pretensiones de monopolio.

Pero si hay que elegir entre la batalla y el contrato se elige esto último, pues salir adelante en aquellos páramos no sólo ha enseñado que libertad y propiedad son inseparables, sino que tesón y conocimiento pueden suplir cualquier desventaja inicial. Su primer ministro de Witt advierte a las potencias europeas que «derramaremos hasta la última gota de nuestra sangre» para no admitir iniquidades, mientras su secretario añade que el país estará siempre abierto a cualquier «paz honorable y segura», pues en todo caso «esperaremos a que nos hagan la guerra»⁹. En 1592 Cornelis van Houtman compra un pasaje a la India fingiéndose portugués, es descubierto poco antes de desembarcar y salva la vida prometiendo un buen rescate, que tardaría muchos meses en llegar a su mazmorra de Goa. Cuando vuelve apenas tiene tiempo para pisar su tierra, porque la Cámara de Comercio de Róterdam le ha preparado cuatro naves bien pertrechadas, que logra guiar hasta la India gracias a la experiencia adquirida en el primer viaje. Allí tiene el gusto de meter en mazmorras a sus carceleros, instalando el primer puesto comercial neerlandés en Extremo Oriente.

En 1688 el capitán general de las Provincias Unidas, Guillermo II de Orange (1650-1702), desembarca en Inglaterra apoyado sobre una armada de invasión que le convierte en Guillermo III, rey de Gran Bretaña, Escocia e Irlanda. Mientras fue el príncipe sin corona de su país alimentó tentaciones absolutistas, pero al conquistar el Reino Unido su meta declarada —y cumplida— es la reforma democrática llamada *Glorious Revolution*, «que priva al monarca de todo poder arbitrario sobre la propiedad o la libertad personal de cualquiera de sus

súbditos»¹⁰. El hecho de exigir a los *whigs* ingleses una invitación por escrito no altera el logro técnico y militar: su flota bloquea al tiempo los principales puertos, desembarca en los puntos previstos y consume en general lo que cien años antes intentara la supuesta Armada Invencible de Felipe II.

Poco antes su principal partidario en Inglaterra —el portavoz de los Comunes y gran codificador del *common law* ante «arbitrariedades de la legislación», Edward Coke, director también de la London Company— ha formulado el principio en origen holandés de que «los jueces no hacen la ley y se limitan a declarar la preexistente»¹¹. Su homónimo, compatriota y coetáneo, el viajero Roger Coke, constata entonces con admiración que en las Provincias «ambos sexos son educados en matemática aplicada, y aprenden en la escuela lo fútil del proteccionismo»¹².

1. Una aristocracia del conocimiento. Las Provincias brillan ante todo merced a contemporáneos de Guillermo III como Johan de Witt (1625-1672) y Baruch Spinoza (1632-1667), que destacan entre una pléyade de científicos, empresarios y políticos. Patricio civil por cuna, de Witt es elegido primer ministro a los veintiocho años y gobierna casi dos décadas, consolidando las instituciones de una república donde libertad política y económica van de la mano. Las academias le recuerdan como jurista y geómetra, o más aún por una «matemática del azar» hoy conocida como cálculo de probabilidades¹³, sin que los demás le tengamos presente siempre como aquello que en realidad fue: el estadista liberal originario.

Para pensar la democracia no le faltaron buenos ayudantes como su secretario Pieter de la Court¹⁴ y ante todo el tallista de lentes y dilecto amigo Spinoza, que a instancias suyas eleva el programa de la libertad (*vrijheid*) neerlandesa a dimensiones intemporales. Su inconcluso *Tratado político* (1672), secuela del previo *Tratado teológico—político*, presenta el Estado racional como unidad construida sobre el culto a la diferencia, que se contrapone por eso mismo a la unidad simple o nacional del absolutista.

II. Navegando el riesgo

En Francia y en Alemania, sus vecinos geográficos, la aristocracia está exenta de tributación. En Las Provincias sólo

están exentos de tributación los indigentes, una medida imitada algo después por Inglaterra. En Holanda, la provincia más rica con mucho, una ciudadanía exigente por no decir díscola veta el menor gasto prescindible a costa suya, admitiendo sólo una remuneración simbólica para los cargos públicos. De Witt, por ejemplo, ocupa la más alta magistratura exclusivamente porque deslumbra por «su talento e industria». El estibador le interpela por la calle, donde deambula sin escolta, y hablan de igual a igual. Aunque rara vez se libraré de ásperos reproches, eso mismo enorgullece y une a ambos.

El culto a la majestad —intacto en gran parte de Europa— ha dejado de existir allí. Por lo demás, es un tránsito brusco del imaginario clerical-militar al prosaísmo republicano y no exento de peligros, pues el populacho ofrecerá un duradero punto de apoyo para que demagogos al servicio de la preterida nobleza exciten nostalgias absolutistas ¹⁵. El ejemplo más flagrante llega en 1672, cuando la flota inglesa bloquea y ataca por mar, el invicto ejército del Rey Sol entra por el sur y las tropas de Münster y Colonia por el este. De Witt ha dimitido meses antes, forzado por sabotajes orangistas a sus intentos de entenderse con Francia, y una turba animada por la bandera naranja le despedaza de modo monstruosamente cruel mientras camina con su hermano Cornelis por La Haya, sin que el duque Guillermo —futuro monarca inglés y desde ese momento magistrado supremo del país— persiga a los culpables.

Una inmensa consternación invade al país, que habría sucumbido al ataque terrestre si no dispusiera de una obra de alta ingeniería como el Frente Acuático, diseñada para proteger los centros neurálgicos a costa de ceder gran parte del territorio. Hacen falta algunos días para que ese río artificial crezca lo bastante, y el plazo lo habilita una oferta de Luis XIV —marcharse si recibe dieciocho millones de florines—, que entre el despacho y la respuesta (un indignado *No*) acaba de hacerlo infranqueable. El ejército del obispo de Münster resulta literalmente ahogado cuando pretende entrar por Groninga, en el norte, y entretanto la flota holandesa inflige a los ingleses una primera derrota, a la que siguen otras dos y una inversión del cuadro: el bloqueador es bloqueado y debe pedir la paz. También Francia ha de retirarse, como los demás agresores, y será sometida desde entonces a una política de desgaste que llega a su apogeo con el nombramiento del duque de Orange como rey de Inglaterra.

Por pequeño y mísero que sea un país en materias primas, aceptarse como sociedad comercial le ha dado recursos —nunca mejor dicho fortuna— para superar la codicia y el

escándalo de todos los demás juntos¹⁶. Tan sagrado es allí el intercambio que sus agentes no interrumpen operaciones ni cuando el abastecido está en guerra con su país; por ejemplo, si convinieron entregar grano a España, Francia o Inglaterra lo entregan, prefiriendo embolsarse el dinero a provocar hambrunas en la retaguardia enemiga. Acusados de alta traición por ello, esos comerciantes responden que las guerras se ganan con efectivo y coraje, y que ellos están dispuestos a aportar desinteresadamente ambas cosas cuando proceda.

En *Civilización y capitalismo*, una trilogía admirablemente documentada y escrita, Fernand Braudel comienza el volumen dedicado a las finanzas del periodo XV-XVIII con la propuesta de que «en el póker económico algunos siempre han tenido mejores cartas que otros, por no decir ases en la manga»¹⁷. Como Las Provincias inauguran sin duda el capitalismo privado moderno, tratemos de precisar en qué consistió su ventaja.

1. De los maremotos a la intermediación. Poco se sabe del país hasta el tsunami de 1282, cuando el Atlántico rompió la franja costera de dunas a la altura de Texel, inundando una gran extensión de terreno y formando la gran bolsa de agua salada que se llamaría desde entonces Mar de Zuyder. Siguen noticias dispersas sobre gentes sometidas a vientos huracanados y un frío intensamente húmedo, con una tierra anegada tres cuartas partes del año y sin otros árboles que las alamedas de algunos canales. La gran ola ha trastocado casi todo, y una población diezmada sobrevive a duras penas, arrendando en verano sus pastos a ganaderos alemanes y daneses. En 1421 —el Día de santa Isabel— un nuevo golpe del mar inunda quinientos kilómetros cuadrados, mata a unas cien mil personas, borra del mapa setenta y dos ayuntamientos y convierte a Dordrecht en una isla durante interminables semanas.

Sin embargo, ya para entonces el país sorprende al visitante por una cantidad inusitada de molinos, que se sirven del viento para drenar y regar alternativamente la tierra. En 1500 el aprovechamiento de la pesca, una agricultura revolucionaria, mucho comercio y mucha industria no sólo han permitido alcanzar la más alta densidad demográfica del Continente sino una distribución anómala de la población, ya que dos de cada cinco personas son *burguenses*. En Alemania y Francia el porcentaje es cuatro veces menor. Los europeos llaman «dieta epicúrea» a la combinación de frutas, hortalizas, productos lácteos, pescado, marisco y carne, que asegura a los neerlandeses las proteínas y vitaminas necesarias para ser los

18 europeos más altos con mucho

Bastante después, cuando el caballero de Parival publique *Les délices de l'Hollande* (1662), la nobleza local se queja de que «los asalariados obtienen gran parte de los beneficios y viven más cómodos que sus señores». En realidad, es imposible allí hace tiempo la exención fiscal del señorío que reina en el resto de Europa, y todos los ricos pagan un impuesto progresivo sobre la renta¹⁹. Los granjeros han creado un tipo de vaca único, capaz de rendir hasta tres cubos diarios de leche, y los agricultores son peritos agrónomos²⁰. El sector pesquero captura, sala, empaqueta y distribuye cantidades ingentes de arenque, y las granjas exportan el 90 por 100 de sus quesos. Con métodos que anticipan la producción en cadena, los astilleros de Róterdam botan una nave robusta y panzuda —el *vlieboot*— que a igualdad de carga cuesta menos y necesita menos tripulantes. Otra parte de su industria elabora maquinaria singularmente atractiva, ya que se basa en piezas recambiables. Dentro del textil hacen solo teñido y acabado de paños, si bien con técnicas que les aseguran independencia²¹.

Sus comerciantes prefieren el producto de las salinas de Francia, por ejemplo, pero cuando esas plazas se les cierran encontrarán un modo baratísimo de hacer menos cáustica la sal de Setúbal y Cádiz. Beben abrumadoramente cerveza, pero compran y trasladan buena parte del vino francés. Ser implacables en la persecución del beneficio les ha hecho también flexibles, y tienen siempre una respuesta extramilitar a carencias o reveses de la suerte. Como comenta de Witt al embajador francés, seguiremos comprando sus productos mientras acepten nuestras manufacturas, «no sólo porque la reciprocidad es justicia sino porque a nosotros no nos cuesta como a ustedes ser sobrios y recortar lujos»²². De eso sabe mucho una marina que es dueña entonces de los océanos, y fantásticamente bien alimentada para lo habitual entonces, donde ni el capitán tiene derecho a ginebra sin la justificación de algún percance grave.

Inventar y economizar, pagando siempre por cada cosa, empieza por el principal obsequio del maremoto —el puerto de Ámsterdam—, que debe servirse de artilugios para elevar cascotes de gran tonelaje y sólo se mantiene dragando sin pausa bancos de arena móvil. Estos costes añadidos no impiden que a mediados del xvii contenga a diario miles de navíos, cuya carga y descarga se verifica gracias a una red de almacenes sin paralelo histórico. Un comerciante italiano observa que allí

«diez o doce negociantes de primer rango pueden mandar en un momento más de doscientos millones de florines en dinero bancario, que se prefiere a efectivo. No hay Soberano capaz de cosa parecida»²³. Al hacer un inventario económico de Inglaterra, que publica en 1728, Daniel Defoe llama a los holandeses «transportistas del Mundo, intermediarios y corredores bursátiles de Europa»²⁴.

Lógicamente, cuidar del propio beneficio supone financiar el crecimiento de sus clientes, y el gran salto económico europeo en el siglo XVIII parte de una plaza como Ámsterdam, donde se aceptan montañas de letras libradas por empresarios de todas partes. Tan decisivo como esa liquidación de pagarés es que el representante o comisionista de las Provincias cree un contrato de comisión en gran medida nuevo, donde a los servicios habituales añade crédito. Como esto amplía los horizontes del comitente, habilitando más operaciones, él puede doblar o triplicar su tarifa sin perder clientela. En paralelo, las compraventas se estimulan con un sistema de seguros y reaseguros. El predicador Udemans, un calvinista de Zeeland, expone el código moral vigente para sus compatriotas: «Un hombre honorable es y será siempre un ciudadano aunque sea pobre, pero si sobrevive a su deshonor será un muerto en vida»²⁵.

III. La Bolsa y la vida

El mercader clásico solía decir: «Venero el negocio, pero abomino el juego»²⁶, proposición muy ingenua para una ingeniería financiera holandesa que promueve «el negocio más real y útil entre los conocidos»²⁷. Junto al mercado de acciones, la Bolsa de Ámsterdam desarrolla otro de *opsies* o futuros —primas pagadas para poder comprar o vender más tarde a cierto precio—, cuyo conjunto desafía el cálculo sin dejar de multiplicar la inversión. La criatura resultante es tan sensible a noticias fidedignas como a infundios sobre éxitos y desastres, debe llamar atonía a la ausencia de movimientos febriles y, en definitiva, sostiene una actividad donde todo es *ludo*, juego. A la fluctuación del dividendo conseguido por cada empresa se añaden agentes que —por vocación unas veces y por estrategia otras— operan como compradores optimistas y vendedores agoreros, clientela nueva para una alternativa al cordial aunque turbio alcohol de las tabernas:

«Frecuentan unas casas que se conocen por el

nombre de Coffy Huysen, muy agradables en invierno por los fuegos con que se caldean y los pasatiempos con los que se divierten, pues unas tienen libros para leer, otras tableros para jugar, y todas cantidad de gente para charlar. Unos toman chocolate, otros coffee, otros suero, otros té, y casi todos fuman tabaco para entretener la conversación, con lo que se calientan, se recrean y se divierten por poco dinero, oyendo las noticias, discutiendo sus ideas, ajustando los negocios»²⁸.

El autor de estas líneas les llama «tahúres» con afabilidad, viéndoles navegar lo azaroso de cada día. ¿Qué no es juego, a fin de cuentas? En general, cualquier actividad donde los medios se sometan a los fines, como las guerras, los dogmas o la pobreza de espíritu como ideal. El acto lúdico es «una ocupación libre [...] obediente a reglas absolutamente obligatorias aunque aceptadas sin coacción, que tiene su fin en sí misma y va acompañada por un sentimiento de tensión y alegría, y la conciencia de <ser de otro modo> en la vida corriente»²⁹. Poco juego puede haber, desde luego, cuando las identidades dependen de factores involuntarios como la cuna, la nación o el credo. Pero la sociedad comercial trae consigo identidades móviles, generalizando un modelo de condición humana «que acepta la incertidumbre y es esencialmente deliberada»³⁰.

En el perímetro de lo sagrado la seriedad pertenece a símbolos y jerarquías. En el juego —que atrae no sólo al humano sino al resto de los animales— la seriedad se aplica a adquirir destreza y resistencia, cosa a su vez imposible sin reflexión y trabajo. Está en su naturaleza santificar los procedimientos, no la meta, aportando un concepto de la derrota donde jugar y ganar no se confunden jamás. La victoria resulta inseparable de algo obtenido con *fair play*, y excluye por tramposo a quien mezcle reglas de juegos distintos. Con los nuevos tiempos, va pareciendo cada vez menos honorable imponerse sólo por la fuerza.

1. El crecimiento sutil. Las fronteras entre Paz de Dios y juego limpio son el asunto de *Zumbido de colmenas, o bribones convertidos en hombres honrados* (1705), cuatrocientos versos que publica anónimamente un médico holandés, Bernard de Mandeville (1670-1733). Se ha instalado en Londres cuando esa plaza empieza a heredar la grandeza de Ámsterdam, y bastan pocas semanas para que un folleto de pocas páginas,

vendido por las calles a medio penique, se convierta en el mayor superventas de la historia editorial inglesa hasta entonces. Su alegoría arranca de san Agustín —cuando denuncia como lacra social la práctica de comprar barato para vender caro—, y desarrolla esa lógica llamando a las cosas por su nombre: el comportamiento altruista es precisamente «virtud», y el egoísta es «vicio». Con todo ¿qué tipo de sociedad se sigue de transigir con las diversas formas del vicio?

«La raíz del mal, la avaricia,
 Vicio tan condenable y degenerado,
 Tornose esclavo de la prodigalidad
 Ese noble pecado; mientras la lujuria
 Empleaba a un millón de pobres,
 Y el odioso orgullo a un millón más.
 La propia envidia, y la vanidad,
 Embajadores de la industria fueron;
 Su amor por el inconstante desatino
 En dieta, mobiliario y vestido,
 Ese vicio extrañamente ridículo, convirtiose
 En la rueda misma que hace girar el comercio.

.....

Así el vicio crió la inventiva,
 Que unida a tiempo e industria
 Sostuvo las conveniencias de la vida,
 Sus placeres reales, las comodidades, el
 desahogo.
 Hasta una altura tal que los muy pobres
 Vivieron mejor que antes los ricos,
 Y nada se echó en falta.»

Cuando la colmena virtuosa interrumpe esa iniquidad, lo primero en simplificarse es la administración de justicia («pues ahora los no remisos deudores/ pagan hasta aquello que olvidaron los acreedores»), un proceso acompañado por contracciones en todo tipo de gastos prescindibles (*vain costs*). La frugalidad redirige el esfuerzo «no a cómo gastar sino a cómo vivir», mientras «rodeadas de paz y plenitud/ todas las cosas son baratas y simples». Liberados de «la cruz de la industria, /todos admiran su despensa doméstica/sin buscar ni aspirar a más». Sin embargo, su colmena deja de ser una nación populosa y respetada por otras, e incluso se ve lanzada al éxodo:

«Tan pocos perviven en el panal otrora vasto
 Que ni uno entre cien puede sostenerse.

Pero contando como vicio el propio desahogo
 Tanto progresaron en su templanza
 Que para evitar extravagancia
 Volaron hacia el hueco de un árbol,
 Bendecidos por el contento y la honestidad.»

Tras vender cientos de miles de ejemplares, y disiparse los peligros de una persecución que podría haberle llevado a la hoguera, Mandeville reconoció en 1714 su autoría e hizo importantes añadidos. Desde entonces iba a ser *La fábula de las abejas o vicios privados, beneficios públicos. Conteniendo varios discursos para demostrar que las debilidades humanas pueden tornarse en ventaja para la sociedad civil, y ocupar el lugar de las virtudes morales*. Nadie había construido un sarcasmo parecido sobre el pobrismo evangélico, y la acogida del público mostró hasta qué punto estaba preparado para su Moraleja:

«Prescindid de lamentaciones: sólo los necios intentan
 Lograr que una colmena prospere
 Sin grandes vicios, vana
 Utopía asentada sólo en el cerebro.

Fraude, lujo y orgullo han de vivir
 Para recibir nosotros los beneficios.
 Pues el vicio resulta benéfico
 Cuando la justicia lo agrupa y limita.»

Al presentar una armonía de conveniencias particulares como origen de la sociedad próspera, Mandeville «nunca muestra con precisión cómo se forma un orden sin previo designio, pero pone fuera de duda que así ocurre»³¹. Esto anticipa todos los análisis ulteriores basados en procesos de autoorganización, y formula por primera vez el concepto de la división del trabajo. El lector común agradeció las descripciones de «una vanidad que mendiga adulación»³², y abrió sus ojos al lujo como un culto a la calidad que crea trabajo y estimula descubrimientos. Hasta el famoso crítico literario Samuel Johnson, escandalizado por el «brutal cinismo» del holandés, reconoce que «es imposible gastar en lujo sin premiar a los pobres con un bien superior a la limosna, pues les lleva a ejercitarse en la industria, mientras la limosna les mantiene ociosos»³³.

En la versión ampliada de 1714 leemos que basta limitar al jerarca «con normas escritas, y todo lo demás sobreviene

rápida­mente [...] Ningún grupo permanecerá mucho tiempo sin aprender a dividir y subdividir el trabajo»³⁴. Con el derecho como aliado, la especialización y el interés particular fundan una sociedad incomparablemente preferible a la construida sobre denuestros altruistas. Sociológica y filosófica al tiempo, la perspectiva de Mandeville resuena medio siglo más tarde en el prólogo de Smith a su tratado de economía política³⁵:

«En la mayor parte de las circunstancias el hombre reclama la ayuda de sus semejantes, y en vano podrá esperarla sólo de su benevolencia [...] No es la benevolencia del carnicero, el cervecero o el panadero lo que nos procura alimento, sino la consideración de su propio interés. No invocamos sus sentimientos humanitarios sino su egoísmo; ni les hablamos de nuestras necesidades, sino de sus ventajas. Sólo el mendigo depende principalmente de la benevolencia de sus conciudadanos, aunque no del todo, pues la mayor parte de sus necesidades eventuales se remedian de la misma manera que las de otras personas, por trato, cambio o compra.»

IV. Nada dura para siempre

Como el búho de Atenea, que sólo levanta el vuelo cuando llega el crepúsculo, Mandeville es un holandés llamado a trabajar fuera de su Róterdam natal. En efecto, el destino de las Provincias resulta análogo al de la Liga Hanseática —otra organización sin organizador, cuya decadencia remite a la magnitud del propio éxito—, que en el caso de los Países Bajos viene sobredeterminado por lo exiguo de su territorio. Todo el planeta ha aprovechado en mayor o menor grado sus técnicas de embalaje y depósito, su transporte, su intermediación y su crédito, aunque el crecimiento suscita algo semejante a una «prestamomanía» (Braudel) iniciada por la especulación con variedades raras de tulipanes (1636-1637), cuya Bolsa de los

Tontos acaba arruinando a miles de inversores³⁶. Es discutible que la frenética actividad montada en torno a esos bulbos arrojase a fin de cuentas más pérdidas que ganancias, pero no lo es que el dinero bancario supera diez o quince veces al metálico, y de un modo u otro converge sobre Ámsterdam desde los cuatro puntos cardinales.

Cuando los tipos caen allí al 1,5, y luego al 1 por 100, algunos

observadores piensan que el dispensador de liquidez podría estar atragantándose con ella, entre otras cosas porque no tiene dónde colocarla de modo estable y masivo. Hombres de negocios neerlandeses han puesto en marcha la minería y la industria armamentística en Suecia, por ejemplo; pero dicha inversión depende de la geopolítica y sus albrures —no de una gestión empresarial eficaz—, y las Provincias necesitarían una fuente doméstica de gasto como la siderurgia o el ferrocarril, algo a su vez imposible por falta de materia prima y volumen físico. Si se prefiere, la producción del resto del mundo no crece al ritmo en que lo hace el tráfico neerlandés con sus expectativas, condenándole a una recurrencia de burbujas financieras llamadas allí *ephemera*. Grandes gastos improductivos, como la guerra de sucesión en España (1713), no perjudican en medida pareja a Inglaterra —su aliado incondicional desde Guillermo III—, que aprende atentamente de los aciertos y errores holandeses, no tiene estrecheces de espacio y empieza a ser la residencia favorita de su elite mercantil.

En 1748 Hume estima que el país «ha hipotecado gran parte de sus rentas»³⁷, y que debe reciclarse de alguna manera para hacer frente al desarrollo comercial e industrial de sus vecinos europeos, pues éstos están aprendiendo a gestionar sus propios asuntos. Cierta día de 1763 la «montaña de papel» inspira desconfianza a sus aceptantes habituales, y la rutilante Bolsa de Ámsterdam entra en quiebra. El percance se salva inyectando liquidez, pero arrastra al resto de las Bolsas europeas y quebranta una confianza antes intacta. Diez años después una segunda crisis bursátil se salda con el traslado del centro crediticio internacional a Londres. Faltan apenas unos meses para que los colonos norteamericanos se declaren independientes (1776), y apoyar o rechazar su pretensión termina sumiendo en guerra civil a Las Provincias.

1. La Revolución báltava. La renta per capita inglesa empieza a ser superior desde 1780, un año donde el Tesoro público neerlandés se calcula oficialmente en unos mil millones de florines, de los cuales cincuenta son oro, plata y diamantes; el resto corresponde a préstamos domésticos, coloniales e internacionales³⁸. El conflicto entre republicanos y orangistas pro-ingleses se ha reavivado con la Guerra de los Siete Años anglofrancesa (1756-1763), en la cual y a costa de perder muchas naves el país asume prácticamente todo el comercio galo y obtiene con ello ingresos extraordinarios. Sin embargo, su marina de guerra ha ido haciéndose meramente simbólica, y cuando Inglaterra acabe atacando no hay modo de proteger ni a

la metrópoli ni a las principales colonias, afectadas catastróficamente por la pérdida de Ceilán y las Molucas en 1784.

Lo trágico del caso es que tanto el Partido Patriótico de van der Capellen como los orangistas disponen ahora de sólidas razones. Las simpatías del neerlandés por el derecho de los norteamericanos a autodeterminarse son políticamente sagradas, aunque no tenga la misma justificación haber aprovechado con cinismo la guerra entre su aliado de siempre —una monarquía constitucional como la inglesa— y una Francia absolutista. Década y media después de terminar ese conflicto, cuando estalla la guerra de independencia norteamericana, resulta suicida dar motivos a una armada ya invencible. El barómetro es la Bolsa de Ámsterdam, sumida en una tercera crisis de duración nunca vista —desde 1780 a 1783—, cuyas secuelas son un país empobrecido y airado, que prefigura la Revolución Francesa con una serie de eventos conocidos como Revolución Bátava.

Entre una y otra media la diferencia de que sea necesario, o no, abolir la servidumbre. Los neerlandeses llevan siglos teniendo como aristocracia un patriciado plebeyo, y disponen ya de la igualdad jurídica reclamada en Francia. Pero el Partido Patriótico abunda también en recetas sencillas y directas para transformar por completo a la sociedad —como las expuestas por Rousseau y otros *philosophes*—, y mientras denuncia los intentos monárquicos de desacreditar a la democracia no puede impedir que su «¡Larga vida la libertad!» coincida con saqueos, vandalismo y motines. Eso basta para inflamar los ánimos de un país castigado en su amor propio por la crisis económica y la derrota militar, con una población desconcertada y atónita ante el odio que estalla en su seno. El ya mencionado Oldencop, testigo presencial, sólo acierta a entender el fenómeno como un brote de discordia que «divide con ferocidad increíble incluso a las familias más acomodadas, oponiendo padres a hijos, esposos a esposas».

En efecto, una parte del pueblo bajo apoya a los ultraconservadores y otra a los revolucionarios de corte roussoniano, mientras la clase media es sometida a una misma proposición («liquidar a los sediciosos») sostenida con idéntica vehemencia por ambos extremismos. Ese desgarramiento conlleva parálisis, y en 1787 —invitadas por el duque de Orange, Guillermo V— tropas prusianas toman Ámsterdam y Leyden, saqueándolas sin que su ciudadanía oponga apenas resistencia. Como observa entonces un diputado de las Provincias, demasiados neerlandeses han olvidado que su

vrijheid, la libertad civil, «significa cultivar pacíficamente la tierra, las ciencias, las artes, el comercio y las profesiones»³⁹.

Los patriotas, obligados a exilarse entonces, volverán en 1795 con la invasión que consuma el ejército revolucionario francés, un hecho aceptado con la misma apatía que la irrupción prusiana. Algo más tarde Napoleón convertirá a Las Provincias en uno de los reinos de su Imperio.

NOTAS

1 - En Tocqueville 1982, vol. I, p. 143.

2 - Gentes de las tierras bajas (*nieder länder*), una expresión que como topónimo —«Niederlande»— aparece ya en el Poema de los Nibelungos.

3 - Zeeland, Utrech, Gelderland, Overijssel, Friesland y Groninga.

4 - Lo dice sir William Temple en sus *Observations upon the United Provinces* (1662), cf. Schumpeter 1995, p. 200.

5 - De la Vega 1986 (1688), p. 4.

6 - Lo dice a finales del siglo XVII un miembro inglés de la *Royal Society* londinense, cf. Schama 1997, p. 225.

7 - Tácito dedica a la rebelión los capítulos 4 y 5 de sus *Historias*, aunque concluye el relato de modo abrupto, sin precisar qué fue de él tras un tratado que eximió a los bátavos de tributo en dinero.

8 - Cf. North y Thomas 1982, p. 71.

9 - De la Court, en Schama 1997, p. 235 y 254.

10 - Hume 1983, vol. V, p. 110.

11 - Cf. *const.org.coke.coke.htm* (7/8/2005), p. 719.

12 - Coke en Schama 1997, p. 260.

[13](#) - Aplicó también esos conceptos a la Hacienda pública —en *El valor de las rentas vitalicias comparado con el de las pensiones redimibles* (1659)—, un ensayo cuyas conclusiones le granjearían, por cierto, el odio de las viudas. A la hora de combatir demostró ser también un táctico sobresaliente, artífice de la victoria en la segunda guerra anglo-holandesa.

[14](#) - A quien ayuda a escribir *El interés de Holanda* (1662), un libro convertido rápidamente en superventas europeo.

[15](#) - Un siglo después el holandés Oldencop, cónsul de Rusia en Ámsterdam, constata que «el populacho siempre comulgó fervientemente con el mito orangista, presto a movilizarse, ir a la huelga, saquear y quemar»; cf. Braudel 1992, vol. III, p. 275. Por lo demás, la tradición neerlandesa invierte el sentido del arco de triunfo tradicional, que allí no significa una glorificación del guerrero sino «recobrar acceso a la sociedad civil» (Schama 1997, p. 66).

[16](#) - Esto incluye cuatro guerras con Inglaterra: 1652-4, 1665-7, 1672-4, 1782-3.

[17](#) - Braudel 1992, vol. III, p. 48.

[18](#) - Cf. Schama 1997, p. 168-172.

[19](#) - En 1704, por ejemplo, el próspero Cornelis de Jong, Receptor General de la República, se desgrava unos veinte mil florines de gastos sobre su renta de noventa y tres mil, pero paga once mil en concepto de impuestos directos; cf. Schama 1997, p. 320.

[20](#) - Han descubierto, por ejemplo, que rotando cultivos no necesitan mantener las tierras en barbecho durante uno, dos o tres años (pues cada planta emplea nutrientes distintos); abonan con cal para reducir la acidez del terreno y fijan el nitrógeno con guisantes, judías y tréboles, a despecho de ignorar la teoría química del caso; cf. Barraclough 1985, vol. IV, p. 178.

[21](#) - Jaime I de Inglaterra decide prohibir que se les exporte lana inglesa —para asumir así todo el proceso—, pero allí el acabado sale más caro que el conjunto de las operaciones previas (cardar, hilar y tejer). Las Provincias, por su parte, pueden hacerlo a mitad de precio y tienen otras fuentes de lana «blanca», como España.

[22](#) - Cf. Braudel 1992, vol. III, p. 237-238.

[23](#) - Ibíd, p. 245.

[24](#) - Ibíd, p. 239.

[25](#) - Udemans, en Schama 1997, p. 330.

[26](#) - De la Vega 1688, p. 232.

[27](#) - Ibíd, p. 6.

[28](#) - Ibíd, p. 196.

[29](#) - Son palabras de otro neerlandés, Johan Huizinga, escritas en la prisión nazi donde muere; cf. Huizinga 1969, p. 6-7.

[30](#) - Ibíd., p. 7.

[31](#) - Hayek 1991, pág. 79.

[32](#) - Smith 1997, p. 538. Cautos siempre, añade que «nunca habría ocasionado una alarma tan generalizada si no hubiese bordeado en algunos aspectos la verdad» (ibíd, p. 544).

[33](#) - Johnson, en Boswell 1952, p. 393.

[34](#) - Mandeville 1978, vol. II, pág. 165. En el Prefacio a la segunda edición ha aclarado también que «los vicios sólo deben reprobarse cuando crecen hasta convertirse en crímenes».

[35](#) - Smith 1982, p. 17.

[36](#) - Un importante granjero, por ejemplo, compra en 1635 un bulbo «virrey» por dos fanegas de trigo, cuatro de centeno, cuatro bueyes de gran peso, ocho cerdos, una docena de ovejas, un hectólitro de vino, cuatro toneladas de mantequilla, cincuenta kilos de queso, una cama y un recipiente de plata; cf. Schama 1997, p. 358. De Witt considera el asunto como «un plan para hacerse rico sin propiedades y sabio sin entendimiento».

[37](#) - *Political Discourses* II, 6, 6.

[38](#) - Jan de Vries, en Braudel 1992, vol. III, p. 267.

[39](#) - Cf. Braudel ibíd, p. 275.



© Antonio Escotado 2008
LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO
<http://www.escotado.org>

Development Sciences Network Presence
www.catalanhost.com



Los
Enemigos_{del}
Comercio

LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO

20

De la práctica a la teoría

«El beneficio es el goce de la vida, igualmente caro a pobres y a ricos.»

Th. Hobbes¹.

Prescindiendo de lo escrito en holandés, los primeros tratados sobre derecho mercantil llegan con la escolástica española, y los relativos al origen y condiciones de la riqueza aparecen algo después en Inglaterra y Francia². En sus comienzos es una literatura totalmente sobrepasada por su propio tema, que al identificar riqueza con metálico sostiene una «pirámide de absurdos»³. Uno de los más claros es que la liquidez sólo existirá con tipos altos de interés, y otro que aumentar el consumo no crea capital, tesis desmentidas por el desarrollo de las Provincias Unidas pero dogmas de fe para países donde reina el absolutismo. La excepción a estas incoherencias son unos pocos autores españoles⁴, que tienen ante los ojos el resultado catastrófico de una gran inyección de efectivo cuando no hay infraestructura comercial e industrial, e insisten en el valor añadido por el trabajo a cualquier materia prima.

Por lo demás, unos y otros tratadistas coinciden en considerar el comercio como el oficio más «noble», cosa digna de mención atendiendo a lo que pensaban la antigüedad y el medievo. Mientras Europa crece en relaciones remuneradas ellos presagian un futuro de mejoras en calidad de vida, que les lleva a redefinir un símbolo hasta entonces sólo nostálgico

como la Edad de Oro ⁵. Ahora no apunta al ayer sino al mañana, donde una prosperidad generalizada podría cumplir lo soñado por Ovidio en la Roma de Augusto: «Una multitud que no tiembla ante la presencia de su juez, y cumple sin coacción el respeto (*pietas*) y la justicia» ⁶.

I. Atajos hacia la riqueza

Entre los primeros «economistas» abundan millonarios y altos funcionarios públicos, a menudo de humilde origen, cuyo ideario incluye a veces un Estado como el defendido por Hobbes en su *Leviatán* (1651) ⁷. Francia e Inglaterra intentan imitar a Las Provincias con una política de industrialización y fomento del comercio a gran escala, si bien tienen siempre como meta un «monopolio general» dentro de una regla finalmente afín al cuartel y el convento, que confía a directrices jerárquicas lo cultivado por los neerlandeses con iniciativas autónomas y flexibles.

J. B. Colbert (1616-1683) revoluciona la vetusta Administración de su país con medidas fiscales y de otra índole —como suprimir 17 fiestas oficiales del calendario—, que empiezan triplicando las rentas públicas en poco tiempo. Aplica parte de esos fondos a terminar la red de canales, promover industria y crear marina, inaugurando escuelas de funcionarios y academias que —sumadas al brillante ingenio de tantos franceses— consolidan su idioma como lengua oficial de Europa. Francia, tan superior a sus vecinos por extensiones de tierra fértil y red fluvial, pasa de ser vapuleada por los tercios españoles a vapulearlos, y se convierte con ello en el nuevo gran peligro para la independencia del resto.

Por lo demás, allí sigue imperando un concepto del «derecho al trabajo como privilegio que el rey puede vender» ⁸, y el despotismo gremial es regla. De ahí que acercarse a la culminación de su *grandeur* equivalga también a avanzar hacia la guillotina, última estación para una Corte hipotecada a inauditas ostentaciones. Como quien comienza una casa por el tejado, las dificultades financieras del monarca y su círculo se van salvando con la invención de nuevas regalías, y «ningún particular hubiese podido escapar a la acción de la justicia si hubiese administrado su propia fortuna como administraba los fondos públicos el gran Luis XIV en el esplendor de su gloria» ⁹. Un edicto suyo, por ejemplo, anula todos los títulos de nobleza adquiridos durante los últimos 92 años —buena parte de ellos concedidos por él mismo—, explicando que deben

volver a comprarse «porque fueron logrados por sorpresa»¹⁰. Luis XV repetirá la medida décadas después.

El cardenal Richelieu, cuyo testamento político inspira al colbertismo, insistió en que no son compatibles «el desahogo del pueblo y su sujeción a las normas», algo rubricado más adelante por Luis XIV cuando declara: «el Estado soy yo». Una figura y otra enmarcan la política de abrir y cerrar industrias por decreto, sometiendo cada rama fabril y comercial al arbitrio de un delegado gubernativo. Colbert castiga con pena de muerte a todo profesional que intente emigrar, y son condenados a la picota quienes incumplan sus controles industriales de calidad, a menudo inaccesibles para los fabricantes del momento. Su idea de la eficiencia económica le lleva a conseguir mano de obra gratis para la marina haciendo que los jueces generalicen la antes infrecuente pena de galeras; los remeros restantes serán reclutados a la fuerza entre vagabundos, mendigos y toda suerte de extranjeros, desde rusos y turcos a indios iroqueses.

Considerando que el interés nacional pasa por multiplicar todos los aranceles, hace frente a la respuesta idéntica —y catastrófica para Francia— de los demás países deduciendo que Europa tiene «recursos limitados», y que es inexcusable devorar a Inglaterra o a Las Provincias. Puesto a elegir, propone que el bien de Francia se cumplirá mejor atacando a los neerlandeses, porque disponen de mucho más metálico y tienen la insolencia de negar el poder absoluto. Pero no verá de rodillas a ese rival, ni podrá impedir que su política de intimidación e intervencionismo termine vaciando las arcas públicas tan espectacularmente como empezara llenándolas. Se cuenta de Colbert que sus últimos años están presididos por una amarga decepción, dado a revisar todo menos su forma de promover el comercio y la industria.

1. La escuela mercantilista. El temperamento inglés no acoge con tanto entusiasmo el absolutismo político, y los tratadistas llaman a su tema *moral philosophy* —como la cátedra que ocupará siglos después Adam Smith—, entendiendo por moralidad los usos vigentes. Eso no les impide tampoco proponer algo más afín a estrategias bélicas que a una teoría de las costumbres comerciales. Desde Montchrétien¹¹, cuyo criterio es asumido por el *Discurso sobre el comercio* (1621) de Mun, resulta evidente para estos escritores que ninguna nación puede enriquecerse traficando sino a costa de otra¹². Nación próspera equivale a nación vendedora exclusivamente, que

exporta sin importar cosa distinta de oro y plata. Inglaterra está en la fase corsaria de su imperio, y hasta los altos magistrados fantasean con una Hacienda pública que entierra sus tesoros como el capitán Kidd.

El axioma de que el comercio sólo puede ser unilateralmente ventajoso incluye dos corolarios. Primero, que la industria propia debe ser protegida de cualquier competencia. Segundo, que el metálico de calidad¹³ no sólo ha de conseguirse a todo precio, sino inmovilizarse en previsión de guerras. El neerlandés Grocio ha escrito su *Mare liberum* (1608) para pedir que los océanos estén abiertos al tráfico, y la escuela inglesa responde con el *Mare clausum* de Selden, donde la seguridad marítima se liga a pactos y peajes, pues como dice Mun ciertos mares «pertenece a su Majestad británica»¹⁴. Para Grocio el dinero es un instrumento de crédito; para el mercantilista «la riqueza simple y únicamente» (Colbert). Elevado a principio y fin de todo, el stock de metálico fascina precisamente a quienes todavía carecen de *expertise* mercantil.

El hombre más rico de Inglaterra en su tiempo, sir Josiah Child, ha renunciado a las partes más rudas del ideario sostenido por Malynes, Mun, Misselden y otros apóstoles del monopolismo exportador británico. Con todo, su *Nuevo discurso sobre el comercio* (1668) no descarta «fuerza subrepticia y violencia» para asegurar el «privilegio de mercado», versión actualizada del *ius emporii* altomedieval que monopolizaban en su día abades y obispos. A su juicio «el comercio exterior produce riqueza, la riqueza poder y éste defensa para nuestro comercio y nuestra religión»¹⁵. No hay término medio entre comercio interior y exterior, y tampoco manera de rehuir una fractura más profunda: a título de consumidores es sencillo encontrar bienes comunes —el progreso industrial, sin ir más lejos—, mientras como productores todo son bienes particulares y conflictivos.

En definitiva, es imposible que los países intercambien artículos sin que uno vea reducido su stock de metales nobles, cosa intrínsecamente ruinoso. Contemporáneos de los niveladores (*levellers*)¹⁶, que llaman estafa a los tratos comerciales, los altos funcionarios y magnates dedicados a disertar sobre ello coinciden con Winstanley en concebir la compraventa como castigo de un contratante por otro. El café para todos sólo convence en zonas de gran tradición mercantil como Flandes o el norte de Italia, mientras ellos siguen viendo en el comercio algo tanto más legítimo y seguro cuanto más

derive de conquista y trato con indefensos o incautos. La oposición entre Dios y Dinero se ha cancelado en gran medida, pero el principio de que «todo lo foráneo nos corrompe» (Montchrétien)¹⁷ presenta el intercambio mercantil en términos de victoria sobre extranjeros e infieles.

A medio camino entre ingenuidad y cinismo, otras tesis de la escuela inciden en lo pintoresco. Child, pongamos por caso, cifra los males de su época en banqueros sin escrúpulos, una clase media tentada por «lasciva ociosidad» y un pueblo bajo ávido siempre de lujos. La cifra idónea de hijos por familia sería catorce, y la panacea una reducción en el tipo de interés al 4 por 100 o menos, consumada coercitivamente por el Parlamento. Su compatriota Thomas Manley publica a renglón seguido un opúsculo refutatorio, alegando que la bajada de tipos «incrementaría la embriaguez»¹⁸. Ninguno se detiene a reflexionar sobre los aspectos técnicamente oportunos¹⁹.

El legado del mercantilismo a la posteridad es la balanza comercial, un hallazgo analítico que permite considerar el conjunto de una economía comparando sus exportaciones e importaciones. Pero los mercantilistas son amigos y enemigos del comercio inseparablemente, y acaban creyendo que un superávit en la balanza «mide la suma de los beneficios privados netos de un país»²⁰. Los bienes económicos les parecen una magnitud fija definida por el punto de partida, como la cantidad de calor o frío que admite cierta epidermis sin quemarse. Un siglo después Smith atestiguará «que ningún país se ha arruinado por una balanza [comercial] desfavorable», y que lo decisivo es «el equilibrio entre producción y consumo»²¹.

II. Demoliendo el dogma del metálico

El primero en observar que cien libras cambian sensiblemente pasando por cien manos fue sir William Petty (1623-1687)²², a quien correspondería también minar la ecuación tradicional entre ganancia propia y pérdida ajena. Inventó el «arte de razonar con cifras sobre cosas relativas al gobierno» —la «aritmética política»—, y sostuvo que la riqueza se genera a partir de ella misma, un proceso asegurado mientras el trabajo sea libre y se mantenga a cubierto de requisas arbitrarias. El dinero es un medio, no un fin, y «si bien su falta enferma, su exceso arruina la flexibilidad»²³. Propone un régimen de

impuestos indirectos exclusivamente, al igual que su maestro Hobbes²⁴, al que añade una prefiguración del subsidio de paro y prestaciones afines. Dado que algunas personas no han podido disfrutar de los servicios públicos, «quienes vivirían de la caridad o el crimen deben tener una asignación regular y adecuada del Fisco»²⁵.

Otro paso en esa dirección da Charles Davenant (1656-1714), que también es un *public servant* y se ve llevado —para vivir con desahogo— a componer textos contradictorios. Cuando es Inspector General de Importación y Exportación defiende toda suerte de trabas gubernamentales al comercio, aunque antes ha publicado el *Ensayo sobre nuestro tráfico con las Indias Orientales* (1696), un texto donde discute el embargo sobre telas de la India que el Parlamento estudiaba para proteger a la industria inglesa²⁶. Aprovechando esas consideraciones, el *Ensayo* añade:

«El comercio es libre por naturaleza, encuentra sus propios canales y guía mejor que nadie su propio curso. Todas las leyes promulgadas para gobernarlo y dirigirlo, o para limitarlo y reducirlo, podrán ser útiles para los fines de hombres particulares, pero rara vez servirán al bien público [...] En general, todo tráfico, sea el que sea, resulta beneficioso para el país. Se dice que tener pocas leyes indica sabiduría de un pueblo, pero más aún debería decirse que tener pocas leyes relacionadas con el comercio es una característica de las naciones que prosperan traficando»²⁷.

Lo siguiente en esa línea es el *Sistema o teoría del comercio mundial* (1720), un opúsculo de Isaac Gervaise, del cual apenas se sabe que nació en París —hijo de un maestro sedero— y vivió la mayor parte de su vida en Londres. Cuarenta y tantas páginas le bastan para presentar las economías políticas como organismos que compensan dinámicamente sus elementos, y pueden ser comprendidas examinando el «sistema» de los mercados. El comercio es una entidad con leyes propias, como la sintaxis de cada idioma, pero precisamente por eso su estructura será invisible mientras la observación siga siendo suplantada por banales juicios de valor. Los aranceles, por ejemplo, podrán justificarse por reciprocidad —como reflejo de trabas impuestas por otros países—, pero en cualquier otro caso (e incluso quizá en ése) estorban la asignación racional de

recursos.

La existencia del conjunto implica que «ninguna nación puede estimular manufactura alguna sin desanimar al resto de quienes producen [...] pues ese privilegio atraerá a trabajadores de otras manufacturas»²⁸. Quien proponga defender una industria naciente tendrá la bondad de precisar cuántos años precisa para ponerse a la altura de sus rivales. Si la respuesta es indefinidamente —como sugieren los autores ingleses y franceses del momento— incurre en un absurdo tiránico: priva a sus ciudadanías de «manufacturas dignas» por permitirse un derroche tan estéril como desmoralizador²⁹. Gervaise coincide con Petty en la «inflexibilidad» que se deriva de tesaurizar oro y plata, sin perjuicio de analizar la acción de lo inverso en las crisis bursátiles³⁰. Sus conclusiones se distinguen poco de las avanzadas por Davenant tres décadas antes, aunque ha hecho más por el acercamiento de práctica y teoría:

«El comercio nunca estará mejor que siendo natural y libre. Forzarlo con leyes o tasas es siempre peligroso, pues aunque sea aparente un beneficio o ventaja es difícil percibir su contragolpe (contrecoup), que como mínimo tendrá el tamaño del beneficio pretendido, y normalmente lo sobrepasará [...] Las personas buscan y encuentran los medios más sencillos y naturales para alcanzar sus fines, y sólo la coacción les desviará de ello».

1. Primeras intuiciones del equilibrio. El banquero irlandés Richard Cantillon, que murió asesinado por sirvientes codiciosos, «trasciende la estrechez de anteriores cadenas de raciocinio»³¹ y consuma el planteamiento científico de la economía política al «explicar las relaciones sin enjuiciarlas»³². Su *Essai* describe cómo dos factores productivos primarios —tierra y mano de obra— generan un flujo circular de rentas, cuyo resultado es un ajuste entre valores de uso y valores de cambio, precios «normales» y precios de mercado. El señor cede la feracidad de sus dominios aspirando a disfrutar de una vida desahogada, el siervo los explota para subsistir, y de esa interacción brotan cuatro mercados (el inmobiliario, el laboral, el de necesidades y el de lujos) con sus correspondientes valores monetarios, que «van fijándose conforme a la proporción de artículos ofrecidos y dinero dispuesto a comprarlos».

Por lo demás, la tierra y el trabajo suscitan economías políticas merced a la institución de la propiedad, que determina también una irrefrenable tendencia del comercio a ser libre. Los mercantilistas son por eso comerciantes ajenos a la naturaleza del comercio, cuya propensión a «confundir causas y efectos» les impide entender hasta procesos tan sencillos como la ruina española³³, una demostración palmaria de que el metálico no equivale a opulencia para un país. En términos comparativos, una nación será tanto más rica cuanto mayor sea «la cantidad de trabajo disponible allí», pero nada resulta tan esencial como no dejarse desorientar sobre la prosperidad misma:

«La tierra es la fuente de materia que produce toda suerte de riqueza. El trabajo humano es la forma productora, y la riqueza en sí nada es sino los alimentos, las conveniencias y las cosas superfluas que hacen agradable la vida»³⁴.

La sociedad medieval adoctrinaba al señor y al siervo en un parejo desprecio ante lo cómodo, mandando que el primero sólo derrochase por deber y el segundo se ciñera por gusto a sobrevivir. Contraponía lo necesario a lo agradable por el mismo motivo que fundaba «los títulos de propiedad en violencia y conquista»³⁵, o vendía la salvación *post mortem*; pero ha llegado un mundo donde posibilitar lo superfluo resulta más conducente al bien común que la oración y el culto a una santa pobreza³⁶. Cuando las transmisiones pasan a ser contractuales —libres y pacíficas al tiempo— crece sin duda una oferta de bienes en su mayoría ficticios o artificiosos para el espíritu del caballero, el religioso y el siervo. Con todo, ese mercado de cosas prescindibles es en realidad el único modo eficaz de asegurar las imprescindibles.

III. Seres de tercer tipo

La dinámica descrita por Cantillon descubre resortes que desafían cualquier voluntad apoyada sobre los medios conocidos de influencia. Los mercados no reaccionan como una herramienta al mandato de su operario, y tampoco responden a la intimidación con cosa distinta de parálisis. Segundo a segundo van ajustándose a una imprevisible pluralidad de actores y hechos, tan superior por finura y entidad a órdenes basados en toques rutinarios de campana o clarín como una lengua a las reglas de ortografía y puntuación propuestas por su Academia. Sólo una laboriosa y humilde observación permite influir de algún modo útil en sus

operaciones, y será vana o incluso contraproducente cualquier medida unilateral de control³⁷.

Si se prefiere, cada economía es un conjunto lo bastante tenso como para que cualquier acción en algún sector induzca movimientos compensatorios en el resto, y mirarlo así evita simplezas. «Las minas de carbón», por ejemplo, «ahorran muchos millones de hectáreas destinadas en otro caso a producir madera»³⁸. Basando su existencia en un manejo de la incertidumbre, el empresariado ahorra al resto de la sociedad asumir (directamente) «el riesgo por cambio en los precios»³⁹. El dinero, aparentemente una abstracción impuesta al mundo concreto, mantiene una paridad constante con él considerando que «cualquier magnitud de efectivo equivale a la renta de cierta tierra». Para la determinación de su valor la velocidad de circulación es tan importante como su cantidad, y eso explica los efectos devastadores que tiene para un país intentar simplemente atesorarlo. Basta comprender la interpenetración de sus elementos y funciones para que el conjunto deje de ser arbitrario.

El *Essai* de Cantillon anticipa así *El espíritu de las leyes* de Montesquieu y los ensayos de Hume, dos obras que quizá se sirven de alguna versión suya inédita⁴⁰. Común a esas tres investigaciones es vulnerar la división del mundo en sujetos conscientes y objetos inertes, voluntades y cosas, poniendo de relieve entidades —los seres de tercer tipo— que no caben en el casillero de lo mental ni en el de lo extramental, pero despliegan una evidente capacidad para autoorganizarse. Al analizar los usos jurídicos Molina había percibido precozmente una «obra humana ajena a humano designio», y seguir esa línea de investigación acaba inspirando el tratado de Smith sobre las causas de riqueza (1776) y el de Kant sobre la estructura del entendimiento (1781). El creacionismo, tan vigente hasta entonces en todas las ramas del saber, no resulta ya satisfactorio para unas «ciencias del hombre» (Hume) que descubren procesos evolutivos a cada paso.

La nueva manera de ver e investigar deriva de la sagacidad y el estudio de individuos concretos, que en vez de pontificar sobre extremos examinan términos medios. Con todo, son hijos de sociedades menos acosadas por la intemperie, cuya idea del más allá no se sobrepone a un aquí/ahora de utilidades prosaicas. En tiempos de Cantillon «más de un tercio de los que nacen en Europa mueren durante el primer año»⁴¹, cosa no tan terrible cuando solían morir más de la mitad y se vislumbra un

futuro halagüeño sin necesidad de milagros, sencillamente aprovechando los caballos de fuerza ya añadidos al esfuerzo humano.

Con la opulencia ha llegado también un riesgo crónico de sobreproducción, que desata quiebras y paro por exceso de manufacturas tras milenios de sufrir básicamente por lo contrario, pero la productividad mantiene un crecimiento sostenido en los ingresos. Aunque a las guerras de religión hayan seguido guerras nacionales, el comercio ultramarino y la industrialización doméstica compensan sus devastaciones, y hasta en Francia —el país más problemático— la ruina galopante es un asunto de la Corte que no afecta al crecimiento económico de su clase media, tanto urbana como rural. Contemplado a distancia, un mercantilismo a lo Colbert parece la ideología espontánea de un país cuando empieza a desarrollar su industria. Arbitra cinturones protectores para los derechos creados hasta alcanzar cierto grado de madurez, a partir del cual empieza a inclinarse hacia el librecombio ⁴².

Dicha secuencia se observa en Francia y con singular claridad en Inglaterra, que tras acoger como rey al duque de Orange inventa una monarquía ni absoluta ni centralizada burocráticamente. No es una democracia formal aunque sí un sistema político que se organiza equilibrando el ejercicio de la coacción con una independencia del poder judicial, el legislativo y el ejecutivo, definida por Montesquieu como «moderación» del poder. Esto sigue el camino desaconsejado por Hobbes, pero en vez de provocar la catástrofe anunciada por su *Leviatán* inaugura el Estado europeo más inmune a la guerra civil. Decantarse por «un gobierno débil coincide con uno de los mayores progresos registrados en el vigor y la prosperidad de un país» ⁴³.

1. Un amigo del comercio. David Hume (1711-1776), cuya teoría del conocimiento despertaría a Kant del «sueño dogmático», cifró la honradez intelectual en argumentar con sentido común y un par de buenos ejemplos, dando muestras de sagacidad para captar las excepciones a cada regla. La filosofía nunca recobró su autocomplacencia después de que él explicara por un engranaje de ventajas sociales lo derivado hasta entonces de una razón metafísica, «disolviendo todo lo general en hábitos e inclinaciones» ⁴⁴. Pero su escepticismo en materia de fe no le llevó a dudar del mejoramiento humano, sino a fundarlo sobre la industria. Como diría su pupilo más célebre:

«El comercio y la fabricación de manufacturas han ido introduciendo gradualmente el orden y el buen gobierno y, con éstos, libertad y seguridad para poblaciones que habían vivido hasta entonces en un estado de guerra casi continua con sus vecinos, y de servil dependencia respecto a sus superiores. Aunque estos efectos han sido los menos observados, son con mucho los más importantes de todos. El señor Hume es, al menos de cuantos yo conozco, el único escritor que se ha dado cuenta de ello»⁴⁵.

Este novedoso punto de vista se expone en obras muy vastas⁴⁶ tanto como en ensayos breves sobre temas de economía⁴⁷, que coinciden en una crítica de la «mezquina y torcida opinión según la cual nadie puede prosperar sino a expensas de los demás»⁴⁸. Pensar la compraventa como acto lesivo necesariamente para alguno de los contratantes es el fundamento de que Inglaterra y otros países pretendan vender sin comprar, o comprar sin vender, apoyándose al efecto sobre cañonazos y chantajes. A Hume semejante política no sólo le parece inhumana sino contraproducente y anacrónica en Estados ya comerciales, que han sustituido el culto a la fuerza militar y la magia clerical por una producción abundante de *commodities*, encaminándose gracias a ello a una prosperidad «casi inevitable».

Pero la inercia de aquella mezquina y torcida opinión es una ceguera de la cual manan equívocos en cascada, empezando por los vigentes sobre el dinero, la tasa de interés o la balanza de pagos. Como el dinero «no es ninguna de las ruedas del comercio, sino el aceite que suaviza su movimiento»⁴⁹, la afluencia masiva de oro y plata en países sin tejido industrial ni hábitos inversores dispara una inflación que acaba por despoblarlos, como muestran Portugal y España. De hecho, cada «nivel» de laboriosidad supone cierto «nivel» de efectivo. En cuanto al interés, «nada parece un signo más seguro del estado floreciente de una nación» que no padecer tipos altos; pero esto no se logra con decretos y ni siquiera depende del metálico atesorado, porque nace de una situación donde abundan al tiempo «el lujo, la frugalidad, las manufacturas, las artes y la industria»⁵⁰. Lo inseparable del lujo y la frugalidad es el resultado de surja un grupo donde «el amor por las ganancias prevalece sobre el amor al placer», cuya existencia promueve enérgicamente la acumulación y favorece en esa medida al

resto.

La balanza de pagos, por último, puede ser un estado de cuentas —siempre parcial, desde luego— o mantenerse como disparate ideológico. En este caso imita a «naciones ignorantes en materia de comercio, que intentan guardar para sí lo que consideran valioso y útil sin comprender que obran de un modo directamente opuesto a su intención, pues cuanto más se exporte de algún bien más se producirá en casa»⁵¹. El otro extremo de esta incoherencia es importar sólo oro y plata —como propone el dogma mercantilista—, prohibiendo su salida a cambio de manufacturas extranjeras. Dicha política sería un modo unilateral de enriquecerse si no pasara por alto la realidad efectiva, que es un restablecimiento permanente y automático del equilibrio⁵²:

«Las manufacturas se desplazan de modo gradual, abandonando aquellos países a los que ya han enriquecido y volando hacia otros, a los que son atraídas por la baratura de las provisiones y del trabajo. Cuando hayan enriquecido también a estos países serán deportadas de nuevo, y por las mismas causas»⁵³.

IV. La rivalidad comercial

Automático no significa instantáneo, y la tendencia a estados de equilibrio convive con una elasticidad que acorta o acelera cada efecto⁵⁴. Además, la renta nacional depende de mecanismos puntuales o momentáneos, pero es función ante todo de sus instituciones y costumbres. La holandesa e inglesa supera de largo a la de España, Francia y otros territorios con «mejor suelo y clima», sin duda porque allí el Estado no ha aprendido aún a repartir más equitativamente la carga tributaria y proteger los derechos de propiedad. Bajo gobiernos autolimitados hay prosperidad y civismo, pues desarrollo económico y progreso social son fenómenos indisociables. Una vez emancipadas del yugo clerical—militar, todo cuanto necesitan las sociedades para «despertarse al deseo de una vida más espléndida»⁵⁵ es renunciar a la creencia de que algún país debe o puede mantenerse hegemónico.

El ensayo de Hume dedicado a la rivalidad comercial anticipa la guerra anglofrancesa de los Siete Años, y termina haciendo

votos por la prosperidad de «Alemania, España, Italia e incluso Francia»⁵⁶, los adversarios del momento. Aclara allí que no habla sólo como «hombre» sino «como súbdito de Gran Bretaña», orgulloso de pertenecer a la superpotencia del momento; pero eso refuerza —si cabe— la convicción de que el bien ajeno y el propio coinciden:

«Nada tan corriente entre Estados que han hecho algún progreso en el comercio como mirar con recelo a sus vecinos, considerarlos rivales suyos y suponer que ninguno puede prosperar sino a expensas de los demás. Frente a opinión tan mezquina y torcida, me atrevo a afirmar que el aumento de la riqueza y el comercio de una nación no sólo no perjudica sino que de ordinario fomenta los de sus vecinos, y que es difícil que un país pueda hacer grandes progresos si los que le rodean se hallan hundidos en la ignorancia, la indolencia y la barbarie [...] Si se mantiene la libre comunicación entre naciones, es imposible que la industria de cada una deje de mejorar con los progresos de las demás. Compárese la situación de Gran Bretaña con la de hace dos siglos. Todas las artes, tanto agrícolas como manufactureras, eran entonces muy rudas e imperfectas; y cuantos progresos hemos hecho se deben a nuestra imitación de los extranjeros»⁵⁷.

La reciprocidad parte de ventajas mutuas⁵⁸, y el tópico de los bienes «conflictivos» —aquellos donde la posesión de uno veda la de otro— se refuta desarrollando pericia productiva. Bienes reputadamente no conflictivos por infinitos, como la verdad religiosa, la identidad nacional o los valores de casta parecerían fundar un mayor acuerdo entre el bien general y el particular, pero son vínculos excluyentes que en realidad promueven guerras internas y externas, cuando no estancamiento. El supuesto foco primario de divergencia —las actividades ligadas al lucro— construye un nexo tan local como cosmopolita, que asegura de modo más seguro y constante el interés común. Fundar la política económica sobre principios distinto de la libertad y el rendimiento fomenta vaguedades melifluas, que serán interrumpidas aquí y allá por gruñidos mesiánicos.

Terrenal y falible, la justicia instaurada por el desarrollo del comercio alterna con la venalidad y la corrupción, rasgos muy bien conocidos también en el mundo precomercial, aunque

añade a ellos un progreso en artes y ciencias. Ante todo, invita a dejar atrás la compartimentación del mundo en bueno o malo, verdadero o falso, positivo o negativo, oponiendo al dualismo en general algo que ha llegado a realizarse merced al trabajo y la paciencia. Exigir a la nueva sociedad algo más que un equilibrio siempre inestable, sostenido sobre progresos graduales, supone retroceder a rudezas maniqueas. La experiencia aconseja «no atribuir a ninguna obra humana la inmortalidad que el Todopoderoso parece haber negado a las suyas» ⁵⁹ .

1. Otro amigo del comercio. Nacido bastante antes que Hume, y no menos colosal por formación e independencia de criterio, Charles de Secondat (1689-1755), barón de Montesquieu, publicó su *De l'esprit des lois* (1748) el mismo año en que aquél daba a la imprenta los *Political Discourses*. Luego cruzarían cartas, vivamente animado cada uno por la mera existencia del otro, como corresponde a pioneros absolutos a la hora de reflexionar sobre lo que antes llamábamos seres de tercer tipo, y concretamente sobre las correspondencias entre sistema político y económico. Muy pocos habían percibido antes que ser instituciones humanas no las somete en realidad al designio de autócrata alguno, cuyo simplismo le llevará a impartir directrices vanas cuando no contraproducentes para sus propios fines.

El extenso ensayo de Montesquieu fue mal recibido en su país hasta principios del siglo XIX, e incluido pronto (1751) por la Santa Sede en su *Index librorum prohibitorum*. No dejaría por ello de ser el texto más citado con mucho por los ingleses durante la segunda mitad del siglo XVIII. El padre de la Constitución norteamericana, James Madison, se declaró guiado en todo momento por dos pensamientos suyos: a) «el gobierno debe organizarse de manera que ningún hombre deba temer a otro»; b) esto no se logrará sin «hacer que los poderes [del Estado] se contrapesen unos a otros» ⁶⁰ . Es sin duda un hito que alguien dedique mil páginas bien documentadas y escritas a defender cierto régimen político, basado precisamente en que ningún hombre tenga motivos para temer a otro, cuando el miedo ha sido inmemorialmente «la guía más eficaz para el cumplimiento del deber», como decía Diocleciano. Dos décadas después un notable ilustrado inglés, sir James Steuart, celebra a Hume y Montesquieu como los genios capaces de moverse en el galimatías de realizaciones no pretendidas e intenciones incumplidas. La obra de ambos ha sido básica para entender que «el complejo sistema de la economía política es la brida más eficaz de cuantas se hayan inventado contra el delirio

del despotismo»⁶¹ .

Hume había escrito que el autocontrol es «la consecuencia infalible de toda profesión industriosa», y Montesquieu percibe el mismo fenómeno en la expansión mercantil:

«El espíritu del comercio lleva consigo frugalidad, economía, moderación, trabajo, sabiduría, tranquilidad, orden y regularidad. De ahí que mientras dicho espíritu prevalezca las riquezas creadas por él no tengan ningún efecto nocivo»⁶² .

«Donde los modales del hombre son gentiles (*douces*) hay comercio; y donde hay comercio los modales de los hombres son gentiles [...] El comercio pule y modera los hábitos maleducados (barbares), como cabe constatar día a día»⁶³ .

V. Pasiones e intereses

Aunque los pueblos pueden elegir entre formas monárquicas, aristocráticas y democráticas de gobierno, el amplio rastreo que Montesquieu hace de costumbres y leyes en distintos tiempos y países le lleva a la conclusión de que el desarrollo económico tiende siempre a «sanear» el orden político⁶⁴ . Dicho saneamiento es otro entre los efectos no buscados de la acción humana, que al crear opulencia restringe por caminos indirectos aunque seguros la preponderancia del ideal militar y el imaginario redentor—profético.

Pero la fuerza de esos principios deriva de que son pasionales en vez de intelectuales, y su hegemonía sólo puede corregirse con algo de naturaleza igualmente emotiva y práctica⁶⁵ . Si no queremos ser triviales y mentirosos, dijo Hume, reconoceremos que «la razón [...] no puede pretender otro oficio que servir y obedecer a las pasiones», siendo vano oponer a ellas otra cosa que algún «impulso contrario»⁶⁶ . La inteligencia viene siempre después que el deseo, y está indefensa ante sus demandas. Esto lo tiene presente Montesquieu a su manera, cuando cifra el futuro halagüeño de las sociedades comerciales en que allí el impulso conquistador y redentor tenga como contrapeso el deseo de defender la libertad y la prosperidad ya adquiridas:

«Resulta afortunado para los hombres estar en

una situación donde sus pasiones podrían inclinarse a obrar como malvados (méchants), pero donde forma parte de su interés evitarlo»⁶⁷.

Por lo demás, que la conveniencia haya podido desplazarse de hábitos bárbaros a civilizados, y que descubra una alternativa a mandar u obedecer inapelablemente, es para el *Espíritu de las leyes* el fruto de aquello que al satanizar el interés del dinero paraliza el comercio. Perseguidos ya como verdugos de Cristo, los judíos tenían poco que perder asumiendo el nuevo baldón de usureros, y con ello lograron poder al mismo tiempo que nuevas persecuciones y chantajes, pues no sólo turbas de desarrapados sino los nobles y los reyes les iban a infligir periódicas razzias. Pero para defenderse inventaron la letra de cambio,

«que permitió al comercio eludir la violencia y mantenerse de modo ubicuo, creando una riqueza invisible que podía enviarse a todas partes sin dejar huella [...] La avaricia de los príncipes fue el origen de un hallazgo que permitió al comercio eludir sus garras.

Desde entonces se verían compelidos a obrar con mayor sensatez de la pretendida por ellos mismos, ya que los grandes golpes de autoridad se demostraron ineficaces y [...] sólo el buen gobierno iba a permitirles prosperar»⁶⁸.

Añádase que la mercantilización no es una panacea, sino un lenitivo para las miserias impuestas por el despotismo político y religioso. Los seres humanos siguen teniendo abierto ante sí un larguísimo camino hacia la dignidad, y monetizar las relaciones puede, por ejemplo, mermar el viejo deber de hospitalidad y otras virtudes morales, «que nos inclinan a ver los propios intereses de un modo no rígido»⁶⁹. Antes de esa monetización reinaba la rigidez suprema del orden jerárquico, y la marea de mezquina mediocridad que le pone término no puede desligarse de las atrocidades y carencias ligadas a la Paz de Dios. En principio, «el efecto natural del comercio es conducir a la paz»⁷⁰, aclaración tanto más oportuna cuanto que todavía pasa por un «combate perpetuo» (Colbert) y «una especie de guerra» (Josiah Child).

Pedirle a la política otra cosa que «moderación» en el poder, con la consiguiente libertad para los ciudadanos, implica

también despojarla de moralinas. Gustos, valores y modales, pongamos por caso, no son incumbencia del gobierno salvo que aspiremos a robustecer la tiranía, y un texto del Montesquieu joven dice ya:

«Es inútil atacar directamente a la política mostrando cuántas prácticas suyas tropiezan con la moralidad y la razón. Este tipo de discurso convence a todos sin cambiar a nadie [...] Me parece mejor seguir un camino indirecto, que [...] muestre su escaso rendimiento en utilidad real»⁷¹.

Despreciado en Francia por cosmopolita y anti-soberanista, a despecho de algunas excepciones, el *Espíritu de las leyes* es resumido casi un siglo después por su compatriota Tocqueville: «No sé si alguien puede citar un caso de nación fabril y comercial que no sea libre. Hay, pues, un estrecho vínculo entre libertad e industria»⁷².

NOTAS

¹ - Hobbes (1651) 1979, p. 417.

² - Anticipados por el *Discurso sobre la prosperidad pública* que publica John Hale en 1581. La expresión «economía política» no se emplea hasta 1615, en el *Traicté de Économie Politique* que publica Antoine de Montchrétien.

³ - Schumpeter 1955, p. 412.

⁴ - En algunos casos funcionarios de la Inquisición, como Pedro Fernández de Navarrete (*Discursos*, 1621) o Francisco Martínez de la Mata (*Memorial sobre la despoblación, pobreza y esterilidad de España*, 1650).

⁵ - Como vimos, tras morir el tirano ateniense Pisístrato (VI a. C.), los ciudadanos pensaron que —a despecho de su odiosa autocracia— había traído a la ciudad una época de prosperidad excepcional («áurea»); cf. Aristóteles, *Constitución de Atenas*, 13-17.

⁶ - *Metamorfosis* 89-91.

[7](#) - Hobbes alega también el derecho inalienable del súbdito a «vida y bienes», algo insólito en buena parte de una Europa septentrional que combina profesionalismo y barbarie. Su influjo ambivalente en el debate sobre derechos civiles haría de él una especie de aliado *malgré soi* de los demócratas.

[8](#) - Tocqueville 1982, vol. I, p. 129.

[9](#) - *Ibíd.*, p. 128.

[10](#) - *Ibíd.*, p. 127.

[11](#) - Según el *Traicté* «los forasteros son garrapatas que se adhieren a este gran cuerpo, le chupan su mejor sangre hasta hartarse y luego se separan. Hablando claro y sin metáfora, amasan el oro y la plata de Francia y se lo llevan»; Montchrétien, en Greenfeld 2001, p. 121.

[12](#) - Cf. Heckscher 1955, vol. II, p. 26.

[13](#) - Thomas Gresham (1519-1579), un financiero formado en Amberes que crea la Bolsa de Londres, ya ha advertido a Isabel I que la moneda mala expulsa a la buena, estimulando la reconversión de esta última en lingotes.

[14](#) - Estas pretensiones hacen que de Witt considere a los ingleses «unos malos perdedores, convertidos en rufianes que ambicionan saquear nuestro almacenes»; cf. Schama 1997, p. 230.

[15](#) - Child, en Schumpeter 1995, p. 399.

[16](#) - Véase antes, p. 304-305.

[17](#) - Cf. Schumpeter 1995, p. 395.

[18](#) - Cf. Spiegel 1967, p. 188-189.

[19](#) - Por ejemplo, no tanto la relación entre efectivo circulante e interés como la de este último y la tasa habitual de beneficio para las empresas de cada país o territorio. Hasta Hume no se observa que si hay pocas industrias, y organizadas a partir de superbeneficios, el interés será más alto que si compiten muchas que viven de beneficios pequeños y economías de escala.

[20](#) - Schumpeter 1995, p. 412. Traslado al presente, Norteamérica sería muy pobre e Irán muy rico.

[21](#) - Smith 1982, p. 440.

[22](#) - Consejero de Cromwell y también de Carlos II (hijo del decapitado por aquél), fue el primero en hablar de «renta nacional», y calcularla por años (unos cuarenta millones de libras en 1664). Su proyección —hecha partiendo de los rudimentarios datos disponibles— le llevó a sugerir que Londres tendría unos diez millones de habitantes a finales del xix, cuando por entonces no llegaba al medio millón.

[23](#) - Petty 1899, p. 113.

[24](#) - El *Leviatán* parte de que «la igualdad impositiva no depende de la igualdad de riquezas, sino de la deuda idéntica que todos tienen con la República (*Commonwealth*)». Pero esto sólo se asegura «cuando las imposiciones se establecen sobre aquellas cosas que los hombres *consumen*». En otro caso los trabajadores y ahorrativos pagarán más que los ociosos y derrochadores; cf. Hobbes 1979, p. 416-417.

[25](#) - Petty, en Spiegel 1967, p. 165.

[26](#) - Allí observa que la medida es miope y lesionará los intereses de artesanos y comerciantes locales, pues buena parte de esas importaciones se destinan a la reexportación —añadiéndoles o no algún valor—, y Las Provincias asumirán gustosamente el negocio vetado por ley.

[27](#) - En Spiegel 1977, p. 172.

[28](#) - El texto está colgado en varias páginas web, entre ellas el Avalon Fund de la Universidad de Yale

[29](#) - Gervaise menciona varios casos de su tiempo. Al leerlos me ha sido imposible no compararlos con un ejemplo doméstico más reciente. Protegida por un «fondo de retorno» del 180 por 100 para vehículos no nacionales, la empresa SEAT sufragó durante tres décadas a muchos miles de ingenieros y proyectistas, aunque ese ejército de técnicos fue incapaz de desarrollar un solo modelo con demanda externa.

[30](#) - «El crédito tiene consecuencias perniciosas para la nación

que lo usa o estimula excesivamente, porque sólo existe entonces al precio de hacer que la moneda (*coin*) desaparezca».

[31](#) - Schumpeter (1914) en Hayek 1995, p. 269. Esas luctuosas circunstancias explican que el manuscrito de su *Ensayo sobre la naturaleza del comercio*, escrito probablemente en inglés hacia 1734, sólo se publicase dos décadas más tarde y en francés. Uso ese texto de 1755 en una versión online no paginada, y numero los párrafos de cada capítulo para identificarlos.

[32](#) - Hayek 1995, p. 270.

[33](#) - La descripción que hace Cantillon es dinámicamente ejemplar: «Si sigue extrayéndose oro y plata de las minas todos los precios crecerán hasta el punto de que no sólo los terratenientes elevarán considerablemente los sueldos de sus criados y el precio de sus arrendamientos rústicos al expirar los plazos [...] sino que mecánicos y trabajadores elevarán tanto los de sus artículos que habrá un beneficio considerable comprándolos más baratos al forastero [...] con la consiguiente ruina gradual para los fabricantes locales, incapaces de hacer frente a la carestía de la vida en su tierra.

Cuando esa abundancia de oro y plata haya disminuido la población e impuesto gastos excesivos a sus habitantes [...] el Estado se verá obligado a enviar cada año fuera el producto obtenido de sus minas, haciéndose cada vez más dependiente de aquellos a quienes paga sus importaciones. Cesa la gran circulación de dinero que caracterizaba a los comienzos, llegan en su lugar pobreza y miseria, y el trabajo en las minas sólo resulta ventajoso para sus empleados y para los extranjeros que se benefician de ellas. Esto es aproximadamente lo que le sucedió a España desde el descubrimiento de las Indias» (II, 6, 1-3).

[34](#) - I, 1, 1.

[35](#) - I, 11, 1.

[36](#) - «Los monjes no son de utilidad alguna, ni implican ornamento en paz o en guerra, salvo en el Paraíso [...] Los Estados que abrazaron el protestantismo, y no tienen monjes ni mendigos, se han convertido visiblemente en los más poderosos» (II, 16, 11).

[37](#) - Cantillon destaca como caso de reforma contraproducente la tarifa prohibitiva que Isaac Newton —por entonces director

de la Casa de la Moneda inglesa— impuso en 1717 a la plata acuñada.

[38](#) - Ibíd I, 16, 2.

[39](#) - II, 13.

[40](#) - Sabemos que Montesquieu era buen amigo de la familia Cantillon, y que Hume dispuso de varias oportunidades —en Francia y en Inglaterra— para conocer el texto antes de aparecer publicado; cf. Cannan 1929, p. 20 y ss.

[41](#) - II, 15, 5. Gran parte de la población, añade, «come ajo, pan y tubérculos, va vestida de cáñamo, usa ropa interior muy burda y no bebe más que agua».

[42](#) - Es la tesis, ampliamente argumentada, de Heckscher 1955.

[43](#) - Hayek 1995, p. 101.

[44](#) - Hegel 1955, vol. 3, p. 383. «Hume creó el tipo moral del egoísta amable, sereno y humano, que ama sobriamente el placer» (Schumpeter 1995, p. 168).

[45](#) - Smith, en Spiegel 1973, p. 285.

[46](#) - A los 26 años terminó su monumental *Tratado sobre la naturaleza humana* (1740). *La Historia de Inglaterra*, publicada póstumamente (1778), ocupa seis gruesos volúmenes.

[47](#) - Agrupados en los *Political Discourses* (1748).

[48](#) - *Of the Jealousy of Trade*, II, 6, 6.

[49](#) - *Of Money* II, 3, 1.

[50](#) - *Of the Jealousy of Trade* II, 6, 20

[51](#) - *Of the Balance of Trade* II, 5, 1.

[52](#) - Cuando un país vende a otro más de lo que compra, su efectivo crece en la misma proporción que merma el del otro. Con todo, esa afluencia de dinero acaba elevando los precios en el vendedor, que a partir de cierto momento son demasiado

altos para mantener inalteradas las exportaciones, cuya reducción atrae por su parte importaciones. El país comprador, en cambio, ha perdido liquidez y resulta más barato, lo cual induce una inversión en el flujo de efectivo.

[53](#) - *Of Commerce* II, 3, 3.

[54](#) - Por ejemplo, aunque la balanza comercial positiva de un país suponga automáticamente una elevación de sus precios (comparados con los del país que asume la balanza negativa), el encarecimiento no resulta inmediato ni homogéneo, y empieza multiplicando su industria (con las consiguientes mejoras en empleo e ingresos). Keynes se servirá de este análisis para apoyar su modelo de *welfare*.

[55](#) - *Ibid*, II, 1, 12.

[56](#) - Hume 1994, p. 146.

[57](#) - *Of the Jealousy of Trade*, II, 6, 6. La gentileza de Hume le lleva a exagerar, desde luego, cuando niega a Inglaterra un puesto de honor en la historia del desarrollo industrial.

[58](#) - «Si nuestras estrechas y malignas políticas tuviesen éxito reduciríamos todas las naciones vecinas al estado de desidia e ignorancia que prevalece en Marruecos y en la costa de Berbería. Pero ¿cuál sería el resultado? No podrían enviarnos bienes, tampoco podrían recibirlos de nosotros. Nuestro comercio doméstico languidecería por falta de competencia, ejemplo e instrucción. Y pronto caeríamos nosotros mismos en una condición tan abyecta como aquella que les impusimos» (II, 6, 7).

[59](#) - Hume 1994, p. 142.

[60](#) - *L'Esprit*...XI, 4.

[61](#) - *Investigación sobre los principios de la economía política* (1767); cf. Hirschman 1970, p. 85.

[62](#) - *Esprit des lois*, V, 7.

[63](#) - *Ibíd*, XX, 1.

[64](#) - Sus reflexiones económicas se concentran en la parte cuarta del tratado. Los libros XX y XXI describen el comercio,

el XXII el dinero y el XXIII la población.

[65](#) - Los párrafos siguientes aprovechan el excelente análisis de Hirschman 1970.

[66](#) - *Tratado de la naturaleza humana* (1739), 1988, p. 561.
Esta obra de juventud precede en nueve años al *Espíritu de las leyes*, aunque muy probablemente no fue conocida por Montesquieu.

[67](#) - *Esprit des lois*, XXI, 20.

[68](#) - XXI, 18.

[69](#) - *Ibíd.*

[70](#) - XX, 2.

[71](#) - «Sur la politique» en *Oeuvres complètes*, vol. I, p. 112.

[72](#) - *La democracia en América*, II, 2, 14.



© Antonio Escotado 2008
LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO
<http://www.escotado.org>

Development Sciences Network Presence
www.catalanhost.com



Los
Enemigos_{del}
Comercio

LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO

**De cómo fue preciso
elegir entre absolutismo y liberalismo**

21

Una ilustración ambigua

«El cristianismo sólo predica servidumbre y dependencia. Su espíritu es demasiado favorable a la tiranía para que no sea siempre aprovechado por ella. Los verdaderos cristianos fueron hechos para ser esclavos, lo saben y no se conmueven por ello; esta corta vida tiene demasiado poco valor a sus ojos.»

J. J. Rousseau¹.

Benjamin Franklin (1706-1790), un genio polifacético², dejó la escuela a los diez años movido por la pobreza y a los quince escribía bajo seudónimo sus primeros artículos. Tuvo tratos amistosos con Hume, y el mismo año en que aparecen sus *Discourses* y la gran obra de Montesquieu publica él sus *Consejos para un joven comerciante*. Allí leemos:

«Piensa que el tiempo es dinero [...] Piensa que el crédito es dinero [...] Piensa que el dinero es fértil y reproductivo [...] Piensa que, como dice el refrán, un buen pagador es dueño de la bolsa de cualquiera [...] Guárdate de considerar como tuyo todo cuanto posees y de vivir según esa idea. [...] y verás lo que hubieras podido ahorrar y lo que aún puedes ahorrar en el futuro. Por seis

libras puedes tener el uso de cien, supuesto que seas un hombre de reconocida prudencia y honradez. Quien malgasta inútilmente a diario un solo céntimo derrocha seis libras al cabo del año, que constituyen el precio del uso de cien»³.

Weber recuerda que semejante actitud habría pasado por «sucias avaricias» en épocas previas, aprovechando para observar que el espíritu comercial y el precomercial no se distinguen

precisamente por la avidez de oro⁴. La frontera está en sentarse sobre las propias monedas o regalarlas a la Iglesia —como hacían tradicionalmente señores y siervos—, o desarrollar una mentalidad inversora. El consejo primario para el aprendiz de *businessman* es un «guárdate de considerar tuyo todo cuanto posees», que le impide tanto atesorar como derrochar, y le instala en un hábito «aplicable a la industria». No debe considerar suyo lo que tiene porque lo tiene en función de otros individuos previsores y frugales, cuyo testigo asume mirando el céntimo precisamente para multiplicarlo. El deber de solidaridad social ha encontrado este insólito fundamento, que está en las antípodas del «no os inquietéis por el mañana»⁵.

I. Máquinas y poblaciones

Antes de que esta actitud se generalice la inercia del trabajo servil impone al patrono un círculo vicioso. Estimular la laboriosidad pagando por resultados sólo funciona a veces, pues otras topa con jornaleros que lo aprovechan para trabajar menos, aunque sea ganando menos, y durante siglos se pensó que los salarios bajos son «productivos» porque impiden sobrevivir sin una dedicación regular. Pero un salario insuficiente sólo puede estimular incompetencia, cosa sabida también desde siempre; con tierras muy similares, por ejemplo, el campesino polaco medio segaba por término medio un tercio menos que el prusiano, mejor pagado y alimentado. Durante el siglo XVII y parte del XVIII la prosperidad de Las Provincias se asienta en que paga al menos un 50 por 100 más a sus jornaleros, y dispone de una población confortablemente alojada. En realidad, el único modo de mejorar los rendimientos es algo que «no puede ser producido por salarios altos ni bajos, sino por un largo y continuado proceso de educación»⁶.

Dicha educación equivale finalmente a clase media, un sector cuya capacidad adquisitiva se adapta a fluctuar en función de azares y capacidades personales. Sin embargo, la

industrialización implica que un número creciente de campesinos se transforme en operario urbano, creando masas finalmente gigantescas de desarraigados. Si no se convierten en nueva clase media la agravar se agravará hasta extremos jamás vistos, aunque un aburguesamiento del proletariado es impensable a corto plazo. El gran trasvase humano del campo a la ciudad se apoya materialmente sobre la máquina de vapor⁷, núcleo de las nuevas instalaciones fabriles, y en Inglaterra —la vanguardia industrial— crea un movimiento gremialista de sabotaje, que concibe su engranaje de bielas y pistones como último invento del Maligno.

Una proletarización masiva se produjo ya con el Bajo Imperio romano, que fue llenándose de ex-propietarios y descendientes suyos, pero Roma era un gigante político montado sobre un pigmeo industrial, y Europa representa lo inverso. En el Bajo Imperio las urbes se iban despoblando —aunque las leyes castigasen con pena de muerte el cambio de residencia y oficio—, mientras ahora la creación acelerada de empleo hace que el campesinado afluya libremente a las ciudades—fábrica. En Roma el proletariado se sostenía con cartillas de racionamiento, y ahora debe ser rentable para su empleador. En un caso la curva demográfica declinaba y en el otro tiende a hacerse vertical. Todo es diametralmente distinto salvo el fenómeno de muchedumbres desposeídas, entonces víctimas de un aparato productivo insuficiente y ahora fruto del titanismo fabril.

El paso de la sociedad comercial a la industrial abre a la vez el arca de la abundancia y el cofre que guardaba los vientos, sin perjuicio de que predomine un sentimiento de confianza en el Progreso. Comprenderlo y justificarlo ha creado un gusto por la lectura reflexiva, que pasa a ser signo de distinción y sentido de la responsabilidad en todas las clases sociales, creando un mercado boyante para libros de pensamiento. El proyecto genérico de las Luces debe precisar unas propuestas que en muchos casos ya no caben en el acostumbrado combate del bien contra el mal.

1. Perspectivas sobre el Progreso. Lo primario social y políticamente es consolidar las libertades con regímenes democráticos, una meta común que suscita proyectos y realizaciones en gran medida divergentes. La democracia llega a Norteamérica sin guerra civil, y en Inglaterra el sufragio universal acaba instaurándose —mucho después, desde luego— de modo pacífico⁸. En Francia y en el resto de Europa habrá derramamientos de sangre más o menos ingentes, y una

causa cada vez más enconada de conflicto civil. De alguna manera, cuanto más reine un absolutismo centralista más radical será la opinión pública, como muestra la comparación entre la Ilustración anglosajona y la francesa.

Al interés que Hume y su círculo de amigos escoceses⁹ exhiben por el análisis de corte científico corresponde en el otro lado del Canal de la Mancha una pasión por la brillantez, ya que «la filosofía francesa es lo ingenioso mismo»¹⁰. Ambos grupos hacen gala de talante anticlerical¹¹, y en ambos reina como divisa el «atrévete a saber»; pero el grupo inglés y norteamericano no comulga con el despotismo ilustrado de los *philosophes* y su propuesta de «todo para el pueblo pero sin el pueblo». Le produce especial estupor una doctrina como la *idéologie*, que anticipa técnicas de reflejo condicionado e ingeniería social para un Estado «omnipotente [...] capaz de conseguir de los hombres todo lo que desea»¹². Colmados de buenas intenciones, los ideólogos creen en una producción de ideas próxima al lavado de cerebro, y su línea de despotismo benévolo puede prender también al otro lado del Atlántico. En efecto, uno de los Padres Fundadores de la nación norteamericana es el médico Benjamin Rush, cuyas terapias —origen del *Prohibition Party*— proponen «que en lo sucesivo será asunto del médico salvar a la humanidad del vicio tanto como hasta ahora lo fue del sacerdote. Concibamos a los seres humanos como pacientes en un hospital; cuanto más se resistan a nuestros esfuerzos por servirlos más necesitarán nuestros servicios»¹³.

A Francia le hacen falta décadas para asimilar la sociedad industrial, algo que sólo constatamos cuando aparezca el tratado de economía política de Say (1803). En Inglaterra y Norteamérica ese marco es vida cotidiana y ha sido plasmado ya en 1776 por Smith. El Progreso, que en un caso se encomienda a la evolución de factores impersonales, en el otro sugiere disciplinar al pueblo con instrumentos propios del seminario o la cárcel, dándose la mano otra vez con el voluntarismo que le trata como menor de edad. Esa corriente *idéologue* tendrá poco después su contrapartida británica en el utilitarismo de Bentham, Mill, Ricardo y Malthus, parejamente autoritario y esquemático, que el hijo de Mill —John Stuart— intentará armonizar con las libertades cívicas¹⁴. En ambos casos la pretensión es «rehacer todo el derecho y las instituciones sobre principios racionales»¹⁵.

II. La Ilustración philosophe

Vespasiano evitó abaratar el transporte terrestre para proteger a su plebícula, y un derivado de esa idea aparece en la industrial Inglaterra con el movimiento tecnófobo del legendario Ned Ludd, tejedor, capitán y rey. Sus adeptos, que empezaron demandando un sistema de precio fijo, dieron rienda suelta a la frustración de no conseguirlo destruyendo equipos e instalaciones, e incluso a los propietarios si opusieran resistencia. Los ludditas ingleses no fueron ni comunistas ni partidarios de Robinsón, pero su guerra contra la máquina es afín —por radical— a ideas tan bien recibidas en los salones franceses como abolir la propiedad privada, e incluso la civilización. Artesanos de Lancaster o Leeds no se parecen nada en credo y atuendo a gentilhombres versallescicos y parisinos, aunque un espíritu nostálgicamente visionario prende por igual en ambos.

«Los hombres de letras se convirtieron entonces en los primeros políticos de Francia, para sustituir las complicadas costumbres del pasado por reglas sencillas»¹⁶, y «una marea de crítica dogmáticamente acrítica [...] se resolvió en volúmenes rebosantes de autocomplacencia»¹⁷. Voltaire, el más sutil y cultivado, atribuye todos los males a la Iglesia («*l'Infame*»), defiende exclusivamente libertad «literaria» y recomienda al monarca galo imitar al «gran emperador de la China» en autoridad absoluta. Diderot (1713-1784), cuya energía saca adelante la *Enciclopedia*, pone en boca de un tahitiano imaginario su propio discurso sobre el desarrollo industrial:

«Has entrado en nuestras cabañas, ¿crees que nos falta algo? Puedes perseguir hasta donde quieras lo que llamas las comodidades de la vida; pero deja que los seres sensatos se detengan en lugar de continuar sus penosos esfuerzos, que sólo les proporcionarán bienes imaginarios. Si nos convences, moviéndonos a superar el estrecho límite de nuestras necesidades, ¿cuándo podremos dejar de trabajar? ¿Qué tiempo tendremos para disfrutar?»¹⁸.

Un viaje a Holanda, por entonces en avanzada decadencia, le convence de que esos maníacos del rendimiento «son alambiques vivientes, que se destilan a sí mismos»¹⁹. Su amigo Rousseau (1712-1778), un ginebrino emotivamente muy

inestable²⁰, piensa que la división del trabajo ha transformado algo positivo como el *amour de soi* del noble salvaje en algo negativo como el *amour propre* del civilizado, que siendo al tiempo competitivo y dependiente sólo puede progresar en desigualdad, temor, sospecha y envidia²¹. No coincide con otros *philosophes* en preconizar un despotismo ilustrado —al contrario, advierte que el pueblo sólo podrá educarse merced al autogobierno—, y en *El contrato social* (1762) presenta la libertad como esencia del ser humano. Sin embargo, tiene razón lord Russell cuando observa que «intenta asegurar la igualdad aún a costa de la libertad»²²; una manifestación de ello es que supedita el derecho de sufragio o *volonté de tous* a la soberanía de cierta *volonté générale* «única y sublime».

La Administración roussoniana, que «no contempla el interés privado sino el común»²³, rechaza la división de poderes y plantea la democracia como una «religión política con dogmas sencillos»²⁴, donde el descreído será ejecutado. Por una parte, con el contrato social llega «una asociación [...] donde al unirse a todos cada uno sólo se obedece a sí mismo, y permanece tan libre como antes»²⁵. Por otra, libertad no equivale a autonomía de criterio y acción. Constituye más bien «una obediencia a la voluntad general que fuerza a ser libre»²⁶, y allana el camino a tribunos cuyo rasgo común será imponer el terror como atajo hacia la virtud. En un momento de crisis para lo patético—enfático, donde las pasiones se dirían cada vez más sujetas al control ejercido por los intereses, la formidable elocuencia de Rousseau presta voz a la sensación reactiva de que «el mundo aparece súbitamente vacío, mezquino y aburrido [...] falto de nobleza, grandeza, misterio y —ante todo— pasión»²⁷.

Desde 1750, cuando el premio convocado por cierta academia le sugiera escribir su *Discurso sobre las artes y las ciencias*, se entrega en cuerpo y alma a demostrar una oposición irreductible entre Naturaleza y Sociedad que empieza considerando lo inmoral del artista y el científico. A diferencia de las «verdaderas necesidades humanas», artes y ciencias son meros subproductos del orgullo y la vanidad, cuyo lamentable resultado ha sido ensanchar la distancia entre «grandes» y «pobres». Ocho años más tarde, en su *Carta a D'Alembert sobre el teatro*, extiende el reproche a los géneros que él mismo cultiva profesionalmente —la comedia, la novela y la composición musical—, afirmando que cuanto menos lugar

ocupen librerías y centros de esparcimiento más se parecerá una sociedad a «esa Esparta que es imposible citar lo bastante como ejemplo a seguir». Ha leído siendo muy joven la biografía de Licurgo en las *Vidas paralelas* de Plutarco, y con ese banco de datos esboza la primera filosofía romántica de la historia, cuyos grandes héroes son Estados reñidos con las insignificantes libertades civiles para poder consagrar la libertad «auténtica»²⁸. Atenas y las demás polis democráticas griegas, como la Europa posmedieval, constituyen modelos de corrupta decadencia.

Podemos concluir esta sumarísima reseña de Rousseau con algunos párrafos del *Discurso sobre economía política*, que Diderot le encarga para la *Encyclopédie*. Aunque en 1755 hay ya una notable bibliografía sobre el tema, él examina el asunto a la luz de su personal intuición:

«La voluntad general es el primer principio de la economía política. El segundo es conformar las voluntades particulares a la voluntad general, estableciendo el reino de la virtud [...].

La regla más importante en finanzas es preocuparse más de evitar necesidades que de incrementar las rentas. Y como los dirigentes son dueños del todo el comercio del Estado nada es más fácil para ellos que dirigirlo hacia los canales aptos para satisfacer cualquier necesidad, sin parecer que interfieren [...]

Deben establecer aranceles sobre la importación de bienes foráneos, prohibir la exportación de los no muy abundantes, gravar el producto de las artes frívolas y demasiado lucrativas, y desterrar la importación de cualesquiera artículos de lujo.

Esto aliviará a los pobres, evitando el crecimiento continuo de la desigualdad en fortunas. Tal es la costumbre constante en China, donde sólo el comprador asume los costes y el pueblo no resulta oprimido.»

1. Los economistas franceses. Estar sobre las laderas de un volcán a punto de entrar en actividad abona un florecimiento doctrinal, que produce una rica variedad de posturas. Junto al naturalismo—primitivismo de Diderot y Rousseau florece el materialismo llamado filosófico²⁹, el comunismo ilustrado, la

ya mencionada idéologie y la escuela—secta de los fisiócratas³⁰. Esta última parte de François Quesnay (1694-1774), médico personal de Luis XV y madame de Pompadour, su favorita, que opuso al dirigismo tradicional en su país el lema *laissez faire, laissez passer*³¹, pues la economía política constituye cierto sector de una Naturaleza armoniosa en todas sus obras, cuya operación no debe ser interferida.

Inmersa en las coordenadas generales de la Ilustración gala, la fisiocracia sólo se distingue de la ideología y el resto del *despotisme légal* por el talento de sus iniciados. Todos piensan la economía como un sistema donde magnitudes interdependientes van equilibrándose en cualquier caso —principal cosa ignorada por los mercantilistas—, y Quesnay merece admiración entre otras bastantes razones por su descripción del flujo monetario³². Turgot, su discípulo predilecto, es a juicio de Schumpeter el mayor economista de todos los tiempos por agudeza analítica. Dupont de Nemours, otro de los juramentados, influiría sobre Adam Smith con el sistema de aranceles bajos expuestos en su *Fisiocracia* (1770), y tras diversas peripecias acabó fundando en Norteamérica la más duradera dinastía industrial conocida³³.

Quesnay mantuvo que en ausencia de monopolios la libertad individual para perseguir el propio interés asegura la satisfacción máxima para las necesidades del conjunto³⁴. Pensaba que las clases sociales son complementarias —una idea bautizada luego como armonismo por sus compatriotas Say y Bastiat—, y tiene algo de asombroso que fuese tan hostil a cualquier forma de privilegio cuando vivía en el entresuelo del palacio de Versalles. Nos ayuda a entenderlo el estado floreciente del agro francés, que en vez de medidas proteccionistas pedía más bien apertura de mercados exteriores.

Buen amigo de algunos, Hume piensa que a despecho de sus virtudes son «los hombres más quiméricos y arrogantes de la actualidad»³⁵, arrastrados a ello por su doctrinarismo. Hasta el profundo Turgot suspendió su compromiso con el *laissez faire* para obstaculizar las exportaciones de productos industriales, convencido de que eso mantendría al alza el precio de los agrícolas. Le impulsaba a ello el triple dogma del grupo: 1) sólo la agricultura es fuente de ganancia real (*produit net*); 2) todos los impuestos deben reducirse a un gravamen único sobre la renta de la tierra; 3) la sociedad está formada por una «clase productiva» de campesinos, una «clase soberana» de nobles

terratenientes y una «clase estéril» donde entran todos los demás³⁶.

El comercio y cualquier industria distinta de la agropecuaria generan ingresos en el mejor de los casos iguales a sus gastos, y tampoco crea excedente cualquier jornalero que no esté empleado en el campo. La clase soberana, en cambio, está lejos de ser estéril y debe considerarse «mixta», porque sostiene al campo con adelantos (*avances*) sobre las cosechas, hace circular sus productos y mantiene disponibles a sus miembros para cubrir cargos públicos. Evidentemente, esas tres cosas puede hacerlas la clase media, y Francia se decantará muy pronto por elevar su *produit net* aboliendo el estamento nobiliario. Lo frívolo del concepto fisiocrático sobre el rendimiento real³⁷ se observa en una Memoria que Turgot presenta a Luis XVI trece años antes de estallar la revolución:

«En el plazo de diez años vuestro pueblo estará desconocido y aventajará infinitamente a todos los demás por su ilustración y sus buenas costumbres, por el celo inteligente que mostrará en vuestro servicio»³⁸.

Por lo demás, la inminencia del naufragio inspira a los fisiócratas una amalgama de lucidez y audacia, que opone al sermón tradicional sobre austeridad, baratura y proteccionismo algo bastante más próximo al criterio contemporáneo del gasto como inversión. Quesnay afirma que «la frugalidad es la madre de la pobreza», y se adelanta claramente a Smith en presentar como principio general la soberanía del consumidor, equiparando bien común con un fortalecimiento de la demanda que sostenga «el paso de la necesidad al lujo»³⁹.

III. El comunismo ilustrado

La oposición entre naturaleza y sociedad que hallamos en Rousseau y Diderot no les lleva a plantear tesis comunistas, sino reformas que dirijan el Progreso hacia metas menos «decadentes». Aunque añoran una Edad de Oro pretérita —para ellos indiscernible del cazador—recolector, y previa a la institución del dinero—, no ven practicable ni retroceder al ingenuo salvaje ni condenar la propiedad privada⁴⁰. Con todo, la corriente utópica de Moro y Campanella ha resurgido en Francia desde finales del XVII con una secuencia de obras sobre sociedades perfectas, que coinciden en ser insulares —un

símbolo de su autarquía económica— y desconocer la posesión exclusiva de bienes. Empiezan siendo libros de aventuras precursores de la ciencia-ficción, donde el ideal de una propiedad común no se enuncia con particular vehemencia, y parten de un superventas publicado por el hugonote Denis de Vairasse⁴¹.

Al año siguiente aparece *La Tierra Austral* de Sadeur, donde la sociedad descrita es anarco-comunista, y desde entonces hasta mediados del XVIII —con *El viaje de Nils Klim al mundo subterráneo*, del danés L.Holberg— este género a caballo entre lo fantástico y lo edificante disfruta no sólo de cultivadores sino de una entusiasta acogida popular. En sus *Aventuras de Telémaco* (1699), el abate Fénelon incluye como capítulo 8 la descripción de un país comunista totalmente apacible y dedicado a la agricultura, cuyos habitantes «se amaban con un amor fraterno al ser todos libres, todos iguales.»⁴² Restif de la Bretonne, director de la Biblioteca Real francesa, atribuye asombrosos avances técnicos a otra sociedad comunista remota en *El descubrimiento austral por un hombre volador o El Dédalo Francés, novela muy filosófica seguida de La carta de un simio*. Cabe incluso incluir en esta rúbrica las *Aventuras de Gulliver*, que es la sátira de Swift al propio género⁴³.

1. Regresando a lo natural. La gravedad ética retorna con el abate Morelly⁴⁴ y su *Naufragio de las islas flotantes o Basiliada del célebre Pilpai* (1753), un poema épico en dos volúmenes sobre «una isla feliz donde vive un pueblo inocente por no haberse desviado del camino que trazó la Naturaleza»⁴⁵. La obra contiene algunas concesiones al género —empezando por decir que traduce un original antiquísimo escrito en sánscrito—, pero lejos de centrarse en artilugios pintorescos hace una apasionada defensa del colectivismo. Eso le valió reseñas negativas y un comentario irónico del propio Quesnay —«¿se imaginan un teatro con localidades igualmente buenas?»⁴⁶—, a los cuales respondería con el *Código de la Naturaleza o verdadero espíritu de sus leyes, desconocido o esquivado en todos los tiempos* (1755). Escrito en prosa, y publicado de modo anónimo, aporta «un programa considerablemente meritorio, pues presenta con todo detalle soluciones a los problemas prácticos de estructura y administración de una sociedad comunista»⁴⁷.

El anonimato hará que algunos atribuyan el *Código* a Diderot, aunque su prefacio defiende la *Basiliada* contra «supuestos

sabios como Montesquieu, admirados por nuestra imbecilidad»⁴⁸, y el contenido del libro hace inverosímil esa atribución. La nostalgia de Diderot por el noble salvaje quiere quitarle su brida teológica a las pasiones —entregarse a ellas sin sentimiento de culpa—, y Morelly logra algo tan distinto como depurar la tradición ebionita pasándola por el filtro de las Luces. Su proeza intelectual es un rechazo del «tener» (*avoir*) apoyado exclusivamente sobre la razón, y «formular por primera vez que todas las desviaciones inmorales del comportamiento normal derivan de la sociedad capitalista»⁴⁹. Como la realidad supera siempre a la imaginación en matiz y pormenor, nada es más procedente que la letra de su texto:

«El único vicio que percibo en el universo es la Avaricia, pues todos los otros son variaciones, grados suyos [...]

Encontramos el *deseo de tener* incluso en el fondo del desprendimiento, pero si nos desprendemos realmente de él llegaremos a una situación donde resulta casi imposible que el hombre sea depravado y malvado, pues es casi matemáticamente comprobable que toda propiedad privada de los bienes provoca en la sociedad lo que Horacio llama «materia para el máximo mal.

Todos los fenómenos morales y políticos son efectos de esta causa perniciosa [...] y todos los productos monstruosos que vienen de las aberraciones de la mente y el corazón derivan de la tendencia de los legisladores a permitir que el vínculo primario de cualquier sociabilidad sea roto por la usurpación de aquellos recursos que deberían pertenecer en común a todos.

Si suprimimos la propiedad privada apenas restarán algunas leves discordias, y la sociedad recobrará rápidamente su armonía»⁵⁰.

Una vez abolida la propiedad no hay inconveniente en mantener la división del trabajo y un aparato gubernativo, ya que ni lo uno ni lo otro estarán expuestos a abuso. Pero impedir que la propiedad reaparezca exige una constitución comunista, y gran parte del *Código* se dedica a exponerla «con un sobrio sentido de la «viabilidad»»⁵¹. Dichos preceptos se agrupan en

once capítulos, correspondientes a otros tantos tipos de leyes («fundamentales o sagradas, económicas, agrarias, edilicias, policiales, suntuarias, administrativas, gubernamentales, conyugales, pedagógicas e instructivas»), cuyo contenido puede deducirse de cuatro ejemplos:

«Nada pertenecerá a nadie [...] y todo ciudadano será un hombre público, sostenido y empleado a expensas públicas»⁵².

«Nada se venderá o intercambiará entre ciudadanos, Quien necesite judías, verduras o frutas irá a la plaza pública, donde esos artículos habrán sido traídos por el cultivador, y se llevará lo que necesite para un día exclusivamente»⁵³.

«Las tiendas públicas y los cuartos de asamblea serán levantados con arreglo a una estructura uniforme y agradable, en torno a una gran plaza de lados iguales, y las vecindades se distribuirán por intervalos regulares, del mismo tamaño y forma, divididas uniformemente en calles»⁵⁴.

«Todo ciudadano tendrá una ropa de trabajo y otra de fiesta, ambas adornadas modesta y apropiadamente, sin admitirse ornamento que permita a una persona destacar sobre otras. Toda manifestación de vanidad será suprimida por los jefes de familia»⁵⁵.

El lugar del Morelly en la historia oficial del comunismo no está a la altura de sus méritos, pues nadie había cuestionado la propiedad privada desde una perspectiva extrateológica, y tampoco reunido el conjunto de lo indeseable como efecto de esa sola causa. «No incurro en la temeridad de pretender reformar al género humano», como empieza diciendo, parece una incoherencia pero funda una inversión en los términos esencial para todo el igualitarismo ulterior. La temeridad reformista fue consagrar un «tener» excluyente que Morelly llama también «salir de la Naturaleza», experimento funesto aunque pasajero que una vez anulado permitirá a los seres humanos existir como realmente son.

El *Código* define también la ideología en el sentido de Marx, como creencia determinada por la posición social de cada individuo y grupo, y lo hace inmediatamente después de negar

que su propuesta sea temeraria: «La verdad [...] .la niegan los interesados en engañar a la humanidad, o está enmarañada por los errores en cuya virtud el resto se dejó engañar». He ahí el acta de nacimiento para una filosofía sistemática de la sospecha, con engañadores y engañados como hilo argumental, que luego se atribuirá en exclusiva al comunismo llamado científico. Por lo demás, el olvido de Morelly en términos subjetivos lo compensa objetivamente el hecho de que su libro inspire en 1794 la Conjura de los Iguales⁵⁶, primer intento de asaltar el Estado para abolir la propiedad privada.

El siguiente y último philosophe comunista es otro abate, G. de Mably (1709-1785), que llega a ese ideario ya senecto y lo plasma en su *De la legislación o principios de las leyes* (1776). Allí leemos que «el lujo proporciona a los ricos todos los vicios de la pobreza, y a los pobres una codicia que sólo pueden satisfacer con crímenes, o con las más envilecedoras ruindades»⁵⁷. Las colonias francesas en Canadá y Louisiana le ofrecen datos para admirar a las tribus ágrafas americanas, «donde las familias viven tranquilamente en común cubriendo sus necesidades por medio de la caza». Imitarlas exige reducir de modo drástico la población, pero ni él ni Morelly consideran indeseable una humanidad reducida a la milésima parte de sus habitantes mientras se mantenga solidaria. Como Rousseau, Mably añora la selección eugenésica espartana y venera a su legislador, Licurgo, pues «nadie ha conocido mejor los designios de la Naturaleza»⁵⁸.

Así, la corriente inaugurada por santo Tomás Moro ha dejado atrás su prosopeya de islas australes para propugnar una imitación de pueblos efectivos, cuya existencia denuncia los artificios del industrialismo, y es notable que el libro de Mably aparezca el mismo año que el *Wealth of Nations* de Smith. En un lado del canal de la Mancha se componen monumentos a la complejidad económico-social, y en el otro —mientras fermenta la mayor de las revoluciones— la propuesta es un retorno a la sencillez de los mohicanos. Tras repasar el pensamiento de sus compatriotas, Durkheim lo resume en un modo paradójico de combatir la pobreza:

«La fórmula del socialismo [sansimoniano] consiste en regular las operaciones productivas de modo que concurren armónicamente. La fórmula del comunismo es regular los consumos individuales de modo que sean siempre idénticos y mediocres. En un caso el propósito es la cooperación regular entre funciones económicas

[...] con vistas a un máximo de rendimiento. En el otro se busca simplemente impedir que unos consuman más que otros. Allí se organizan los intereses particulares, aquí resultan suprimidos»⁵⁹.

NOTAS

1 - Rousseau 1963, p. 184.

2 - A su condición de Padre Fundador de los Estados Unidos, artífice de la vital alianza con Francia, añadió un largo catálogo de inventos y una comprensión pionera del «fuego eléctrico».

3 - Franklin en Weber 1998, vol. I., p. 38-39.

4 - «La codicia de los mandarines chinos, de los antiguos patricios romanos o de los modernos agricultores resiste toda comparación [...] Precisamente la falta *más absoluta* de escrúpulos a la hora de imponer el propio interés en materia de dinero caracteriza a los países cuyo desarrollo capitalista ha permanecido «retrasado» en relación con las pautas occidentales»; Weber *ibíd*, p. 48-49, subrayados suyos.

5 - *Mateo* 6, 34.

6 - Weber *ibíd*, p. 51-52.

7 - El inglés James Watt patenta en 1768 la primera, que desde 1774 se produce en serie.

8 - Allí la guerra civil ha acontecido más de un siglo antes, con las luchas entre el Parlamento y la Corona que devastan el país entre 1642 y 1651.

9 - Smith, Steuart, Millar, Ferguson y Gibbon, parientes espirituales de un Montesquieu que a sus compatriotas les parece «anglófilo».

10 - Hegel 1955, vol. III, p. 383.

11 - En el *Wealth of Nations* leemos, por ejemplo: «La Iglesia romana fue en la Edad Media la combinación más formidable

contra la libertad, la razón y la felicidad. Pero su poder fue destruido por el progreso de las artes, las manufacturas y el comercio»; Smith 1982, p. 706.

[12](#) - Según el *idéologue* Mercier de la Rivière; cf. Tocqueville 1982, p. 173.

[13](#) - Rush, en Szasz 1981, p 185-186.

[14](#) - Jeremías Bentham (1748-1832), un niño prodigio, escribió sus *Principles of Morals and Legislation* (1789) para demostrar que «el dolor y el placer son los soberanos de la Humanidad», y que el principio moral absoluto es la «máxima satisfacción para el mayor número». Ni allí ni en ninguna otra parte de su copiosísima obra encontramos reflexiones sobre el concepto de justicia. Mandó ser embalsamado y expuesto al público con su ropa y bastón favoritos, dentro de un habitáculo que sigue atrayendo en Londres a devotos y turistas. El *Essay on Government* de su secretario Mill «no se puede calificar sino de absurdo insalvable, aunque según parece inextirpable» (Schumpeter 1995, p. 486). El logro de ambos es formular «la más superficial de todas las filosofías de la vida» (ibíd, p. 173).

[15](#) - Hayek 1960, p. 174.

[16](#) - Tocqueville 1982, p. 156.

[17](#) - Schumpeter 1995, p. 162. Y prosigue: «En esta época, autonombrada Edad de la Razón, el mejor antídoto para los cumplidos que los literatos solían dirigirse a sí mismos es leerles».

[18](#) - *Suplemento al viaje de Bougainville*, 1771; en Horowitz 1982, vol. I, p. 80.

[19](#) - Diderot, en Schama 1977, p. 375.

[20](#) - En 1754, por ejemplo, cuando su *Discurso sobre el origen de la desigualdad* sea prohibido en algunos países, Hume le ofrece el cobijo de su propia casa. Aunque acepta el ofrecimiento, Rousseau no tardará en pensar que su anfitrión le está tendiendo una trampa y sale huyendo.

[21](#) - El tema se aborda monográficamente en el *Discurso sobre el origen de la desigualdad* (1755) y en *Emilio o la educación*

(1762).

[22](#) - Russell, en Moya 2007, p. 296.

[23](#) - Rousseau 1963, p. 73.

[24](#) - El credo es concretamente «la existencia de la Divinidad poderosa, inteligente, bienhechora, previsora y providencial, la vida venidera, la dicha de los justos, el castigo de los malvados, la santidad del contrato social y de las leyes»; Rousseau 1963, p. 186.

[25](#) - Ibíd, p. 61.

[26](#) - Ibíd, p. 64.

[27](#) - Hirschman 1970, p. 132.

[28](#) - En el *Discours sur l'économie politique* afirma que Roma «fue un milagro continuo que el mundo no podrá resucitar. La virtud de los romanos, engendrada por su horror a la tiranía y un patriotismo innato, hizo de cada uno de sus hogares una escuela de ciudadanía». Seis párrafos después afirma que «los pueblos más degenerados y oprimidos son las naciones conquistadoras». Roma no forma parte, según parece, de ese elenco.

[29](#) - El barón D'Holbach, por ejemplo, escribe un *Système de la nature* (1770) en dos volúmenes donde ésta habla en primera persona, y concluye diciendo: «¡Oh vosotros que tendéis a la dicha en cada instante de vuestra duración, no resistáis a mi voz soberana! ¡Goza sin temor!». Un ánimo algo menos exultante, aunque expresiones idénticas («gran Todo», «Causa absoluta», «Uno inmenso») inspiran a J.B. Robinet los cinco volúmenes de su *De la Nature*. Como Helvetius, estos autores traducen alma por materia y Dios por Naturaleza, ofreciendo sistemas filosóficos cuya ambición sólo puede parangonarse con su ingenuidad. El deísmo, otra de sus variantes, mantiene la fe en el Ser Supremo suprimiendo el dogma de las religiones positivas.

[30](#) - Fisiocracia: fuerza (*cratos*) de la naturaleza (*physis*). Para ingresar en ella era preciso un juramento de fidelidad al Maestro y la Doctrina.

[31](#) - Usando una expresión del hacendista Boisguillebert (1646-

1714), que cifró lo necesario en *laissez-faire la nature et la liberté*; cf. Schumpeter 1995, p. 258-259.

[32](#) - El circuito en zigzag de su Tableau sigue la circulación del efectivo como si fuese flujo sanguíneo, y pretende ofrecer a Luis XV un modo de aliviar su bancarrota sin merma para la renta nacional. Eso pide detectar no sólo dónde está realmente el dinero en cada momento del ciclo, sino qué tipo de impuesto evitará lo equivalente a no encontrar la vena buscada, o desangrar al paciente.

[33](#) - Dotado con «talento de pianista, no de compositor» (Schumpeter 1995, p. 269), presidió la Asamblea Nacional francesa y se salvó *in extremis* de la guillotina, gracias a ser ejecutado Robespierre el día antes del que le tocaba a él. Una vez en América, organizó con su amigo Jefferson la creación del dólar y fundó una fábrica de pólvora —la Du Pont Company— que actualmente es la segunda empresa química del mundo, origen del nylon, el neopreno, el teflón, la licra y un largo etcétera.

[34](#) - Desde los *Principles of Economics* (1890) de Marshall este criterio se conoce como «máximo en competencia perfecta».

[35](#) - Hume, carta a Morellet de 10-7-1769.

[36](#) - Cf. Samuels Warren 1961, p. 96-111.

[37](#) - «Quesnay sólo ve producción de plusvalía en la tierra. Marx no la ve sino en el caso del trabajo. Ninguna de las dos construcciones reconoce productividad al capital, en el sentido de instalación, equipo y material», y mucho menos en los procesos de innovación que fundamentan su desarrollo (1995, p. 282).

[38](#) - Turgot, en Tocqueville 1982, p. 172. Esto no altera que fuese un funcionario impecable, cuyos planes de reforma administrativa y fiscal iban a ser asumidos en buena medida por la Francia republicana. Si perdió el favor de Luis XVI fue por querer llevar adelante un programa de lucha contra el privilegio odioso para la Iglesia, la Corte y el resto de la nobleza.

[39](#) - Aquí se mantiene también fiel a su dogma agrario, y contrapone un deseable *luxue de subsistence* (alto nivel de consumo en productos del campo) a un indeseable *luxue de décoration* (centrado en «manufacturas»); cf. Siegel 1973, p.

234.

[40](#) - Rousseau, en su ya citado artículo «Economía política» de la *Enciclopedia*, afirma que «el derecho de propiedad es el más sagrado entre los de la ciudadanía, aún más importante en algunos aspectos que la propia libertad».

[41](#) - *Historia de los sevarambos, pueblos que habitan la tierra austral, conteniendo una relación del gobierno, las costumbres, la religión y el lenguaje de dicha nación, desconocida hasta ahora para los pueblos de Europa* (Ámsterdam 1675).

[42](#) - Fénelon en Fetscher 1977, p. 57.

[43](#) - Su libro III —dedicado a la isla flotante de Laputa— describe los trabajos de una Academia aplicada a reconvertir excrementos humanos en la comida de la cual partieron, un modo ciertamente ácido de ridiculizar esta literatura.

[44](#) - No se conservan fechas de nacimiento y defunción, ni otros detalles biográficos de Morelly. Ser abate —alguien ligado a la Iglesia por órdenes menores (en contraste con las órdenes mayores o solemnes del sacerdote)— explica su evidente dominio del latín, aunque no le impide ser agnóstico.

[45](#) - Cf. Durkheim 1982, p. 139.

[46](#) - Cf. Samuels Warren 1961, p. 106. Sin el acicate de la propiedad privada las personas no se verán inducidas a trabajar con eficiencia, cuando lo esencial para una sociedad bien ordenada es «que todos trabajen para los demás creyendo que trabajan para ellos» (Quesnay en Siegel 1973, p. 226).

[47](#) - Schumpeter 1995, p. 180.

[48](#) - Prefacio, p. 38. Uso la versión online del original francés (taieb.net/auteurs/Morelly/Code).

[49](#) - Schumpeter 1995, p. 180.

[50](#) - Libro I, p. 30-33.

[51](#) - Schumpeter, *ibíd.*

[52](#) - Leyes sagradas, I.

[53](#) - Leyes económicas, XI.

[54](#) - Leyes edilicias, I-II.

[55](#) - Leyes suntuarias, III.

[56](#) - Véase más adelante, p.

[57](#) - *Oeuvres*, XIV, 342-343; cf. Durkheim 1982, p. 140.

[58](#) - *Observaciones sobre la historia de Grecia*, en *Oeuvres*, IV, 22.

[59](#) - Durkheim 1982, p. 145.



© Antonio Escotado 2008
LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO
<http://www.escotado.org>

Development Sciences Network Presence
www.catalanhost.com



Los
Enemigos_{del}
Comercio

LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO

22

Liberalismo y revolución

«En un Estado democrático [...] todos acuerdan obrar de conformidad con un decreto común, pero no juzgar y razonar en común.»

B. Spinoza ¹.

La teoría liberal se completa al tiempo que la comunista, no como alternativa a ese ideario —por entonces exótico— sino para responder al absolutismo monárquico. El liberal no puede ser conservador, a despecho de que apoye la propiedad privada como institución, porque apuesta por la autonomía individual y quiere consolidarla del modo más inequívoco y práctico posible, que es regulando los deberes hacia terceros. Relativista por vocación, contempla la intemperie de la vida sin esperanza de milagro, tratando de identificar «lo propicio para una mayor eficacia del esfuerzo humano» ². Está orgulloso de responder con un *no sé* y un *lo estudiaré* a cuestiones donde el resto dispone de dogmas ciertos, y cifra la prudencia en aprender a jugar sin trampas:

«El hombre doctrinario [...] imagina que puede organizar a los diferentes miembros de una gran sociedad con la misma desenvoltura con que dispone las piezas de ajedrez en un tablero. No percibe que las piezas tienen por único principio motriz el impreso por la mano, y que en el vasto tablero de la sociedad humana cada pieza posee un principio motriz propio, independiente por completo del que la legislación elija imponerle.

Si ambos principios coinciden y actúan en el mismo sentido, el juego de la sociedad humana proseguirá sosegada y armoniosamente, y muy probablemente será feliz y próspera. Si son opuestos o distintos, el juego será lastimoso y la sociedad padecerá el desorden en grado máximo»³.

La libertad responsable, núcleo del juego social, tiene visos de idealismo considerando que amos y siervos llevan milenios identificando libertad con irresponsabilidad. Pero cuando Smith escribe lo previo el liberalismo cunde ya como mentalidad en buena parte de Europa, y falta poco para que Norteamérica lo consagre en términos institucionales. En su primera alocución como presidente del nuevo país Jefferson anima a sus conciudadanos para que confíen en la fuerza y estabilidad de un Estado no paternalista⁴, prometiéndoles un gobierno «que impida a los hombres lesionarse unos a otros pero les deje regular libremente sus propios proyectos de industria y mejora, sin quitarle de la boca al trabajador el pan ganado»⁵.

I. Construyendo la democracia

Antes de hacerse políticamente consciente, el apoyo a la coacción mínima y la no ingerencia preside hace siglos las costumbres y criterios de grupos e individuos tradicionalmente excluidos del poder político. Para el liberalismo, el *Tratado teológico-político* (1665) de Spinoza es como la piedra miliar de las bóvedas antiguas, que se construyen apilando losas sobre un montículo de tierra con su forma hasta colocarla, pues sólo ella puede absorber las tensiones de cada arco. La obra es un encargo de la diputación de Ámsterdam, y ya en portada anuncia:

«Algunas disertaciones para hacer ver que la libertad de filosofar no sólo puede acordarse sin daño para la piedad y la paz del Estado, sino que resulta imposible destruirla sin destruir al tiempo la paz del Estado y la propia piedad».

El prefacio empieza explicando la superstición por el temor, y el temor por la inercia de haber reaccionado a los momentos de penuria con brotes de «la más extrema credulidad». Ese cemento no levanta otra casa que «la esperanza, el odio, la cólera y el fraude», con súbditos que pagan su cuota al miedo regalando al régimen monárquico lo que éste ansía; a saber,

«que combatan por su servidumbre como si se tratara de su salud, creyendo no vergonzoso sino honorable en el más alto grado derramar su sangre y perder la vida para satisfacer la voluntad de un solo hombre»⁶. No entienden, o no quieren entender, que «el fin del Estado es en realidad la libertad»⁷.

Como el conocimiento revelado «sólo busca obediencia», tiene un campo distinto y no conflictivo con el conocimiento natural, que además de administrar el mundo cotidiano acepta y ofrece gustosamente tolerancia. En segundo lugar, las «complexiones» y actitudes diferentes constituyen una manifestación de riqueza, y sólo desembocarán en hechos catastróficos si el Estado olvida que los hombres deben ser «juzgados únicamente por sus obras», cosa bien factible. En tercer lugar, querer «arreglarlo todo con decretos enerva los vicios en vez de corregirlos, pues todo lo no prohibible debe necesariamente ser permitido»⁸. Conducirse así explica que Ámsterdam sea «una villa tan floreciente y eminente».

La muerte alcanzó a Spinoza cuando redactaba un *Tratado político* (1677), que amplía sus reflexiones sobre la tolerancia. Allí piensa que la condición de hombre libre depende finalmente de «no transferir a otro el poder de defenderse», y que «todo hombre tiene tanto derecho como tiene fuerza (*vis*)». Vector de aquello que su *Ética* llama «alegría», esa fuerza no puede identificarse con capacidad agresiva pero colabora con la intemporal meta de resistir a la opresión. Cuando el derecho del individuo pasa a ser derecho político democrático, la fuerza se multiplica por el número de ciudadanos, transformándose en «una universalidad racional y expansiva, idéntica al derecho de ser»⁹.

1. El contrato social como hipótesis. El liberalismo encuentra su segundo gran portavoz en John Locke (1623-1704), un whig puro que vive refugiado en Holanda los últimos años de monarquía católica en Inglaterra, tres décadas políticamente turbulentas aunque de formidable expansión económica¹⁰. Temiendo ser acusado de apología revolucionaria, demora la publicación de sus *Dos tratados sobre el gobierno* (1689) hasta que el duque de Orange acceda al trono inglés, y se cura en salud de recaídas absolutistas omitiendo su autoría tanto en la primera edición como las ulteriores.

El primero de estos ensayos argumenta contra el «patriarcalismo», última teoría aparecida en su tiempo para legitimar al autócrata. El segundo describe la sociedad civil

como fruto de un contrato que deja atrás el «estado de naturaleza», un planteamiento expuesto por su compatriota Hobbes décadas antes —cuando aún no había concluido la guerra civil inglesa (1642-1651)— para justificar el derecho monárquico. Proyectando los horrores de su tiempo sobre el pasado remoto, Hobbes supone que el estado natural es una guerra incesante de todos contra todos (*bellum omnis omne*), interrumpida sólo cuando los individuos pactan la cesión de poderes absolutos a uno solo. Locke no admite esa omnipresencia del pánico en las sociedades preestatales, y se sirve del contrato político originario para justificar un régimen liberal.

Prescindiendo de casos concretos —por ejemplo, cómo la República romana fundó una sociedad civil avocada de un modo u otro a la tiranía¹¹—, postula que los hombres decidieron someterse a una Constitución para preservar la propiedad de cada individuo, entendida como aquél *propius* que comprende «vida, libertad y bienes»¹². Hobbes alegaba que los súbditos «someten sus bienes al derecho del Soberano»¹³ y mucho más sus opiniones, confiando en que a cambio de la sumisión incondicional éste respetará su integridad física. Locke objeta que ni los bienes ni la vida ni la libertad son cosas separables, y que las sociedades políticas nacen «para vivir de modo cómodo, confiado y pacífico»¹⁴. El último párrafo del *Tratado sobre la sociedad civil* —tan semejante al primero de la Declaración de Independencia norteamericana—, reconoce que el pacto social es irreversible, y por eso mismo aconseja regular cautelosamente la autoridad coactiva:

«El poder que cada individuo otorgó a la sociedad cuando se incorporó a ella permanecerá para siempre en la comunidad [...] Pero si el pueblo ha dispuesto que el poder supremo de cualquier persona o asamblea sea sólo temporal [...] tendrá derecho a obrar siempre como poder supremo, y continuar legislando por sí o darle nueva forma, o ponerlo en nuevas manos, según considere bueno»¹⁵.

Inmediatamente antes ha considerado «el incierto humor del pueblo», y la posibilidad de que estas ideas sean «fermento para rebeliones frecuentes». Pero sólo se rebelan los excluidos del proceso político, y el mejor modo de disuadirles es asegurar

que la ley sea idéntica para todos, fundando el derecho de propiedad en el que cada uno tiene a los frutos de su trabajo. Respetar el resultado del esfuerzo, no un linaje o cualquier otro tipo de privilegio, constituye la única garantía permanente para que una sociedad prospere en recursos y concordia. Locke funda su optimismo en que la disociación tradicional entre propiedad y laboriosidad vaya haciéndose cada vez más insostenible, y en una revolución política que entronice la libertad allí donde reinaba una altiva condescendencia del amo por nacimiento. El precio de las cosas se mide por el número de horas empleado en producirlas, y de los *Two Treatises* parte la teoría del valor—trabajo que caracteriza a la economía llamada clásica.

Por lo demás, Locke era un mercantilista —a la hora de interpretar la balanza de pagos, por ejemplo—, y ver en los bienes materiales un derivado del trabajo (*application of labour*) le llevó a cuestionar el proceso de acumulación. En principio, es una «ofensa a la Naturaleza» detentar más de lo que resulta necesario para vivir desahogadamente, pues la mayoría de los bienes son perecederos y eso implica desperdiciarlos. No obstante, la invención del dinero ha permitido que la propiedad se haga ilimitada, ofreciendo «una cosa duradera que los hombres pueden almacenar sin echar a perder, y que por mutuo consenso toman a cambio de los apoyos verdaderamente útiles aunque perecederos de la vida»¹⁶.

2. El interés común como hipótesis. Medio siglo después Hume piensa que el estado de naturaleza es una «ficción filosófica»¹⁷, y que intentar entender las sociedades actuales a partir de ella equivale a ponerse una camisa de fuerza. La justicia se resume en tres leyes —«estabilidad de la posesión, transmisión por consentimiento y cumplimiento de las promesas»¹⁸—, que a despecho de contener todo el derecho natural sólo desembocan en Estados como Holanda o Inglaterra gracias al «artificio» de la educación y la convención. Artificio significa obra de arte, un resultado ulterior y superior al instinto, que Locke y el resto de los contractualistas —incluyendo a su contemporáneo Rousseau— se velan con sistemáticas apelaciones al Ser Supremo.

Las tres leyes de la justicia son conocidas también por las «sociedades sin gobierno», que pasan a tenerlo tras un proceso donde la expansión demográfica es paralela a «un incremento en riqueza y posesiones». Cuando el Estado resultante se emancipa del absolutismo la justicia sigue determinando el progreso, aunque incorporada ya a una esfera civil autónoma.

La divergencia entre formas místicas y prosaicas de comunidad política se resuelve creando «un sistema tan completo de libertades como el que disfrutamos en esta isla desde la Revolución Gloriosa»¹⁹. Sobra, pues, delegar en órdenes divinas y promesas inconscientes algo unido a conveniencias: «El propio egoísmo —que tan violentamente enfrenta a los hombres unos con otros— es el que tomando una dirección más adecuada produjo las leyes de justicia y el primer motivo para observarlas», todo ello con vistas a «realizar progresos mucho mayores en la adquisición de bienes»²⁰.

Así como el altruismo impuesto aniquila cualquier desarrollo civil, el egoísmo se cura comprendiendo las ventajas de cumplir el derecho, y es equilibrado por nuestra disposición a compadecernos o simpatizar con los demás²¹. Lo absurdo es pretender que haya paz y bienestar —o guerra al tirano cuando proceda— alegando resortes distintos del «interés por uno mismo». Rebelarse no procede porque la tiranía viole el principio del consenso o el de la *volonté générale*, sino porque «la obligación de obedecer cesa cuando ha de dejado de convenir, siempre que esto ocurra en alto grado y en un número considerable de casos»²². El poder de resistencia caracteriza a la materia desde sus manifestaciones más elementales, y el cuerpo civil dispone de él en innumerables formas que sólo están limitadas por el sentido común.

La justicia media entre estados mentales del ser humano (desde la avaricia extrema a la generosidad ilimitada) y «la situación de objetos externos», cuya disponibilidad depende a su vez de que no sea estorbado el intercambio voluntario o comercial de bienes. «Elevad en medida suficiente la benevolencia de los hombres, o la prodigalidad de la naturaleza, y haréis que la justicia se convierta en algo inútil»²³, pues refleja una escasez a la vez evitable e inevitable, que las sociedades mitigan al crecer en libertad e ingenio. El gran desafío de la condición humana no es la escasez tanto como esa «mezquindad de alma que nos lleva a preferir lo presente a lo remoto», imponiendo el corto plazo en detrimento del largo.

El principal recurso de la especie para remediar dicha flaqueza son las propias tres leyes incambiables, que no se dejan llevar por esa preferencia del hoy sobre el mañana. La estabilidad de la posesión, por ejemplo, favorece en principio a estafadores que falsificando títulos de propiedad se aseguran no ser desalojados sin un largo y costoso juicio. El cumplimiento de las promesas obligará muchas veces a cumplir un pacto

extraído con algún otro recurso ilícito, exponiéndonos a probarlo en debida forma o a indemnizar cuando en justicia no procede. Mientras el corto plazo vele el largo, no percibimos la ventaja de aceptar esos innumerables contratiempos puntuales como pago por disponer de un derecho común. Pero

precisamente de respetar la «generalidad inflexible»²⁴ se sigue la diferencia entre civismo y barbarie: «A despecho de estar formada por hombres sujetos a todas las flaquezas [...] la sociedad civil se convierte en un cuerpo complejo que de algún modo está libre de todas ellas»²⁵.

II. La república democrática

Hume se ganó la condena unánime de católicos y reformados proponiendo un fundamento meramente humano para la ética, haciéndola descansar sobre la simpatía²⁶ como grandeza de alma y virtud social por excelencia. Especialmente blasfemo fue decir que «hasta el propio bien común nos sería indiferente si la simpatía no nos hiciera interesarnos por él»²⁷. Pero esta precedencia del ánimo sobre la ideación formaba parte de los nuevos tiempos, y más específicamente del proyecto de actualizar la inteligencia con una autocrítica que la aligerase de encantamientos. Tal como las oraciones suplicando lluvias pueden ahorrarse construyendo embalses, implorar la benevolencia del jerarca absoluto puede ahorrarse controlando el poder político. El desencantamiento del mundo, paralelo al de la propia razón con mayúscula, resulta encantador para quienes confían al trabajo experto lo antes encomendado al mando y la obediencia incondicional.

Por otra parte, la tradición inglesa profundiza en el liberalismo prescindiendo de procesos electorales. Rousseau y otros ilustrados franceses —como Morelly y Mably— proponen la democracia directa al estilo suizo, y corresponde a los colonos norteamericanos fundir en un sistema viable las conquistas políticas de su metrópolis con el principio del sufragio universal. Los actores decisivos a esos efectos son el británico Thomas Paine (1737-1809) y Thomas Jefferson (1743-1826), responsables en buena medida de que su país no se convirtiese en una monarquía constitucional, con Washington como primer rey. Paine, el más eximio panfletista de todos los tiempos²⁸, anticipa las instituciones del *Welfare State* combinando fluidamente derechos civiles con una política de promoción social. Para cuando Jefferson sea elegido presidente²⁹, el liberalismo es democracia en sentido estricto y tiene ideas

meridianamente claras sobre unidad y diferencia:

«Todos tendrán en mente el sagrado principio de que si bien ha de prevalecer siempre la voluntad de la mayoría, esa voluntad ha de ser razonable para ser legítima, pues la minoría posee derechos iguales, que leyes iguales deben proteger, y violar esto sería opresión» ³⁰ .

Ayuntamientos neerlandeses y cantones helvéticos llevaban siglos aplicando dicho criterio, que ahora prende en un país gigantesco colonizado por inmigrantes de media Europa, en el cual las cábalas sobre contratos políticos originales han dado paso a una Constitución consensuada efectivamente por representantes de todos sus territorios. La igualdad jurídica es allí algo tan indiscutible que quien pretenda ostentar algún título hereditario renuncia automáticamente a la ciudadanía; el dogma y la cuna probarán sus méritos por caminos distintos del privilegio, en competencia con dogmas y cunas alternativos. Al mismo tiempo, y por las mismas razones, cesa la jurisdicción en materia de ideas y costumbres que representa la censura, una facultad ostentada hasta entonces en todas partes por el poder político.

Jefferson se aplica a levantar un muro entre el Estado y los individuos, para abolir el prejuicio de «que las operaciones mentales y actos del cuerpo son materia sujeta a la coacción de las leyes, cuando los poderes legítimos del gobierno sólo se extienden a actos lesivos para otros» ³¹ . Por ejemplo, legislar sobre fe, dieta o cualquier objeto de idiosincrasia personal prescinde de que «la verdad se defiende sola, apoyada sobre el libre examen, el experimento y la razón, y sólo el error necesita apoyo del gobierno» ³² . Si el Estado no ciñe su defensa de la libertad a actos verdaderamente lesivos para terceros asumirá tareas de salvador y terapeuta, inseparables a su vez de luchas facciosas cuya fantasía prototípica es

«un lecho de Procusto, donde el peligro de que los hombres grandes ganen a los pequeños se evita haciendo a todos del mismo tamaño, por el procedimiento de estirar a los segundos y cortar a los primeros [...] Pero millones de quemados, torturados, encarcelados y multados no nos han acercado una pulgada en uniformidad. El efecto de la violencia ha sido hacer estúpida a una mitad del mundo, e hipócrita a la otra, apoyar la bellaquería y el error sobre toda la tierra» ³³ .

1. El derecho de insumisión. Sin perjuicio de sentirse un demócrata rodeado por lo que llamaba «monócratas», Jefferson ganó su reelección a la presidencia con una ventaja sobre el otro candidato jamás igualada. Estadista, científico y hombre de frontera en una sola pieza, fue en términos de pensamiento económico un fisiócrata que concebía el comercio como «servidor» de la agricultura. Le espantaba una mecanización que sustituye el trabajo rural por insalubres bancos de taller, y puso sus esperanzas en que el nuevo país evitase la conflictividad unida al crecimiento de una población proletaria, privada por igual de propiedades y arraigo³⁴. Obstaculizó casi por sistema a su colega Hamilton, portavoz de los intereses industriales y financieros, y aunque iba a inaugurar la inversión estatal en obras públicas miró siempre con desconfianza el *big business*, a su juicio aliado por naturaleza del monopolio y los privilegios.

Nada le preocupaba tanto, sin embargo, como que la nación pudiera verse llevada a recaídas en el despotismo, por molición o debido a intromisiones gubernamentales, y merece recuerdo su reacción a la *Shay rebellion* (1787), una revuelta campesina que estalla en Massachussets mientras él es embajador en Francia:

«¿Puede la historia mostrar un caso de rebelión tan honorablemente conducida? Sus motivos se basaban en la ignorancia, no en la maldad, y Dios nos libre de estar alguna vez veinte años sin una rebelión semejante [...] ¿Qué país podrá preservar sus libertades si sus gobernantes no son advertidos de cuando en cuando de que el pueblo conserva su espíritu de resistencia? Dejad que cojan las armas³⁵. El remedio es explicarles los hechos correctamente, perdonar y pacificarles. ¿Qué significan unas pocas vidas perdidas en un siglo o dos? El árbol de la libertad debe ser refrescado de cuando en cuando con la sangre de patriotas y tiranos. Es su abono natural»³⁶.

Escandaloso para Washington y Adams, que eran entonces sus superiores administrativos, este espíritu de rebeldía carece por otra parte de correlato misional, pues Jefferson coincide con Smith en pensar que «la naturaleza nos ha dado el encono para la defensa, y sólo para la defensa»³⁷. El Estado liberal ya no tiene los enemigos tradicionales —infielos, extranjeros, personas de criterio independiente—, y debe defenderse

precisamente de la sensación de vértigo que suscita la perspectiva del autogobierno, cuyo nostálgico consejo es regresar a la desigualdad jurídica y la uniformización mental. Democracia es sinónimo de que el ser humano «empiece a afirmar su grandeza y a reivindicar su honor»³⁸, y si el ciudadano no lo defiende con denuedo practicará la idiotez ya denunciada por Pericles, tierra fértil a su vez para brotes de redención apocalíptica o simple restauración absolutista.

El consejo de Jefferson a su país —preferir los azares de la libertad a las seguridades de la servidumbre— inaugura en Norteamérica un tranquilo progreso. En países ni nuevos ni ilimitados los azares de la libertad imponen revoluciones semi-interminables, como la francesa y el resto de las continentales, que ilustran las complejidades del cambio en presencia de otras circunstancias. Madison y Monroe, los Presidentes jeffersonianos, completan el diseño jurídico de algo que la pluma de aquél iniciara declarando a la mente «completamente refractaria a la constricción»³⁹. Pero quien analiza a fondo el entramado emocional e institucional del liberalismo es un profesor y vista de aduanas inglés, que venera personalmente la agricultura sin dejar de constatar su «decadencia».

III. La libertad como armonía

Amigo íntimo y albacea de Hume, Adam Smith (1723-1790) no rehuyó las conclusiones generales definitivas ni el deductivismo, como su mentor, y tuvo siempre una vida desahogada⁴⁰. Su capacidad para concentrarse en razonamientos de gran amplitud sólo podía compararse con un don para encontrar ejemplos luminosos, dotes ambas que usó para exponer «el obvio y sencillo principio de la libertad natural» como motor simultáneo de hábitos sociales (*moral sentiments*) y lógica económica. Ese principio estaba en el aire⁴¹, por no decir que ya expuesto por Hume, pero cobra una contundencia singular cuando él lo desarrolle en dos fases: mostrando primero cómo crea emulación social a partir de la simpatía y el afán de *approbation*, y a continuación cómo suscita competencia económica —y riqueza— a partir del interés material.

El primer paso lo cumple su *Teoría de los sentimientos morales* (1759), un amplio tratado de antropología donde va deduciendo las virtudes humanas de una espontaneidad empática, cuya consecuencia es un «amor por lo honorable» idéntico en la práctica a autocontrol. Lejos de fundar su optimismo en un

cambio general de costumbres, al modo romántico y dirigista de la Ilustración *philosophe*, confía en la inteligencia o astucia objetiva de una naturaleza humana abierta a cambios graduales. De ahí que el Estado ni pueda ni deba estimular la virtud con castigos, pues la coacción legítima se limita a asegurar lo justo frente a la violencia y el fraude: «Es totalmente correcto, y cuenta con la aprobación de todos, el empleo de la fuerza para cumplir con las reglas de la justicia; pero no para seguir los preceptos de las demás virtudes»⁴².

La segunda parte del proyecto —su *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (1776)— aparece el mismo año que la Declaración de Independencia y desarrolla también ideas de Hume y Montesquieu, pero revoluciona el estudio de la economía política. Su influencia se ha comparado con la del Nuevo Testamento, ya que reúne lo escindido por éste —la benevolencia y el beneficio— con una filosofía de la vida basada en dominio de sí y confianza. Antes de Smith era un tópico prácticamente universal que la ganancia de unos se construía sobre la pérdida de otros, y desde él «deja de ser necesario que los demás pierdan para que nosotros ganemos»⁴³. Si se prefiere:

«Hasta entonces la persona dedicada a enriquecerse había sido objeto de duda y desconfianza [...] Ahora se convertía en benefactora pública al cultivar su propio interés. Nunca se había prestado semejante servicio a la inclinación personal»⁴⁴.

1. El proceso autoorganizador. La tara de sociedades donde la libertad responsable no se reconoce como bien supremo consiste en que «mejorar de estado» difícilmente pueda hacerse sin incurrir en violencia o fraude. Lejos de ser casual, semejante desgracia refleja el hecho de que en ellas «el interés del productor desborde el del consumidor», y «sus soberanos consideren el Estado como algo hecho para ellos, no al revés»⁴⁵. Con mercados competitivos y libertad jurídica, en cambio, «llevar a un Estado desde el mínimo grado de barbarie hasta la máxima opulencia pide en realidad bien poco: paz, impuestos cómodos y una tolerable administración judicial; el resto vendrá por sí solo, debido al curso espontáneo de las cosas»⁴⁶. Esto es puro Mandeville, pero la *Fábula* encargaba a «la diestra gestión de un político habilidoso» aquello que para el *Wealth of Nations* depende sólo de ilegalizar cualquier control sobre las ofertas, asegurando así competencia. Smith

afirma que «la política de monopolio es una política de tenderos. La única ventaja que procura a cierto tipo de personas se torna, por conductos muy distintos, en perjuicio para los intereses generales del país»⁴⁷.

Por supuesto, la inversión del Estado en servicios públicos no se reduce sino que aumenta cuando actúa realmente como servidor del pueblo, en vez de centrarse sobre la preservación de privilegios. Le siguen incumbiendo aquellas obras que los empresarios no acometan por ser o parecer poco rentables, pero al aligerarse de gastos destinados a la gloria del poder soberano sus ingresos pueden atender a más utilidades comunes. Junto a caminos, canales y puertos, policía, administración y servicio exterior, que sencillamente deben corresponder en calidad al monto de la renta nacional, una sociedad «grande y abierta» está obligada a combatir los focos de miseria por caminos imparciales y eficaces. Directamente, ofreciendo educación gratuita a quienes no puedan pagársela, e indirectamente estimulando el ingenio con una legislación sobre propiedad industrial e intelectual.

2. Fines no pretendidos. Smith argumenta que «bajo protección» la renta absoluta de una empresa será siempre inferior a la que ofrecería en régimen competitivo. Las políticas tutelares parten de algo «tan insensato para una nación como para un individuo: hacer aquello que puede comprarse más barato y ya hecho»⁴⁸, y pagan esa insensatez con guerras comerciales donde todos pierden. El sastre no hace zapatos aunque los necesite, el zapatero tampoco hace ropa aunque la necesite igualmente, y el Estado que ignore este principio producirá bienes más costosos e imperfectos, condenándose al atraso y la miseria en nombre de una autarquía siempre imaginaria. *Mutatis mutandis*, todo productor dispone de alguna «ventaja» singular, que prudentemente optimizada abrirá camino a otra y otras si no topa con restricciones al intercambio. Generalizado más adelante como teorema de los costes comparados, este argumento empieza convenciendo a los redactores de la Constitución norteamericana (1787), que acuerdan abolir cualquier tipo de peaje o arancel interno.

Por otra parte, el comercio es un juego cuyos actores aspiran no sólo a lucrarse con cada compraventa, sino a prevalecer sobre otros en términos de oferta. Su profesión desembocaría a fin de cuentas en una actividad no lúdica, como la misional o la militar, de no ser porque sin reglas de *fair play* nadie podría ni retener tranquilamente lo ganado ni aspirar a ganarlo. Dado que dichas reglas —las tres leyes fundamentales de la justicia— no

pueden suspenderse sin fulminar la propia actividad mercantil, el hecho de que todos los «traficantes» aspiren a evitar la existencia de competidores queda en mera aspiración, estimulando más bien una rivalidad que favorece al consumidor. Además de evitar el agravio comparativo inherente a monopolios, subvenciones y otras medidas proteccionistas, el librecambio funda un orden no sólo consciente sino inconsciente, que operando por continuas adaptaciones al medio puede ser eficaz en una medida cualitativamente superior:

«Ninguno se propone normalmente promover el interés público, ni sabe hasta qué punto lo promueve [...] sólo piensa en su ganancia propia. Pero en este, como en muchos otros casos, una mano invisible le lleva a promover un fin que no entraba en sus intenciones. Por lo demás, no implica mal alguno para la sociedad que tal fin sea extraño al propósito, pues al perseguir su propio interés promueve el de la sociedad de una manera más efectiva que si esto entrara en sus designios.

Quien intentase dirigir a los particulares respecto a cómo emplear sus respectivos capitales tomaría a su cargo una empresa imposible, y se arrogaría una autoridad que no puede confiarse prudentemente ni a una sola persona ni a un senado o consejo; y nunca sería más peligroso este empeño que en manos de una persona lo bastante presuntuosa e insensata como para creerse capaz de cumplirlo»⁴⁹.

Smith no vuelve a mencionar la mano invisible, sin duda porque le parece una metáfora entre innumerables otras sobre el efecto objetivo de la libertad. El interés es precisamente inter est, un «entre» para individuos en otro caso cerrados sobre sí, que cuando cambian el paternalismo por el derecho fundan sociedades inclinadas a vivir y dejar vivir. Allí «todos los hombres se convierten de algún modo en comerciantes», colaborando con aquella sempiterna «propensión de la naturaleza humana a permutar, cambiar y negociar una cosa por otra»⁵⁰. Su instrumento son los mercados, cuyo volumen depende directamente de un invento ajeno a «la sabiduría previsora humana» como la división del trabajo, que «imparte destreza y ahorra mucho tiempo». Por caminos anónimos e infalibles, la especialización «produce diferencias de aptitud

más decisivas que las naturales, pues generan utilidad mutua»⁵¹.

Lo sustancial es en cualquier caso el trabajo, y «la aptitud y sensatez con que esa actividad se realiza normalmente». La proporción de empleados y desempleados constituye un indicador de renta menos infalible, pues en sociedades «emprendedoras» buena parte de la población no labora, y a pesar de ello «se halla abundantemente provista»⁵². Tan destacable como eso es que el interés del productor, hegemónico hasta entonces, aquí «sólo deba atenderse en cuanto sea necesario para promover el del consumidor». Todos trabajan para que la pasión del trueque vaya pudiéndose satisfacer en máxima medida, y al hacerlo alumbran un medio donde «el temor al acaparamiento y a la especulación resulta tan infundado como el que se tiene a la brujería»⁵³.

IV. La paradoja del valor

Que sea de necio confundir valor y precio, como alega el refrán, lo argumenta Smith con una distinción entre precio «real» y «nominal» que incluye hacer frente a tres cuestiones: 1) «en qué consiste» el valor, 2) «cuáles son los distintos componentes» del precio y 3) «por qué discrepan a veces el real y el de mercado». Lo primero se resuelve definiendo el trabajo como «medida» del valor, y lo segundo con un análisis que descompone el precio en «salario, beneficio y renta [de la tierra]». Lo tercero, que es la discrepancia entre precio real y nominal, nace de un desfase entre ofertas y demandas que el propio mercado suscita y resuelve.

En efecto, cuando cierto bien lo solicitan más compradores de los previstos o posibles esa circunstancia les lleva a competir para adquirirlo, y pasan a pagar más de lo que exige cubrir los salarios, el beneficio y la renta. Sin embargo, el propio incremento en el flujo de pagos no puede sino atraer inversión a dicho sector, que al multiplicar la oferta corrige el alza. El mismo movimiento induce la baja cuando hay oferta excesiva, y reacondiciona el suministro hasta producir otro precio. No hay nada parecido al justiprecio pero sí un valor acorde con la tasa común de costes, que es «el precio central hacia el que gravitan los de todas las mercancías»⁵⁴. En contraste con el reloj, cuyo programa opera con perfecta indiferencia hacia su entorno, el mercado es una entidad más orgánica que mecánica porque procesa sin pausa factores externos, arbitrando en un juego de ventas y compras cuyo resultado son secuencias más o

menos caudalosas de producción-consumo. Lejos de imperar, la infinitud de detalle le impone ir a tientas, identificando los valores por las señales que ofrecen precios momentáneos.

Sería desde luego más sencillo un Edicto sobre Precios, como el de Diocleciano, pero la realidad ha acabado siendo un sistema de apuestas empresariales que Smith considera capaz de funcionar satisfactoriamente, si no es acosado en demasía por autócratas políticos, conflictos laborales y el lastre crónico de una información imperfecta. El hecho de que los mercados crezcan hasta adquirir vida propia viene de algo tan ingobernable como la división del trabajo, que a cambio de «aptitud y sensatez» en el oficio manda evitar a toda costa el estancamiento, ese permanente aunque poco confortable refugio para grupos con algún Guía. Renunciando al voluntarismo, la sociedad se asegura que el trabajo sea voluntario por mera lógica económica:

«En las manufacturas operadas por esclavos se emplea por lo general más trabajo, para conseguir la misma cantidad de obra. [...] Como observa Montesquieu, aunque en regiones contiguas las minas de Hungría [explotadas por hombres libres] no son más ricas que las de Turquía [explotadas por esclavos], las primeras se han trabajado siempre a menos costo y, por tanto, con más utilidades»⁵⁵.

Imitando el método de Newton en sus *Principia* (1687), Smith declara que evita hipótesis no basadas en la observación para atenerse sólo a lo empírico⁵⁶. Pero es muy difícil romper con el a priori sin excepciones, como se observa ya en Newton, y un deductivismo soterrado explica que su teoría del valor sea en la práctica «una teoría del coste de producción»⁵⁷. Esa pauta sugirió a Ricardo y Marx medirlo por horas de trabajo, y sólo a finales del XIX brillaría lo empírico del caso: que el valor se fragua en la utilidad de cada bien para cada adquirente. Un arado vale mucho para el que sólo tiene otro; un tercer y cuarto arado van valiendo bruscamente menos —aunque sigan costando lo mismo—, y pocas unidades adicionales dejarán de valer para él en absoluto.

La objetividad de la producción no descarta una subjetividad en la demanda, aunque pedirle a Smith que contase con esa complejidad añadida sería como pedirle a Aristóteles que intuyera también la astronomía heliocéntrica. Varias generaciones de whigs ingleses —continentales tanto como

coloniales— defendieron la propiedad como *application of labour*, un supuesto que consciente o inconscientemente inclina a igualar precio y coste. Plantearse la mediación del valor/trabajo por el valor/servicio erosionaba el principio meritocrático al introducir variables caóticas, y antes de prestar atención a un factor tan veleidoso Smith prefirió centrarse en la cantidad y calidad del *labour*.

1. Presente y futuro. Fuera de ese punto, y de algún a priori que Hume detecta en su teoría de la renta, el *Wealth of Nations* analiza con empirismo no sólo la grandeza sino los riesgos y mezquindades de la sociedad «grande y abierta». Una primera lectura nos deja con su explicación de por qué en algunos países «las comodidades de un príncipe no exceden las de un campesino económico y trabajador tanto como las de éste

superan las de muchos reyes de África»⁵⁸. Una segunda lectura subraya cierta sociedad asomada a la riqueza aunque radicalmente mediocre, donde brillan algunas novedades indeseables:

«Con los progresos en la división del trabajo, la ocupación de la mayor parte de las personas que viven de él —la gran masa del pueblo— se reduce a muy pocas y sencillas operaciones [...] Esto entorpece la actividad del cuerpo, e incapacita para ejercitar las fuerzas con vigor y perseverancia [...] El individuo ha adquirido destreza para su propio arte particular, pero según parece a expensas de sus virtudes intelectuales, sociales y morales. Incluso en las sociedades civilizadas y progresivas, éste es el nivel al que necesariamente decae el trabajador pobre, o sea la gran masa del pueblo, a no ser que el Gobierno se tome la molestia de evitarlo»⁵⁹.

Por una parte, «la recompensa real del salario ha aumentado en este siglo quizá en mayor proporción que el precio del dinero [...] merced sobre todo a objetos más útiles y cómodos»⁶⁰. Por otra, el Gobierno debe «evitar que se propaguen la cobardía, la ignorancia desmesurada y la idiotez»⁶¹. La mano invisible a nadie exime de usar las propias, y de no sobreestimar la ganancia ni infraestimar la pérdida. El hecho de que la libertad funcione mejor que los planes del jerarca más sabio sólo traza una línea de salida. Así como el interés colectivo exige

rechazar «todas las regulaciones por opresivas»⁶², asalariados y empleadores traman sin pausa modos de elevar fraudulentamente los precios, saboteando aquella prosperidad de la cual viven⁶³. Las asociaciones de patronos son bendecidas por la ley y las de operarios son perseguidas, aunque una vez salvada esa iniquidad seguirá siendo crucial no permitir que el consumo sea avasallado por ningún estamento:

«En rigor, es imposible impedir esas reuniones [de patronos y de obreros] mediante una ley viable, que sea compatible con la libertad y la justicia. Pero si la ley no puede impedir que gentes de la misma profesión se reúnan algunas veces, nada debe hacer para facilitarlas y menos aún para hacerlas necesarias»⁶⁴.

Los precursores de la revolución comercial luchaban contra los peajes, y sus descendientes se aplican a reinventarlos. La exigencia de libertad para sí y sujeción para el resto, libreto de todas las tiranías gremiales, se realimenta a mediados del siglo XVIII con un trasvase de funcionarios y empresarios, paralelo a la aparición de corporaciones mercantiles insólitamente grandes, que seguirán poniendo a prueba el sistema competitivo en política y economía. Al mismo tiempo, las panaceas sólo confortan a temperamentos doctrinarios, y la sociedad comercial no necesita ilusiones ni loas incondicionales. Allí la virtud cívica seguirá siendo tan necesaria como en cualquier república, porque sus progresos en población, renta y empleo son tan relativos como todo lo demás. De hecho, con la eclosión de artes, ciencias y fábricas ha llegado un tipo explosivo de desigualdad, y poco antes de terminar su libro Smith subraya que los dueños de propiedades valiosas sólo duermen tranquilos gracias «al brazo poderoso de la magistratura».

Mucho más precaria aún es la situación del propietario en otros países europeos, a despecho de que nunca habían sido las gentes tan educadas como a finales del XVIII, ni menos predisuestas a la guerra civil. Pero la industrialización empieza implicando que el porcentaje general de clase media disminuya en vez de aumentar, y el aburguesamiento del proletario es algo que se libra al más largo de los plazos. La complejidad, que ha llegado a cundir por vías inconscientes, debe atravesar la mediación de lo simple y consciente por excelencia, que son las recetas continentales para incorporarse a la revolución norteamericana.

NOTAS

1 - Spinoza 1965 (1665), p. 334.

2 - Hayek 1995, p. 275.

3 - Smith 1997, p. 418.

4 - «¿Podría un patriota honesto abandonar un experimento en el apogeo de su éxito [...] por temor a que este gobierno pudiera carecer de energía para preservarse? Confío en que no. Al contrario, considero que éste es el gobierno más fuerte de la tierra, el único donde cada hombre, ante el llamamiento de las leyes, haría frente a invasiones del orden público como si se tratase de su propio asunto particular»; Jefferson 1987, p. 333-334.

5 - Ibíd p. 334-335. A esto añade «justicia igual y exacta para todos, [...] difusión de información y denuncia de todos los abusos ante el estrado de la razón pública; libertad de religión; libertad de prensa; libertad de la persona...»

6 - Spinoza 1965, p. 21. Quince años antes el *Leviatán* había afirmado que «el único modo de erigir un poder común [...] es conferir todo poder y fuerza a un solo hombre»; Hobbes 1979, p. 266-267.

7 - Ibíd, p. 329.

8 - Ibíd, p. 331.

9 - Spinoza 1677, en Banfi (Porto-Bompiani 1959, vol. X, p. 289).

10 - La Restauración, que sigue a muerte de Cromwell y se prolonga hasta la monarquía constitucional inaugurada por el holandés Guillermo III, es «un periodo en el cual el comercio y la riqueza del país crecieron como nunca antes» (Hume 1983, vol. VI, p. 537).

11 - Locke menciona en el Prefacio que perdió «más de la mitad» del manuscrito original —donde quizá abordaba el asunto—, aunque parece hacer caso omiso del desarrollo histórico por razones de simplicidad.

[12](#) - II, 7, 87.

[13](#) - *Leviatán* 1979, p. 399.

[14](#) - II, 9, 95.

[15](#) - II, 19, 243.

[16](#) - II, 5, 47.

[17](#) - Hume 1988, p. 663.

[18](#) - *Ibíd.*, p. 666.

[19](#) - Hume 1983, vol. VI p. 531.

[20](#) - Hume 1988, p. 725 y 662.

[21](#) - «Es difícil encontrar a una persona que ame a otra más que a sí misma, pero no menos difícil encontrar a alguien en quien la suma de los afectos benévolos no supere al egoísmo» (*Ibíd.*, p. 655).

[22](#) - *Ibíd.*, p. 737.

[23](#) - *Ibíd.*, p. 665.

[24](#) - La ley no admite otra excepción a su letra que la equidad, sinónimo de la adaptación que el juez está obligado a hacer del precepto a cada caso particular.

[25](#) - *Ibid.*, p. 719.

[26](#) - Del griego *syn* («unidad») y *pathos* («pasión»), que equivale a ponerse en el lugar del otro.

[27](#) - *Ibid.*, p. 818.

[28](#) - *Common Sense* (1776) ofrece a las colonias americanas los argumentos más sólidos para exigir su independencia. *Rights of Man* (1792) es el gran alegato de la revolución liberal, y *The Age of Reason* (1794) fulmina los desvaríos del Terror francés.

[29](#) - Esto sucede casi tres décadas después de que redactara la Declaración de Independencia, durante las cuales ha sido sucesivamente gobernador de Virginia, embajador en Francia (1785-1789), ministro de Exteriores con Washington y vicepresidente con Adams. La Constitución americana se redacta y aprueba mientras está en Francia, pero sus hombres de confianza —Madison y Monroe, posteriores Presidentes— le representan a todos los efectos.

[30](#) - Discurso inaugural de 4/3/1801; cf. Jefferson 1987, p. 330-331.

[31](#) - *Notas sobre Virginia* (1781); cf. Jefferson 1987, p. 281. Siendo ya anciano añade: «Entiendo por libertad la acción no obstaculizada y acorde con nuestra voluntad, dentro de los límites fijados por el derecho idéntico de otros. No digo <dentro de los límites fijados por la ley> porque la ley es siempre tiránica cuando se inmiscuye en los derechos del individuo» (carta a I.H. Tiffany, 4/4/1819).

[32](#) - Jefferson 1987, p. 282. Esto es llamativamente poco acorde con el posterior giro de su país hacia cruzadas higienistas y guerras oficiales contra alcohol, tabaco y otras drogas. En el mismo párrafo ha dicho que «si el gobierno debiera prescribir nuestras medicinas y nuestra dieta, nuestro cuerpos se encontrarían en el estado en el que se hallan ahora las almas [adeptas al absolutismo]».

[33](#) - *Ibíd*, p. 283.

[34](#) - Hijo de uno de los mayores terratenientes de Virginia, murió arruinado por no poder prestar la debida atención a sus plantaciones, pues se negó a percibir un céntimo de dinero público mientras fue ministro, vicepresidente y presidente.

[35](#) - Los rebeldes se habían apoderado de un arsenal federal.

[36](#) - Jefferson 1987, p. 460-461. «Regar con sangre el árbol de la libertad» llevaba impreso en la camiseta el terrorista McVeigh, que en 1995 voló un edificio público de Oklahoma.

[37](#) - Smith 1997, p. 174.

[38](#) - Arendt 1990, p. 51.

[39](#) - Jefferson (1779) 1987, p. 321.

[40](#) - Hume fue un hidalgo muy corto de patrimonio que decidió vivir en la más extrema humildad para poder dedicarse incompartidamente a mejorar su «capacidad en el campo de las letras», como declara en su *Autobiografía*. El próspero Smith vivió toda la vida con su madre, no conoció mujer en sentido bíblico y alternó una cátedra —primero de Lógica y luego de Filosofía Moral en Glasgow (negadas previamente a Hume)— con un cargo en Aduanas que ya ocupara su padre. La soltura teórica de ambos les ha hecho pasar al recuerdo como creadores, aunque tuvieron en común también una vocación de eruditos infatigables —para empezar, impuestos en todo el saber grecorromano—, y Schumpeter recuerda que «la estatura intelectual» de Smith no acaba de medirse sin leer textos poco conocidos como su *Historia de la astronomía* y su *Disertación sobre el origen de las lenguas*.

[41](#) - Ya en 1675 el jansenista francés Pierre Nicole, por ejemplo, uno de los autores que Smith estudió de adolescente, decía en sus *Ensayos de Moral* que «el comercio satisface las necesidades de la vida sin recurrir a la caridad» (cf. Siegel 1972, p. 278). Luego llegaría la influencia de Mandeville y la de su predecesor en el College de Glasgow, el presbiteriano Hutcheson, uno abogando por el desenmascaramiento de la farsa rigorista y otro viendo en la *human benevolence* el sello del Creador en sus criaturas.

[42](#) - Smith 1997, p. 176.

[43](#) - Rodríguez Braun 1997, p. 26.

[44](#) - Galbraith 1998, p. 78.

[45](#) - Smith 1982, p. 419.

[46](#) - Así lo afirma ya un precoz borrador de Smith, escrito en 1755; cf. Spiegel 1973, p. 278.

[47](#) - Smith 1982, p. 546.

[48](#) - *Ibíd*, p. 403.

[49](#) - *Ibíd*, p. 402.

[50](#) - *Ibíd*, p. 16.

[51](#) - Ibíd, p. 17-18.

[52](#) - La proporción de no empleados pasa a ser una variable de gran peso cuando —como sucede tan a menudo en Asia, África e Iberoamérica— sólo trabajan las mujeres, adoptando los varones una existencia de zánganos. En zonas islámicas sucede justamente lo inverso; sólo puede emplearse el varón, pues la costumbre de vender a las hijas —y venderlas vírgenes— impone una reclusión doméstica del otro sexo.

[53](#) - Ibíd, p. 473-4.

[54](#) - Ibíd, p. 56-57.

[55](#) - Ibíd, p. 610.

[56](#) - El método newtoniano consiste en «pasar de los fenómenos a [inferir las correspondientes] fuerzas de la Naturaleza, y luego demostrar los otros fenómenos a partir de esas fuerzas» (Newton 1987, p. 6).

[57](#) - Schumpeter 1995, p. 359.

[58](#) - Smith 1982, p.15. Ya en su *Teoría de los sentimientos morales* presentaba la Inglaterra del momento como un espacio donde por cada persona doliente y mísera pululan una veintena de sujetos alegres y prósperos.

[59](#) - Ibíd, p. 687-8.

[60](#) - Ibíd, p. 76.

[61](#) - Ibid, p. 692

[62](#) - Ibíd, p. 118.

[63](#) - «Rara vez suelen juntarse gentes ocupadas en la misma profesión u oficio -incluso cuando lo hacen sólo para distraerse o divertirse- sin que la charla gire en torno a alguna conspiración contra el público o alguna maquinación para elevar los precios».

[64](#) - Ibíd, p. 125.



© Antonio Escotado 2008
LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO
<http://www.escotado.org>

Development Sciences Network Presence
www.catalanhost.com



Los
Enemigos_{del}
Comercio

LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO

23

Francia como singularidad

«Los derechos del hombre no están hechos para los contrarrevolucionarios, sino sólo para los *sans-culottes*.»

J. M. Collot d'Herbois¹.

Cuenta Tocqueville que la opinión pública francesa llevaba décadas «viviendo en la ciudad ideal construida por sus escritores, hasta el extremo de creer que los americanos se limitaban a ejecutar lo concebido por ellos»². En 1784, despidiendo a Franklin, «el embajador eléctrico», la Corte aplaudió a Turgot —ministro de Hacienda de un monarca absoluto— cuando dijo que «arrebató a los cielos el rayo y a los déspotas su cetro»³. El propio Luis XVI, un progresista convencido, añadiría dos años más tarde que «las ambiciones de la Corte y la codicia de los ricos son la causa de la miseria pública»⁴, anticipando en esa misma alocución la tesis definitoria del socialismo; a saber, que todas las tierras pertenecieron originalmente al Estado.

Se diría que en el último tercio del siglo XVIII no hay en Francia conservadores, pues incluso los estratos tradicionalmente tales son tan partidarios de innovaciones radicales como los literatos. Rentistas, mercaderes y fabricantes las necesitan especialmente, ya que el Estado les debe en 1789 unos seiscientos millones de libras francesas, arrastra un déficit global del triple y la Corte gasta un millón más cada día⁵. Por

otra parte, Burdeos supera ya a Liverpool en monto de facturación, Lyon es el centro textil de Europa y Versalles supera de largo a todas las Cortes. El país combina en realidad lo brillante con lo anacrónico, ya que tanto el crédito como las sociedades anónimas apenas han empezado a desarrollarse, y el crecimiento de unos sectores alterna con el primitivismo de otros.

París, por ejemplo, carece de agua corriente en las casas y bocas de riego para las calles; e igualmente medieval es su red de desagües, que condiciona periódicas epidemias de cólera ⁶. Antes de 1780 no hay en Francia un banco dedicado al descuento de letras, y hasta las grandes transacciones se hacen en metálico, con estibadores, como si se tratase de madera o piedra. La única corporación comparable a las holandesas e inglesas se hace esperar casi dos siglos y es la *Compagnie des Eaux de Paris* (1782), que en su Prospecto llama a suscribir las participaciones por patriotismo ⁷. Una capital sucia y maloliente, que absorbe una enorme inmigración pero nunca acaba de crecer por su alta tasa de mortalidad, tortura a un orgullo nacional excitado en todas las clases desde el Rey Sol. Ya entonces se hizo evidente que Francia abanderaba al mundo por refinamiento y culto a la belleza, y la obra posterior de sus ilustrados fue convencer de que era superior también por amor al Progreso.

En términos de estructura social, es llamativa una aristocracia que en vez de incorporarse al comercio y la industria —como sucede hace siglos en Holanda e Inglaterra— «ha perdido su acción sobre el príncipe y el pueblo» ⁸. Hay excepciones como una siderurgia instalada básicamente por nobleza reciente, pero confirman la regla. Los individuos destacados que nacen aristócratas, y luego entran en el ejército o el clero, son casi todos enemigos de la sociedad estamental. El resto se aferra a sus privilegios —ante todo no pagar la mayoría de los tributos, y ser la oficialidad del ejército—, aunque muchos ricos ya no son nobles y muchos nobles no son ricos. Más de la mitad vive con apreturas, y en unas cinco mil familias de rancio abolengo el patriarca no tiene para ese mínimo último compuesto por una buena espada, un caballo marcial y un gran perro ⁹.

I. La Hacienda del Viejo Régimen

Empezaban a proliferar «fortunas medianas», mientras el pueblo bajo cargaba no sólo con el estatuto del siervo sino con afrentas adicionales como la corvée o prestación personal, que

imponía regalar trabajo, animales de carga y aperos para mantener las infraestructuras terrestres, fluviales y marítimas. El notable número de personas que pueden permitirse comprar o renovar regalías de la Corona no está sujeto tampoco a la *taille*, que cuatro siglos antes desataría la gran rebelión campesina y cuyo impago es ahora la causa más común de arrestos y confiscación de bienes. Ya en tiempos de Luis XV un recaudador anticipa que «los dispendios exigidos al labriego para reparar caminos pronto le impedirán pagar la talla»¹⁰, y para evitar el censo parroquial que les identifica como contribuyentes muchos campesinos emigran a otras zonas del país, trastocando sin pausa el cuadro de recursos humanos disponibles en cada zona.

Llamativamente, Inglaterra tenía entonces una carga fiscal per capita tres veces superior a la francesa, pero repartida al revés¹¹. Un buen ejemplo de los ánimos ofrece el *Viaje por Francia en el 89* de Arthur Young, donde cuenta que días después caer la Bastilla gentes de cierto pueblo quisieron detenerle por no llevar escarapela revolucionaria. Para salir del apuro les expuso:

«Señores, se acaba de decir que los impuestos deben seguir pagándose como hasta ahora. Los impuestos deben pagarse, ciertamente, pero no como hasta ahora. Los ingleses tenemos muchos impuestos que vosotros no tenéis; pero el tercer estado, el pueblo, no los paga; sólo pesan sobre los ricos. En mi país se paga por cada ventana, pero quien tiene en su casa sólo seis no paga nada. El señor paga el vigésimo y la talla, pero el modesto propietario de un huerto no paga nada. El rico paga por sus caballos, carruajes y criados, incluso por gozar de la libertad de disparar sobre sus propias perdices, pero el pequeño propietario está exento de todas esas cargas. Es más, en Inglaterra tenemos un impuesto que paga el rico para socorrer al pobre. Así pues, si bien hay que seguir pagando impuestos, hay que hacerlo de otro modo». Como me entendieron perfectamente, ni una palabra de mi discurso dejó de merecer su aprobación, y pensaron que bien podía yo ser un buen hombre, lo que confirmé gritando: ¡Viva el tercer estado! Y contestándome con un hurra me dejaron marchar»¹².

En Francia el impuesto directo recae por norma sobre los indigentes, y quienes no viajan son los únicos encargados de mantener abiertos los caminos. Esta iniquidad rige allí desde poco después de comenzar la guerra de los Cien Años, en 1360, cuando el rescate del rey Juan instauró el sistema de comprar al rey exenciones tributarias. A partir de entonces y hasta Luis XVI —una rara avis que para industrializar el país no vacila en recortar drásticamente su gasto suntuario—, todos los monarcas franceses han practicado la contabilidad del corto plazo, y prefieren un pequeño estipendio actual a un fruto mayor y más legítimo en el futuro. Se compran, pues, todo tipo de cargos fiscalmente exentos y protegidos por distintas posiciones monopolísticas, desde jefaturas gremiales a puestos de magistrado o de supervisor para quioscos callejeros donde se vendan ostras, que rinden en realidad una fruslería si se compara con el monto de los ingresos libres de tributación.

En el medievo los reyes complementaban ese capítulo de sus rentas exigiendo préstamos a los burgos, con la excusa de protegerles ante el señorío militar y clerical; pero a medida que eso dejó de ser posible su crisis financiera fue creciendo en paralelo al propio desarrollo del país. Se llega así en 1788 a unos cincuenta mil individuos que compran periódicamente sus respectivos oficios, y sólo podrían perder sus privilegios percibiendo una indemnización equivalente al conjunto del presupuesto anual, próximo a los 700 millones de libras. Con todo, los libros de cuentas indican que durante la última década esa venta de *offices* ha hecho ingresar a la Corona una media anual inferior a los 5 millones ¹³.

1. Proyectos de reforma. El primer sabio llamado a sanear el déficit galopante es Turgot, que fascina al joven Luis XVI con el lema: «No más quiebras ni más préstamos ni más impuestos». Lo esencial a su juicio es difundir confianza —para empezar en el Gobierno—, pues Francia tiene recursos de sobra para salir adelante si liberaliza su economía y la Corona se aprieta el cinturón algún tiempo. Descentralizar y desregular, invirtiendo el colbertismo, bastará para que la industria y el comercio se hagan competitivos. Calculando que el proceso tomará unos diez años, Turgot ha empezado con medidas tan enérgicas como suprimir las reglamentaciones gremiales y la corvée, lo primero para desarticular su paralizante trama de monopolios y lo segundo porque genera no sólo una justa indignación sino absentismo laboral en el campesinado.

Austeridad y largo plazo nunca son bienvenidos por quienes viven de lo puesto, y los dos años (1774-1776) que se

conceden a ese ministro para poner en práctica su programa han parecido una eternidad a la Corte y a la clase media montada en torno al gremialismo. Noble por cuna y ciudadano (*citoyen*) por temperamento, el propio Turgot ha precipitado su cese con la audacia de llamar pusilánime al monarca¹⁴. Lo que Francia necesita para prolongar la coexistencia de medievo y modernidad es un financiero—mago como el ginebrino Jacques Necker (1732-1804), avalado por éxitos previos como director de banco y una apoyo al colbertismo, que sugiere volver al crédito como antídoto para el déficit estatal. Su consolidación de la Deuda mediante anualidades garantizadas se revela inviable ya a medio plazo, pero el pueblo necesita creer en alguien capaz de frenar el agujero negro y le convierte en una especie de talismán popular, cuyo cese provocará consternación. Por lo demás, ha tomado algunas decisiones oportunas, como repartir más equitativamente la *taille*, derogar los peajes a la industria o fundar casas públicas de empeño (los Montes de Piedad).

En 1781 su *Rendición de cuentas al Rey* es extravagante hasta el extremo de ver en Francia un modelo de prosperidad saneada, y a despecho de ser un volumen tan gigantesco como farragoso se convierte en un extraordinario superventas. Sin embargo, las halagüeñas perspectivas allí expuestas bastan para que la Corte convenza a Luis XVI de que el plebeyo hugonote debe ser despedido, cortando así con los experimentos de recurrir a demócratas para salvar al Estado de la ruina. Las finanzas francesas se entregan al vizconde de Calonne, pronto conocido como *Monsieur Déficit*, que se acostumbra a revisar las cuentas teniendo a mano un frasco de sales antimareo tras el primer sofoco, cuando el superávit previsto por Necker arroje en realidad un descubierto de 112 millones¹⁵.

Por entonces el pasivo acumulado no puede atribuirse ya al boato cortesano, y a la tradicional prodigalidad de la Corona al conceder pensiones, sino a la estructura del país —donde cada provincia y condado mantienen toda suerte de aranceles internos—, añadido al gran esfuerzo que ha hecho para ayudar a los colonos norteamericanos. El orgullo francés, cuyo último revés a manos inglesas había sido la pérdida del Canadá, se recobra cuando la marina y el cuerpo expedicionario francés influyen decisivamente en la victoria de Washington. En 1783 los británicos deben firmar —y en París— el tratado que reconoce la soberanía norteamericana, sancionando de paso la viabilidad del ambicioso plan diseñado años antes por Luis XVI y su primer ministro Vergennes: consolidar un imperio colonial y a la vez mantenerse como primera potencia militar

europea.

Marino por vocación, el monarca es en buena medida responsable de que Francia tenga ahora en Brest los astilleros más modernos. La victoria sobre Inglaterra resulta dulce en todos sentidos, ya que permite interrumpir esa fuente de gasto, presenta al país como campeón en la causa de la libertad y le otorga la cláusula de nación más favorecida en sus tratos con Norteamérica. Antes y después del triunfo, sin embargo, las hambrunas azotan al país cada par de años. En el medio rural y el urbano abundan motines; el saqueo de tiendas, graneros y otros almacenes es algo poco menos que rutinario.

Comerciantes e industriales siguen ignorando en buena medida la letra de cambio y la sociedad anónima, la legislación condena «la usura prohibida por el derecho canónico»¹⁶, y los Enciclopedistas —tan eficaces como formadores de opinión— compiten en una oferta de recetas elementales para aliviar la miseria, convencidos de que el empresario es una «clase estéril» cuando no pertenece al sector agropecuario. Diderot, menos rígido que otros en apoyar o rechazar el despotismo ilustrado, es también quien lega una imagen más rotunda del futuro. En *El sobrino de Rameau*, su obra maestra, contempla el Viejo Régimen como una estatua roída invisiblemente por termitas: cierto día una simple brisa bastará para convertir su mármol tallado en un montón de polvo.

Ese día se anuncia en 1788, cuando el déficit ha sugerido recurrir nuevamente a la magia de Necker, y el Rey asume su propuesta de que sólo será posible recaudar lo necesario convocando al pueblo entero en forma solemne. Hacerlo significa resucitar los Estados Generales¹⁷, una asamblea del clero, la nobleza y el «tercer estado» donde éste obtiene como primer reconocimiento nombrar el doble de representantes, y una posibilidad de votar conjuntamente —no sólo por estamento—, que añadirá a sus sufragios el de todos los clérigos y nobles afectos a la democratización.

II. La voz popular

Los nueve meses que median entre convocatoria y reunión son el plazo previsto para elegir representantes de todas las circunscripciones francesas, y para que cada estamento confeccione unos Cuadernos de Quejas poco acordes con su nombre, pues clero y nobleza compiten en afanes de cooperación social y ofrecen un modelo de generosidad y

realismo¹⁸. A juzgar por esas memorias, la magnitud del agujero negro y la discordia se solventarán con algunas reformas enérgicas, tanto más viables cuanto que cada estado no sólo exhibe buena fe sino un ánimo reflexivo y dialogante.

Como mal presagio llega «un invierno de dureza desconocida en los anales, a veces con el termómetro a 22 bajo cero, que suspendiendo todo trabajo exterior dejó a los pobres sin pan ni combustible»¹⁹. En enero de 1789, cuando el hielo está en su apogeo, el abate Emmanuel Felipe Sieyès (1748-1836) —«la cabeza más lógica de la nación»²⁰— publica su panfleto sobre el tercer estado y abre los ojos de Francia:

«¿Qué es el estado llano? Todo. ¿Qué representa actualmente en el orden político. Nada [...] Pero ¿quién se atrevería a decir que el estado llano no tiene todo lo preciso para formar una nación completa?»²¹.

Casi inmediatamente después de inaugurarse cuando estaba previsto, en mayo, Luis XVI ordena la disolución de los Estados Generales para evitar que esa oportunidad recaudatoria se convierta en cataclismo político. Sin embargo, de los casi setecientos diputados del estado llano²² todos salvo uno (así como gran parte del clero y una mínima fracción de la nobleza) le desafían nombrándose Asamblea Nacional, pues representan «al 96 por 100 de los franceses» y juran no disolverse hasta dar al país una nueva constitución. Enfrentado a la tesitura de reprimir la sedición, o permitirles deliberar solos, el Rey manda que el primer y el segundo estado se sumen a sus sesiones, de las cuales saldrán en muy poco tiempo novedades conmovedoras para el mundo entero.

Es dudoso que haya habido una asamblea formada por tantos y tan variados talentos —desde el genio diplomático de Talleyrand al matemático de Monge, Carnot o Condorcet—, y es seguro que ninguna troqueló el futuro en medida pareja. Sus comienzos están presididos por estadistas inmortales como el propio Sieyès y el marqués de Mirabeau (1741-1791), desertores del primer y el segundo estado respectivamente, acompañados por la serena firmeza del astrónomo J.S. Bailly (1736-1793), presidente del tercer estado, que reaccionó a la orden real de disolver la Asamblea con el premonitorio: «Me parece que la nación reunida en consejo no puede recibir órdenes»²³. A la derecha de la presidencia se sentaron los

nobles, el resto de los representantes se acomodó un poco por todas partes y en el extremo izquierdo del recinto se agruparon radicales entonces inconspicuos como Maximiliano Robespierre, llamados irónicamente por Mirabeau «las treinta voces». De semejante azar topográfico nacería la más duradera polarización política.

1. Legisladores y conquistadores. En esas tensas semanas iniciales la Asamblea tiene el apoyo indirecto del llamado Gran Miedo, un fenómeno rural con reminiscencias de la *Jacquerie*²⁴ para la aristocracia, pues grupos de campesinos se arman para responder a una supuesta conspiración contra ellos y atacan en ocasiones castillos y graneros. Sus líderes ven como prueba de ello cuánta gente desconocida y mal aspectada ha aparecido por los campos²⁵. Raro es el día en el que los moradores de algún pueblo no se escondan o concentren todos sus recursos ofensivos ante la noticia de que «ellos» —ejércitos de bandidos, tropas inglesas o austriacas, sicarios de la nobleza— están arrasando cierto pueblo vecino. Urgido por la magnitud del odio que despierta con la incertidumbre, el pánico difuso aprovecha cualquier pretexto.

Lo análogo a ese recelo persecutorio prende entre *sans-culottes* urbanos, llamados así por no llevar el calzón de seda sinónimo de distinción. Empleados, sirvientes y obreros de barrios pobres como Saint Antoine u Saint Marcel, aunque también tenderos y dueños de pequeños establecimientos, sus líderes llaman a una agresión defensiva que el 14 de julio comienza en París con un millar de individuos resueltos. No quieren estar inermes ante el golpe de Estado monárquico, que es en realidad una inminencia imaginaria, y tras tomar el Ayuntamiento —donde obtienen unos cuarenta mil mosquetes— se dirigen a La Bastilla en busca de munición, acaudillados por algunos veteranos de la campaña en Norteamérica²⁶.

Esa fortaleza se había erigido para disuadir a rebeldes políticos tras la gran insurrección de 1348, cuando unos dos mil *burguenses* acaudillados por Marcel, alcalde y preboste del comercio, tomaron el palacio real, mataron a algunos nobles y calaron el gorro frigio en la cabeza del Delfín. Ahora, cuando «la calzada quemaba y el suelo estaba como minado por un fondo de recelo y cólera sorda»²⁷, el pretexto no es exigir representación política —como entonces— y la actuación resulta más implacable. El gobernador de la plaza se ha negado a entregar las quince toneladas de pólvora que almacena, y aunque acabe rindiéndose su cabeza será la primera exhibida

como «linterna» en el extremo de una larga pica, seguida al poco por la de sus tres oficiales. Exaltada por esa victoria²⁸, una muchedumbre cada vez mayor sigue unida hasta el Ayuntamiento, donde hace lo mismo con Foulon, el secretario de Estado, y Flesselles, preboste del comercio y alcalde.

Al día siguiente algunos barrios amanecen con las primeras barricadas, anticipando represalias que no se producirán. Hay al menos cincuenta mil parisinos con armas de fuego y munición, y cuando las noticias lleguen a Versalles el Gobierno decide anular el foco de paranoia despachando a distintas fronteras las tropas acuarteladas en torno a la capital. París responde a ese gesto con la devolución de algunos mosquetes, nombrando nuevo alcalde y preboste del comercio a Bailly, cuya llegada triunfal al Ayuntamiento coincide con gritos de «¡*Vive la Nation!*» que pasan a ser «¡*Vive le Roi!*». El rapto de furia popular se racionaliza ligándolo a su decisión de suspender la Asamblea, pues el monarca nada debe temer de su amante pueblo mientras no se interponga en sus debates y decisiones.

Llega así un periodo de independencia y fertilidad pasmosa para los legisladores, con deliberaciones maratónicas como la del 4 de agosto, que termina la mañana del día siguiente acordando el fin del feudalismo. El duque de Aiguillon, el vizconde de Noailles y el arzobispo de París se abrazan con diputados republicanos, llorando todos de alegría ante la magnitud del logro político, en una efusión de concordia que el Presidente llama «momento de ebriedad patriótica»²⁹, mientras el Secretario lleva horas proponiendo posponer el debate por trastorno mental transitorio de la mayoría. El 26 de ese mismo mes un borrador redactado por Sieyès se convierte en Declaración de Derechos del Hombre y el Ciudadano, que consagra como tales «la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión».

El Preámbulo afirma que ignorarlos, olvidarlos o despreciarlos es «la única causa de las desdichas públicas y la corrupción del Gobierno». Dentro del plan legislativo que los decretos de agosto preparan se incluye una profunda reforma administrativa, fiscal, financiera, social y política, que empezará a cumplirse en 1790. Cesan todos los privilegios previos, los clérigos pasan a ser empleados sostenidos con cargo al presupuesto, y las enormes propiedades eclesiásticas confiscadas garantizan un nuevo papel moneda (los *assignats*) que alivia la penuria con el primer dinero revolucionario. El artículo 1 de la Declaración dará la vuelta al orbe y sigue siendo un prodigio de concisión: «Los hombres nacen y

permanecen libres e iguales en derechos».

En un abrir y cerrar de ojos la Asamblea ha diseñado un Estado de Derecho, y personas bien informadas piensan que «la revolución puede concluir con certeza y felicidad en menos de un año»³⁰. Sólo queda redactar la nueva Constitución, una tarea menor comparada con el hecho de que «el amor a la igualdad y el amor a la libertad se repartiesen entonces el corazón», y sin duda al alcance de estadistas eminentes como los que ocupan algunos de sus escaños. La aristocracia de sangre emigra cuando sus recursos se lo permiten, y trata de organizar una resistencia desde el exterior, pero sus planes sólo sirven para radicalizar el proceso.

«1789 fue tiempo de juventud, de entusiasmo, de orgullo, de pasiones generosas y sinceras, que a pesar de sus errores vivirá eternamente en la memoria de los hombres, y por mucho tiempo aún turbará el sueño de quienes pretendan corromperles o sojuzgarles»³¹.

III. El corazón de las masas

Los saqueos y tumultos —un fenómeno crónico en París desde finales de los años 70 aunque recrudecido con los últimos acontecimientos— llevan a crear cuerpos policiales de extracción *bourgeois*, que se consolidan en la capital y el resto de Francia como Guardia Nacional. Cada miembro debía sufragar de su bolsillo el flamante uniforme de casaca azul con solapas blancas, como hizo el humilde Danton gracias al crédito de su esposa, demostrando de paso que el pueblo no necesitaba a la monarquía para imponer orden y controlar la situación. Algunos saqueadores fueron ahorcados públicamente, para subrayar que la Revolución no toleraría más desmanes justificados en su nombre. Siquiera fuese en términos teóricos, las cuentas del resentimiento habían sido saldadas aboliendo el feudalismo y preparando una Constitución liberal³².

Pero el segundo zarpazo de cólera popular masiva no puede alegar provocaciones o interferencias de una monarquía ya intimidada, y llega el 5 de octubre con una masa de *sans-culottes* que Camille Desmoulins llama «el ejército de las ocho mil Judits», en recuerdo de la heroína bíblica que degolló a un general enemigo. Convocadas por ellas mismas, estas damas —pescaderas, lavanderas y floristas fundamentalmente—

hacen seis horas de caminata bajo la lluvia desde París a Versalles, arrastrando como pueden un cañón. La atónita guardia real no acierta a impedir que un buen número de ellas invada la Asamblea, reunida en ese momento, donde su portavoz entra diciendo: «Esta misma mañana un molinero ha sido sobornado por los aristócratas con doscientas libras para no hacer harina» ³³. El arzobispo de París, uno de los diputados, pide el nombre de ese molinero, y en la algazara resultante permanen los gritos que le acusan a él de ese y otros muchos sobornos análogos.

La sesión se suspende, y mientras una joven delegada de las Judits transmite sus quejas al Rey —sin conseguirlo, pues se desmaya de emoción y luego enmudece— un jinete trae noticias de que dos regimientos de la Guardia Nacional parisina están en camino, resueltos a apoyarlas y a exigir que sean despedidos los «mercenarios» de la guardia real. Lafayette, su comandante, ha comprobado que están dispuestos a matarle si trata de impedirlo, y como mal menor decide ponerse al frente. Es indudable que la Guardia Nacional de Versalles se unirá en todo caso a ese gran destacamento contra cualquier «extranjero», y miembros de la Asamblea convencen a Luis XVI de que debe ratificar inmediatamente los decretos de agosto, así como prepararse para calmar a los insurrectos atendiendo a su reclamación de que se mude a París.

Al caer la noche el ejército femenino acampa como puede en los alrededores, creyendo que han sobornado a su delegada (pues asegura que el Rey se ha mostrado amable y receptivo a la demanda de pan), aunque acepte los víveres distribuidos por palacio. Van llegando desde medianoche las tropas parisinas, que se acuartelan en un clima de alta tensión, y hacia a las cinco y media de madrugada —cuando buena parte de la guardia real ha ido a averiguar el origen de unos disparos lejanos— alguien abre la puerta del ala donde vive la reina. Una multitud de Judits emerge entonces de la oscuridad, barriendo todo cuanto se opone entre ella y los aposentos de la reina, que salva la vida escapando descalza a través de un pasadizo secreto, alertada por las voces de dos guardias.

La luz del día devuelve sus perfiles a la situación. Parte del palacio está en manos de las encolerizadas mujeres y en el exterior el resto de la muchedumbre aplaude el desfile de dos nuevas «linternas» —los defensores degollados ³⁴— mientras corea un «no escapará la puta austriaca que nos quiere matar de hambre». Sin embargo, una masa puede invertir su orientación si se pulsan los resortes oportunos, que en ese momento eran

detener el asalto inmediato —cosa lograda cuando algunas compañías de la Guardia Nacional se suman a la sobrepasada guarnición— y contraatacar con símbolos conmovedores, manejados genialmente por Lafayette. Aunque el gentío dispone de muchos mosquetes, al aparecer el Rey en un balcón los gritos furiosos van acallándose, hasta transformarse en un rugido de aprobación cuando Lafayette clava la escarapela tricolor en el sombrero de uno de sus guardias. Unos momentos después aparece María Antonieta, pálida y audazmente sola, que tras unos segundos de silencioso estupor arranca vivas y lágrimas de piedad. Raptadas por un sentimiento de amor hacia su madre y protectora institucional, las Judits más locuaces se confiesan hijas dolidas aunque no infieles, que sólo piden estar más cerca de ella.

Tres horas más tarde un cortejo calculado en sesenta mil personas escolta a los reyes desde Versalles a la capital, haciendo el camino hacia su nueva residencia de las Tullerías. Los instantes que decidieron el paso del linchamiento a la adhesión bastan para inventar algunas coplas coreadas finalmente por todos: «Amamos al rey con un amor sin igual/ porque vive en nuestra capital». O la más adaptada al caso: «A París traemos al panadero /la mujer del panadero y su niño»³⁵, ya que la gran comitiva se cierra con una docena de carretas cargadas de harina, fruto de vaciar los graneros de Versalles. Agasajados con vino antes de emprender el regreso, soldados de la Guardia Nacional y el grueso de las *sans-culottes* entran en París cantando, mientras exhiben hogazas ensartadas en la punta de sus picas y bayonetas. Incomparablemente más sombríos debieron ser los sentimientos de la pareja real, mientras saludaba a diestro y siniestro para corresponder al desbordante homenaje popular.

1. Parricidio y refundación nacional. Para entonces una literatura dedicada a la ninfomanía de la reina³⁶ era lo único tan apasionante como la prensa revolucionaria recién surgida, y nuevas elecciones dieron paso a una Asamblea Constituyente que reprodujo la mayoría centrista del parlamento anterior. Su postura basculaba sobre una facción resuelta a imitar el sistema inglés y otra más «nacional», aunque partidaria también de una monarquía limitada. Los republicanos del ala izquierda llevaban meses advirtiendo que los reyes tramaban alguna traición, y cae como una bomba la noticia de que el 21 de junio han sido descubiertos cuando intentaban huir del país. Disfrazado de lacayo, y lo bastante ingenuo para usar una de las carrozas reales, Luis XVI borraba de golpe su dignidad. Pero el más elemental sentido común de un esposo y padre

mandaba huir de la veleidosa multitud, que llevaba meses jugando con ellos como el gato con el ratón.

No hacía falta ser un psicólogo de masas para saber que los trances de efusión cordial exhibidos por sus «hijos», los franceses en general, nunca borrarían el resentimiento sembrado por sus antecesores. Como esponjas destinadas a absorber el miedo y la rabia, no ofrecían sino símbolos de una perversidad infinita y a la vez desechable. «El aislamiento de las clases fue el crimen de la antigua realeza»³⁷, y la tragedia se alimenta de coincidencias como que ese rey fuese el único humilde y progresista de su estirpe. «Su corazón sólo deseaba el bien del país», explica el embajador norteamericano, «y ante ese objetivo ningún sacrificio personal le habría costado el más mínimo remordimiento, pero su mente era la debilidad misma [...] desprovista incluso de la firmeza bastante para atenerse a su palabra»³⁸.

Antes de la fuga frustrada muy pocos diputados —si alguno— se planteaban el parricidio simbólico como premisa para el nacimiento de un pueblo «soberano». Con todo, Michelet va al fondo del asunto cuando narra el asalto femenino desde esa perspectiva, como un «acto necesario, natural y legítimo, totalmente espontáneo, imprevisto y verdaderamente popular; los hombres han tomado La Bastilla y las mujeres han tomado Versalles»³⁹. David, el genio pictórico de la revolución, es un adelantado en esa dirección y canta su necesidad en varios cuadros, ante todo el de Bruto recibiendo los cadáveres de sus hijos⁴⁰, cuya muerte ha votado él mismo por conspirar contra la República. Marat ha sido el primero en afirmar que «la facción enemiga ha diseñado el plan criminal de sacrificar la nación al príncipe»⁴¹, y la Patria encuentra en él al sacerdote requerido para su purificación.

Pertenece al reino del futurible imaginar qué habría sucedido si Luis XVI no se hubiese comportado a fin de cuentas como un padre de familia. Las turbas que en octubre derramaran lágrimas de hijo arrepentido, pasando del furor homicida a la docilidad del siervo ahíto, habían dado el primer paso hacia su inmolación arrastrándole a un espacio como las Tullerías, donde un año después iba a reproducirse el asalto. Se entiende, pues, la mezcla de pasmo e indignación que su acto produce en los campesinos del pequeño pueblo donde será detenido, y en los demás confines del territorio. Pero cualquier diputado de la Asamblea —por no decir cualquier parisino— está al corriente del odio cerval que la pareja concita, y rasgarse las vestiduras

ante su «traición» es tan cínico como pretender que una presa no intente esquivar a sus cazadores ⁴².

Los diputados no cínicos —que luego serán acusados de complicidad con el tirano— persisten en sus esfuerzos de instaurar una monarquía limitada, que se cumple formalmente ese septiembre cuando Luis XVI acepte y recomiende la nueva Constitución, añadiendo: «la Revolución ha terminado». Tres meses antes, cuando la carroza real volvió a París, una gran muchedumbre quiso linchar a sus pasajeros y la ciudad se llenó de carteles advirtiéndole: «Quien insulte al Rey será azotado, quien le aclame será ahorcado» ⁴³. Una gran mayoría de la Asamblea pretende consumir las reformas sin guerra civil, aunque lo contrario va tejiendo sin pausa su tela.

NOTAS

1 - Schama 1989, p. 781.

2 - Tocqueville 1982, vol. I, p. 161.

3 - Cf. Schama 1989, p. 44.

4 - Tocqueville *ibíd*, p. 187.

5 - Cf. Jefferson 1987, p. 96.

6 - La página web *Histoire de l'eau-Paris* contiene abundante información.

7 - El *Prospectus* explica: «Viendo con envidia algunos ciudadanos franceses que Londres estaba refrescado y provisto de agua tan abundante como barata para cualquier particular, en triste comparación con un París casi totalmente desprovisto de ese elemento imprescindible para la salubridad del aire, la limpieza de la ciudad, la salud y el bienestar de sus ciudadanos...»; cf. Greenfeld 2001, p. 146-147.

8 - Tocqueville 1982, vol. I, p. 14.

9 - SpCf. Schama p. 120.

10 - Tocqueville *ibíd*, p. 149.

[11](#) - Cf. Schama 1989, p. 65.

[12](#) - Young, en Tocqueville 1982, vol. I, p. 242-243.

[13](#) - Cf. Bien 1987, p. 89-114.

[14](#) - «Algunas personas, Sire, piensan que sois débil, y en alguna ocasión he temido la presencia de ese defecto en vuestro carácter. Por otra parte, en ocasiones más difíciles os he visto mostrar verdadero coraje»; misiva de Turgot a Luis XVI, en Schama 1989, p. 87.

[15](#) - Cf. Schama 1989, p. 93.

[16](#) - Cf. Greenfeld 2001, p. 146. Los *Parlements* del país han renovado su intolerancia desde la bula papal *Vix pervenit* (1745), que reafirma lo pecaminoso del crédito no gratuito.

[17](#) - Véase supra, p. x.

[18](#) - Cf. Tocqueville 1982, vol. I, p. 159.

[19](#) - Jefferson 1987, p. 96-97. Suscripciones públicas trataron de paliar la falta de grano y las ciudades mantuvieron grandes hogueras en algunos cruces de calles, alrededor de las cuales se reunían muchedumbres para no perecer congeladas. Hasta mayo no fue posible restablecer el suministro normal.

[20](#) - Jefferson 1987, p. 100.

[21](#) - Sieyès, en Moya 2007, p. 39. Sieyès, que desde entonces no abandonó un momento la vida política, sobrevivió como pudo al Terror, desempeñó cargos muy destacados durante el Directorio y el Consulado, colaboró con Napoleón I y acabó conspirando —con éxito— a favor de Napoleón III.

[22](#) - Concretamente, doscientos dieciséis comerciantes y agricultores, doscientos doce abogados y procuradores, doscientos representantes de condados, dieciocho magistrados urbanos, dieciséis médicos, doce nobles y dos eclesiásticos; cf. Mignet 1824 (2007).

[23](#) - Bailly, en Bueno 2003, p. 164. Mirabeau añadió: «Di a quienes te envían que no nos moveremos de aquí sino por

nuestra voluntad o a punta de bayoneta»; cf. Jefferson 1987, p. 103.

[24](#) - Véase supra, p. 262-263.

[25](#) - Cf. Schama 1989, p. 429-433.

[26](#) - El teniente Elie y el soldado Louis de la Reyne son los «conquistadores» de la plaza. Cf. Schama 1989, p. 47.

[27](#) - Michelet, en Moya 2007, p. 16.

[28](#) - Tiene visos de formidable proeza apoderarse de un castillo protegido por un gran foso, ocho torres de seis alturas y muros con casi tres metros de grosor. Por otra parte, los defensores eran ochenta y dos *invalides* (mutilados de guerra) y treinta y cuatro granaderos suizos, que quedaron prácticamente indefensos cuando desde el interior alguien bajó el puente levadizo.

[29](#) - Cf. Schama 1989, p. 439.

[30](#) - Jefferson 1987, p. 11.

[31](#) - Tocqueville 1982, p. 48.

[32](#) - Cf. Mignet 1824 (2006), cap. II.

[33](#) - Cf. Schama 1989, p. 463. Combino su relato con el de Mignet (cap. III) para el resto del episodio.

[34](#) - En su apoyo han tenido a algún hombre disfrazado como el gigante Nicolás —un pacato modelo en la Academia de Bellas Artes hasta entonces—, que al parecer consuma la decapitación.

[35](#) - Schama 1989, p. 468.

[36](#) - *Ibíd*, p. 205-207. En *Ma Constitution*, por ejemplo, una lámina la muestra enseñando su genital (la «res publica») a Lafayette. Sin embargo, es más frecuente verla en esas ilustraciones copulando con el hermano del Rey y, sobre todo, presidiendo orgías.

[37](#) - Tocqueville 1982, vol. I, p. 131.

[38](#) - Jefferson 1987, p. 96.

[39](#) - Michelet, en Moya 2007, p 18.

[40](#) - No el ahijado y asesino de César sino el esposo de Lucrecia, cuya violación a manos de Tarquino el Soberbio desencadena el fin de la realeza romana y el comienzo de la República.

[41](#) - Marat, cf. *lamidupeople.org*, nº 68.

[42](#) - Año y medio más tarde, durante el juicio, su abogado defensor se atreve a recordarlo: «¿Qué haríais, ciudadanos, si os dijeran que una muchedumbre excitada se dirigía contra vosotros? ¿Le acusáis de derramar sangre? Pero él lamenta la catástrofe fatal tanto como vosotros. Es su herida más profunda»; Malesherbes, en Schama 1989, p. 659.

[43](#) - *Ibíd*, p. 558.



© Antonio Escotado 2008
LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO
<http://www.escotado.org>

Development Sciences Network Presence
www.catalanhost.com



Los
Enemigos del
Comercio

LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO

De cómo resurgió el comunismo

24

Jacobinos y colectivistas

«Soy francés, soy uno de tus representantes...
¡Oh pueblo sublime, recibe el sacrificio de todo
mi ser! ¡Feliz el que ha nacido en tu seno! ¡Más
feliz aún el que puede morir por tu felicidad!..»

M. Roberpierre ¹ .

Con la Constitución de 1791 llega una nueva forma de gobierno, donde las facultades del Rey se limitan a elegir primer ministro y ejercer un derecho de veto sobre decisiones de la Asamblea. La cuota de poder político atribuida a Luis XVI es mínima si se compara con el absolutismo nominal previo, aunque no deja de ser exorbitante para lo que el país está dispuesto a admitir. Cada uno de sus Gobiernos debe, pues, optar entre sostener su decaída imagen o erosionarla más aún, cosa tan sencilla en la práctica como proponer o no el tipo de medida que se verá obligado a ejercer su derecho de veto. Barnave, primer encargado de formar gabinete, evita por ejemplo proponer una confiscación de los parientes no emigrados de *emigrés*, consciente de que el Rey habrá de oponerse. Su sucesor, Brissot, aprovecha ese proyecto de ley para exacerbar el odio a la Corona.

I. El tercer parlamento

La Asamblea Constituyente se transforma en Asamblea

Legislativa tras nuevas elecciones, que no arrojan resultados imprevistos. Los nuevos miembros pertenecen abrumadoramente a clases medias y si algún cambio se observa es una progresiva pérdida de representatividad, pues la cámara que acaba de entrar en funciones es elegida por menos del 10 por 100 de los electores ². La meta de todos estos parlamentos es ser foros democráticos, desde luego, pero la Asamblea Legislativa endurece las condiciones para votar ³ y en bastante mayor medida los requisitos para ser elegido; los aspirantes a escaño deben ahora demostrar que pagaron al Fisco cuando menos el equivalente a cincuenta sous.

El resultado de las elecciones sigue dejando en minoría a Marat y al cada vez más radical Robespierre. De sus ochocientos miembros, la mitad vota sin adscripción a una línea fija, como Sieyès; ciento treinta y seis votan intransigente y doscientos sesenta y cuatro apoyan a los *feuillants* de Barnave ⁴, cuyo grupo asume las riendas del Gobierno. La estrella de la nueva Asamblea es Brissot, un nacionalista exaltado cuyo grupo de *brissotins* o girondinos acaba formando el último Gabinete de Luis XVI. El presidente del comité constitucional se ha despedido sugiriendo que «el tiempo de la destrucción ha terminado», pero pocos parlamentarios están dispuestos a tolerar que algunas Cortes hayan exigido respeto por la integridad física de la familia real francesa. La Declaración austroprusiana de Pillniz no fue un ultimátum —se limitaba a prever «represalias» si las agresiones se reprodujesen ⁵—, aunque esto se considera un ultraje intolerable a la soberanía nacional, disparando una declaración de guerra a Austria que se extiende a Prusia y que acabará incluyendo a Inglaterra, Holanda y España.

A partir de entonces la situación interna se liga a éxitos y reveses del frente —que empiezan siendo esto segundo ante todo—, y el proceso que conduce a las primeras levadas en masa es indiscernible del que recorta progresivamente el pluralismo ideológico y las garantías civiles. La huida real justifica que el credo *sans-culotte* considere rota la baraja a todos los efectos, y dos semanas después de que la carroza real haya vuelto a París una manifestación antimonárquica se torna tan violenta que la Guardia Nacional debe protegerse disparando a dar. Varios patriotas mueren, sus cadáveres se presentan como mártires de un Gobierno tiránico y cierta asamblea parisina de distrito proclama: «El deber más sagrado es olvidar la ley para salvar a la Patria» ⁶.

Llega la hora de borrar la distinción entre el símbolo y lo simbolizado, el déspota y un pobre hombre vencido. Su torpe intento de ponerse a salvo reconfirma el Gran Miedo, una convicción que en 1788 y 1789 parecía borrosa y propia de analfabetos. Tan cierto como que los graves caen es ahora una conjura para acallar al pueblo matándolo de hambre, y quien diga otra cosa es un enemigo público. Este planteamiento lo vienen proponiendo de modo infatigable periódicos como *L'Ami du Peuple* de Marat y el *Père Duchesne* de Hébert⁷, que son las manifestaciones más incendiarias de una variada prensa política⁸.

1. Nuevos métodos. Desde la manifestación de julio de 1791 el patriotismo parisino ha ido creciendo como vapor calentado en condiciones de confinamiento, y para agosto del año siguiente «la naturaleza del asunto ha cambiado por completo; ya no se trata de libertad, sino de salud pública»⁹. Identificada con el honor de Francia, esa salud contempla como foco infeccioso que los reyes sigan existiendo y haya aún tropas regulares en París¹⁰, mientras afluyen de toda Francia adeptos al desagravio patriótico que será «una venganza inolvidable y modélica». Las principales cabezas de esa reivindicación son el emotivo Danton, que ha ascendido a capitán de la Guardia Nacional, y el gélido *avocat* Billaud-Varenes (1756-1819), apodado el Rectilíneo. En la mañana del día 10, ante el despliegue de una muchedumbre armada con picas, mosquetes y abundante artillería, el marqués de Mandat —jefe de los que custodian el palacio— se dirige al Ayuntamiento para parlamentar.

Pero nada hay que convenir; el ataque no hará prisioneros, y tras oír algunos insultos el coronel Mandat es pulverizado cuando iba de camino al calabozo¹¹. Se ha puesto en marcha el estilo que corresponde a romper la baraja, y el chambelán Roederer convence al rey de que salga literalmente corriendo con los suyos hacia la Asamblea. Allí los diputados se avienen a darle refugio —unos por compasión y otros para poder juzgarle luego—, si bien no puede asistir a sus deliberaciones y debe conformarse con un cuarto trastero. Destituido a continuación, él y su esposa pasarán de ese recinto a cárceles separadas tan pronto como termine el combate en las Tullerías.

Con todo, esta vez no son 82 mutilados de guerra, como en La Bastilla, sino profesionales que —aún disponiendo de una plaza incomparablemente menos fortificada— quieren poder rendirse o venderán cara su vida. Los agresores, por su parte, están inspirados por una combinación de simbolismo y furor

visceral que no cuenta con ese tipo de respuesta prosaica, y la resistencia ofrecida les parece sacrilegio. De ahí que no baste con matar al enemigo, y centenares de cadáveres son mutilados¹² como parte del rito ejemplarizante. La imaginación *communard* ve en cada muerto propio una víctima inocente de mercenarios, y el duelo por los mártires del 10 de agosto suscita las masacres de septiembre. Esta vez la operación no genera bajas propias, porque afecta a unas mil quinientas personas que están en cárceles y otros centros de detención.

Gran parte de la Asamblea se escandaliza, y habría castigado las masacres de no mediar en ello los crecidos diputados de su izquierda, que amenazan con nuevos alzamientos. La iniciativa ha partido de Marat, aunque Hébert le secundó «suplicando que todos los *sans-culottes* usen la daga de la libertad contra los déspotas y sus esclavos»¹³. A juicio de ambos, que son miembros de la Asamblea, no fue una masa linchadora quien atacó el palacio de las Tullerías, sino «todo París» quien respondió heroicamente a la cobarde agresión de unos mercenarios. Forma parte del ritual reparador, por ejemplo, alzar hasta los barrotes de la celda que ocupa María Antonieta la cabeza de su amiga íntima, madame de Lamballe, torturada poco antes en otra prisión.

Empieza a ser peligroso, y radicalmente impopular, tener presente que el jefe de las tropas apostadas en las Tullerías fue hecho pedazos cuando trataba de parlamentar; que —como en La Bastilla— no se aceptó la rendición del adversario y, ante todo, que entre Guardia Nacional y *federés* venidos de provincias los asaltantes superaban a los defensores en una proporción de 10 o 13 a 1. Lo históricamente decisivo del evento es consagrar la agresión defensiva como prototipo de conducta política, desencadenando las previsibles consecuencias. París pasa de una *Commune* gestionada por el ecuánime Bailly a una *Commune Insurrectionnel* que asume la dirección militar de toda Francia, suspendiendo de modo indefinido la inviolabilidad de domicilios y patrimonios.

Las «visitas» domiciliarias en busca de armas y documentos comprometedores no descartan otras requisas, pues la proclama fundacional de la nueva Comuna aclara que «cuando la patria está en peligro todo le pertenece». Sus actos dependen de un Comité Central donde está representada la plana mayor intransigente —Marat, Hébert, Robespierre y Roux, el «cura comunista»—, aunque su control corresponda en principio a Danton, el «Mirabeau de la *canaille*». La Oficina Republicana, portavoz del Comité, consuma la transformación del ataque en

defensa con una versión oficial sobre el asalto a las Tullerías: un alzamiento popular sofocó el inminente golpe de Estado monárquico. Cierta poeta y dramaturgo redacta entonces la correspondiente Rendición de Cuentas al Pueblo Soberano, fijada en la sede de la Comuna y en calles y plazas:

«Ojalá Francia entera erice su piel con picas,
bayonetas, cañones y dagas, para que convertidos
todos en soldados diezmemos las filas de esos
viles esclavos de la tiranía. En las ciudades la
sangre de los traidores será el primer holocausto
ofrecido a la Libertad»¹⁴.

Danton, que está en el cénit de su influencia, se suma a la declaración con su famoso: «El terror es el orden del día». La emoción subyacente es de tales proporciones que resonará durante más de dos décadas. Combinado con la leva forzosa, el «¡A las armas, ciudadanos!» —estribillo de la recién inventada *Marsellesa*— no pierde en realidad fuerza de convocatoria hasta la derrota napoleónica de Waterloo (1815). No hay ningún motivo para temer anarquía, pues «la centralización ha logrado introducirse en el campo de los antiguos poderes y suplantarlos sin destruirlos»¹⁵.

II. La última asamblea

Pero el programa intransigente debe atravesar la mediación de un cuarto parlamento, que será la Convención Nacional. Mientras ese órgano no empiece a funcionar el poder de hecho se reparte entre los ministros del decaído Luis XVI —que han sido nombrados por la Asamblea y son los republicanos llamados «moderantistas» por Hébert— y el sector radical de la Asamblea, que mueve sus piezas en coordinación con la Comuna. En el nuevo parlamento aquello que era izquierda y derecha pasa a ser Montaña y Llanura, con bancos altos ocupados por radicales y bancos bajos ocupados por independientes o seguidores de Barnave y Brissot, que a grandes rasgos representan a París y al resto de Francia respectivamente.

Las elecciones para elegir diputados de la Convención discurren apaciblemente, por más que el desengaño limite la participación ciudadana a algo menos del 15 por 100 del censo electoral. Los observadores atribuyen ese record mundial de absentismo a que la Asamblea se haya permitido vetar cualquier candidatura «no patriótica», y a que los diputados deberán votar siempre en voz alta. Esto implica identificarse en

momentos donde nadie sale a la calle sin portar la escarapela de un club u otro, temiendo ser acusado de implicación en el complot del pan. Talleyrand, que ha ido a Londres para negociar en secreto una paz con Inglaterra, decide no volver y explica esa abstención «porque las picas y los clubs nos han acostumbrado al disimulo y la bajeza»¹⁶.

Un factor adicional de debilidad para el nuevo órgano es que deba legislar, gobernar y juzgar a la vez, cosa impuesta por la tradición centralista gala y el consejo roussoniano de «una soberanía indivisa», hostil a la división de poderes recomendada por Montesquieu y puesta en práctica por el liberalismo anglosajón. Como consecuencia de ello no sólo dicta leyes sino que juzga (a través de su Tribunal Revolucionario) y funciona como Ejecutivo mediante tres comités (Seguridad, Salud y Educación). Cabría esperar que sus representantes se hubiesen popularizado, acogiendo a más *sans-culottes* y labriegos, pero para votar y ser elegido sigue haciendo falta pagar un mínimo de impuestos, y la composición del organismo permanece inalterada:

«Desde el punto de vista social, los miembros de la Convención diferían poco de los dos Parlamentos previos. Se observaba una preponderancia análoga de exfuncionarios, abogados, comerciantes y empresarios, aunque había un número apreciablemente mayor de procuradores, médicos y docentes de provincias. Como antes, no había pequeños campesinos, y sólo dos obreros»¹⁷.

Poco después de reunirse, Marat —cuyo Amigo del Pueblo se ha convertido en un subvencionado *Journal de la Republique*¹⁸ — radiografía ideológicamente a los miembros proponiendo: «Guillotinar a 600 os aseguraría reposo, dicha y libertad. Un humanismo falso ha suspendido vuestros brazos y evitado vuestros golpes. Debido a ello millones de vuestros hermanos perderán la vida»¹⁹. A su juicio, en una asamblea compuesta por 750 representantes el 80 por 100 son «monárquicos disfrazados y agentes enemigos», frente a un 20 por 100 llamados por Hébert «patriotas no imbéciles, que miran la revolución con buena fe e intentan salvarla»²⁰. Esa fracción tiene como aliado extraparlamentario no sólo al populacho que se ha abonado a las sesiones de guillotina sino a los gestores de la Comuna, que coordinan con eficacia creciente cada

alzamiento (*émeute*)²¹.

1. Una cuestión de procedimiento. Si en la primera Asamblea el ala derecha y «las treinta voces» de su izquierda estaban separadas por concepciones realmente distintas, la oposición entre Llanura y Montaña no deriva tanto de programas políticos como de métodos admisibles. Mirabeau y los líderes de la Gironda²² fundaron el club jacobino (llamado así por su sede en la calle San Jacobo), y sólo las responsabilidades gubernativas impusieron a Brissot ceder a Robespierre el puesto de secretario general de la asociación. Jacobino y jacobinismo se identificarán para lo sucesivo con un sector de ese club, sumado a sus afines en el club de los cordeleros (*cordeliers*), pero quienes medio año después se etiquetarán como monárquicos constitucionalistas y republicanos de la Gironda son los jacobinos originales.

Superiores en prestigio y votos, como los mencheviques rusos, pretendieron retener las libertades en un momento donde la minoría bolchevique —en este caso la Montaña— pudo arreglárselas para dar un golpe de Estado. Michelet es objetivo cuando escribe que el espíritu de la Comuna Insurrecta «no era sólo salvar a la patria, sino salvarla por los medios que Marat aconsejaba: la masacre y la dictadura»²³. Partidarios del parricidio patriótico²⁴, aunque liberales en otros aspectos, los girondinos perdieron el poder por repugnancia ante los procedimientos y agentes de su rival político, tan bien adaptados por lo demás a una situación de extrema penuria, delirio persecutorio y guerra contra propios y extraños.

La muerte de Luis XVI se decide por un estrecho margen de votos —trescientos ochenta y siete contra trescientos treinta y tres—, y que los girondinos sugiriesen remitir la decisión última a una consulta popular sirve para acusarles de connivencia con la monarquía. Mucho más funesto fue para ellos lograr el procesamiento de Hébert y Marat, pues el Tribunal Revolucionario desestimó la causa y cargaron con nuevas iras del pueblo. Nada tuvieron que ver con la gran rebelión de La Vendée, instigada por una nostalgia del Viejo Régimen, pero cualquier revés sirve para imputarles nuevas traiciones. Al empezar la primavera, pocas semanas antes de ser guillotinado, Vergniaud (1753—1793) hace justicia a su fama de orador con un discurso interrumpido por gritos de los montañeses («¡calumnia!», «¡traidor!»), donde presenta a la Revolución como un Saturno que devorará a todos sus hijos si el imperio de la ley sigue ignorándose.

Algo dice sobre este grupo su adiós a la vida. Vergniaud, Brissot y la primera carreta de girondinos llegan a la Plaza de la Revolución —luego *Place de la Concorde*— cantando la Marsellesa, y tan animosos se muestran que el verdugo puede despachar a 22 en apenas media hora. Ninguno ha de ser sujetado o impelido. Madame Roland, esposa del ministro de Interior hasta hace unas semanas, saluda al busto en yeso de la Libertad situado junto a la guillotina con su famoso «¡Cuántos crímenes se cometen en tu nombre!». El barón de Condorcet (1743-1794), un científico antimonárquico, vive escondido lo justo para poder terminar su *Esbozo de un cuadro histórico sobre los progresos del espíritu humano*, y a continuación se suicida. El *Esbozo* describe en nueve etapas el tránsito del estado salvaje a grados superiores de conocimiento, rectitud y dicha, proponiendo que el ser humano está llamado a «una perfectibilidad indefinida»²⁵.

III. El reino de la virtud

El 2 de junio de 1793 una muchedumbre provista de varios cañones asedia y toma la Convención. Con Roux como uno de sus caudillos, los insurrectos «convencen» a la asamblea de que 31 girondinos deben ser arrestados en el acto, medida que permite a la Montaña controlar desde ese momento el Comité de Salud Pública. Aquel día se decreta adicionalmente que el pan tendrá precio fijo, y que sólo los *sans-culotte* disponen en lo sucesivo de franquicia electoral. Lo primero está destinado a cortocircuitar la producción y distribución de grano, convirtiendo al campesinado en nuevo traidor; lo segundo resulta muy lógico, pues son ante todo gentes de los barrios pobres quienes se han apoderado del edificio, y de los 750 escaños de la Convención sólo dos están ocupados por obreros.

Los eventos se precipitan al mes siguiente con la muerte de Marat a manos de una joven «puta girondina», en realidad una virgen (como demostró su autopsia), cuya cabeza será abofeteada por el verdugo tras recogerla de la cesta donde ha caído. Algunos testigos dicen que el rostro respondió al bofetón con una mueca²⁶, y el episodio sirve en todo caso para calibrar los ánimos. La asesina ha dado muestras en todo momento de una pasmosa serenidad, declarando que mató al «monstruo» para intimidar a sus émulos, pero nadie más osa insinuar algo semejante. Al contrario, el entierro del Amigo del Pueblo constituye una gran explosión de duelo popular, acompañada por declaraciones llamativas:

«Marat no ha muerto. Su alma, libre ahora del envoltorio terrestre, se desliza sin obstrucción por toda la República, y es más capaz para introducirse en los complots de federalistas y tiranos»²⁷ .

«Corazón de Jesús, corazón de Marat, tenéis el mismo derecho a nuestro homenaje [...] Marat es un dios, que detestaba como Jesús a los ricos y a las sabandijas»²⁸ .

En septiembre el Fiscal General de la República es Hébert, que saca adelante la Ley 22 o de Sospechosos, un texto singular en la historia del derecho porque reprime «crímenes contra la libertad» sin tipificarlos, y porque atendiendo a motivos de urgencia permite excluir pruebas testificales y documentales. Desde entonces hasta junio de 1794 crece el llamado reino del Terror, que pasa a ser la *Grande Terreur* el julio siguiente. En un semestre la media de ejecuciones públicas pasa de tres a veintiséis diarias, cumpliendo al fin sin remilgos los consejos de Marat. El «laxo» Danton —mujeriego, bebedor y juerguista— cede paso al «incorruptible» Robespierre, siempre atildado y circunspecto, que sólo concilia el sueño teniendo junto a la cabeza un ejemplar del *Contrato social*. Llega una guerra de la virtud contra el vicio, donde el terror se define como «justicia rápida, severa, inflexible». Saint-Just (1767-1794), su mano derecha, le parafrasea al decir:

«El barco revolucionario sólo llegará a puerto en un mar enrojecido por torrentes de sangre [...] No sólo debemos castigar a los traidores sino a cualquiera que no sea entusiasta. La República debe protección a los buenos ciudadanos. A los malos sólo les debe la muerte»²⁹ .

El *sans-culotte* en paro profesional se ha convertido mientras tanto en fuerza paramilitar dedicada a asuntos internos, como requisas de productos agrícolas o linchamiento de personas determinadas, y aunque alivia el trabajo de la guillotina con cuchillos y palos la justicia francesa parece agobiada por el volumen de «no entusiastas». Durante esos diez meses los reconducidos a la virtud desafían todo cálculo preciso, si bien podemos estar casi seguros de que no superaron los 40.000 ni bajaron de los 20.000. Es en todo caso interesante saber que el 8 por 100 fueron aristócratas, el 6 por 100 sacerdotes, el 14 por 100 clase media y el 70 por 100 campesinos, estos últimos por atesorar, negarse al reclutamiento o alguna otra forma de

rebeldía ³⁰.

1. Ajustes de cuentas. La vanguardia del Terror es compartida inicialmente por una facción del club de los jacobinos —el grupo de Robespierre, Couthon y Saint—Just— y dos facciones del club de los cordeleros, una encabezada por Hébert y otra por Danton. Tras el golpe de Estado de primavera, que despeja el camino hacia la dictadura, a sus respectivas posiciones se añade la del cura Roux y sus enrabiados (*enragés*), protegidos inicialmente por Hébert, que profesan un abierto ebionismo; llega el día de la restitución, los ricos han engordado para el día de la matanza y la espiral de precios se combate confiscando comestibles. El marco sociopolítico de sus deliberaciones es un deterioro vertiginoso de la economía, que unas veces se alivia con las requisas de dinero y víveres derivadas de victorias en algún frente de batalla y otras empeora con los reveses.

Hebertistas y *enragés* apoyan un giro hacia el «terror extremo». Danton, Desmoulins y los *indulgents* defienden un restablecimiento gradual del Estado de derecho, y Robespierre parece inclinarse por esto segundo durante el largo y menesteroso invierno de 1793. Aparentemente, también él siente reparos ante una espiral de violencia que está volviendo a ejecutar presos en las cárceles. Pero, de hecho, manobra sin descanso para evitar que los «extremismos de facción» perturben a la República. En marzo sus alianzas le permiten ejecutar a Hébert y algunos de los suyos, y en abril a los principales *indulgents*.

A finales de julio, sin embargo, un importante grupo de la Convención se ha conjurado para atacar por sorpresa, acusándole de ser tanto un dictador sanguinario como un payaso delirante. Su costumbre de acabar los discursos ofreciendo la vida por la patria encuentra a cientos de diputados muy conformes con ello, que entre carcajadas proponen sacar a votación su condena. Bastan unos minutos para comprobar que pocos salen en su defensa, muchos dan muestras amenazantes y una escolta enviada a toda prisa por la Comuna permite que él y dieciocho fieles se refugien en el Ayuntamiento. Ahora depende de la guardia *communard*, pero poco después de medianoche todos desertan. Los grandes héroes de la Comuna —Danton y Desmoulins ante todo— habían perecido por orden suya.

Un rumor afirma que Robespierre recibió un tiro en la boca estando aún en la Convención, para impedirle hablar. Mucho

más probable es que quisiera matarse en el Ayuntamiento, al percibir su abandono. Mala puntería o nervios hicieron que el proyectil le destrozara un maxilar, y llegó al cadalso sujetándose al cráneo con un pañuelo. Aullaría de dolor cuando el verdugo se lo arrancó antes de guillotinarle, como el lisiado Couthon cuando hubo de flexionar las piernas para ponerse boca abajo en la plancha de ejecución. Saint—Just no profirió una palabra desde el momento de ser detenido, y en contraste con el desaliño de sus compañeros sucumbió impecablemente vestido, con su casaca azul de botones dorados.

Roux perdió la oportunidad de ser el primer mártir de la causa comunista suicidándose con un cuchillo en su calabozo. Danton impresionó por su altivo coraje en todo momento ³¹; Desmoulins empezó luchando hasta desgarrarse la ropa, pero acabó imitando su denuedo. Marat murió pidiendo socorro, apuñalado mientras escribía los nombres de traidores imaginarios que su asesina iba inventando, hasta colocarse en posición de asestar su único y certero golpe. Hébert imploró clemencia desde el auto de procesamiento, y se desmayó al avistar lo que tantas veces había llamado jocosamente «el barbero nacional». Uno de los verdugos dejó dicho que él y sus compañeros de carreta «murieron como cobardes sin pelotas (*couilles*)» ³².

Hébert había dado muestras de su naturaleza tiempo atrás, cuando en el juicio contra María Antonieta intimidó a su hijo —de ocho años— para hacerle firmar una declaración donde acusaba a la madre de enseñarle a masturbarse. Ese tipo de cargo lo sistematizaría Fouquier-Tinville (1746-1795), fiscal del Tribunal Revolucionario, que introdujo un germen de asepsia burocrática dividiendo sus alegatos en dos partes; la primera para exponer que el acusado nunca fue un revolucionario «auténtico», y la segunda para deducir que eso le predestinó a convertirse en «agente extranjero» ³³. Procesalmente, le fue de gran ayuda poder recomendar al jurado que abandonase la sala si ya tenía formada su convicción, aunque la defensa no hubiese presentado aún pruebas o alegaciones.

La respuesta de los acusados a su inquisición supuso una cadena de suicidios no exentos de bravura como el de Roland, que se quitó la vida arrojándose contra su bastón—espada, o el de Dufriche-Valazé, que usó un estilete oculto entre los papeles para matarse tras oír la sentencia. Verle morir en breves instantes produjo un gran tumulto en la sala, cortado por Fouquier-Tinville con la exigencia de que ese traidor tampoco

evitase la guillotina; fue posible así proceder a la ejecución de un cadáver.

Victorioso sobre todos sus reos, no menos que cauto para unirse a los enemigos de Robespierre, quedó atónito al ver que la clausura del Terror reclamaba también su propia cabeza. Había sido fiel al «omnipotente» mandato de la Convención, alegó, aunque ninguno de sus mandantes siguiese vivo para confirmarlo. Como a Robespierre, le condenaron una mezcla de terroristas, diputados sobornables, indulgentes, monárquicos y liberales.

NOTAS

1 - En su discurso del 7/6/1794, inaugurando la Fiesta Nacional dedicada al Ser Supremo; cf. Moya 2007, p. 113.

2 - «Desde las elecciones a los Estados Generales se convirtió en una regla de hecho que cuanto más radical fue haciéndose la Revolución más se estrechó su base electoral, pues la Convención representaría aún a menos votos»; Schama 1989, p. 581.

3 - Los varones deben haber cumplido los 25 años, residir en cierto domicilio durante un año seguido y pagar en impuestos el equivalente a tres sous. Bastaba con uno en 1789.

4 - Cf. Schama 1989, p. 582.

5 - Leopoldo II, el emperador austriaco, es hermano de María Antonieta, teme por su vida y es un monarca «ilustrado», que ha abolido en la Toscana —donde gobierna como Gran Duque— no sólo la tortura sino la pena de muerte.

6 - Llamamiento de la *section* del distrito parisino de Mauconseil, 31/7/1791; cf. Schama 1989, p. 612.

7 - Solían ser folletos de ocho páginas (correspondientes a una de imprenta replegada), aparecidas tres o más veces por semana. Los vendedores callejeros las anunciaban con voces como «¡Hoy está caliente el Padre Duchesne!» o «¡El Amigo pide más sangre!».

8 - El radicalismo informa también el primer periódico mural,

L'Ami du Citoyen de J.B.Tallien, alguien que tras distinguirse como inquisidor será decisivo para derrocar a Robespierre. Más dignos de recuerdo son el *Vieux Cordelier* y otras revistas de Desmoulins, los *Annales Patriotiques* de Carra y el *Patriote Français* de Brissot.

[9](#) - Mignet 1824 (2006), Intr.

[10](#) - Que son un millar de hombres acantonados en torno a las Tullerías, la mitad de ellos suizos pertenecientes a la guardia personal del Rey.

[11](#) - Cf. Schama 1989, p. 614.

[12](#) - «Los mutiladores cortaron a hachazos miembros para pasearlos en triunfo, y seccionaron genitales para meterlos en las bocas que habían quedado abiertas, o dárselos a los perros»; Schama 1989, p. 615.

[13](#) - Hébert, en Hardman 1973, vol. 2, p. 218-19.

[14](#) - Fabre D'Eglantine, en Schama 1989, p. 630.

[15](#) - Tocqueville 1982, p. 95. «De las ruinas que forjó la Revolución nacería espontáneamente un poder central inmenso [...] con gobiernos más frágiles pero cien veces más poderosos» (ibíd, p. 59).

[16](#) - Talleyrand, en Schama 1989, p. 681.

[17](#) - Rudé, en Moya ibíd, p. 290.

[18](#) - Hébert conseguirá una recompensa mucho más lucrativa aún, pues su *Père Duchesne* es subvencionado con cien mil libras para regalarse como «edificación moral» a las tropas de los distintos frentes.

[19](#) - Cf. *Encyclopaedia Britannica*, Macropedia, voz «Marat».

[20](#) - Hébert, *Le Père Duchesne*, nº 234.

[21](#) - Cuando la situación de París intenta normalizarse —derogando el régimen de Comuna Insurrecta y la consiguiente tiranía de la ciudad sobre el resto del país—, el asunto se paraliza ante una *émeute* instada por Danton y su

secretario Desmoulins. Otras dos —el 27 y 31 de mayo de 1793— anulan el procesamiento de Hébert y Marat por inducción a la masacre y alta traición. Desde la huida frustrada del rey lo «espontáneo» de las manifestaciones masivas brilla por su ausencia.

[22](#) - Fundamentalmente Barnave, Pétion, los hermanos Lameth, Vergniaud, Roland y Brissot.

[23](#) - Michelet, en Moya 2007, p. 79.

[24](#) - Brissot, su último jefe, promovió el asalto a las Tullerías. Vergniaud, más respetado aún que él en el grupo, usó su legendaria elocuencia para demoler la figura personal e institucional de Luis XVI, asegurando así su ejecución.

[25](#) - Comentando su suicidio, logrado con un extracto de datura estramonio, Jefferson dice que «en esos tiempos todo hombre dotado de fortaleza llevaba siempre tal medicamento en el bolsillo para anticiparse a la guillotina»; Jefferson 1987, p. 672. Malthus compondrá su *Ensayo sobre el principio de la población* (1798) para negar que las tesis de Condorcet —y en particular la capacidad de sociedades civilizadas para autoabastecerse— estén objetivamente fundadas.

[26](#) - Cf. *Wikipedia*, voz «Charlotte Corday».

[27](#) - Roux, en *Le Publiciste de la République Française*, julio de 1793.

[28](#) - Letanía del cordelier Morel, en Schama 1989, p. 744.

[29](#) - Cf. *Encyclopaedia Britannica*, Macropedia, voz «Saint-Just».

[30](#) - Cf. Harvey, D.J., *French Revolution*, history.com 2006.

[31](#) - Terminó su alegato ante el tribunal con palabras pensadas para esculpirse: «El jurado ha podido conocer a Danton estos dos días. Mañana espera dormir en el regazo de la gloria. Nunca ha pedido clemencia, y le veréis volar hacia el cadalso con su serenidad habitual y la calma de una conciencia clara». Cf. Schama 1989, p. 818.

[32](#) - *Ibíd*, p. 816.

[33](#) - Su alegato contra los girondinos aparece en Schama 1989, p. 803-804.



© Antonio Escotado 2008
LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO
<http://www.escotado.org>

Development Sciences Network Presence
www.catalanhost.com



Los
Enemigos_{del}
Comercio

LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO

25

La purga apocalíptica

«Los buenos ciudadanos deben acudir a las cárceles, para pasar allí por el filo de la espada a los traidores.»

J. P. Marat¹.

La Revolución permite seguir con gran lujo de detalle cómo un llamamiento a la libertad, la igualdad y la fraternidad desemboca en grados crecientes de tiranía, discriminación y fratricidio. Sus protagonistas, que experimentan esa coincidencia como una desdicha imprevisible, tienen en común con sus compañeros de viaje y con el pueblo en general ser excepcionalmente capaces para disociar forma y contenido, apariencia y sustrato, giro semántico y simple dato. Ya desde el Gran Miedo, que irrumpe en el verano de 1789, empieza a ser posible que la noche se llame día o a la inversa, presentándose como atemorizado quien atemoriza. Siglos de tiranía consentida maduran en actos de defensa que se adelantan por sistema al ataque, con el complot del pan como representación perfecta para borrar la frontera entre agresor y agredido.

Nunca sabremos con mínima exactitud qué proporción del pueblo francés participó en las masacres, o las bendijo. Sólo podemos estar seguros de que sus tribunos concibieron la República francesa como «nueva Esparta»². Salvo Atenas —que les parece afeminada y decadente, propensa a negociar en vez de conquistar—, para ellos el resto de la cultura grecorromana es un momento de gloria insuperable, donde la

virtud viril reprimió sin contemplaciones los afectos crematísticos (*affections métalliques*):

«La inflexible austeridad de Licurgo cimentó firmemente la República espartana, mientras el carácter débil y confiado de Solón precipitó a Atenas en la esclavitud»³.

«Compartamos el orgullo de los espartanos, pues no debe haber entre nosotros otra pasión que la libertad, otras pautas que las constitucionales, otro culto que el de la patria y otra rivalidad que la virtud»⁴.

«El mundo ha estado vacío desde los romanos, y su recuerdo es nuestra única profecía de libertad»⁵.

I. Los fundamentos de una ciudadanía castrense

Puede sonar a paradoja que la única democracia antigua sea «esclavitud», que las «pautas constitucionales» descansen en un Estado-Ejército sin leyes escritas, y que Roma simbolice precisamente «libertad». Pero el *Contrato social* (1762) se ha convertido en Biblia, y su filosofía de la historia consiste básicamente en oponer las exigencias del alma noble a una mecánica de intereses mezquinos. Los humanos fueron felices mientras se atuvieron a una vida de austera igualdad, con la patria como única cosa terrenal verdaderamente sagrada, y alejarse cada vez más de dicha redención (*rédemption*) explica que la posterior andadura de Occidente sea un «vacío». Lejos de constituir un progreso, la secularización representa un marasmo moral, donde sólo Francia ha logrado descubrir que su destino es recobrar la *grandeur* antigua.

Paralelamente, una revolución que en 1789 pretendía establecer un Estado de derecho piensa tres años más tarde que la seguridad jurídica sería un cómodo refugio para traidores, y que un régimen de precio fijo asegurará los abastecimientos. Sus líderes avanzan con la vista puesta en el legendario Licurgo, que según Plutarco perdió un ojo cuando cierto conciudadano le asestó un garrotazo, pues acababa de imponer a todos que comiesen siempre el mismo alimento en los cuarteles de cada zona, prohibiendo en general las refecciones domésticas. A los tribunos franceses esa «inflexible austeridad» va a costarles algo más que un ojo, pero su proeza es una

Liberté que se opone a las libertades. El reglamento militar promulgado en 1793 ordena, por ejemplo, que los soldados encabecen cualquier misiva a sus mandos con un «Salud y fraternidad de tu igual en derechos»⁶, cosa llamativa cuando ninguno de los reconocidos por la Declaración de 1789 sigue en vigor.

Que los legisladores bendigan continuamente una igualdad jurídica derogada por ellos mismos nos devuelve al argumento roussoniano: la *volonté de tous* o mera suma de votos es una instancia política falible, llamada a ser sustituida por la infalible *volonté générale*. Núcleo de la divergencia entre forma y contenido, esa contraposición llama a fundar una democracia más intensa y veraz que la derivada de comicios, y veinte años después de morir Rousseau la voluntad general empieza a ser asumida por una secuencia de particulares. Su hallazgo más relevante va a ser la forma moderna de imponer uniformidad, ya que un elenco de derechos civiles rechazado hasta entonces por subversivo pasa a serlo por insolidario, en función de un entusiasmo ante lo «soberano» y lo «uno» que llama «secesión» al pluralismo político.

Derogar las arbitrarias órdenes de arresto (*lettres de cachet*) de la Corona desemboca finalmente en un estado de excepción indefinido, donde energías descomunales se concentran en perseguir desviaciones ideológicas, siendo perentorio todo salvo derogar la inseguridad jurídica. Planteada la libertad en términos roussonianos, como algo que para no incurrir en libertinaje debe brotar de una previa fusión mental, lo prioritario es una secuencia de purgas. Como aclara P.G. Chaumette, alias Anaxágoras, presidente y luego fiscal de la Comuna Insurrecta, el homenaje debido a la diosa *Liberté* es precisamente *holocauste*⁷.

He ahí un fósil específicamente nacional, pues los sacrificios con víctima humana no fueron una institución grecorromana sino céltica, muy extendida en la Galia cuando las riendas de su gobierno estaban encomendadas al estamento druídico. Los altares existentes se han puesto ahora al servicio de una tríada divina nueva —*Liberté, Raison y Patrie*—, y si contextualizamos la declaración de «Anaxágoras» el retrato incluye al país más civilizado en algunos sentidos, y uno de los más incivilizados en otros; sin ir más lejos, lo mismo falta agua potable en la capital que el mínimo de confianza preciso para sostener la letra de cambio como medio de pago. En el noroeste de Europa quizá ningún Estado exhiba un desfase parejo entre confort y lujo, ni una magnitud comparable de orgullo y rencor.

1. El dualismo romántico. A esas y otras particularidades puede deberse que Jefferson sea tildado en Norteamérica de jacobino por defender la más escrupulosa libertad de criterio y expresión, mientras Marat —su equivalente en Francia— aspira a «renovar la función del Censor romano»⁸. El multitudinario duelo tras su asesinato indica que parte del país le tiene por director espiritual, y quienes consideran esa grey como un elemento sólo pasivo, arrastrado por la contundencia de su pluma, omiten imaginar cuántos habrían podido cambiar de apóstol si Marat hubiese dado muestras de ecuanimidad o clemencia. No en vano la antigua Galia es el territorio donde irrumpe con fuerza irresistible el romanticismo, una revolucionaria manera de pensar y sentir que en más de un sentido rescata la conciencia infeliz del protocristiano.

El nuevo espíritu retrocede nostálgicamente en busca del fundamento, y su literatura cultiva los adjetivos como aquella parte del idioma más propiamente fiel a lo real. Verbos y nombres, el resto del lenguaje, estorban por sistema su propósito de llegar al fondo rápida e inequívocamente. La libertad, por ejemplo, es sublime o auténtica, y en otro caso pedestre o falsa. El gran metafísico del movimiento lo resume con admirable concisión: esforzarse por analizar las cosas mundanas como si tuviesen vida propia («ser en sí») olvida y desafía a la «subjetividad» de la cual nacieron⁹. Una realidad no determinada por epítetos emotivos presenta al yo como una parte prescindible del conjunto, mientras someter cada objeto a la horma de calificaciones contrapuestas le defiende de sentirse ninguneado por la mera existencia o «facticidad».

En la práctica, este voluntarismo sentimental rechaza por sistema cada hoy apoyándose en la memoria de algún pasado más acorde con su propia inquietud. Anclada básicamente en el ayer, la pintura romántica pasará por ejemplo del neoclásico al neogótico, mientras la política romántica transforma sus himnos iniciales al buen salvaje en el cuerpo de decretos que instaura el Terror. Distinguir entre ley y moralidad parece un aplazamiento innecesario de la justicia, en momentos donde el sujeto «puro» podría al fin imponerse al objeto. Una libertad entendida como amor sublime hacia ella misma cancela las prosaicas libertades civiles, que sabotean su instauración coactiva de la virtud y sostienen en definitiva el complot del pan. Dicha actitud coincide con la salud publique, y hay un Comité específico —distinto del de Seguridad y el de Educación— centrado en evitar que lo saludable se vea expuesto a lo enfermizo.

«Abandonarse a los principios», observó Camus a propósito de Saint—Just, «es morir por un amor imposible, lo contrario del amor»¹⁰. Pero el alma romántica saluda la contradicción como un estímulo, entendiendo que cuanto más aparentemente imposible sea un cumplimiento más se acercará a la verdad supremamente sencilla. Su sed de absoluto denuncia lo acomodaticio y mediocre del sentido crítico, trazando una divisoria entre autenticidad y pragmatismo, rectitud ideológica y corrupción *métallique*. Una «pureza de principios» antes limitada al dogma de fe se derrama así por el conjunto de la esfera política, y cuántos traidores haya pasa a ser algo directamente proporcional al rigor «teórico» de cada equipo rector. Saint—Just —que es reconocidamente el más puro—, muestra hasta dónde puede llegar la pesquisa cuando parte de esa base:

«[Billaud-Varenne] está silencioso, pálido, con la mirada fija, componiendo sus rasgos alterados.

La verdad no tiene ese carácter»¹¹.

¿Qué carácter tiene la verdad? Un diputado cuyo apodo es «Arcángel de la Muerte» se dirige a otro cuyo apodo es «Rectilíneo», y lo hace como el inspector interroga a un sospechoso en comisaría, animándole a mostrarse locuaz,

lozano, con ojos distraídos y apacibles¹². Su marco es un parlamento mucho más parecido a un tribunal de la Inquisición que a un espacio de inmunidad para plurales opiniones, algo en lo cual ambos han intervenido decisivamente, y la gran noticia del momento es que el simplismo no sólo sigue vivo sino pleno de inventiva, capaz de poner en circulación a un maniqueo inusitadamente radical. En efecto, Mani se limitó a subrayar que no hay mezcla posible entre bien y mal, oponiendo a los indicios evolutivos una estática inseparable de todos los grandes profetas.

No obstante, las promesas previas de redención dejaban siempre algún resquicio para términos medios. Incluso el severo Mahoma admitía terceros en su alternativa de monoteístas y politeístas, arbitrando para judíos, cristianos y otros fieles del dios único una libertad de conciencia y culto que se conseguía pagando un tributo. Desde el hallazgo de la agresión defensiva, sin embargo, los hombres cultos que aprovechan sistemáticamente ese sentimiento para imperar luchan ante todo contra posibilistas, entendiendo por tales a quienes no sólo reconocen el blanco y el negro sino el gris y otros colores. El Terror decreta que semejante cosa es delito castigado con pena capital, porque los cultivadores de cualquier

término intermedio son los contrarrevolucionarios por excelencia, mucho más temibles para la *Liberté* que el monárquico, y a ellos se dirige Robespierre cuando pregunta: «¿Queréis una revolución sin revolución?»¹³. Su lugarteniente se apresura a contestar: «Golpea rápido y duro, osa, he ahí el secreto del éxito»¹⁴. No deja de ser curioso que ambos, y la plana mayor del tribunado radical, se hayan formado precisamente como juristas.

2. Lo objetivo y lo subjetivo. Dejando a salvo la primera y muy notable crónica de la Revolución¹⁵, desde J. Michelet (1798-1874) sucesivas generaciones de historiadores franceses han practicado un tipo de relato que funde erudición y hagiografía, dominio del pormenor y sectarismo. Cierta estudio monográfico de gran volumen sobre las masacres de septiembre, por ejemplo, concluye afirmando que sus autores fueron «fuerzas históricas impersonales», movidas por el deseo de vengar a las víctimas del asalto a las Tullerías¹⁶, no un pequeño grupo de agitadores¹⁷. Otro aún más extenso afirma que los girondinos «cayeron por negarse a cooperar con el pueblo»¹⁸, y que Luis XVI huyó de «la irreductible oposición entre realeza aristocrática y Nación revolucionaria»¹⁹.

Hace falta esperar al último tercio del siglo xx para que un historiador galo prestigioso renuncie al estereotipo de la agresión defensiva, y observe que el baño de sangre fue el resultado de una batalla entre autoritarios y liberales, oscurecida por presentarse como lucha de clases sujeta a las leyes del materialismo dialéctico²⁰. Para los historiadores conmemorativos el espíritu *sans-culotte* representa al pueblo francés como *volonté générale*, y la Revolución describe su diálogo con gobiernos más o menos fieles a él. Gracias a ellos, por ejemplo, sabemos con certeza que dicho espíritu no correspondía a una clase homogénea²¹, si bien esto nos les lleva a poner en duda que el auge de la guillotina fuese el momento de suprema unanimidad «popular». Pueblo sería sinónimo de una clase anti-clase, iluminada por la infalible guía del acto masivo espontáneo, y los tribunos habrían sido burgueses que superaron sus condicionantes de clase para ponerse al servicio del «adversario objetivo». Anticipar al proletariado revolucionario consciente de sí les permitió descubrir los métodos, reacciones, giros semánticos y símbolos eficaces para montar en el futuro todos los golpes de Estado comunistas.

Pero que el Terror sea la antesala del igualitarismo moderno no justifica presentarlo como una empresa democrática, que sólo interrumpió las garantías civiles para defenderse de burgueses y aristócratas minoritarios. Esa tesis prolonga la cadena de equívocos que arranca de aislar política romántica y pobrismo victimista, dos actitudes que los tribunos galos combinan con perfecta fluidez. Al universo grandilocuente tradicional el romanticismo (*romantisme*) añade el «fanatismo lúgubre del absorbido por cementerios»²², cuyo núcleo es la sublimidad de aspirar a la paz y obstinarse en la guerra. Ser subjetivamente tal cosa y objetivamente la otra se entrelaza con el ataque vestido de defensa, la clemencia asimilada a parricidio, la felicidad retroprogresiva y, en general, el llamamiento a la arrogancia y el odio.

La dicotomía entre espíritu *sans-culotte* y resto del cuerpo social francés no resiste a la propia la Declaración de Derechos del Hombre y el Ciudadano (1789), que es el primer elenco completo de garantías civiles²³. Dicho documento regula sin folletín paranoide un orden de derechos y deberes, que empieza guiando todo y acaba descartándose como un obstáculo para el patriota. Su sobriedad es veneno para la vena salvífica de quienes controlan la *Révolution* desde 1792:

«Artículo 4. La libertad consiste en poder hacer cualquier cosa que no perjudique a otros, y el ejercicio de los derechos naturales de cada hombre no tiene límites distintos de aquellos que aseguran a otros miembros de la sociedad el disfrute de esos mismos derechos. Dichos límites sólo podrán determinarse por ley.

Artículo 5. La ley sólo podrá prohibir aquellas acciones lesivas para la sociedad. No es lícito obstaculizar sino aquello prohibido por ley, y nadie será forzado a hacer aquello que la ley no ordene.»

II. Credo y temperamento del tribuno francés

Cívico es reducir lo obligatorio a mínimos, vedando el acceso a las magistraturas de quienes pretendan lo contrario. Aquello que I. Berlin llamó «libertad negativa» —a fin de cuentas, el derecho a «no ser importunado por otro»²⁴ — inspira la Declaración de 1789, y la agudeza de Sieyès, Talleyrand,

Mirabeau y otros redactores del texto se encarga de hacer imposible un retorno al paternalismo que no viole tal o cual precepto suyo. Pero con el espíritu *sans-culotte* resurge el anhelo de «libertad positiva» consustancial al movimiento profético, que puede sentirse coaccionado por no «atravesar las nubes como el águila y vivir bajo las aguas como la ballena»²⁵. Para los tribunos franceses la *liberté* es autorrealización colectiva, felicidad general, y en ese sentido declara Robespierre que «la Revolución es la guerra emprendida por la Libertad contra sus adversarios»²⁶.

La nueva acepción del término podría añadirse a la antigua —como colonia a Colonia— si no fuese su puntual opuesto. La libertad negativa descansa sobre las condiciones procesales de la ley democrática²⁷, que es a su vez el principal estorbo para las iniciativas siempre urgentísimas de quienes representan a la libertad en sentido positivo, como redención colectiva. El antes citado Chaumette, uno de los *communards* más influyentes, aclara entonces que «ha llegado la guerra abierta de los ricos contra los pobres; quieren aplastarnos, hay que adelantarse»²⁸. La prisa refuerza el giro semántico, y cambiar un par de palabras nos traslada de París a Moscú ciento treinta años después, cuando su equivalente en la cadena de mando sentencia:

«La coacción proletaria, en todas sus formas, desde las ejecuciones a los trabajos forzados, es —por paradójico que suene— el método para modelar la sociedad comunista a partir del material humano del periodo capitalista»²⁹.

El absolutismo soviético y el romanticismo revolucionario no sólo coinciden en rechazar la libertad como independencia. Se adhieren además al *summum imperium* preliberal, que en manos de A honra al pueblo y en manos de B le deshonra. El poder político será bueno o malo, legítimo o ilegítimo, no una función graduable desde la irresponsabilidad vitalicia a la destitución si viola cualquier norma o sencillamente pierde un voto de censura. Roux, por ejemplo, profesa a Luis XVI un «odio infinito», y acto seguido se enorgullece del «gran esplendor que presta a un pueblo lo majestuoso del poder soberano»³⁰. Su corazón aspira un gobierno con facultades ilimitadas —como pide la Comuna Insurrecta desde el principio—, y no le inquieta que en la práctica esas facultades recaigan por fuerza sobre tal o cual persona.

La pasión y el ceremonial que envuelven al mando infinito tienen como alternativa dividir y someter a control recíproco las ramas del poder coactivo. Con todo, Francia vive una «novela de novelas escrita con dinamita profética»³¹, que fluctúa de la farsa a la tragedia y exacerba el teatro hasta hacerlo indiscernible de la vida. De ahí que explicar su preferencia por la fabulación atribuyéndolo al dramático estado de cosas resucite el dilema del huevo y la gallina. Sólo es manifiesto que reina una constelación mandobediente —donde sobra todo cuanto no sea dictar o cumplir órdenes—, y resulta pueril atribuir la multitud de tramas culminadas en guillotina al deseo de que el país se incorpore a las novedades políticas y económicas del momento. Lo explosivo del conflicto viene de «hostilidad a la modernización, no de impaciencia ante el ritmo de su progreso»³².

Los partidarios del rey por derecho divino, qué casualidad, coinciden con los tribunos revolucionarios más puros en oponerse a que el entendimiento de cada ciudadano delibere, prefiriendo sujetarlo a una tutela oficial vitalicia. El malentendido que se sigue de llamar libertad política al «combate por lograr una posición más elevada»³³ no puede, pues, separarse del malentendido que contrapone revolucionario a conservador. Casi todos los revolucionarios triunfantes son reaccionarios en el sentido más eminente.

1. El paternalismo visceral. Suizo francófono como Rousseau, y médico por profesión, el periodista y diputado J. P. Marat (1743-1793) tuvo aspiraciones de gran científico —inventor de una nueva teoría sobre la electricidad y otros «fluidos ígneos»— antes de convertirse en pionero del Terror. Otros tribunos evolucionaron desde una postura contemporizadora, pero él predicó guerra civil prácticamente desde la convocatoria de los Estados Generales. Deísta fervoroso, capaz de componer una oración al Ser Supremo para casarse en mitad del campo³⁴, renueva el Sermón de la Montaña presentándose como protector de los pobres en general y del trabajador en particular. Esos débiles se hacen fuertes unidos por un culto filantrópico a la Patria, y no deben vacilar ante la conveniencia de exterminar preventivamente a sus enemigos, que son toda suerte de «notables». Poco antes de morir, en el apogeo de su influencia, comunica a la Convención su alarma:

«Los ricos, los conspiradores y los maliciosos van en masa a las asambleas populares de distrito

(sections), se hacen amos de ellas y las llevan a tomar las decisiones más liberticidas, mientras los jornaleros, los operarios, los artesanos, los tenderos y los granjeros, en una palabra la masa de infelices forzados a trabajar para vivir, no pueden participar en la represión de las maniobras criminales de los enemigos de la libertad»³⁵.

La Declaración de 1789 se ha adelantado a este tipo de iniciativa, estableciendo que «serán castigados quienes soliciten, expidan, cumplan o hagan cumplir órdenes arbitrarias»³⁶. Pero para entonces todos sus artículos llevan un par de años suspendidos, y Marat pasa gran parte del día firmando distintas incitaciones a la arbitrariedad, cuyo denominador común es ser denuncias. En una Europa laboriosa, que lleva siglos considerando el trabajo como la ocupación digna por excelencia, se duele ante «la masa de infelices forzados a trabajar para vivir» y pide que esas buenas gentes participen más en «la represión de las maniobras criminales de los enemigos de la libertad».

Desde los husitas radicales a Müntzer y el resto de los Profetas renacentistas, nadie había logrado acercarse tanto a la depuración apocalíptica del rico propuesta por el ebionismo de Juan, Jesús y Santiago. El hecho de ser un anticlerical furibundo no le impide conseguir que la *religion civile* roussoniana se convierta durante veinte meses en un culto obligatorio, sostenido por amenazas de exterminio físico y confiscación. Cierta enfermedad de la piel, sumada al apuñalamiento, explica que en el cuadro de su gran amigo David le veamos muerto en la bañera con una expresión beatífica, junto a una cuartilla donde está escrito: «Mi gran infortunio me da derecho a vuestra benevolencia». Simboliza por entonces a la inocente víctima de una liberticida, aunque el porvenir le deparará un lugar primordial en la historia del liberticidio.

Igualmente comprometido con instigar la discordia, J. R. Hébert (1757-1794) empezó siendo un buscavidas humilde y monárquico, dotado de un talento indiscutible para la irreverencia. Reclamó, por ejemplo, una ley de divorcio ante la miserable «indisolubricidad» del matrimonio³⁷, y acabó convirtiendo Nôtre Dame y otros miles de iglesias francesas en templos de la diosa Razón. De él parte el movimiento descristianizador que suprimió iconos y otros objetos de culto, imponiendo en la entrada de todos los cementerios franceses

una inscripción no exenta de filosofía: «La muerte es sólo el sueño eterno»³⁸. Habitado a un sarcasmo lleno de palabras gruesas, su estilo se transforma en ternura filial cuando describe vida cotidiana e ideario del *sans-culotte*, sinónimo para él de ciudadano «auténtico».

Comparado con Marat, que es un idealista ascético lleno de fe, Hébert representa a un vividor descreído aunque no menos inclinado al holocausto del rico. Portavoz de la *canaille* parisina, un grupo en el cual quizá no acabase de creer, fue el único ateo de la cúpula revolucionaria. La historia conmemorativa le define como «un original pensador político del jacobinismo de *gauche*»³⁹. Abogó siempre por una política de requisas y precios fijos, no por tener presente la plétora evangélica y criticar el mercado en sí —del cual apenas habla—, sino para hacer algo ante la espiral de miseria provocada por el Terror y seguir siendo el campeón de los pobres. Cuando los *indulgents* quisieron restablecer la legalidad y negociar una paz con Europa, a principios de 1794, el grupo de Hébert opuso una fórmula muy repetida desde entonces: «O la Revolución triunfa o morimos todos: Patria o muerte»⁴⁰. Sus remedios para la crisis fueron generalizar la expropiación de muebles e inmuebles y pasar al «terror extremo». Dicha sugestión no resultó convincente para muchos diputados, y permitió que Robespierre —ya profundamente escandalizado por su ateísmo— le mandase a la guillotina junto con algunos otros *cordeliers*.

2. El ebionismo militante. Jacques Roux (1752-1794) fue párroco de un barrio parisino pobre, y tras jurar lealtad a la Revolución contrajo matrimonio con una mujer «decente» como sugería la Constitución de 1793. Aparece en el registro histórico cuando la Comuna le encarga supervisar la ejecución de Luis XVI⁴¹, pues redacta entonces un breve memorando. A tenor de él, cuando el monarca vio aparecer en su celda a alguien con sotana le «pidió que entregase un pañuelo con pertenencias a su familia, pero le dijimos que no estábamos para recados sino para llevarle al cadalso, a lo cual repuso:»Correcto»»⁴². Una hora después trataría de dirigirse a la multitud, pero Roux y su colega ordenaron un retumbar de tambores que le hizo desistir. Una vez decapitado, la pareja supervisora se retiró muy satisfecha al ver cómo «los radiantes ciudadanos mojaron picas y pañuelos en su sangre». Tres meses después el cura Roux encabeza a la masa que asalta la Convención, y aprovecha el incidente para dirigir a los diputados un anticipo del Manifiesto *enragé*:

«¡Diputados de la Convención Nacional! La aristocracia mercantil, más terrible aún que la nobiliaria y la sacerdotal, ha jugado cruelmente invadiendo el tesoro de la República, pues los precios crecen atterradoramente de la mañana a la noche. Es hora de oponerse al combate que el egoísta emprende contra la clase trabajadora. ¿Puede la propiedad de sanguijuelas ser más sagrada que la vida de un hombre? No temáis descargar el brazo de vuestra justicia sobre esos vampiros y asesinos de la nación, proteged al pueblo de precios excesivos en los comestibles.

[...]

Nos dicen que muchos artículos nos llegan de fuera, y deben pagarse en dinero. Pero es falso: el comercio se hace casi siempre por trueque, cambiando mercancía por mercancía, papel por papel. No debéis temer incurrir en el odio de los ricos, que son el mal, ni tampoco sacrificar principios políticos a la salvación del pueblo, que es la ley suprema»⁴³.

Sus palabras no obtuvieron acogida favorable en la prensa, y para salir al paso de las «calumnias vertidas» Roux añadió una coda al Manifiesto, donde declara: «Cuando ataco a nuestros monopolistas no incluyo en esa clase infame a muchos tenderos de civismo acendrado». Su convicción de que los ricos concentran el mal le impulsó a «la acción directa» —promoviendo la restitución del pobre con saqueos de tiendas y almacenes—, algo acorde con el credo evangélico aunque escandaloso para la gran mayoría de los diputados, que le llevó a perder la protección de Hébert y el club de los cordeleros. Es entonces cuando redacta *La agonía de la cruel Antonieta*⁴⁴, donde afirma:

«Todos sabemos que sólo suben al cadalso los criados, que los grandes bribones escapan [...] Podemos estar seguros, sin calumnia, de que todos cuantos disfrutaban de un insolente lujo han conspirado para ceder nuestras plazas fuertes y son amigos secretos de la realeza.»

J. F. Varlet (1764-1837), un joven de familia muy acomodada, acompañó a Roux en los saqueos de tiendas y se especializó en

destruir imprentas contrarrevolucionarias. Iba a ser uno de los pocos exaltados supervivientes, y legó alguna frase célebre como la de que «el pueblo sólo pide pan y sangre»⁴⁵. Su principal escrito, una *Declaración solemne de los derechos del hombre en el Estado social* (1793), empieza citando a Marat —«¿Por qué sólo los ricos cosechan los frutos de la Revolución?»⁴⁶ — para concluir negando todo derecho civil «a sabandijas, sanguijuelas y otros ricos egoístas».

III. El ideario jacobino

Robespierre, Saint-Just y Couthon respetan en principio la propiedad privada, y su apoyo a las requisas más escandalosas⁴⁷ podría considerarse estimulado por el brusco empeoramiento de la situación durante el invierno de 1792, cuando empieza a parecer posible la enormidad de que Luis XVI sea ejecutado. Saint-Just se dirige entonces a la Convención para decir que «el libre comercio es la madre de la abundancia»⁴⁸, y que procede «crear la mínima cantidad de moneda posible para no aumentar la depreciación»⁴⁹. Pero tres días después Robespierre le invita a olvidar la crisis como algo ligado a teoría o práctica financiera con la más enjundiosa de sus alocuciones, donde empieza preguntándose «por qué las leyes no detienen la mano homicida del monopoliste como detienen al asesino común»⁵⁰.

Sanciona así el léxico de Roux y Varlet —donde *monopoliste* es sinónimo de persona con medios económicos abundantes—, y argumenta a continuación las tesis sustantivas de ambos: 1) los únicos derechos inalienables son «colectivos»; 2) el atesoramiento se evita con medidas penales. Su discurso se convierte de inmediato en doctrina de la Montaña, zanjando cualquier duda sobre el tema, y es el núcleo de la nunca promulgada Constitución de 1793. Acababa de aparecer la versión francesa de los *Derechos del hombre* (1792), el inmortal panfleto de Paine, y el hecho de éste fuese miembro honorario —aunque elegido por sufragio— de la Convención presagiaba que sus ideas podrían tener algún eco en Robespierre. Este panfleto, como es sabido, anticipa el Estado del bienestar con instituciones como el salario mínimo, añadido a un impuesto general progresivo sobre la renta cuya meta es redistribuirla anualmente.

1. Ley social y teología. Pero el Incorruptible le ha encarcelado poco antes, por sospechas de espionaje para Inglaterra (un país

donde llevaba años condenado a muerte), y le tiene pendiente de ejecución⁵¹. El welfare de Paine parte de un Estado próspero por asegurar la libertad de comercio, mientras el *droit de subsistence* que va a argumentar el líder de la Convención se centra en negarla. La Declaración de 1789 estableció que «siendo la propiedad un derecho inviolable y sagrado nadie puede ser objeto de expropiación salvo cuando lo exija una necesidad pública legalmente comprobada y evidente, y previa una justa indemnización»⁵². Robespierre ha adoptado una perspectiva muy distinta:

«La primera ley social es la que garantiza a todos medios de subsistencia. La propiedad sólo se instituyó para cementarla [...] y nunca puede oponerse a la subsistencia de los hombres. Todo lo indispensable para la preservación es propiedad común. Sólo el excedente es propiedad privada y se abandona a la industria de mercaderes. Otra cosa es bandidaje y fratricidio, disfrazada bajo el sofisticado nombre de libertad comercial [...]

Se alega que la economía plantea problemas insolubles hasta para genios, pero yo digo que no presenta dificultad alguna para el buen sentido y la buena fe. La falta de circulación se soluciona suprimiendo el interés de la codicia. No estoy confiscando propiedad privada, y me limito a condenar al comercio a que deje vivir al prójimo. [...] Nada ayuda tanto a un hombre como forzarle a que sea honesto. Los enemigos de la libertad no pueden detener el curso de la razón y el de la sociedad. [...] Las convulsiones desgarradoras son sólo el combate entre las pasiones de los poderosos y los derechos de los débiles»⁵³.

Aparece así la primera «ley social», asimilada a normas como las que prohíben robar y matar, o sancionan el deber de cumplir los pactos. Su condición de jurista hace imposible que Robespierre ignorara el problema de jurisdicción o instancia aparejado a ello⁵⁴, pero ni el desabastecimiento planteado entonces ni el mucho peor que sigue a convertir su discurso en la llamada Ley de Máximos le presenta «dificultad alguna». Una cosa es lo que efectivamente suceda con productores y consumidores, sin duda «temporal», y otra una solución

política intemporal. Suspender los derechos personales a la libertad y la propiedad se compensa con «derechos sociales» como la supervivencia, la fraternidad y el culto a la Patria. Ser el primero en incorporarlos al ordenamiento positivo le convierte en fundador de la democracia más tarde llamada popular o real.

Al llegar el verano de 1794 una Convención diezmada sustancialmente, donde sólo votan un tercio de sus diputados originales, le nombra Presidente por unanimidad y decreta de modo también unánime —a instancias suyas— que «el pueblo francés reconoce la existencia del Ser Supremo y la inmortalidad del alma»⁵⁵. Un nuevo calendario de celebraciones está a punto de comenzar con la Fiesta de la Deidad, que inaugura una didáctica de masas imitada más tarde por todos los Estados totalitarios. Bajo la dirección del pintor David, ingentes cuadrillas de obreros han trabajado día y noche para levantar en los jardines de las Tullerías una verdadera montaña de cartón piedra, capaz de sustentar a miles de peregrinos y coronada por un Hércules gigantesco —símbolo del pueblo francés— que sostiene una estatua de la Libertad llamativamente pequeña.

Un coro formado por dos mil cuatrocientas voces va a estrenar el himno al Ser Supremo, y cierto mecanismo subterráneo hará que cuando el Incorruptible prenda fuego a la efigie del Ateísmo emerja la Sabiduría. A la alocución que pronuncia inmediatamente después corresponden los siguientes párrafos:

«La mitad del globo está en tinieblas, mientras la otra está iluminada. Adelantado del género humano, el pueblo francés ofrece al mundo el espectáculo nuevo de la democracia afianzada en un vasto imperio [...]

La virtud es la esencia de la República. La revolución que tiende a establecerla no es sino el paso del reino del crimen a la justicia, superando esa gran operación tramada en las tinieblas de la noche por sacerdotes, extranjeros y conspiradores [...]

La idea del Ser Supremo y de la inmortalidad del alma es una continua llamada a la justicia, y es por ello social y republicana. Fanáticos, no esperéis nada de nosotros. Exhortar a los hombres al culto puro del Ser Supremo es asestar

un golpe mortal al fanatismo [...]

Un sistema de fiestas bien concebido es el más poderoso medio de regeneración popular. Celebrad fiestas generales y más solemnes para toda la República; celebrad fiestas locales los días de descanso, todas ellas bajo los auspicios del Ser Supremo [...]

Augusta Libertad, tú compartirás nuestros sacrificios con tu compañera inmortal, la dulce y santa Igualdad. ¡Festejaremos a la humanidad, envilecida y pisoteada por los enemigos de la República francesa!»⁵⁶.

2. Verbo ardiente, frialdad con la vida. Conocido como «el san Juan del Mesías Maximiliano»⁵⁷, Antoine de Saint-Just no simplificó tanto como él los procesos económicos pero se abstuvo de disentir. En el clima de sospecha que informa el quinquenio revolucionario poder fiarse de otro es el mayor tesoro, y la confianza de Robespierre le abre una espectacular carrera política. A los veintitrés años pronuncia su primer discurso parlamentario, y a medida que el gobierno se transforma en dictadura asume responsabilidades cada vez más altas, como el mando supremo de la policía o la presidencia de la Convención. *L'Ami du Peuple* le nombra admirativamente «arcángel de la muerte», y desde Michelet sus hagiógrafos le conservan como principal teórico de las instituciones republicanas.

En efecto, «teórico» ha pasado a ser sinónimo del que no hace concesiones en materia de «principios», y él lo ha resumido en el lema: «Ninguna libertad para los enemigos de la libertad». Por otra parte, lo que realmente deslumbra a colegas y público en general es su juventud, añadida a ser elegante, muy apuesto y defendido de tentaciones sentimentales por lo que Robespierre llama «un rapto glacial». Cuatro años de liderazgo radicalizan su idea de las relaciones entre ley y ética, un asunto que va presentándosele de modo cada vez más claro hasta desembocar en las líneas finales de su penúltimo discurso. «Propongo a la Convención el decreto siguiente: Que el gobierno, sin perder nada de su ímpetu revolucionario, no pueda tender hacia lo arbitrario ni favorecer la ambición»⁵⁸.

Tres años antes, en junio de 1791, cuando termina su texto más extenso —el *Espíritu de la revolución y la constitución de*

Francia—, vive todavía en el cómodo aunque provinciano hogar de su familia, y es tan pacifista como sólo puede serlo un romántico:

«¡No te perdono, Rousseau, gran hombre, haber justificado la pena de muerte! [...] Cuando un Estado es lo bastante infeliz para necesitar violencia su honor es la infamia [...] Bienaventurado el país donde la pena sea el perdón, moviendo al crimen a sonrojarse de vergüenza» ⁵⁹.

En diciembre de 1792 el todo o nada sigue operando como brújula, pero en vez de exigir el perdón pide la cabeza de Luis XVI, algo tanto más notable cuanto que la mitad de la Asamblea está dudando entonces entre reducirle a figura decorativa o desterrarle:

«No veo término medio. Este hombre debe reinar o morir [...] A un rey no se le juzga por los actos de su administración, sino por el crimen eterno de haber sido monarca. *No se puede reinar inocentemente*» ⁶⁰.

Hay pues crímenes de nacimiento, como el pecado original, que no se borran ni dimitiendo. Tanto si quiere como si no quiere, Luis XVI debe reinar o morir. Un semestre más tarde, Saint-Just ha tenido ocasión de aplicar su silogismo sin término medio a otros muchos asuntos de vida o muerte, y recapitula: «Desprecio el polvo del que estoy hecho, pero desafío al mundo a que me quite esa parte de mí que perdurará durante siglos y sobrevivirá en los cielos» ⁶¹. El psicoanálisis no conoce ningún caso de delirio persecutorio sin su correspondiente delirio de grandeza, y la autocomplacencia del tribuno se liga una vez más a la escisión entre forma y contenido. Como sólo son culpables de reinar quienes porten corona, Marat, Robespierre o él mismo pueden regir sobre la vida, hacienda y opiniones de los franceses sin merma de inocencia.

En efecto, el poder absoluto no es indeseable cuando lo guía el bien público, y obrar en nombre de éste depende solo del convencimiento personal. De ahí que sea legítimo el golpe de Estado, una técnica usada por su facción y alguna otra para sacar adelante sucesivas depuraciones hasta confluir en la máxima concentración de facultades ejecutivas ensayada en Europa, que es el Comité de Salud Pública. El telón de fondo

para las disquisiciones sobre poder e inocencia es la Convención recién elegida, donde sigue estando en franca minoría el partidario de la dictadura. Desde la perspectiva de la Montaña, los comicios reflejaron una mera suma de votos en detrimento de la *Liberté* custodiada por sus verdaderos albaceas, arrojando como efecto un parlamento lleno de saboteadores.

Marat no necesita cambiar entonces de discurso, porque hablaba del final desde el principio. Robespierre sí, y es esa fase abiertamente golpista la que agiganta a Saint—Just como piloto y fontanero. Nada más comenzar el año II, justificado como ideólogo de los principios puros, alecciona e intimida a diputados y *communards* sometiéndoles a cuestionarios periódicos. Para fijar quién es quién, una de sus preguntas reza así: «¿Qué acto suyo le llevaría a ser guillotinado si llegase la contrarrevolución?»⁶². Dejar en blanco dicha casilla excluye de cargos públicos, desde luego; pero carecer de hazañas represivas ¿no es en sí una prueba flagrante de culpabilidad?

Para completar la tríada jacobina procede decir algo sobre G. Couthon (1755-1794), que nunca tuvo el carisma de los otros dos y experimentó una evolución muy análoga. En 1789 era liberal, pacifista y partidario de una monarquía constitucional. La huída frustrada de los reyes le radicalizó, y su creciente poder político acabó de convencerle de que «la clemencia es parricida» por antipatriótica. Aunque fuese paralítico, y debiera moverse en silla de ruedas o a espaldas de otro, demostró notable energía para hacer una leva masiva en su departamento (Clermont-Ferrand) y marchar con sesenta mil milicianos contra la sublevada Lyon, en octubre de 1793. Una vez tomada la ciudad, puso en marcha las atrocidades que acabaron prácticamente con los notables del lugar, demoliendo gracias a su ejército y *sans-culottes* lyoneses no menos de seiscientas casas del centro.

El oportuno decreto —que hizo época por reproducirse en Burdeos, Caen, Arras, Rouen, Nantes, Marsella y otras ciudades sublevadas tras la purga de girondinos—, ordenó acabar con «todos los barrios ricos»⁶³ y erigir un gran obelisco en el centro del distrito arrasado con la leyenda: *Lyon hizo la guerra a la libertad / Lyon ya no existe*. Desde entonces se llamaría Ciudad Liberada, borrándose del mapa y el recuerdo todo cuanto no fuesen los barrios humildes y «leales a la libertad». Curiosamente, Couthon sería llamado poco después a París para rendir cuentas de una actitud considerada «moderantista», cargo del que supo defenderse. Iba a ser la

mano izquierda de Robespierre para las purgas ulteriores, y aunque tuvo conocimiento de que algo se urdía contra él prefirió seguir a su lado hasta el final.

Lyón podía ser castigada con mucha más severidad, como demostró su sucesor Collot d'Herbois, pues viendo que la guillotina local no daba abasto inventó el sistema de atar con cuerdas a grupos de unos cincuenta, cargar cañones con clavos y ejecutar a esas reatas de presos por *mitraillade*. Su informe a la Convención se congratula de que en menos de dos semanas hayan dejado de existir mil novecientas cinco personas, y de que todos los censados con un patrimonio de treinta mil libras o superior hayan comprado su vida pagando esa cifra «de inmediato»⁶⁴. Buena parte de las condenas castigó actos de escribir en paredes, o decir, *merde à la république*. Collot, un actor y comediógrafo que años antes no tuvo éxito dirigiendo el teatro de la ciudad, fue con su íntimo Billaud-Varenne el dirigente que con más insistencia propuso redistribuir las propiedades francesas al modo de Esparta⁶⁵. Cuando les llegue a ambos el procesamiento, en el otoño de 1794, salvarán la vida a cambio de cadena perpetua en la Guayana.

IV. Versiones sobre la religión civil

El alma de estos héroes sugiere a Tocqueville —que ha nacido once años después de la *Grande Terreur*— unas líneas citadas a menudo:

«Abolidas las leyes religiosas, al tiempo que trastocadas las civiles [...] empezaron a surgir revolucionarios de una especie desconocida [...] que no vacilaron jamás ante la ejecución de un designio. Y no se crea que estos seres nuevos hayan sido producto aislado y efímero de un momento, destinado a perecer con él. Al contrario, llegaron a formar una raza que se ha perpetuado y extendido por todos los confines civilizados de la tierra, que conserva en todas partes idéntica fisonomía, idénticas pasiones, idéntico temperamento»⁶⁶.

Hablar de «una especie desconocida» pasa por alto manifestaciones ya descritas en esta investigación, donde al pobrismo originario se añade ya una hostilidad ante el desarrollo comercial e industrial. Pero Tocqueville acierta de lleno al anticipar en 1858 que el fenómeno será perenne en

«todos los confines civilizados», pues los progresos en secularización, desahogo y autonomía promoverán también programas de colectivismo dirigido y ortodoxia, equiparados desde entonces con democracia verdadera. Como hubo ya ocasión de examinar el nuevo sentido de la palabra libertad, no será ocioso apuntar lo equivalente en el sentido de deber patriótico.

Salvo Suiza y Holanda, tan precoces en su apuesta por el autogobierno, que el Estado tuviese una religión oficial empezó a desaparecer de Europa cuando el parlamento inglés hizo decapitar al católico Carlos I, en 1649. A partir de entonces el Estado sólo considera sagrada su propia naturaleza democrática, y puede por ello asegurar que ninguna confesión pacífica será perseguida o discriminada. El nuevo orden es una «unidad de la unidad y la diferencia» (Hegel), que promueve pluralismo ideológico y profesional elevando a derechos inalienables la libertad, la propiedad, la seguridad y la crítica al Gobierno en funciones. Lealtad democrática es asumir lo que tales derechos tienen de deberes cívicos, equiparables en hondura a los religiosos y a la vez independientes de cualquier compromiso con una fe particular. El civismo resulta sagrado o intocable precisamente porque es laico en vez de sectario.

Ninguna ciudadanía saluda tan entusiásticamente como la francesa esa interpenetración del derecho y el deber que representa el respeto por las instituciones democráticas. Sin embargo, cuando París se transforme en *Commune Insurrectionnel* las garantías democráticas pasan por tapadera para contrarrevolucionarios. Desde entonces puede chantajear a los sucesivos parlamentos, controlar militarmente todo el país e identificar al republicano con el *sans-culotte* fanático. Todo ello obtiene la sanción última de Rousseau, que pudiendo consultar testimonios de primera mano sobre Esparta —Tucídides, Aristóteles y Polibio— prefirió ceñirse a la biografía de Licurgo hecha por un neoplatónico tardío como Plutarco, escrita cuando dicho Estado había desaparecido prácticamente. Tomar en cuenta la leyenda tan solo tiene algunos inconvenientes, y la defectuosa información del caso será amplificadas hasta la caricatura por sus apóstoles al instalarse en la cúpula del poder coactivo.

En cualquier caso, la religión civil grecorromana⁶⁷ —como el resto de las indoeuropeas— regula el ritual que merecen las fiestas ciudadanas y los muertos, sin dictar ideología alguna a los vivos. La *religion civile* les dicta toda suerte de consignas, mientras siembra el escenario de dogmas e inquisidores. Su alegada ruptura con el pasado postula invariablemente el

mañana-ayer neoespartano, en la práctica un momentáneo paraíso para homicidas antes escondidos o refrenados, que aprovechan el teatro de masas para mutilar y matar en nombre del bien público. Si repasamos su fase álgida desde la historia conmemorativa pensaremos que fue un intento de redimir al pueblo, abortado por sus enemigos. Pero parece más ecuánime ver allí una etapa que negó algunas cosas dignas de ser negadas, y acabó con lo peor negándose a sí misma.

Como dijo un contemporáneo, las enseñanzas derivadas del proceso contribuirán de un modo u otro a que «la condición del hombre a lo largo del mundo civilizado acabe mejorando grandemente»⁶⁸. No es ocioso recordar que su república neoespartana duró poco más o menos lo mismo que la propia Esparta tras vencer a Atenas. Un imprevisto manotazo de los tebanos borró no sólo su infatuación sino los pilares de su Estado, suspendiendo la esclavitud del ilota que lo había sostenido cuatro siglos.

NOTAS

1 - Marat, el 14/10/1792; cf. Schama 1989, p. 630.

2 - Saint-Just, discurso a la Convención del 26/7/1794.

3 - Billaud-Varenne, en la página web *Bastiat-The Law*.

4 - Roux, *Discurso sobre la majestad del pueblo francés* (1793), en Markov 1969.

5 - Saint-Just, discurso a la Convención del 13/12/1792.

6 - Cf. Schama 1989, p. 764.

7 - *Ibíd*, p. 806-807.

8 - *L'Ami du Peuple*, Editorial del nº 625, 12/12/1791.

9 - Cumbre de la filosofía romántica y padre del nacionalismo alemán, Fichte (1762-1814) dirá que el extravío metafísico originario —origen del mundo externo— es el acto en cuya virtud «el yo pone en el yo un no-yo». Esto «inaugura la pálida vida histórica, rara vez capaz de convertirse en vida real»;

Fichte 1967, p. 19.

[10](#) - Camus, en *saint-just.net*, «Quotes on Saint-Just».

[11](#) - Saint-Just, último discurso a la Convención, 27/8/1794.

[12](#) - Billaud-Varenne, el Rectilíneo, está en efecto preparando el golpe de Estado del día siguiente. Lo tragicómico del caso es que alguien con su apodo, y tantos muertos a las espaldas, adopte antes o después un semblante amable y relajado.

[13](#) - Robespierre, en Schama 1989, p. 649.

[14](#) - Saint-Just, subrayado suyo; cf. *saint-just.net*, «Quotes by Saint-Just».

[15](#) - La publicada por Mignet en 1824.

[16](#) - Cf. Caron 1935. Hitos posteriores en esta línea fueron el *Quatre-vingt-neuf* (1939) de G. Lefebvre y la gigantesca tesis doctoral de A. Soboul (*Les sans-culottes parisiens en l'an II*, 1958), que desemboca en sus tres volúmenes sobre *La civilization de la Révolution française* (1971-1974).

[17](#) - Fundamentalmente Tallien, Billaud-Varenne, Danton, Pétion y Chaumette.

[18](#) - Soboul 1983, p. 653.

[19](#) - *Ibid.* p. 654.

[20](#) - Cf. Furet 1981.

[21](#) - Según Soboul, estaba distribuido fundamentalmente entre tenderos, empleados, sirvientes, operarios y *canaille*.

[22](#) - Furet 1981, p. 131. El comentario se dedica concretamente a Michelet.

[23](#) - Las Enmiendas iniciales a la Constitución americana, que establecen lo equivalente, llegan un mes más tarde y no pueden compararse en elocuencia con el texto francés, fuente de todas las constituciones democráticas posteriores.

[24](#) - Berlin 2001, p. 49.

[25](#) - El *idéologue* Helvecio, de quien proviene el ejemplo, lo aprovecha para desaconsejar esa idea roussoniana de la libertad como «ridícula». Cf. Helvetius 1984, p. 114.

[26](#) - Robespierre, en Soboul 1983, p. 655.

[27](#) - Básicamente: no ser retroactiva, aprobarse por mayoría parlamentaria y publicarse con suficiente antelación antes de entrar en vigor.

[28](#) - Chaumette 1791, en Moya 2007, p. 213.

[29](#) - Bujarin 1920, en Berlin 2001, p. 68.

[30](#) - Roux, en Markov, 1969.

[31](#) - Moya 2007, p. 236.

[32](#) - Schama 1989, p. XV.

[33](#) - Berlin 2001, p. 97.

[34](#) - Belfort Bax, 1900. Este libro es, salvo error, su última biografía extensa y totalmente encomiástica.

[35](#) - Carta a la Convención del 21/6/1793; Marat Archive, en *marxists.org*.

[36](#) - Artículo 7, 2.

[37](#) - Editorial para el nº 25 del *Père Duchesne*.

[38](#) - El lema fue acuñado por Fouché, uno de sus principales ayudantes. Tras instaurar oficialmente el deísmo, Robespierre repuso: «Los cementerios han sido profanados [...] Yo os digo que la muerte es sólo el comienzo de la eternidad» (discurso a la Convención del 8/7/1794).

[39](#) - Reiterando criterios de Michelet y Soboul, eso sostiene Agostini 1999.

[40](#) - Cf. Schama 1989, p. 809. La frase textual se atribuye a Billaud-Varenne, que con Chaumette y Collot d'Herbois compone entonces su círculo íntimo.

[41](#) - El 13/1/1793.

[42](#) - Roux, en Markov 1969, «Compte-rendu sur l'execution».

[43](#) - Ibíd, «Manifiesto».

[44](#) - Fechado el 1/9/1793.

[45](#) - Varlet, en Schama 1989, p. 711.

[46](#) - Cf. Schama ibíd, p. 611. Hay alguna referencia adicional en la página web *éphéméride anarchiste*.

[47](#) - La ya mencionada confiscación a parientes no emigrados de los *émigrés*, o cobrar fuertes «indemnizaciones» a municipios belgas, holandeses, alemanes e italianos, en pago por llevarles la «libertad republicana».

[48](#) - Discurso a la Convención de 29/11/1792.

[49](#) - Haciendo gala de un realismo insólito para momentos donde todo se explica por el complot del pan, unifica los medios de pago como signo (*signe*) y afirma: «La desproporción del signo tiende a destruir nuestro comercio. Somos pobres como los españoles por abundancia del signo y escasez de artículos circulantes. El vicio de nuestra economía es el exceso del signo».

[50](#) - Discurso a la Convención del 2/12/1792.

[51](#) - El montaje cuenta con la ingrata anuencia del presidente norteamericano, Washington, y el hecho de que Paine termine salvando la vida se debe a una mera casualidad, unida al volumen de guillotinos en 1794.

[52](#) - Artículo 17.

[53](#) - Robespierre, discurso del 2/12/1793.

[54](#) - Por ejemplo, quien sea robado lo denunciará a la policía, y quien vea incumplido un contrato pedirá al juzgado indemnización. ¿A quién recurre el indigente?

[55](#) - Cf. Schama 1989, p. 831.

[56](#) - Robespierre, en Moya 2007, p. 280-283.

[57](#) - Cf. *Wikipedia*, voz «Saint-Just».

[58](#) - Saint-Just, discurso de 27/7/1794. Párrafos antes ha justificado su elementalidad diciendo que «las leyes largas son calamidades públicas».

[59](#) - *Ob. cit.* IV, 9, 11 y 12.

[60](#) - Discurso del 13/12/1792. Cursivas de Saint-Just.

[61](#) - Cf. *saint-just.net*, «Quotes by Saint-Just».

[62](#) - Cf. *royet.org/nea* 1789-1794.

[63](#) - Cf. Schama 1989, p. 780.

[64](#) - *Ibíd*, p. 781-783.

[65](#) - Véase antes, p. 24.

[66](#) - Tocqueville 1982, vol. I, p. 169.

[67](#) - Cf. *supra*, p. 8-11.

[68](#) - Jefferson 1987, p. 115.



Development Sciences Network Presence
www.catalanhost.com



Los Enemigos_{del} Comercio

LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO

26

La revolución traicionada

«Recomendé incansablemente compromiso pero pensaron de otro modo, y los acontecimientos han demostrado su lamentable error: treinta años de guerra exterior y doméstica, la pérdida de millones de vidas, la postración de la felicidad privada y el dominio extranjero sobre su país durante algún tiempo [...] ¿Quién podía prever la melancólica secuela de su bienintencionada perseverancia?.»

Th. Jefferson ¹.

Como otros aspirantes a burócratas revolucionarios, Fouquier-Tinville y Robespierre portaban peluca empolvada y casaca de seda, con medias blancas terminadas en zapatos de hebilla.

Otros tribunos lucían largas melenas, evitaban los calzones de raso y calzaban botas altas, como el Rectilíneo o Babeuf. Pero

la «magnánima devoción por el interés general» ² se llevó por delante a atildados y aguerridos, en un escenario que se diría hecho para aventureros capaces de aparentar doctrinarismo. El superviviente modélico de la nueva clase política será Sieyès, a quien David retrata envuelto en un capote oscuro de cuello alto y paño grueso, lo bastante amplio para esconder un par de pistolas y una bolsa de monedas que compre delatores.

La salud pública ha restablecido el deber de unanimidad, y entre aclamaciones continuas a la *Liberté* todo se desliza hacia lo obligatorio. La camaradería que empezó anteponiendo a cada nombre propio un «ciudadano/a», por ejemplo, se

convierte en prohibición de llamar señor o señora a otra persona³. El reglamentismo aspira a enseñorearse de conductas y opiniones, y sólo la propia enormidad de aquello que está sucediendo crea resquicios para cambios liberales como el divorcio libre, el matrimonio de sacerdotes y monjas o el prestigio de la desnudez elegante. Cortesanas como Teresa Cabarrús o la posterior emperatriz Josefina se convierten en figuras centrales del Directorio, y un país que era ya árbitro del gusto en tiempos del Rey Sol dicta estilo con razones aún más sólidas.

La Cabarrús en particular, hija de un banquero español, demuestra con el ejemplo cómo son compatibles la belleza, la desvergüenza y la humanidad⁴. Sus esfuerzos por ser y mantenerse «natural» tropiezan a cada paso con un *romantisme* que exalta los duelos, venera lo oculto y alimenta la teoría del genio tenebroso. Inseparable del espíritu que inspira la dictadura revolucionaria, ese romanticismo percibe «rudeza de alma» en la lozanía y cultiva expresamente lo enfermizo, como tantos héroes y heroínas de la literatura ulterior. Pero nos hemos detenido en temperamentos e ideas, y es tiempo de esbozar la situación económica. En Roma el acuerdo entre Imperio e Iglesia fue financiado inicialmente por la expropiación de cualquier templo pagano. En Francia el cambio es financiado inicialmente por una expropiación de la Iglesia, seguido por una requisita selectiva de la población que podemos mirar algo más de cerca.

I. Pagarés y metálico

Al abolir el feudalismo, en agosto de 1789, la Asamblea aprobó grandes reformas de la hacienda pública y entre ellas un impuesto directo y progresivo sobre la renta (el *impôt foncier* recomendado por Turgot), suprimiendo de paso algunos impuestos indirectos, peajes internos y trabas gremiales. Hacer justicia fiscal era al mismo tiempo relanzar la economía, abriendo perspectivas a medio y largo plazo que en el corto se sostenían mediante emisiones de «asignados» con cargo a los antiguos bienes eclesiásticos. Una sensible mejora en el nivel de vida parecía inminente, pero el acoso y posterior fuga de los reyes dispara una crisis de confianza que invierte el panorama. A finales de 1792 —cuando el parlamento francés delibera sobre matar o no a Luis XVI— la recaudación es «ridícula»⁵, y las llamadas contribuciones patrióticas al Tesoro han desaparecido.

Expropiar a nuevas oleadas de emigrados no ofrece una

mínima parte de lo requerido para cumplir con proveedores internos y externos, sin los cuales parece imposible mantener las guerras revolucionarias. Alguien tan poco sospechoso de posibilismo como Saint—Just sugiere entonces poner freno a la creación de dinero, para no tener que acabar dictando «leyes violentas sobre el comercio»⁶. Pero Robespierre y el resto de la Montaña no están de acuerdo —más bien piensan en simplificar drásticamente el intercambio de bienes—, y la Asamblea Legislativa aprueba una nueva emisión de pagarés que el mercado sólo acepta por la mitad de su valor nominal. Esto significa reducir todo tipo de compras, y ante una oferta menor la demanda tira hacia arriba de los precios.

El 23 de febrero de 1793 una cacerolada de lavanderas protesta por la subida del jabón, y dos días más tarde las tiendas de París son asaltadas para conseguir azúcar y café, otros dos artículos que se han hecho prohibitivos. Marat denuncia la «avidez de lujo» de los saqueadores, forzosamente manipulados por el complot aristocrático, aunque la inflación se extiende de inmediato a velas, leña y grano. La Comuna creía controlar las *émeutes* a su antojo, y poder seguir disponiendo de las manifestaciones y disturbios como activo político sugiere restablecer la anona romana. El pan de París se subsidia, y algo después la carne, cobrando los proveedores con billetes impresos al efecto por la *Caisse d'Escompte*, futuro Banco de Francia. Su contabilidad refleja el medio millón diario que cuesta el suministro de harina como «préstamo de fondos propios»⁷.

En junio los reveses militares cortan el flujo de divisas y metálico que los ejércitos incautaban desde principios de año en Flandes y al norte del Rin, imponiendo austeridad o seguir depreciando los medios de pago. Pero lo primero implica que la política se arrodille ante la finanza, y puede evitarse a corto plazo con más pagarés. Así, un tope de *assignats* que ha pasado rápidamente de seiscientos a ochocientos millones emite otros mil doscientos, elevando el total a tres mil cien millones de libras⁸. Ya en febrero el valor de estos signes se había reducido a la mitad, y cuando caiga a menos de la sexta parte la Convención cree oportuno corregir los automatismos del mercado.

1. La economía obligatoria. Castigar con la guillotina a *monopolistes*⁹ culmina un proceso iniciado por la Ley de Máximos, que regula a la baja salarios y beneficios —el margen del mayorista será el 5 por 100, el del minorista un 10

por 100¹⁰ —, fijando precios inalterables para multitud de mercancías. Quien tenga «bienes de primera necesidad» debe hacer declaraciones quincenales de sus existencias, y en agosto se incautan silos —los llamados «graneros de la abundancia»— para acumular excedentes en realidad imaginarios. El drástico recorte del comercio exterior tiene, entre otros resultados, el de que las malas cosechas sean catastróficas para el campesino y las abundantes casi peores, pues revientan los precios. La Bolsa se ha clausurado para acabar con «viles especuladores», aunque lleva muchos meses sin funcionar de hecho.

Para quienes saben y quieren arriesgar el negocio está en la propia política gubernamental, que arruinando al incauto permite hacer enormes fortunas con la depreciación¹¹. Ante el acoso de sus acreedores el Gobierno decide desmonetizar los *assignats*, pero inaugura con ello un imponente mercado negro de monedas. El principio de acción—reacción inventa a cada paso un contrapaso, y seguir siendo auténtico sugiere al patriota curas cada vez menos discernibles del homicidio. Ahora hay tres nuevos traidores que castigar —financieros, almacenistas y campesinos—, que la Ley de Máximos encarga a un servicio de *vérificateurs* asistido por batallones de *sans-culottes*.

Hébert, padre de la medida, ha sugerido que esos grupos paramilitares lleven una guillotina móvil, para ajusticiar *in situ*¹². En septiembre de 1793 unas normas sobre justiprecio que tasan tanto los bienes como los costes de trasladarlos entran en vigor, y el egoísmo se diría al fin acorralado. Las tiendas no tendrán más remedio que vender las cosas por su valor «auténtico», los tenderos obedecen puntualmente al legislador, hay un aflujo masivo de público y el único problema es que sus existencias desaparecen en un abrir y cerrar de ojos, tras de lo cual empieza el peor desabastecimiento recordado. La Convención ha omitido informar al país sobre ese más que previsible efecto, y el mes siguiente la campaña contra *monopolistes* individuales se amplía a urbes y regiones, que desde los golpes de Estado de primavera padecen una dictadura ya totalmente desembozada del centro.

En efecto, provincias enteras y algunas ciudades —entre ellas Burdeos, Marsella, Tolón, Nantes y Lyon— sencillamente carecen de delegado en una Convención donde sólo votan ya un tercio de los diputados originales, y rechazan más o menos de plano la política neoespartana. De ahí someterlas a *représentants-en-mission* dotados de tropas y poderes absolutos, cuya misión conjunta es «depurar y embargar». Un anónimo alférez de veintitrés años, Bonaparte, resulta decisivo

para acabar a cañonazos con la rebeldía de Tolón¹³, por ejemplo. En Burdeos la carnicería —no el expolio— se modera gracias al ascendiente de Teresa Cabarrús sobre Tallien. El representante Lebon arrasa hasta los cimientos la ciudad de Arras, y en Nantes otro de los delegados, Carrier, logra superar en atrocidad a las *mitraillades* lionesas.

Los partidarios abiertos del Viejo Régimen son castigados con genocidio —quizá el primero de Europa—, y en diciembre de este mismo año Westermann, otro de los *représentants*, informa a la Convención: «Ya no existe La Vendée, ciudadanos. Ha perecido bajo nuestra espada libre junto con sus mujeres y niños. No tengo prisioneros que reprocharme»¹⁴. Por entonces el parentesco ideológico y moral de *monopolistes* y «federalistas disgregadores» ha encontrado como expresión idónea la palabra *anthropofagues*, un término curioso para tiempos donde muchos tienen la tentación de comerse al prójimo, pues la carne ha desaparecido de los mercados. En el verano de 1794, un semestre después de que Robespierre saque adelante su plan económico —«la falta de circulación», dijo en noviembre, «se soluciona suprimiendo el interés de la codicia»—, los bienes son por término medio unas diez veces más caros que hace dos años, los *assignés* de 100 libras valen 4 y el interés del dinero «bueno» puede llegar al 20 por 100 mensual¹⁵.

Desde 1791 la producción de hierro, convertida en empresa estatal de armamento¹⁶, es la única que ha experimentado crecimiento. La marina mercante viene a ser un décimo de la previa, y tanto la crisis agrícola como el monopolio de la siderurgia asfixian a la industria en general¹⁷. La caída del Incorruptible y su grupo, a finales de julio, acompaña a un clamor por otro tipo de régimen económico, y los nuevos titulares del poder derogan uno por uno los controles previos. Esto abre la veda para el tipo de negocio espléndido que las condiciones de necesidad extrema abonan siempre, aunque para la gran mayoría del país el ajuste es inevitable y no precisamente halagüeño. No hay otro futuro que más inflación aún, seguida por un desplome general de precios. Primero se evapora el valor de aquello que compra las cosas, y a continuación el de las propias cosas.

II. La senda hacia el Imperio

La Convención se autodisuelve seis meses después de acabar

con Robespierre y el remanente de tribunos intempestivos.

Asomada al abismo, la clase media específica de los

parlamentos previos ¹⁸ ha encargado al incombustible Sieyès una nueva Constitución que reconoce la división de poderes, creando dos cámaras legislativas y un ejecutivo desempeñado por cinco Directores. El signo más visible de la liberalización económica es un círculo de nuevos ricos que llena cafés y teatros básicamente a través de su prole, una generación de señoritos (*jeunesse dorée*) cuya revancha se manifiesta en insultos e incluso agresiones a hebertistas y jacobinos. Esos hijos de papá son los nuevos titulares de la arrogancia.

Mirado algo más de cerca, el Gobierno lo forman el círculo nuevo rico y algunos antiguos inquisidores feroces como Tallien —implacable desde que emerge en 1792 como secretario de la Comuna Insurrecta— o el todopoderoso jefe de la policía secreta, Fouché. La historia recuerda el Directorio (1795-1799) como prototipo de cinismo corrupto, pues pide al empresario paciencia con los «arcaicos» —entiéndase por ello a los jacobinos—, y se compromete con estos últimos a la más estricta pureza en materia de «principios». Pero carga también con la tarea de pasar página alegando lo contrario, y su fraude más ostensible será anular porque sí las elecciones del 97 y el 98. El orgullo nacional sigue en auge, a despecho de la miseria reinante, y exportar la Revolución es tanto más factible cuanto que Robespierre dejó un país con más de un millón de soldados repartidos en doce ejércitos ¹⁹.

Tras un bienio caracterizado a grandes rasgos por el principio de que no debe haber ni pobres ni ricos, en palabras de Saint—Just, los atropellos padecidos por distintos propietarios han dado paso a una consagración incondicional de la

propiedad ²⁰. Pero el movimiento pendular no afecta al rechazo de la democracia en sentido anglosajón, y presenta como gobierno moderado una oligarquía de viejos carniceros convertidos en magnates. Ahora pasan por demócratas unos conservadores tan opuestos como el *enragé* a lo básico del

liberalismo ²¹, que decretan autonomía para los negocios y dictadura para las opiniones y partidos. Antes y después de que reine la guillotina, el criterio dominante niega lo más elemental:

«El buen gobierno no se logra consolidando o concentrando poderes, sino distribuyéndolos. Si nuestro gran país no estuviese ya dividido en Estados habría que proceder a la división [...] Si

la capital hubiese de decidir cuándo hemos de sembrar y cuándo recolectar pronto nos faltaría el pan. Ese reparto de cuidados, que descienden gradualmente de lo general a lo particular, es la mejor manera de organizar la masa de los asuntos humanos»²² .

En efecto, no tarda en promulgarse una ley que suprime toda suerte de comicios provinciales y municipales, confiando al poder central la provisión de cualquier cargo²³ . La atracción del centro succiona a las más diversas periferias, y antes de dar paso a un nuevo autócrata con poderes omnímodos el primer reto del Directorio es la previsible sublevación de París, centro de los centros, acostumbrado a vivir como la Roma del Bajo Imperio de saquear a sus provincias (*départements*). Otros sacrificios al centralismo seguirán siendo viables en el futuro, pero el hundimiento de los assignats interrumpe el reparto gratuito de víveres a principios de 1796, cuando los datos municipales afirman que más de la mitad de sus habitantes están desnutridos, y la canción de moda —compuesta por el comunista Babeuf— comienza con «Muriendo de hambre, muriendo de frío».

1. Nuevas rebeliones y nuevas respuestas. La furia del indigente crece a lo largo de marzo y desencadena dos latigazos populares en abril. Su lema —«Pan y la Constitución del 93»— invoca el *droit de subsistence* descubierto por Robespierre, y exige un retorno a la Ley de Máximos. Estas iniciativas tienen ímpetu bastante para tomar la antigua Convención, pero son deficitarias en liderazgo y hasta en términos de entusiasmo, quizá porque el resultado de las recetas económicas neoespartanas está a la vista. Cuando la Guardia Nacional cerque los barrios obreros de Saint Antoine y Saint Marcel los insurrectos se renderán sin lucha. La amargura del momento queda compensada esa misma primavera por grandes éxitos militares en Bélgica, Holanda y la margen izquierda del Rin. El fenómeno del momento es que el prestigio del credo *sans-culotte* haya entrado en eclipse, y la inyección de recursos que sigue a esas conquistas aviva el orgullo nacional sin avivar el populismo. Desde Luis XVI ha parecido sencillamente sacrílego combatir con tropas regulares cualquier alzamiento de la población civil, cuyas muchedumbres simbolizaban veracidad, espontaneidad y unanimidad. Ahora, sin embargo, los desórdenes públicos que se atribuían sin excepción a «patriotas» pueden presentarse como obra de «asociales», y en la práctica son reprimidos con fuego cruzado de artillería.

A mediados de octubre llega la insurrección llamada monárquica, que según los Directores levanta en armas a unos 135.000 parisinos²⁴. La cantidad parece formidable, y el director Paul Barras (1755-1829), que es de largo el más influyente, responde llamando al ejército y armando a un grupo civil llamado «patriotas del 89», formado básicamente por diputados declarados inelegibles por implicación en masacres, miembros del llamado Ejército del Interior (antiguos batallones de *vérificateurs*) y prácticamente todo el cuerpo de delatores y espías llamado Legión de Policía. Son personas que están en paro sin economato desde febrero, humilladas colectivamente desde abril, y su decepción tras apoyar al Gobierno en octubre les llevará al golpe de Estado que intentan el siguiente mayo, en nombre de un movimiento «panteonista» que es igualitarismo militante.

El brazo firme de la ley opuesto en la práctica a todas esas amenazas es el recién ascendido Bonaparte, que brilla como maestro artillero²⁵ y por la energía que despliega su servicio de inteligencia. Barras le premia con una de sus muchas amantes, Josefina, y el mando de una campaña contra Italia donde se cubrirá de gloria.

III. Vencedores y vencidos

La venerable Hélade sigue presente en el hecho de que las cámaras se llamen Consejo de los Quinientos y Consejo de los Ancianos, aunque tanto ellas como la junta de Directores despachan los asuntos envueltos en sospechas de cohecho y fraude, mientras los esforzados ejércitos revolucionarios luchan no sólo en toda Europa sino en Egipto y Siria. Esto repite número tras número el *Journal de Bonaparte et les Hommes Vertueux* —uno de los tres periódicos controlados por el general—, y en 1799 un golpe de Estado incruento convierte el Directorio en República Consular, una entidad que sigue fiel a la divergencia entre forma clásica y contenido galo-romántico. Los Cónsules romanos eran dos y nombrados por años; los franceses son en principio tres²⁶, pero no tardan en ser uno solo con mandato indefinido, el Primer Cónsul Vitalicio Bonaparte²⁷.

La casa del poder absoluto, supuestamente demolida por la *Révolution*, no ha dejado de fortalecerse a su costa. Ahora toca expresamente revivir las gestas de Carlomagno y Luis XIV, abrazando un destino de eminencia internacional que a cambio de no interrumpir los sacrificios permitirá dictar orden y

órdenes a Europa. Cuando el Consulado se convierta en Imperio, cinco años más tarde, el titular de esa empresa no puede recibir la corona de otras manos que las suyas propias, y el cuadro de Ingres le muestra en su trono áureo con los atributos de una majestad que empequeñece a la del Rey Sol. Curiosamente, el primer monarca francés autocoronado resulta ser alguien que hasta su ingreso en la academia militar era por sangre y vocación un independentista corso ²⁸.

Los verdugos de Luis XVI creían que Julio César fue asesinado por adeptos de la democracia —una peregrina opinión de Rousseau—, y quince años más tarde la patria se confía al equivalente de Octavio Augusto. Otros países abolieron el Viejo Régimen para racionalizar la coacción, y muchos franceses aspiran sin duda a eso mismo. Con todo, un nudo de circunstancias impone revivir antes el tránsito de la Roma republicana a la imperial. Gracias a su gran caudillo, y a fiables veteranos, Francia puede nombrarse tutora de «repúblicas hermanas» que sufragan materialmente su guía ética y política. El Emperador levanta un Arco de Triunfo, transforma a parientes y mariscales suyos en reyes —de España, Holanda, Westfalia y partes de Italia—, ejerce como Protector de Suiza e impone a los Habsburgo que le cedan la mano de María Luisa, una archiduquesa de Austria estrechamente emparentada con María Antonieta.

1. La situación de los negocios. Reinando Luis XVI seguía vigente el derecho canónico en materia de «usura» ²⁹, y la falta de pagarés admisibles hacía que hileras de estibadores eligiesen el mediodía para cruzar de una casa a otra cargando pesadas sacas de monedas. Con el Directorio el interés del dinero es ya legal y los medios de pago se han multiplicado, pero el metálico de calidad vuelve a estar oculto y los *assignats* llegan a valer apenas su precio en papel ³⁰. De hecho, los veinte años que transcurren entre el gobierno de los Directores y el destierro de Bonaparte están marcados por una resurrección mercantil no exenta de paradoja. Aunque el país está provisionalmente ahíto de experimentos colectivistas, sigue siendo una economía de guerra, y el Imperio llega cuando el Estado francés cumple una década de bancarrota. Dicha situación se prolonga con altibajos otra década, concretamente hasta que más de seiscientos mil soldados franceses perezcan en la campaña de Rusia.

Mitigada por saqueos aquí y allá, la insolvencia crónica impone una práctica de mendigar calderilla expuesta modélicamente

por el caso de la llamada Louisiana, un territorio gigantesco³¹ que tras robarse a España se ofrece a una Norteamérica gobernada entonces por Jefferson. La delegación americana aspiraba a comprar el puerto de Nueva Orleans, por el cual pagaría hasta diez millones de dólares, y queda estupefacta al oír que Francia vendería toda la Louisiana por quince si recibe rápidamente el dinero³². Tanta prisa tiene, en efecto, que acepta pagar poco menos de la mitad de esos quince millones a las dos compañías más solventes del momento —la Hope holandesa y el banco Barings de Londres—, vendiendo finalmente la hectárea a seis centavos de dólar. Bonaparte presenta esta operación al país como un ahorro substancial en los gastos militares, pues si los territorios siguieran siendo nacionales deberían ser defendidos de Inglaterra. Jefferson deduce que el Primer Cónsul de la Francia tan admirada por él³³ no es sólo un tirano sanguinario, sino un payaso acuciado por la indigencia.

Por lo demás, Napoleón tiene en la más alta estima el derecho de propiedad, que regula de modo generoso y exhaustivo en su Código civil. Acierta plenamente cuando piensa que esa compilación resulta más meritoria y duradera que ganar sesenta batallas, y da allí rienda suelta a su mentalidad conservadora regulando del modo más tradicional la herencia, el matrimonio y la familia. Más próximo al liberalismo está el Código mercantil, una materia de la cual sabe menos y que por eso mismo puede adaptarse a los usos contemporáneos. Como dice el ponente de la parte dedicada a la letra de cambio:

«Históricamente, este descubrimiento es algo comparable al del compás o América [...] Ha liberado capital mueble, ha facilitado sus movimientos y ha creado un inmenso volumen de crédito. Desde ese instante dejó de haber otros límites que los terráneos para la expansión del comercio»³⁴.

Si la *Révolution* no ofreciese tantos ejemplos de equivocidad podría parecer incoherente que Bonaparte quisiera desplegar las alas del comercio francés manteniendo al país como gendarme y cobrador de Europa, pues ha tenido varias oportunidades para concertar una paz duradera y las ha rechazado todas. Los gastos militares repercuten como un cuanto de dificultad añadido a cada empresa, y por si eso fuese poco las Constituciones napoleónicas retornan al centralismo cerrado que informa tanto a la monarquía absoluta como a la

república neoespartana. El Emperador es tradicionalista, y en privado no vacila en decir que «la Revolución fue un ejercicio de vanidad, con la libertad como pretexto»³⁵, pero la *grandeur* incluye un panteón patriótico donde Marat y otros pobristas fervientes deben ocupar puestos de máximo honor. Para el empresario este conjunto de circunstancias equivale a estar rodeado por una cadena de absurdos, que le mandan someterse al dirigismo y le exponen simultáneamente al desprecio y la sospecha. Para ser algo más exactos, Waterloo llega antes de que Lyon y los grandes puertos franceses del Mediterráneo y el Atlántico se recuperen del ataque padecido en 1793, que interrumpe su desarrollo no ya años sino décadas.

La articulación de unas cosas con otras puede considerarse «responsable del rendimiento económico un tanto decepcionante del país en los próximos cien años»³⁶. La vida cotidiana fue quizá siempre más cómoda en Francia que en Inglaterra y Alemania, aunque el desempeño industrial y comercial de esos vecinos les asegura avances más sostenidos en renta. Todavía a mediados del siglo XX el canciller alemán de la posguerra, Adenauer, ironiza diciendo que el estilo acorde con la *grandeur* gala es viajar en primera con billete de segunda.

2. Los estigmas de la gloria. Probablemente el primer europeo que se declaró tribuno grecorromano fue la gran estrella del foro Simon Linguet (1736-1794), un populista nostálgico del medieval pasado por la guillotina tres semanas antes que Robespierre. Los anales le recuerdan por una «técnica de arenga para multitudes» basada en lemas de efecto bombástico o infalible, entre los cuales está que «amar a la patria excluye amar el dinero»³⁷. Sus minutas estaban lejos de adaptarse a ese criterio³⁸, y no hay constancia de que sus compatriotas mirasen o miren el céntimo menos que otros europeos. Se diría que la diferencia reside más en grado de discordia, unido a un gusto invariable por la declamación.

Siglo y medio antes la corriente cartesiana había resucitado el dualismo con una cesura absoluta entre materia extensa y materia pensante, y llegó a inventarse una víscera imaginaria —la glándula pineal— para explicar cómo los corpúsculos materiales y los pensantes iban comunicándose noticias. Trasladada a ética y teoría política, esta heterogeneidad absoluta propone la materia extensa como cosa inerte en general y devuelve el patetismo que los gnósticos llamaban ebriedad de lo inaudito. Como se ha dicho desde Tocqueville,

«la revolución francesa procedió a la manera de las revoluciones religiosas»³⁹, incorporando al proceso civil una carga de ecumenismo e intolerancia hasta entonces reservada a un par de credos monoteístas.

Otras democracias tuvieron como nexo de unión para sus ciudadanías que el Estado ni tuviese religión ni se pareciese en nada a una secta, donde siempre resulta esencial cierto mesías y un programa de salvación. Original siempre, la *Révolution* funda sus actos en mandatos del Ser Supremo, procede con una fe inasequible al desaliento e inaugura el fanatismo político rechazando por sistema los desmentidos de la experiencia. Un contemporáneo observó que dicho giro sólo podía producir «un vacío cortejado por la usurpación de un tirano militar, dando ocasión a esas atrocidades que desmoralizaron a las naciones del mundo y destruyeron —y destruirán todavía— a millones y millones de sus habitantes»⁴⁰.

No pudo estar más en lo cierto, pues parte del censo insistiría en pensar y obrar sin ser dirigido, mientras otra parte contrapondría número de votos a auténtica voluntad del pueblo para imponer lucha a muerte. Llamativamente, el respeto por la iniciativa privada debe esperar a los códigos napoleónicos, cuando libertad mercantil no supone libertad de prensa o asociación. Como demostrará el primer ensayo de sufragio universal (masculino) —que se hace esperar hasta 1848—, el credo *sans-culotte* no es un sentimiento mayoritario ni siquiera entre los más desfavorecidos, pero sí la bandera ya permanente de intelectuales, estudiantes y algunos proletarios. Dicho grupo entiende que la Revolución cesó antes de instaurar justicia social, y hasta qué punto París es fiel a ello lo indican posteriores explosiones de dictadura *communard*, desde la sublevación de 1830 a las Comunas de 1848 y 1871.

Lejos de ventilarse en los treinta años mencionados por Jefferson o en los cincuenta atestiguados por Tocqueville, el impulso que llama a la igualdad montañesa se prolonga poco menos de un siglo, con reviviscencias que llegan a Mayo del 68. Aún hoy los manuales franceses de enseñanza media dicen que la verdadera Constitución revolucionaria fue la nunca promulgada de 1793, pues sólo ella declara el *droit de subsistence*. Concebir el quinquenio álgido como un fenómeno que fue radicalizándose de alguna manera sin querer, acosado por la agresión extranjera y el sabotaje de los aristócratas, tiene como principal inconveniente el desmentido de los hechos. Fue Francia quien declaró la guerra a toda Europa porque quiso, quien decidió que emigrar merecía confiscación y quien no

tardó en prolongarlo a cualquier pariente del exilado. Lejos de ser una consecuencia no pretendida, la *Révolution* «atiende desde el principio a un código de valores cristiano—igualitarios, agresivamente antimerchantil y antiliberal»⁴¹.

Si se prefiere, el Terror es un Sermón de la Montaña aligerado de caridad y expuesto en términos bélicos, tan sempiterno como otras recetas de redención. Analizar la composición y el voto de las sucesivas asambleas revolucionarias nos ha servido para comprobar que en ningún momento esta receta se acercó a una mayoría simple, y su componente religioso brilla con especial fulgor en el hecho de que se considerase siempre una expresión de la «voluntad general». Debía exterminar al parásito insolidario, aunque se cebó con campesinos e industriales fundamentalmente:

«Arrasó ante todo las áreas de gran crecimiento: los puertos de ambos mares, las ciudades textiles del norte y el este, la gran metrópolis de Lyon. La <bourgeoisie> que la historia marxista presenta como beneficiario esencial del proceso fue, de hecho, su principal víctima»⁴².

IV. El comunista profesional

François-Nöel Babeuf (1760-1797), que adoptó como alias el nombre de Graco, tribuno del pueblo, fue hijo de campesinos humildes y empezó trabajando en la oficina del catastro, donde compuso un largo texto sobre reforma agraria que no leyó prácticamente nadie. Condenado por falsedad documental en tiempos de Robespierre, abominó de sus métodos mientras estuvo preso, aunque beneficiarse de una amnistía⁴³ y palpar la calle le hizo reconsiderar las ventajas del Terror. En la cárcel había leído el *Código de la Naturaleza* de Morelly —creyéndolo escrito por Diderot—, que acabó de perfilar sus ideas sobre la justicia. Desde entonces supo que la Naturaleza ha dado a todos los hombres el mismo derecho a disfrutar de todos los bienes⁴⁴. Los evangelios mandan vender las posesiones para repartir ese dinero entre los pobres, y Babeuf actualiza el precepto del siguiente modo:

«Todo ciudadano que rinde todas sus posesiones al país es miembro de la gran comunidad nacional, que garantiza a sus miembros todas sus necesidades. La gran comunidad impondrá

trabajo obligatorio a quienes hayan dado mal ejemplo por pereza, lujo y conducta laxa, y sus bienes serán confiscados. Quien acepte pago o tesoros será castigado severamente»⁴⁵.

Lo novedoso es una praxis que asegura la Gran Comunidad «formando «revolucionarios profesionales para un asalto relámpago al poder»⁴⁶. En cosa de un año las actitudes han cambiado tanto que esta tesis le vale a Babeuf no ser admitido en el club jacobino —por *égorgueur* («degollador»)—, algo tanto más amargo cuanto que sus viejos amigos Tallien y Fouché, *égorgueurs* eminentes otrora, ocupan las cumbres del poder y hacen gala de moderación. Está a punto de olvidarse que la llama revolucionaria se apagará si el rico deja de ser considerado enemigo del pueblo, y que triunfará el contrarrevolucionario si la sociedad formada por desiguales no es sustituida sin demora por una dictadura de iguales. Calculando que en Francia hay veintidós millones de oprimidos por un millón de opresores⁴⁷, el grupo de Babeuf presenta al país en 1795 un texto redactado por el literato S. Maréchal —entonces tenido por eminencia de las letras— bajo el título *Libertad política: igualdad económica*:

«¡Exigimos igualdad real o muerte, y la tendremos a cualquier precio! La Revolución es sólo la precursora de otra mayor y más solemne, que será la última [...] Perezcan todas las artes mientras subsista la igualdad real. El bien común es la comunidad de bienes. ¡Desaparezca para siempre la repugnante distinción entre ricos y pobres, gobernantes y gobernados! Dicen que sólo queremos saqueo y masacre, pero la sagrada empresa que organizamos sólo apunta a terminar con la miseria pública. [...] Vuelven los días de la restitución general. ¡Pueblo de Francia, te corresponde la forma más pura de toda gloria! ¡Sí, eres tú quien podrá ofrecer al mundo este conmovedor espectáculo! [...] Los amantes del poder absoluto no se avendrán a la igualdad real, pero ¿qué pueden unos pocos miles de descontentos contra una masa de personas felices sin excepción, sorprendidas al hallar la dicha al alcance de su mano? ¡Pueblo de Francia! Abre tus ojos y tu corazón a la plenitud de la felicidad, reconoce y proclama con nosotros la República de los Iguales»⁴⁸.

Mientras difunde este texto, Babeuf se aplica a organizar un «Directorio secreto de salud pública», que en 1796 intenta alzar en armas a unos diecisiete mil hombres. La maniobra fracasa antes de empezar, infiltrada por un topo del entonces general Bonaparte, haciendo que caigan en manos de la policía no sólo todos sus jefes⁴⁹ sino documentos teóricos y tácticos. Sigue a ello un juicio público donde la prueba incriminatoria básica es el propio plan del golpe, que insiste en matar sin dilación a cualquier disconforme. Babeuf alegará el último día de la vista oral: «Sólo se me acusa de resistir a la opresión, como Jesús el galileo, que predicó la igualdad, y Licurgo, que se exiló para no ser sacrificado por aquellos a quienes benefició»⁵⁰. Esto no le libra de una condena a muerte que se cumple en 1797. El corso P. Buonarrotti —uno de sus cómplices— escapa con prisión perpetua gracias a un remoto parentesco con Napoleón, y casi treinta años más tarde publica *La conjura de los iguales* (1824), un extenso texto que inspira a todas las generaciones posteriores de comunistas.

Entre los papeles que le fueron incautados con ocasión de su arresto destacan piezas como *Análisis de la doctrina del tribuno Babeuf, proscrito por decir la verdad*, la *Carta de la Francia libre a su amigo el Terror* o el escrito llamado *Comercio*, donde entre otras cosas afirma que «la República no acuña dinero»⁵¹. Se ha especulado con la traición de Barras a los Patriotas del 89 —que acabarían formando la Unión del Panteón y el movimiento encabezado por Babeuf—, pero la carta de éste dos días después de ser encarcelado ayuda a entender por qué Barras le consideró «un gran tonto».

«¿Qué pasaría, Directores, si este asunto pasase a la luz pública? ¡Que se me encomendaría el papel más glorioso! Demostraría con toda la fuerza del carácter, con toda la energía que como sabéis poseo, la rectitud de la conspiración que encabezo [...] ¿Os opondrías a toda la gran secta sans-culotte que no se ha dignado aún considerarse vencida? Si perdéis el apoyo de los patriotas quedaréis solos ante los monárquicos.

La muerte o el exilio serían mi senda hacia la inmortalidad, que recorreré con celo heroico y religioso, pero eso no asegura la salvación de la República. Sólo veo una senda sabia para vosotros: declarar que nunca hubo una conspiración seria. Mi habitual franqueza puede

garantizaros la paz, pues sabéis hasta qué grado llega mi influencia sobre los *sans-culotte*.

Graco» ⁵².

Para entonces hay monárquicos no menos que comunistas en cada familia, como una década antes aconteciera durante la revolución báltava. La principal novedad del caso es que el posibilismo no se persiga como complot, y que vuelva a la palestra el desterrado término medio. Al sueño de Marat le esperan dos décadas de eclipse y los planteamientos de Saint—Simon, un liberal coetáneo de Babeuf que es también el primer pensador «socialista». Larga vida espera al socialismo, que acogerá a partidarios de la libertad en sentido negativo tanto como en sentido positivo, reproduciendo una vez más no sólo la guerra sino el equívoco milenarismo. Pero el propio decurso histórico no deja de proponer ese dilema con creciente nitidez. Para empezar, Saint—Simon construye el concepto de sociedad industrial al mismo tiempo que analiza el episodio grandioso y trágico comprendido entre la toma de la Bastilla y el desenlace de Waterloo. Piensa que ese rapto de autoimportancia y simplismo partió de su país en buena medida, pues «los autores de la *Enciclopedia* no indicaron qué idea debía adoptarse para sustituir al Antiguo Régimen desacreditado por ellos» ⁵³.

NOTAS

1 - Jefferson 1987, p. 102.

2 - Robespierre, en Soboul 1983, p. 655.

3 - «Las expresiones *monsieur* y *madame* serán sustituidas siempre por ciudadano y ciudadana», ordena un decreto de la Convención (10/10/1792). También se impone que el rey y la reina de la baraja sean sustituidos por «un genio de la guerra» y «una libertad de las artes» respectivamente. Las estereotipadas vírgenes de parroquia rural se transforman por ley en efigies de la Francia Republicana, con dos cambios: los senos se desnudan y la cabeza —dejando intacta el aura— se corona con el gallo gálico.

4 - Ser la amante de Tallien y refrenar sus impulsos carniceros salva a innumerables gentes de Burdeos y luego de París, donde se la conocerá como Nuestra Señora de Thermidor. La

pasión que inspira a Tallien —del cual se divorciará algo después— precipita el golpe de ese mes e interrumpe así el reino del Terror, pues el grupo de Robespierre pretende guillotinarla y su esposo prefiere morir a verla muerta. Cf. Escohotado 1941, p. 112-130.

5 - Cf. Schama 1989, p. 707.

6 - Discurso a la Asamblea Legislativa del 29/11/1792.

7 - Cf. Schama 1989, p. 708.

8 - Ibíd, p. 709.

9 - Sobre el sentido del término véase antes, p. 423-425.

10 - Cf. Soboul 1983, p. 655.

11 - No tarda en surgir un lobby basado en que los assignats puedan adquirirse a crédito, desembolsando inicialmente sólo una fracción de su precio. Dicho grupo apoyaría siempre declaraciones de guerra a nuevos países, pues con una Francia hipotecada a esos gastos siempre habría maneras —por ejemplo, suscribiendo nuevas emisiones de asignados— de postergar los reembolsos; cf. Soboul 1983, p. 656.

12 - Cf. Schama 1989, p. 758.

13 - A partir de ese momento pasa a ser un protegido de Robespierre, amigo íntimo de su hermano Agustín.

14 - Westermann, en Schama 1989, p. 788.

15 - Cf. Armand y Maublanc 1940, p. 17.

16 - Cf. Greenfeld 2001, p. 145.

17 - Cf. Soboul 1983, p. 688.

18 - Una ley de octubre de 1795 sigue excluyendo del cargo público no sólo a emigrés sino a cualesquiera parientes suyos, emigrados o no; cf. Soboul 1983, p. 657.

19 - Ibíd, p. 655.

[20](#) - La nueva Constitución establece que «la propiedad es el fundamento que sustenta el cultivo de la tierra, cualquier producción, todos los medios laborales y el conjunto del orden social» (art. 8).

[21](#) - A saber: 1) que el Estado debe estar abierto siempre a cualquier cambio democrático; 2) que la mayoría debe gobernar en todo caso, aunque sin privar a las minorías de su derecho a existir y expandirse en cuanto tales; 3) que ningún pretexto justifica coartar el derecho ciudadano de oponerse a la opresión, una facultad preservada por prensa libre, asociaciones libres y el recurso a la desobediencia civil.

[22](#) - Jefferson 1987, p. 89-90.

[23](#) - En febrero de 1800. Cf. Soboul 1983, p. 659.

[24](#) - Cf. Belfort Bax 1911 (2006), c. 2.

[25](#) - «Simple perdigonada», en palabras de Bonaparte, el efecto de sus cañones sobre los insurrectos de 1795 supera por diez o más el de 1792, cuando la Guardia Nacional usó sus fusiles para defenderse de otra masa (deseosa de linchar a Luis XVI). Dos años después el gran Bailly —alcalde en 1792— sería guillotinado bajo la acusación de no evitarlo; pero la historia conmemorativa recuerda a los muertos de un evento como mártires y a las del otro como traidores, anulando cualquier comparación numérica.

[26](#) - Sieyès, Ducos y Bonaparte.

[27](#) - Este paso es precedido por una consulta al censo electoral de aquellos momentos, que arroja una mayoría colosal: 8.354 votos en contra y unos 3.550.000 a favor. El plebiscito de 1804, que sigue a su coronación como Emperador, reduce los partidarios del «no» a una cuarta parte (apenas 2.500); cf. Soboul 1983, p. 660.

[28](#) - Vástago de una familia toscana en origen, Napoléon Buonaparte vino al mundo precisamente en 1769, cuando Francia invadió una Córcega hasta entonces unida a la república de Génova. El dialecto corso y el italiano fueron sus primeras lenguas, y teniendo veinte años escribió a su amigo Pasquale de Paoli, líder de la resistencia independentista: «Nací cuando mi país agonizaba. Treinta mil franceses desembarcaron en nuestras costas, ahogando el trono de la libertad en un mar de

sangre: ése fue el espectáculo que ofendió mis ojos infantiles»; Napoleón, en Durant 1975, p. 91.

[29](#) - La última confirmación del Vaticano en ese sentido había sido la bula *Vix Pervenit* (1754).

[30](#) - En marzo de 1796 serán sustituidos por *mandats*, que al mes siguiente valen sólo el 1 por 100; esto significa cumplir en treinta días la depreciación que el *assignat* experimentó a lo largo de tres años; cf. Soboul 1983, p. 657.

[31](#) - Algo superior a los dos millones de kilómetros cuadrados, que se extendía desde el Golfo de México hasta la frontera canadiense, ocupando casi la mitad del actual país.

[32](#) - Cf. *Wikipedia*, voz «Louisiana purchase».

[33](#) - «Su altura intelectual, las disposiciones comunicativas de sus hombres de ciencia, la cortesía de los modales comunes, la soltura y vivacidad de su conversación, proporcionan a la sociedad francesa un encanto que es imposible hallar en ninguna otra parte»; Jefferson 1987, p. 116.

[34](#) - Cf. Hirschman, 1997, p. 174.

[35](#) - En R. Amón «Vuelta de tuerca a la Revolución francesa», *El Mundo*, 24/3/2008, p. 36.

[36](#) - Greenfeld 2001, p. 153.

[37](#) - Linguet, en Greenfeld 2001, p. 150.

[38](#) - Al contrario, sabemos que reclamó y cobró —aprovechando el auge de la Montaña— veinticuatro mil libras al duque D'Aiguillon; cf. Schama 1989, p. 167-169. El movimiento Otro Mundo es Posible ha rescatado lemas suyos adicionales, como que «el jornal esclaviza» o «el mercado es la prisión»; cf. *Wikipedia*, voz «Esclavitud del salario».

[39](#) - Tocqueville 1987, vol. I, p. 59.

[40](#) - Jefferson 1987, p. 111.

[41](#) - Schama 1989, p. 611.

[42](#) - *Ibíd*, p. 787.

[43](#) - La decretada al disolverse la Convención.

[44](#) - Cf. Cole 1975, vol. I, p. 28.

[45](#) - Babeuf, memorando llamado *Igualdad, libertad y bienestar universal*; cf. la página web *Belfort Bax: Babeuf* (1911).

[46](#) - Cf. Cole 1975, vol. I, p. 26-29.

[47](#) - En el *Tribuno del Pueblo* de noviembre de 1794; cf. Fetscher, 1987, p. 62.

[48](#) - Maréchal, en *Belfort Bax: Babeuf* (1911), cap. V.

[49](#) - La plana mayor está compuesta por los montañeses Debon (feroz *représentant-en-mission* de la Convención en Arras), el impetuoso Darthé y Lepelletier (alguien ávido de venganza al ser hermano del primer asesinado por contrarrevolucionarios), que están todos en las listas de diputados inelegibles por implicación en alguna atrocidad durante el Terror.

[50](#) - Babeuf, en *Belfort Bax 1911* (2006), cap. VI.

[51](#) - *Ibíd*, caps. 2-4.

[52](#) - *Ibíd*, cap. 6., A despecho de componer una biografía hagiográfica, Belfort Bax considera que «la misiva no fue muy sabia o digna de las circunstancias».

[53](#) - Saint-Simon 1971, p. 111.

Fin del volumen primero



© Antonio Escotado 2008
LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO
<http://www.escotado.org>

Development Sciences Network Presence
www.catalanhost.com

Los Enemigos_{del} Comercio

LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO

ÍNDICE GENERAL

Introducción

- I. Aplicando el principio de continuidad
 1. *El lecho de Procusto como sobredeterminación*
 2. *El cambiante estatuto del trabajo*
 3. *La sempiternidad del mensaje*
- II. El fin y los medios
 1. *Paraíso y pobreza como cuencas de atracción*
- III. Los resortes de la riqueza
 1. *La distancia estética como condición*

SECCIÓN PRIMERA. DE CÓMO LA PROPIEDAD PRIVADA NO FUE DISCUTIDA NI EN GRECIA NI EN ROMA

1. Democracia y demagogia

- I. Religión y orden social
 1. *Los estamentos antiguos*
 2. *El salto al civismo*
- II. El estatuto del trabajo y el comercio
 1. *Realimentando la discordia*
- III. Expropiadores, colectivistas y moderados
 1. *Comunismo aristocrático*
- IV. Dos conceptos para la democracia
 1. *La singularidad ateniense*
 2. *La singularidad espartana*
- V. Grecia como precedente revolucionario
 1. *Miseria y redención*

2. La república aparente

- I. Civismo y barbarie

- I. Los valores «viriles»
- II. La fijeza del ritual
 1. *El estatuto del siervo*
- III. Agricultura, negocios, crédito
 1. *El tejido económico y los 16 linajes*
- IV. Las guerras sociales
 1. *Subarriendo y subvenciones*
 2. *Ruinas ligadas al éxito*
- V. Transición al Imperio
- VI. Los bárbaros del Norte
 1. *Celtas y germanos*
 2. *Costumbres y evolución*
 3. *La libertad como ética y estética*
 4. *Crímenes y castigos*

3. Los pilares del Imperio

- I. Alcance y fundamentos del progreso
 1. *Un monetarismo rudimentario*
 2. *La fragilidad del cambio*
- II. El esfuerzo civilizador
 1. *La carga del volumen*
- III. Entre la simplificación y el abismo
 1. *Masas contra masas*
- IV. Frenesí disciplinario

SECCIÓN SEGUNDA. DE CÓMO LA PROPIEDAD EMPIEZA A PARECER PERNICIOSA

4. El pueblo elegido

- I. Teología y novela familiar
 1. *Legalismo y populismo*
 2. *La herencia común*
- II. Entre la tribu y el Estado
 1. *La ruptura con el helenismo*
 2. *La vida en el exilio y en la Tierra Prometida*
- III. La lógica mesiánica
 1. *La pleamar del fanatismo*

5. Integrismo y pobrismo

- I. Una secuencia de reyes-mesías militares
 1. *Secuelas de la gran batalla*
- II. Las fraternidades locales
 1. *Los enemigos originales del comercio*
 2. *El elemento fóbico*
- III. El pobrismo
 1. *Nazarenos y ebionitas*
- IV. El programa ebionita
 1. *El mérito de no tener mérito*

2. *Abundancia y milagro*

V. *La nueva fe*

6. Una religion para el ocaso de Roma

I. *La comunidad del amor*

1. *Venganzas recíprocas*

II. *¿Quién mató al Cristo?*

1. *El pueblo paria*

III. *Caudal y ambigüedad del mensaje evangélico*

1. *Teología y humanismo*

2. *Las primeras comunas*

III. *El cristianismo operativo*

1. *Cambios en la opinión pública*

IV. *Lo divergente converge*

1. *Reorganizando la miseria*

2. *La militarización del comercio*

7. Un Imperio cristiano

I. *Del rey divino al César-Papa*

1. *Cristianos y católicos*

II. *Novedades fiscales y finanzas*

III. *El colapso del paganismo*

1. *Las razones del politeísta*

2. *El príncipe-pontífice*

IV. *La consolidación del dogma*

1. *Una revolución cultural*

8. Marginales, adaptados y herejes

I. *El disidente modélico*

II. *La eclosión del monacato*

1. *Bandas de anacoretas y turismo piadoso*

III. *Los primeros Padres*

1. *Una teoría de la propiedad y la compraventa*

2. *Hacia un compromiso con el poder político*

SECCIÓN TERCERA. DE CÓMO LA PROPIEDAD DEJÓ DE TRANSMITIRSE POR CONTRATO

9. La paz de Dios como sistema social

I. *Los paradójicos bárbaros*

1. *El reparto de tierras*

II. *Construyendo la sociedad pobrista*

1. *Recortes en la facultad de disponer*

2. *Aislamiento e independencia*

3. *La desaparición del comerciante*

III. *El rito de admisión*

1. *Nuevas entidades de población*

2. *Cristianismo y esclavitud*

10. Tres marcos externos

I. El Imperio oriental

1. *Un periodo expansivo*

II. El bizantinismo

1. *Economía y sociedad*

III. El monoteísmo

1. *La genealogía árabe*

2. *El credo como Estado*

IV. Fraternidad y discordia

1. *Algunas instituciones*

V. Un apunte sobre Extremo Oriente

1. *El poder del capricho*

2. *Derecho y legislación*

11. En el reino de la autarquía

I. Telones, caminos y especias

1. *El capital humano*

II. Particularidades y entidad del tráfico

1. *Interpretaciones y entorno del proceso*

III. Producto, productividad y colectivismo

1. *Héroes y fabuladores*

IV. Los sacramentos medievales

1. *El fermento del cambio*

SECCIÓN CUARTA. DE CÓMO LA PROPIEDAD FUE HALLANDO MODOS DE PROTEGERSE

12. Antídotos para el aislamiento

I. Los primeros emporios

1. *La serenidad del tráfico*

II. La perla del islam

1. *Su fractura interna*

III. Las sociedades mercantiles iniciales

1. *Los empresarios autóctonos*

2. *Nuevos emporios*

IV. La ciudad-mercado

1. *Los moradores del burgo*

V. Hacienda y entusiasmo en los nuevos núcleos

13. La semilla de una clase media

I. Arbitrajes espirituales y arbitrajes materiales

1. *Los resortes de la afluencia*

2. *Explotando el despilfarro*

II. Usura e interés del dinero

1. *El salto en inventiva e industria*

III. La organización sin organizador

14. El estremecimiento íntimo

- I. Más de un diagnóstico para la crisis
 - 1. *La tendencia apostólica*
- II. Mansedumbre y furia
 - 1. *El comunismo de los párvulos puros*
- III. Los derechos del laico
 - 1. *El proto-protestantismo*
- IV. El movimiento valdense
 - 1. *Un precoz cultivo del término medio*
- V. El pobrismo ortodoxo
- VI. Los herejes panteístas
 - 1. *El grupo inicial*
 - 2. *Su variada descendencia*

15. El estremecimiento íntimo (II)

- I. En la cumbre del patetismo
 - 1. *Pormenores y consecuencias*
- II. El proceso industrial
 - 1. *Telares y finanzas*
- III. La asimilación de grandes cataclismos
 - 1. *Corto y largo plazo*
- IV. Hacia un poder civil
 - 1. *El dinero del siervo*

16. La secuencia revolucionaria

- I. Luchas sociales en Francia
 - 1. *Derivación rural y recidivas*
- II. Luchas sociales en Florencia
 - 1. *La inercia oligárquica*
- III. La gran revuelta inglesa
 - 1. *De Londres a Praga*
- IV. La revolución husita
 - 1. *El comunismo naturalista*
- V. La revolución en Alemania
 - 1. *El profeta enciclopédico*
 - 2. *Los profetas burgueses*
 - 3. *La organización comunal*

SECCIÓN QUINTA. DE CÓMO EL CRISTIANISMO DEJÓ DE SER POBRISTA

17. Católicos, protestantes y puritanos

- I. Una transformación invisible
 - 1. *El criterio de Roma*
 - 2. *Católicos civilizados*
- II. La conquista de los océanos
 - 1. *Liquidez sin tejido económico*
- III. La perspectiva reformista
 - 1. *Profesión y vocación*

2. *La ambigüedad inicial*

IV. Puritanismo y civismo

1. *Los bautistas apacibles*

2. *Aceptando el más acá*

18. Utopía y finanzas

I. Las primeras utopías

1. *La prolongación del monasterio*

2. *La sociedad nivelada, el desarrollo a gran escala y el estado del crédito*

II. Nuevos retos para el pueblo paria

1. *Del medievo a la modernidad*

2. *La última diáspora*

III. La lógica del descubrimiento

1. *Tenderos y aventureros*

IV. La corporación mercantil

1. *Una multiplicación del efectivo*

2. *Los bancos de inversión*

19. El coloso minúsculo

I. Algunas curiosidades

1. *Una aristocracia del conocimiento*

II. Navegando el riesgo

1. *Del maremoto a la intermediación*

III. La bolsa y la vida

1. *El acrecimiento sutil*

IV. Nada dura para siempre

1. *La Revolución batava*

20. De la práctica a la teoría

I. Atajos hacia la riqueza

1. *La escuela mercantilista*

II. Demoliendo el dogma del metálico

1. *Primeras intuiciones del equilibrio*

III. Seres de tercer tipo

1. *Un amigo del comercio*

IV. La rivalidad comercial

1. *Otro amigo del comercio*

V. Pasiones e intereses

SECCIÓN SEXTA. DE CÓMO FUE PRECISO ELEGIR ENTRE ABSOLUTISMO Y LIBERALISMO

21. Una ilustración ambigua

I. Máquinas y poblaciones

1. *Perspectivas sobre el Progreso*

II. La Ilustración philosophe

1. *Los economistas franceses*

III. El comunismo ilustrado

1. Regresando a lo natural

22. Liberalismo y revolución

I. Construyendo la democracia

1. El contrato social como hipótesis

2. El interés común como hipótesis

II. La república democrática

1. El derecho de insumisión

III. La libertad como armonía

1. El proceso autoorganizador

2. Fines no pretendidos

3. La paradoja del valor

IV. Presente y futuro

23. Francia como singularidad

I. La Hacienda del Viejo Régimen

1. Proyectos de reforma

II. La voz popular

1. Legisladores y conquistadores

III. El corazón de las masas

1. Parricidio y refundación nacional

SECCIÓN SÉPTIMA. DE CÓMO RESURGIÓ EL COMUNISMO

24. Jacobinos y colectivistas

I. El tercer parlamento

1. Nuevos métodos

II. La última asamblea

1. Una cuestión de procedimiento

III. El reino de la virtud

1. Ajustes de cuentas

25. La purga apocalíptica

I. Los fundamentos de una ciudadanía castrense

1. El dualismo romántico

2. Lo objetivo y lo subjetivo

II. Credo y temperamento del tribuno francés

1. El paternalismo visceral

2. El ebionismo militante

III. El ideario jacobino

1. Ley social y teología

2. Verbo ardiente, frialdad con la vida

IV. Versiones sobre la religión civil

26. La revolución traicionada

I. Pagarés y metálico

1. La economía obligatoria

II. La senda hacia el Imperio

1. Nuevas rebeliones y nuevas respuestas

III. Vencedores y vencidos

1. La situación de los negocios

2. Los estigmas de la gloria

IV. El comunista profesional

Bibliografía

Índice analítico

Índice general

© Antonio Escotado 2008
LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO
<http://www.escotado.org>

Development Sciences Network Presence
www.catalanhost.com



LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO

BIBLIOGRAFÍA CITADA ¹

- Abercrombie N., Hill S. y Turner B.S., *The Dominant Ideology*, Allen & Unwin, Londres, 1980.
- Adorno, T. W., *Filosofía y superstición*, Alianza/Taurus, Madrid, 1972.
- Adorno, T. W., *Minima moralia*, Taurus, Madrid, 1987.
- Adorno, T. W., *The Authoritarian Personality*, Wiley & Sons, Nueva York, 1964, 2 vols.
- Adorno, T.W. y Horkheimer, M., *Dialéctica del iluminismo*, Sudamericana, Buenos Aires, 1987.
- Agostini, A., *La pensée politique de Jacques-René Hébert*, Presses Universitaires d'Aix-Marseilles, 1999.
- Aguilera-Barchet, B., *Historia de la letra de cambio en España*, Tecnos, Madrid, 1989.
- Aguirre, J., Prólogo a W. Benjamin, *Iluminaciones III*, Taurus, Madrid, 1975.
- Aquino, Tomás de, *Summa Theologica*, B.A.C., Madrid, 1951.
- Anes, G., Introducción a De la Vega 1986.
- Arendt, H., *La condición humana*, Paidós, Barcelona, 1993.
- Arendt, H., *On Revolution*, Penguin, Londres, 1990.
- Armand, F. y Maublanc, R., *Fourier*, FCE, México, 1940.
- Aron, R. y Crossman, D., *Le Dieu des ténèbres*, Calmann-Levi, París, 1950.
- Bakunin, M., *Escritos de filosofía política*, Alianza, d, 1978, 2 vols.
- Barraclough, H. (ed.), *Gran atlas de historia*, Ebrisa, Barcelona, 1985, 12. vol.
- Bastiat, F, *Selected Essays on Political Economy*, Van Nostrand, Nueva Jersey, 1964.
- Bécarud, J. y Lapouge, G., *Los anarquistas españoles*, Anagrama, Barcelona, 1972.
- Belfort Bax, E., *Marat: The People's Friend*, Londres, 1900; versión online en marxists.org/archive/bax.
- Benjamin, W., *Imaginación y sociedad. Iluminaciones I*, Taurus, Madrid, 1998

- Benjamin, W., *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II*, Taurus, Madrid, 1998.
- Benjamin, W., *Tentativas sobre Brecht. Iluminaciones III*, Taurus, Madrid, 1975.
- Benjamin, W., *Para una crítica de la violencia. Iluminaciones IV*, Taurus, Madrid, 1998.
- Berlin, I., *Karl Marx*, Alianza, Madrid, 1988.
- Berlin, I., *El sentido de la realidad*, Taurus, Madrid, 1998.
- Berlin, I. *Dos conceptos de libertad y otros escritos*, Alianza, Madrid, 2001.
- Bien, D.D. "Offices, Corps and a System of State Credit: The Uses of Privilege Under the Ancien Regime", en K.M. Baker (ed.) *The Political Culture of the Old Regime*, Oxford University Press, Oxford, 1987.
- Bloch, E., *Thomas Müntzer, teólogo de la revolución*, Antonio Machado Libros, Madrid, 2002.
- Bloch, M., *Feudal Society*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1961.
- Bloom, H., *El libro de J*, Interzona, Barcelona, 1995.
- Bloom, H., *Jesús y Yahvé. Los nombres divinos*, Taurus, Madrid, 2006.
- Boardman, J., Griffin, J. y Murray, O., *Historia Oxford del mundo clásico*, Alianza, Madrid, 1988.
- Boswell, J., *Life of Samuel Johnson*, University of Chicago, Chicago 1952 (1791).
- Braudel, F., *Civilization & Capitalism*, University of California Press, Berkeley, 1992. Vol. I: *The Structures of Everyday Life*; vol. II: *The Wheels of Commerce*; vol. III: *The Perspective of the World*.
- Brecht, B., *Poemas y canciones*, Alianza, Madrid, 1974.
- Bueno, G., *El mito de la izquierda*, Ediciones B, Barcelona, 2003.
- Burner, D., *Making Peace with the Sixties*, Princeton University Press, Princeton, 1996.
- Cameron, A., *El Bajo Imperio romano*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2001.
- Camus, A., *L'Homme revolté*, Gallimard, París, 1950.
- Cantillon, R. *Essai sur la nature du commerce en général*, Fletcher Gyles, Londres, 1755.
- Cannan, E., *A Review of Economic Theory*, P.S. King, Londres, 1929.
- Caron, P., *Les massacres de septembre 1791*, Albin Michel, París, 1935.
- Castañeda, J., *Biografía del Che. Una vida en rojo*, Alfaguara, Madrid, 1997.
- Chevalier, L., *Classes laborieuses et classes dangereuses à Paris pendant la première moitié du XIX siècle*, Plon, París, 1958.
- Cipolla, C.M., *Historia económica de la Europa preindustrial*, Crítica, Barcelona, 2003.
- Compilación cronológica de leyes y decretos del Presidium del Soviet Supremo y órdenes del gobierno de la URSS*, Ediciones Internacionales, Moscú, 1940.
- Cohn, N., *The Pursuit of the Millenium*, Secker & Warburg, Londres, 1957.
- Constant, B. *Del espíritu de conquista*, Tecnos, Madrid, 1988.
- Cotarelo, R., "Introducción" a Luxemburgo, R., *Obras escogidas*, Ayuso, Madrid, 1978, vol.I.

- Crombie, A.C., *Historia de la ciencia*, Alianza Editorial, Madrid, 1983, 2 vols.
- Davies, P.R., Brooke, G.J. y Callaway, P.R., *Los rollos del Mar Muerto y su mundo*, Alianza, Madrid, 2002.
- Debord, G., *La sociedad del espectáculo*, Castellote, Madrid, 1976.
- Debord, G., *Oeuvres cinématographiques complètes*, Champ Libre, París, 1978.
- Debray, R., *Les masques*, Gallimard, París, 1987.
- De la Vega, J., *Confusión de confusiones. Diálogos curiosos entre un Filósofo agudo, un Mercader discreto y un Accionista erudito describiendo el negocio de las Acciones, su origen, su etimología, su realidad, su juego y su enredo*, Ámsterdam 1688 (reedición en Bolsa de Comercio, Madrid, 1986).
- Deschner, K., *Opus diaboli*, Yalde, Zaragoza, 2004.
- Díaz del Moral, J., *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, Alianza, Madrid, 1974.
- Dopsch, A., *Fundamentos económicos y sociales de la cultura europea: de Julio César a Carlomagno*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1982.
- Duby, G., *The Early Growth of European Economy*, Cornell University Press, Ithaca-Nueva York, 1978.
- Dumont, L., *Homo aequalis*, Taurus, Madrid, 1999.
- Durkheim, E., *De la division du travail social: étude sur l'organisation des sociétés supérieures*, P.U.F., París, 1973
- Durkheim, E., *El socialismo*, Editora Nacional, Madrid, 1970.
- Durkheim, E., *Les formes élémentaires de la vie religieuse*, P.U.F., París, 1968.
- Durkheim, E., *Sociologie et Philosophie*, P.U.F., París, 1967.
- Ehrman, B., *Lost Christianity*, Oxford University Press, Nueva York 2003.
- Eliade, M., *Historia de las creencias e ideas religiosas*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1983, vos. I, II y III/1.
- Elvin, M. *The Pattern of the Chinese Past: A Social and Economic Interpretation*, Stanford University Press, Stanford, 1973.
- Engels, F., Prólogo a Marx, K., *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Alianza, Madrid, 2003.
- Engels, F., Introducción a Marx, K., *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, Austral, Madrid, 1985.
- Engels, F., *Socialisme utopique et socialisme scientifique*, Bureau d'Éditions, París, 1936.
- Engels, F., *La ideología alemana*, en Marx, K., Escritos de juventud, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1965.
- Engels, F., *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Editorial Fundamentos, Madrid, 1970.
- Enzensberger, H. M., *Conversaciones con Marx y Engels*, Anagrama, Barcelona, 1999.
- Escohotado, A., *Historia general de las drogas*, Espasa, Madrid, 1989.
- Escohotado, A., *Caos y orden*, Espasa, Madrid, 2000, 6ª ed. ampliada.
- Fagan, F.M., *The Little Ice Age: How Climate Changed the World*, Basic Books, Nueva York, 2002.
- Fetscher, I. y otros, *El socialismo*, Plaza y Janés, Barcelona, 1977.
- Feynman, R., *QED, The Strange Theory of Light and Matter*, Princeton University Press, Princeton, 1985.

- Fichte, J.G. *La théorie de la science, Exposé de 1804*, Aubier Montaigne, París, 1967.
- Finley, M.I., *El nacimiento de la política*, Crítica, Barcelona, 1986.
- Foucault, M., *Vigilar y castigar*, Siglo XXI, Madrid, 1978.
- Fourier, *Antología*, FCE, México, 1940.
- Franklin, B. *El libro del hombre de bien*, Austral Espasa-Calpe, Madrid, 1964.
- Freud, S., *Obras completas*, Biblioteca Breve, Madrid, 1948-1968, 3 vols.
- Fried, A. y Sanders, R., *Socialist Thought: A Documentary History*, Columbia University Press, Nueva York, 1964.
- Froissart, J., *The Chronicles*, Penguin, Harmondsworth, 1960.
- Fromm, E. *El miedo a la libertad*, Paidós, Barcelona, 1982.
- Fromm, E., *Humanismo socialista*, Paidós, Buenos Aires, 1980.
- Fustel de Coulanges, N. D., *La ciudad antigua*, Península, Barcelona, 1984.
- Furet, F. *Interpreting the French Revolution*, Cambridge University Press, Boston, 1981.
- Galbraith, J. K., *Historia de la economía*, Ariel, Barcelona, 1998
- Galbraith, J. K., *Un viaje por la economía de nuestro tiempo*, Ariel, Barcelona 1998.
- Garrigues, J., *Curso de Derecho Mercantil*, Reus, Madrid, 1976.
- Gavi, P., *Che Guevara*, Editions Universitaires, París, 1970.
- Geoltrain, P. (ed.) *Aux origines du christianisme*, Gallimard, París, 2000.
- Gervaise, I., *The System or Theory of the Trade of the World*, H. Woodfall, Londres 1720.
- Greenfeld, L. *The Spirit of Capitalism*, Harvard University Press, Cambridge 2001.
- Gibbon, E., *Historia de la grandeza y caída del Imperio romano*, Alba Editorial, Barcelona, 2000.
- Giddens, A., *El capitalismo y la moderna teoría social*, Idea Universitaria, Barcelona, 1998.
- Gide, A., pp. 191-215 en Aron y Crossman, 1950.
- Gitlin, T., *The Sixties: Years of Hope, Days of Rage*, Bantam, Nueva York, 1993.
- Goffart, W., *The Narrators of Barbarian History (A.D. 500-800)*, Princeton University Press, Princeton, 1988.
- Goldman, L., «Introduction aux premiers écrits de G.Lukács», *Les Temps Modernes* 195, agosto de 1962.
- Gómez Casas, J., *Sociología del anarquismo hispánico*, Ediciones Libertarias, Madrid, 1988.
- Guevara, E., *Escritos y discursos*, Ediciones de Ciencias Sociales, La Habana, 1970.
- Guevara, E., *Obra revolucionaria*, Era, México, 1967.
- Hansen, M.H., *Athenian Democracy in the Age of Demosthenes*, Blackwell, Oxford, 1991.
- Hardman, J., *French Revolutionary Documents 1792-1795*, Barnes & Noble, Nueva York, 1973.

- Hayek, F., Introducción a Menger, K., *Principios de economía política*, Unión Editorial, Madrid, 1997.
- Hayek, F., *La tendencia del pensamiento económico*, Unión Editorial, Madrid, 1991.
- Hayek, F., *La fatal arrogancia*, Unión Editorial, Madrid, 1997.
- Hayek, F., *Los fundamentos de la libertad*, Unión Editorial, Madrid, 1998.
- Hayek, F., *La contrarrevolución en la ciencia*, Unión Editorial, Madrid, 2003.
- Heckscher, E., *Mercantilism*, Macmillan, Nueva York, 1955, 2 vols.
- Hegel, G.W.F., *Fenomenología del espíritu*, FCE, México, 1966.
- Hegel, G.W.F., *Leçons sur la philosophie de l'histoire universelle*, Vrin, París, 1967.
- Hegel, G.W.F., *Leçons sur la philosophie de la religion*, Vrin, París, 1954-1965.
- Hegel, G.W.F., *Lecciones sobre historia de la filosofía*, FCE, México, 1955.
- Heidegger, M., *Ser y tiempo*, FCE, México, 1964.
- Helvetius, *De l'esprit*, Editora Nacional, Madrid, 1984.
- Herzen, A., *My Past and Thoughts*, Knopf, Nueva York, 1968.
- Hirschman, A., *The Passions and the Interests: Political Arguments for Capitalism before its Triumph*, Princeton University Press, Princeton, 1990.
- Hobbes, T., *Leviatán*, Editora Nacional, Madrid, 1979.
- Horkheimer, M. y Adorno, T.W., *Dialéctica del iluminismo*, Sudamericana, Buenos Aires, 1987.
- Horkheimer, M., *Teoría crítica*, Amorrortu, Buenos Aires, 1974.
- Horowitz, I.L., *Los anarquistas*, Alianza, Madrid, 1982.
- Hourani, A., *Historia de los árabes*, J.Vergara, Barcelona, 2003.
- Hugo, V. *Les misérables*, La Pleiade, París, 1951.
- Huizinga, J., *El otoño de la Edad Media*, Revista de Occidente, Madrid, 1962.
- Huizinga, J., *Homo ludens*, Revista de Occidente, Madrid, 1967.
- Hume, D., *Tratado de la naturaleza humana*, Tecnos, Madrid, 1998.
- Hume D., *Investigación sobre los principios de la moral*, Alianza, Madrid, 1993.
- Hume, D., *Disertación sobre las pasiones y otros ensayos morales*, Anthropos, Barcelona, 1990.
- Hume, D., *Ensayos políticos*, Tecnos, Madrid, 1994.
- Hume, D., *The History of England*, Liberty Fund, Indianapolis, 1983, 6 vols.
- Huxley, A., *Los demonios de Loudun*, Planeta, Barcelona, 1972.
- Hyppolite, J., *Etudes sur Marx et Hegel*, Marcel Rivière, París, 1955.
- Jaeger, W., *Paideia*, FCE, México, 1957.

- Jappe, A., *Guy Debord*, Anagrama, Barcelona, 1998.
- Jaurés, J., *L'esprit du socialisme*, Gonthier, París, 1964.
- Jaurés, J., *Idealismo y materialismo*, Siglo Veinte, Buenos Aires, 1960.
- Jefferson, Th., *Autobiografía y otros escritos*, Tecnos, Madrid, 1987.
- Jones, E., *Vida y obra de Sigmund Freud*, Nova, Buenos Aires, 1962, 2 vols.
- Johnson, P., *A History of the Jews*, Harper Perennial, Nueva York, 1988.
- Keynes, J. M., *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, FCE, México, 1977.
- Keynes, J.M., *Essays on Persuasion*, Harcourt & Brace, Nueva York, 1932.
- Koestler, A., pp. 21-79 en la antología de Aron y Crossman, 1950
- Koestler, A., *Autobiografía*, Ediciones B, Barcelona, 2000, 2 vols.
- Kojève, A., *Introduction a la lecture de Hegel*, Gallimard, París, 1947.
- Kussef, M., "St. Naum", *The Slavonic and East European Review*, 29, 1950.
- Lafargue, P., *Idealismo y materialismo*, Siglo Veinte, Buenos Aires, 1960.
- Lamartine, A. de, *Oeuvre poetique*, Guyard, París, 1936.
- Lamo de Espinosa, E., *La teoría de la cosificación, de Marx a la Escuela de Frankfort*, Alianza, Madrid, 1981.
- Landes, D., *La riqueza y la pobreza de las naciones*, Crítica, Madrid, 2000.
- Lemonon, J.P., *Pilate et le gouvernement de la Judée*, Études Bibliques, Gabalda, París, 1987.
- Lévi-Strauss, C., *Les structures élémentaires de la parenté*, P.U.F., París, 1947.
- Lévi-Strauss, C., *Tristes trópicos*, Paidós, Barcelona, 1997.
- Lichtheim, G., *Breve historia del socialismo*, Altaya, Barcelona, 1998.
- Lorenzo, A., *El proletariado militante*, Ediciones CNT, París, 1946.
- Lúkács, G., *Histoire et conscience de classe*, Les Editions de Minuit, Paris, 1960. Versión ampliada -con un nuevo prólogo- en *Historia y conciencia de clase*, Grijalbo, Barcelona, 1969.
- Lúkács, G., *La théorie du roman*, Gonthier, Lausanne, 1963.
- Luther, M., *The Smalkald Articles*, Concordia Publishing House, St. Louis, 2005.
- Luxemburg, R., *Obras escogidas*, Ayuso, Madrid, 1978, 2 vols.
- Maccoby, H., *The Mythmaker: Paul and the Invention of Christianity*, Harpercollins, Nueva York, 1987.
- Mandeville, B., *The Fable of the Bees*, Oxford University Press, Oxford, 1978, 2 vols.
- Marcuse, H., "Liberation from Affluent Society", en *Dialectics of Liberation*, Penguin, Londres, 1968.
- Marcuse, H., *El fin de la utopía*, Ariel, Barcelona, 1968.
- Marcuse, H., *Soviet Marxism*, Columbia Univ. Press, Nueva York, 1958; *Le marxisme soviétique*, Gallimard, París, 1963.

- Marcuse, H. , *Reason and Revolution, Hegel and the Rise of Social Theory*, Humanities Press, Nueva York, 1963.
- Marcuse, H., *Eros et civilisation*, Minuit, París, 1963.
- Marcuse, H., *One-Dimensional Man, Studies in the Ideology of Advanced Industrial Societies*, Beacon Press, Boston, 1964.
- Marcuse, H., *Ontología de Hegel y teoría de la historicidad*, Ediciones Martínez Roca, Madrid, 1972.
- Markov. W, *Jacques Roux: Scripta et Acta*, Akademie-verlag, Berlín, 1969; versión online en marxist.org/history/france/revolution/roux.
- Marx, K., *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1972.
- Marx, K., *Manuscritos: economía y filosofía*, Alianza, Madrid, 1969.
- Marx, K., *El Capital*, Siglo XXI, Madrid, 1984, 3 vols..
- Marx, K. *Escritos de juventud*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1965.
- Marx, K., *Crítica al Programa de Gotha*, Aguilera, Madrid, 1968.
- Marx, K., *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Alianza, Madrid, 2003.
- Marx, K., *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, Austral, Madrid, 1985.
- Marx, K., *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*, Grijalbo, México, 1968.
- McCormick, M., *Orígenes de la economía europea*, Crítica, Barcelona, 2005.
- Mead, G.R.S., *An Enquiry into the Talmud's Jesus Stories*, Theosophical Publishing Society, Londres, 1903.
- Menger, K., *Principios de economía política*, Unión Editorial, Madrid, 1997.
- Merleau-Ponty, M., *Signos*, Seix Barral, Barcelona, 1964.
- Mignet, F. *Histoire de la Révolution française de 1789 à 1814*. Versión inglesa online en gutenberg.org (2006).
- Minouni, S., «Los cristianos de origen judío desde el siglo I al IV», en Geoltrain P. (ed.), 2000.
- Mises, L. von, *La acción humana. Tratado de economía política*, Unión Editorial, Madrid, 1995.
- Mises, L. von, *Socialismo*, Instituto Nacional de Publicaciones, Buenos Aires, 1968
- Mitzman, A., *La jaula de hierro*, Alianza, Madrid, 1976
- Molina, L., *Los seis libros de la justicia y el derecho*, J. L. Cosano, Madrid, 1941
- Mommsen, T, *Historia de Roma*, Turner, Madrid, 1983, 4 vols.
- Moretti, M., *Brigadas Rojas*, Akal, Madrid, 2002
- Mumford, L., *La ciudad en la historia*, Ediciones Infinito, Buenos Aires, 1979, 3 vols.
- Murray, O., *Historia Oxford del mundo clásico*, Alianza Madrid, 1988.
- Musti, D., *Demokratia. Orígenes de una idea*, Alianza, Madrid, 2000.
- Naipaul, V. S., *India*, Debate, Madrid, 2002.
- Nelson, B., *The Idea of Usury. From Tribal Brotherhood to Universal Otherhood*, Princeton University Press, Princeton, 1949.

- Negri, A, y Hardt, M., *Imperio*, Paidós, Barcelona, 2002.
- Negri, A, y Hardt, *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*, Debate, Barcelona, 2004.
- Negri, A., *La forma-Estado*, Akal, Madrid, 2003.
- Neveux, H., “Le prix du froment dans una région exportatrice de céréales: le Cambresis de 1370 a 1580”, *Révue Historique* 508, 1973.
- New English Bible, with the Apocrypha*, Oxford University Press, Nueva York 1976.
- Newton, I. *Principios matemáticos de la filosofía natural*, Tecnos, Madrid, 1987.
- North, D.C. y Thomas, R.P., *The Rise of the Western World. A New Economic Story*, Cambridge University Press, Nueva York, 1982.
- Olson, M., *Poder y prosperidad, Siglo XXI*, Madrid, 2000.
- Oman, Ch., *The Great Revolt of 1381*, Clarendon Press, Oxford, 1906.
- Petty, W., *The Economic Writings*, C.H. Hull (ed.), Routledge/Thoemess, Londres, 1899.
- Peyrefitte, A., *The Immobile Empire*, Knopf, Nueva York, 1992.
- Pirenne, H., “Mahomet et Charlemagne”, *Révue Belge de Philologie et d’Histoire*, 1922, vol. I.
- Pirenne, H., *Las ciudades de la Edad Media*, Alianza, Madrid, 2005.
- Platón, *Las leyes*, Akal, Barcelona, 1988.
- Plumb, *The Growth of Political Stability in England, 1675-1725*, MacMillan, Londres, 1967.
- Polanyi, K. et alia, *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, Labor, Barcelona, 1957.
- Poster, M., *Existential Marxism in Postwar France, from Sartre to Althusser*, Princeton University Press, Princeton, 1975.
- Proto, M., *Durkheim e il marxismo. Dalla scienza sociale all’ideologia corporativa*, Lacaita Editore, Manduria, 1973
- Proudhon, P. J., *¿Qué es la propiedad?* Las Leyes, Madrid, 1903.
- Pseudo-Jenofonte, *La república de los atenienses*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1971.
- Racionero, L. *Los complejos de la derecha*, Planeta, Barcelona, 2006.
- Raedts, P., “The Children’s Crusade of 1212”, *Journal of Mediaeval History* 3, 1977.
- Renan, E., *Vida de Jesús*, Editorial AHR, Barcelona, 1967.
- Robin, L. y Moreau, J.M., *Ouvres complètes de Platon*, La Pléiade NRF, París, 1950, 2 vols.
- Robinson, J.H., *Readings in European History*, Ginn, Boston, 1903.
- Rodríguez Braun, C., *Estudio preliminar a su edición de Smith* 1997.
- Rostovtzeff, M. *Historia social y económica del mundo helenístico*, Espasa, Madrid, 1967, 2 vols.
- Rostovtzeff, M., *Historia social y económica del Imperio romano*, Espasa, Madrid, 1998, 2 vols.
- Rostovtzeff, M., *Iranians and Greeks in South Russia*, Oxford University Press, Londres, 1922.
- Rousseau, J.J., *Du contrat social*, Union Générale D’Editions, París 1963.

- Saint-Just, L.A. de, *Discours et rapports*, Editions sociales, París, 1957.
- Saint-Simon, H., *El sistema industrial*, Ediciones de la Revista del Trabajo, Madrid, 1971.
- Samuels Warren, J., «The Physiocratic Theory of Property and State», *Quarterly Journal of Economics*, 75, 1961.
- Sánchez Albornoz, C., *La España musulmana*, Espasa Calpe, Madrid, 1973.
- Sartre, J.P., *La náusea*, Diana, México, 1961
- Sartre, J. P., *Crítica de la razón dialéctica*, Losada, Buenos Aires, 1963, 2 vols.
- Schama, S., *Citizens. A Chronicle of the French Revolution*, Viking, Londres, 1989.
- Schumpeter, J. A., *Historia del análisis económico*, Ariel, Barcelona, 1995.
- Sen, A., *Desarrollo y libertad*, Planeta, Barcelona, 2000.
- Shahak, I. *Historia judía, religión judía. El peso de tres mil años*, Antonio Machado Libros, Madrid, 2002.
- Silone, I., pp. 79-139 en Aron y Crossman 1950.
- Simmel, G., *Estudios sobre las formas de socialización*, Revista de Occidente, Madrid, 1977, 2 vols.
- Simón Abril, P. (ed.), *La política de Aristóteles*, Valencia, 1584; reedición adaptada en Orbis, Barcelona, 1985, 2 vols.
- Smith, A., *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, FCE, México, 1982,
- Smith, A., *Teoría de los sentimientos morales*, Alianza, Madrid, 1997.
- Sokal, A. y Bricmont, J., *Imposturas intelectuales*, Taurus, Madrid, 1999.
- Spiegel, H. W., *El desarrollo del pensamiento económico*, Omega, Barcelona, 1973.
- Spinoza, *Traité théologique-politique*, Garnier-Flammarion, París, 1965.
- Spufford, P., “The Decline of Financial Centres in Europe”, en Davids, K. y Lucassen, J. (eds.) *A Miracle Mirrored: The Dutch Republic in European Perspective*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995.
- Szasz, Th., *The Myth of Mental Illness*, Harper & Row, Nueva York, 1974.
- Szasz, T., *La teología de la medicina*, Tusquets, Barcelona, 1981.
- Szasz, Th., *Insanity. The idea and its consequences*, Wiley, Nueva York, 1990.
- Tocqueville, A. de, *La democracia en América*, Alianza, Madrid, 1980.
- Tocqueville, A. de, *El Antiguo Régimen y la Revolución*, Alianza, Madrid, 1982.
- Tocqueville, A. de, *Recuerdos de la revolución de 1848*, Editora Nacional, Madrid, 1984.
- Troeltsch, E. *The Social Teaching of the Christian Churches*, Westminster John Knox Press, Londres, 1992, 2 vols.
- Trotsky, L., *Littérature el révolution*, Julliard, París, 1964
- Trotsky, L., *Histoire de la révolution russe*, Seuil, París, 1950
- Vallés, J. *L'Insurgé*, 10/18, París, 1950
- Vargas Llosa, M., *La guerra del fin del mundo*, Alfaguara, Madrid, 2002.

- Vargas Llosa, M., *La tentación de lo imposible*, Alfaguara, Madrid, 2004.
- Vasiliev, A.A., *History of the Byzantine Empire*, Cambridge University Press, Londres, 1952.
- V.V.A.A., *Enciclopedia del Estado y del Derecho*, Ediciones Populares, Moscú, 1936
- V.V.A.A., *Quelle Université, quelle société?*, Seuil, París, 1968.
- Wace, H. y Piercy, W., (eds.) *A Dictionary of Christian Biography and Literature*, Murray, Londres, 1911.
- Wakefield, W. y Austin, E., *Heresies of the High Middle Ages*, Columbia University Press, Nueva York, 1991.
- Weber, M., *Ensayos sobre sociología de la religión*, Taurus, Madrid, 1988, 3 vols.
- Weber, M., *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1993.
- Weber, M., *The religion of China*, Glencoe, Londres, 1964.
- Whitehead, A. N., *Science and the Modern World*, Free Press, Nueva York, 1925.
- Wilson, E., *To the Finland Station*, MacMillan, Londres, 1972.
- Zizec, S., *Repetir Lenin*, Akal, Madrid, 2004.

NOTA

1 No reseño ediciones de clásicos grecolatinos, salvo en algún caso excepcional, dada la identificación por página y párrafo de que disponemos, y porque a menudo he retraducido en mayor o menor medida la cita.

© Antonio Escotado 2007
LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO
<http://www.escotado.org>

Development Sciences Network Presence
www.catalanhost.com